

LAMARTINE

ST. DE LO
IRONDINGE

1

DC179

L3

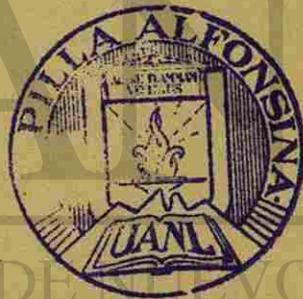
v.1

99482

R. C.



UANL

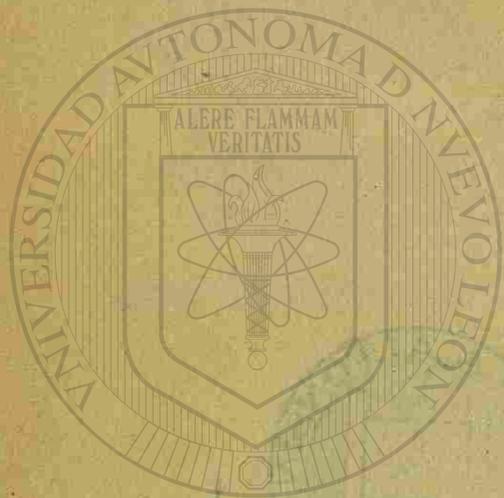


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS





HISTORIA

DE LOS GIRONDINOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

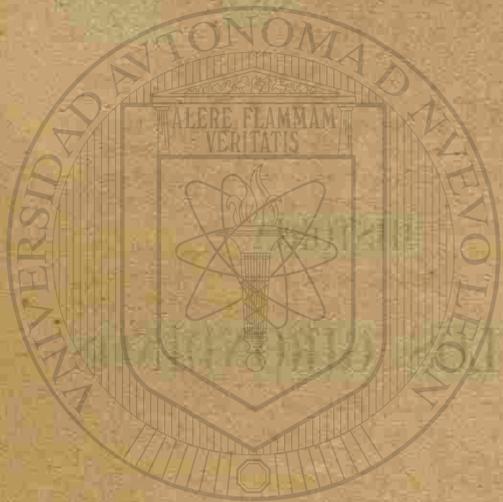
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

41 Biblioteca popular.

T. I 1

2

5



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HISTORIA

DE LOS

GIRONDINOS,

A. DE LAMARTINE.

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

TOMO PRIMERO.

MADRID.

ESTABLEC. TIPOG. DE D. F. DE P. MELLADG.

CALLE DE STA. TERESA NÚM. 8.

1851.

099482

17206

946

Li

DCL79

3
L3

v.1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL D

521200

88371

HISTORIA DE LOS GIRONDINOS.

LIBRO PRIMERO.

Introducción.—Muerte de Mirabeau.—Su retrato.—Situación de la Asamblea nacional en 1791.—Aparición de la idea democrática.—Punto de partida de la revolución.—Partidos.—Jefes principales.—Retratos de Luis XVI y de María Antonieta.—Malouet, Clermont Tonnerre, el abate Maury, Cazales, Barnave, los dos Lameth, Robespierre, Duport, Pétion.—Sociedades populares.—Retrato de La Fayette.

I.

Voy a escribir los hechos de un corto número de hombres que lanzados por la Providencia en medio del drama mas grandioso de la edad moderna reasumen en sí las ideas, las pasiones, las faltas y virtudes de toda una época. Entrelazadas su vida y su política con la revolución en estrecho lazo, la misma segur que separa sus cabezas del tronco, hiere mortalmente los destinos del pais en que vieron la luz por primera vez.

Llena esta historia de sangre y de lágrimas abunda tambien en provechosa enseñanza para los pueblos. Nunca quizá, se han verificado tantos sucesos trágicos en tan

946

Li

DCL79

3
L3

v.1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL D

521200

88371

HISTORIA DE LOS GIRONDINOS.

LIBRO PRIMERO.

Introducción.—Muerte de Mirabeau.—Su retrato.—Situación de la Asamblea nacional en 1791.—Aparición de la idea democrática.—Punto de partida de la revolución.—Partidos.—Jefes principales.—Retratos de Luis XVI y de María Antonieta.—Malouet, Clermont Tonnerre, el abate Maury, Cazales, Barnave, los dos Lameth, Robespierre, Duport, Pétion.—Sociedades populares.—Retrato de La Fayette.

I.

Voy a escribir los hechos de un corto número de hombres que lanzados por la Providencia en medio del drama mas grandioso de la edad moderna reasumen en sí las ideas, las pasiones, las faltas y virtudes de toda una época. Entrelazadas su vida y su política con la revolución en estrecho lazo, la misma segur que separa sus cabezas del tronco, hiere mortalmente los destinos del pais en que vieron la luz por primera vez.

Llena esta historia de sangre y de lágrimas abunda tambien en provechosa enseñanza para los pueblos. Nunca quizá, se han verificado tantos sucesos trágicos en tan

curto periodo; nunca tampoco se desarrolló con mas rapidez esa correlacion misteriosa que existe entre los actos y las consecuencias de estos. Jamás se sucedieron con igual velocidad á las debilidades las faltas, á estas los crímenes, y al crimen el castigo. Nunca se ha manifestado con mas evidencia esa justicia remuneradora que Dios ha colocado en nuestros actos como una conciencia mas santa que la fatalidad de los antiguos, nunca finalmente ha brillado la ley de la moral con mas esplendor, ni se ha hecho justicia á sí misma con mayor rigor. La simple narracion de lo acaecido en solos dos años es el comentario mas luminoso, de una de las mayores revoluciones que hayan asombrado al orbe con sus estragos, y la sangre derramada en ella á torrentes, no tan solo horroriza y causa compasion á un mismo tiempo, sino que es una leccion ejemplar para los hombres de los siglos venideros.

La imparcialidad de la historia no es semejante á la del espejo que traslada los objetos tales como los recibe; asemejase sí á la del juez, que ve, oye y condena. Los anales y la historia son dos cosas muy distintas, y para que esta merezca el nombre de tal, necesita tener una conciencia porque mas tarde llega á ser la del género humano. Una narracion vivificada por la imaginacion, madurada y juzgada por la prudencia, es la historia; tal cual los antiguos la entendieron, y tal como yo quisiera legarla á mi patria si Dios se digna dirigir mi pluma para conseguirlo.

II.

Mirabeau ha dejado de existir. Las turbas populares corren instintivamente y en tropel hácia la casa del tribuno, como si confiaran aun en las inspiraciones que creen van á salir del féretro que contiene sus restos exá-

nimes, sin embargo, aunque Mirabeau viviese todavia, seria tan mudo como el mármol cuya frialdad han adquirido ya sus miembros. El genio de aquel grande hombre se habia eclipsado ante el de la revolucion, y arrastrado hácia un precipicio inevitable por el carro que él mismo habia lanzado, en vano trataba de aferrarse á la tribuna como única áncora salvadora que podia librarle del naufragio. Las últimas memorias que dirigió al rey y que con el secreto de su venalidad, nos han sido transmitidas por la famosa *alcena de hierro* manifiestan la decadencia de su inteligencia. Los consejos que hallamos estampados en ellas, son versátiles, incoherentes y á veces pueriles. Ya se figura poder detener la revolucion con un grano de arena; ya coloca la salvacion de la monarquia en una abocacion del trono ó en una ceremonia regia, como medio de popularizar al monarca. Otras veces, se propone comprar los aplausos de las tribunas, y no vacila en creer que la nacion se venderá con igual facilidad que aquellas. La pequenez de los medios de salvacion, no es comparable sino con la inmensidad progresiva del peligro. Ya no hay orden en sus ideas y solo se advierte en sus escritos que forzada su mano por las pasiones que él mismo ha suscitado, y que ya no le es dado dirigir, trata de hacerlas traicion, aunque sin acabar de resolverse á volverles del todo la espalda. El terrible agitador aparece ya como un cortesano despavorido, que va á guarecerse á las gradas del solio, y aunque trata de pronunciar á media voz las terribles palabras de *nacion* y *libertad*, únicas que á su papel convienen, se halla poseído de toda la pequenez y señoreado por esa vanidad que ha tocado en suerte á los hombres de córte. Los grandes genios causan compasion cuando se les ve luchando con un imposible; sin duda Mirabeau, era el hombre mas fuerte de su época, pero por grandes que sean los hombres no aparecen sino unos insensatos cuando quieren oponerse á un elemento desencadenado. Su caída no es

magestuosa, sino les acompaña en ella su virtud, hasta el último momento.

Pretenden los poetas, que las nubes toman las formas de los países por donde pasan, bien sean llanuras, valles ó montañas, y que conservan esta figura en medio de los aires. Esta imagen es la de ciertos hombres, cuyo talento, que podremos llamar colectivo, se modela sobre la época á que pertenecen y encarna en ellos la individualidad de toda una nacion. Mirabeau era de estos hombres. El no intentó la revolucion, pero la puso de manifiesto. Sin él, quizá no hubiera pasado del estado de idea y de tendencia. Nació, y la revolucion tomó en él la forma, la pasión y el lenguaje, de suerte que al verle no podia uno menos de esclamar involuntariamente: Héla ahí.

Hijo de una antigua y noble familia refugiada y establecida en Provenza, aunque originaria de Italia, la sangre de Maquiavelo y el carácter bullicioso de los hijos de las republicas italianas, era peculiar á todos los individuos de su casa. Las tendencias de sus almas son en ellos superiores á las categorías sociales que ocupan. Grandes hasta en sus vicios, así como en sus pasiones y virtudes, las mugeres son ó angelicales ó depravadas, los hombres sublimes ó perversos, y su mismo lenguaje es tan marcado y grandioso como sus caracteres. Hasta en sus mas familiares correspondencias brilla el colorido y percíbese la vibración de las lenguas heroicas de Italia.

Los antepasados de Mirabeau hablan de sus negocios domésticos, como Plutarco de las contiendas de Mario y de Syla, ó de las de César y Pompeyo. Estos hombres se hallan fuera de su elemento cuando tratan de cosas de poca monta. Mirabeau respiró esta magestad y virilidad doméstica desde la cuna. Insisto en estos detalles que parecen estraños á mi narracion, pero que sirven sin embargo, para explicarla. La fuente del genio se halla muchas veces en la sangre de donde se descende, y algu-

nas otras, la familia á que uno pertenece es el mejor vaticinio de la suerte que se aguarda.

III.

La educacion de Mirabeau fué brusca y cruel como la mano de su padre, llamado el *amigo de los hombres*, pero que por su carácter turbulento y su vanidad egoista, vino á ser el perseguidor implacable de su muger y el tirano de sus hijos. No se le enseñó mas virtud que la del honor, nombre con que se designaba entonces, lo que como hoy, no suele ser mas sino un esterior probó, tras el cual se oculta el vicio mas refinado. Habiendo empezado á servir desde muy jóven no adquirió mas costumbres militares que las del libertinage y una funesta pasión por el juego. El brazo implacable de su padre le alcanzaba do quier que se hallase, no para levantarle en sus frecuentes caidas, sino para hundirle mas y mas haciéndole pagar sin compasion las consecuencias de sus deslices. Pasó su juventud en las prisiones del Estado, envenenáronse sus pasiones en la soledad de los calabozos, aguzóse su ingenio en los hierros de las rejas de estos, y su alma perdió allí aquel pudor que raras veces sobrevive á la infamia de castigos tan prematuros. Libre de su encierro y autorizado por su padre para intentar un casamiento difícil, solicita la mano de la señorita de Marignan, rica heredera de una de las primeras casas de la Provenza, y no hay medio de que no se valga para conseguir su intento, desde la astucia mas ratera, hasta el valor mas heroico. Lógralo al fin, pero apenas se halla ligado con los lazos santos de himeneo, cuando víctima de nuevas persecuciones ve cerrarse tras sí las puertas de la fortaleza de Pontarlier. Un amor que las *Cartas á Sofa*, ha hecho inmortal, rompe sus nuevas cadenas, y

cómplice de un doble adulterio, huye con la esposa del anciano Monnier y ambos se refugian en Holanda donde permanecen algunos meses. Alcanzados y sorprendidos allí los adúlteros, véense separados violentamente y ambos son conducidos á un encierro, que para ella es un convento, y un torreón de Vincennes para él. El amor que á manera de un oculto volcan, respira algunas veces á través de los destinos de los grandes hombres, concentra en un solo foco abrasador todas las pasiones de Mirabeau. Si se venga, es por satisfacer al amor ultrajado; en su pasión á la libertad, amor es quien le impulsa, y amor es quien le ilustra en el estudio. Hombre oscuro y desconocido entra en el calabozo, pero el amor hace que salga de él escritor y hombre de Estado, si bien pervertido y dispuesto á todo, hasta á venderse por adquirir fortuna y celebridad.

El drama de la vida se ha desarrollado completamente en su mente; faltale un escenario, pero el tiempo se lo prepara. En el corto intervalo de años que media desde su salida del torreón de Vincennes, hasta que sube por primera vez á la tribuna de la Asamblea nacional, reúne y ordena trabajos que hubieran hecho sucumbir á cualquiera otro hombre y que á él apenas le fatigan.

El banco de San Carlos, las instituciones de Holanda, la obra sobre Prusia, el pugilato con Beaumarchais, su estilo, sus informes sobre cuestiones de guerra, de hacienda, ó de equilibrio europeo, sus acres invectivas, sus luchas de palabras con los ministros ó con los hombres populares del momento, son un remedo del foro romano en los días de Clodio y de Ciceron. Percíbense ya á lo lejos los primeros ruidos de los tumultos populares, que van á estallar muy pronto y que deben apagarse al eco de su voz de trueno. Rechazado con desprecio por la nobleza en las primeras elecciones de Aix, se precipita en brazos del pueblo, seguro de hacer inclinar la balanza hacia el lado en que arroje como contrapeso su audacia

y su genio. Marsella disputa á Aix el gran plebeyo, y sus dos elecciones, los discursos que pronuncia y la energía que despliega son el asunto de la conversacion de todos los franceses, al paso que sus altisonantes palabras se convierten en proverbios de la revolucion. Comparándose él mismo en sonoras frases á los hombres de la antigüedad, logra colocarse en la imaginacion del pueblo, á la altura de los personajes que pone ante sus ojos, y el pueblo incauto se habitua á confundirle con los hombres que cita enfáticamente. Mueve mucho ruido con el objeto de preparar los espíritus para las grandes conmociones, y se anuncia con allivez á la nacion con este apóstrofe sublime de su alocucion á los marseleses «Cuando espiró el último Graco (les dice), cogió un puñado de polvo y lo arrojó hacia el cielo, y de este polvo nació Mario: Mario, menos grande por haber derrotado á los cimbras que por haber humillado en Roma la aristocracia de la nobleza.»

Desde su entrada en la Asamblea nacional la llena toda y él solo es allí el pueblo entero. Sus menores ademanes son órdenes terminantes; cuantas mociones hace son otros tantos golpes de Estado. La nobleza se siente vencida por este hombre salido de su seno, y el clero, que es pueblo y que aspira á introducir la democracia en la iglesia, le presta su apoyo para derribar la doble aristocracia de los nobles y de los obispos. En pocos meses cae lo que se habia edificado en muchos siglos, y solo Mirabeau permanece, dominando sobre tantos despojos. Aquí cesa su papel de tribuno y da principio el de hombre de Estado. En este se manifiesta aun mas grande que en el anterior, y cuando todo el mundo anda á tientas, solo él acierta, solo él se dirige con planta firme hacia el objeto propuesto. La revolucion en su cabeza no es ya sino un plan perfectamente combinado, y la filosofía del siglo XVIII moderada por la prudencia del hábil político, mana de sus lábios con todas sus formas. Su elocuencia imperante

como la ley consiste únicamente en saber dar alma y buen giro á sus discursos ilustrando á todos con sus palabras y seduciéndolos con el modo de decirlas. Aislado y casi solo desde este momento, tiene la fortaleza de ánimo suficiente para arrostrar cuantos peligros puedan sobrevenirle, y apoyado en el sentimiento de su superioridad, no titubea en desafiar á la envidia, á los odios y á las murmuraciones de todos los demas. Desde el momento en que las pasiones que le han acompañado constantemente, no le son de ninguna utilidad, por haber triunfado de cuantos obstáculos se le oponian, arrojadas de sí con desden, y no habla ya á los hombres sino en nombre de su talento. Este título es suficiente para que se le obedezca, y su poder estriba en el asentimiento que halla la verdad en las almas. Elévase este hombre extraordinario sobre todos los partidos, aunque todos le detestan porque los domina, si bien todos tratan de atraersele porque puede perderlos ó servirlos. Con todos negocia y á ninguno se entrega. Impasible, establece sobre el elemento tumultuoso de esta Asamblea, las bases de la constitucion reformada: legislacion, hacienda, diplomacia, guerra, religion, economía política, equilibrio de los poderes, todo es de su inspeccion, y se hasta solo para zanjar cuantas cuestiones se presentan, no como un mero utopista sino como un hábil político. La solucion dada por él es siempre un término medio entre lo ideal y lo positivo. Pone la razon al alcance de las costumbres, y las instituciones en armonia con los hábitos. Quiere un trono para apoyar la democracia, y al mismo tiempo libertad en las cámaras y que la voluntad de la nacion sea única é irresistible en el gobierno. El carácter de su talento en parte definido y en parte desconocido, consiste menos en la audacia, que en la exactitud de sus cálculos. Bajo la magestad de la expresion, posee en sumo grado la infalibilidad del buen sentido y así, aun sus mismos vicios pueden prevalecer sobre la lucidez y la sinceridad de su inteligencia. Cuan-

do se halla al pie de la tribuna es un hombre sin virtud ni pudor; en cuanto sube á ella, es un completo hombre de bien. En su vida privada, aunque solicitado por las potencias extranjeras y vendido á la corte para satisfacer sus costosos caprichos, conserva á pesar de este tráfico vergonzoso de su carácter, la incorruptibilidad de su genio. De todas las virtudes de un gran hombre de su siglo, no le falta otra que la hombría de bien. El pueblo no es para él una creencia sino un instrumento; su Dios es la gloria, su fé la posteridad, su conciencia la idea que concibe. Frio materialista, como una gran parte de los hombres de su siglo, nada ve mas allá de esta vida frágil y perecedera: «Cubridme de perfumes y coronadme de flores (dice á los que le rodean al tiempo de morir), porque voy á entrar en el sueño eterno.» Este hombre es todo materia, y ni su carácter, ni sus obras, ni aun sus pensamientos, se hallan consagrados con un solo signo de inmortalidad. Si hubiese creído en Dios quizá hubiera sido un mártir, pero hubiera dejado en pos de sí, la religion de la razon y el reino de la democracia. En una palabra, Mirabeau es la razon de un pueblo, mas no la fé de la humanidad.

IV.

Magníficas apariencias exteriores de dolor cubren con sus negros crespones los sentimientos secretos que la muerte de Mirabeau inspira á todos los partidos. ¿Qué es lo que pasa en el fondo de los corazones, en tanto que el lugubre clamoreo de las campanas y el horrisono estampido del cañon se hace sentir en medio de la fúnebre pompa á que acuden doscientos mil espectadores, que tributan á un simple ciudadano honores que solo al soberano se concedieran hasta aquel dia? Vamos á verlo.

El rey, que tenia á su sueldo la elocuencia de Mira-

beau, y la reina, que habia tenido con él varias conferencias en medio del silencio de la noche, quizá le echaban de menos como último instrumento de salvacion; sin embargo, el terror que les inspiraba era superior á la confianza que en él tenían, y la humillacion que siente un rey al verse obligado á implorar el socorro de un vasallo, por poderoso que este sea, debia encontrar un gran alivio, al considerar que aquel elemento destructor habia caido antes que el trono. Con su muerte quedaba vengada la corte de los bochornos que la habia hecho sufrir, y la aristocracia irritada se gozaba en ella, porque cada servicio de los que aquel hombre habia prestado á la causa popular, era una injuria hecha á su alíveza hereditaria. Mirábase como un apostata de su orden y consideraba como el mayor estremo de degradacion el llegar á verse ensalzada algun día, por el mismo que la habia derribado con tanto estrépito. La Asamblea nacional estaba cansada de la superioridad que un solo hombre habia ejercido sobre ella, y el duque de Orleans conocía que una palabra de Mirabeau hubiera sido suficiente para reducir á la nada su prematura ambicion. Mr. de la Fayette, el héroe de la gente del buen tono, temia al orador del pueblo, y entre el dictador de la ciudad y el de la tribuna, debia mediar necesariamente una secreta envidia.

Mirabeau no habia atacado nunca de frente á la Fayette en sus discursos, pero en las conversaciones particulares habia soltado ciertas palabras respecto á su rival, que habian caído sobre él como gotas de plomo derretido. Muerto Mirabeau aparecia la Fayette mucho mas grande, y lo mismo sucedia á todos los oradores de la Asamblea. Mirabeau no habia tenido nunca rivales, lo que no le faltaban eran envidiosos de su gloria. Su elocuencia, por popular que fuese, era la de un patricio. Su democracia nada tenia de ese sentimiento de codicia y de odio que remueve las pasiones mas bajas del corazon humano y que no ve en los beneficios que al pueblo se

dispensan sino un insulto hecho á la nobleza. Sus sentimientos populares no eran en cierto modo, mas que una prodigalidad de su genio, y las grandes expansiones de su alma, no tenían ninguna semejanza con los mezquinos arrebatos de los demagogos. Conquistando derechos para el pueblo, parecia ser él quien se los concedia, y el título que mejor conviene á Mirabeau es el de voluntario de la democracia. El papel que desempeñaba y su imponente actitud, recordaban demasiado á los otros demócratas que se hallaban en una escala inferior, que desde los Gracos hasta él, los tribunos mas poderosos y que mas habian hecho por el pueblo, habian salido de la clase de los patricios. Su talento sin igual con respecto á la filosofia del pensamiento, á la estension de la reflexion y á la grandiosidad del decir, era otra especie de aristocracia que tampoco se le perdonaba. La naturaleza le habia hecho ser el primero entre todos sus contemporáneos, la muerte abria un camino á todos los que estaban detrás de él, que iban á disputarle encarnizadamente un puesto que ninguno de ellos habia sido capaz de conquistar. Las lágrimas que estos hombres derramaban sobre su sepulcro eran fingidas. Solo el pueblo lloraba de corazon, porque el pueblo es demasiado fuerte para ser envidioso, y porque lejos de echar en cara á Mirabeau su nacimiento, veia en la nobleza de que se hallaba investido, un despojo cogido en el campo de la aristocracia. Ademas inquieta la nacion por ver caer una tras otra todas sus instituciones, temia un trastorno general en el orden social, y conocia por instinto, que el genio de aquel grande hombre era el único apoyo, la sola fuerza que le quedaba. Estinguido este genio, la nacion no veia sino tinieblas y precipicios horribles en la marcha tortuosa de la monarquia, y los jacobinos eran los únicos que se daban el parabien en alta voz, porque solamente aquel hombre célebre, podia contrariar sus planes con buen éxito.

La Asamblea continuó sus sesiones el 6 de abril de 1791. El sitio que ocupaba Mirabeau y en donde nadie había osado sentarse ponía de manifiesto lo imposible que era el reemplazarle. La consternación se halla en los rostros de todos los espectadores, y en la sala de las sesiones reina un silencio lúgubre. Talleyrand anuncia entonces á la Asamblea un discurso póstumo de Mirabeau y todos se apresuran á pedir que se lea inmediatamente. Débil es el eco de aquella voz que parece salir del fondo de un sepulcro y la impaciencia y ansiedad de los partidos por disputarse la presa que ambicionan, hace que al entusiasmo pasajero que acaban de manifestar, suceda el frío silencio de la indiferencia. El combate no puede tardar, porque el árbitro que los contenía á todos ha desaparecido de enmedio de los vivientes.

V.

Antes de pasar á examinar el estado de los partidos echemos una rápida ojeada hácia el punto de partida de la revolución, examinemos sus adelantos y pasemos revista á sus principales gefes, que son los que tratan ahora de dirigirla en el camino que aun la resta por andar.

Dos años escasos habian trascurrido, desde que la revolución habia abierto una brecha en el edificio monárquico, y ya habia obtenido unos resultados inmensos. El espíritu de debilidad y de vértigo que dominaba al gobierno, habia provocado la Asamblea de los notables. El espíritu público habia hecho fuerza al poder y convocado los Estados generales. Reunidos estos, la nación habia conocido su impotencia, y de este sentimiento á la insurrección legal, no habia mas que un paso, que podia precipitarse con sólo pronunciar una palabra. Mirabeau la habia pronunciado y la Asamblea se habia constituido

á la faz del trono colocándose por encima de él. La popularidad pródiga de Necker, se habia agotado, desde el momento en que no tuvo nada que arrojar al pueblo de lo que al soberano pertenecía, y satélite de un astro que tocaba ya á su ocaso, su retirada fué una completa derrota. Su último paso le arrojó fuera del reino, quedando su amo desarmado en manos de la nación como un rehén del antiguo régimen, ofrecido al principio moderno. La declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, único acto metafísico de la revolución hasta aquella época, la habia dado una significación social y universal. Objeto fué de risa esta declaración para la mayor parte de las gentes; cierto es, que contenia algunos errores y que confundia en sus términos el estado de la naturaleza con el estado social, pero en el fondo, era realmente el nuevo dogma político.

VI.

Hay ciertos objetos en la naturaleza, cuyas formas no se distinguen bien sino alejándose de ellos, porque la proximidad impide verlos lo mismo que la demasiada distancia, y esto es precisamente lo que sucede en medio de los sucesos mas notables. La mano de Dios se percibe visiblemente en todos los acontecimientos humanos, pero esta mano divina, está sombreada en tal disposición, que nos oculta lo mismo que está ejecutando á nuestra vista. Lo que se entreveía entonces de la revolución francesa anunciaba ya, lo mas grande que puede acontecer en el mundo, á saber, la aparición de una idea nueva para el género humano, esta idea era la democrática, que mas tarde habia de traer un gobierno basado en ella misma.

El nuevo principio no era otra cosa sin embargo, sino

una emanación necesaria del cristianismo. Este, al hallar á los hombres gimiendo en la esclavitud y degradados en todos los países del orbe, se había levantado como una venganza á la caída del imperio romano, bajo la forma de la resignación. El cristianismo había escrito en sus banderas tres palabras, que la filosofía francesa repetía á los hombres casi dos mil años después. *Libertad, Igualdad, Fraternidad*. Este dogma, había quedado, sin embargo, reservado en los pechos de los primitivos cristianos. Demasiado débil en sus principios el cristianismo para habérselas con las potestades de la tierra, no había podido elevarse de golpe á ser una ley civil, y se había contentado con decirías. «Os dejo aun por un cuanto tiempo el mundo político y un destierro al mundo moral. Continúad si os es posible, encadenando, sujetando y oprimiendo á los pueblos; yo voy á emancipar las almas. Tardaré quizá dos mil años en renovar los espíritus, y no me será dado hasta entonces tocar á las instituciones; pero llegará un día en que mi doctrina se escapará del templo y tendrá cabida en el consejo de los pueblos. En llegando este día, se renovará enteramente el mundo social.»

El día anunciado había llegado ya. Un siglo de filosofía, escéptica en la apariencia, pero creyente en la realidad, le había ido preparando. El escepticismo del siglo XVIII, no estaba en pugna mas que con las prácticas exteriores y con los misterios de la religión del Crucificado, pero adoptaba con frenesí su moral y su sentido social. Los términos estaban cambiados, pero el sentido era el mismo para unos y otros. A lo que el cristianismo Hamaba revelación, la filosofía le daba el nombre de razón, y lo mismo sucedía con otras palabras, pero tanto la religión como la nueva escuela, no tendían sino á la emancipación de los individuos, de las razas, y de los pueblos. La diferencia consistía únicamente en que el mundo antiguo se había rescatado en nombre de Jesu-

cristo, y el moderno lo hacia invocando los derechos que toda criatura ha recibido de Dios. De él ó de la naturaleza, hacían dimanar este derecho los cristianos y los filósofos. La filosofía política de la revolución no había podido siquiera inventar una palabra para manifestarse á la Europa que dijese mas, ni que fuese de mas completo sentido que la que había adoptado para sí el cristianismo: ¡*Fraternidad!* La revolución francesa tenia precision no obstante de atacar las formas exteriores de la religión dominante, porque esta religión estaba incrustada en las monarquías teocráticas ó aristocráticas que aquella trataba de destruir. Hé aqui esplicada esa contradicción aparente, del espíritu del siglo XVIII, que en política adoptaba todo lo del cristianismo y que le correspondía con la mas negra ingratitud al propio tiempo, despojándole de cuanto poseía, renegando de su culto. Entre ambas doctrinas existían á la vez una viva repulsion y una atracción violentas. Se reconocían al mismo tiempo que combatían, y aspiraban á reconocerse mas completamente, cuando la lucha hubiese terminado con el triunfo de la libertad.

Tres cosas eran evidentes para todos los hombres pensadores desde abril de 1791: una, que, lanzado ya el movimiento revolucionario, marcharia de consecuencia en consecuencia á la restauracion completa de los derechos de la humanidad oprimida, desde los de los pueblos ante sus gobiernos, hasta los del ciudadano ante las razas, y los del proletario ante el ciudadano. Esto anunciaba tambien que la tiranía, los privilegios, y la desigualdad de fortunas y de categorías, se verían perseguidas, no tan solo en el trono, sino en la ley civil, en la administración, en la distribución legal de la propiedad, en las condiciones de la industria y del trabajo, en las familias, y finalmente, en todas las relaciones del hombre con el hombre, y de éste con la muger. Otra de las cosas que casi á nadie se ocultaban era, que este movimiento filo-

sófico y social de democracia, tomaría sus formas en un gobierno análogo á sus principios y á su naturaleza; es decir, que aquellas serian la expresion de la soberanía popular, representada por una república, presidida por uno ó mas gefes. La tercera, en fin, era la conviccion en que estaban enantos hombres discurrían, de que la emancipacion social, y política, arrastraría en pos de sí, la emancipacion intelectual y religiosa del espíritu humano; que la libertad de pensar, de hablar y de obrar, no se detendría ante la libertad de creer; que la idea de Dios, relegada hasta entonces en el fondo de los santuarios, saldria de ellos resplandeciente, para alumbrar las conciencias de los libres, iluminadas ya por otra parte, con las luces de la libertad; y que esta luz llamada revelacion por los unos, y razon por los otros, haría brillar mas y mas la verdad y la justicia, dones preciosos que emanan del mismo Dios, principio eterno de toda felicidad.

VII.

El pensamiento hace el mundo á su imagen, como Dios.

Este pensamiento habia variado completamente, merced á un siglo de filosofismo, y su mision era la de transformar el mundo social.

La revolucion francesa era en el fondo un espiritua-lismo sublime y apasionado; su ideal, era universal y divino, y he aqui la razon por que contaba tantos adeptos en lo exterior.

Con ella aparecieron en el mundo, tres soberanías morales:

Soberanía del derecho, sobre la fuerza:

Soberanía de la inteligencia, sobre las preocupaciones:

Soberanía del pueblo, sobre los gobiernos:

Revolucion en los derechos: Igualdad:

Revolucion en las ideas: Raciocinio sustituido á la autoridad:

Revolucion en los hechos: Soberanía del pueblo:

Evangelio de derechos sociales: Evangelio de deberes: Carta de la humanidad:

La Francia era el apóstol de la nueva predicacion y para este combate de ideas tenia afiliados en todas partes, hasta sobre los mismos tronos.

VIII.

Hay ciertas épocas en la historia del género humano en que, secas las ramas del árbol de la humanidad, caen al suelo por sí mismas, para hacer lugar á una savia, que renueva los pueblos y rejuvenece sus ideas. La antigüedad está llena de estas transformaciones, cuyas huellas se distinguen á través de los monumentos y de la historia. Cada una de ellas, arrastra en su caída un mundo antiguo y da su nombre á una nueva civilizacion. El Oriente, la China, Egipto, Grecia y Roma han presenciado sucesivamente estas ruinas y estos renacimientos. El Occidente, ha pagado tambien el comun tributo cuando la teocracia druida, cedió el puesto á los dioses y al gobierno de los romanos. Bizancio, Roma y el Imperio operaron estos cambios con rapidéz, cuando cansados y ruborizándose del politeismo, se levantaron contra sus dioses, renegando de su culto, de sus ideas, y de sus templos. La civilizacion de Constantino y de Carlo-Magno envejecia á su vez y debilitándose las creencias en que se habian apoyado por espacio de diez y ocho siglos, los altares y los tronos, el mundo religioso lo mismo que el mundo político, se veían amenazados de un hundi-

miento que raras veces deja al poder en pie, cuando la fé vacila. La Europa monárquica era obra del catolicismo, y la política dependía servilmente de la iglesia. El derecho real procedía de lo alto, y el poder del monarca era reputado divino como la fé. La obediencia á los reyes se tenía como una obligación sagrada, y la discusión sobre estas materias se calificaba de blasfemia, por lo cual se miraba la esclavitud como una virtud. El espíritu filosófico se había sublevado hacia tres siglos, mas ó menos abiertamente, contra una doctrina desmentida diariamente por los escándalos, tiranías, y crímenes de ambos poderes, y no quería reconocer un título divino, en los que, negándose á la razón, esclavizaban á los pueblos. Mientras el catolicismo había sido la única doctrina legal de Europa, estas revoluciones sordas del espíritu, no habían conmovido los Estados, y á ellas se había seguido el castigo inmediato. Los calabozos, los cadalsos y la Inquisición con sus terribles hogueras, habían embotado el raciocinio, manteniendo en todo su vigor el doble dogma en que se apoyaban ambos poderes.

Vino la imprenta, y esa explosión continua del pensamiento humano, fué para los pueblos otra segunda revelación. Al principio, esta arma formidable estuvo exclusivamente al servicio de la iglesia para la propagación de las ideas dominantes, pero muy pronto se convirtió en una zapa que las minaba sin interrupción. Combatidos los dogmas del poder espiritual y del temporal, por estos nuevos torrentes de luz, no podían tardar en conmoverse, primero en los ánimos, y mas tarde en las mismas cosas. Guttemberg sin saberlo, había construido un mundo nuevo, y al crear la rapidez en la comunicación de las ideas, había asegurado el predominio de la razón; cada signo alfabético que salía de sus manos era mas fuerte que los ejércitos de los reyes, y que los rayos del Vaticano. La inteligencia era la que daba armas á la palabra, y dueñas ya del hombre estas dos fuer-

zas, necesariamente habían de serlo mas tarde de toda la especie humana.

El mundo intelectual había nacido de una invención material y había crecido rápidamente; la reforma religiosa fué la hija primogénita de aquella invención.

El catolicismo sufría cada día nuevos reveses. Suiza, parte de la Alemania, la Holanda, la Inglaterra y una porción considerable de provincias francesas, se habían sustraído al centro de unidad católica y habían admitido la doctrina del libre exámen. Atacada y disputada la autoridad divina del catolicismo quedaban los tronos al descubierto y á merced de los pueblos. La filosofía, mas poderosa que la sedición, se había ido acreando cada vez mas á ellos, depuesto el terror y el respeto que antes infundían. La historia se permitió hablar sobre las debilidades ó los crímenes de los reyes, los publicistas osaron comentarlos, y los pueblos tuvieron también la osadía suficiente para sacar deducciones de todo esto. Las instituciones sociales, fueron pesadas en la balanza de la utilidad real que podían reportar á la humanidad, y aun los hombres que mas se inclinaban á reconocer el derecho divino en los reyes, se habían atrevido á hablarles de sus deberes, así como habían hablado á los pueblos de sus derechos. La santa osadía del cristianismo había resonado en la cátedra del Espíritu Santo en presencia de Luis XIV, y Bossuet á pesar de su carácter teocrático había mezclado á las adulaciones que prodigaba á aquel monarca, ciertas advertencias severas de aquellas que consuelan á los pueblos en medio de su abatimiento. Fenelon, aquel carácter dulce de la nueva ley, había escrito sus instrucciones á los príncipes y su Telémaco, en el mismo gabinete del heredero de la corona. La filosofía política del cristianismo, ese grito santo de la justicia en favor de los débiles, había salido de los labios del varón evangélico, y sus oyentes habían sido Luis XIV y su nieto. Fenelon educaba una revolución completa, edu-

cando al duque de Borgoña; el rey lo conoció, cuando el mal no tenía ya remedio, y le despidió de su palacio. La política revolucionaria había nacido en el mismo alcázar de los reyes, y los pueblos la leían con avidez en las páginas del santo arzobispo. Merced á Luis XIV y á Fenelon, Versalles era á la vez la cuna de la revolucion y el palacio del despotismo. Montesquieu había sondeado las instituciones y analizado las leyes de todos los pueblos. Al clasificar los gobiernos los había comparado entre sí, y comparándolos, los había juzgado. Este juicio presentaba en cada página el contraste que existía entre el derecho y la fuerza, entre los privilegios y la igualdad; entre la libertad y la tiranía.

Juan Jacobo Rousseau menos ingenioso, aunque mas elocuente, había estudiado la política, no en las leyes, sino en la simple naturaleza. El levantamiento generoso del corazón de este hombre, libre en medio de la opresion y del sufrimiento, había sublevado todos los corazones ulcerados como el suyo, por la odiosa desigualdad de las condiciones sociales. Esta sublevacion, era la de lo ideal contra la realidad, y Rousseau aparecia como el tribuno de la naturaleza, como el Graco de los filósofos. Este hombre no escribía la historia de las instituciones, explicaba tan solo un sueño, pero este sueño descendía del cielo, y volvía á remontarse al mismo sitio de donde había salido. El sistema de Rousseau era la utopia de los gobiernos, pero contada por él, tenía un encanto á que no era posible resistir. Para que los pueblos se apasionen por una cosa es preciso que por lo menos haya en ella tanta ilusion como realidad; es esta demasiado fria por sí sola para que pueda fanatizar el espíritu humano; para que este se entusiasme un poco, necesita cosas mas grandes que las que se presentan continuamente ante su vista. A esto es á lo que damos el nombre de ideal, y aquí es donde debe buscarse el atractivo y la fuerza de las religiones, que siempre aspiran á remontar su vuelo

á mayor elevacion de lo que les es realmente posible. De aquí, el fanatismo, que no es otra cosa sino el delirio de la virtud. En resumen, Rousseau representaba lo ideal de la política, así como Fenelon había representado lo ideal del cristianismo.

A Voltaire le había cabido en suerte el genio de la critica, pero critica burlona y de aquella que destruye las cosas solo con ponerlas en ridículo. Su talento consistía en haber hecho reir á los hombres sin que fuesen libros de dejar de hacerlo, y abatiéndolos para luego ensalzarlos les había puesto de manifiesto todos los errores, todos los crímenes y todas las iniquidades de la ignorancia. Este filósofo impulsaba al género humano á insurreccionarse contra las ideas que se tenían como sagradas, no con entusiastas ofertas de una felicidad futura, sino infundiéndole el desprecio de todo lo antiguo, por santo y venerando que fuese. Ochenta años de vida le permitieron ir arrancando una á una todas las piedras angulares del antiguo edificio, y con tiempo suficiente para luchar contra el tiempo, no cayó hasta despues de haber quedado vencedor. Sus discipulos inundaban las audiencias, las academias y los mas elegantes salones; los de Rousseau ocupaban otros puestos mas oscuros, y pertenecian en la generalidad á las clases mas humildes del pueblo.

El primero de estos dos célebres hombres había sido el abogado generoso y elegante de la aristocracia; el otro era el consuelo secreto y el vengador querido de la democracia. El libro de Rousseau era el libro de los oprimidos y de las almas sensibles, y su autor, desgraciado al par que religioso, había puesto á Dios de su parte santificando con su doctrina los espíritus, al mismo tiempo que insurreccionaba los corazones. Percibiase en su acento el eco de la venganza, pero iba mezclado con cierta tendencia religiosa, de suerte que el pueblo de Voltaire podía derribar los altares, así como el de

Rousseau podía volverlos á levantar. El uno podía pasar sin virtudes y avenirse con los tronos, el otro necesitaba tener un Dios y no podía apetecer otro gobierno que el republicano.

Los numerosos discípulos de estos dos adalides del filosofismo continuaban llevando á cabo su mision, y se hallaban posesionados de todos los órganos del pensamiento, desde las ciencias exactas, hasta la cátedra del Espíritu Santo, porque la filosofía lo invadia todo en el siglo XVIII.

D'Alembert, Diderot, Raynal, Buffon, Condorcet, Bernardino de Saint-Pierre, Helvecio, Saint-Lambert y La Harpe, eran los santos padres de la nueva iglesia. Un solo pensamiento daba vida y animacion á todos estos espíritus, tan distintos bajo otros aspectos, y este pensamiento fijo era el de la regeneracion de las ideas humanas. Las matemáticas, la historia, las ciencias, la economía, la política, la poesía, la moral y el teatro, todo servia de vehiculo á la moderna filosofía. Habiase infiltrado esta en todos los corazones, hablaba todas las lenguas, y por decirlo así, habia empadronado en sus registros á todos los hombres de algun talento. La casualidad ó la Providencia habian querido que este siglo, casi estéril en otras partes, fuese el siglo de la Francia. Desde los últimos dias del reinado de Luis XIV hasta el advenimiento al trono de Luis XVI, la naturaleza habia sido pródiga para los franceses en hombres célebres. La série no interrumpida de talentos de primer orden de Corneille á Voltaire, de Bossuet á Rousseau, de Fenelon á Bernardino de Saint-Pierre, habia acostumbrado á los pueblos estrangeros á dirigir sus miradas hacia la Francia. El foco de luz de las ideas del mundo partia de aquel punto destumbrándolo todo con su brillo centelleante. La autoridad moral del espíritu humano no existia ya en Roma, porque el movimiento, la luz y la direccion salian de Paris, de suerte que la Europa intelectual era francesa.

Habia entonces y habrá siempre en el carácter francés cierta cosa mas fuerte que su poder, que es su ardor, y ese espíritu de comunicacion que se hace atraer y ser atraído por los demas pueblos de Europa. El del español, es alivo y amigo de lances, el del inglés, astuto y soberbio, el del alemán, profundo y severo; pero el francés es esencialmente bullicioso y amigable, lo cual constituye su fuerza: seduce con la misma facilidad que se deja seducir, y así, como las demas naciones no tienen sino un carácter, los franceses tienen dos, por la inclinacion que hay en todos ellos á acometer empresas que para los demas serian imposibles. Cuando la Providencia quiere que una idea se esparza por todo el mundo, se la inspira á un francés, y éste la trasmite inmediatamente á sus escritos, y en todos los demas actos de su vida pública y aun privada.

Esta calidad comunicativa del carácter de esta raza, esa atraccion francesa que aun no habia alterado la ambición de conquistar, era entonces el signo precursor del siglo. No parece sino que un instinto providencial hacia que la Europa fijase la atencion y dirigiese sus miradas hacia esta parte del globo, como si el movimiento y las luces, no pudiesen partir de otro punto. Paris era la ciudad en donde estaban fijas las miradas de todos, y las cosas que allí pasaban, por insignificantes que fuesen, se repetian y comentaban en todos los demas puntos de Europa. La literatura era el vehiculo de la influencia francesa, y antes de contar con héroes, contaba la monarquía intelectual, con sus escritos, sus libros y sus teatros. Conquistadora por inteligencia, la imprenta era su teatro.

IX.

Los partidos en que se hallaba dividido el pais despues de la muerte de Mirabeau eran: fuera de la Asam-

blea, la corte y los jacobinos; en la Asamblea, los lados derecho é izquierdo, partidos extremos y enemigos encarnizados; entre estos partidos existian otros dos, de los cuales el uno era fanático por las innovaciones, y el otro por resistirlas. Habia ademas otro partido intermedio, que se componia de los hombres de bien y amantes de la paz, que estaban afiliados en los otros dos, de que acabamos de hablar. Su fé política, indecisa entre la revolucion y la conservacion, habria querido que la una conquistase sin violencia, y que la otra cediese sin darse por resentida. Estos hombres, eran los verdaderos filósofos de la revolucion; pero la época de la filosofía habia pasado, y habia sonado ya la hora de la victoria. Las dos ideas en presencia una de otra para disputarse el campo, necesitaban campeones y no jueces, y aplastaban á estos hombres al chocar entre sí. Vamos ahora á hacer conocer los principales gefes de todos los partidos, antes que los veamos obrar.

Luis XVI tenia entonces treinta y siete años: su fisonomía, la de todos los Borbones, si bien sus facciones eran mas abultadas por la sangre alemana que habia recibido de su madre, princesa de la casa de Sajonia. Tenia ojos azules y rasgados, no tan vivos como claros y hermosos. Su frente, ovalada y espaciosa, la nariz entre romana y aguileña, y una boca graciosa, á la que daba cierta expresion la encantadora sonrisa de sus bien cortados labios. Su cutis fino, y de hermoso color aunque un tanto desmazelado. Grueso de cuerpo y de no muy elevada estatura, de actitud tímida y paso incierto, le hacia notable estando parado, un inquieto balanceo del cuerpo, que apoyado alternativamente sobre ambas caderas, bien fuese por haber contraido este habito por la impaciencia que domina á los principes en las largas audiencias, ó bien por cualquiera otra causa, indicaba esteriormente la fluctuacion continua de su ánimo indeciso é irresoluto. Descubriase en su semblante una expresion de bondad,

que no siempre conviene á los reyes, que predispone tanto á la burla como á la veneracion y de la cual supieron valerse sus enemigos con una habilidad impia, para hacer ver al pueblo en la fisonomía del monarca, el simbolo de los vicios, que querian achacar á la dignidad de que estaba revestido. En resumen, la persona de Luis XVI ofrecia bastante semejanza con la fisonomía imperial de los últimos Césares en la época de la decadencia de las cosas y de las razas. A la dulzura de Antonio, reunia la obesidad de Vespasiano: hé aqui el hombre.

X.

Este jóven principe se habia educado en una separacion completa de la corte de su abuelo, de suerte que la atmósfera pestífera que habia infestado todo el siglo de Luis XV no habia emponzoñado con sus venenosos hálitos al heredero de la corona. Entanto que Luis XV hacia de su corte un centro de prostitucion y envilecimiento, su nieto recibia una educacion esmerada en un rincon del palacio de Meudon, en donde maestros ilustrados y piadosos, le imbuian el respeto que se debia á sí propio por su elevada gerarquía, un saludable terror al trono, y un amor religioso y tierno hácia el pueblo que estaba destinado á mandar. Parecia que el alma de Fenelon, atravesando dos generaciones de reyes, se habia trasladado al palacio en que habia educado al duque de Borgoña, con el solo objeto de inspirar las mismas máximas á su jóven descendiente. El inmediato sucesor del monarca mas disoluto que haya tenido la Francia, era quizá lo mas puro que habia en toda la nacion, y si el siglo no hubiese sido tan corrompido como el rey, hubiera vuelto sus miradas hácia el nuevo vástago, y le hubiera ofrecido el tributo de su amor. Pero la corrupcion habia llegado á tal extremo que

blea, la corte y los jacobinos; en la Asamblea, los lados derecho é izquierdo, partidos extremos y enemigos encarnizados; entre estos partidos existian otros dos, de los cuales el uno era fanático por las innovaciones, y el otro por resistirlas. Habia ademas otro partido intermedio, que se componia de los hombres de bien y amantes de la paz, que estaban afiliados en los otros dos, de que acabamos de hablar. Su fé política, indecisa entre la revolucion y la conservacion, habria querido que la una conquistase sin violencia, y que la otra cediese sin darse por resentida. Estos hombres, eran los verdaderos filósofos de la revolucion; pero la época de la filosofía habia pasado, y habia sonado ya la hora de la victoria. Las dos ideas en presencia una de otra para disputarse el campo, necesitaban campeones y no jueces, y aplastaban á estos hombres al chocar entre sí. Vamos ahora á hacer conocer los principales gefes de todos los partidos, antes que los veamos obrar.

Luis XVI tenia entonces treinta y siete años: su fisonomía, la de todos los Borbones, si bien sus facciones eran mas abultadas por la sangre alemana que habia recibido de su madre, princesa de la casa de Sajonia. Tenia ojos azules y rasgados, no tan vivos como claros y hermosos. Su frente, ovalada y espaciosa, la nariz entre romana y aguileña, y una boca graciosa, á la que daba cierta expresion la encantadora sonrisa de sus bien cortados labios. Su cutis fino, y de hermoso color aunque un tanto desmazelado. Grueso de cuerpo y de no muy elevada estatura, de actitud tímida y paso incierto, le hacia notable estando parado, un inquieto balanceo del cuerpo, que apoyado alternativamente sobre ambas caderas, bien fuese por haber contraido este habito por la impaciencia que domina á los principes en las largas audiencias, ó bien por cualquiera otra causa, indicaba esteriormente la fluctuacion continua de su ánimo indeciso é irresoluto. Descubriase en su semblante una expresion de bondad,

que no siempre conviene á los reyes, que predispone tanto á la burla como á la veneracion y de la cual supieron valerse sus enemigos con una habilidad impia, para hacer ver al pueblo en la fisonomía del monarca, el simbolo de los vicios, que querian achacar á la dignidad de que estaba revestido. En resumen, la persona de Luis XVI ofrecia bastante semejanza con la fisonomía imperial de los últimos Césares en la época de la decadencia de las cosas y de las razas. A la dulzura de Antonio, reunia la obesidad de Vespasiano: hé aqui el hombre.

X.

Este jóven principe se habia educado en una separacion completa de la corte de su abuelo, de suerte que la atmósfera pestífera que habia infestado todo el siglo de Luis XV no habia emponzoñado con sus venenosos hábitos al heredero de la corona. Entanto que Luis XV hacia de su corte un centro de prostitucion y envilecimiento, su nieto recibia una educacion esmerada en un rincon del palacio de Meudon, en donde maestros ilustrados y piadosos, le imbuian el respeto que se debia á sí propio por su elevada gerarquía, un saludable terror al trono, y un amor religioso y tierno hácia el pueblo que estaba destinado á mandar. Parecia que el alma de Fenelon, atravesando dos generaciones de reyes, se habia trasladado al palacio en que habia educado al duque de Borgoña, con el solo objeto de inspirar las mismas máximas á su jóven descendiente. El inmediato sucesor del monarca mas disoluto que haya tenido la Francia, era quizá lo mas puro que habia en toda la nacion, y si el siglo no hubiese sido tan corrompido como el rey, hubiera vuelto sus miradas hácia el nuevo vástago, y le hubiera ofrecido el tributo de su amor. Pero la corrupcion habia llegado á tal extremo que

la pureza no era mas que un objeto de irrisión y el pudor no infundía sino el mas alto desprecio hacia el hombre que estaba adornado de esta virtud.

Casado Luis á la edad de diez y seis años con una hija de Maria Teresa de Austria, habia continuado hasta su advenimiento al trono en una vida aislada, tranquila y estudiosa. La Europa se hallaba aletargada en una paz vergonzosa, y la guerra, que es el ejercicio de los principes no habia podido poner al jóven rey, en contacto con los hombres, ni aleccionarle en el difícil arte de mandar. Los campos de batalla, que son el teatro de estos grandes actores, no le habian proporcionado ocasion de ponerse en evidencia ante su pueblo, ni de desplegar esos conocimientos estratégicos, tan necesarios sobre todo á un rey de Francia, nacion belicosa y capaz de perdonar los mayores defectos en sus principes, con tal que se hallen adornados de esas dotes militares que el francés venera como una deidad. Ningun prestigio habia en el nuevo rey, á escepcion del que le daba su escelso origen, y toda su popularidad la debia al horror con que habia sido mirado su abuelo. Luis XVI tuvo la estimacion de su pueblo, pero nunca pudo contar con su favor. Probo é instruido habia llamado á su lado la ilustracion y la probidad personificadas en Mr. de Turgot, y aunque Luis tenia el sentimiento filosófico de la necesidad de las reformas, y su alma era la mas á propósito para llevarla á cabo, carecia del genio y de la audacia que se necesitan para conseguirlo. Sus hombres de estado, no mas hábiles que él en esta materia, suscitaban infinidad de cuestiones sin resolver ninguna, y de este modo iban amontonando sobre sus cabezas los densos y negros nubarrones que mas tarde debian descargar sobre ellas. De Mr. de Maurepas á Mr. Turgot, de éste á Ealonne, de Calonne á Necker y de Necker á Malesherbes pasaban los destinos de la nacion desde las manos de un intrigante á las de un hombre honrado, de las de éste á las de un ban-

quero, y de las del hombre de la bolsa y de los agios, á las de un filósofo, reemplazando muy mal el espíritu sistemático y de charlatanismo al verdadero espíritu de gobierno. Dios, que habia concedido á la Francia tantos hombres de movimiento en esta época, la habia negado un hombre de estado, y todo se volvia promesas y engaños. La corte se quejaba, la nacion empezaba á tascar el freno con impaciencia, y las oscilaciones populares presentaban todos los sintomas de una convulsion espantosa. La Asamblea de los notables, la convocacion de los Estados generales y la Asamblea nacional, todo habia fracasado en las manos inespertas del rey, naciendo de sus buenas intenciones una revolucion, mas ardiente y furiosa que la que hubieran podido producir sus vicios y aun sus crímenes, caso que hubiese sido capaz de cometerlos. En la época de que estamos tratando, se hallaba el rey con la revolucion fraccionada y pronta á combatir frente á frente en la Asamblea nacional, y sin un hombre en su consejo que fuese capaz de resistirla, ni aun de comprenderla. Los espíritus verdaderamente fuertes preferian ser ministros populares de la nacion, á servir de escudos en donde se embolasen los dardos que se asestaban contra el rey, en el momento de que hablamos.

XI.

Mr. de Montmorin era adicto al rey, pero no tenia crédito en la nacion. El ministerio ni tenia la iniciativa, ni sabia resistir: la iniciativa era de los jacobinos y el poder ejecutivo residia en las turbas amotinadas. El rey se habia quedado sin órganos por donde trasmitir al pueblo su voluntad, y desposeido de sus atribuciones, y sin fuerzas con que poder contar, pesaba sobre él solo toda la odiosa responsabilidad de la anarquía. Todos los par-

tidos le habían elegido por blanco, adonde dirigian los tiros del odio y del furor popular, y solo tenia el funesto privilegio de que recayesen sobre él las acusaciones y acriminaciones de todos. Mientras Mirabeau, Barnave, Petion, Lameth, y Robespierre atacaban elocuentemente al trono desde la tribuna, multitud de libelos infames, y de periódicos sediciosos, le presentaban como un tirano mal encadenado que se embrutecía entregándose al vino, que obedecía ciegamente los caprichos de una mujer envilecida por la prostitucion, y que conspiraba desde un rincón de su palacio, en union de los enemigos de la patria. Lleno del siniestro presentimiento de una caída rápida y próxima, la virtud estóica de este príncipe era suficiente á la tranquilidad de su conciencia; pero no bastaba para hacerle tomar una resolución que pudiera salvarle. Al salir del consejo de ministros donde desempeñaba lealmente las funciones constitucionales de su papel, buscaba inspiraciones saludables ya en la amistad de ciertos servidores, fieles adictos á su persona, ya en las conversaciones de sus mismos enemigos admitidos algunas veces furtivamente á sus más íntimas confidencias. Sucedianse los consejos á los consejos en los oídos del príncipe, así como se sucedian sus resultados en los actos contradictorios que ejecutaba. Sus enemigos le sugerian concesiones prometiéndole en premio de ellas una popularidad que se le iba de las manos en cuanto aquellos querian entregársela. La corte le aconsejaba usar de una fuerza, que ella no tenia sino en sueños, la reina queria inspirarle el valor de que estaba dotada, los intrigantes querian que se valiese del soborno para atraer á sus enemigos, y los tímidos le suplicaban con las lágrimas en los ojos que buscarse la salvacion en la fuga. El rey adoptaba alternativamente todos estos medios, pero ninguno de ellos era ya eficaz, porque habia pasado el tiempo de tomar resoluciones útiles. La crisis era inevitable, y era preciso elegir entre la vida y el trono; tra-

tando de conservar estas dos cosas, era claro que tenia que perderlas ambas.

Cuando nos colocamos mentalmente en la posición que ocupaba Luis XVI y nos preguntamos á nosotros mismos, por qué medios hubiera podido salvarse, buscamos inútilmente y no damos con ninguno que sea suficiente á conseguirlo. Hay ciertas circunstancias en la vida del hombre, que enredan de tal suerte la madeja del hilo de sus dias, que sea cual fuere la resolución que tome para desenredarla, tiene que renunciar á ello y sucumbir, cediendo á la fatalidad del destino, que le arrastra á sufrir el castigo de sus faltas ó de sus virtudes. Luis se hallaba en este caso. Toda la impopularidad del trono en Francia, todas las faltas de las administraciones precedentes, todos los vicios de los reyes sus antecesores, todas las infamias de la corte, y todas las quejas de los pueblos, se habian aglomerado, por decirlo así, sobre su cabeza y habian marcado su inocente frente como un objeto de espion, á los males de muchos siglos. Las épocas tienen sus sacrificios como las religiones, y cuando quieren renovar una institucion que no les conviene amontonan sobre el hombre en quien esta institucion se halla personificada, todo cuanto tiene de odioso y vituperable, haciendo de él una víctima, que sacrifican á las exigencias del tiempo. Luis XVI era esta víctima inocente, cargada, sin embargo, con todas las iniquidades de los tronos, y que tenia que ser inmolada en castigo de los crímenes que no habia cometido. Hé aqui el rey.

XII.

El carácter de la reina formaba un contraste singular con el de su esposo, y parecia criada por la naturaleza para inspirar el interés y la compasion de los siglos veni-

deros, por el papel que la tocó en uno de esos dramas de Estado, que son incompletos cuando no los desenlaza el infortunio de una muger. La hija de María Teresa habia nacido en la época borrascosa de la monarquía austríaca, y era hermana de aquel niño que la emperatriz llevaba de la mano, cuando se presentó en actitud suplicante ante sus fieles húngaros, obligando con esta acción á las tropas á que gritasen: «Muramos por nuestro rey, María Teresa.» También su hija tenia corazón de rey... A su entrada en Francia, la deslumbró con su belleza, que entonces estaba en todo su esplendor. Era alta y de esbélto talle, como una verdadera hija del Tirol. Los dos hijos que tuvo lejos de ajar su beldad, habian contribuido á darla cierta espresion de magestad maternal, que sienta muy bien á la persona que es mirada como madre de todo un pueblo. El presentimiento de sus desgracias, el recuerdo de las trágicas escenas de Versalles, y las inquietudes cotidianas, habian marchitado un poco la frescura de su rostro que habia palidecido algun tanto. La dignidad natural de sus maneras, no quitaba nada á la gracia de sus movimientos, y su hermoso cuello, que se elevaba con elegancia sobre unos hombros tan hermosos como él, conservaba esas magnificas inflexiones que dan tanta espresion á la actitud de la persona. Adivinábase la muger bajo el esterior de la reina, y la ternura del corazón, bajo la magestad de la suerte. Sus largos cabellos eran rubios y sedosos, y su frente, elevada y un tanto saliente, iba á unirse con gracia á las sienes, formando un conjunto que manifestaba en lo esterior el gran fondo de su inteligencia. Sus ojos de un azul claro, recordaban el cielo del Norte, ó las aguas del Danubio, y su nariz aguileña con sus ventanillas, bien rasgadas y un poco abultadas, indicaba el valor de que estaba dotada. Tenia el rostro ovalado y su fisonomía era viva, espresiva y apasionada. A todos estos atractivos unia un alma sedienta de afecciones, un corazón fácil de conmoverse, y

una sonrisa entre bondadosa y altiva, capaz de captarle muchos amigos, sino hubiese estado llena de dignidad y no hubiese sido estraña á todo lo que huele á coquetismo, ó falta de decoro. Hé aqui el retrato de María Antonieta como muger.

XIII.

Esto bastaba para hacer feliz á un hombre y para ser el ornato de una corte; pero para inspirar á un rey irresoluto y salvar el Estado en las difíciles circunstancias que atravesaba, no era suficiente. Mucho hubiera convenido que la reina hubiese conocido el difícil arte de gobernar, pero por desgracia su inteligencia era nula en esta materia. Por otra parte, no podia tampoco estar preparada para dar direccion á las fuerzas desordenadas que se agitaban á su derredor; porque victima de la desgracia desde poco despues de su enlace con el rey, no habia tenido tiempo de reflexionar en los medios de defensa. Acogida con entusiasmo por una corte pervertida y por una nacion fogosa, creyó sin duda que aquellos sentimientos hácia ella serian eternos; razon por la cual se adormeció en las delicias y disipaciones de Trianon.

Cierto es que María Antonieta habia percibido los primeros rugidos de la tempestad, pero no lo es menos, que no habia creído en el peligro, y que habia confiado en el amor que se la tenia, al que ella correspondia por su parte. La corte se habia hecho exigente, y la nacion se presentaba en ademan hostil. Instrumento esta desgraciada señora, de las intrigas de los cortesanos para influir en el ánimo del rey, habia favorecido al principio y combatido mas tarde todas las reformas que podian prevenir ó aplazar las crisis. Su política era una manía, y su sistema entregarse á discrecion en manos de todos cuantos la

prometían salvar al rey. El conde de Artois, príncipe joven, y de maneras caballerescas, había adquirido un gran ascendiente sobre su corazón, pero este príncipe confiaba en la nobleza, hablaba continuamente de su espada, y se burlaba de la crisis, despreciando altamente todo aquel ruido de palabras, y formando cabalas contra los ministros que hacían imposible toda transacción. Ebria la reina en las adulaciones de este consejero íntimo, inducía á su marido á recobrar hoy lo que había dado ayer, y su mano se hacía conocer en todos los actos contradictorios del gobierno. Su cámara era el foco de una conspiración permanente contra todo lo nuevo, de modo que la nación llegó á notarlo y empezó á aborrecerla desde aquel instante. El pueblo la miró desde entonces como el principal agente de una contrarrevolución inminente, y dispuesto á calumniar á todo lo que puede causarle temor, empezó á pintarla como una Mesalina, en odiosos é innumerables libelos. Mil rumores infames sobre su conducta privada circularon bien pronto de boca en boca, y se contaron de ella las más escandalosas anécdotas. Con razón pudieron acusarla de ternura; de depravación, jamás. Bella, joven, y adorada, sino fué siempre insensible á los sentimientos que inspiraba, al menos, nunca dió el menor escándalo. El corazón de una mujer, aunque esta mujer sea una reina, es inviolable. Sus sentimientos no son del dominio de la historia, sino cuando se hacen públicos.

XIV.

Los sucesos del 5 y 6 de octubre, hicieron conocer á la reina, demasiado tarde ya, el odio que el pueblo la tenía, y el rencor se apoderó de ella sin duda. La emigración empezó inmediatamente favorecida por la reina,

y todos sus amigos se trasladaron á Coblenza. Se la acusó de complicidad con ellos, y acusósele con razón. El rumor del establecimiento de un comité austriaco, muy acreditado entre el pueblo, no fué sino una patraña inventada contra Maria Antonieta, con el objeto de que la nación pidiese su cabeza, como efectivamente lo hizo. Cuando un pueblo se subleva tiene precisión de aborrecer á alguno; á la reina tocó por sus imprudencias, ser el blanco de este odio. Toda una nación se declaró enemiga de una mujer, y ésta en su altivez, creyó degradarse si la daba una satisfacción, por lo cual no trató de desengañarla, ni hizo otra cosa que concentrarse en sí misma aterrorizada. Confinada en las Tullerías no podía asomarse á sus ventanas, sin ser insultada, y cada ruido que oía en la ciudad, se la figuraba una nueva conmoción popular. Pasaba los días en silenciosa tristeza y las noches en la mayor agitación, sufriendo un martirio continuando por espacio de dos años. Este suplicio se hacía cada día más terrible para su amante corazón, al acordarse de sus dos hijos, y al presenciar las aflicciones y amarguras de un esposo, objeto tierno de todo su cariño. Su corte estaba desierta, y si á alguien veía en ella era ó unas autoridades sospechosas, ó los ministros que la habían impuesto, ó finalmente á Mr. de la Fayette, ante los cuales se veía obligada á componer su rostro, de modo que no se trasluciese por él, lo que interiormente sufría. Tras los dorados biombos de su cámara, se hallaba acechando el espíritu de delación, y sus servidores más inmediatos eran otros tantos espías, á los que era preciso engañar para poder desahogarse en el seno de los pocos amigos que aun permanecían fieles. Los consejeros íntimos iban á verla de noche, cuando ella les llamaba y subiendo por escaleras secretas y atravesando sombríos y lúgubres corredores, solía verificarse la entrevista en algún desván de palacio. Estas reuniones tenían todo el aspecto de una conjuración, y la reina salía de ellas

acosada por mil pensamientos distintos. Entonces aedaba el ánimo del rey, en cuya conducta se traslucía la incoherencia de una persona desesperada.

Cien planes se combinaban diariamente, pero todos se desechaban apenas se habian concebido. Medidas fuertes, soborno de la Asamblea, abandono sincero en la Constitución, resistencia, actitud recta, arrepentimiento, contemporización, terror y fuga, de todo se trató, pero nada se llevó á cabo. Las mugeres, que son tan sublimes en su amor, raras veces están dotadas del espíritu de perseverancia y de imperturbabilidad que se requiere para llevar á cabo un plan político. Su política reside en el corazón, y su pasión está demasiado en contacto con su razón. De todas las virtudes necesarias al que está en el trono, no tienen sino el valor, y si muchas veces son unos héroes, es muy raro que sean nunca hombres de Estado. Maria Antonieta se hallaba en este caso. Dotada de mas talento, de mas alma, y mas carácter que el rey, le hizo mucho mal, porque su superioridad sobre él, le inspiró una confianza sin límites en sus funestos consejos. La reina fué á la vez, el encanto de su esposo, en medio de sus desgracias, y el genio de su perdición. Ella le condujo paso á paso hasta el cadalso, pero tambien supo acompañarle en él.

XV.

El lado derecho de la Asamblea nacional le componian los enemigos naturales del movimiento; el alto clero, y la nobleza. Sin embargo, no todos opinaban de un mismo modo con respecto á las innovaciones recientes. Las sediciones vienen del pueblo, las revoluciones reconocen un origen mas elevado; las primeras no son sino la manifestacion de las iras populares, las segundas son

las ideas de una época. Las ideas se engendran en la cabeza de la nacion, y la revolucion francesa era un pensamiento generoso de la aristocracia. El pueblo se habia apoderado de este pensamiento y habia hecho de él un arma terrible con que atacaba á la vez al trono, á la nobleza y á la religion. Lo que era filosofía en los salones se trasformaba en motin en las calles. Sin embargo, todas las principales familias del reino, habian tenido apostoles de los primeros dogmas revolucionarios. Los Estados generales, antiguo teatro de la importancia y de los triunfos de la alta nobleza, habian tentado la ambicion de sus descendientes, y muchos de ellos se habian puesto á la cabeza de los nuevos reformadores. El espíritu de corporacion no habia sido suficiente para detenerlos en su marcha, cuando se habia tratado de reunirlos al estado llano. Montmorency, Noailles, Rochefoucauld, Clermont-Tonnerre, Lally-Tolendal, Virieu, Aiguillon, Lauzun, Montesquieu, Lameth, Mirabeau, el duqué de Orleans, primer principe de la sangre, y hasta el mismo conde de Artois, hermano del rey, que despues se llamó Luis XVIII, todos estos grandes señores fueron de los primeros que dieron impulso á las mas osadas innovaciones. En cuanto estos teóricos de la revolucion especulativa, notaron que el torrente les arrebataba, trataron de volverse al punto de donde habian salido, y unos se colocaron de nuevo al lado del rey, otros emigraron al extranjero despues de los sucesos de octubre. Los mas firmes, permanecieron en su puesto en la Asamblea nacional, donde combatieron sin esperanza, aunque gloriosamente, por una causa perdida. Estos se esforzaron en vano, por mantener un poder monárquico, y abandonaron al pueblo sin disputárselos, los despojos de la nobleza y del clero. De este número fueron Cazalés, el abate Maury, Malouet y Clermont-Tonnerre, que eran los hombres mas notables del partido agonizante.

Clermont-Tonnerre y Malouet, eran mas bien hombres

de Estado que oradores, y sus palabras no impresionaban sino á la razon. Buscaban el equilibrio entre la libertad y la monarquía y creian haberlo hallado en el sistema representativo de Inglaterra, compuesto de las dos cámaras colegisladoras. Los moderados de ambos partidos les oían con respeto y como talentos de segundo orden, y políticos de medias tintas, no escitaban odio ni ira, pero los sucesos seguan el comenzado curso hacia otros resultados mas absolutos. Maury y Cazalés, menos filósofos que los anteriores, eran los atletas del lado derecho, y aunque distintos en carácter, su fuerza oratoria era casi igual. Acostumbrado Maury desde muy jóven á las luchas de la polémica sagrada, habia ensayado en el pulpito una elocuencia, que debia desarrollarse despues en la tribuna. Hijo de la clase mas ínfima del pueblo, no era adicto al antiguo régimen sino por el hábito que vestia, y defendia la religion y la monarquía como hubiera podido defender unas conclusiones teológicas. Su conviccion se reducía á desempeñar bien el papel que le habia tocado, y lo mismo hubiera desempeñado cualquier otro, es decir, con un valor admirable, y con la mayor nobleza. Educado en los estudios sérios y dotado de un language fecundo, vivo y colorido, sus discursos eran unos verdaderos tratados de las materias que se proponia dilucidar. Unico rival de Mirabeau le hubiera igualado si hubiera defendido una causa mas nacional, y el antiguo régimen no podia hallar otro hombre que supiese presentarlo bajo formas mas seductoras. La erudicion histórica y la sagrada prestaban materia á sus argumentos, y la osadía de su carácter y de su estilo le inspiraban palabras, que vengan hasta de las mayores derrotas. Su hermosa figura, su sonora voz, sus imperiosos ademanes, y la risueña indiferencia con que desafiaba á las tribunas, arrancaban á menudo aplausos, hasta de sus mismos enemigos. Persuadido el pueblo de que era invencible, se divertía con aquella resistencia impotente, y gozaba

viéndole combatir, por la seguridad que tenia de que su ruina era inevitable. La gran contra que tenia Maury era la ninguna autoridad moral de su palabra, pues ni su nacimiento, ni su fé, ni sus costumbres eran capaces de infundir respeto á sus oyentes. Quitesele al abate Maury el traje clerical, y se le verá sentarse sin violencia en el lado opuesto, entre los innovadores. Semejantes oradores son la gala de un partido, pero nunca le salvan.

XVI.

Cazalés era uno de esos hombres que no saben lo que valen hasta que las circunstancias les descubren que tienen talento, imponiéndoles un deber que cumplir. Simple oficial confundido entre los demas, en las filas del ejército, la casualidad que le condujo á la tribuna, le descubrió que era un orador. Al presentarse en la Asamblea no eligió la causa que debia defender. Como noble, defendió la nobleza; como realista, al rey; como vasallo, el trono. Su posicion hizo su doctrina, y entró en la Asamblea acompañado del carácter y virtudes propias del uniforme que vestia. En él, la palabra no fué sino una espada mas, y esta la ofreció con una abnegacion enteramente caballeresca, á la causa de la monarquía. Su fé monárquica no la constituía, sin embargo, un fanatismo ciego por lo pasado; admitia todas las modificaciones que el rey habia admitido, con tal que fuesen compatibles con la inviolabilidad del trono, y con la accion del poder ejecutivo. Mirabeau y Cazalés no estaban muy distantes en política respecto al dogma; una distancia inmensa les separaba, respecto á los medios: el uno queria la libertad como aristócrata, el otro como demócrata. El primero se habia lanzado en los brazos del pueblo, el segundo, se aferraba á las gradas del solio. El carácter de

la elocuencia de Cazalés era el que da una causa desesperada. Protestaba en vez de discutir, y oponía á los triunfos violentos del lado izquierdo, retos irónicos, y repriminaciones amargas, que subyugaban por un momento la imaginación, pero que no producian jamás la victoria. La nobleza le debió el caer con gloria, y el trono con magestad, de suerte, que su elocuencia participó algo del heroísmo.

Detrás de estos hombres no se descubria otra cosa sino el partido resentido de su adversa fortuna, desalentado por el aislamiento á que se veia reducido, odioso al pueblo, y completamente inútil al trono; partido que no vivía sino de ilusiones, y que no conservaba otra cosa de su abatido poder que el resentimiento de la injuria recibida, y la insolencia que va en aumento cada día, cuando se sufren nuevas humillaciones. Las esperanzas de este partido, no se cifraban ya mas que en la intervencion armada de las potencias estrangeras. Luis XVI no era, segun su modo de ver, sino un rey prisionero, que la Europa se apresuraria á sacar del cautiverio. Para los hombres del lado derecho, el patriotismo y el honor residian en Coblenza. Vencidos por el número, sin ninguno de aquellos gefes hábiles que saben inmortalizarse en las retiradas, sin fuerzas para luchar contra el espíritu de la época y negándose á toda transaccion, estos hombres no podían apelar sino á la venganza. Su política no era otra cosa que una imprecacion.

Acababa el lado izquierdo de perder su gefe y su regalador al perder á Mirabeau; muerto este hombre nacional, no le quedaban sino hombres de partido. Los principales eran Barnave y los dos hermanos Lameth. Humillados estos por el ascendiente que Mirabeau habia ejercido sobre ellos, habian tratado mucho antes de la muerte de aquel, de neutralizar la supremacia de su talento, con doctrinas y discursos exagerados. Mirabeau en el apóstol de la revolucion, los otros habian querido ser

los facciosos de la época. Persuadidos de su mérito personal, habian creído eclipsar los talentos de aquel grande hombre con la superioridad de su popularidad. Las medianías creen igualarse con los genios traspasando la valla de la razon. En el lado izquierdo se habia efectuado una escision, y treinta ó cuarenta de sus individuos seguian las inspiraciones de Barnave y de los Lameth. El club de los amigos de la constitucion, convertido en club de los jacobinos, era su eco fuera de la Asamblea. La agitacion popular, sostenida por ellos, era refrenada por Mirabeau, que reunía en su contra la izquierda, el centro y todos los hombres racionales del lado derecho. Conspiraban á pesar de todo, intrigaban y fomentaban las divisiones intestinas y exteriores, en vez de gobernar, pero hasta la muerte de Mirabeau, no quedaron dueños absolutos del campo.

Los Lameth, hombres de corte y educados por la munificencia de la familia real, colmados de favores y de pensiones, por el mismo rey, eran unos viles é ingratos que ni siquiera tenian la excusa, como Mirabeau, de haber recibido agravios de la monarquía. Esta defeccion escandalosa y criminal, era, sin embargo, su mas bello título al favor del pueblo. Hombres hábiles llevaban la ventaja al declararse por la revolucion, de conocer los manejos de la corte en que habian sido criados. El amor que profesaban á la revolucion era no obstante desinteresado y sincero, pero su distinguido talento, no igualaba con mucho á su ambicion. Confundidos por Mirabeau en todas ocasiones, amotinaban contra él á todos los que como á ellos, hacia sombra aquel talento privilegiado. Por mas que buseasen un rival que oponerle, no dieron sino con envidiosos, que no podian competir con él. Barnave se presentó á la sazón, é inmediatamente le rodearon, le aplaudieron, y le dieron por decirlo así su propia importancia. Por un momento lograron persuadirle, que la política consistía en bellas frases, y que

bastaba ser buen retórico, para ser hombre de Estado.

Mirabeau fué bastante grande, para no temerle, y asaz prudente para no despreciarle. Barnave, jóven abogado del Delinado, habia empezado á darse á conocer en los conflictos entre el parlamento y el trono, que habian agitado su provincia, y habia dado muestras de su elocuencia en el foro. A la edad de treinta años fué enviado á los Estados generales con Monnier, su patrono y maestro, pero bien pronto abandonó á éste, y desertó del partido monárquico para afiliarse en el de la democracia. Una palabra fatídica, salida de sus labios, pero que no emanaba directamente del corazón, pesaba cual agudo remordimiento sobre su conciencia. «¿Tan pura es la sangre que se ha derramado?» exclamó al saber el primer asesinato cometido por la revolucion. Estas palabras habian impreso en su frente el signo de los facciosos, sin embargo, no lo era, ó al menos no lo era sino en cuanto le convenia serlo, para el buen éxito de sus discursos. Exaltado como orador estaba muy lejos de serlo como hombre y mucho mas distante aun de ser cruel. Estudioso sin método, fecundo sin energia, no pasaba de ser una inteligencia mediana dotada de un alma honrada y de un corazón recto, á lo que añadía una voluntad vacilante. Su talento, malamente comparado con el de Mirabeau, consistia en el arte de encadenar con habilidad las consideraciones mas vulgares, y aunque el hábito de hablar en los tribunales le daba una superioridad aparente en la improvisacion, desvaneciase esta en el momento en que se reflexionaba sobre lo que habia dicho. Los enemigos de Mirabeau, le habian colocado sobre un pedestal muy elevado, por el odio que profesaban á aquel, y le habian engrandecido sin otro objeto que el de ponerle en parangon con él. En cuanto quedó reducido á su verdadera estatura, se reconoció la inmensa distancia que mediaba entre el hombre de la nacion y el del foro. Barnave tuvo la desgracia de ser el grande

hombre de un partido medio, y el héroe de un partido envidioso. Era digno de mejor suerte, y mas tarde la consiguió.

XVII.

Colocado en la penumbra, y medio oculto todavía detrás de los gefes de la Asamblea nacional, empezaba á agitarse un hombre casi desconocido, instigado por un pensamiento que le prohibia el reposo y el descanso. En todas ocasiones trataba este hombre de hacer uso de la palabra y se atrevía á medir sus fuerzas con todos los oradores, hasta con el mismo Mirabeau. Precipitado de la tribuna, volvía á ocuparla con fé viva al dia siguiente, y bajaba de ella humillado por los sarcasmos, sofocado por los murmullos, y acosado por todos los partidos que en medio de tantos grandes atletas, apenas se dignaban fijar en él la atencion. A pesar de esto, por mas que siempre quedase derrotado, nunca se lograba cansarlo. No parecia sino que un genio amigo y profético, le revelara de antemano la vanidad de todos aquellos talentos, la omnipotencia de la voluntad y de la constancia; y que una voz que solo él oía, clamaba en el fondo de su alma diciéndole: Esos hombres que te desprecian son tuyos; tendrás en tus manos todos los cabos de esa revolucion, que ahora no quiere hacer caso de ti, y que siempre tropezará contigo en su camino, porque tú seras el obstáculo inevitable á donde irá á chocar ese movimiento de impulsiones. Este hombre era Robespierre.

Hay abismos que nadie se atreve á sondear, y caracteres en que nadie trata de penetrar por no dar con horrores que le hagan retroceder asustado, al descubrirlo; pero la mirada de la historia es impasible como la del tiempo, y no puede detenerse ante este terror por-

que está obligada á comprender todo lo que ha de contar.

Maximiliano Robespierre nació en Arras, de una familia pobre, honrada y considerada en el país. Su padre era oriundo de Inglaterra, y con esto se esplica esa especie de puritanismo del hijo. El obispo de Arras le habia hecho educar á sus espensas, y el jóven Maximiliano se distinguia en el colegio de Luis el Grande entre todos sus compañeros, por su constante aplicacion, y por la austeridad de sus costumbres.

Muy aficionado á escribir cartas, pasaba el tiempo entre esta ocupacion y las tareas del bufete. La filosofia de Juan Jacobo Rousseau se habia infiltrado en su corazon y era su único dogma, su fè, su fanatismo. En el alma fuerte de un sectario, pronto se convierte en secta cualquiera conviccion. Robespierre era el Calvino de la política y maduraba en medio de la oscuridad, el pensamiento confuso de la renovacion del mundo social y religioso, sueño dorado de su imaginacion, cuando era mas jóven. La revolucion vino á ofrecerle lo que el destino ofrece siempre á los que espian su marcha; la ocasion: aprovechóse de ella, y fué nombrado diputado del estado llano en los Estados generales.

Quizá fué el único entre todos sus compañeros que previó el desenlace de aquel drama inmenso, cuya primera escena se habia abierto en Versalles. Asi como los filósofos ignoran el sitio en donde reside nuestra alma, asi muchas veces sucede que el individuo mas oscuro posee el pensamiento de todo un pueblo. A nadie debe despreciarse por su esterior, porque el dedo de Dios marca al hombre en el alma y no en la frente, nada habia en la cuna, en el talento ni en la fisonomia de Robespierre que fuese digno de llamar la atencion, sin embargo, este hombre era la última palabra de la revolucion, pero nadie podia leerla.

Era Robespierre de baja estatura, delgado de miembros, de andar tardo, y afectadas maneras, y sin gracia

ninguna en sus movimientos. Su voz agria, y desagradable, buscaba en vano inflexiones oratorias, y no producía sino sonidos monótonos. Su frente era hermosa aunque pequeña, pero muy saliente en la parte superior, como si indicase que la masa y el torpe movimiento de sus pensamientos, la habian ensanchado mas de lo natural por aquella parte. Sus ojos muy velados por los parpados y bastante rasgados, estaban muy hundidos en las cavidades de sus órbitas, y lanzaban un resplandor semejante al reflejo del acero iluminado por los rayos solares; tenia la nariz pequeña y arremangada, la boca grande y unos labios muy delgados y contraídos hácia los extremos, de un modo repugnante. Su barba era pequeña y puntiaguda, y el color de su rostro pálido como el del hombre gastado por los vicios, ó consumido por la meditacion y por las vigalias.

La expresion habitual de su rostro consistia en una serenidad superficial, sobre un fondo grave y en una sonrisa indecisa entre sarcástica y graciosa. Dominaba en el conjunto de su fisonomia una prodigiosa y no interrumpida tension de todas sus facciones, que indicaba al hombre observador que todos los esfuerzos de su alma, convergian hácia un punto único y determinado, con tal fuerza de voluntad y con una conviccion tan íntima de que llegaria á obtener el fin que se habia propuesto, que parecia que estaba pasando á su vista lo que aun habia de tardar mucho tiempo en efectuarse.

Tal era el hombre que debia absorber en sí á todos los demas, sacrificándolos despues de haberse servido de ellos como instrumentos. No pertenecia á ningun partido determinado, pero marchaba con todos los que alternativamente servian á su bello ideal de la revolucion. En esto consistia su verdadera fuerza, porque los partidos se veian obligados á detenerse, y él continuaba siempre marchando hácia adelante, en direccion de su objeto que era uno nuevo en cada movimiento revolucionario, sin

retroceder jamás, ni desviarse á este ni al otro lado. Diezmada la revolucion en su carrera forzosamente tenia que resumirse en una última espresion, y Robespierre confiaba en que esta última espresion seria él. Hé aqui la razon de que trabajase con tanto ardor y eficacia por conseguirlo. El dia de su sueño dorado, estaba aun muy distante.

XVIII.

Robespierre se habia unido muchas veces á Dupont, á Barnave y á los dos Lameth, para combatir á Mirabeau, pero empezó á volverles la espalda desde que dominaron la Asamblea. Unióse entonces á Petion y á algunos otros hombres oscuros, formando con ellos un pequeño partido de oposicion radicalmente democrática que envalentonaba á los jacobinos, y amenazaba á Barnave y los Lameth cuando intentaban detenerse en su marcha. Petion y Robespierre en el congreso y Brisot y Danton en el club, formaban el germen de este nuevo partido que estaba destinado á acelerar el movimiento y á convertirle muy en breve, en una continuada y sangrienta catástrofe.

El objeto de Petion era adquirir popularidad, y lo consiguió antes que Robespierre. Abogado de escaso talento, pero íntegro, consistia toda su filosofia en saber algunos cuantos sofismas del *Contrato social*. Joven, hermoso y patriota, estuvo destinado á ser uno de esos ídolos complacientes de los que hace el pueblo lo que quiere, aunque nunca logra hacerlos hombres. El ascendiente que tenia en las calles y entre los jacobinos le daba cierta autoridad en la Asamblea, donde se le escuchaba como al eco significativo de la voluntad del pueblo. Hasta el mismo Robespierre afectaba tenerle respeto.

XIX.

La Constitucion estaba concluida, y la autoridad real no existia sino en el nombre. El rey no era sino el ejecutor de las órdenes de la representacion nacional, y sus ministros, los rehenes responsables que conservaba la Asamblea. Los vicios de la nueva Constitucion eran conocidos antes de verla terminada, porque votada en medio de las iras de los partidos en vez de ser un código, no era sino una venganza del pueblo contra la monarquía, que habia quedado en pie para ser sustituida por una institucion única, que se establecia en todas partes y que nadie se atrevia aun á nombrar. El pueblo y los partidos temblaban abrir un abismo al derribar el trono, en donde se precipitasen sin esperanza, y habían convenido fácilmente en respetar su sombra, ultrajando y humillando cada vez mas, al desgraciado monarca que lo ocupaba. Las cosas habian llegado á tal extremo que no podian tener otro desenlace que la mas completa ruina. Un ejército indisciplinado, era otro elemento mas, en favor de la fermentacion popular. Los oficiales emigraban en masa, y los sargentos, afiliados todos en el club de los jacobinos, les reemplazaban, imbuyendo las máximas democráticas en el ánimo de los soldados, convertidos por este medio, en instrumentos de anarquía y en cómplices de los sediciosos. El pueblo famético, devoraba la presa que le habian arrojado, que consistia en los desechos de los señores y en los diezmos del clero, y temeroso de que le arrancasen lo que habia pillado soñaba en conspiraciones que prevenia cubriéndose de crimenes. La libertad que se le habia dado sin prepararle de antemano á recibirla, le ponía en continua agitacion febril sin fortificarle, y con todos los vicios de los libertos, no tenia ninguna de las virtudes de los hombres libres.

La anarquía mas espantosa gobernaba la nación y para que tuviese quien la gobernase á ella, se habian creado un gobierno en otros tantos clubs, cuantas ciudades y pueblos de nota habia en el reino.

El dominante y el verdadero punto céntrico de la anarquía era el de los jacobinos. Cuando una voluntad poderosa y apasionada, conmueve una nación, esta voluntad comun, reúne á los hombres, cesa el individualismo, y la asociación legal ó ilegal organiza los sentimientos públicos. De este modo, habian nacido las sociedades populares. A las primeras amenazas de la córte contra los Estados generales, unos cuantos diputados bretones se reunieron en Versalles, y formaron una sociedad para estar al corriente de las intrigas de la córte y asegurar el triunfo de la libertad. Sus fundadores fueron Sieyes, Chapelier, Barnave y Lameth. Trasladado el club á París, despues de las jornadas del 5 y 6 de octubre adoptó el significativo nombre de *Sociedad de amigos de la Constitución*, y se instaló en el antiguo convento de los Dominicos, inmediato al sitio donde celebraba sus sesiones la Asamblea. Los diputados que habian fundado el club solo para ellos, abrieron pronto sus puertas á los periodistas y escritores revolucionarios, y últimamente á todos los ciudadanos. Para ser admitido en el club, bastaba que dos miembros de la sociedad presentasen al candidato, sobre cuya moralidad se adquirian informes allí mismo en votacion pública. El pueblo entraba tambien á las sesiones con una tarjeta que examinaban los censores. Celebrábanse estas reuniones, con toda la formalidad de las asambleas deliberantes, puesto que habia en ellas, presidente, secretarios, tribuna y órden del dia, y hasta tenian oficinas, reglamento, y todas las demas cosas que se hallaban en las otras. En una palabra, eran unas asambleas deliberantes, sin ninguna responsabilidad y sin que hubiese mediado eleccion para ser miembro de ellas. La pasion del momento era la única que

mandaba aquella tumultuosa reunion, que en vez de hacer leyes, predisponia el ánimo del público segun convenia á sus intereses.

Las sesiones eran de noche, para que el pueblo no tuviese que abandonar sus faenas por asistir á ellas, y servian de testo á sus discusiones, los actos de la Asamblea nacional, los sucesos del momento, las cuestiones sociales, ó las acusaciones contra el rey y sus ministros. Las pasiones que se trataba de imbuir en el pueblo con preferencia, eran la del odio y la venganza, y convencido aquel de que tanto el rey y la reina, como las autoridades y aun las potencias extranjeras, conspiraban contra él, se arrojaba desesperado y confiado al mismo tiempo, en brazos de los que miraba como sus defensores. El mas elocuente para él, era el que sabia infundirle mas temor y como tenía sed de denunciaciones se le prodigaban por tenerle contento. Por este medio adquirieron su dominio sobre el pueblo Barnave y los Lameth y mas tarde Danton, Marat, Brissot, Camilo Desmoulins, Pétion y Robespierre. Estos nombres habian ido creciendo con las iras populares y ellos trataban de sostenerlas por no perder el prestigio que tan vilmente habian adquirido. Las sesiones nocturnas de los Dominicos y de los Franciscanos, ahogaban frecuentemente el eco de la Asamblea nacional, y la minoría derrotada en el Congreso, acudia á protestar y aun á amenazar en los Jacobinos.

El mismo Mirabeau habia sido acusado allí por Lameth, con motivo de la ley que habia propuesto sobre la emigracion, y pocos dias antes de su muerte, habia tenido que comparecer á oír las invectivas de su denunciador, aunque desdeñó justificarse. Los clubs eran la fuerza exterior en que se apoyaban los exaltados de la Asamblea nacional para intimidarla. Esta no tenía otro apoyo que las leyes, el club, contaba con el pueblo, con las asonadas, y hasta con el ejército.

Organizada la opinion pública, su asociacion permanente en todos los puntos del reino, daba una sacudida eléctrica, á la cual no era posible resistir. Las mociones que se hacian en Paris, corrian con la velocidad del rayo de club en club, hasta las provincias mas distantes, y una misma chispa era suficiente para incendiar á la vez muchos millones de almas, en las que ardía el fuego de una misma pasion. Todas las sociedades se correspondian entre si, y estaban en correspondencia, con la sociedad matriz. Aquel gobierno, era el de las facciones, que habia enredado en sus lazos al gobierno legal, pero la ley habia enmudecido y perdido su fuerza y la faccion era vigorosa y elocuente.

Trasládeonos mentalmente á una de aquellas sesiones borrascosas de la época, y veremos cosas que nos parecerian imposibles á no haberlas presenciado, ó al menos, hablado y tratado á muchos de los que las presenciaron. El lugar de la reunion es un templo de donde Dios ha sido arrojado con escarnio, y en el que no se halla otro vestigio del antiguo culto, que algunas pinturas sagradas que hay en las paredes, desnudas por otra parte de todo adorno. Una tribuna, ocupa al sitio en donde estaba el tabernáculo no hace mucho tiempo, y multitud de bancos, muchos de ellos aun, con el emblema de la comunidad ó cofradía á que pertenecieron, sirven para que el público se siente. La tribuna se halla rodeada por ciertos oradores queridos del pueblo, que están impacientes por subir á ella cuanto antes; un corto número de luces llevadas allí por los mismos asociados, iluminan imperfectamente aquel recinto, y su resplandor no sirve sino á hacer mas perceptible la oscuridad. El auditorio lo componen hombres de todas las clases y condiciones, y no faltan tambien algunas mugeres entusiastas por el

nuevo orden de cosas, que acuden allí con sus pequeños, para que mamen la leche de la revolucion, mezclada con la de sus pechos. Esta turba fanática é ignorante, que prorumpie en aullidos y silbidos estrepitosos cuando las ideas del orador no están en armonía con las suyas, al terminarse las sesiones, entona himnos patrióticos, canta canciones demagógicas, pasea en triunfo los bustos de los grandes republicanos, y arrastra por los suelos los simbolos de la religion, ó de la dignidad real, para quemarlos despues en medio de los mas feroces aullidos. ¡Qué pueblo por pacífico que fuese, hubiera resistido á esa fiebre espantosa, cuyos accesos eran diarios y cada vez mas fuertes desde fines del año 1790, en todas las ciudades del reino! Este régimen de fanatismo era el precursor de el del terror. Esta era la organizacion del club de los jacobinos.

XXI.

El club de los franciscanos escedia aun al de los jacobinos en turbulencia y demagogia. Danton y Marat eran sus corifeos.

Los constitucionales moderados, habian tratado, y aun empezaron á reunirse, pero falta siempre energia en las sociedades que están meramente á la defensiva, asi como las que toman la ofensiva, logran agrupar las facciones en torno suyo. Esta fué la causa de que aquellas reuniones se disolviesen por su propia virtud, hasta el establecimiento del club de los Fuldenses. El pueblo dispersó á pedradas á los primeros que acudieron a casa de Mr. de Clermont-Tonnerre, y Barnave insultó en la tribuna á sus colegas, denunciándolos á la execracion pública, con el mismo acento con que habia escitado y reunido á los amigos de la Constitución. La libertad no era todavía sino un arma parcial que cualquiera quebraba sin pudor en el pecho de su enemigo.

Organizada la opinion pública, su asociacion permanente en todos los puntos del reino, daba una sacudida eléctrica, á la cual no era posible resistir. Las mociones que se hacian en Paris, corrian con la velocidad del rayo de club en club, hasta las provincias mas distantes, y una misma chispa era suficiente para incendiar á la vez muchos millones de almas, en las que ardía el fuego de una misma pasion. Todas las sociedades se correspondian entre si, y estaban en correspondencia, con la sociedad matriz. Aquel gobierno, era el de las facciones, que habia enredado en sus lazos al gobierno legal, pero la ley habia enmudecido y perdido su fuerza y la faccion era vigorosa y elocuente.

Trasládeonos mentalmente á una de aquellas sesiones borrascosas de la época, y veremos cosas que nos parecerian imposibles á no haberlas presenciado, ó al menos, hablado y tratado á muchos de los que las presenciaron. El lugar de la reunion es un templo de donde Dios ha sido arrojado con escarnio, y en el que no se halla otro vestigio del antiguo culto, que algunas pinturas sagradas que hay en las paredes, desnudas por otra parte de todo adorno. Una tribuna, ocupa al sitio en donde estaba el tabernáculo no hace mucho tiempo, y multitud de bancos, muchos de ellos aun, con el emblema de la comunidad ó cofradía á que pertenecieron, sirven para que el público se siente. La tribuna se halla rodeada por ciertos oradores queridos del pueblo, que están impacientes por subir á ella cuanto antes; un corto número de luces llevadas allí por los mismos asociados, iluminan imperfectamente aquel recinto, y su resplandor no sirve sino á hacer mas perceptible la oscuridad. El auditorio lo componen hombres de todas las clases y condiciones, y no faltan tambien algunas mugeres entusiastas por el

nuevo orden de cosas, que acuden allí con sus pequeños, para que mamen la leche de la revolucion, mezclada con la de sus pechos. Esta turba fanática é ignorante, que prorumpen en aullidos y silbidos estrepitosos cuando las ideas del orador no están en armonía con las suyas, al terminarse las sesiones, entona himnos patrióticos, canta canciones demagógicas, pasea en triunfo los bustos de los grandes republicanos, y arrastra por los suelos los símbolos de la religion, ó de la dignidad real, para quemarlos despues en medio de los mas feroces aullidos. ¡Qué pueblo por pacífico que fuese, hubiera resistido á esa fiebre espantosa, cuyos accesos eran diarios y cada vez mas fuertes desde fines del año 1790, en todas las ciudades del reino! Este régimen de fanatismo era el precursor de el del terror. Esta era la organizacion del club de los jacobinos.

XXI.

El club de los franciscanos escedia aun al de los jacobinos en turbulencia y demagogia. Danton y Marat eran sus corifeos.

Los constitucionales moderados, habian tratado, y aun empezaron á reunirse, pero falta siempre energia en las sociedades que están meramente á la defensiva, asi como las que toman la ofensiva, logran agrupar las facciones en torno suyo. Esta fué la causa de que aquellas reuniones se disolviesen por su propia virtud, hasta el establecimiento del club de los Fuldenses. El pueblo dispersó á pedradas á los primeros que acudieron a casa de Mr. de Clermont-Tonnerre, y Barnave insultó en la tribuna á sus colegas, denunciándolos á la execracion pública, con el mismo acento con que habia escitado y reunido á los amigos de la Constitución. La libertad no era todavía sino un arma parcial que cualquiera quebraba sin pudor en el pecho de su enemigo.

¿Qué podía hacer el rey, acosado por un lado por una Asamblea que se había abrogado todas las funciones ejecutivas, y por otro, por aquellas reuniones facciosas que usurpaban todos los derechos de la representación nacional? Sin fuerza propia entre estos dos rivales, el rey recibía de rechazo los golpes de unos y otros, y todos los días era ofrecido en sacrificio al populacho por la Asamblea nacional.

Sola una fuerza mantenía el orden exterior y sostenía aun, la sombra del trono; esta fuerza era la guardia nacional de París. Esta, sin embargo, era una fuerza neutral que no reconocía mas ley que la de la opinión, y que fluctuando entre las facciones y la monarquía, podía mantener el orden público, pero no era á propósito para prestar un apoyo firme é independiente al poder político. Era, en fin, una parte integrante del pueblo, y una intervención armada contra la voluntad de éste, la hubiera tenido por un sacrilegio. Creada por sí misma el 15 de julio en la casa de la municipalidad, no obedecía mas órdenes que las que emanaban de aquella corporación, que la había dado por jefe principal al marqués de La Fayette. Los hombres honrados no podían haber escogido otra persona que los representase mas dignamente.

XXH.

El marqués de La Fayette era un patricio, dueño de un caudal inmenso, y estaba enlazado por su casamiento con la hija del duque de Ayeu, con las principales familias de la corte. Había nacido en Chavagnac en la Auvernia el 6 de setiembre de 1757, y á pesar de hallarse casado desde la temprana edad de diez y seis años, la sed de adquirir gloria le había hecho abandonar su patria en 1777. Era aquella época la de la guerra de la independencia en la América inglesa, y el nombre de Washington, resonaba en ambos continentes. Un adolescente

tuvo la osadía de querer igualarse á aquel hombre, en medio de las delicias de la afeminada corte de Luis XV y este hombre fué La Fayette. Armó secretamente dos navíos á sus espensas, cargólos de armas y municiones para los insurgentes, y llegó felizmente á Charlestown, siendo recibido por Washington, como hubiera podido recibir á un enviado de Francia. La Fayette y los jóvenes oficiales que le acompañaban eran la manifestación evidente de los votos secretos de un gran pueblo, en favor de la independencia del Nuevo Mundo. El general americano se sirvió de Mr. de La Fayette en aquella larga guerra, cuyas mas insignificantes escaramuzas adquirían las proporciones de batallas campales, al atravesar los mares.

La guerra de América, mas notable por sus resultados, que por sus combates, era mas á propósito para formar republicanos, que para hacer grandes guerreros. La Fayette la hizo con heroísmo y decisión y se granjeó la amistad de Washington. Este escribió con su mano el nombre de un francés, en los registros de la fundación de una colonia trasatlántica, y aquel nombre volvió á Francia como un eco de libertad y de gloria. La popularidad, compañera inseparable de la gloria, siguió al joven La Fayette por todas partes. En cuanto regresó á su patria, se vió adoptado por la opinión pública, y aplaudido y coronado en el teatro de la ópera. La reina le saludó con una graciosa sonrisa, el rey le nombró general, Franklin le hizo ciudadano, y el pueblo le adoró como su ídolo. Estos favores del público le enervaron y decidieron de su suerte futura. La Fayette halló tan dulce esta popularidad, que nunca quiso consentir en desprenderse de ella, y aunque los aplausos no son la gloria, mas tarde adquirió toda la de que era digno, imprimiendo á la democracia el sello distintivo de su carácter, la honradez.

Próximo estuvo Mr. de La Fayette el 14 de julio á verse levantado sobre el pavés, por los ciudadanos de

Paris. Nuevo frondista de la corte, revolucionario de buena casa, aristócrata por su cuna, demócrata por principios, y cubierto de una aureola de gloria militar adquirida en países remotos, reunía en su persona más cualidades de las necesarias para ser el jefe natural de un ejército de ciudadanos. La gloria que había adquirido en América, reflejaba en Paris y le daba un prestigio, que como todo el que conquista á grandes distancias del país natal, podía llamarse casi inmenso. El nombre de La Fayette eclipsaba todos los demás, y Necker, Mirabeau y aun el duque de Orleans, perdieron gran parte de su popularidad en cuanto La Fayette estuvo de regreso en su patria. Su nombre fué el de la nación por espacio de tres años. Arbitro supremo, sobresalía en la Asamblea por la autoridad que le daba el mando supremo de la guardia nacional, y en ésta, por la que le comunicaba el ser el miembro más influyente de la Asamblea. De la reunion de estos dos títulos resultaba una verdadera dictadura: como orador valía poco, y no había en su palabra aquella firmeza y electricidad que impresionando el espíritu, vibran en el corazón y entienden el ánimo de los oyentes. Educado en la elegancia de los salones y nada conocedor del lenguaje diplomático de la política, hablaba de libertad valiéndose de unos términos, que ponían de manifiesto su origen aristocrático. El solo acto parlamentario de La Fayette, fué la publicación de los *Derechos del hombre* que hizo adoptar por la Asamblea nacional. Este decálogo del hombre libre, hallado por La Fayette en las selvas de América, encerraba más conceptos metafísicos que máximas de verdadera política, y era tan poco aplicable á una sociedad constituida y antigua, como lo sería la desnudez completa del salvaje para el hombre civilizado acostumbrado á coimir con esmero del adorno exterior de su persona. Aquel escrito tenía el mérito, sin embargo, de presentar al hombre en toda su desnudez, manifestando lo que era, y lo que de-

bia ser, á no existir las preocupaciones, desarrollando á su vista el verdadero ideal de sus deberes, y de sus derechos. Era el grito indignado de la naturaleza contra todas las tiranías; grito, que estaba destinado á hundir en el polvo el mundo antiguo, gastado por la esclavitud, para que surgiese de él un mundo nuevo. El honor de La Fayette consistió en haberlo dado á conocer.

La confederacion de 1790, fué la época del apogeo de Mr. de La Fayette. Aquel día eclipsó al rey y á la Asamblea, porque la nación armada y pensativa asistía á aquel acto, y La Fayette era el que la mandaba. Aunque podía obrarlo todo, nada intentó, y su desgracia consistió entonces en la posición crítica que ocupaba; hombre de transición se veía dominado por dos ideas á un mismo tiempo; á haber tenido una sola, hubiera dispuesto como dueño absoluto de los destinos del país. La monarquía y la república estaban igualmente á su alcance, si hubiese querido estender el brazo para apoderarse de una ú otra, pero lo detuvo á medio camino y no pudo obtener sino un recuerdo de libertad. Al mismo tiempo que trataba de inspirar entusiasmo hácia las instituciones republicanas, defendía una Constitución monárquica y un trono, y por la contradicción aparente que se veía en sus principios, aparecía como un traidor siendo en la realidad un hombre muy recto y justificado. Soldado de la monarquía por deber, peleaba en su defensa, aunque su corazón y sus convicciones se hallaban en las filas de los republicanos. Protector del trono, era al mismo tiempo el que le infundía más terror. Esto justifica suficientemente el concepto, que de La Fayette ha formado la posteridad. La monarquía y la república le son deudoras de servicios importantes; ambas instituciones están á pesar de esto, resentidas con él, porque con las dos ha quedado mal. Ha muerto sin ver el triunfo de ninguno de estos dos grandes principios políticos, pero ha muerto virtuoso y popular. Además de sus virtudes privadas,

estuvo adornado de otra pública, que le valdrá el perdón de sus defectos, y hará inmortal su nombre, y es, que antes, despues, y en mayor grado que todos sus contemporáneos, tuvo el sentimiento, la constancia y la moderacion de la revolucion.

Tal era el hombre, y tal el ejército en que se apoyaban, el poder ejecutivo, la tranquilidad del pais, el trono constitucional, y la vida del rey.

XXIII.

Este era el estado de los partidos, de los hombres y de las cosas en 1.º de junio de 1791, y por medio de todo esto, atravesaba, movido por un impulso secreto y continuado, pero siempre avanzando, el espíritu irresistible de una gran renovacion social. Con tales elementos, ¿que podia resultar que no fuese, lucha, anarquía, crímenes, y asesinatos? Ningun partido tenia la razon, ningun hombre el talento, ninguna alma la virtud, ni ningun brazo la energia suficiente para dominar este caos espantoso y hacer que saliese de él la justicia, la verdad, y la fuerza. Unas mismas causas producen siempre los mismos efectos. Luis XVI era justificado y deseaba el bien, pero debió haber comprendido desde las primeras tentativas de la revolucion, que para el primer gefe de un Estado no hay otro papel posible en circunstancias semejantes, que el de ponerse á la cabeza de la nueva idea, y combatiendo lo antiguo, reunir en su persona el doble concepto de gefe de la nacion, y gefe de partido. El papel de moderador no es posible á quien no posee la confianza de todo el partido que se quiere llevar por el camino de la moderacion. Enrique IV adoptó este papel para sí, despues de haber vencido; si lo hubiese hecho

antes, no solo no habria sido rey de Francia, sino que hubiera perdido la corona de Navarra.

La corte era egoísta y corrompida y únicamente defendia al rey por propia utilidad. El clero, aunque adornado de virtudes cristianas, carecia de virtudes cívicas, y como Estado que existe dentro de otro Estado, su vida no se identificaba con la vida de la nacion. Independiente por su índole particular, creia que su suerte era independiente de la de la monarquía, y para que se uniese á esta, cuando la vió amenazada, fué preciso que viese tambien el peligro que corrian sus bienes, y entonces apeló á la fé de los pueblos, para salvar aquellas riquezas. Los pueblos eran ya sordos á su voz, y no veian en los monges y en los obispos, sino unos hombres que querian vivir á costa de su sudor. Afeminada la nobleza por una larga paz, emigraba en masa abandonando al rey en medio del peligro, persuadida de que pronto habria una intervencion armada de las potencias extranjeras que volveria las cosas á su antiguo ser. El estado llano, lleno de envidia y de despecho, pedia su emancipacion con tales alaridos que su justicia tenia todo el aspecto de una venganza desesperada.

La Asamblea reunia en su seno, todas las debilidades, todo el egoísmo, y todos los vicios del resto de la nacion. Mirabeau era venal, Barnave envidioso, Robespierre fanático, el club de los jacobinos cruel, La Fayette irresoluto, y el gobierno nulo. Nadie queria la revolucion sino para explotarla á medida de su capricho, y cien veces se hubiera estrellado contra tantos escollos, si no hubiese en las crisis humanas cierta cosa mas fuerte que los hombres que las dirigen: esta cosa es la crisis misma.

Nadie comprendia entonces toda la latitud de la revolucion á no ser Robespierre y los demócratas puros. El rey no veia en ella sino una gran reforma, el duque de Orleans una numerosa faccion, Mirabeau la parte po-

lítica, la Fayette la constitucional, los jacobinos una venganza, el pueblo el abatimiento de los grandes y la nación su patriotismo. Su paradero final nadie se atrevía a adivinarlo.

Resulta de lo que acaba de decirse, que todos estaban ciegos, menos la misma revolución. La virtud de esta se hallaba en la idea misma que obligaba á todos aquellos hombres á llevarla á cabo, pero no en los que lo ejecutaban. Todos sus instrumentos estaban viciados, corrompidos, y obraban por personalidades y resentimientos particulares, pero la idea era pura, incorruptible y divina. Los vicios, la ira, y el egoísmo de los hombres, debían producir inevitablemente las crisis, los choques, las violencias, las perversidades y los crímenes, que son á las pasiones humanas, lo que las consecuencias á los principios de donde se derivan.

Si alguno de los partidos ó de los hombres que desde un principio se mezclaron en aquellos grandes acontecimientos, hubiese tenido por norte su virtud, en vez de dejarse arrebatar por la pasión, se hubieran evitado tantos desastres, y ellos y la patria se hubieran salvado. Si el rey, hubiese sido firme é inteligente, el clero desinteresado, la aristocracia justa, Mirabeau íntegro, la Fayette decidido, y Robespierre humano, la revolución se hubiera desarrollado magestuosa y serena sobre la Francia y sobre el resto de Europa, como un pensamiento divino, y se hubiera instalado como una verdadera filosofía en los hechos, en las leyes, y en los cultos.

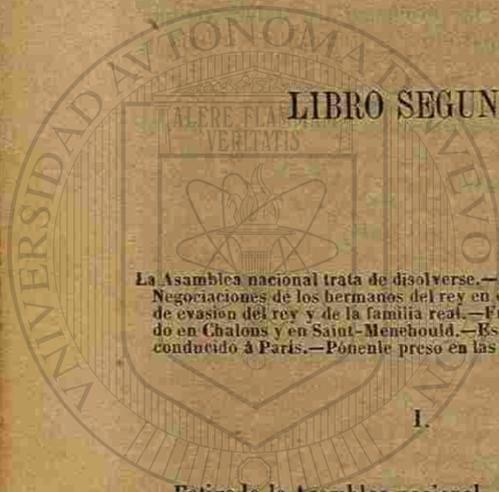
Escrito estaba que había de suceder todo lo contrario. El pensamiento más santo, justo y piadoso, cuando tiene que rozarse con la imperfección humana, sale despedazado y goteando sangre de manos de los mismos hombres que le han concebido, que al verle en estado tan lamentable no quieren reconocerle por suyo. Solo sobre la santa verdad no tiene poder el crimen, porque aquella sobrevive á todo, hasta á sus mismas víctimas.

La sangre que mancha á los hombres deja pura la idea, y á pesar del egoísmo que procura envilecerla, de las lajezas que tratan de detener su curso, y de los atentados que la deshonoran, la revolución por inhumana que parezca, al cabo se purifica, se rehabilita, triunfa y triunfará siempre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



LIBRO SEGUNDO.

La Asamblea nacional trata de disolverse.—Aumento de periódicos.—Negociaciones de los hermanos del rey en el extranjero.—Proyectos de evasión del rey y de la familia real.—Fuga del rey.—Es cono- cido en Chalons y en Saint-Menehould.—Es detenido en Varennes y conducido á París.—Poniente preso en las Tullerías.

I.

Fatigada la Asamblea nacional de una existencia de dos años, y no sabiendo en que ocuparse, desde que nada la quedaba por destruir, pensaba seriamente en disolverse. Causábanla recelos los jacobinos, huíasele de las manos su popularidad, agobiábala la prensa con continuos ataques, los clubs la insultaban, é instrumento gastado de las conquistas del pueblo, conocía que éste iba á destruirla, sino se disolvía por sí misma. Sus sesiones no ofrecían interés y continuaba sus trabajos para concluir la Constitución, mas bien por cumplir con una tarea que se había impuesto, que por que creyese en la duración, de lo que por otra parte proclamaba como imperecedero. Mucho tiempo hacia que la muerte ó la indiferencia, habían hecho enmudecer á aquellos hombres

que habían conmovido toda la Francia con sus gritos. Maury, Cazáles y Clermont-Tonnerre desertaban de un combate en que el honor había quedado á salvo, pero que era ya imposible sostener en adelante, y mucho mas aun, el obtener la apetecida victoria. La monotonía habitual de estas sesiones teóricas, era interrumpida de vez en cuando, por acalorados debates. Uno de los mas borrascosos fué el del 10 de junio, entre Cazáles y Robespierre con motivo de querer licenciar á toda la oficialidad del ejército. «¿Cómo se atreven á proponer las comisiones (esclamó Robespierre) que confiemos en el honor de los oficiales para defender una Constitución, que todos ellos detestan? ¿De qué honor quieren hablar, ni qué honor es ese que se cree superior á la virtud y al amor de la patria? Por mi parte me glorio de no creer en él.» Indignado Cazáles como militar al oír estas palabras se levantó para contestarle. «Yo no permitiré (dijo) que se propalen impunemente tan infames calumnias.» A estas palabras, un violento murmullo del lado izquierdo y los repetidos gritos de *al órden—¡á la Abadía!*—sofocaron la voz del orador que prosiguió en cuanto se sosegó un poco el alboroto diciendo: «¡No es suficiente que haya contenido mi indignacion al oír acusar á mas de dos mil ciudadanos beneméritos, que en las crisis actuales han dado ejemplos de la mas heroica paciencia! He oído no obstante al preopinante, porque respeto la libertad de las opiniones hasta en mis mayores enemigos políticos, pero no hay fuerza en lo humano capaz de impedirme que trate esas diatribas con el desprecio que se merecen. Si votais el licenciamiento en masa que se os propone, vuestras fronteras quedarán á merced de todas las invasiones extranjeras que quieran intentarse, y en el interior sufrireis los excesos y el pillage de una soldadesca desenfrenada.» Esta enérgica improvisacion fué la oracion fúnebre del ejército, y el proyecto de la comision fué adoptado.

La discusión sobre la abolición de la pena capital, proporcionó ocasión á Duport para pronunciar uno de aquellos discursos que inmortalizan á sus autores, y que protestan por espacio de muchos siglos en nombre de la filosofía y de la sana razón, contra la ceguera y atrocidad de las legislaciones criminales. Demostró con irresistible lógica, que al reservarse la sociedad el castigo del homicida, le justificaba en cierto modo, y que el medio más á propósito de deshonorar el asesinato, y aun de evitarle, era el infundir un santo horror hácia él. Robespierre, que estaba destinado á no respirar en adelante sino en una atmósfera de sangre, era entonces partidario de la abolición de la pena de muerte. ¡Cuánta sangre se hubiera ahorrado á la Francia, si las preocupaciones de los juristas, no hubiesen prevalecido sobre los sanos principios de la filosofía moral!

Estas discusiones no tenían ningún eco, fuera del recinto del Picaadero, (1) ni ocupaban tanto la atención del público, como las polémicas apasionadas de la prensa periódica. El periodismo, ese foro universal y cotidiano de las pasiones populares, se había inaugurado al mismo tiempo que la libertad, y en él habían aparecido á defender y esplanar sus doctrinas, todos los espíritus fogosos de la época, incluso el mismo Mirabeau. Camilo Desmoulins, joven de gran talento aunque de razón debilitada, comunicaba al pueblo en sus hojas volantes, la agitación febril de sus pensamientos. Brissot, Gorsas, Carra, Prudhomme, Freron, Banton, Fouchet, y Condorcet, se habían encargado de redactar los periódicos democráticos y empezaban á pedir la abolición del trono, «el mayor azote, según *Las revoluciones de París*, entre todos los que han deshonrado á la especie humana» Marat había absorbido, por decirlo así, todos los odios que fermentan en una sociedad que se halla en estado de des-

(1) Sitio en que celebraba sus sesiones la Asamblea.

composición, y se había constituido en expresión permanente de todas las iras del pueblo. Su pluma estaba empapada en sangre, y hasta se había hecho cinico, y adoptado el lenguaje de los presidiarios y de la gente más perdida, para ser mejor comprendido por las masas. Fingíase loco como el primer *Bruto*, pero no lo hacía con el objeto santo de salvar la patria, sino para subyugarla y tiranizarla con su fingida demencia. Todos los folletos que se publicaban eran el eco de los jacobinos ó de los franciscanos, y el único objeto que se proponían sus autores al escribirlos, era infundir inquietudes, sospechas y pánicos terrores en el ánimo del pueblo.

«Ciudadanos, (decía) velar sin descanso en derredor de ese palacio, asilo inviolable, en donde se fraguan todas las conspiraciones contra la nación, y en donde, una reina perversa, fascina á un rey imbécil, é inspira sus máximas á los lobeznos de la tiranía. Sacerdotes no juramentados, bendicen allí las armas que han de disparar sobre el pueblo, y allí se prepara otro nuevo *San Bartolomé* de patriotas. El genio malévol del Austria, asiste á esas reuniones tenebrosas, presididas por Maria Antonieta, y de allí salen secretamente en grandes convoyes, el oro y las armas de Francia para que los tiranos que reunen sus ejércitos en las fronteras para esterminarlos, os hallen desarmados y pereciendo, víctimas de la más espantosa miseria. Los emigrados Artois y Condé, aguardan el santo y seña que deben recibir de los despotas, para venir volando á ejecutar las terribles venganzas del despotismo, porque una guardia de suizos mercenarios, no es suficiente á llevar á cabo los proyectos liberticidas de Capeto. ¿Teneis dificultad en creer lo que os digo, pareciéndoos imposible? Venid conmigo y sabreis además por boca de los buenos ciudadanos que rondan de noche á las inmediaciones de esa infame guarida, que no pasa una, que no vean entrar en ella furtivamente á muchos de los antiguos nobles, cargados de armas que llevan escondidas

debajo de sus vestidos ¿Estos caballeros del puñal, pueden ser otra cosa, que los asesinos pagados del pueblo? ¿Y entre tanto, que hace La Fayette? ¿Es chasqueado sin notarlo, ó está tal vez en connivencia con los de dentro? de otro modo, ¿como puede esplicarse que deje libre las avenidas de palacio, que no pueden servir sino para dar paso á la venganza, ó para facilitar la fuga de toda la familia de Capeto? ¿Cómo esperamos dar cima á la revolucion, cuando permitimos que un enemigo coronado, espere en medio de nosotros la hora de sorprenderla y aniquilarla? ¿No advertis la gran escasez de numerario y el descrédito cada día mayor de los asignados? ¿Qué significa esas numerosas reuniones de emigrados que hay en vuestras fronteras, y esos ejércitos que se adelantan rápidamente hácia vuestro pais, para venir á ahogarnos en un círculo de hierro? ¿Que medidas toman vuestros ministros para evitar una invasion estrangera? ¿Por qué no se confiscan los bienes de los emigrados? ¿Por qué no se incendian sus palacios, ó por qué no se pone precio á sus cabezas? Voy á deciroslo. Por que las armas están en manos de traidores, por que traidores son los que guardan vuestras plazas, por que estamos rodeados de traidores por todas partes, y finalmente, porque en ese palacio de la traicion, vive el gefe de los traidores, ese traidor coronado é inviolable, á quien se da el odioso título de rey..... La adhesion fingida de ese hombre á la Constitucion, no es sino un lazo que os tiende, y si alguna vez asiste á la Asamblea, es para adormecer vuestra vigilancia y escaparse cuando le acomode. ¡Alerta ciudadanos, alerta!.... Sabed que se prepara un golpe que va á estallar muy pronto, ¡hay de vosotros, y hay de la libertad de la patria, si no os apresurais á prevenirle, con otro mas rápido y mas terrible!.....

II.

Estas declamaciones no carecian enteramente de fundamento, pues si bien es cierto, que el rey no soñaba siquiera en conspirar contra el pueblo, y que á la reina jamás la habia ocurrido la idea de entregar al Austria la corona de su marido y de sus hijos, no lo es menos que el rey tenia dos ministerios y dos políticas: una en Francia, con sus ministros constitucionales, y otra en el extranjero con sus hermanos, y con los demas agentes suyos cerca de las potencias estrangeras. El baron de Breteuil y Mr. de Calonne rivales de intriga, hablaban y trataban en nombre del rey. Este, no por hipocresía sino por debilidad, desaprobaba en sus despachos oficiales á los embajadores, los pasos dados por aquellos hombres, en lo cual obraba unas veces con sinceridad y otras no. Bien puede tolerársele á un rey cautivo que hable en voz alta con sus carceleros, y al oido con sus amigos. Sin embargo, estos dos lenguages tan distintos, hacian aparecer á Luis XVI como un hombre desleal y traidor. No era lo uno ni lo otro.

Jamás se ha sentado en el trono de Francia un hombre mas honrado ni que mas dispuesto estuviese á sacrificar parte de sus privilegios en favor de su pueblo, á quien amaba con un cariño verdaderamente paternal.

Jamás pensó en reconquistar lo perdido ni en vengarse de los que tanto le habian agraviado. Jamás tuvo otros deseos que, el de que se apreciase en su justo valor su sinceridad y buena fé, y el de que restablecida la calma en el interior, pudiese la Asamblea, reconociendo las usurpaciones que habia cometido contra el poder ejecutivo, revisar tranquilamente la Constitucion, y restituir al trono el poder suficiente para atender al bien general.

Los hermanos del rey, y en particular el conde de Artois, obraban en el extranjero, sin contar con la voluntad de su hermano, cuyo silencio interpretaban como mejor les convenia. Este príncipe, jóven todavía, iba de corte en corte, solicitando en nombre de Luis XVI el auxilio de las potencias monárquicas contra unas doctrinas, que amenazaban handir todos los tronos. Bien recibido en Florencia, por el emperador de Austria, Leopoldo, hermano de la reina, obtuvo de él en Mantua á los pocos días la promesa de un contingente de treinta y cinco mil hombres. Los reyes de Prusia, España, Cerdeña y Nápoles, y aun los cantones suizos, le ofrecieron fuerzas proporcionadas á la grandeza de sus estados. Luis XVI tan pronto acogia la idea de una intervencion estrangera, como único medio de intimidar á la Asamblea y de hacer que se reconciliase con él, tan pronto la rechazaba como si fuese un crimen. La disposicion de su ánimo con respecto á esto, dependia del estado en que se hallaba el reino, y su alma seguia el flujo y reflujó de los acontecimientos interiores. Un buen decreto que diese la Asamblea, un acto que ejecutase que indicase que queria reconciliarse con el rey, ó un aplauso del pueblo á su monarca, eran motivos suficientes para que este se consolase y para que renaciese en él la esperanza de poder arreglarlo todo sin necesidad de estrangeros. Entonces escribia á sus agentes, que suspendiesen todo preparativo hostil. Por el contrario, cuando un nuevo motin asediaba el palacio, ó cuando la Asamblea imponia á la autoridad real una nueva humillacion, entonces empezaba á desesperar de poder salvarse dentro de la Constitucion y se preparaba á combatirla. La incoherencia de sus ideas, no debe achacarse sino á la posicion en que se hallaba el rey, pero daba márgen á que su causa se viera comprometida dentro y fuera del reino. Todo pensamiento en donde falta unidad, se destruye por sí mismo. El del rey, aunque bueno en el fondo, era demasiado vago

para no variar, segun variaban las circunstancias, y tanto mas perjudicial para él, cuanto que en todos los sucesos se veia una tendencia marcada á la abolicion de la monarquia.

III.

La historia no puede menos de conocer, que en medio de esta vacilacion de voluntad, el rey, de acuerdo con el emperador, meditaba un plan de evasion desde noviembre de 1790. Luis XVI habia obtenido de aquel príncipe, la promesa de que haria marchar un cuerpo de ejército sobre las fronteras francesas, en cuanto él se lo indicase, y solo nos resta saber si la intencion del rey, era la de salir del reino y volver despues á la cabeza de las tropas estrangeras, ó simplemente la de reunir parte de su propio ejército en una plaza fronteriza, para tratar desde alli con la Asamblea, é imponerla condiciones. Esta última hipótesis es la mas probable.

Luis XVI sabia mucha historia, y conocia sobre todo perfectamente la de Inglaterra. Semejante á todos los desgraciados comparaba sus infortunios con los de otros príncipes que habian sido destronados, y no podia deschar de su imaginacion la idea de que Jacobo II habia perdido la corona por haberse estrañado del reino, y que Carlos I habia sido decapitado por haber hecho la guerra al parlamento y al pueblo. Estas reflexiones le habian inspirado una repugnancia instintiva contra ambas ideas, de salir de Francia ó de entregarse en manos del ejército, y para que se decidiese á adoptar uno de estos dos partidos estremos, era preciso que su ánimo se viese muy oprimido por la inminencia del peligro, y que el terror que asediaba noche y dia el palacio de las Tullerías, hubiese penetrado en su alma y en la de la reina.

Las atroces amenazas con que eran saludados el rey y la reina, en cuanto se asomaban á las ventanas de su habitación, los insultos de los periódicos, las vociferaciones de los jacobinos, los motines y los asesinatos que iban en aumento tanto en París, como en las provincias, la resistencia violenta á la salida del rey para Saint-Cloud, y finalmente el recuerdo de los puñales que habían atravesado el lecho de la reina el 5 y 6 de octubre, les hacía vivir en una agonia continuada. Empezaban ya á creer que la revolucion implacable, se irritaba cada vez mas con las concesiones que había obtenido, y que el ciego furor de las facciones, que no se había contenido ante la magestad real, rodeada de sus guardias, se detendría mucho menos ante la inviolabilidad ilusoria, decretada por una Constitución, y creían que sus vidas, las de sus hijos, y las de todos los demas individuos de la familia real, no podian salvarse sino buyendo de los peligros que por tantas partes les rodeaban.

En consecuencia se decidió verificar la fuga, á pesar de haber sido desechada esta idea en otras ocasiones. El mismo Mirabeau sobornado por el oro de la corte, la había propuesto hacia mucho tiempo, y se había comprometido á dirigir el espíritu público, de suerte, que las cosas viniesen á arreglarse por sí mismas y sin violencia, hasta un restablecimiento voluntario de la autoridad real. Mirabeau bajó al sepulcro sin ver realizadas sus esperanzas. El rey nos ha dejado en su correspondencia secreta, un testimonio auténtico de lo repugnante que le era entregarse en manos del primero y mas temible de todos los facciosos. Otra inquietud agitaba el ánimo del rey, y traspasaba cual agudo puñal el corazón de la reina, porque ambos sabian que tanto en Coblenza como en las cortes de Leopoldo y del rey de Prusia, se trataba de declarar vacante el trono de Francia, so pretexto de falta de libertad en el que en él se sentaba, y tambien de nombrar genete del reino á uno de los principes emi-

grados, á fin de llamar á su lado con cierta apariencia de legalidad á todos sus fieles vasallos y de dar á las tropas extranjeras un derecho de intervencion, que seria incontestable en semejante caso. Pero en un trono por vacilante que esté no eaben jamás dos personas.

En medio de tantos terrores reinaba una continua zozobra en este palacio en que la sedicion había abierto ya tantas brechas. ¿Si será efectivamente un héroe el conde de Artois? Decía irónicamente la reina, que ya le aborrecia de muerte en aquella época. El rey por su parte temia aquella caducidad moral con que se le amenazaba so color de salvar la monarquia, y ya no sabia á quienes debía temer mas entre sus amigos ó sus enemigos. La fuga solo podia libertarle del odio de los unos y de las intrigas de los otros, si lograba colocarse al frente de un ejército fiel, pero la fuga era otro nuevo peligro en sí misma. Si salia bien, era imposible que la inmediata consecuencia no fuese una guerra civil; y el rey se horrorizaba al pensar en la sangre que se derramaria por culpa suya; si se desgraciaba el concebido plan ¿cuáles podrian ser las consecuencias? ¿Dónde se detendría el furor de una nacion, en que se advertía una exaltacion de ideas, tan deplorables? El cautiverio y la muerte era lo único que podia prometerse el rey, que veía que iba á suspender de un hilo su fragil trono, su libertad, su vida, y lo que era mucho mas sensible para él, las vidas queridas de su muger, de sus dos hijos, y de su hermana.

Largas y terribles fueron las angustias que experimentó por espacio de ocho meses, y en ellas no tuvo otros confidentes que la reina, madama Isabel y algunos servidores fieles que estaban en palacio. El hombre en quien puso su confianza fuera de aquel recinto, fué el marques del Bouillé.

Primo este último de Mr. de La Fayette era de un carácter diametralmente opuesto al del héroe de Paris. Guerrero de austeras virtudes militares, no había emigrado porque no había recibido orden terminante de su soberano para hacerlo, y adicto á la monarquía por principios y al rey por el cariño particular que le profesaba, era uno de los pocos oficiales generales queridos del ejército, que habían permanecido firmes en sus puestos, desafiando las borrascas de los dos últimos años, y que sin tomar partido, ni en pro ni en contra de las murmuraciones, solo había tratado de conservar á su país aquella fuerza que sobrevive á las demas y que muchas veces es suficiente por si misma para suplirlas á todas. La disciplina de las tropas. Este general, había servido con gloria en América, en las colonias francesas, y en la India, y su nombre era respetado en todo el ejército. El heroísmo que desplegó para sofocar el célebre pronunciamiento que había tenido lugar en Nancy en el mes de agosto anterior, le había dado una gran autoridad moral sobre los soldados, porque era el único entre los demas generales franceses que había sabido reconquistar el mando, y contener aquella insurrección militar. La Asamblea á quien aquel movimiento había infundido serios temores, le dió un voto de gracias, y le llamó públicamente el salvador del reino. La Fayette que no mandaba sino batallones de paisanos temia á este rival que tenia á sus órdenes tantas bayonetas organizadas, y le observaba y halagaba constantemente.

Hagamos (le decía con frecuencia) una coalicion de las bayonetas que mandamos, de la que seremos nosotros solos los gefes superiores, y de este modo asegura-

remos á la vez, los intereses de la revolucion, y los de la monarquía.

El realismo de Mr. de La Fayette, no podia menos de ser sospechoso para su primo, así es, que le contestaba con una política fria é irónica, que disimulaba muy mal las sospechas que de él tenia. Estos dos caracteres, eran incompatibles, porque el uno representaba el patriotismo de la época y el otro el antiguo honor militar, basado principalmente en el respeto al trono y á todas las instituciones que de él emanaban. Imposible era, por consiguiente, que pudieran unirse, ni ponerse de acuerdo.

El marqués de Bouillé, mandaba todas las tropas acantonadas en la Lorena, Alsacia, el Franco-Condado y la Champaña, y su jurisdiccion militar se estendia desde Suiza hasta el Sambre. Ochenta batallones y cien escuadrones, era la fuerza total que tenia á sus órdenes. De esta fuerza no podia contar sino con veinte batallones alemanes y con algunos regimientos de caballeria. El resto de ella estaba por la revolucion, porque los clubs habían logrado introducir la insubordinacion y el desprecio á las órdenes del rey en la mayor parte de los regimientos, que obedecian mejor á las municipalidades que á sus mismos generales.

El rey, que confiaba abiertamente en Mr. de Bouillé, le había escrito en febrero de 1791 diciéndole: que muy pronto le autorizaria para que se pusiese de acuerdo con Mr. de Mirabeau, y que para ello se valdría del conde de Lamarch, señor estrangero, que poseía toda la confianza y amistad de Mirabeau. «Aunque estos hombres no sean dignos de estimacion (decia el rey) y aunque Mi-

rabeau me haya costado muy caro, creo que puede serme muy útil en esta ocasion, oidle, pero no le hagais ninguna confianza.» En efecto, el conde de Lamarch llegó á Metz pocos días despues. Habló con Mr. de Bouillé del objeto que allí le conducia, y le confesó francamente que el rey acababa de entregar á Mirabeau seis-cientos mil francos, y que le pagaba ademas cincuenta mil francos mensuales. Púsole de manifiesto todo el plan de esta conspiracion contrarevolucionaria, cuyo primer acto consistia en una peticion á la Asamblea en nombre de Paris á los departamentos, reclamando que el rey fuese puesto en libertad, mocion que sostendria Mirabeau con toda la elocuencia de su palabra, lo cual como se deja conocer no era una garantia suficiente en las azarosas circunstancias por donde estaba atravesando la Francia. Ignoraba aquel orador venal, que el poderio de la palabra alcanza á conmover las naciones, pero que una vez lanzadas, solo las bayonetas son suficientes á detenerlas su curso: Mr. de Bouillé avezado á las batallas se rió de estas quimeras del hombre de la tribuna, pero no trató de desanimarle y prometió contribuir por su parte al buen éxito de la empresa. «Cubrid de oro la defeccion de Mirabeau, (escribió al rey) de ese hábil malvado, que quizá subsane por codicia el daño que ha hecho por venganza, y desconfiar de La Fayette, entusiasta quimérico; ébrio del amor popular, que aunque es capaz de ponerse á la cabeza de un partido, no es á propósito para ser el sosten de una monarquía.»

VI.

Despues de muerto Mirabeau el rey habia seguido madurando su proyecto, y cuando le hubo modificado del modo que le pareció mas conveniente escribió á Mr. de

Bouillé é fines de abril, sirviéndose de una clave que ambos conocian, anunciándole que muy pronto se pondria en camino con toda su familia, en un carruage que mandaria construir al intento. Al mismo tiempo le previno que estableciese una línea de puestos desde Chalons á Montmedy, ciudad fronteriza á donde queria trasladarse. El camino directo de Paris á Montmedy va por Reims, pero el rey temia ser conocido en aquella ciudad en razon ha haber sido coronado en ella, y á pesar de las prudentes observaciones que sobre esto le hizo Mr. de Bouillé prefirió pasar por Varennes. Este camino tenia el grandísimo inconveniente de no haber casas de posta en muchas partes de la línea, y para que no faltasen tiros era preciso enviarlos allí de otros puntos, lo cual podia infundir sospechas á los habitantes de los pueblos inmediatos al camino. Otro inconveniente no menor que el anterior, era la precision de establecer destacamentos, segun lo habia ordenado el rey, en un pais cuyos moradores estaban poco acostumbrados á ver tropas. Mr. de Bouillé hizo cuanto estuvo de su parte para que el rey variase de determinacion, y entre otras cosas le manifestó en su respuesta, que si los destacamentos constaban de mucha fuerza se harian sospechosos á las municipalidades y serian causa de que estas redoblasen su vigilancia, y que en caso contrario no podrian protegerle si se veia amenazada su seguridad personal. Instóle ademas para que, en vez de servirse de un carruage particular que podria llamar la atencion por su hechura, se valiese de dos sillas de posta inglesas, muy en uso en aquella época, y que eran al mismo tiempo muy ligeras; é insistió principalmente, en que llevase en su compañía un hombre de carácter resuelto y de toda confianza, con quien pudiese aconsejarse en las circunstancias imprevisitas que podian ofrecerse en semejante viage, designándole como el mas á propósito al marqués de Agoult mayor de las guardias francesas.

Otro de los puntos sobre que insistió el general de Bouillé con mas empeño fué, el de que el rey se pusiese de acuerdo con el emperador, á fin de que este mandase mover sus tropas en direccion á la frontera de la parte de Montmedy, para justificar con esto el movimiento extraordinario de tantos cuerpos de infanteria y caballeria, y ocultar asi la verdadera causa que lo motivaba. El rey consintió en dar este paso, y en llevar consigo á Mr. de Agoult, pero se negó abiertamente á todo lo demas. Pocos dias antes de salir de Paris, envió á Mr. de Bouillé un millon en asignados para que pudiese atender á los gastos indispensables de raciones, forrage y demas de aquel pequeño ejército que iba á darle una prueba tan singular de fidelidad y adhesion á su persona. Despues de tomadas todas estas disposiciones el marqués de Bouillé hizo salir á Mr. de Goguelat, oficial adicto á su estado mayor, á practicar un reconocimiento del camino y terreno comprendidos entre Chalons y Montmedy, encargándole que en cuanto lo hubiese efectuado, se dirigiese á Paris á enterar al rey de la topografia del terreno con la mas escrupulosa minuciosidad. Este oficial desempeñó su comision con el mayor celo é inteligencia, y volvió inmediatamente á trasmitir á Mr. de Bouillé las órdenes que habia recibido de S. M.

Mr. de Bouillé se preparaba por su parte á ejecutar lo que estaba convenido, y ya habia empezado por alejar de su lado á los cuerpos que no le inspiraban confianza, reemplazándolos con doce batallones sobre cuya fidelidad podia contar. Un tren de artilleria de 16 piezas desfilaba hacia Montmedy, el regimiento Real aleman entraba en Stenay, los dos escuadrones de húsares se hallaban, uno en Dun, y otro en Varennes, y otros dos de dragones al mando del conde Carlos de Damas oficial instruido y emprendedor, debian caer sobre Clermont el mismo dia y antes de la llegada del rey á aquel punto. Mr. de Damas habia recibido orden de enviar desde allí

un destacamento á Saint-Menehould, y otro de cuarenta caballos debia salir de Varennes para Pont-Sommevesle, so pretesto de proteger un convoy de dinero que venia de Paris para el ejército. Dispuestas asi las cosas, en cuanto el rey hubiese pasado de Chalons, debia encontrar en cada relevo, escoltas de tropas que le fuesen adictas. Los comandantes de estos destacamentos debian acercarse á la portezuela del coche del rey, para recibir las órdenes que S. M. tuviese por conveniente darles. Si el rey queria continuar su camino de incógnito, su obligacion era atender á la seguridad de su persona, hasta el relevo inmediato, é irse replegando despues lentamente á retaguardia. Si el rey queria ser escoltado, tenian orden de mandar tocar inmediatamente el bota-sillas, y escoltarle. Con dificultad podrá darse un plan de evasion mejor combinado que este, ni cuyo secreto se trasluciese menos, á pesar de haber tantas personas iniciadas en él.

El rey volvió á escribir á Mr. de Bouillé el 27 de mayo comunicándole que saldria de Paris el 19 de junio despues de las 12 de la noche, en un coche particular, en el que continuaria su camino hasta Bondy, primera casa de postas despues de Paris, y que allí subiria en su berlina, que ya le tendria preparada uno de sus guardias de corps, destinado á servirle de correo en este viage. Dado caso que á las dos de la madrugada no hubiese llegado el rey al punto indicado, era señal de que habia sido detenido, y entonces tenia orden aquel guardia de montar á caballo inmediatamente, y de dirigirse á todo correr á Pont-Sommevesle para anunciar á Mr. de Bouillé que el golpe se habia desgraciado, y que por consiguiente, tratase de proveer á su seguridad y á la de los demas oficiales comprometidos en esta empresa.

Mr. de Bouillé, en cuanto hubo recibido estas últimas instrucciones, dió orden al duque de Choiseul de marchar á Paris á recibir las del rey, encargándole que saliese al regreso de la capital doce horas antes que S. M. El duque por su parte dió orden á sus criados para que el 18 estuviesen en Varennes con sus caballos, con objeto de relevar el tiro del coche del rey, á quien debía explicarse con toda claridad el sitio en donde los hallaría, para que no anduviese titubeando, ni se perdiese un tiempo que tan precioso podía ser. A Mr. de Choiseul se le habia prevenido tambien, que á su vuelta tomase el mando de los húsares apostados en Pont-Sommevesle y que esperase allí al rey y le escoltase hasta Saint-Menehould, apostando además centinelas de caballería, de trecho en trecho, con la consigna de no permitir pasar á nadie, por los caminos de Paris á Varennes, y de Paris á Verdun, en las primeras veinte y cuatro horas. Mr. de Bouillé puso igualmente en manos del duque de Choiseul, otras órdenes firmadas por S. M. en las que se les prescribía, lo mismo que á todos los demas comandantes de los destacamentos, que usasen de la fuerza en caso necesario para proteger á S. M. y real familia, y para arrancarles de manos del pueblo, si de ellos llegara á apoderarse. Si el coche en que iba la familia real era detenido en Chalons, el duque de Choiseul, debía dar aviso de esta novedad al general Bouillé inmediatamente, reunir todos los destacamentos y volar á libertar al soberano. A este efecto habia recibido 600 luises de oro, para distribuirlos entre la tropa.

Al mismo tiempo salió Mr. de Goguelat para Paris encargado de hacer otro segundo reconocimiento de los sitios que habia recorrido anteriormente, y de inculcar

bien su topografía en la memoria del rey, cuyas últimas instrucciones habia de traer á Mr. de Bouillé regresando á Montmedy por otro camino distinto. El marqués de Bouillé marchó entonces á Metz so pretexto de inspeccionar las plazas fuertes, que estaban en el distrito de su mando é irse acercando de este modo al Montmedy, sin infundir sospecha. El 15 se hallaba en Longwy, y allí recibió un aviso de S. M. que le decia que su salida se habia retardado veinte y cuatro horas, por la precision de tener que ocultarse de una de las camaristas del delfin, demócrata furibunda y capaz de denunciarles, si observaba los preparativos que se estaban haciendo, la cual no salia de servicio hasta el 19. Tambien ponía en su noticia que habia renunciado á llevar consigo al marqués de Agoult, por que la señora de Tourcel, aya de los príncipes, habia reclamado los derechos de su cargo y queria acompañarles.

Este retardo era funesto, porque obligaba á dar inmediatamente una porcion de contraórdenes, cuyas consecuencias no podian calcularse, y porque hacia inútiles la precision y exactitud con que se habia calculado todo, ya con respecto al paso de los destacamentos por los puntos que les estaban señalados, ya porque los tiros de relevo podian retirarse al ver que pasaban tantas horas sin que se presentase el carruage que aguardaban. Mr. de Bouillé atendió á remediarlo todo del mejor modo posible, y se adelantó en persona á Stenay, donde encontró al regimiento Real alemán, con el cual se podia contar abiertamente. El 21 reunió á todos los generales que estaban á sus órdenes, para comunicarles que el rey pasaria aquella noche por las puertas de Stenay, y que al dia siguiente se hallaria en Montmedy, encargando al propio tiempo al general Klinglin que bajo los fuegos de aquella plaza, dispusiese un campamento para doce batallones y veinte y cuatro escuadrones. Para alojar al rey estaba destinada una casa de campo, situada á retaguardia del

campamento en donde se estabecería el cuartel real, por que parecia mas seguro para S. M. que estuviere en medio de sus fieles bayonetas, que dentro de una plaza fuerte. Los generales oyeron atentamente las palabras de Mr. Bonillé y nada tuvieron que objetar á lo que les decia el general en jefe. Este, dejó en Stenay al general de Hoffelzize con el regimiento Real alemán, dándole orden de mandar tocar bota-sillas al anochecer y de montar á caballo al hacerse de dia, asi como de enviar á las 10 de la noche un destacamento de cincuenta hombres que debia situarse á medio camino entre aquel punto y Dun y esperar allí al rey para escoltarle hasta Stenay.

Mr. de Bouillé montó á caballo, bien entrada ya la noche, y acompañado de unos cuantos oficiales, se dirigió á las inmediaciones de Dun, donde no quiso entrar por no alarmar la poblacion con su presencia. Allí aguardó en medio de las tinieblas y del mas profundo silencio la llegada del correo que debia preceder á los coches de S. M. La duracion de esta noche fué de un siglo para aquel leal servidor, que creia pesaban sobre su conciencia los destinos de la monarquia, los intereses de toda una dinastia, y las vidas del rey y de toda la familia real. La noche, sin embargo, iba continuando velozmente su curso, sin que el galope de un caballo viniese á anunciar á aquel puñado de hombres ocultos en la arboleda, si el rey se habia salvado ó no.

VIII.

¿Qué pasaba en las Tullerías en tan criticos momentos? El secreto de la proyectada fuga continuaba guardado religiosamente entre el rey, la reina, madama Isabel, algunos servidores fieles, y el conde de Fersén, caballe-

ro sueco, encargado de hacer preparativos esteriore. Unos vagos rumores, precursores ordinarios de todos los grandes acontecimientos, y que muchas veces parecen salidos de algun antro mágico, se esparcian por el pueblo hacia algunos dias; pero estos rumores eran mas bien un efecto de la disposicion inquieta de los ánimos que hijos de una revelacion indiscreta de los que estaban iniciados en el secreto del plan que se preparaba. Estos rumores tenian no obstante en una continua alarma á Mr. de La Fayette y á su estado mayor, que redoblaban cada dia su vigilancia en lo esterior del palacio, y aun la hacian estensiva á las mismas habitaciones ocupadas por el rey y la reina. Desde el 6 de octubre habian sido licenciadas todas las tropas de casa real, y ya no existian por consiguiente, aquellos guardias de corps, soldados y caballeros á un mismo tiempo, que tanto por su cuna como por espíritu de cuerpo y por una fidelidad tradicional nunca desmentida, eran el mejor sosten del monarca.

Con ellos habia desaparecido aquel profundo respeto que convertia su servicio en los cuartos de los príncipes en una especie de culto tributado á la divinidad, y aquel respeto habia sido reemplazado por una vigilancia odiosa de la guardia nacional, muy parecida al espionage. Conservábanse aun los suizos, tropa disciplinada y adicta al monarca, pero que no daba otro servicio que el esterior. Todo el interior del palacio estaba bajo la inspeccion de la guardia nacional. Mr. de La Fayette se presentaba allí á todas horas del dia y de la noche; sus oficiales vigilaban todas las salidas, los corretores, y hasta las comunicaciones interiores de unos cuartos con otros, y aunque no tenian orden por escrito para ello, se les habia prevenido que impidiesen que el rey saliese de palacio despues de media noche.

A esta vigilancia oficial, iba unido el infame espionage de una servidumbre numerosa y corrompida, en la

que habia penetrado el espíritu de la revolucion, y que hacia gala de ser ingrata é infiel. Allí como en otras regiones mas elevadas, se llamaba virtud á la delacion, y á la traicion patriotismo. El rey no podia contar dentro del recinto del palacio de sus padres, con otros corazones que los de las personas de su familia, y los de algunos leales cortesanos del infortunio, cuyas mas insignificantes acciones llegaban á oídos de Mr. de La Fayette inmediatamente. Este general habia espulsado de palacio, cubriéndolos de insultos, á una porcion de caballeros que se habian presentado en él á ofrecer sus vidas en defensa del soberano, el día del alboroto de Vicennes. El rey vió con las lágrimas en los ojos, á estos amigos fieles, arrojados vergonzosamente de la real cámara y entregados por su protector oficial, al escarnio y á los insultos del populacho. Por lo que acaba de decirse se vé, que la familia real no podia contar con las gentes de su servidumbre para que favoreciesen su evasion.

IX.

El conde de Fersen fué el principal y casi único agente de esta arriesgada empresa. Joven, de buena presencia, y adicto al monarca, habia sido admitido en tiempos mas felices á las disipaciones de Tiranon y es fama, que un culto caballeresco, al cual, solo por respeto no puede dársele el nombre de amor, le habia unido á Maria Antonieta. Este culto tributado á la beldad, cuando se hallaba en el apogeo de la dicha, se habia convertido en el ánimo del caballero sueco, en una especie de entusiasmo religioso en los días de tribulacion, capaz de hacerle perder cien vidas en defensa de la reina, si cien vidas hubiese tenido.

La reina estaba dotada de una perspicacia particular

para no equivocarse jamás en la eleccion de amigos fieles, capaces de llevar á cabo cualquier negocio por árduo que fuese; así es, que para el que ahora la ocupaba, y en el que nada menos se interesaba que su propia salvacion, unida á la de su marido é hijos, no vaciló un momento en escoger al conde de Fersen. Este caballero en cuanto recibió aviso de la reina, salió de Stokolmo y llegó á Paris; se puso de acuerdo con el rey, y se encargó de mandar construir el carruage que debía estar preparado en Bondy cuando llegasen los augustos viajeros. Su calidad de extranjero le permitia obrar con desahogo, y supo manejarse con tanta habilidad, que no pudo traslucirse ninguno de sus pasos. Buscó tres ex-guardias de corps, personas de toda la confianza del rey, puso en su conocimiento lo que estaba ejecutando, y les enteró del papel que les tocaba desempeñar, segun las órdenes de S. M.; consistia este, en disfrazarse en traje de criados, y subir á los pescantes de los coches para proteger á la familia real, en los lances que pudiesen ocurrir en el camino. Llamábase aquellos caballeros, Valory, Moustier, y Maldan, nombres oscuros ó conocidos cuando mas en sus provincias pero que se han hecho dignos de pasar á la posteridad, por su fidelidad y por la abnegacion sublime con que se ofrecieron á perecer sacrificados por el pueblo, pues no ignoraban al comprometerse la suerte que les aguardaba si el rey era descubierto.

X.

Mucho tiempo hacia que la reina no pensaba en otra cosa que en su fuga; idea halagüeña que la hizo ocuparse de una porcion de cosas para cuando se viese libre. Entre otras habia encargado á una de sus damas, desde el mes de marzo anterior, que mandase hacer en Bruselas un

que habia penetrado el espíritu de la revolucion, y que hacia gala de ser ingrata é infiel. Allí como en otras regiones mas elevadas, se llamaba virtud á la delacion, y á la traicion patriotismo. El rey no podia contar dentro del recinto del palacio de sus padres, con otros corazones que los de las personas de su familia, y los de algunos leales cortesanos del infortunio, cuyas mas insignificantes acciones llegaban á oídos de Mr. de La Fayette inmediatamente. Este general habia espulsado de palacio, cubriéndolos de insultos, á una porcion de caballeros que se habian presentado en él á ofrecer sus vidas en defensa del soberano, el día del alboroto de Vicennes. El rey vió con las lágrimas en los ojos, á estos amigos fieles, arrojados vergonzosamente de la real cámara y entregados por su *protector oficial*, al escarnio y á los insultos del populacho. Por lo que acaba de decirse se vé, que la familia real no podia contar con las gentes de su servidumbre para que favoreciesen su evasion.

IX.

El conde de Fersen fué el principal y casi único agente de esta arriesgada empresa. Joven, de buena presencia, y adicto al monarca, habia sido admitido en tiempos mas felices á las disipaciones de Tiranon y es fama, que un culto caballeresco, al cual, solo por respeto no puede dársele el nombre de amor, le habia unido á Maria Antonieta. Este culto tributado á la beldad, cuando se hallaba en el apogeo de la dicha, se habia convertido en el ánimo del caballero sueco, en una especie de entusiasmo religioso en los días de tribulacion, capaz de hacerle perder cien vidas en defensa de la reina, si cien vidas hubiese tenido.

La reina estaba dotada de una perspicacia particular

para no equivocarse jamás en la eleccion de amigos fieles, capaces de llevar á cabo cualquier negocio por árduo que fuese; así es, que para el que ahora la ocupaba, y en el que nada menos se interesaba que su propia salvacion, unida á la de su marido é hijos, no vaciló un momento en escoger al conde de Fersen. Este caballero en cuanto recibió aviso de la reina, salió de Stokolmo y llegó á Paris; se puso de acuerdo con el rey, y se encargó de mandar construir el carruage que debía estar preparado en Bondy cuando llegasen los augustos viajeros. Su calidad de extranjero le permitia obrar con desahogo, y supo manejarse con tanta habilidad, que no pudo traslucirse ninguno de sus pasos. Buscó tres ex-guardias de corps, personas de toda la confianza del rey, puso en su conocimiento lo que estaba ejecutando, y les enteró del papel que les tocaba desempeñar, segun las órdenes de S. M.; consistia este, en disfrazarse en traje de criados, y subir á los pescantes de los coches para proteger á la familia real, en los lances que pudieran ocurrir en el camino. Llamábase aquellos caballeros, Valory, Moustier, y Maldan, nombres oscuros ó conocidos cuando mas en sus provincias pero que se han hecho dignos de pasar á la posteridad, por su fidelidad y por la abnegacion sublime con que se ofrecieron á perecer sacrificados por el pueblo, pues no ignoraban al comprometerse la suerte que les aguardaba si el rey era descubierto.

X.

Mucho tiempo hacia que la reina no pensaba en otra cosa que en su fuga; idea halagüeña que la hizo ocuparse de una porcion de cosas para cuando se viese libre. Entre otras habia encargado á una de sus damas, desde el mes de marzo anterior, que mandase hacer en Bruselas un

ajuar completo para madama Real, y algunos trages para el delfin. Tambien habia enviado su elegante y riquísimo estuche de viage á su hermana Cristina, gobernadora de los Países Bajos, fingiendo regalárselo, y los brillantes y demas alhajas de su uso estaban en poder de Leonardo, su peluquero, que salió de Paris antes que ella, acompañando al duque de Choiseul.

Estos preparativos de una fuga premeditada, no se habian ocultado completamente á la pérdida de vigilancia de una de las mozas de retrete de la reina, que habia observado los cuchicheos de aquellos dias, y sorprendido alguno que otro signo de inteligencia entre las personas reales y las pocas que les eran adictas. Tampoco se la habia pasado por alto que habia muchas carteras vacias sobre las mesas, y que faltaban de sus estuches casi todos los aderezos de mas valor. Inmediatamente dió parte de lo que habia notado á un ayudante de Mr. de La Fayette, llamado Mr. Gouvion; con quien esta muger perversa mantenía relaciones criminales el cual puso en conocimiento de su general, y de la municipalidad de Paris, lo que estaba pasando.

Sucedíanse estas delaciones con tanta frecuencia, y habian salido falsas tantas veces, que ya no se las daba crédito, y casi se tenia por visionario al que las hacia. Esta vez no sucedió así, porque se aumentaron las precauciones en todo palacio. Mr. de Gouvion bajo mil especiosos pretestos, hizo que se quedasen en él una porcion de oficiales de la guardia nacional, á los cuales puso de acecho en todas las salidas, en tanto que él acompañado de cinco comandantes de la misma, observaba las puertas de la habitacion donde habia vivido el duque de Villeguier, porque le habian dicho, y era cierto, que la reina se comunicaba por un corredor secreto con aquel cuarto, y que una vez en él, era muy fácil escaparse sin ser sentidos. Todo esto se hacia tanto mas creíble, cuanto que nadie ignoraba que Luis XVI era

un hábil cerrajero, y que estaba por consiguiente en disposición de construir cuantas llaves falsas se le antojase.

Estos rumores habian llegado hasta los clubs, transmitidos por los guardias nacionales, y todos los patriotas se habian convertido aquella noche en otros tantos carceleros del rey. Causa admiracion leer en el periódico del 20 de junio, redactado por Camilo Desmoulins, las siguientes palabras: «La noche estaba serena y todo Paris en la mayor tranquilidad. A las once salia yo del club, y me dirigia á mi casa acompañado de otros patriotas sin que hallásemos en todo el camino una sola patrulla. Parecióme esta calma tan siniestra, que no pude menos de manifestárselo á mis compañeros, y entonces Freron, que era uno de ellos, se acordó de un billete que le habian dado, en el cual se le advertia que el rey debía escaparse aquella noche. Inmediatamente se dirigió á palacio á observar lo que pasaba, y no vió mas que á Mr. de La Fayette que entró allí poco despues de las once.»

Mas adelante refiere las inquietudes instintivas del pueblo en aquella noche, en estos términos: «La noche que se fugó la familia de Capeto, *Busebi*, peluquero de la calle de Borbon, fué á verse con un panadero llamado *Hucher* que era gastador del batallon de los teatinos, al cual comunicó la inquietud en que se hallaba porque acababan de decirle, que el rey iba á escaparse aquella noche. Estos dos hombres fueron entonces á despertar á otros amigos y vecinos suyos, y en número de treinta se dirigieron á casa de Mr. de La Fayette á intimarle que sin pérdida de tiempo, tomase las disposiciones convenientes á impedir la fuga. Mr. de La Fayette se echó á reir de ellos en sus barbas y les encargó que se fuesen á acostar tranquilos. Desconcertados con esta salida del general y temerosos de ser arrestados si daban con alguna patrulla al regresar á sus casas, le pidieron el santo, y él no tuvo inconveniente en dárselo. Con este salvo

conducto se trasladaron á las Tullerías, donde no vieron cosa digna de llamar la atención, á no ser el gran número de coches de alquiler que habia en aquel sitio. Para asegurarse mas de que nada habia que temer, dieron la vuelta á una gran parte de palacio; pero nada notaron que pudiera infundirles sospecha, hasta que al regreso vieron que no habia en la plaza ni un solo coche. Entonces se retiraron á sus casas desesperados y convencidos de que en algunos de aquellos carruages se habia escapado la familia que tanto odiaban.»

Se ve por esta agitacion sorda del espíritu público y por el rigor con que se guardaba al rey, cuán difícil era la evasión de tantas personas juntas; pero sea que hubiese algunos guardias nacionales en el secreto, entre los mismos que estaban vigilando al rey, sea que el conde de Fersen hubiese tomado muy bien sus medidas, ó sea finalmente que la Providencia quisiese conceder aun un rayo de esperanza á los que iba á colmar tan pronto de infortunios, ello es, que burlaron la vigilancia de sus guardianes, y que la revolucion dejó escapar su presa por un momento.

XI.

Nada variaron el rey y la reina aquella noche, de lo que solian hacer las demas. Admitieron á todas las personas que acostumbraban hacerles la corte á la hora de acostarse y despacharon la servidumbre á la hora acostumbrada. En cuanto se quedaron solos, se pusieron los trages sencillos que habian de llevar en el viage, adecuados al papel que les tocaba representar. Hecha esta operacion se les reunieron madama Isabel y los niños, en el cuarto de la reina, de donde pasaron por una comunicacion secreta al del duque de Villeguier y de allí

salieron de palacio separados por no llamar la atención de los centinelas. El movimiento de carruages que se retiraban de palacio llevando las personas que habian ido á hacer la corte al rey, que fué mayor aquella noche, merced á Mr. de Fersen permitió á los prófugos llegar sin contratiempo á la plaza del Carroussel.

Daba el brazo á la reina un guardia de corps, y S. M. llevaba de la mano á madama Real: al atravesar la plaza se encontraron con Mr. de La Fayette acompañado de dos oficiales de estado mayor que se dirigia á las Tullerías, á examinar por sí mismo si se cumplian las órdenes que habia dado para evitar la fuga del rey. Maria Antonieta no pudo menos de estremecerse al verle; pero al huir de su presencia creia no tener nada que temer del resto de la nacion, porque veia personificadas en un solo hombre, la insurreccion y la perfidia, y una sonrisa satisfactoria se asomó á sus labios, al pensar lo burlado que quedaria, cuando al dia siguiente no pudiese dar razon al pueblo, de cómo se le habian escapado los que con tanto rigor guardaba.

Madama Isabel seguia á corta distancia, apoyada en el brazo de otro guardia, y detrás de todos por haberlo querido así, iba el rey llevando de la mano al delfin que á la sazón tenia siete años. El conde de Fersen, vestido de cohero, iba delante del rey sirviéndole de guia, y el punto de reunion de estos tres pequeños grupos, era en uno de los extremos de la calle de la Escala, entre la de San Honorato y las Tullerías, en cuyo sitio les aguardaban dos coches. Las damas de la reina, y la marquesa de Tourzel estaban esperando allí hacia mucho tiempo.

Preocupados la reina y su guia, por la inminencia del peligro, se extraviaron despues de haber pasado el Puente Real y anduvieron errantes por las inmediaciones de la calle del Bac, hasta que reconocido su error, retrocedieron llenos de sobresalto. El rey y su hijo, obligados á pasar otro puente y á atravesar un sin fin de calles, tar-

daron mas de media hora en llegar al sitio de la cita; tiempo, que se les hizo un siglo á la reina y demas personas que los aguardaban. Llegaron por fin sin tropiezo y subieron precipitadamente en el primer coche. El conde de Fersen se colocó en el pescante y condujo á la familia real, hasta el otro lado de la barrera del puente de San Martin. Allí encontraron la berlina de que ya hemos hablado, tirada por cuatro caballos de Mr. de Fersen y conducida por su cochero en traje de postillon. Subieron á ella el rey, la reina, madama Real, madama Isabel y la marquesa de Tourzel; dos guardias disfrazados ocuparon, el uno el pescante y el otro la trasera. Al lado del primero se sentó el conde de Fersen que llegó hasta Bondy, en donde habia preparados caballos de refuerzo.

Allí besó la mano á los reyes y dejándolos en manos de la Providencia regresó á París de donde salió aquella misma noche, por otro camino distinto, en direccion á Bruselas, para desde allí ir á reunirse con la familia real. En el mismo momento y para el mismo punto partía del palacio de Luxemburgo el conde de Provenza hermano del rey, que llegó á su destino sin el menor contratiempo.

XII.

Rodaban los carruages del rey por el camino de Chalons, y en cada parada habia ocho caballos prevenidos para relevar los tiros. Este número considerable de caballos, unido á la construccion y tamaño particular de la berlina, el notable contraste que se notaba entre las nobles fisonomías de los guardias de corps, y la librea con que iban disfrazados, y el tipo de la familia de los Borbones, tan marcado en el rostro de Luis XVI, que echado en el fondo del carruaje representaba muy mal el papel de ayuda de cámara que habia escogido, todo

esto era mas que suficiente para escitar sospechas y comprometer á toda la familia real. El pasaporte del ministro de Negocios estrangeros que llevaban, respondia sin embargo de todo. Hallábase redactado en estos términos: «En nombre del rey: Permitase pasar á la señora baronesa de Korf, que con sus dos hijos, una camarera, un ayuda de cámara y tres personas mas de su familia, se traslada á Francfort.—El ministro de Negocios estrangeros.—Montmorin.»

El conde de Fersen habia calculado perfectamente al dar aquel título estrangero á la augusta fugitiva, porque acostumbrado el pueblo al boato que desplegaban los títulos y banqueros alemanes, no era fácil que les chocase el que veían en la familia real, muy inferior á tantos otros de personas de la misma categoria. En efecto, los ilustres viageros no llamaron la atencion pública hasta Montmirail, pequeño pueblo situado entre Meaux y Chalons, en donde fué preciso detenerse una hora para reparar una avería que habia sufrido la berlina, hora que podia ser muy fatal para el monarca, si descubierta su fuga en las Tullerías salian correos en su busca. Apoderóse la consternacion de todas las personas reales al reflexionar en los daños que podian sobrevenirles por esta forzosa detencion, pero muy en breve se tranquilizaron al ver el carruage compuesto, y prosiguieron su marcha, muy agenos de que aquel contratiempo pudiese costar la vida á cuatro personas de las cinco que iban en la berlina.

Tranquilos y llenos de confianza por lo propicia que les iba siendo la suerte, ya por haber efectuado su evasión sin que nadie llegara á traslucirla, ya por la regularidad con que iban encontrando los relevos de caballos, avanzaban rápidamente los viageros é iban aproximándose con alegría á Mr. de Bouillé y á las fieles tropas entre las cuales iban á verse en una completa libertad. Lo hermoso de la estacion contribuia en gran parte

á aumentar el regocijo interior que se iba apoderando de ellos, y su vista se esplayaba al abrazar toda la estension del horizonte, despues de haber estado comprimida tanto tiempo dentro del recinto de su palacio, en donde la mayor parte de los objetos que veian eran ó repugnantes ó propios para causarles terror. Empezaban ya á ensancharse sus corazones y daban á Dios millones de gracias porque habia querido libertarles de un cautiverio que parecia interminable, atribuyendo este nuevo favor de la Providencia á las fervientes oraciones de aquellos inocentes niños y de su angelical tia madama Isabel.

Bajo tan felices auspicios entraron á las tres y media de la tarde en Chalons, unica ciudad de alguna consideracion que tenian que atravesar. Algunos ociosos rodearon los carruages mientras se mudaban los tiros, cuando el rey asomó imprudentemente la cabeza por la portezuela y fué conocido por el dueño de la casa de postas. Este hombre honrado conoció que la vida de su soberano dependia de una mirada que le sorprendiesen ó de cualquier otro ademan que descubriese su admiracion, por lo cual procuró distraer la atencion de aquellas gentes hácia otros objetos, y ayudando él mismo á enganchar los caballos dió prisa á los postillones para que marchasen cuanto antes. Con razon pudo gloriarse este hombre en lo sucesivo de no estar manchado con la sangre de su rey.

Salieron los coches á escape por las puertas de Chalons, y el rey, la reina y madama Isabel esclamaron á la vez: «Nos hemos salvado.» En efecto, pasado aquel punto peligroso, la salvacion del rey era casi segura, y solo con tener un poco de prudencia podia ya contarse libre de todo riesgo. El primer relevo tocaba en Pont-Sommevesle y ya hemos dicho anteriormente que segun lo dispuesto por Mr. de Bouillé debían hallarse en aquel punto cincuenta húsares á las órdenes del duque de Choi-

seul y de Mr. de Goguelat para proteger al rey en caso necesario, y no habiendo novedad replegarse á su retaguardia. El rey estaba seguro de encontrar allí aquellos leales amigos con sus soldados, pero no halló á nadie, porque todos se habian retirado media hora antes de Pont-Sommevesle. Descubriase cierta agitacion y no poca inquietud en los rostros de las personas que rodeaban los carruages, y oíase un siniestro murmullo en aquella reunion, cuyas miradas indicaban claramente las sospechas que les infundian los viageros. Nadie se atrevió, sin embargo, á oponerse á su marcha, y á las siete y media de la tarde entraba el rey en Saint-Menehould, hora en que todavia falta mucho para anochecer en aquella estacion. Inquieto S. M. por no haber encontrado en dos paradas seguidas la convenida escolta, acercó la cabeza á la portezuela, buscando entre la multitud alguna mirada de inteligencia y confiando en dar con algun oficial que le esplicase la causa que motivaba la ansiedad y zozobra de que estaba poseido su corazon. Este movimiento le perdió, porque el jóven Drouet, hijo del maestro de postas, le reconoció á pesar de no haberle visto jamás, por la gran semejanza que existia entre su semblante y el busto de las monedas.

Este malvado jóven no se atrevió, sin embargo, á detener los carruages, tanto porque se hallaba solo, ó al menos no queria compañeros en esta empresa, cuanto porque los tiros estaban ya enganchados, montados los postillones, y sobre todo, ocupado el pueblo por un escuadron de dragones que podia haber franqueado el paso á viva fuerza.

El oficial comandante del destacamento de dragones se paseaba por la plaza, espiando el momento de la lle-

gada de los carruages, que reconoció en cuanto los vió por las señas que de ellos tenia. Asi es que en seguida trató de hacer montar su gente á caballo para seguir al rey, pero esta resolucion un tanto tardia fué enteramente inútil, porque alarmados los guardias nacionales por los rumores que circulaban ya por el pueblo, con respecto á la semejanza de uno de aquellos viajeros con Luis XVI, habian rodeado el cuartel y cerrado las puertas de las cuadras para impedir la marcha de los dragones. Mientras se efectuaba este movimiento rápido é instintivo del pueblo, ensillaba Drouet el mejor caballo que tenia y salia á todo escape en direccion á Varennes para llegar allí mucho antes que los coches y poder dar parte á la municipalidad de lo que habia notado, alarmar á los patriotas y proceder en seguida á arrestar al monarca, que ignorante de lo que pasaba, seguia su marcha en la misma direccion, corriendo tras de su inevitable destino.

Drouet no tenia la menor duda en que llegaría á Varennes mucho antes que el rey, que precisado á seguir el camino real, tenia que dar un gran rodeo en tanto que el otro tenia uno de herradura, que le hacia atajar cuatro leguas. Sin embargo, por un capricho de la suerte tambien corria la muerte en pos de Drouet que estaba tan ignorante del peligro que le amenazaba, como ageno se hallaba Luis XVI de que dentro de muy poco no habria ya para él, niuguna esperanza de salvacion.

Un sargento de dragones habia logrado montar á caballo y burlar la vigilancia del pueblo. Instruido por el comandante de la partida precipitada de Drouet, y no ocultándosele cuál podria ser su objeto, salió en su persecucion á todo escape seguro de alcanzarle y resuelto á matarlo. Seguíale en efecto sin perderle de vista, pero siempre á cierta distancia por no infundir sospechas, aunque ganando insensiblemente terreno, hasta dar con un sitio en donde pudiese ejecutar á mansalva lo que

meditaba. Drouet habia vuelto muchas veces la cabeza por ver si alguien iba tras de él, y al descubrir aquel ginete que siempre iba siguiéndole la pista, comprendió cual podia ser su intencion. Drouet era hijo del pais y por consiguiente conocia perfectamente todas las sendas, atajos y demas caminos de travesia, asi es, que al llegar á uno que no estaba muy distante, torció de direccion y muy pronto se internó en un bosque dejando burlado al dragon, que ya no volvió á verle mas. De este modo y prosiguiendo su carrera á rienda suelta, llegó á Varennes en el tiempo que habia calculado.

El rey fué reconocido en Clermont por el conde Carlos de Damas que le aguardaba allí á caballo con dos escuadrones de dragones para marchar detrás de él; pero la municipalidad dominada por vagos terrores, sin poner obstáculo á la marcha de los carruages del rey, mandó á los dragones que no se moviesen á pesar de la orden que para ello tenian de su gefe. El cuerpo popular fué obedecido por la tropa, y el conde de Damas abandonado de sus soldados, logró escaparse acompañado de un sargento y dos dragones, y los cuatro pusieron sus caballos al galope siguiendo al rey á alguna distancia. ¡Socorro débil y muy tardío ya!

Encerrada la familia real en su berlina la eran desconocidos todos estos incidentes y llegaba á Varennes á las once y media de la noche sin haber hallado el menor obstáculo en el camino. Todo estaba desierto y silencioso en el pueblo y sus vecinos dormian tranquilamente, ó al menos aparentaban hacerlo. El lector no habrá olvidado que este pueblecillo estaba separado de la linea de postas de Chalons á Montmedy, por cuya razon no podia el rey encontrar allí relevo de caballos. Tampoco habrá olvidado quizá, que para obviar este inconveniente habia resuelto Mr. de Bouillé que los caballos del duque de Choiseul estuviesen en un sitio determinado del lugar, para engancharlos á los carruages y lle-

gar con ellos hasta el Stenay en donde Mr. de Bouillé aguardaría al rey. Hemos visto igualmente que en virtud de las instrucciones de este general, el duque de Choiseul y Mr. de Goguelat debian haber aguardado al rey en Pont-Sommevesle á la cabeza de cincuenta húsares para escoltarle despues, pero ni le habian aguardado ni habian podido seguirle como es consiguiente. De esta falta y de haberse dirigido á Varennes desde Pont-Sommevesle por el camino mas largo, por evitar el paso por Saint-Menehould, resultó que estos dos oficiales no pudieron llegar á Varennes sino una hora despues que la familia real. La única razon que puede justificar el gran rodeo que tuvieron que hacer por no haber seguido su marcha por el camino real, es la alarma que habia producido su presencia en Saint-Menehould el dia anterior. Los coches del rey se hallaban detenidos entre tanto á la entrada de Varennes.

Atónito y sorprendido el rey de no ver llegar á Monsieur de Choiseul y á Mr. de Goguelat á la cabeza de la prometida escolta, y no menos admirado de que tampoco llegasen los caballos que habian de engancharse á los coches, aguardaba con impaciencia oír el chasquido de algun latigo, que le anunciase la proximidad de los postillones, pero aguardaba en vano, porque á pesar de haberse apeado los guardias de corps y de haber andado de puerta en puerta, inquiriendo en donde podrian estar los anhelados caballos, nadie pudo darles una respuesta satisfactoria.

XIV.

La poblacion de Varennes se divide en alta y baja, separadas una de otra por un puente. Mr. de Goguelat habia colocado los tiros de relevo en la parte baja, al

otro lado del puente, medida acertada, porque de este modo los atravesaban los coches con los caballos que traian desde Clermont, y porque en caso de una conmocion popular se engancharan en un momento los que estaban descansados y se les ponía desde luego á todo escape, con lo cual era muy difícil que los alcanzasen. La gran falta estuvo en no advertir al rey esta determinacion. Llenos de una inquietud imposible de describir se apearon del coche el rey y la reina y anduvieron errantes por las desiertas y silenciosas calles del barrio alto, buscando con la vista el sitio en que podrian estar los caballos, y llamando en todas las casas donde veian luz, para adquirir noticias de lo que tanto descaban; pero nadie entendia lo que querian decir. Al ver el ningun fruto de sus diligencias vuelven desanimados á recobrar los coches y alli hallan á los postillones jurando y amenazando con que van á desenganchar y á marcharse. El oro y las promesas deciden por fin á estos hombres soces, á montar á caballo y á seguir adelante. Arrancan los coches de nuevo, y los viajeros se tranquilizan, y cuentan hallarse dentro de breves minutos en el campamento de Mr. de Bouillé. Atraviesan sin obstáculo el barrio alto, cuyas casas todas cerradas, reposan en la calma mas engañosa: solo algunos pocos hombres están despiertos y estos se hallan ocultos y guardan el mas profundo silencio.

Elévase una torre en la cabeza del puente, que separa el barrio alto del bajo, torre feudal, colocada sobre una sombría bóveda por donde los coches tienen forzosamente que ir al paso, y en donde el mas insignificante obstáculo es suficiente á detener su marcha. Reliquia del feudalismo, y lazo siniestro, en donde la nobleza prendia en otros tiempos á los pueblos; esta torre estaba destinada á que el pueblo preparase en ella una emboscada, en que cayese toda una familia de reyes. Apenas han penetrado los coches en aquella oscuridad, cuando espantados

los caballos á la vista de una carreta, y de otros objetos que les impedían el paso, se detienen, y en el mismo instante cinco ó seis hombres armados, salen de entre aquellas densas tinieblas, se abalanzan á cojer los caballos por las bridas, asaltan las portezuelas del coche, é intiman á los viajeros que se apeen, y que vayan con ellos á la municipalidad á dar cuenta de sus personas.

Drouet era el que capitaneaba á aquellos hombres, y el que se atrevía á mandar con tanto imperio á su soberano. Este jóven, quizá mas fanático que malvado, apenas llegado al pueblo, fué á despertar á otros patriotas de su misma edad, á los que contó azorado todavía, los recelos que habia concebido, procurando avivar en sus pechos la misma agitacion de que estaba tan fuertemente dominado en aquel momento. Inciertos sin embargo estos jóvenes de la realidad de semejantes sospechas, ó queriendo reservar para sí la *gloria* de prender por sus manos al rey de Francia, no habian dado conocimiento á la municipalidad de lo que meditaban, ni trataron de alarmar al pueblo. En el febril delirio de su exaltacion patriótica, creian que ellos solos constituian la Francia.

A esta súbita aparicion, al oír los gritos de aquellos jóvenes frenéticos y al reparar en el opaco resplandor que arrojan sus sables y bayonetas, los guardias de corps echian mano de las armas que llevaban prevenidas, y dirijen una mirada al rey, consultando lo que deben hacer, pero S. M. les prohibe terminantemente que usen de ellas para abrirse paso. Entonces dan la vuelta los carruages, y escoltados por Drouet y sus camaradas, se dirijen á casa de un especiero llamado Sausse, síndico procurador del canton de Varennes. Allí hacen apearse á los ilustres viajeros para examinar sus pasaportes y averiguar si son fundadas ó no las concebidas sospechas. Al mismo tiempo Drouet y sus asociados recorren las calles del pueblo, llaman á los puestos, se apoderan del campanario y empiezan á tocar á rebato. Asustados los

vecinos al oír este toque, saltan del lecho sobresaltados; los guardias nacionales del pueblo y de las inmediaciones se arman con velocidad, y van acudiendo uno tras otro á la puerta de Mr. Sausse, en tanto que otros vuelan al cuartel para sobornar la tropa ó desarmarla.

Inútil es que el rey niegue en un principio su alta categoría: sus facciones y las de la reina no permiten dudar de la identidad de sus personas, y en este conflicto, el rey se decide á tentar la via de la persuasion, por ver si de este modo puede lograr la apetecida libertad. Descúbrense entonces al síndico y demas individuos de la municipalidad, y cojiendo las manos de Mr. Sausse dirige á todos las siguientes palabras:

«En efecto, yo soy vuestro soberano, y confio á vuestra fidelidad la suerte de mi esposa, la de mi hermana, y la de mis hijos. Nuestras vidas, los destinos del pais, la paz interior y la salvacion de las nuevas instituciones, todo está en vuestras manos. ¡Dejadme marchar! No creais que trato de emigrar á pais extranjero. No: nunca he pensado en salir de Francia. Iba á presentarme en medio de una parte de mi ejército, y á establecerme en una ciudad fronteriza con el doble objeto de recobrar una libertad de que los facciosos me han despojado en Paris, y al mismo tiempo para tratar desde allí con la Asamblea, dominada como yo, por el terror del populacho. No es mi ánimo abolir la Constitucion; al contrario, quiero consolidarla. Si persistis en detenerme, ¡ay de ella!... ¡ay de mí!... ¡ay de la Francia!... ¡A vosotros me dirijo como hombre, como esposo, y como ciudadano!... No os opongais á mi marcha, y dentro de una hora la Francia y nosotros nos habremos salvado. ¡Hasta ahora, no he hecho mas que suplicaros, pero si aun conservais en vuestros corazones esa fidelidad que revelan vuestras palabras hácia el que un dia fué vuestro dueño, os mando como rey que me franqueis el paso!

Enternecidos aquellos hombres y respetuosos en medio de la violencia que estaban ejerciendo, titubeaban y parecían vencidos por las enérgicas palabras que acababan de oír de boca del monarca. Sus rostros por donde corrían abundantes lágrimas daban indicios de la lucha interior que estaban sufriendo entre acceder á esa compasión que infunde naturalmente un cambio tan repentino de la suerte, ó cumplir con su conciencia como patriotas.

El espectáculo de un rey en actitud suplicante que les estrecha las manos, el de una reina alternativamente magestuosa y abatida, que arrodillada trata de arrancar el apetecido si de las bocas de aquellos hombres, ya por medio de las súplicas, ya apostrofándolos en un acceso de desesperación, todo esto les confunde y les trastorna. Gustosos accederían si no escuchasen sino la voz de su conciencia; pero temen que los juzgue el pueblo demasiado indulgente y que les pida cuenta de su rey temiendo igualmente que la nación se la pida de su jefe. El egoísmo endurece aquellos corazones. La muger de Mr. Sausse á quien su marido consulta con una mirada, y en cuyo corazón juzga la reina hallar fácil acceso, permanece insensible. Sentada la reina encima de los fardos de que está llena la tienda, teniendo sus hijos sentados sobre las rodillas, llama la atención de la esposa de Sausse hácia estos interesantes niños diciéndola: «Señora, también vos sois muger y madre; la suerte de otra muger y de otra madre infortunada, se halla en vuestras manos; considerad lo que debo sufrir en este momento, ¡por mi marido y por mis hijos! vos podeis devolvérmelos, y la reina de Francia os deberá el trono y la vida!» «Señora, responde secamente aquella muger con el

frio cálculo del egoísmo: quisiera seros útil, pero así como vos pensais en la suerte del rey, yo debo pensar en la de mi marido! ¡Inútil es buscar compasión en otra parte, cuando no se halla en el corazón de una muger!

Indignada la reina, se retira con sus hijos y con madama Isabel á un cuartito que habia encima de la tienda, y al verse sola prorrumpe en amargo llanto. Rodeado el rey de los guardias nacionales permanece en la tienda, desesperando de poder convencerlos, sube y baja continuamente la miserable escalera de madera de aquella modesta habitacion, yendo alternativamente á consolar á la reina, á su hermana y á sus hijos. Lo que no ha podido obtener escitando la compasión, espera alcanzarlo del tiempo y de la fuerza, sin poder llegar á convencerse de que aquellos hombres que tanto respeto y tanta sensibilidad manifiestan, persistan en detenerle hasta recibir órdenes de la Asamblea. Confía sobre todo, en que se verá libre por las fuerzas que manda Mr. Bouillé, que sabe se halla allí detenido y que vendrá indudablemente á libertarle, antes que vuelvan los correos que se han despachado á Paris noticiando la detencion del monarca. Lo único que le admira es, que tarde tanto en llegar el socorro. ¡La noche corre sin embargo con velocidad, y el ansiado socorro no viene!

El oficial que mandaba los húsares apostados en Varennes, no estaba iniciado en el secreto. Solo se le habia dicho que tenia que escoltar un convoy de dinero que pasaria por allí. Al coche del rey no le habia precedido ningun correo, ni tampoco se le habia prevenido de Saint-Menehould que tuviese dispuesta su tropa. Mr. de Goguelat, que debia haberse hallado en Varennes antes

que el rey, para comunicarle las órdenes secretas relativas á la mision que iba á desempeñar, no habia comparecido, de suerte, que aquel pobre oficial estaba entregado á sus propias inspiraciones.

Otros dos oficiales á quienes Mr. de Bouillé habia confiado todo el plan, se hallaban tambien en el pueblo y estaban alojados en la parte baja, en la misma casa en que se habian colocado los caballos de Mr. de Choiseul, que habian de servir para el coche del rey. Estos oficiales ignoraban completamente lo que pasaba en la parte alta, y tampoco tenian ningun soldado á sus órdenes, así es, que aguardaban tranquilamente la llegada de Mr. de Goguelat, cuando el toque de rebato les hizo saltar del lecho azorados, y sin saber á qué atribuirlo.

Entretanto Mr. de Choiseul y Mr. de Goguelat galopaban seguidos de sus húsares en direccion de Varennes. El conde de Damas y sus tres fieles dragones que á duras penas habian podido escaparse de Clermont sin ser vistos, se reunieron con ellos en el camino. Este puñado de valientes llegó á las puertas de Varennes, tres cuartos de hora despues del arresto del rey. En la puerta fueron detenidos y reconocidos por los guardias nacionales que les hicieron echar pie á tierra antes de franquearles la entrada. Mr. Choiseul y sus dos compañeros pidieron que se les dejase hablar con S. M. En esto no hubo dificultad, pero el rey les prohibió terminantemente que usasen de la fuerza, porque esperaba de un momento á otro la llegada de Mr. de Bouillé con el grueso de las tropas fieles. Sin embargo, Mr. de Goguelat sale impaciente de la casa y viendo á los húsares en la plaza, mezclados con las gentes del pueblo, quiere probar su fidelidad, y dirigiéndose á ellos, les dice imprudentemente: «Húsares, ¿estais por la nacion ó por el rey?—; Viva la nacion! responden los soldados, nosotros siempre estaremos por ella.» El pueblo aplaude, aplaude al oír esta respuesta, y un sargento de la guardia nacional toma el

mando de los húsares. Escápase entonces el comandante, va á reunirse con los otros dos oficiales, de que hemos hablado anteriormente, y los tres salen del pueblo en direccion de Dun, para avisar á su general de lo que está pasando.

El pueblo habia hecho fuego á estos dos oficiales cuando, al saber la detencion de los coches, habian tratado de incorporarse con el rey. Toda la noche se habia pasado en los acontecimientos que hemos referido, y los guardias nacionales de las inmediaciones iban llegando á Varennes. Levantábanse barricadas entre las dos partes en que se dividia el pueblo, y la municipalidad enviaba aviso á las de Metz y Verdun para que mandasen tropas y artilleria que poder oponer á cualquier tentativa por parte de Mr. Bouillé, que advertido de todo volaba en auxilio del monarca.

Entretanto toda la familia real sin desnudarse se entregaba al descanso, martirizada por el continuo ruido que formaba un pueblo inquieto, y que iba aumentando-se por momentos debajo de sus ventanas. En tal estado se hallaban las cosas en Varennes á las siete de la mañana. La reina no pudo conciliar el sueño. Subleváronse todas sus pasiones de muger, de madre y de reina, y fué tal el ataque interior que en su alma produjeron la indignacion, la desesperacion y el terror, que sus cabellos rubios el dia anterior, aparecieron enteramente canos al siguiente.

XVII

Nada se habia traslucido en París de la fuga del rey, y Mr. de La Fayette que habia ido dos veces á las Tuñerías para asegurarse por sí mismo del exacto cumplimiento de sus órdenes, se habia vuelto á su casa á media noche muy ageno de que se le hubiese escapado su

presa. Hasta las siete de la mañana del 21, en que los criados entraron en los cuartos de las personas reales, que hallaron vacíos y las camas sin tocar, no se esparció el terror entre la guardia de palacio. Veíase que los fugitivos llevaban diez horas de ventaja á los que fuesen en su persecucion, y esta idea unida á la de que podrian llevar gentes que los custodiasen aterrizzaba á sus carceleros.

Paris empezaba á conmoverse, y hasta en los arrabales se sabia ya el funesto acontecimiento. Los ciudadanos se daban los buenos dias con estas siniestras palabras: «¡El rey se ha escapado!» Al principio nadie queria creerlo, aunque todos se dirijian en tropel á las Tullerías para asegurarse del hecho, y para prorrumper en invectivas contra los traidores. El nombre de Mr. de La Fayette corria de boca en boca, maldecido por el pueblo. ¿Es estúpido ó cómplice? se decian los unos á los otros: ¿Cómo pueden haberse fugado tantas personas, á no haber connivencia por parte del que debia impedir su fuga? Entretanto el pueblo amotinado forzaba las puertas del régio alcazar y recorria los suntuosos salones, que jamás se habia figurado pisar, vengándose en los objetos inanimados, del largo respeto que le habia infundido hasta entonces aquella mansion. Pasaba en un momento del terror á la risa, y ya descolgaba un retrato del rey y lo ponía á la puerta de palacio, como si estuviese de venta, ya se apoderaba del lecho de la reina, como hizo una revendedora de cerezas que estableció allí su puesto diciendo: «Hoy toca á la nacion colocarse con toda comodidad.» Trataron de poner á una jóven un gorro de la reina, pero lo pateó con desprecio é indignacion, creyendo que era una afrenta para ella el colocar sobre su cabeza aquel prendido. Solo respetó el pueblo el gabinete del delirio, enternecido á vista de los libros, mapas y demas instrumentos que servian á darle una esmerada educacion. Las calles y plazas públicas estaban cubier-

tas de un gentío inmenso, los guardias nacionales se iban reuniendo precipitadamente al toque de generala, y el cañonazo de alarma se oía de minuto en minuto. Volvian á aparecer los hombres de las picas y de los gorros de lana, corriendo en todas direcciones. El cervicero Santerre, agitador perpétuo de los arrabales, conducía el solo dos mil hombres armados de este modo; la cólera del pueblo empezaba á ser mayor que el terror que le habia dominado en un principio, y le hacia prorrumper en cínicas palabras, y ejecutar millares de insultos contra la dignidad real. En la plaza de Greve mutiló el busto de Luis XVI, colocado bajo la fatal linterna que habia servido de instrumento á los primeros crímenes de la revolucion. ¿Cuándo concluiremos de una vez, esclamaban aquellos frenéticos demagogos, con estos reyes de mármol y de bronce, monumentos vergonzosos de la esclavitud? En las estamperías se apoderaba el pueblo de todos los retratos del rey y los hacia pedazos, ó pintaba una venda sobre sus ojos. En las muestras de los artesanos de palacio, se borraban los nombres de los príncipes. Al nombre de palacio real, se sustituía el de palacio de Orleans, y en los clubs reunidos precipitadamente, se oían declamaciones furiosas. El de los franciscanos declaraba que la Asamblea nacional habia entregado la Francia á la esclavitud, proclamando hereditario el derecho de sucesion á la corona, y pedia la destitucion del rey y que el reino se constituyese en república. Danton le inspiraba su audacia y Marat su demencia. Los mas absurdos rumores circulaban entre aquellos hombres, desvaneciéndose inmediatamente. Los unos decian que el rey se habia dirigido á Metz y los otros aseguraban que se habia escapado por un albañal de palacio. Camilo Desmoulins, escitaba la alegría del pueblo como la forma mas insultante de su desprecio; y al mismo tiempo se fijaban carteles en las paredes de las Tullerías, prometiendo un módico hallazgo al que presentase los animales dañinos é

inmundos que se habían escapado de aquella casa. Otra porción de oradores improvisados, subidos encima de sillas, hacían al aire libre y en medio del jardín, las mociones más estravagantes.

«Pueblo, (decían) sería una lástima que nos volvieran á traer á ese rey perdido. ¿Qué haríamos de él? vendría como Tersito á derramar lágrimas grasientas delante de nosotros, y no podríamos menos de enternecernos. Si acaso vuelve, pido que sea espuesto por tres días á la irrisión pública, con un pañuelo encarnado en la cabeza, y que se le conduzca en seguida de justicia en justicia, hasta la frontera, y que allí, se le eche del reino á puntapiés.» Freron hacía repartir con profusión sus hojas volantes en las que se leía: «Ya ha partido ese rey imbecil y perjuro! Ya no está entre nosotros esa reina malvada que á la lubricidad de Mesalina, reúne la sed de sangre de los Médicis! Muger execrable, furia que vomitó el averno para la perdición de la Francia; tu eras el alma del complot!» El pueblo repetía estas palabras, que alimentaban su odio á la monarquía y le inspiraban las más terribles ideas.

XVIII.

Hasta las diez de la mañana, en que tres cañonazos anunciaron al pueblo lo que había sucedido por la noche, nada sabía éste oficialmente. A estas horas estaba ya reunida la Asamblea en la que el presidente anunció que Mr. de Bailly, corregidor de Paris, le había dado parte de que el rey y su familia habían sido sustraídos de las Tullerías aquella noche por los enemigos de la causa pública. Instruida ya la Asamblea individualmente de aquella novedad, escuchó esta comunicacion con el más imponente silencio. Parecía que en este momento

solemne la gravedad del peligro la comunicaba una magestuosa calma, y que la sabiduría de una nación tan grande se había reunido toda en sus representantes. Un solo pensamiento domina en todas sus palabras y en todos sus actos. Su único objeto es defender la Constitución y aun al mismo rey constitucional, á pesar de lo que acaba de suceder. En este concepto se apodera inmediatamente de la regencia del reino, y constituyéndose por sí misma en poder ejecutivo, manda á los ministros que despachen correos en todas direcciones, con orden de arrestar á cualquier individuo que quiera salir del reino; que se visiten los arsenales y las fabricas de armas, y que todos los generales salgan inmediatamente á ocupar sus puestos, así como que se guarden escrupulosamente todas las fronteras. Estas proposiciones se decretan y ponen en ejecución con una velocidad mágica. Ya no hay lado derecho, ni centro, ni lado izquierdo; y todos se reúnen para hacer frente al peligro que á todos amenaza. En este instante vienen á anunciar á la Asamblea que Mr. de Romeuf, uno de los ayudantes de campo de Mr. de La Fayette, enviado por éste bajo su propia responsabilidad, y sin tomar las órdenes de la Asamblea para detener al rey, se halla en manos del pueblo, que acusa al general y á todo su estado mayor de traición. Inmediatamente envía la Asamblea unos comisionados de su seno para protegerle, y el oficial entra en el congreso y explica el objeto de su misión. Entonces la Asamblea confirma la orden dada por el general, y el ayudante vuelve á partir inmediatamente. Barnave que ve en la ira del pueblo contra La Fayette otro nuevo peligro, aunque enemigo político del general, sube á la tribuna y le defiende generosamente y con grande habilidad contra las sospechas de aquel pueblo, próximo á abandonarle. Es fama que hacia algunos días que los Lameth y Barnave, habían conocido como Mirabeau la necesidad en que se hallaban de ponerse de acuerdo se-

inmundos que se habían escapado de aquella casa. Otra porción de oradores improvisados, subidos encima de sillas, hacían al aire libre y en medio del jardín, las mociones más estravagantes.

«Pueblo, (decían) sería una lástima que nos volvieran á traer á ese rey perdido. ¿Qué haríamos de él? vendría como Tersito á derramar lágrimas grasientas delante de nosotros, y no podríamos menos de enternecernos. Si acaso vuelve, pido que sea espuesto por tres días á la irrisión pública, con un pañuelo encarnado en la cabeza, y que se le conduzca en seguida de justicia en justicia, hasta la frontera, y que allí, se le eche del reino á puntapiés.» Ereron hacia repartir con profusión sus hojas volantes en las que se leía: «Ya ha partido ese rey imbecil y perjuro! Ya no está entre nosotros esa reina malvada que á la lubricidad de Mesalina, reúne la sed de sangre de los Médicis! Muger execrable, furia que vomitó el averno para la perdición de la Francia; tu eras el alma del complot!» El pueblo repetía estas palabras, que alimentaban su odio á la monarquía y le inspiraban las más terribles ideas.

XVIII.

Hasta las diez de la mañana, en que tres cañonazos anunciaron al pueblo lo que había sucedido por la noche, nada sabía éste oficialmente. A estas horas estaba ya reunida la Asamblea en la que el presidente anunció que Mr. de Bailly, corregidor de Paris, le había dado parte de que el rey y su familia habían sido sustraídos de las Tullerías aquella noche por los enemigos de la causa pública. Instruida ya la Asamblea individualmente de aquella novedad, escuchó esta comunicacion con el más imponente silencio. Parecía que en este momento

solemne la gravedad del peligro la comunicaba una magestuosa calma, y que la sabiduría de una nación tan grande se había reunido toda en sus representantes. Un solo pensamiento domina en todas sus palabras y en todos sus actos. Su único objeto es defender la Constitución y aun al mismo rey constitucional, á pesar de lo que acaba de suceder. En este concepto se apodera inmediatamente de la regencia del reino, y constituyéndose por sí misma en poder ejecutivo, manda á los ministros que despachen correos en todas direcciones, con orden de arrestar á cualquier individuo que quiera salir del reino; que se visiten los arsenales y las fabricas de armas, y que todos los generales salgan inmediatamente á ocupar sus puestos, así como que se guarden escrupulosamente todas las fronteras. Estas proposiciones se decretan y ponen en ejecución con una velocidad mágica. Ya no hay lado derecho, ni centro, ni lado izquierdo; y todos se reúnen para hacer frente al peligro que á todos amenaza. En este instante vienen á anunciar á la Asamblea que Mr. de Romeuf, uno de los ayudantes de campo de Mr. de La Fayette, enviado por éste bajo su propia responsabilidad, y sin tomar las órdenes de la Asamblea para detener al rey, se halla en manos del pueblo, que acusa al general y á todo su estado mayor de traición. Inmediatamente envía la Asamblea unos comisionados de su seno para protegerle, y el oficial entra en el congreso y explica el objeto de su misión. Entonces la Asamblea confirma la orden dada por el general, y el ayudante vuelve á partir inmediatamente. Barnave que ve en la ira del pueblo contra La Fayette otro nuevo peligro, aunque enemigo político del general, sube á la tribuna y le defiende generosamente y con grande habilidad contra las sospechas de aquel pueblo, próximo á abandonarle. Es fama que hacia algunos días que los Lameth y Barnave, habían conocido como Mirabeau la necesidad en que se hallaban de ponerse de acuerdo se-

cretamente con el rey, para salvar si era posible aquella sombra de monarquía. Se ha dicho también, que habían mediado entre Barnave y el rey ciertas relaciones confidenciales en que se había concertado la fuga del monarca, y adoptado otras disposiciones; pero estos rumores de que trata el mismo La Fayette en sus Memorias, no eran conocidos en la época de que hablamos, y todavía no lo son en el día. «El objeto que debe ocuparnos (dijo Barnave) es volver la confianza popular á quien debe obtenerla. Hay un hombre á quien se quisiera hacer sospechoso y segun mi modo de entender sin motivo fundado para ello. Coloquémonos entre este hombre y el pueblo, y procuremos que éste le devuelva toda la confianza que le ha inspirado hasta aquí. Necesitamos indispensablemente una fuerza central, y un brazo que obre cuando no tenemos mas que una cabeza para pensar. Mr. de La Fayette se ha conducido como un buen ciudadano desde el principio de la revolución, y es muy importante que conserve en la nación el crédito que ha sabido grangearse. Si en Paris es necesaria la fuerza, no lo es menos la tranquilidad; estando aquella al mando de La Fayette, él sabrá proporcionarnos esta última.»

Las palabras de Barnave son acogidas con entusiasmo. En este momento anuncian á la Asamblea que Mr. de Cazalés, famoso orador del lado derecho, se ve amenazado por el pueblo en las Tullerías, y que su vida peligrá.

Inmediatamente salen seis comisionados á protegerlo y á poco rato le traen consigo al salon. Irritado Cazalés contra el pueblo, de cuyas manos ha escapado milagrosamente, y contra el rey, que abandonaba á los que lo eran adictos, sin avisarles con tiempo, sube á la tribuna para desahogar su justo enojo. «He estado á punto (dice) de ser despedazado por el pueblo, y sin el auxilio de la guardia nacional de Paris que me ha manifestado tanto afecto....» A estas palabras, que indican en el orador

realista la pretension de una popularidad personal, largos y violentos murmullos salen del lado izquierdo. «No hablo de mí, (prosigue Cazalés) habló en el interés del público. Yo sacrificaría de buena gana mi pobre existencia ó por mejor decir, hace mucho tiempo que la he sacrificado; pero conviene á todo el imperio que ningun movimiento tumultuoso venga á turbar nuestras sesiones en una crisis como esta, por cuya razon apoyo en cuanto de mí depende, todas las medidas que acabais de decretar.» Finalmente; á propuesta de varios miembros de la Asamblea, decide esta reasumir en sí todos los poderes y que sus decretos sean ejecutados inmediatamente por los ministros sin necesidad de la sancion real. De este modo se apodera con mano firme y pronta, de la dictadura y se declara permanente.

XIX.

Apoderábase así la Asamblea de todos los poderes con el derecho que para ella la daba la apremiante necesidad del momento. Mr. de La Fayette se presentaba en tanto con la serenidad que le infundia su audacia en medio del pueblo para reconquistar á riesgo de perder la vida, la confianza que aquel le habia retirado. El primer instinto del pueblo fué asesinar al pérfido general que le habia respondido con su cabeza de la seguridad del rey, y que segun las apariencias habia contribuido á su fuga.

La Fayette conoció el peligro en que se hallaba y lo conjuró presentándose impávido ante el pueblo. Instruido de los principios por sus oficiales de lo que pasaba, corre á las Tullerías donde encuentra al corregidor de Paris y al presidente de la Asamblea *Beauharnais*, que se lamentaban del tiempo perdido desde que el rey se

habia fugado. «¿Creeis les dijo La Fayette que el arresto del rey sea tan necesario al bien público, que sin él no pueda evitarse la guerra civil? Sin duda, le respondieron aquellos hombres. Pues bien; en ese caso, yo tomo sobre mí la responsabilidad de este arresto.» E inmediatamente espide órdenes á todos los guardias nacionales para que detengan al rey, do quier que lo encuentren. Esta dictadura era la mas personal que podia darse porque un solo hombre mandaba cual si representase toda la nacion, y atentaba por sí, y sin ningun derecho á la vida del gefe legal del Estado. Esta órden fué la que condujo al cadalso á Luis XVI porque puso en manos del pueblo la victima que se le habia escapado. El mismo La Fayette trata en sus Memorias de sincerarse de este paso, que en lo sucesivo le causa agudos remordimientos. «Felizmente, (dice) no fué á mis órdenes á las que se debió la captura del rey, sino á la desgracia de haber sido reconocido S. M. por el hijo de un maestro de postas, y á las malas disposiciones que habia tomado para que su fuga tuviese feliz éxito.» De este modo en la edad de la madurez, protestaba la sensibilidad contra el patriotismo de su juventud. La Fayette se trasladó á la casa del ayuntamiento desde las Tullerías. Iba á caballo, y el inmenso pueblo que inundaba las calles por donde pasaba le apostrofaba furioso. Al llegar á la plaza de Greve casi solo, se encontró con el duque de Aumont, otro de los gefes de division que el pueblo iba á asesinar. Rompió por medio de aquella turba, que se quedó atónita al ver tanta audacia y libertó á su subordinado. Conociendo entonces que habia recobrado parte de la influencia que tenia sobre las masas, se dirigió á la turba diciéndole. «¿De qué os quejais? ¿no gana cada ciudadano veinte sueldos diarios con la supresion de la lista civil? Si llamais desgracia á la huida del rey ¿qué nombre dareis á una contrarrevolucion que venga á despojaros de la libertad?» En seguida salió escoltado

de la casa de ayuntamiento y se dirigió ya mas tranquilo á la Asamblea. En cuanto entró fué á sentarse al lado de Camus, pero este se levantó inmediatamente diciendo. Fuera uniformes, ni estos, ni las armas deben penetrar en este recinto. Algunos miembros del lado izquierdo se levantan al propio tiempo que Camus y dirigiéndose á La Fayette gritan indignados ¡fuera! Los amigos del general le rodean, é imponen silencio á Camus y á sus compañeros. La Fayette pide entonces la palabra y comparece en la barra. Allí, despues de haber pronunciado las palabras usuales de *libertad y pueblo*, pide que se oiga á su segundo Mr. de Gouvion que era el encargado de las Tullerías. «Yo respondo de este oficial y cargo sobre mí toda la responsabilidad de su conducta.» Mr. de Gouvion es oido y afirma que las salidas y avenidas de palacio han sido guardadas con el mayor rigor, y que el rey no ha podido escaparse por ninguna de las puertas. El corregidor de Paris afirma lo que aquel oficial acaba de decir. Mr. de Laporte, intendente de la lista civil, comparece entonces en la barra á presentar el manifiesto que el rey habia dejado al pueblo «¿Cómo ha llegado á vuestras manos? (le preguntan por todas partes). El rey lo ha dejado cerrado sobre una mesa con una carta para mí.» (dice Laporte) «Leed esa carta (esclama una voz) no, no, grita unánimemente la Asamblea, no tenemos derecho para leer esa carta confidencial.» Tambien se niegan á abrir otra carta dirigida á la reina que se halló en el cuarto de aquella princesa. El carácter generoso de la nacion puede mas todavia en ella, que la irritacion del momento.

En seguida y en medio de risas y de continuos murmullos se lee el manifiesto del rey redactado en los términos siguientes: «Franceses: ningun sacrificio me ha sido costoso mientras he creido que volveria á restablecer el órden por las medidas concertadas entre la Asamblea y yo para la felicidad pública. Sin quejarme,

he sufrido las calumnias é insultos que se han dirigido contra mi y hasta la privacion de mi libertad. Hoy, que veo vilipendiada la autoridad real, violadas las propiedades, comprometida la seguridad individual y que la anarquía mas completa reina en todas partes, me creo en el deber de dar cuenta á mis vasallos de los motivos de mi conducta. ¡Parisienses! bien sabéis que en julio de 1789 no temí entregarme en vuestras manos, y en los días 5 y 6 de octubre, aunque insultado en mi palacio y testigo de la impunidad de tantos crímenes, tampoco quise abandonar la Francia por no promover la guerra civil. Finalmente, hasta me he venido á vivir á las Tullerías, donde me hallo privado de todas las comodidades de la vida. Pero como si esto no fuese suficiente, se ha arrancado de mi lado á los guardias de corps y muchos caballeros fieles de mi servidumbre, han sido asesinados á mi vista. Se ha infamado con atroces calumnias á la esposa fiel y generosa, que ama al pueblo como yo, y á la que no ha costado ningun trabajo la parte que le ha tocado en los sacrificios que ambos le hemos hecho. La convocacion de los Estados generales, la doble representacion concedida al estado llano, la reunion de las órdenes y el sacrificio del 20 de junio, todo esto se ha hecho por la nacion pero todo ha sido perdido. Preso en mi propio palacio, me hallo guardado por unos carceleros asalariados, que han sustituido á mis guardias, y además se me ha hecho responsable de los actos de un gobierno que se me ha arrancado violentamente de las manos. Encargado de mantener la dignidad de la Francia ante las potencias extranjeras, se me ha quitado el derecho de declarar la guerra ó de ajustar la paz. Vuestra constitucion es una contradiccion perpétua entre los títulos que me confiere, y las funciones de que me despoja. Yo no soy ya sino el gefe responsable de la anarquía, porque los sediciosos de los clubs os han arrancado el poder que vosotros me habíais

arrancado antes. Franceses: ¿es esto lo que os prometiais de vuestra regeneracion social? Antiguamente el amor al monarca era una de vuestras principales virtudes; en el dia, se ha convertido aquel amor en un odio feroz y en un continuado insulto. Desde Necker hasta el último faccioso, todos han sido reyes excepto yo, y hasta se me ha amenazado con despojarme de este vano título y con encerrar á la reina en un convento. En las funestas noches de octubre, cuando se propuso á la Asamblea que fuese á proteger al rey con su presencia, ha declarado hasta solemnemente, que semejante paso no era digno de ella. Cuando las tias del rey han tratado de ir á Roma, por un motivo puramente religioso, no se las ha permitido y ha llegado el escándalo, hasta el estremo de violentar mi conciencia. Despues de convalecer de una larga enfermedad he querido ir á Saint-Cloud y con el recelo de que yo me trasladase allí, con el objeto de cumplir mis deberes religiosos con sacerdotes no juramentados, el pueblo ha desenganchado los tiros de mis carruages y me ha forzado á entrar de nuevo en las Tullerías. El mismo La Fayette no ha podido hacer que se obedezca la ley, ni que se guarde el debido respeto á la libertad del monarca. Me han forzado á separar de mi lado á mis capellanes de honor, y hasta á mi mismo confesor. En semejante situacion no me quedá otro recurso que apelar á la justicia y al amor de mi pueblo, refugiándome en una ciudad fronteriza de mi reino, donde no alcancen los tiros de los facciosos y en donde libre de la opresion de la Asamblea y de los clubs, pueda atender á las reformas que la Constitucion exige, á la restauracion de nuestra religion santa y á la consolidacion del trono y de una bien entendida libertad.»

La Asamblea, que habia interrumpido muchas veces la lectura del manifiesto, ya con estrepitosas risas, ya manifestando su indignacion, pasó con desden á la órden del dia y recibió el juramento de fidelidad de los

generales empleados en París. Varias diputaciones de París y de los departamentos inmediatos, se presentaron aquel día en la barra á manifestar á la Asamblea que en adelante, seria considerada como el centro de unidad de todos los buenos ciudadanos.

Por la noche, se pidió en los clubs de los franciscanos y de los jacobinos la destitucion del rey, y en el primero se fijó un cartel en que se decia, que cada uno de sus individuos habia jurado dar de puñaladas á los tiranos. Marat publica al mismo tiempo un manifiesto incendiario que hace circular con profusion por todo París. «Pueblo, (dice) hay tienes la lealtad, el honor y la religion de los reyes. Acuérdate de Enrique III y del duque de Guisa. Enrique comulga al mismo tiempo que su enemigo, y le jura sobre el ara santa una amistad eterna; pero apenas sale del templo, le llama á su gabinete y le hace atravesar por mil puñales. ¡Fiaos en los juramentos de los príncipes! En la mañana de ayer Luis XVI se reia con los suyos del terror que necesariamente debia inspirar su fuga. La Austriaca ha sobornado á La Fayette y el rey, disfrazado de sacerdote, se ha escapado con toda su familia. Ahora se está riendo de la tontería de los parisienses y muy en breve se bañará en vuestra sangre. Ciudadanos, esta evasion estaba preparada hace mucho tiempo por los traidores que abriga en su seno la Asamblea nacional. Vuestra perdicion es cierta; si no atendeis á proporcionaros medios de salvacion. Nombrad un dictador inmediatamente y recaiga vuestra eleccion en el ciudadano que haya manifestado hasta el día mas celo, mas luces, y mas fidelidad; haced cuanto os diga para esterminar á vuestros enemigos. Este es el momento oportuno de que caigan las cabezas de Bailly, de La Fayette, de los malvados que componen su estado mayor, y de todos los traidores de la Asamblea. Nombrad un tribuno militar ó estais perdidos sin remedio. Hasta ahora he hecho cuanto puede hacer un hombre por salvaros; pero

sino haceis caso del último consejo que os doy, enmudeceré y me separaré de vosotros para siempre. Luis XVI viene á bloquear á París á la cabeza de sus satélites, y el *amigo del pueblo* se sepultará en un horno ardiendo; pero su último suspiro será por la patria, por la libertad y por vosotros.»

XX.

Los hombres influyentes del partido constitucional se creyeron obligados á asistir el 22 á la sesion de los jacobinos para contener la exaltacion que preveian reinaria allí. Barnave, Sieyes y La Fayette volvieron á comparecer en aquella reunion y prestaron juramento de fidelidad á la nacion. Camilo Desmoulins refiere esta sesion del modo siguiente: «En tanto que la Asamblea decreta, el pueblo obra. Yo me dirigia á los Jacobinos, cuando me encontré con La Fayette en el malecon de Voltaire; Barnave habia logrado tranquilizar los ánimos y ya empezaba á oírse alguno que otro grito de ¡viva La Fayette! Este pasaba revista á los batallones que estaban formados en aquel sitio, y convencido yo de la necesidad de reunirnos todos al lado de un solo gefe, cedo al movimiento que me impulsa hacia el general del caballo blanco. Señor de La Fayette, le digo en alta voz; hace ya un año que estoy hablando muy mal de vos, esta es la ocasion de probarme que me he equivocado en mi concepto. Probad que soy un calumniador, haced que mi nombre sea execrable y cubridme de infamia, pero salvad la causa pública. Yo hablaba con mucho calor y el general, como si yo hubiese sido su mejor amigo, me estrechó afectuosamente la mano. Siempre os he tenido por un buen ciudadano, (me dijo) y ya vereis como estais engañado con respecto á mi, nuestro comun juramento es, vi-

vir libres ó morir. Todo va bien, supuesto que en la Asamblea nacional no hay sino una voluntad, porque el peligro comun ha reunido todos los partidos. Entonces le dije: ¿Pero por qué usa vuestra Asamblea en todos sus decretos la palabra raptó, siendo así que el mismo rey declara en su manifiesto que se ha escapado por su gusto? ¿No es una bajeza ó quizá una traicion, el que la Asamblea use esa palabra, cuando se ve sostenida por tres millones de bayonetas? La palabra raptó es un vicio de redaccion que la Asamblea enmendará, me respondió La Fayette, y en seguida añadió: la conducta del rey ha sido infame. Esto lo repitió muchas veces apretándome la mano afectuosamente, y yo me despedí de este hombre, pensando interiormente que quizá el horizonte inmenso que abría á su ambicion la fuga del rey, le haria volver sinceramente á ser partidario del pueblo. Con estas ideas llegué á los Jacobinos, haciéndome fuerza por creer en aquellas demostraciones de patriotismo y de amistad, de las que á pesar de todos mis esfuerzos no pude convenirme completamente.

Quando Camilo Desmoulins entró en los Jacobinos, Robespierre ocupaba la tribuna. El inmenso crédito que se habia adquirido este jóven orador por su perseverancia é incorruptibilidad, hacian que el pueblo se apiñase á su alrededor cuando hablaba. «No seré yo, decia, el que llame un desastre á lo que está sucediendo. Este es el mas bello dia de la revolucion si sabeis apoderaros de él, y convertirlo en provecho nuestro. El rey ha elegido para desertar de su puesto, el momento en que estamos rodeados de peligros dentro y fuera del reino. La Asamblea está desacreditada, los emigrados se hallan en Coblenza, el emperador y el rey de Suecia en Bruselas, nuestras mieses se hallan ya en sazón para alimentar los ejércitos invasores; pero tres millones de hombres están dispuestos en Francia á salir á su encuentro y esta liga europea puede vencerse fácilmente. Yo no temo ni á

Leopoldo, ni al rey de Suecia; lo que á mí me asusta es, lo mismo que parece tranquilizar á todos los demas, á saber: que desde esta mañana, todos nuestros enemigos afectan hablar el mismo lenguaje que nosotros. Todos pensamos de un mismo modo en la apariencia, pero esta alegría por la fuga del rey no puede ser sincera en todos, de lo que os convencereis al recordar que el rey tenia cuarenta millones de renta y que disponia de todos los destinos en favor de los que le eran adictos, ó lo que es lo mismo, de nuestros mas encarnizados enemigos. Dedúcese de esto, que hay traidores entre nosotros, y que estos traidores que han permanecido en Paris, no dejarán de estar en secreta inteligencia con el rey fugitivo. Leed sino el manifiesto régio, y el complot aparecerá á vuestra vista, sin que os quede la menor duda de su existencia. El rey, el emperador, el de Suecia, Artois, Condé y todos los fugitivos, capitaneando á una porcion de bribones, van á caer sobre nosotros. Quando se hallen cerca de nuestros muros, aparecerá un manifiesto paternal en que Luis XVI nos hablará de su amor, de paz, y hasta de libertad. Al mismo tiempo, los traidores de la capital y de los departamentos, os presentarán como los causantes de la guerra civil, habrá una transaccion y la revolucion quedará ahogada por los pérfidos abrazos de un despotismo hipócrita, y de un moderantismo pusilánime. Ved sino lo que está haciendo la Asamblea, que en sus decretos de hoy, da el nombre de raptó á la fuga del rey. ¿A quién ha confiado la salvacion del pueblo? A un ministro de Negocios Estrangeros vigilado por una comision diplomática. ¿Y quién es ese ministro? Un traidor que cien veces os he denunciado como el azote de los soldados patriotas y el sostén de los oficiales aristócratas. ¿Quiénes son los que componen la comision? Una porcion de traidores disfrazados de patriotas. ¿Y el ministro de Negocios Estrangeros, quién es? Un traidor, un Montmorin, que hace un mes confesaba el culto pérfido

que tributaba á la Constitución. Finalmente, ¿quien es Delessart? Otro traidor, á quien Necker ha legado su manto hipócrita para cubrir sus complots. ¿No veis como todos estos hombres estan de acuerdo con el rey, y con esa coalicion europea que va á sofocarnos? Dentro de un instante vereis entrar en esta sala á todos esos hombres aborrecibles de 1789. ¿Como es posible que os salveis! Antonio (prosiguió aludiendo á La Fayette) manda las legiones que van á vengar á César; y Octavio, sobrino de César, manda las legiones de la republica. Continuamente se nos está hablando de la necesidad de reunirnos; pero cuando Antonio fué á acampar al lado de Lépido, y cuando todos los traidores á la libertad se reunieron á los que se titulaban sus defensores, Bruto y Casio no tuvieron otro remedio que darse la muerte. ¡A esto nos conduce esa fingida unanimidad de opinion, y esa pérdida reconciliacion con los verdaderos patriotas! Si, esa es la suerte que os aguarda. Sé muy bien que hablando con esta claridad, afilo los puñales que se han de dirigir contra mí, pero si cuando apenas era conocido en la Asamblea nacional entre los primeros apóstoles de la libertad, supe ofrecer mi vida en sacrificio á la verdad, á la humanidad y á la patria, hoy, que una benevolencia universal y una adhesion general á mi persona ha recompensado aquel sacrificio, recibiré la muerte gustoso porque al menos, me evitará el ser testigo de tantos males. He hecho el proceso de la Asamblea, ¡ahora, que haga ella el mío!

XXI.

Estas palabras hábilmente combinadas para introducir el recelo en los corazones fueron recibidas como el testamento de un mártir de la libertad. Todo el mundo

estaba enternecido. «¡Moriremos contigo!» exclamó Camilo Desmoullins abriendo los brazos como si fuese á abrazar á Robespierre, porque este hombre voluble se dejaba arrebatado por todos los vientos. Ochocientas personas se levantaron al mismo tiempo ofreciendo en su actitud, en sus gestos, y en su espontánea y unánime inspiracion uno de los cuadros mas imponentes del poderío de la palabra sobre un pueblo reunido y entusiasta. Despues que toda la reunion hubo jurado individualmente defender la vida de Robespierre, anunciaron la llegada de los ministros y de otros miembros de la Asamblea que habían pertenecido al club en 1789 y que á vista del peligro que amenazaba á la patria, iban á fraternizar con los jacobinos.

«Señor presidente, (dijo Danton) si los traidores osan comparecer ante nosotros, me comprometo solemnemente á que caiga mi cabeza en un cadalso, si no pruebo que las suyas deben caer á los pies de la nacion, que tan infamemente han vendido.» A esta sazón entran los diputados. Danton al conocer entre ellos á La Fayette se lanza á la tribuna y dirigiéndose al general, le dice: «Debo hablar y hablaré cual si estuviese grabando la historia con un buril para los siglos venideros. ¿Cómo os atreveis á presentaros en medio de los amigos de la Constitución, vos, partidario y signatario de ese sistema de las dos Cámaras inventado por el sacerdote Sieyès, sistema destructor que ha de acabar con la Constitución y con la libertad? ¿No me habeis dicho vos mismo, que el proyecto de Mr. Mounier, era muy detestable para poder ser reproducido, pero que se le podria hacer aceptar á la Asamblea otro equivalente? Desmentid si podeis este hecho que os confunde. ¿En qué consiste que el rey usa en su proclama un lenguaje tan parecido al vuestro? ¿Cómo os habeis atrevido á atentar contra los escritos de los defensores del pueblo al mismo tiempo que protegiais con vuestras bayonetas á esos escritores villanos que tratan

de destruir la Constitucion? ¿Por qué habeis traído prisioneros pascándolos por las calles cuál si quisiérais daros la importancia de un triunfo de los tiempos de la antigua Roma, á esos pobres vecinos del arrabal de San Antonio que querian demoler la última trinchera de la tiranía en Vincennes? ¿Por qué en la misma noche de aquella expedición protegisteis en las Tullerías á los asesinos que iban armados de puñales para favorecer la fuga del rey?

«¿Explicadme, por qué casualidad ha entrado de guardia en las Tullerías el 21 de junio aquella compañía de granaderos del oratorio, castigada por vos el 18 de abril por haberse opuesto á la marcha del rey? No nos hagamos ilusiones; la fuga del rey no es mas que el resultado de un complot; preciso es que haya habido inteligencia entre el monarca y los traidores de fuera; y vos, señor de La Fayette que érais responsable con vuestra cabeza de la persona del rey, ¿á qué venis á esta reunion, como no sea á oír vuestra sentencia? El pueblo está sediento de venganza, porque está ya cansado de verse alternativamente insultado ó vendido. Deber mio es alzar la voz en su defensa: pero si su débil eco no llegase á pasar de este recinto, quédeme al menos el consuelo de que la posteridad, al oír nuestros respectivos hechos, juzgue por quien está la razon entre vos y yo.»

Nada respondió Mr. La Fayette á estas terribles convenciones, contentándose con decir que habia venido á presentarse en la sociedad de los jacobinos, porque allí era donde debian acudir todos los buenos ciudadanos en dias de alarma. Dicho esto se dirigió á la Asamblea. Esta decretó que el general se presentase en la barra al día siguiente para justificarse. La Fayette dijo que iria, pero no lo verificó. Las mociones de Danton y Robespierre, no influyeron nada en el crédito que en la guardia nacional tenia La Fayette. La desfachatez de Danton en aquella noche es inconcebible, porque La Fayette

podia haber probado hasta la evidencia, la venalidad de aquel orador que habia recibido cien mil francos de Mr. de Montmorin. Danton no ignoraba que La Fayette estaba enterado de esto; pero tambien sabia que el general no podia acusarle sin perder á Mr. de Montmorin y sin arriesgar el verse envuelto en esta acusacion, como participe en aquel comercio, sostenido con los fondos de la lista civil. Estos dos hombres se temieron mutuamente y el tribuno y el general se vieron precisados á usar de ciertas reticencias que amortiguaron mucho el combate. Lameth respondió á Danton en sentido conciliador, y las medidas violentas propuestas por Robespierre y por Danton, no prevalecieron aquel dia en los Jacobinos. El peligro hizo prudente al pueblo y su instinto no le permitió dividir sus fuerzas delante de un peligro desconocido.

XXII.

La Asamblea nacional redactó y discutió aquella noche una proclama dirigida á los franceses y concebida en estos términos: «Acaba de cometerse un gran crimen. El rey y su familia han sido arrebatados en la noche anterior, de su palacio (violentos murmullos interrumpen la lectura al oír otra vez la palabra raptó, pero se estrellan en la aptitud prudente y grave de la Asamblea); pero vuestros representantes triunfarán de cuantos obstáculos se les presenten. La Francia quiere ser libre, y lo será. La revolucion no volverá atrás. Desde luego hemos salvado la ley, resolviendo que nuestros decretos tengan fuerza de tal. Hemos salvado á la nacion, enviando un refuerzo de trescientos mil hombres al ejército. Finalmente, hemos salvado el orden, encargando al celo y patriotismo de los ciudadanos armados el cuidado de sostenerlo. En esta actitud aguardamos á nuestros enemi-

gos... En un escrito que le ha sido dictado al rey por los que le han hecho violencia se os acusa, se acusa á la Constitución, y se acusa á la ley por la impunidad de los sucesos del 6 de octubre.

La nación es mas justa y no acusa al rey de los crímenes de sus abuelos (aplausos). Y este rey que el 14 de julio prestó juramento á la Constitución, ¿lo habria hecho con la conciencia de un perjuro? Se acusa á algunos mal llamados facciosos, de todos los cambios que ha habido en la Constitución del reino; pero estos facciosos han sido veinte y seis millones de hombres (nuevos aplausos). Nosotros hemos reconstituido todos los poderes, y hemos conservado la monarquía, porque creemos que es una institución útil para la Francia; pero no hemos dudado en reformarla para espurgarla de sus abusos y de sus excesos. Hemos dejado al rey cincuenta millones al año para que pueda atender al esplendor que debe rodear el trono; pero nos hemos reservado el derecho de declarar la guerra porque no queremos que la sangre del pueblo esté en manos de los ministros. Franceses, ¡todos los poderes se hallan organizados, todo el mundo se halla en su puesto, y la Asamblea vela por vuestra suerte! No temáis nada á no ser á vosotros mismos, si vuestra justa emoción os condujese al desorden. El pueblo que quiere ser libre debe mantenerse impassible, enmedio de las crisis mas espantosas: ved á París, imitad á la capital, todo sigue aquí su curso ordinario y los tiranos quedarán burlados. Para imponer el yugo á la Francia, es preciso aniquilarla antes. Si el despotismo se atreve á probarlo, quedará vencido y si triunfa, solo triunfará sobre ruinas.

Una esplosion unánime de aplausos siguió á esta lectura. Suspendióse la sesion por una hora, y volvió á abrirse á las nueve y media. Entonces se notó una gran agitación en toda la sala y las voces de *¡está arrestado!* corrieron por todos los bancos y llegaron hasta las tribunas.

El presidente anuncia, que se va á proceder á la lectura de varios documentos que acaba de recibir y encarga al público que se abstenga de aprobar ni desaprobár. Abre el paquete y enmedio del mas profundo silencio lee los oficios de las municipalidades de Varennes y de Saint-Menehould, traídas por Mr. Mangin, cirujano de Varennes. La Asamblea nombra entonces tres comisionados que vayan á proteger al rey en su vuelta á París. Estos tres comisionados son Barnave, Pétion y La tour-Maubourg que salen inmediatamente de la sala, para ir á desempeñar su comision. Dejemos por un momento á los habitantes de París entregados á las emociones de sorpresa, de alegría ó de ira que han producido en ellos respectivamente, la fuga y el arresto del rey.

XXIII.

El rey pasó la noche en Varennes, entre la esperanza y el terror. Mientras que los niños dormían fatigados de un camino tan largo, y abrasados por el ardiente sol del estío, sin pensar en su suerte, el rey y la reina guardados y vigilados por los municipales de Varennes hablaban en voz baja de su espantosa posicion. Su piadosa hermana, madama Isabel, estaba rezando á su lado, porque tenía fijos sus pensamientos en el cielo; y si hasta entonces habia vivido en la corte, era estraña á todos sus placeres, y no pensaba en otra cosa que en sacrificarse por el bien de su hermano; de los gozes del trono, solo la tocaron las lágrimas. Los ilustres cautivos estaban muy lejos de desesperar completamente de su salvacion. Convencidos estaban de que Mr. de Bouillé, á quien sin duda habrian dado parte de lo ocurrido algunos de los oficiales que estaban apostados en el camino, andaria toda la noche por venir á libertarles. Atribuían su tardau-

za á la necesidad de reunir fuerzas considerables para poder dar la ley á los muchos guardias nacionales que el toque de rebato habia llevado á Varennes. A cada instante esperaban verle aparecer, y el menor movimiento del pueblo, el mas insignificante choque de los fusiles, que estaban en pabellon en la calle, les parecia un anuncio de la llegada del general. El correo que habia enviado á Paris la municipalidad, no habia salido hasta las 3 de la mañana y necesitaba veinte horas para llegar á Paris, y otras tantas para volver. El tiempo que tardase en reunirse la Asamblea para deliberar no podia calcularse prudentemente en menos de tres ó cuatro horas; así es, que Mr. de Bouillé podia disponer de cerca de cuarenta y ocho antes que pudiesen llegar allí las órdenes de la capital.

Por otra parte, no era fácil saber cuál seria el estado de Paris ni lo que allí habria pasado al tener conocimiento de la evasión del rey. Quizá el arrepentimiento y el terror se habrían apoderado del pueblo; quizá la anarquía hubiese derribado los débiles diques que podia oponerla una Asamblea anárquica en sí misma; tal vez, el grito de traicion habria respondido al primer toque de rebato, y quizá La Fayette habria sido asesinado como un traidor y la guardia nacional disuelta. Tampoco era imposible que los buenos ciudadanos, validos de esta consternacion súbita de los facciosos, hubiesen logrado dominarlos. Tal vez no habria quien diese órdenes ni quien las ejecutase, y la nacion desarmada y temblorosa, vendria voluntariamente á postrarse á los pies del rey ó impetrar su perdon. Estas eran las quimeras que como último consuelo ocupaban la imaginacion de aquellos ilustres desgraciados en aquella noche fatal, en que amontonados en un cuarto pequeño apenas podian respirar de calor.

Al rey se le habia permitido hablar con varios oficiales de los destacamentos y Mr. de Goguelat, Mr. de Choi-

seul y Mr. de Damas habian penetrado hasta su habitacion. El síndico procurador y los demas individuos de la municipalidad de Varennes tenian mil consideraciones con el rey, á quien compadecian de corazon, en medio de la violencia que con él estaban ejerciendo, y que creian no ser otra cosa que el cumplimiento de un deber sagrado. El pueblo no pasa de repente del respeto al ultraje, y en todos los sacrilegios hay un momento de indecision en que parece que se trata de rodear del mayor respeto lo mismo que muy en breve va á profanarse.

La municipalidad de Varennes y Mr. Sausse creian salvar la nacion con lo que hacian; pero estaban muy lejos de querer ofender á su ilustre cautivo, así es, que le respetaban como á su soberano, pero tomando con él todas las precauciones que exige la seguridad de un preso. Todo esto no se le habia escapado al rey, que se prometia que á las primeras intimaciones de Mr. de Bouillé, el respeto prevaleceria sobre el patriotismo, lo cual haria que fuese puesto en libertad inmediatamente. Así se lo habia manifestado el rey á sus oficiales.

Uno de ellos, llamado Mr. de Deslons, gefe del escuadron de húsares destacado en Dun, habia tenido conocimiento del arresto de S. M. á las tres de la mañana por el comandante del destacamento de Varennes, que habia logrado escaparse de aquel punto. Inmediatamente, y sin aguardar las órdenes del general, que por otra parte no podia dudar cuáles habrian sido, hizo montar inmediatamente á sus húsares y partió á galope á Varennes para llevarse al rey á viva fuerza. Al llegar á las puertas del pueblo las halló cerradas y defendidas por grandes masas de guardias nacionales. No permitieron estos que los húsares entrasen en el pueblo; pero su comandante echó pie á tierra y pidió que se le condujese á la presencia del rey, en lo cual no hubo dificultad. Su objeto era en primer lugar, informar á S. M. de que Mr. de Bouillé sabia todo lo acaecido, y venia á li-

bertarle á la cabeza del regimiento Real alemán, además quería este oficial informarse por sí mismo de si le era ó no posible forzar todos los obstáculos con su escuadrón hasta llegar á apoderarse de la parte alta del pueblo, para llevarse al rey, parecióle imposible penetrar á través de las barricadas con su caballería, y entonces se dirigió á la casa en que estaba el rey, para recibir sus órdenes.

«Decid á Mr. de Bouillé, contestó Luis XVI, que me hallo prisionero, y que por consiguiente no puedo dar ninguna orden, que temo mucho que él tampoco pueda hacer gran cosa por mí, pero que le exijo que haga cuanto esté de su parte.» Mr. Deslons era de la Alsacia, y hablaba perfectamente el alemán, en cuyo idioma dirigió la palabra á la reina, para no ser entendido de las personas que les rodeaban. «Hablad en francés, caballero, contestó la reina, todo el mundo puede oír lo que tengais que decirme.» Mr. Deslons enmudeció y salió de allí desesperado, pero se quedó cerca de las puertas de Varennes aguardando las fuerzas superiores mandadas por Mr. de Bouillé.

XXIV.

El ayudante de Mr. de La Fayette, Mr. de Roméuf llegó á Varennes á las siete y media de la mañana con las órdenes de la Asamblea. La reina, que le conocía particularmente, le hizo las reconveniones más patéticas, por la odiosa comisión de que se había encargado. En vano trató este oficial de calmar la indignación de su soberana, con todas las muestras de respeto y de adhesión á su persona que eran compatibles con el rigor de las órdenes que tenía. Indignada la reina, pasó de las reconveniones á las lágrimas y de estas á la deses-

peración. El rey había tomado de manos de Mr. de Roméuf la orden de la Asamblea y la había puesto en la cama, en que estaba acostado el Delfín. La reina en un acceso de cólera, cogió aquel papel, lo arrojó al suelo y lo pisoteó, diciendo que un escrito de aquella naturaleza contaminaría el lecho de su hijo. «Señora, la dijo entonces aquel jóven oficial, por vuestra salvación y por vuestra gloria os suplico, que os hagais superior á vuestro dolor. ¿Quisiérais que otro que yo, hubiese sido testigo de semejante acceso de desesperación?» Entre tanto se hacian precipitadamente todos los preparativos de marcha por temor de que Mr. de Bouillé viniese á apoderarse del pueblo y tratase de dar un golpe de mano. El rey la retardaba cuanto le era posible, y cada minuto que pasaba le parecia ser una probabilidad más de conseguir la libertad, así es, que se los disputaba uno á uno á sus carceleros. En el momento de subir á los coches, una de las damas de la reina fingió que la había acometido una indisposición grave y repentina.

La reina dijo terminantemente que no quería salir sin que aquella señora la acompañase, y no cedió sino á las amenazas que se la hicieron de obligarla á marchar á la fuerza y á los gritos de aquel pueblo impaciente. Tampoco consintió que nadie tocase á su hijo. Cogióle ella misma en brazos, lo subió al coche, y la régia comitiva escoltada por tres ó cuatro mil guardias nacionales, se encaminó lentamente hácia París.

XXV.

¿Qué hacía el marqués de Bouillé durante esta larga y penosa agonía del rey? Como hemos visto, había pasado la noche á las inmediaciones de Dun, pueblo que dista seis leguas de Varennes, esperando el correo que de-

bia anunciarle la aproximacion de los carruages. A las tres de la mañana, viendo que nadie llegaba y temiendo ser descubierto, se volvió á Stenay para desde allí poder espedir órdenes á sus tropas si el rey sufría algun contratiempo. Llegó á las cuatro y media á su destino, precisamente en el momento en que los dos oficiales que habia dejado el dia anterior en Varennes y el comandante del escuadron, á quien sus soldados habian abandonado, llegaban al mismo punto. Por ellos supo que el rey se hallaba detenido desde las once de la noche. Lleno de sobresalto y atónito de que esta desgracia no hubiese llegado antes á su noticia, dió orden inmediatamente al regimiento Real alemán, de montar á caballo y seguirle. El coronel ya habia recibido orden la noche anterior de tener ensillados los caballos, pero no lo habia cumplido; así es, que se perdieron tres cuartos de hora en esta operacion, á pesar de que Mr. de Bouillé envió á su hijo al cuartel para acelerarla. Nada podía hacer el general sin este regimiento, por cuya razon, en cuanto estuvo formado en batalla fuera del pueblo, se dirigió á él con toda franqueza para sondear los ánimos. «Soldados, les dijo, el rey, que iba á poner en vuestras manos su libertad y aun su vida, se halla detenido en Varennes é insultado y cautivo en poder de los municipales; oid sus órdenes: os está esperando, y cuenta impaciente los minutos; vamos á libertarle y á volverle á la nacion. Yo voy al frente de vosotros, seguidme.» Estas palabras fueron acogidas con el mayor entusiasmo, y Mr. de Bouillé distribuyó seiscientos luises entre aquellos soldados que se pusieron en marcha inmediatamente.

De Stenay á Varennes hay nueve leguas de camino montañoso, que Mr. de Bouillé anduvo con toda la celeridad que el terreno permitía. A corta distancia de Varennes se encontró con un destacamento del Real alemán detenido á la entrada de un bosque por unos guardias nacionales que hacian fuego sobre él. Entonces, tomando

el mismo el mando de la vanguardia arrolló á aquellos hombres y llegó á las nueve y cuarto delante de Varennes.

El todo del regimiento llegó poco despues, y Mr. de Bouillé reconocia el pueblo para ver por donde podria dar el asalto, cuando vió un escuadron de húsares, que según parecia, estaba tambien de observacion. Este escuadron era el de Dun mandado por Mr. Deslons que habia pasado allí la noche aguardando refuerzos. Este gefe en cuanto vió al general se dirigió á él y puso en su conocimiento que ya hacia mas de una hora que se habian llevado al rey. Dijole igualmente que el puente estaba roto, que en todas las calles habia parapetos, que los dragones de Clermont y los húsares de Varennes habian fraternizado con el pueblo; y que Mrs. de Choiseul, de Damas y de Goguelat estaban prisioneros. Desesperado Mr. de Bouillé al oír estas nuevas, pero sin desanimarse, determinó seguir al rey, y arrancarle de manos de los que le conducian. A este efecto envió exploradores á sondear los vados del rio, pero á pesar de haber varios, no se encontró mas que uno. Así las cosas, supo que las guarniciones de Verdun y de Metz con alguna artilleria avanzaban precipitadamente á reunirse al pueblo para prestarle su apoyo. La campiña estaba cubierta de guardias nacionales y de tropas; los soldados que tenia á sus órdenes empezaban ya á vacilar, y los caballos, rendidos por una marcha de nueve leguas, no podian llegar antes que el rey á Saint-Menehould. La energia de este hombre desapareció cuando ya no le quedó ninguna esperanza, y el regimiento Real alemán volvió grupas. Mr. de Bouillé le condujo hasta las puertas de Stenay, guardando todo el mundo el mas profundo y sombrío silencio. Entonces el general seguido de los oficiales que mas se habian comprometido en esta empresa, se dirigió al Luxemburgo y pasó la frontera perseguido por la espalda, ansiando que una de aquellas balas que le diri-

gían terminase su existencia, y con ella el martirio que interiormente sufría.

XXVI.

Retrocedían entre tanto los coches del rey, por el camino de Chalons, con toda la velocidad que era posible á los guardias nacionales, que se relevaban á menudo, por cuya razon podían andar mas de prisa. Pueblos enteros acudían á las orillas del camino, por ver á aquel rey cautivo, conducido en triunfo por el pueblo, que se había creído vendido por él. Las picas y las bayonetas de los guardias nacionales apenas podían abrirse paso á través de aquel gentío inmenso que se renovaba sin cesar, pero era mayor cada vez. Los gritos, las amenazas, las risotadas y los insultos, se sucedían sin interrupcion y el clamoreo del pueblo y sus vociferaciones eran tan continuadas como el movimiento de las ruedas del coche. Este viage fué para Luis XVI y su familia un calvario de sesenta leguas, en las que cada paso fué un suplicio. Solo un caballero anciano llamado Mr. de Dompierre acostumbrado al culto respetuoso que á los reyes se había tributado hasta entonces, quiso aproximarse al coche á manifestar á sus señores la compasion que su desgracia le infundía; pero fué asesinado al lado de las ruedas del carruaje y la familia real tuvo que pasar por aquel ensangrentado cadáver. La fidelidad era el único delito imperdonable para aquella turba de péccitos. El rey y la reina que habían hecho ya interiormente el sacrificio de sus vidas, llamaron á sí todo el valor y toda la dignidad que debía acompañarles en tan cruel trance. El valor pasivo era la virtud de Luis XVI, y parecía que el cielo, que le había destinado al martirio, le había dotado desde su nacimiento de cierta resigna-

cion heroica para ver la muerte sin sobresalto. La sangre fría de la reina unida á su orgullo, y al odio que la inspiraba aquel pueblo desenfrenado, la hacían corresponder con desprecio á los insultos que por todas partes la dirigían. Madama Isabel imploraba en voz baja el socorro de lo alto y los dos niños admiraban la ira de aquel pueblo que se les había enseñado á amar y en el que no veían sino furias mas bien que hombres. La augusta familia no hubiese entrado viva en Paris, si los comisionados de la Asamblea, cuya presencia imponía águn tanto al pueblo, no hubiesen llegado á tiempo de intimidar y apagar aquella sedicion, en cuanto les fué posible hacerlo.

Los comisionados encontraron los carruages del rey entre Dormans y Epernay, y allí leyeron al rey y al público las órdenes de la Asamblea, por las cuales se les confería el mando en jefe de las tropas y de los guardias nacionales en toda la línea, al mismo tiempo que se les encargaba que atendiesen muy particularmente, no solo á la seguridad de S. M., sino tambien á que se le guardase el respeto debido á su persona. Barnave y Pétion subieron inmediatamente á la berlina del rey para participar de sus peligros y escudarle con sus cuerpos, pero aunque lograron libertarle de la muerte, no pudieron impedir que fuese insultado continuamente. Todas las personas en quien se suponía aun un resto de respeto ó de adhesion al monarca eran bajamente ultrajadas.

Un eclesiástico quiso acercarse al coche, y notando el pueblo en su semblante algunas señales de respeto y de dolor, se apoderó de él, le derribó á los pies de los carruages, é iba ya á sacrificarle á los ojos de la reina, cuando Barnave tomó la resolucion sublime de sacar casi todo el cuerpo por la portezuela, y dirigiéndose á aquellas gentes les dijo: «Franceses, ¿quereis convertirlos en un pueblo de asesinos, cuando hasta aqui se ha llamado

gían terminase su existencia, y con ella el martirio que interiormente sufría.

XXVI.

Retrocedían entre tanto los coches del rey, por el camino de Chalons, con toda la velocidad que era posible á los guardias nacionales, que se relevaban á menudo, por cuya razon podían andar mas de prisa. Pueblos enteros acudían á las orillas del camino, por ver á aquel rey cautivo, conducido en triunfo por el pueblo, que se había creído vendido por él. Las picas y las bayonetas de los guardias nacionales apenas podían abrirse paso á través de aquel gentío inmenso que se renovaba sin cesar, pero era mayor cada vez. Los gritos, las amenazas, las risotadas y los insultos, se sucedían sin interrupcion y el clamoreo del pueblo y sus vociferaciones eran tan continuadas como el movimiento de las ruedas del coche. Este viage fué para Luis XVI y su familia un calvario de sesenta leguas, en las que cada paso fué un suplicio. Solo un caballero anciano llamado Mr. de Dompierre acostumbrado al culto respetuoso que á los reyes se había tributado hasta entonces, quiso aproximarse al coche á manifestar á sus señores la compasion que su desgracia le infundía; pero fué asesinado al lado de las ruedas del carruaje y la familia real tuvo que pasar por aquel ensangrentado cadáver. La fidelidad era el único delito imperdonable para aquella turba de péccitos. El rey y la reina que habían hecho ya interiormente el sacrificio de sus vidas, llamaron á sí todo el valor y toda la dignidad que debía acompañarles en tan cruel trance. El valor pasivo era la virtud de Luis XVI, y parecía que el cielo, que le había destinado al martirio, le había dotado desde su nacimiento de cierta resigna-

cion heroica para ver la muerte sin sobresalto. La sangre fría de la reina unida á su orgullo, y al odio que la inspiraba aquel pueblo desenfrenado, la hacían corresponder con desprecio á los insultos que por todas partes la dirigían. Madama Isabel imploraba en voz baja el socorro de lo alto y los dos niños admiraban la ira de aquel pueblo que se les había enseñado á amar y en el que no veían sino furias mas bien que hombres. La augusta familia no hubiese entrado viva en Paris, si los comisionados de la Asamblea, cuya presencia imponía águn tanto al pueblo, no hubiesen llegado á tiempo de intimidar y apagar aquella sedicion, en cuanto les fué posible hacerlo.

Los comisionados encontraron los carruages del rey entre Dormans y Epernay, y allí leyeron al rey y al público las órdenes de la Asamblea, por las cuales se les confería el mando en jefe de las tropas y de los guardias nacionales en toda la línea, al mismo tiempo que se les encargaba que atendiesen muy particularmente, no solo á la seguridad de S. M., sino tambien á que se le guardase el respeto debido á su persona. Barnave y Pétion subieron inmediatamente á la berlina del rey para participar de sus peligros y escudarle con sus cuerpos, pero aunque lograron libertarle de la muerte, no pudieron impedir que fuese insultado continuamente. Todas las personas en quien se suponía aun un resto de respeto ó de adhesion al monarca eran bajamente ultrajadas.

Un eclesiástico quiso acercarse al coche, y notando el pueblo en su semblante algunas señales de respeto y de dolor, se apoderó de él, le derribó á los pies de los carruages, é iba ya á sacrificarle á los ojos de la reina, cuando Barnave tomó la resolucion sublime de sacar casi todo el cuerpo por la portezuela, y dirigiéndose á aquellas gentes les dijo: «Franceses, ¿quereis convertirlos en un pueblo de asesinos, cuando hasta aqui se ha llamado

nuestra nacion la de los valientes?» Admirada madama Isabel del valor de Barnave y temerosa de que cayese por la portezuela y fuese asesinado allí mismo, le agarró por los faldones de la casaca, mientras dirigia estas palabras á aquellos hombres furiosos. Desde este momento, tanto la princesa como el rey y la reina, concibieron una gran estimacion hacia Barnave, y á la vista de un corazón generoso en medio de tantos otros pervertidos y crueles, se entabló cierta correspondencia secreta entre sus almas y la del joven diputado. No conocian las personas reales á éste sino por la fama que de faccioso tenia, y quedaron atónitas al encontrar un protector respetuoso en el mismo hombre en quien no habian visto hasta entonces sino un enemigo insolente. La fisonomía de Barnave era un tanto severa, aunque graciosa y franca. Sus maneras eran elegantes y su lenguaje decoroso y decente, cubriendo todo esto en aquel momento cierta tristeza sombría al considerar el lamentable estado de abatimiento en que se veían tanta belleza y tanta grandeza. El rey en los momentos de calma y de silencio le dirigía la palabra y hablaba con él de los acontecimientos que se estaban verificando á su vista. Barnave respondia como hombre adicto á la libertad, pero que fiel al trono jamás separaba en sus planes de regeneracion la causa de la nacion de la de la monarquía. Lleno de consideraciones hacia la reina, hacia madama Isabel, y hacia los augustos niños, ponía el mayor esmero en ocultarles, en cuanto le era posible, los peligros y las humillaciones del camino. Contenido sin duda por la presencia de Petion, sino confesó en alta voz hallarse vencido por la compasion y por la admiracion respetuosa que le inspiraban las personas reales, al menos se traslucian estos sentimientos en todos sus actos, y puede decirse que se estableció cierta inteligencia entre él y los ilustres cautivos, aunque no pudo conocerse esteriormente sino por las miradas significativas que mutuamente se dirigian. Pronto

conoció la familia real que habia conquistado á Barnave cuando todos la abandonaban por otra parte, y la conducta que observó este diputado en lo sucesivo confirmó la idea que de él se habia concebido. Audaz contra el poder, quedó desarmado ante las gracias, la debilidad y el infortunio. Esta fué la causa de su muerte, pero hizo grata su memoria. Hasta entonces habia sido elocuente; en lo sucesivo, mostró que tambien era sensible. Petion por el contrario, permanecia frio como un sectario, y afectaba delante de la familia real una brusca familiaridad. Cuando comia en el coche, arrojaba las mandaduras de la fruta por delante del rey, aunque estaba lejos de la portezuela, y cuando madama Isabel le servia de beber, levantaba el vaso, sin darle gracias, para denotar que tenia ya bastante. Habiéndole preguntado Luis XVI, si estaba por la república ó por el sistema de las dos Cámaras, le respondió: «Estaria desde luego por la república, si creyese que mi país estaba bastante maduro para adoptar esta forma de gobierno.» Ofendido el rey no le contestó ni volvió á dirigirle la palabra hasta Paris.

Los comisionados habian escrito desde Dormans á la Asamblea el itinerario que llevaban, y el dia y hora en que debian llegar. Cuanto mas se aproximaban á Paris, mayor era el peligro, y la Asamblea tuvo que desplegar mucha energía y usar de gran prudencia, para asegurar la inviolabilidad de la persona del rey. Hasta el pueblo, volvió á recobrar el sentimiento de su dignidad, ante aquella gran satisfaccion que le ofrecia la fortuna, y no quiso deshonrar su triunfo. Por todas partes se veían pasquines con estas palabras: *El que victoree al rey será apaleado, al que le insulte se le ahorcará.* El rey dormió en Meaux la noche antes de llegar á Paris, y los comisionados pidieron á la Asamblea, que estuviese en sesion permanente para atender al remedio de los lances imprevistos que pudiesen acaecer al entrar en Paris. La Asamblea lo hizo. El héroe de aquel dia fué Drouet, el hijo del

maestro de postas de Saint-Menehould, verdadero autor del arresto del rey. Compareció este jóven en la Asamblea y habló en estos términos. «Soy un antiguo dragon del regimiento de Condé, y Guillermo, mi camarada, servía en los dragones de la Reina. El 21 de junio, á las siete y media de la tarde, llegaron á mi casa dos carruages y allí mudaron los tiros. Entre los que iban dentro, conocí al rey y á la reina, pero temeroso de engañarme, resolví marchar á Varennes por un atajo, para llegar allí antes que los coches. Llegué en efecto á las once de la noche, hora en que todo el mundo dormía. La noche estaba muy oscura y los coches se habian parado por haberse armado una disputa entre los conductores y los postillones, que no querian pasar de allí. Entonces me dirigí á mi amigo, y le dije.—Guillermo ¿eres buen patriota?—¿Puedes dudarle?—me respondió éste: Pues bien, el rey está aquí y es preciso detenerle. Entonces atravesamos en el puente una carreta que allí habia cargada de muebles, y buscamos otros ocho compañeros de confianza, nos escondimos detrás de aquella especie de parapeto, y al llegar los coches salimos de repente, intimando á los viajeros que nos enseñasen los pasaportes. Vamos muy de prisa señores dijo la reina. Nosotros insistimos todavía mas, y haciendo apaar á los viajeros, los condujimos á casa del sindico procurador. Entonces Luis XVI nos dijo espontáneamente: «Yo soy vuestro rey y esta señora y estos niños, son mi esposa y mis hijos: tratadnos con todas las consideraciones que los franceses han guardado siempre á sus soberanos.» Al oír esto, acudieron los guardias nacionales, los húsares se pasaron á nuestro partido, y nosotros despues de haber cumplido con nuestro deber, nos retiramos á nuestras casas, enmedio de los aplausos y felicitaciones de nuestros conciudadanos. Hoy comparecemos ante la Asamblea nacional á ofrecerla nuestros servicios.» Largos y repetidos aplausos siguieron á este no muy elocuente discurso.

La Asamblea decretó que en cuanto llegase Luis XVI á las Tullerías, se estableciese una guardia, bajo las inmediatas órdenes de Mr. de La Fayette, que respondiese de la persona del rey. Malouet fué el único que protestó contra esta detencion forzosa, que atacaba á la vez la inviolabilidad del rey y á la Constitucion, supuesto que el poder legislativo y el ejecutivo no son mas que uno mismo. Alejandro Lameth rebatió la proposicion de Malouet y declaró, que la Asamblea se habia visto obligada á tomar, y debia conservar, hasta que se terminase la Constitucion, una dictadura adquirida en fuerza de los acontecimientos; pero que siendo la monarquía una forma necesaria á la centralizacion de las fuerzas de un pueblo tan grande, la Asamblea despues que estuviese bien marcada la division de ambos poderes, volveria á aceptar las condiciones de la monarquía.

XXVII.

En este momento entraba en Paris Luis XVI.

Eran las siete y media de la tarde del 25 de junio. Desde Meaux hasta los arrabales, el gentío se habia ido aumentando progresivamente con todos los habitantes de las inmediaciones de Paris, en cuyos rostros estaban pintadas las diferentes pasiones de que estaban poseidos sus corazones. Sin embargo, no se oía un insulto, y si alguno se profería era á media voz. Un millon de miradas pronunciaban sentencia de muerte contra los que iban en los coches, pero nadie desplegaba los labios.

Esta sangre fria no escapó á la penetracion del rey. El dia era muy caloroso, y un sol ardiente reverberado por las bayonetas, abrasaba aquella berlina en que iban amontonadas ocho personas. La nube de polvo que levantaba medio millon de espectadores, era lo único que

ocultaba de cuando en cuando la humillacion del rey y de la reina, que se sofocaban en aquel estrecho recinto. Por la frente de los niños corría un copioso sudor, y casi les faltaba ya la respiracion. Alarmada la reina, al ver el estado de sus hijos, bajó precipitadamente uno de los vidrios, y tratando de enternecer á la multitud, la dirigió la palabra diciendo: «¡Ved, señores, en que estado tan lamentable están mis pobres niños! ¡nos ahogamos aqui dentro!—Ya te ahogaremos de otro modo» la respondieron á media voz aquellos hombres feroces. De cuando en cuando, forzaba la multitud la doble fila de soldados que habia en todo el tránsito, y alguno de aquellos hombres implacables se subía á los estribos del coche para contemplar en silencio, y gozarse en el martirio que sufrían todas las personas reales. Las cargas de la gendarmeria restablecian el orden momentáneamente, y la comitiva seguía su curso en medio del ruido de las armas, y de los gritos de los que eran arrojados al suelo por los caballos. La Fayette, que temía que se cometiese un gran atentado en las calles de Paris, previno al general Dumas que mandaba la escolta, que no atravesase la ciudad, y mandó formar las tropas á tres de fondo desde la barrera de la Estrella hasta las Tullerías. La guardia nacional y los suizos estaban tambien formados en batalla, pero no bajaban sus banderas para saludar á su amo. Ningun honor militar se hizo al gefe supremo del ejército.

XXVIII.

Los coches entraron en el jardin de las Tullerías por el puente levadizo. La Fayette habia salido á caballo con su estado mayor á recibirlos, é iba delante de todos. Una inmensa turba habia invadido el jardin y obstruía las puertas de palacio, de suerte que la escolta apenas podia abrirse paso. A todo el mundo se le obligaba á estar cu-

bierto, y únicamente Mr. de Guillermy, miembro de la Asamblea, se quitó el sombrero y se mantuvo con él en la mano, á pesar de los insultos que de todas partes le dirigían. Viendo que el pueblo iba á emplear la fuerza, para obligarle á imitar el insulto general, arrojó el sombrero lo mas lejos que pudo, de modo que hizo imposible que se le volviesen á traer.

Entonces la reina vió á Mr. de La Fayette, y temiendo que asesinasen á los fieles guardias de corps que iban en los pescantes, le llamó á gritos diciéndole: «Señor de La Fayette, salvad á los guardias de corps.»

La familia real bajó de la berlina al pie del terraplen, en donde Barnave y Petion se la entregaron á Mr. de La Fayette. Los guardias nacionales cojieron en brazos á los niños, y el vizconde de Noailles, miembro del lado izquierdo de la Asamblea, corrió á ofrecer el brazo á la reina. Indignada ésta, le rechazó, dirigiéndole una mirada en que se manifestaba su resentimiento, y dió el brazo á un diputado del lado derecho, que se hallaba allí. Tanto abatimiento no habia sido suficiente á dominar su orgullo, y toda la dignidad del imperio se hallaba reconcentrada en el corazon de una muger.

Los gritos prolongados de la multitud á la entrada del rey en las Tullerías anuncian á la Asamblea el triunfo que ha obtenido, y la sesion se interrumpe por espacio de media hora. Al poco rato, entró precipitadamente un diputado en el salon diciendo, que los tres guardias de corps estaban en poder del pueblo que queria despedazarlos. Al momento salieron veinte diputados para salvar á aquellos leales, y muy pronto volvieron á entrar, porque los sediciosos se habian contenido, en cuanto les vieron. Estos diputados, contaron al volver, que habian visto á Petion cubriendo con su cuerpo la portezuela de la berlina del rey. Al poco rato llegó Barnave y subió á la tribuna cubierto aun del polvo del camino. «Hemos desempeñado nuestra comision, (dijo) por el honor de la

Francia y de la Asamblea. Hemos mantenido la tranquilidad pública y salvado la persona del rey. Este, nos ha dicho, que jamás había sido su intención pasar las fronteras del reino (murmillos). Hemos marchado rápidamente hasta llegar á Meaux, para evitar que las tropas de Mr. de Bouillé viniesen en nuestro seguimiento, y tanto el ejército, como los guardias nacionales, todos han cumplido con su deber. El rey se halla en las Tullerías.»

Petion por adular á la opinion pública, dijo: «que era cierto que al bajar el rey del coche, había querido el pueblo apoderarse de los guardias de corps, y que á él mismo le habían agarrado del cuello de la casaca, para arrancarle de la portezuela del coche; pero que este movimiento popular era legal en cuanto á la intención, porque lo único que quería el pueblo era asegurarse del cumplimiento de la ley, que disponia el arresto de todos los cómplices.» En seguida se mandó proceder á la averiguacion del hecho de la fuga del rey, por el tribunal del distrito de las Tullerías, y que tres comisionados de la Asamblea, pasasen allí á recibir las declaraciones al rey y á la reina.

«¿Qué significa esa escepcion obsequiosa? (esclamó Robespierre). ¿Teméis degradar al trono, entregando al rey y á la reina á los tribunales ordinarios? Todo ciudadano, por elevada que sea su categoria, jamás queda degradado por sujetarse á lo que la ley prescribe.»

Buzot apoyó esta opinion. Dupont la combatió; pero el respeto pudo mas que el ultraje en aquella ocasion, y los comisionados que se nombraron para instruir el sumario, fueron Tronchet, D' André y Duport.

XXIX.

En cuanto el rey se vió solo en su cuarto, conoció toda la estension de su desgracia. La Fayette se le pre-

sentó entonces, ocultando bajo las formas exteriores de enternecimiento y de respeto, el mando que realmente ejercia sobre su soberano. «V. M. (le dijo) conoce mi adhesion á su persona; pero ya he dicho en otros tiempos, que si V. M. separaba su causa de la del pueblo, yo estaria siempre de parte de este.—Es cierto (le respondió el rey) veo que sois constante en vuestros principios, y os diré francamente, que hasta hace pocos dias había creido que eran muy pocos los que pensaban como vos; ahora me he desengañado de que vuestra opinion es la opinion general.—¿Tiene V. M. algunas órdenes que comunicarme?—Me parece (contestó el rey sonriéndose) que mas bien estoy yo á vuestras órdenes, que vos á las mías.»

La reina no pudo contenerse mas, y quiso obligar á Mr. de La Fayette á tomar las llaves de las maletas que habían quedado en el coche. El general se resistió, y la reina se las echó dentro del sombrero. «V. M. se tomará la molestia de volverlas á recoger, porque yo no he de tocarlas (dijo La Fayette).—Pues bien, (repuso la reina incomodada y volviéndolas á tomar) yo hallaré personas menos delicadas que vos.»

El rey se entró en su gabinete, escribió algunas cartas y se las entregó á un criado que fué á presentárselas á La Fayette. El general se manifestó resentido de que se le atribuyese una inspeccion tan odiosa en los actos particulares del rey, porque quería que aquel cautiverio conservase en lo exterior todas las apariencias de libertad.

El servicio de palacio se hacia como de costumbre, pero La Fayette era el que daba el santo sin recibirlo antes de S. M. Las verjas de los patios y de los jardines estaban siempre cerradas y la familia real presentaba diariamente á La Fayette la lista de las personas que quería recibir. En todas las salas, así como en los pasillos que había que atravesar para ir desde el cuarto del rey al

de la reina, había centinelas, y las puertas de ambas habitaciones debían estar siempre abiertas, sin que ni el mismo lecho de la reina estuviese libre de la inspección de aquellos hombres, que no respetaban ni aun el pudor de una mujer.

Gestos, miradas y palabras, todo era espiado, de todo se daba parte, y no tenían libertad ni aun para hablar. Un oficial estaba de guardia por espacio de veinte y cuatro horas en el fondo de un corredor que daba al cuarto de la reina, iluminado con solo un farol, cual si fuese un calabozo. Este puesto, temido por todos los oficiales de servicio, era solicitado sin embargo por algunos de ellos, que bajo las apariencias de un gran celo patriótico procuraban entrar en él para poder ser útiles á sus soberanos. Saint Prix, famoso actor del Teatro francés, lo ocupaba muy amenudo, y de este modo podía favorecer ciertas entrevistas rápidas entre el rey y su familia.

Por la noche una de las damas de la reina, se acostaba en un catre delante del de su ama, para ocultarla con su cuerpo á las miradas de los centinelas.

Una noche el comandante del batallón que estaba de vigilante entre las dos puertas, viendo que la dama dormía y que la reina estaba despierta, se atrevió á acercarse al lecho de su soberana para darla en voz baja algunos consejos saludables y hacerla ciertos advertencias sobre su situación. La dama se despertó asustada al ver un hombre al lado de la cama de la reina y ya iba á gritar, cuando María Antonieta la impuso silencio diciéndola: «Tranquilízate, este hombre es un buen francés, engañado con respecto á las intenciones del rey y las mías, pero cuyas palabras anuncian una sincera adhesión á sus señores.» De estos medios se servía la providencia para dar algún consuelo á las víctimas. El rey tan resignado ó impasible hasta entonces, se abatió un momento no pudiendo soportar tanta humillación, y re-

concentrado en sí mismo estuvo diez días sin hablar una palabra con su familia. Parecía que la última lucha que había sostenido con su desgracia había agotado sus fuerzas, y que sintiéndose vencido deseaba morir cuanto antes. La reina consiguió romper aquel obstinado silencio echándose á sus pies y presentándole á sus hijos. «Guardemos, le dijo, todas nuestras fuerzas para luchar obstinadamente contra la suerte, y aun cuando nuestra pérdida fuese inevitable, aun queda á nuestro arbitrio elegir la actitud en que debemos perecer. Muramos como reyes, y no esperemos, sin oponer resistencia, á que vengan á ahogarnos en nuestros mismos cuartos.» La reina tenía un corazón de héroe y Luis XVI el alma de un sábio, pero les faltaba á los dos el genio que combina la sabiduría con el valor. La reina sabía combatir y el rey sabía someterse: ninguno de los dos sabía reinar.

XXX.

Tales fueron los resultados de esta famosa evasión que á haber salido bien hubiese cambiado todas las fases de la revolución. En lugar de tener esta en un rey prisionero en su mismo palacio, un instrumento y una víctima, hubiese tenido un enemigo ó un regulador, y lo que fué anarquía hubiese sido guerra civil. En vez de mancharse con asesinatos, hubiese obtenido victorias, y caso de haber triunfado hubiera sido noblemente y con las armas; pero nunca vertiendo la sangre á torrentes en la guillotina.

Jamás ha dependido la suerte de los hombres y de las ideas de una casualidad como entonces, y aun esta casualidad no lo era, si bien se repara.

Drouet fué el instrumento de la pérdida del rey, y aquel hombre oscuro, hijo de un maestro de postas, que

por no saber qué hacer estaba de pie á la puerta de su casa, fué el que decidió la suerte de una respetable monarquía. Sin aconsejarse con nadie, se dirigió á Varennes diciendo entre sí, «yo prenderé al rey,» pero Drouet no hubiese tenido tanta decision, á no hallarse personificadas en él en aquel momento, si nos es lícito decirlo así, toda la agitacion y todas las sospechas de un pueblo. Un fanatismo patriótico le impele con irresistible fuerza hácia Varennes y le hace sacrificar á una familia entera de desgraciados fugitivos, creyendo esta accion heroica y que con ella salvará la nacion. De nadie habia recibido inspiraciones, así cargó él solo con toda la responsabilidad de aquel acto y de su inmediata consecuencia, que fué la muerte del rey. La adhesion de aquel jóven á su pais, fué cruel. El silencio y la compasion, no hubiesen atraido tantas calamidades sobre la Francia.

En cuanto al rey, cometió al menos una falta en fugarse, porque ó era demasiado pronto para hacerlo ó demasiado tarde. Era pronto, porque la Asamblea nacional no habia concluido aun la Constitucion; el gobierno no estaba aun tan desacreditado que su impotencia fuese palpable; ni las vidas del rey y de su familia se hallaban tan comprometidas, que tuviese que tratar el rey de atender á su seguridad como hombre, prescindiendo de sus deberes como monarca. Era tarde, porque el rey habia sancionado ya demasiado la revolucion, para volverla bruscamente las espaldas, y porque al dar este paso parecia hacerla traicion y desmentirse á sí mismo. Si Luis XVI hubiese salido bien en su intentona, hubiese tenido que valerse de tropas estrangeras; una vez frustrada, no le quedaba otra alternativa que la de morir peleando en defensa de su persona y familia, ó volver preso á su mismo palacio. Esta evasion era funesta para él, mirese del modo que se quiera, porque, ó era el camino del oprobio ó el del cadalso. No hay mas que un

medio para desprenderse del trono cuando no se quiere morir en él: este medio es la abdicacion. El rey debió abdicar al volver de Varennes, y la revolucion hubiese adoptado á su hijo y le hubiese criado á su imagen.

El rey no abdicó, y con esto solo, consintió en recibir el perdon de su pueblo. Juró cumplir una Constitucion de que habia huido y desde aquel momento fué un rey amnistiado. La Europa no vió en él sino un desertor de su puesto, conducido á él de nuevo por la fuerza, el pueblo un traidor, y la revolucion un juguete.

esperimentó la Francia uno de esos arrepentimientos que salvan las naciones. Lo que la faltó fué un hombre de Estado.

Nunca había ofrecido la Asamblea nacional un aspecto mas digno é imponente, que en los cinco dias que siguieron al de la fuga del rey. Parecía que conociendo todo el peso que sobre ella gravitaba, no pensaba en otra cosa que en llevarlo con dignidad. Aceptó el poder sin tener la pretension de usurparlo por mas tiempo que el que conviniese á la dignidad del Estado. Cubrió con una ficcion respetuosa la desercion del rey, llamó raptó á lo que era realmente una fuga, y tratando de buscar cómplices alrededor del trono, no vió en él sino su inviolabilidad. El hombre desapareció enteramente, para no ver en Luis XVI sino al gefe irresponsable de la nacion. Estos tres meses pueden considerarse como un interregno, durante el cual el buen sentido público fué la sola Constitucion del Estado. Ya no había rey, puesto que estaba prisionero y que se le había despojado de la sancion; tampoco había ley, porque la Constitucion no estaba terminada, y mucho menos ministros, toda vez que el poder ejecutivo estaba suspenso: sin embargo, el imperio se mantiene en pie, obra, se organiza, y atiende á su defensa y conservacion. Por un prodigio todavía mayor, se modera. Tiene en reserva en el fondo de un palacio la rueda principal de la Constitucion; el trono: el dia en que ha completado su obra, coloca de nuevo al rey en el solio, y le dice: ¡Ya estas libre, reina!

II.

Solo una cosa deshonra aquel magestuoso interregno de la nacion, y es el cautiverio momentáneo del rey y de su familia. Preciso es reconocer sin embargo, que la

LIBRO TERCERO.

Actitud de la Asamblea nacional.—Barnave se pasa al partido monárquico con Duport y los Lameth.—El lado derecho resuelve no mezclarse en nada en la Asamblea.—Discútese en la misma la evasión del rey.—La inviolabilidad de este es reconocida.—Los clubs y la prensa precipitan la marcha de la revolucion.—Hombres influyentes del periodismo: Loustalot, Camilo Desmoulins, Marat, Brissot.—Empieza el pueblo á pedir la abolicion del trono y el establecimiento de la república.—Petición del Campo de Marte.—La Fayette y Bailly rechazan á los facciosos á viva fuerza.—Debilidad de la Asamblea.—Retratos de Condoreet, de Danton y de Brissot.

I.

Nótanse en los pueblos, como en los individuos, ciertos instintos conservadores que les hacen detenerse aun en medio de la exaltacion febril de las pasiones, y retroceder á la vista del abismo á donde poco antes se enencaminaban. Esta intermitencia de las pasiones humanas es corta y fugaz, pero da tiempo á que se verifiquen los sucesos y proporciona ocasiones á los hombres de Estado. Estos saben aprovechar aquel momento, para apoderarse del espíritu vacilante de los pueblos, con lo que consiguen hacerles retroceder cuando se han lanzado mas allá de lo justo. La mañana del 26 de junio de 1791,

nacion tenia derecho para decir á su gefe: si quieres reinar sobre nosotros, no saldrás del reino, ni irás á llevar el cetro de Francia en medio de nuestros enemigos. En cuanto á las formas de la detencion del rey en las Tuilerías, tambien es forzoso convenir en que la Asamblea nacional no las habia prescrito, y en que se habia levantado indignada al oír pronunciar la palabra *prision*, porque ella no habia tratado de ejercer sobre el rey sino una vigilancia saludable y aun necesaria en aquellas circunstancias. La odiosidad de esta vigilancia, debe recaer sobre la guardia nacional y sobre el gefe superior de ella; jamás debe atribuirse á irreverencia por parte de la Asamblea. La Fayette al guardar la persona del rey guardaba una dinastía, su propia cabeza y la Constitución, teniendo á la vez en el rey un rehén de la república y del trono. Como gobernador de palacio intimidaba á los realistas con tener al rey en su poder, é intimidaba igualmente á los republicanos.

Luis XVI era su áncora de salvacion. Barnave y los Lameth guardaban en la Asamblea nacional la misma actitud que La Fayette fuera de ella. Necesitaban un rey para defenderse de sus enemigos, así como habian necesitado una república cuando existia un rival peligroso (Mirabeau) entre ellos y el trono. Muerto Mirabeau, y conmovido violentamente el solio, conocian aquellos hombres su impotencia contra el movimiento que ellos mismos habian impulsado, y sostenian aquellos restos de monarquía para hallar quien les sostuviese cuando tuviesen necesidad de apoyo. Fundadores de los jacobinos temblaban ante su obra, y querian guarecerse en una Constitución desvirtuada por ellos mismos, pasando del papel de destructores al de hombres de Estado. Para el buen desempeño del primero, basta la violencia; para saber representar el segundo se necesita talento. Esta era la única prenda que adoraba á Barnave que tambien tenia un alma generosa y grande.

Los primeros escesos de su palabra en la tribuna debían achacarse al deseo que tuvo de saborear los aplausos del pueblo. Los que éste le prodigó fueron muy superiores á los que hubiera debido obtener por su mérito. Desde ahora en adelante ya no tenia que habérselas con Mirabeau, sino con la revolución que se hallaba en toda su fuerza, y la envidia le derribaba del pedestal en que anteriormente le habia colocado para que compareciese tal como realmente era en sí.

III.

Otro sentimiento mas noble que el interés de su seguridad personal impelió á Barnave á adherirse al partido monárquico. Su corazón se habia interesado ya en favor de la debilidad y de la heldad desgraciada, y nada es mas peligroso para un hombre sensible que el entrar en trato con las personas á quienes ha combatido. La sensibilidad desarma la inteligencia y la ternura ocupa el puesto que debia ocupar el raciocinio; los sentimientos del hombre conmovido, llegan á ser muy en breve su única política.

Esto es lo que pasó en el alma de Barnave en el viage de Varennes á Paris. El interés que le habia inspirado la reina, habia convertido al jóven republicano en partidario de aquella princesa á quien no habia conocido hasta entonces sino bajo el odioso colorido que saben dar los partidos á las personas que aborrecen. Al acercarse á la reina habian desaparecido todas las prevenciones que contra ella tenia y adoraba de cerca lo que de lejos habia calumniado. En el papel que la casualidad le hacia representar en el destino de aquella muger, habia cierta cosa inesperada y romántica á la par, capaz de deslumbrar su orgullosa imaginacion y de

enternecer su corazón sensible. Joven, oscuro y desconocido pocos meses antes, era en el día hombre célebre y popular, colocado por una Asamblea soberana entre el pueblo y el rey, lo que en cierto modo le constituía en protector oficial de los mismos de quienes antes era enemigo declarado.

Las reales manos de Luis XVI estrechaban las suyas plebeyas en actitud suplicante, y la superioridad que tenían los Borbones sobre él, por la sangre ilustre que por sus venas corría, estaba compensada con la que le daban al hombre del pueblo el talento y su elocuencia. Cubría con su cuerpo para salvarles la vida á los que habían sido sus señores, y hasta su adhesión hacía ellos, era un triunfo, porque la reina era la que la motivaba. Esta reina joven, bella, y magestuosa aunque humanizada por el terror que sentía por la suerte de su marido y de sus hijos imploraba llorosa con sus miradas la salvación de aquellos objetos queridos, dirigiéndose á Barnave, primer orador de aquella Asamblea, que tenía en suspenso la suerte de la monarquía. Barnave era el favorito de aquel pueblo cuyo furor contenía con un simple ademán ó con una mirada en aquel largo camino, que se había pasado entre el trono y la muerte.

La reina ponía á su hijo sobre las rodillas de Barnave en aquellos momentos de agonía y los dedos de éste jugaban con los rubios y sedosos cabellos del augusto niño. El rey, la reina, y madama Isabel, habían conocido perfectamente cuán distinto era Barnave del inflexible y amanerado Petion. Varias veces le habían hablado en el camino de lo crítico de su posición, y se habían quejado de que les hubiesen engañado hasta entonces sobre el estado de la opinión pública en Francia. Adivinábanse en sus palabras una especie de arrepentimiento y de tendencias constitucionales, y estas conversaciones, cuyo curso no era dado proseguir con libertad durante el viaje, ya por la presencia de los otros comisionados, ya

por las miradas feroces del pueblo, se entablaron de nuevo furtivamente y con mas intimidad en las horas de la noche, destinadas al descanso de la familia real, en los pueblos del tránsito. Allí convinieron en entablar una misteriosa correspondencia política y en verse en secreto en las Tullerías, de modo que Barnave que había salido de París republicano decidido, volvía á él convertido en acérrimo realista. La conferencia política que tuvo Mirabeau con la reina en medio de la oscuridad y en el silencio de la noche en Saint-Cloud fué ambicionada por su rival. Necesario es hacer una gran diferencia entre estos dos hombres. El primero se vendió, y Barnave se entregó generosamente. Con cartuchos de oro se compró al gran genio; una sola mirada fué suficiente para seducir al hombre de corazón.

IV.

Barnave halló á sus amigos Duport y los Lameth en las disposiciones mas favorables respecto á la monarquía; pero por otros motivos muy distintos de los que en él obraban. Este triunvirato se entendía con las Tullerías, en donde los Lameth y Duport vieron varias veces al rey. Barnave, que en los primeros días no se atrevía á ir á palacio, fué despues á él secretamente aunque cubriendo estas entrevistas con las mas esquisitas precauciones. Algunas veces pasaban el rey y la reina horas enteras esperando al joven orador, en un gabinetito del piso bajo de palacio con la mano puesta en el picaporte de la puerta para abrirle sin ser sentidos en cuanto oyesen el ruido de sus pasos. Cuando era enteramente imposible que estas entrevistas se verificasen, Barnave escribía á la reina. Este hombre contaba mucho con la influencia de su partido en la Asamblea, porque gradua-

ba la potencia de las opiniones, por el talento de los que estaban encargados de espresarlas. La reina dudaba del buen éxito de su empresa, pero Barnave la animaba con sus cartas. «Tranquilizaos, señora, (decía en ellas) cierto es, que nuestra bandera está hecha trizas, pero aun se lee en ella la palabra *Constitucion*. Esta palabra volverá á recobrar su fuerza y su prestigio, si el rey se une sinceramenté á ella, y los amigos de la *Constitucion*, convencidos y desengañados, de sus errores, aun pueden alianzarla y devolverla su primitivo esplendor. Los jacobinos horrorizan con sus tendencias y los emigrados amenazan la nacionalidad. No temais á los primeros, ni confieis en los segundos. Lanzaos, francamente en brazos del partido verdaderamente nacional, que todavia existe. ¿No subió Enrique IV al trono de una nacion católica, á pesar de hallarse á la cabeza del partido protestante?»

La reina seguia de buena fé estos tardios consejos y consultaba con Barnave todos los pasos que daba, así como todas las correspondencias con los países estrangeros.

Nada queria hacer ni decir aquella señora, que pudiese contrariar los planes concebidos por Barnave para la restauracion del poder real. «Un sentimiento de legítimo orgullo, (decía la reina hablando de él) sentimiento, que no puedo vituperar en un joven de talento, que ha nacido en la oscuridad, le hace desear una revolucion que le abra el camino de la gloria y del poder. Su corazon, sin embargo, es leal, y si recuperamos alguna vez nuestro antiguo poder, el perdon de Barnave se halla ya escrito de antemano en nuestros corazones.» Madama Isabel pensaba del mismo modo con respecto á aquel hombre. Estas tres personas que siempre habian sido vencidas, habian concluido por creer, que no habia fuerza para volver á ensalzar la monarquía sino en los mismos hombres que le habian derribado. Esta supersti-

cion era la de la fatalidad, porque casi les inclinaba á adorar aquel poder revolucionario, que no habian podido domar.

V.

Los primeros actos del rey se resintieron mucho de estas inspiraciones de los Lameth y de Barnave y fueron muy perjudiciales á su dignidad. La respuesta que dió á los comisionados de la Asamblea, encargados de interrogarle sobre el suceso del 21 de junio, era por su mala fé, mas á propósito para escitar la risa que para inclinar á la indulgencia á sus enemigos. «Introducidos en el cuarto del rey y habiéndonos quedado solos con él, (dicen los comisionados) ha prestado la declaracion siguiente: los motivos de mi fuga son los insultos que he recibido el 18 de abril al querer trasladarme á Saint-Cloud. Como estos insultos quedaron impunes, creí que no era decente permanecer en Paris, en donde ya no podia haber seguridad para mí. No pudiendo marchar públicamente, resolví hacerlo de noche y sin ningun acompañamiento; pero jamás fué mi intencion estrañarme del reino. No he estado de inteligencia para hacerlo, ni con las potencias estrangeras, ni con los principes emigrados de mi familia. Mi residencia iba á ser en Montmedy, donde estaban ya dispuestas las habitaciones que debia ocupar, y si escogí aquella plaza fronteriza para retirarme, fué porque desde allí podia oponerme mejor á toda especie de invasion. En mi viage he tenido ocasion de conocer, que la opinion pública estaba en favor de la *Constitucion*, y en el momento he conocido la voluntad general de la nacion; no he vacilado, como no he vacilado nunca en hacer el sacrificio de lo que me es personal, por la felicidad pública.» La reina, dió su declaracion en estos términos: «Habiendo conocido, que el rey estaba decidido

á partir, acompañado de sus hijos, declaró: que nada en este mundo hubiese sido capaz de impedir, que yo le siguiese. Bastantes pruebas tengo dadas en estos dos últimos años de que jamás le abandonaré.»

No contenta la opinion pública con haberse entremetido á averiguar las circunstancias de la fuga del rey, quiso mezclarse en negocios puramente del dominio paternal, y que la Asamblea nombrase un ayo para el delin. El escrutinio general verificado con este objeto, dió noventa hombres, todos oscuros, que solo sirvieron á escitar la hilaridad general. Aborrióse entonces este insulto al padre y al rey. El ayo nombrado mas tarde por Luis XVI, fué Mr. de Fleurieu; pero no llegó á desempeñar sus funciones. El desgraciado niño estaba destinado, aunque heredero de un grande imperio, á no tener mas ayo que un carcelero.

El marqués de Bouillé, dirigió á la Asamblea desde Luxemburgo un escrito amenazador, con el objeto de apartar del rey la ira del pueblo cargando sobre si toda la responsabilidad de su fuga, como que habia sido efecto de una inspiracion suya. «Si cae un solo cabello de la cabeza de Luis XVI (decía), no dejaré en Paris piedra sobre piedra. Conozco bien los caminos y me pondré á la cabeza de los ejércitos extranjeros....» Una risa general fué la única contestacion á estas fanfarronadas. La Asamblea sabia lo suficiente para no necesitar aconsejarse con Mr. de Bouillé y por otra parte tenia mucha fuerza para que la hiziesen mella las amenazas de un proscrito. Mr. de Cazalés habia dado su dimision para ir á combatir. Los miembros mas distinguidos del lado derecho, entre los cuales eran los mas célebres Maury, Mantlozier, el abate de Montesquieu, el abate de Pradt, Virieu, y otros varios hasta el número de doscientos noventa, adoptaron una resolucion funesta con la cual, precipitaron la caída del trono y perdieron al rey, so pretexto de un culto sagrado á la dignidad real. Esta resolucion fué la

de no mezclarse en adelante en ningun asunto queriendo dar á entender que protestaban contra la violacion de la libertad y de la autoridad real. En este sentido redactaron su protesta; pero la Asamblea se negó á oirla porque veía en ella una violacion de la mision de que aquellos hombres estaban encargados por sus conciudadanos.

Sin embargo, sus autores la imprimieron y la hicieron circular con profusion por todo el reino. Los términos de su redaccion eran los siguientes: «Los decretos de la Asamblea han absorbido todo el poder real. El sello del Estado se halla sobre la mesa de la Asamblea y la sancion del rey es nula; el nombre de S. M. ha desaparecido del juramento que se presta á la ley, y los comisionados van á llevar directamente las órdenes de las comisiones al ejército. El rey se halla cautivo y una república provisional ocupa el interregno. Lejos de nosotros la idea de ser partícipes de semejantes actos. Nunca consentiríamos ni aun en ser testigos de ellos, sinouviésemos el deber sagrado de velar por la persona del rey. No tratándose de esto, guardaremos el mas profundo silencio, y este silencio será la única espresion de nuestra constante oposicion á todos vuestros actos.»

Estas palabras eran la abdicacion de un partido en masa, porque todo partido que huye de tomar parte en los negocios públicos abdica y hasta cierto punto comete un crimen, faltando á la confianza que en él han depositado sus comitentes. Esta mal entendida fidelidad, obtuvo los aplausos de la nobleza y el clero, pero fué vituperada por los hombres políticos. Abandonando en su lucha contra los jacobinos á Barnave y á los demas monárquico-constitucionales, dió el triunfo á Robespierre, y robusteciendo con sus votos la proposion de éste, para que los miembros de la Asamblea nacional no fuesen elegibles en la Asamblea legislativa, produjo mas tarde la Convencion. Los realistas quitaron de este modo las pesas que estaban en una de las balanzas y la otra al in-

clinarse hacia el lado del desorden se llevó tras sí la cabeza del rey y las suyas. Un partido no se desarma á sí mismo impunemente, ni puede calcular el daño que hace al país obrando de esta suerte.

VI.

Los jacobinos comprendieron perfectamente la falta que habian cometido los realistas, y se regocijaron de ella al ver que aquellos numerosos sostenes de la Constitucion monárquica, desertaban espontáneamente del combate. Desde aquel momento presintieron que podian atreverse á todo, y así lo hicieron; cuanta mas timidez y mas ternura se advertia en las sesiones de la Asamblea nacional, tanta mas osadia se notaba en las de los jacobinos. Las palabras *destitucion* y *república*, empezaron á oirse entonces por primera vez y aunque miradas en su principio como una blasfemia, no tardaron mucho tiempo en proferirse como un dogma. Los partidos no saben muchas veces lo que quieren, hasta que los resultados se lo van enseñando. Los hombres temerarios de todas las comuniones políticas, adelantan ciertas ideas sueltas que si son rechazadas por la mayoría, lo son tambien por los hombres hábiles del partido que las adoptan como suyas, si conocen que hay probabilidad de que sean acogidas por la mayor parte de sus individuos. En las guerras de opinion, hay sus reconocimientos cual los hay en una campaña al frente del enemigo. Los jacobinos eran los puestos avanzados de la revolucion, que sondeaban las resistencias del espíritu monárquico.

El club de los franciscanos envió á los jacobinos un proyecto de mensaje, en que se pedia á la Asamblea nacional la abolicion del trono. «*Hémos ya libres y sin rey como al día siguiente de la toma de la Bastilla decian los franciscanos: falta ahora saber si es conveniente que nombremos otro. Nuestra opinion es que la nacion debe*

hacerlo todo por sí misma ó por agentes amovibles á su eleccion. Pensamos tambien que cuanto mas importante sea un empleo, tanto mas justo es, que su duracion sea limitada. Creemos que el trono, y sobre todo siendo hereditario, es incompatible con la libertad. No se nos oculta que semejante proposicion va á encontrar un sin fin de opositores, ¿pero no los tuvo tambien la declaracion de los derechos del hombre? El rey ha abdicado de hecho al desertar de su puesto. Aprovechémonos de nuestro derecho y no desperdiciemos la ocasion que se nos ofrece: juremos que la Francia es una república.» Este proyecto se leyó en el club de los jacobinos en la noche del 22, y escitó la indignacion general. El 23 subió Danton á la tribuna y pidió la destitucion del rey y que se nombrase un consejo de regencia. «Vuestro rey, dijo, ó es imbecil ó criminal. Horrible espectáculo seria el que ofreceriamos al mundo, si pudiendo optar entre declarar á un rey criminal ó declararle imbecil, no prefiriésemos lo último.» El 27 Girey-Dupré, jóven escritor que luego se afilió en el partido de la Gironda, provocó la acusacion de Luis XVI con las siguientes palabras: «Podemos castigar á un rey perjuro, y pudiéndolo, debemos hacerlo.» Tal fué el testo de su discurso. Brissot entabló la cuestion del modo que la habia entablado Pétion en la sesion anterior. «*¿Un rey perjuro puede ser juzgado?*»

«¿Por qué hemos de dividirnos en denominaciones peligrosas (dijo Brissot) supuesto que todos estamos de acuerdo? ¿Qué quieren los que se declaran aqui contra los republicanos? Detestan las democracias tumultuosas de Atenas y de Roma, y temen la division de la Francia en confederaciones aisladas. Estos no quieren mas que la Constitucion representativa y tienen razon. ¿Qué es lo que quieren por su parte los llamados republicanos? Estos temen igualmente las democracias tumultuosas de Atenas y de Roma, y tambien tienen temor á las repú-

blicas federativas. No quieren sino una Constitucion representativa, y en esto estamos de acuerdo. ¿Debe juzgarse al gefe del poder ejecutivo cuando ha violado sus juramentos? He aqui lo que nos divide. La inviolabilidad no seria otra cosa que la impunidad de todos los crímenes, y un aliciente á todas las traiciones: el buen sentido exige que el castigo siga inmediatamente al delito. Yo no veo en un hombre inviolable que gobierna un pueblo sino un *Dios* y veinte y cinco millones de *brutos*. Si el rey hubiese entrado en Francia á la cabeza de los ejércitos estrangeros y hubiese asolado nuestras mas hermosas campiñas; si detenido en medio de su carrera hubiese caido en vuestro poder, ¿qué hubiérais hecho de él? ¿Hubiérais invocado entonces su inviolabilidad para absolverle?... Se trata de intimidaros con las potencias estrangeras, pero no las temais: la Europa es impotente contra un pueblo que quiere ser libre.

Muguer leyó en la Asamblea el parecer de las comisiones reunidas con respecto á la fuga del rey, declarando la inviolabilidad de Luis XVI y el haber lugar á la acusacion de sus cómplices.

Robespierre combatió la inviolabilidad, y quitando á sus palabras todo lo que podia indicar que eran hijas de un odio inveterado contra el rey, se esforzó en presentarlas bajo las apariencias de la dulzura y de la humanidad, «Yo no examinaré, dijo, si el rey ha huido voluntariamente ó si lo ha hecho en fuerza de los consejos de un ciudadano, que le ha llamado desde la inmediacion de la frontera; tampoco examinaré si esta fuga puede considerarse como una conspiracion contra la libertad pública: solo hablaré del rey como de un soberano imaginario, y de la inviolabilidad como de un principio. Las medidas que se os proponen no pueden servir mas que para deshonoraros, y si las adoptais pido que se me nombre abogado de todos los acusados. Quiero en ese caso ser el defensor de los tres guardias de corps, del

aya del delfin, y hasta del mismo Mr. de Bouillé. Segun los principios de vuestras comisiones no hay delito, y en donde no hay delito no hay cómplices. Señores, si perdonar á un culpable es una debilidad, sacrificar á un culpable porque es débil y perdonar al mismo tiempo á otro culpable porque es poderoso, es una bajeza. Es preciso ó declararlos criminales á todos, ó absolverlos sin ninguna escepcion.»

Gregoire sostuvo el partido de la acusacion, y Salles defendió el dictámen de las comisiones.

Barnave tomó entonces la palabra para apoyar la opinion de Salles. «La nacion francesa, dijo, acaba de experimentar una violenta sacudida; pero si hemos de creer en augurios, este último suceso, como todos los demas que le han precedido, no servirá sino á acelerar el término y á asegurar solidamente la revolucion que hemos hecho. Yo no hablaré estensamente de las ventajas del gobierno monárquico, puesto que vosotros mismos habeis manifestado estar convencidos de ellas al establecerlo en vuestro pais. Diré si que todo gobierno, para ser bueno, debe contener en sí las condiciones de su estabilidad, porque de otro modo, en lugar de ser una felicidad, no ofreceria otra cosa que la perspectiva de cambios sin cuento. Algunos hombres cuyas intenciones no quiero acusar, tratando de ofrecernos ejemplos en confirmacion de su doctrina, nos han hablado de un pueblo de América que ocupa un vasto territorio, que no está rodeado de vecinos poderosos, que tiene por límites las selvas, y cuyos hábitos no son otra cosa que los sentimientos de un pueblo nuevo, muy distintos á la verdad de esas pasiones ficticias que hacen las revoluciones de los Estados. Estos hombres han visto en aquel inmenso pais un gobierno republicano y han deducido de todo esto que otro gobierno semejante á aquel era el único que hoy en dia podria convenirnos. Los que así piensan son los mismos que combaten el principio de la inviolabilidad del

rey. Cierta es que nuestro país está ocupado por una población inmensa, y que hay en él una multitud de hombres dedicados exclusivamente á esas especulaciones de la inteligencia, que conducen á la ambición y al amor de la gloria; pero no es menos cierto que en torno nuestro hay una porción de vecinos poderosos que nos obligan á no formar sino una sola masa para resistirlos y que estas circunstancias, verdaderamente fatales y que no dependen de nosotros, solo pueden remediarse siendo nuestro gobierno un gobierno monárquico.

«Cuando un país es muy poblado y estenso, está probado en política que no hay mas que dos medios de darle una existencia sólida y permanente. O bien organizar separadamente todos los partidos, y poner al frente de cada seccion del imperio una parte del gobierno, fijando así la estabilidad á espensas de la unidad, de la fuerza y de las demas ventajas, que resultan de una asociación grande y homogénea, ó bien dejar subsistente la unidad nacional, en cuyo caso, es indispensable un poder inamovible, que no siendo renovado jamás por la ley, presente continuos obstáculos á la ambición y resista con ventajas las sacudidas, las rivalidades y las vibraciones rápidas de un pueblo inmenso, agitado por todas las pasiones de una sociedad antigua que se hallan en conmoción. Estas máximas deciden de nuestra situación. Nosotros no podemos ser estables sino por un gobierno federativo que nadie hasta ahora ha tenido la demencia de proponernos, ó por el gobierno monárquico que vosotros habeis establecido, es decir, volviendo á confiar las riendas del poder ejecutivo á una familia por derecho hereditario de sucesion. Vosotros habeis dejado al rey inviolable la función esclusiva de nombrar los agentes del poder, pero tambien habeis decretado la responsabilidad de estos agentes. Para que el rey sea independiente es preciso que sea inviolable; no nos separemos de esta regla y supuesto que la hemos seguido constantemente con res-

pecto á los individuos, sigámosla tambien con el monarca. Nuestros principios, la Constitución y la ley declaran, que aquel poder no ha caducado; por consiguiente la elección no puede ser dudosa entre nuestra adhesion á la Constitución, y nuestro resentimiento con un hombre. Ahora pregunto yo al que abrigue mas prevenciones contra el jefe del poder ejecutivo y al que mas resentido esté de él, si es mayor su indignación contra el rey que su adhesion á las leyes del país. Tambien podria decir á los que se espresan con tal furor contra el individuo que ha delinquido: ¿si estuviérais contentos de él, iriais á arrojáros á sus pies? (grandes aplausos). Los que quieren sacrificar así la Constitución, á sus resentimientos personales contra un hombre, me parece que no les costaria mucho sacrificar la libertad por entusiasmo por otro hombre, y puesto que segun dicen, que quieren la república, este es el momento de decirles tambien: ¿cómo quereis establecer la república en una nación semejante? ¿Cómo no temeis que esa volubilidad del pueblo que tanto odio manifiesta hoy á un hombre, no se convierta mañana en entusiasmo por otro hombre distinto? Este entusiasmo seria aun mas peligroso que el odio, porque bien sabeis que el carácter de la nación francesa es mas propio para amar que para aborrecer. Ya he dicho otras veces, que no temo ni á las potencias extranjeras, ni á los emigrados, y hoy no tengo reparo en decir, que temo mucho la continuacion de esta inquietud y de esta agitación, que no dejarán de combatirnos hasta que la revolucion se halle total y pacificamente terminada. Ningun mal puede venirnos del exterior, pero en lo interior se nos hace un daño gravísimo, cuando se nos inquieta con pensamientos funestos y cuando se crean á nuestro alrededor peligros quiméricos, que adquieren cierta consistencia en el ánimo del pueblo, y que dan un crédito inmerecido á esos hombres que le tienen continuamente en perpetua agitación. Se nos hace un gran mal

perpetuando ese movimiento revolucionario, que ha destruido cuanto habia que destruir y que nos ha conducido á un punto en el cual es preciso detenernos. La revolucion no puede dar un paso mas sin esponerse á graves peligros. En la linea de la libertad con avanzar un solo paso tendríamos la abolicion del trono, si lo diésemos en la linea de la igualdad, el atentar á la propiedad seria su inevitable resultado. Las revoluciones no se hacen con máximas metafísicas; necesitan victimas que ofrecer á la multitud estraviada. Ya es tiempo de terminar la revolucion, y esta debe detenerse en el momento en que la nacion ya es libre y en que todos los franceses son iguales. Si continúan los disturbios, la revolucion quedará deshonrada y nosotros con ella. Es de un interés general que la revolucion se detenga. Los que han perdido en ella, deben conocer que es imposible hacerla retroceder; los que la han llevado á cabo, no deben desconocer que ha llegado ya á su último término. Los mismos reyes, si es dable que la verdad penetre alguna vez hasta ellos, y si las preocupaciones en que han nacido y de que están rodeados continuamente, les dejan reflexionar en los sanos principios de una política grande y filosófica, no pueden menos de convenir, en que hay una gran distancia, entre la reforma de un gobierno monárquico y la abolicion de un trono.

«Tampoco puede ocultárseles, que si nos detenemos aquí, todavía son reyes!... si su conducta no se arregla á estas consideraciones, suya y no nuestra, será la culpa de cuanto pueda acontecer. ¡Regeneradores del imperio! seguid invariablemente por el camino verdadero y ya que hasta aquí habeis sido valientes y poderosos, sed hoy prudentes y moderados. Este será el término glorioso de la santa tarea que os habeis impuesto; y cuando os retireis á vuestros hogares, sino obteneis las bendiciones de todos al menos impondreis silencio á las calumnias.»

Este discurso, el mas bello de los de Barnave, contu-

vo por algunos dias las tentativas de los clubs de los Franciscanos y de los Jacobinos, en donde no se volvió á hablar en este corto periodo de destitucion ni de república. La inviolabilidad del rey quedó consagrada como un principio, y el proceso contra Mr. de Bouillé y sus coacusadosse remitió á la audiencia nacional de Orleans para que terminasen su instruccion.

VII.

En tanto que estos hombres, esclusivamente políticos midiendo los pasos de la revolucion querian detenerla en donde se detenian sus limitados pensamientos, ella continuaba marchando siempre. Su pensamiento era demasiado grande para que hubiese un orador ó un hombre de estado, cuya cabeza fuese capaz de concebirle. Su soplo era demasiado fuerte para que hubiese un pecho capaz de respirarlo con desahogo: su objeto infinito, para que ella se detuviese ante las barreras sucesivas que la ambicion de algunas facciones ó la teoria de algunos hombres de Estado pudieran oponerla. Barnave los Lameth y Fayette asi como Mirabeau y Necker anteriormente, hacian vanos esfuerzos para volver contra ella la fuerza impulsiva, que ellos mismos la habian dado. La revolucion, antes de detenerse en su impetuosa carrera, tenia aun que ensalzar otros sistemas y tocar á muchas cosas: que hasta entonces habian sido respetadas, y que á nadie habia pasado aun por la imaginacion que pudiera atentarse contra ellas impunemente. Independientemente de las Asambleas nacionales que ella misma se habia dado, donde iban á reconcentrarse los instrumentos políticos, que la daban vida y movimiento, se habia creado otras dos palancas, mucho mas poderosas y terribles con las que concurría y barria aquellos cuerpos políticos, cuando trata-

ban de establecerse en el punto á donde ella queria colocarse. Estas dos palancas eran la prensa y los clubs, que eran á las asambleas legales; lo que el aire libre al aire encerrado en la máquina neumática. En tanto que el aire de estas asambleas se enrarecia dentro del recinto del gobierno establecido, el periodismo y las sociedades populares se impregnaban cada vez mas, de un principio inagotable de vitalidad y movimiento. Detenido aquel en lo interior, su corriente era impetuosa y terrible en lo exterior. En el medio siglo que habia precedido á la revolución, la prensa habia sido el eco sublime y tranquilo del pensamiento de los sabios y de los reformadores. Desde que la revolución habia estallado, se habia convertido en un eco tumultuoso, y muchas veces cinico, de las pasiones populares. Tambien habia trasformado hasta el método de comunicacion del pensamiento, porque ya no componia libros, pues no tenia tiempo para hacerlo, si bien habra sustituido á estos un número prodigioso de folletos, y una multitud de hojas volantes y diarias que diseminadas casi de valde entre el pueblo ó fijadas en las plazas públicas, eran leidas por la multitud, que luego las comentaba á su modo. Las monedas de oro puro del tesoro del pensamiento nacional, eran de demasiado valor para que el pueblo pudiese usarlas y habian sido sustituidas por otra porcion de monedas de baja ley, acuñadas en el troquel de las pasiones del día, que muchas veces estaban hasta oxidadas. El periodismo como un elemento irresistible de la vida de un pueblo que se halla en revolución, se habia desbordado hasta colocarse á la altura que le pareció conveniente, sin hacer caso de la ley que habia tratado de contener aquel desborde. Mirabeau, que habia necesitado que el eco de su palabra llegase hasta los departamentos mas lejanos, habia establecido este tornavoz de la revolución á pesar de los decretos del gobierno, con la publicacion de las *Cartas á mis comitentes* y del *Correo de Provenza*. Otros periódicos habian

aparecido tambien á la apertura de los Estados generales y despues de la toma de la Bastilla. A cada insurreccion popular correspondia otra de nuevos periódicos. Los principales órganos de la agitacion pública, eran *Las revoluciones de Paris*, redactadas por Loustalot, periódico semanal, del que se tiraban doscientos mil ejemplares. Su espíritu se conocia solo con leer el epigrafe. «Los grandes no nos parecen grandes, sino por que estamos de rodillas delante de ellos. ¡Levantémonos!» Los *Discursos del Reverbero á los parisienses* trasformados despues en *Revolucion de Francia y de Brabante*, eran obra de Camilo Desmoulins. Este jóven estudiante, se habia improvisado publicista sobre una silla del jardin del Palacio Real en los primeros movimientos populares de julio del 89, y habia conservado en su estilo, algunas veces admirable, mucho de su primitivo papel. Era este hombre el genio sarcástico de Voltaire que habia bajado desde los salones á las calles y plazas públicas. Camilo Desmoulins personificaba mejor que nadie la turba popular porque, como ella, tenia movimientos inesperados y tumultuosos, y su continua movilidad ó inconsecuencia era la de las masas, que en medio de su mayor arrebató prorumpian en descompasadas risas ó se enternecian á vista de las victimas que estaban sacrificando. Un hombre tan ardiente y trivial, tan ligero ó indeciso, entre la sangre y las lágrimas, y tan dispuesto á combatir lo mismo que habia deificado poco antes en un momento de entusiasmo, debia tener tanto mas dominio sobre un pueblo que estaba en revolución, cuanto mayor era la semejanza que con él tenia. Su papel le constituia su propio carácter, y no tan solo era el signo distintivo del pueblo, sino que era el pueblo mismo. Su periódico corria por la noche por todos los sitios mas públicos de Paris, anunciado por las calles con mil sarcasmos, pero nunca arrojado á ellas como un papel inútil. Este periódico se consideró y se considerará siempre, como una sátira Me-

nipeya empapada en sangre. Era la cancion popular que incitaba al pueblo á los mas grandes desórdenes y cuyo eco se apagaba muchas veces con el silbido de la cuerda ó con el hachazo de la guillotina. Camilo Desmoulins era un hijo cruel de la revolucion, asi como Marat era la expresion de todas las iras populares. Su periódico titulado el *Amigo del pueblo* chorreaba sangre por cada renglon.

VIII.

Marat era suizo. Escritor sin talento, sábio sin renombre, y apasionado por la gloria, sin haber recibido los medios de ilustrarse ni de la sociedad ni de la naturaleza, se vengaba de todo lo que era grande en la naturaleza y en la sociedad. El talento era para él tan odioso como la aristocracia, y le perseguia encarnizadamente en cualquier parte en que le veia brillar. Este hombre hubiera querido poder nivelar la creacion, y su idea fija era la de la igualdad, porque en la superioridad hallaba su martirio. Era amante de la revolucion, porque esta igualaba todas las cosas hasta nivelarlas con él, y tenia gusto en ver correr la sangre, porque le parecia que con ella lavaba la injuria de la oscuridad en que siempre habia vivido. Habíase constituido en denunciador perpetuo ante el pueblo, porque sabia que la delacion es una lisonja para todo el que tiene miedo, y el pueblo estaba temblando siempre. Verdadero profeta de la demagogia, inspirado por la demencia, sus sueños nocturnos, eran el testo de las conspiraciones del dia siguiente. Idolo del pueblo por lo afecto que manifestaba ser á los intereses de éste, se cubria con el velo del misterio como todos los oráculos. Vivía en la sombra y no salía mas que de noche, ni se comunicaba con los demas hombres, sin tomar antes cien minuciosas precauciones. Un subterráneo era

su morada, y el asilo desconocido en que se refugiaba temeroso, huyendo del puñal ó del veneno. En su diario habia cierta cosa sobrenatural, que preocupaba la imaginacion, porque Marat se habia cubierto con la máscara del fanatismo. La confianza que en él se tenia, era una especie de culto, y el humo de la sangre que pedía sin cesar, se le habia subido á la cabeza. Este hombre fatal, era el delirio de la revolucion.

IX.

Brissot, hombre todavía oscuro en aquella época, escribía el *Patriota francés*. Como político, aspiraba á ocupar los puestos mas elevados y no escitaba las pasiones revolucionarias sino hasta el punto, en que creia poderlas contener, si algun dia llegaba á gobernar. Constitucional en un principio y amigo de Necker y de Mirabeau, y hombre asatariado antes de llegar á ser doctrinario, no veía en el pueblo sino un soberano mas próximo á reinar. La república era la aurora de su felicidad, y se dirigía hácia ella con ansiedad, aunque con mucha prudencia, y volviendo siempre la vista atrás, por ver si la opinion le seguía.

Condorcet, aristócrata por su nacimiento, pero hombre de talento, se habia hecho demócrata por filosofismo. Su pasion era la trasformacion de la razon humana. Condorcet escribía la *Crónica de París*.

Carra, demagogo oscuro, se habia adquirido un nombre, y se habia hecho temible por sus *Anales patrióticos*. Fréron, en el *Orador del pueblo* rivalizaba con Marat; Fauchet en la *Boca de Hierro*, elevaba la democracia á la altura de una filosofia religiosa. Finalmente Laclós, oficial de artillería, autor de una novela obscena, y confidente del duque de Orleans, redactaba el *Diario de los jacobinos*.

nos y esparcía por toda la Francia el soplo abrasador de las ideas y de las palabras, cuyo foco estaba en los clubs.

Todos estos hombres se esforzaban en llevar al pueblo mas allá de los límites que Barnave habia establecido despues del acontecimiento del 21 de junio. Querian que, aprovechándose de la ocasion en que el trono podia decirse que estaba vacante, se le hiciese desaparecer enteramente de la Constitucion. Cubrian al rey de injurias, y le hacian despreciable á los ojos de la multitud, para que nadie fuese osado á colocar de nuevo al frente de las instituciones, á un príncipe á quien habian envilecido con sus escritos. Clamaban continuamente, pidiendo la destitucion, la abdicacion ó la prision para el rey, esperando degradar para siempre la dignidad real, degradando al hombre que estaba revestido de ella. La república veia por primera vez qua iba llegando su época y temblaba que se le escapase sin saber como. Todas estas manos á la vez impelian los espíritus hácia un movimiento decisivo. Los artículos promovian las mociones, estas las peticiones, y las peticiones engendraban los motines. El altar de la patria, establecido en el campo de Marte por otra nueva coalicion era el sitio destinado para las Asambleas populares, verdadero Monte Aventino, donde el pueblo se retiraba para imponer la ley desde allí á un Senado tímido y corrompido. «No mas reyes, seámos republicanos! decía Brissot en *el Patriota*. ¿ Por qué es repugnancia en adoptar el nombre de una cosa que ya tenemos de hecho? Esto es inconcebible para el filósofo. ¿ No mas reyes! ¡ no mas protectores ni regentes! Acabemos de una vez con esos devoradores de hombres, repelia la *Boca de Hierro*. Unanse los ochenta y tres departamentos y declaren terminantemente, que ya no quieren tiranos, ni monarcas, ni protectores. ¡ Su sombra es la funesta para el pueblo, como la de los Bohonupas para todo ser viviente. Si nombramos un regente, pronto te-

dremos que batirnos para elegir un señor; batámonos solamente por la libertad!»

Provocado el duque de Orleans por estas alusiones á la regencia, que segun voz pública se trataba de conferirle, hizo anunciar en los periódicos que estaba dispuesto á servir á la patria, pero que si se trataba de nombrar un regente, renunciaba desde entonces y para siempre á todos los derechos que por su nacimiento le daba la Constitucion para el desempeño de aquel cargo. «Despues de haber hecho tantos sacrificios por la causa popular, decia, no me es ya permitido salir del estado de simple ciudadano. La ambicion seria en mí una consecuencia inexcusable.» Este príncipe, desacreditado ya en todos los partidos, no podia ser de ninguna utilidad al trono, y estaba incapacitado para poder servir á la república. Odiado de los realistas, renegado por los demagogos y sospechoso á los constitucionales, no le quedaba mas que la actitud estóica en que se refugiaba. Este hombre habia abdicado su rango, la faccion á que pertenecia y hasta el favor del pueblo. Como hombre político habia muerto y no le quedaba ya mas que la vida material. En esta misma época, Camilo Desmoulins apostrofaba á La Fayette, primer ídolo de la insurreccion, con estas únicas palabras. «Libertador de los dos mundos, flor de los genizaros, fénix de los alguaciles mayores, don Quijote de Capeto y de las dos cámaras, constelacion del Caballo blanco, muy débil es mi voz para que pueda sobresalir entre el clamoreo de vuestros treinta mil soplo-nes, tampoco es posible que apague el ruido de vuestros cuatrocientos tambores y de esos cañones que habeis cargado de uvas. Hasta aqui, habia murmurado de vuestra alteza mas que real, por lo que habia oído decir de vos á Barnave, á Lameth y á Duport. Por los informes de estos tres, os habia denunciado á los ochenta y cuatro departamentos como un ambicioso que no trataba mas que de lucir, ó como un esclavo de la córte, semejante

á aquellos antiguos mariscales de la liga, en cuyas manos habia colocado la revolucion el baston de mando y que mirándose como bastardos, trataban de hacerse legitimar, pero hé aqui que de repente os abrazaís todos y os proclamais mutuamente padres de la patria, diciéndo á la nacion: Eiad en nosotros. Somos unos Cincinatos, unos Washington, unos Aristides! ¿Qué version hemos de seguir de estas dos? ¡Pueblo imbécil! Los parisienses se parecen mucho á aquellos atenienses á quienes Demóstenes decia: ¿Sereis siempre como esos atletas que heridos en una parte de su cuerpo ponen la mano sobre el sitio en que han sido heridos y ocupados en esta tarea inútil no saben ni herir ni defenderse? Ya empiezan á temer que Luis XVI puede muy bien ser un perjuro, supuesto que se ha escapado, y ya me parece tambien verles por esas calles con ojos despavoridos, cuando sepan que La Fayette ha abierto las puertas de la capital á la aristocracia y al despotismo. Ojalá me engañe en mis conjeturas, porque á salir ciertas me ausento de París como se ausentó mi tocayo Camilo de una patria ingrata, deseandola mil prosperidades. Yo no necesito haber sido emperador como Diocleciano, para saber que las hermosas techugas de Salerno valen mas que el imperio de Oriente, que la faja con que se adorna un municipal, y sobre todo que son preferibles á las inquietudes diarias con que vuelve á su casa por la noche un periodista jacobino, que siempre teme caer en manos de esos *valentones* de que dispone el general del Caballo blanco. En cuanto á mí, no he tomado de los primeros la escarapela tricolor para venir á parar en un gobierno de dos cámaras.

X.

Tal era el language general de la imprenta y el de este moderno Aristófanes de un pueblo irritado, al que

acostumbraba á burlarse de la magestad, de la belleza y de la desgracia. Un dia llegó en que necesitó para sí y para la hermosa jóven á quien adoraba, de aquella misma compasion que él habia desterrado del corazon del pueblo; pero no halló otra cosa que una risa brutal de la multitud, que le hizo entristecerse por primera vez al tiempo de ir á entregar su cuello al verdugo.

El pueblo, cuya politica es enteramente sentimental, no podia comprender los pensamientos de los hombres de Estado de la Asamblea, que trataban de imponerle un rey fugitivo por respeto á un trono que ya no existia de hecho. La moderacion de Barnave y de los Lameth le parecia una complicidad, y el grito de traicion se oia en todas las reuniones populares. El decreto de la Asamblea fué la señal de una fermentacion, que se descubria ya desde el 13 de julio entre los grupos, al oir sus imprecaciones y amenazas. Grandes masas de jornaleros que habian sido despachados de los talleres, corrian las calles y plazas públicas pidiendo pan á la municipalidad. Esta para que se sosegasen, acordó que se les diese algun socorro, y Bailly, corregidor de París, les arengó y mandó empezar, para darlos ocupacion, obras de que no habia necesidad en el momento. Fueron á trabajar, pero muy pronto dejaron el trabajo, y corrieron á engrosar los grupos de los que andaban gritando por las calles, que se morian de hambre.

Esta multitud iba continuamente desde la casa de la ciudad á los Jacobinos, y de allí á la Asamblea nacional pidiendo la república, sin otro gefe que la dirigiese que su misma agitacion. Un instinto espontáneo y unánime la decia que la Asamblea dejaba pasar el momento de adoptar grandes resoluciones, y por eso queria forzarla á que lo aprovechase. Su voluntad era mas poderosa por ser anónima y por no estar dirigida por ningun gefe, al menos conocido, que la impulsase á obrar. Marchaba por sí sola, y por sí sola escribia en las calles y plazas cien

á aquellos antiguos mariscales de la liga, en cuyas manos habia colocado la revolucion el baston de mando y que mirándose como bastardos, trataban de hacerse legitimar, pero hé aqui que de repente os abrazaís todos y os proclamais mutuamente padres de la patria, diciéndo á la nacion: Efad en nosotros. Somos unos Cincinatos, unos Washington, unos Aristides! ¿Qué version hemos de seguir de estas dos? ¡Pueblo imbécil! Los parisienses se parecen mucho á aquellos atenienses á quienes Demóstenes decia: ¿Sereis siempre como esos atletas que heridos en una parte de su cuerpo ponen la mano sobre el sitio en que han sido heridos y ocupados en esta tarea inútil no saben ni herir ni defenderse? Ya empiezan á temer que Luis XVI puede muy bien ser un perjuro, supuesto que se ha escapado, y ya me parece tambien verles por esas calles con ojos despavoridos, cuando sepan que La Fayette ha abierto las puertas de la capital á la aristocracia y al despotismo. Ojalá me engañe en mis conjeturas, porque á salir ciertas me ausento de París como se ausentó mi tocayo Camilo de una patria ingrata, deseandola mil prosperidades. Yo no necesito haber sido emperador como Diocleciano, para saber que las hermosas techugas de Salerno valen mas que el imperio de Oriente, que la faja con que se adorna un municipal, y sobre todo que son preferibles á las inquietudes diarias con que vuelve á su casa por la noche un periodista jacobino, que siempre teme caer en manos de esos *valentones* de que dispone el general del Caballo blanco. En cuanto á mí, no he tomado de los primeros la escarapela tricolor para venir á parar en un gobierno de dos cámaras.

X.

Tal era el language general de la imprenta y el de este moderno Aristófanes de un pueblo irritado, al que

acostumbraba á burlarse de la magestad, de la belleza y de la desgracia. Un dia llegó en que necesitó para sí y para la hermosa jóven á quien adoraba, de aquella misma compasion que él habia desterrado del corazon del pueblo; pero no halló otra cosa que una risa brutal de la multitud, que le hizo entristecerse por primera vez al tiempo de ir á entregar su cuello al verdugo.

El pueblo, cuya politica es enteramente sentimental, no podia comprender los pensamientos de los hombres de Estado de la Asamblea, que trataban de imponerle un rey fugitivo por respeto á un trono que ya no existia de hecho. La moderacion de Barnave y de los Lameth le parecia una complicidad, y el grito de traicion se oia en todas las reuniones populares. El decreto de la Asamblea fué la señal de una fermentacion, que se descubria ya desde el 13 de julio entre los grupos, al oír sus imprecaciones y amenazas. Grandes masas de jornaleros que habian sido despachados de los talleres, corrian las calles y plazas públicas pidiendo pan á la municipalidad. Esta para que se sosegasen, acordó que se les diese algun socorro, y Bailly, corregidor de París, les arengó y mandó empezar, para darlos ocupacion, obras de que no habia necesidad en el momento. Fueron á trabajar, pero muy pronto dejaron el trabajo, y corrieron á engrosar los grupos de los que andaban gritando por las calles, que se morian de hambre.

Esta multitud iba continuamente desde la casa de la ciudad á los Jacobinos, y de allí á la Asamblea nacional pidiendo la república, sin otro gefe que la dirigiese que su misma agitacion. Un instinto espontáneo y unánime la decia que la Asamblea dejaba pasar el momento de adoptar grandes resoluciones, y por eso queria forzarla á que lo aprovechase. Su voluntad era mas poderosa por ser anónima y por no estar dirigida por ningun gefe, al menos conocido, que la impulsase á obrar. Marchaba por sí sola, y por sí sola escribia en las calles y plazas cien

peticiones amenazadoras. La primera que el pueblo presentó á la Asamblea el 14 fué apoyada por cuatro mil peticionarios, y estaba firmada: *El pueblo*. El 14 de julio y el 6 de octubre le habian enseñado cual era su verdadero nombre. Impávida y firme la Asamblea, pasó á la orden del dia sin hacer caso de semejante petición.

La turba, al salir de la Asamblea, se dirigió al Campo de Marte, en donde firmó otra petición en términos mas imperantes: «Mandatarios de un pueblo libre, decia, ¿queréis destruir la obra que nosotros hemos hecho? ¿Queréis sustituir al de la libertad el reinado de la tiranía? Sabed, si así lo hiciérais, que el pueblo francés que ha conquistado sus derechos, no quiere volverlos á perder.» Al abandonar el Campo de Marte se dirigió el pueblo amotinado á las Tullerías, á la Asamblea y al Palacio Real, mandando por su propia autoridad, que se cerrasen los teatros y se suspendiesen todas las demas diversiones públicas hasta que se le hubiese hecho justicia. Por la noche mas de cuatro mil personas acudieron á los Jacobinos, como si quisiesen manifestar que en los alborotadores que allí se reunian reconocian la verdadera asamblea del pueblo. Todos los gefes en quien tenia depositada su confianza se hallaban allí presentes, y en el momento en que llegó allí aquella turba se hallaba ocupada la tribuna por un miembro del club que denunciaba á otro ciudadano por haber hablado mal de Robespierre. El acusado se justifica, pero se le arroja violentamente de aquel recinto. Preséntase entonces Robespierre y pide la gracia de aquel hombre que le habia insultado, recibiendo millares de aplausos por aquella generosidad fingida ó verdadera. El entusiasmo que escitaba entonces Robespierre no podia ser mayor. «¡Bóvedas sagradas de los Jacobinos, decia una alocucion dirigida á los departamentos, vosotros nos respondeis de Robespierre y de Danton, de esos dos oráculos del patriotismo!» Laclós

propuso que se redactase una alocucion, y que se enviase á los departamentos firmada por diez mil hombres libres. Otro miembro del club se opuso á ello deseoso del orden y de la paz. Danton se levanta entonces y le dice: «Tambien yo quiero la paz; pero nunca la que procede de la esclavitud. Si verdaderamente tenemos energia demostrémoslo, y todos los que no se sientan con valor suficiente para levantar su frente ante la tiranía, quedan dispensados de firmar nuestra petición. Para conocernos mutuamente no hay necesidad de otra prueba mejor.»

Robespierre habló despues y demostró al pueblo que Barnave y los Lameth estaban haciendo el mismo papel que habia hecho Mirabeau. «¡Están de acuerdo con nuestros enemigos y se atreven á apellidarnos facciosos!» Mas tímido que Laclós y que Danton no apoyó la petición, porque siendo hombre de cálculo mas que de pasión, proveía que un movimiento desordenado se estrellaria contra la resistencia organizada de las clases acomodada y media.

Reservábase este hombre extraordinario una retirada en la legalidad, y guardaba cierta circunspeccion con la Asamblea. Laclós insistió, venció el pueblo y á media noche se deshizo la reunion, conviniendo en que al dia siguiente se firmaria la petición en el campo de Marte.

Aquel dia, sin embargo, se pasó en contestaciones entre los clubs, sobre los términos en que habia de redactarse la petición. Los republicanos negociaban con La Fayette, á quien ofrecian la presidencia de una república americana. Robespierre y Danton, que detestaban á La Fayette, y Laclós, que trabajaba por cuenta del duque de Orleans, contuvieron de comun acuerdo el impulso dado por los franciscanos, sujetos enteramente á Danton. Atenta la Asamblea al peligro, vigilante Bailly, y La Fayette resuelto, pudieron contener el movimiento. La Asamblea hizo comparecer en la barra el 16 al ayuntamiento y á los ministros para que la respondiesen de la

tranquilidad pública, redactando al mismo tiempo una alocucion á los franceses, escitándoles á unirse todos bajo la bandera constitucional. Bailly mandó publicar por la noche un bando contra los agitadores, y los jacobinos indecisos se sometieron á los decretos de la Asamblea. Los gefes del movimiento proyectado se escondieron en el momento crítico del combate, y se pasó toda la noche en preparativos militares contra las reuniones que se temian al dia siguiente.

XI.

El 17 muy de mañana empezó el pueblo á acudir al Campo de Marte, aunque sin gefes, rodeando el altar de la patria, levantado en medio de la gran plaza de la Confederacion. Una casualidad funesta inauguró los asesinatos de aquel dia. Cuando la multitud está sublevada cualquier cosa, por insignificante que sea, la induce á cometer crímenes. Un pintor jóven, que estaba copiando desde el amanecer las inscripciones patrióticas grabadas en las cuatro caras del altar, oyó ruido bajo sus pies. Miró por curiosidad hácia el sitio de donde salia, y quedó asombrado al ver unos hombres que con una barrena estaban taladrando los escalones del tablado en donde estaba colocado el altar. El jóven fué á dar aviso de esta novedad al primer cuerpo de guardia; acuden inmediatamente unos cuantos soldados de aquel, levantan los escalones y se hallan con dos inválidos que se habian metido por la noche debajo del altar sin otro objeto, segun ellos mismos dijeron, que una curiosidad obscena y pueril. Espárcese en seguida el rumor de que han querido minar el altar de la patria para hacer saltar al pueblo en la explosion; que se ha hallado un barril de pólvora al lado de los conspiradores, y que estos son unos inválidos

conocidos por aristócratas furiosos, á quienes se ha sorprendido *in fraganti*. Añádese que los supuestos criminales no tan solo han confesado su fatal intento, sino que han declarado la cantidad que debian percibir en premio de su maldad. La turba popular llena de ira, rodea el cuerpo de guardia donde se ha interrogado á los inválidos, y en cuanto salen de allí para ser trasladados á la casa de la ciudad se echa sobre ellos, los arranca de manos de los soldados que los conducian, y despues de cortarles las cabezas las coloca en las puntas de unas picas y las pasea por todo Paris, hasta las inmediaciones del Palacio Real.

XII.

La noticia de estos asesinatos, comentada de mil distintos modos, se esparce por toda la ciudad y llega á oídos de la Asamblea, y en los diferentes puntos en donde se habla de este lance, escita sentimientos de odio ó de terror, segun el modo de pensar de cada uno. La verdad no pudo saberse hasta mucho despues, y la agitacion aumenta la indignacion de los unos y las sospechas de los otros. Avisado Bailly de lo ocurrido, envió un batallon y tres comisionados al campo de Marte. Otros comisionados del ayuntamiento recorrieron los barrios de la capital, leyendo al pueblo la proclama de sus magistrados y la alocucion de la Asamblea nacional.

El terreno de la Bastilla estaba ocupado por la guardia nacional y por las sociedades patrióticas que debian trasladarse desde allí al campo de Marte. Danton, Camillo Desmoulins, Freron, Brissot y los principales agitadores del pueblo habian desaparecido, segun unos, para arreglar el plan de la insurreccion en casa de Legendre, segun otros, por declinar la responsabilidad que podia caer sobre ellos en semejante dia. Mas tarde se valió

Robespierre de la primera version para desahogar su odio contra Danton, á quien Saint-Just dijo en el acta de acusacion: «Mirabeau que meditaba un cambio de dinastía conoció lo que valia tu audacia, y se aprovechó de ella. Tú te separaste de las leyes y abandonaste sus principios severos sin que se volviese á oír hablar de tí hasta los asesinatos del campo de Marte. Tú apoyaste aquella falsa medida del pueblo y la proposición de aquella ley que no era más que un pretexto para desplegar la bandera encarnada y ensayar la tiranía. Los patriotas que no estaban iniciados en el complot, habían combatido tu pérfida opinion, y tú fuiste nombrado, en union de Brissot, para redactar la peticion. Los dos os escapásteis del furor de La Fayette, que hizo asesinar aquel dia diez mil patriotas. Brissot permaneció tranquilo en Paris, y tú fuiste á pasar una temporada divertida en Arcis, á pesar de ser uno de los autores de la peticion, en tanto que los que la habían firmado estaban cargados de cadenas ó habían sido degollados. Dedúcese de esto que la tiranía es estaba reconocida á Brissot y á tí, puesto que no érais para ella objetos de odio.»

Camilo Desmoulins justifica tambien la ausencia de Danton, la de Freron y la suya, contando que Danton había huido de la proscripcion y del asesinato, y se había refugiado la noche anterior en casa de su suegro en Fontenay, donde estaba creado por una nube de espías de La Fayette; que Freron al pasar por el Puente nuevo se había visto asaltado, arrojado al suelo y pisoteado por catorce bandidos pagados al intento, y que el mismo Camilo, á quien tambien debian asesinar, se había salvado porque no habían dado bien sus señas á los asesinos. La historia no ha creído estos pretendidos asesinatos mandados por La Fayette, y Camilo, invisible de dia, compareció por la noche en los Jacobinos.

Empezaba entre tanto la afluencia del gentío por todas las avenidas del campo de Marte, y aunque se veía una gran agitacion entre aquella multitud inmensa, notábase tambien que era inofensiva. La Fayette había puesto todos los batallones de la guardia nacional sobre las armas; y uno de los destacamentos que había llegado por la mañana al Campo de Marte acompañado de unas cuantas piezas de artillería, se retiraba por los malecones. No se quería provocar al pueblo haciendo inútil ostentacion de la fuerza armada. A medio dia los hombres que estaban reunidos alrededor del altar de la patria, viendo que no comparecian los comisionados de los Jacobinos que habían prometido llevar allí la peticion para que la firmase el pueblo, nombraron cuatro comisionados elegidos entre ellos para que redactasen otra. Uno de estos comisionados se puso á redactarla y todo el mundo le rodeó. He aquí lo más notable de aquella nueva peticion. «Sobre el altar de la patria el 15 de julio del año III. ¡Representantes de la nacion! Tocáis ya al término de vuestros trabajos: se está cometiendo un gran crimen; Luis huye abandonando indignamente su puesto, por cuya causa el imperio se halla muy espuesto á caer en la anarquía. Es detenido y conducido á Paris, donde se pide que sea juzgado. Vosotros declarais sin embargo, que continuará siendo rey.... Este no es el voto del pueblo, y el decreto es nulo. Este decreto os lo han arrancado esos doscientos noventa y dos aristócratas, que habían declarado ya anteriormente que no querian tener voto ni mezclarse en nada de cuanto tratase la Asamblea nacional. La nulidad del decreto consiste en que es contrario al voto del pueblo, que es vuestro soberano: ¡Revocadle! El rey ha abdicado por su crimen, re-

cibid su abdicacion, convocad un nuevo poder constituyente, señalad el culpado y organizad otro poder ejecutivo.»

Esta petición se colocó sobre el altar de la patria, y en los cuatro ángulos de este, se veían una porción de cuadernillos de papel, en los que se estamparon seis mil firmas.

Consérvase aun hoy día en el archivo del ayuntamiento esta petición, en la cual se descubre á las claras la mano del pueblo. Puede decirse que es la medalla de la revolución, acuñada con el metal derretido de la agitación popular. Véanse en toda ella multitud de nombres sinistros que salen por primera vez de la oscuridad. Estos nombres son una especie de geroglíficos del tiempo. Los actos de ciertos hombres hoy famosos y cuyos nombres eran entonces enteramente insignificantes, dan á sus firmas un significado retrospectivo. La vista observa con curiosidad aquellos caracteres, que parece contienen el misterio de una vida entera y el horror de toda una época. Aquí se ve la firma de Chaumette, *entonces estudiante de medicina, habitante en la calle de Mazarino, núm. 9.* Allí está la de Maillard director de los asesinatos de setiembre; mas lejos la de Hebert, y por debajo de esta la de Henriot general del terror. Mas adelante está la firma estrecha y prolongada de Hebert, titulado despues el *Padre Duchesne ó el pueblo iracundo*, firma que tiene la figura de una araña que estiendo las patas para hacer presa; mucho mas abajo está la de Santerre, el último entre todos los nombres célebres de la revolución, bajo uno ú otro aspecto. Las firmas restantes no significan mas que la multitud, y en muchas de ellas se distingue que la mano temblaba al escribirlas, bien por efecto del gran desórden que allí reinaba, ó tal vez por una convulsion producida por la ira del momento. Muchas de aquellas manos no sabían escribir, y manifestaron su voluntad anónima formando sobre el papel una

especie de círculo y en el centro de este una cruz. También hay varios nombres de mugeres, y otras varias firmas que se conoce ser de niños, á quienes les han llevado la mano para hacerlas. ¡Pobres inocentes que confesaban la fé de sus padres sin comprenderla, y que firmaban las pasiones del pueblo antes de saber hablar claro la lengua de los hombres!

XIV.

El ayuntamiento no habia sabido hasta las dos de la tarde los asesinatos cometidos en el campo de Marte y los insultos que se habian prodigado á la guardia nacional enviada allí para disipar la reunion. Al mismo La Fayette, que iba guiando una de las primeras columnas que se presentaron, le habian alcanzado algunas pedradas salidas del seno de aquella multitud. También se dijo entonces que un hombre vestido de guardia nacional le habia tirado un pistoletazo, que la escolta del general se habia apoderado de este hombre y se lo habia presentado, y que él le habia perdonado generosamente soltándole en seguida. Este rumor popular aumentó el entusiasmo que por La Fayette tenia la guardia nacional, que con este hecho que tantos visos tenia de heroico, creyó tener á su cabeza uno de los famosos héroes de la edad media. Al oír esto Bailly no vaciló en proclamar la ley marcial, desplegando en seguida la bandera encarnada, última razon contra la sedicion. Alarmados los sediciosos por su parte á la vista de aquella bandera colocada en las ventanas de la casa de la ciudad, enviaron allí doce comisionados de su seno. Estos comisionados llegaron á la sala de la audiencia atravesando un bosque de bayonetas, y pidieron que se les entregasen tres ciudadanos que habia allí presos. No se les escuchó porque ya se habia de-

cido batirlos. El corregidor y el cuerpo municipal, profiriendo palabras amenazadoras, bajan á la plaza, que estaba cubierta de guardias nacionales y de un sin número de habitantes de París. Al aspecto de Bailly precedido de la bandera encarnada, un grito unánime de entusiasmo sale de todas partes. Los guardias nacionales levantan espontáneamente sus armas, y golpean el suelo con las culatas de sus fusiles. Electrizada la fuerza pública por la indignacion contra los clubs, sufría uno de esos estremecimientos nerviosos que atacan á las corporaciones lo mismo que á los individuos. El espíritu público estaba en fermentacion y el golpe podia partir de un momento á otro.

La Fayette, Bailly y el cuerpo municipal se pusieron inmediatamente en marcha precedidos de la bandera encarnada y seguidos de diez mil hombres de la guardia nacional. Los batallones de granaderos de este ejército de ciudadanos iban de vanguardia. Estos batallones recibían sueldo como los demas del ejército. Un pueblo inmenso seguía, por un movimiento natural, aque la corriente de bayonetas que se dirigía lentamente hácia el Campo de Marte, por los malecones y por la calle de Gros-Caillou. En tanto que se efectuaba esta marcha, la otra parte de pueblo, reunida desde por la mañana al lado del altar de la patria, continuaba firmando pacíficamente la petición. No se les habia ocultado á estos hombres que se haría una ostentacion de fuerzas para imponerles, pero nunca habian llegado á figurarse que estas fuerzas pudiesen hacer uso de sus armas contra unos ciudadanos indefensos. Su actitud tranquila y legal, unidas á la impunidad en que habian quedado cuantas sediciones se habian promovido por espacio de dos años, les hacia creer con fundamento que aquella impunidad sería eterna. En la bandera encarnada no veían sino una ley mas que despreciar. En cuanto llegó La Fayette al glasis superior del Campo de Marte, dividió su fuerza en tres co-

lumnas. La primera desembocó por la avenida de la Escuela militar, y las otras dos por las dos calles que cortan el glasis, á corta distancia una de otra, desde la Escuela militar al Sena. Bailly, La Fayette y el cuerpo municipal iban á la cabeza de la columna del centro, en donde tambien iba la bandera encarnada. Cuatrocientos tambores, tocando paso de ataque, y el ruido que hacían una porción de cañones, anunciaban desde bien lejos que se aproximaba el ejército nacional. Este ruido sofocó por un momento el que producian las voces de cincuenta mil personas entre hombres, mugeres y niños, que ocupaban el campo de Marte y las alturas inmediatas. En el momento en que Bailly desembocaba en el glasis, los hombres del pueblo que dominaban desde donde estaban colocados al corregidor y á toda la fuerza que le acompañaba, prorumpieron en gritos desesperados y en amenazas ademanes contra la guardia nacional. «¡Abajo la bandera encarnada! ¡Oprobio á Bailly! ¡Muera La Fayette! El pueblo que estaba dentro del Campo de Marte respondió unánimemente á estos gritos con otros semejantes. A estas voces siguió una lluvia de terronazos, de los que algunos alcanzaron al caballo de La Fayette, á la bandera encarnada y al mismo Bailly. Se ha dicho tambien que se les dispararon desde lejos algunos pistoletazos, pero esto nunca ha podido probarse. El pueblo no trataba de batirse, lo único que quería era intimidar. Bailly mandó hacer las tres intimaciones legales, á las que respondió el pueblo con estrepitosos silbidos. Con la impasible dignidad de la magistratura, Bailly dió orden de dispersar al pueblo por la fuerza. La Fayette mandó al principio que los soldados disparasen al aire, pero el pueblo, envalentonado al ver que aquellas descargas no herían á nadie, se agrupó delante de la guardia nacional para insultarla, y entonces un fuego mortífero, roto á un mismo tiempo en toda la línea, mató, hirió ó derribó unos seiscientos hombres, aunque los republicanos dijeron que

habian sido diez mil. Al punto entró la confusion en la multitud y la caballeria dió una carga, preparándose tambien los artilleros á hacer fuego sobre aquellas grandes masas. Si desgraciadamente se hubiese llevado á cabo esta intencion, la metralla hubiera hecho una horrorosa carniceria. No pudiendo La Fayette hacerse oír de los artilleros irritados, espoleó á su caballo y fué á colocarse á la boca de uno de los cañones, salvando con este movimiento heroico á millares de víctimas.

En un instante quedó desierto el campo de Marte, y solo se veian en él los cadáveres de las mugeres y de los niños mezclados con los de los hombres, y algunos que otros huyendo aturdidos de la caballeria. Hubo, sin embargo, unos cuantos patriotas, mas intrépidos que los demas, que á pesar de aquel fuego horroroso permanecieron en los escalones por donde se subia al altar de la patria, repartiéndose para salvarlos los cuadernillos en que estaban las firmas de la peticion, como si fuesen unas hojas sagradas, ó como prendas sangrientas de la venganza futura del pueblo. Estos hombres no se retiraron hasta que estuvieron convencidos de que no se habia estraviado ninguno de aquellos cuadernos. Las columnas de la guardia nacional, y especialmente la caballeria, persiguieron á los fugitivos hasta los inmediatos campos de la Escuela militar, é hicieron algunos centenares de prisioneras. Por parte de la guardia nacional no hubo ninguna desgracia; el número de las víctimas del pueblo nos es desconocido, los unos lo atenuaron por disminuir la odiosidad de una ejecucion sin lucha, los otros lo aumentaron para que fuese mayor el resentimiento del pueblo. Empezaba en esto á oscurecer, y se recogieron todos los cadáveres; que arrojados al Sena los llevó hácia el Océano. La opinion publica se dividió sobre la naturaleza y sobre los detalles de esta ejecucion. Los unos la tuvieron por un crimen, los otros por un deber severo, aunque triste; pero el nombre que dió el pueblo á los suce-

sos de este dia, y bajo el cual son conocidos todavia, fué el de *La matanza del campo de Marte*.

XV.

La guardia nacional, reunida de nuevo por Mr. de La Fayette, volvió á Paris triunfante, aunque triste. Descubriase en su actitud, que marchaba entre la gloria y la vergüenza, mal segura de lo mismo que habia hecho. En medio de algunas aclamaciones con que se la victoreaba al pasar, oíanse tambien fuertes imprecaciones á media voz. Las palabras de asesinato y venganza eran mas que las de civismo y adhesion á la ley. Triste y silenciosa, desfiló la guardia nacional por delante del edificio en que estaba reunida aquella asamblea que acababa de defender, y mas triste y silenciosa aun, por debajo de las ventanas de la monarquia, cuya causa acababa de sostener mas bien que la del monarca. Bailly, frio é impasible como la ley, y La Fayette, resuelto como un sistema, no habian sabido darla otro impulso que el de sus rigurosos deberes. Terminada su faccion, volvió á arrollar la bandera encarnada, manchada ya en sangre, y se dispersó, batallon por batallon, por las sombrías calles de Paris, mas bien como una gendarmeria que viene de asistir á la ejecucion de un reo que como un ejército que vuelve de obtener una victoria. Tal fué esta jornada del Campo de Marte, que dejó respirar tres meses á la Asamblea, de los que no supo aprovecharse; que intimidó por algunos dias á los clubs, pero que no volvió ni á la monarquia ni al orden público, la sangre que habia costado. La Fayette tuvo en sus manos en este dia la monarquia y la republica, pero no supo apoderarse de una ni otra, ó tal vez no quiso mas que restablecer la tranquilidad.

XVI.

Bailly fué al día siguiente á la Asamblea á dar cuenta del triunfo obtenido por la ley. Manifestó el dolor que se habia apoderado de su alma, al verse obligado á obrar con la severa energía que le prescribía su deber. «La sublevación se habia efectuado y era preciso usar de la fuerza. El merecido castigo ha caído sobre los criminales.» El presidente aprobó en nombre de la Asamblea el comportamiento del corregidor, y Barnave dió las gracias á la guardia nacional, en términos muy frios y con bastante timidez. Sus alabanzas parecían casi unas excusas, y el entusiasmo de los vencedores empezaba á disminuir.

Pétion lo conoció y se levantó para hablar sobre un proyecto de decreto que acababa de proponer contra los promovedores de asonadas. Estas palabras en boca de Pétion que se sabia era amigo de Brissot y de los demas conspiradores, fueron recibidas al principio con sarcasmo por los miembros del lado derecho, y aplaudidas por los del lado izquierdo y por las tribunas. Barnave los reconcilió. La victoria del Campo de Marte empezaba ya á ser objeto de contestaciones en la misma Asamblea. Los clubs volvieron á abrirse aquella noche, y Robespierre, Brissot, Danton, Camilo Desmoulins y Marat, que habian estado ocultos algunos días, volvieron á aparecer mas audaces que antes. La indecision de sus enemigos les tranquilizó completamente. Atacando las facciones todos los días á una ley que se contentaba con defenderse, no podian menos de lograr que aquella se cansase muy pronto. De acusados se convirtieron en acusadores, y sus hojas volantes que habian dejado de publicarse unos días, aparecian de nuevo llenas de todo el veneno que el miedo habia infiltrado en el corazón de sus autores. Estos cubrieron de execración los nombres de Bailly y de La Fa-

yette y sembraron la venganza en el ánimo del pueblo, poniendo sin cesar ante sus ojos los sangrientos sucesos del Campo de Marte. La bandera encarnada se convirtió en simbolo del gobierno y en mortaja de la libertad. Los conspiradores se dieron á si mismos el nombre de victimas y alarmaron el espíritu público con fingidos relatos de las mas odiosas persecuciones.

XVII.

«Ved, escribia Desmoulins, á esos satélites de La Fayette que salen furiosos de sus cuarteles, ó por mejor decir, de las tabernas, y que cargan con bala delante del pueblo. Los batallones de la aristocracia se animan con esto á la carnicería, y sobre todo, en los ojos de la caballería se distingue la sed de sangre á que la incita la doble embriaguez del vino y de la venganza. Ese ejército de verdugos se encarniza particularmente en las mugeres y los niños, y el altar de la patria está cubierto de cadáveres. La Fayette empapa sus manos en la sangre de los ciudadanos, ¡esas manos odiosas y viles que siempre que las mire me parecerá que las veo destilar gota á gota esa inmensa cantidad de sangre inocente que bárbaramente han derramado, en el mismo sitio en que se habian levantado al cielo jurando defenderla!... Desde aquel fatal momento los mejores ciudadanos se hallan proscriptos ó se les prende en sus mismos lechos, apoderándose de todos sus papeles y haciendo pedazos sus prensas, en tanto que se confeccionan cada dia nuevas listas de proscripción. Los moderados fijan y firman estas listas. Es preciso (dicen) purgar la sociedad de los Brissot, de los Carrá, de los Pétion, de los Bonneville, de los Fréron, de los Danton y de los Desmoulins. ¡Danton y yo no hemos podido salvarnos de ser asesinados sino con la fuga! ¡A los

patriotas se les llama facciosos! — ¡Se encuentran hombres, (añadía Fréron) que justifican aquellos cobardes asesinatos, aquellas delaciones y aquellas confiscaciones de las prensas! Esa funesta bandera de color de sangre, ha estado ocho días colocada en los balcones de la casa de la ciudad, cual lo estaban en otro tiempo en el templo metropolitano los estandartes recogidos en el campo, en medio de los cadáveres de los enemigos!... Han llegado hasta á apoderarse de las prensas del impresor de Marat (dice en otra parte). El nombre del autor debía ser suficiente para que no se tocase á aquellas prensas. La imprenta es un objeto tan sagrado como la cuna de un recién nacido, respetada antiguamente en todos los embargos judiciales. Reina en la ciudad el silencio de los sepulcros, los sitios públicos se hallan desiertos, y en los teatros no se oyen sino los serviles aplausos dados al realismo, que triunfa allí lo mismo que ha triunfado en las calles. ¡Qué impacientes estabais vos, señor Bailly, y vos traidor La Fayette, por hacer uso de esa terrible arma de la ley marcial! No, nada podrá lavar en adelante las manchas de la sangre de vuestros hermanos que tiene vuestras fajas y vuestros uniformes! Sangre inocente que caerá gota á gota sobre vuestros corazones y que cual veneno lento trabajará hasta el último de vosotros.»

En tanto que la prensa revolucionaria introducía en las almas el veneno del resentimiento, tranquilizados los clubs por la apatía de la Asamblea, y por la escrupulosa legalidad de La Fayette, sufrían de rechazo, aunque debilmente las consecuencias de la victoria del Campo de Marte. Operábase una escision en el seno de los Jacobinos, entre los miembros exaltados de esta sociedad y sus primeros fundadores Barnave, Duport y los Lameth. Esta escision habia tenido origen en la gran cuestion de la no reelegibilidad de los miembros de la Asamblea nacional, para la legislativa que muy pronto debía sucederla. Los jacobinos puros unidos á Robespierre, querian que la Asam-

blea nacional en masa abdicase, y se condenase de este modo al ostracismo político, para dejar el campo libre á otros hombres nuevos mas impregnados todavía del espíritu de la época. Los jacobinos moderados y los constitucionales, miraban esta abdicacion como un acto tan funesto para la monarquía, como perjudicial á su ambicion, porque querian apoderarse del poder que acababan de fundar. Creían que solo ellos eran capaces de moderar el movimiento que habian escitado, y querian reinar en nombre de las leyes confeccionadas por ellos mismos.

Robespierre por el contrario, conociendo su impotencia en una asamblea que se compusiese de los mismos elementos que la actual, quiso que quedasen fuera en la que nuevamente iba á formarse, sujetándose á sufrir el mismo la ley que trataba de imponer á sus colegas. Es preciso convenir, sin embargo, en que Robespierre tenia otra asamblea en la que solo se habia oír su voz, y en la que mandaba en jefe: esta asamblea era el club de los Jacobinos. Fuese prudencia ó fuese cálculo, no se le escapaba á Robespierre, que los jacobinos dominarian en una asamblea nueva, indecisa y compuesta de hombres desconocidos la mayor parte de la nacion. Como faccioso le vastaba con que reinasen las facciones, porque con el instrumento que él se habia creado en los Jacobinos, unido á su inmensa popularidad, tenia certeza de reinar solo sobre todas las facciones.

Al verificarse los sucesos del Campo de Marte se agitaba ya esta cuestion, cuya tendencia era á la disolucion de los Jacobinos. El club de los Fuldenses, rival del anterior y compuesto en su mayoría de constitucionales y de miembros de la Asamblea, tenia una actitud mas legal y monárquica. El odio á los excesos populares y á las personas de Robespierre y Brissot, inducia á los primeros fundadores del club de los Jacobinos, á amalgamarse con los Fuldenses. Temblaban los jacobinos al consi-

derar que el imperio de las facciones huía de sus manos y que aquellas divisiones intestinas les iban debilitando cada día mas.

«La corte es (decía Camilo Desmoulins) la que fomenta entre nosotros este cisma y la que ha inventado este infame medio de arruinar el partido popular; ella conoce muy bien á Lameth, á Dupont, á Barnave y á La Fayette, y á otra porcion de los que primero figuraron en la sociedad de los Jacobinos. ¿Qué querian todos estos cortesanos, se ha preguntado entonces á si misma? Querian llegar á los primeros destinos empujados por las olas de la multitud y por el viento de la popularidad, deseosos de obtener todos los mandos, de apoderarse de los ministerios, y sobre todo de juntar mucho oro. El favor de la corte de que carecian les impedia volar en alas de su ambicion, y á falta de este quisieron bogar contra la corriente, apoderándose de los remos del pueblo. Mostremos á Barnave y á los Lameth que no volverán á ser reelegidos y que no podrán llegar á obtener ningun cargo importante sin que pasen cuatro años. Entonces se pondrán furiosos y volverán á unirse con nosotros. Yo he visto á Alejandro y á Teodoro Lameth el día antes que Robespierre hiciese adoptar la no elegibilidad. Los Lameth, todavia eran patriotas entonces; al día siguiente eran ya otros hombres distintos. Esto no puede sufrirse, decian, ¡es preciso marcharse de Francia! ¡Cómo! ¡Los que han hecho la Constitucion, verán impasibles que la próxima legislacion destruya una obra que tanto les ha costado! ¿Nos veremos forzados á oír desde las galerías de la Asamblea al primer tonto que se le antoje subir á la tribuna á combatir todo lo mejor que hayamos hecho sin que nosotros podamos defenderla? ¡Ah! ¡pluguiera á Dios que fuesen ellos, los que saliesen de Francia! ¿No hay motivo, para despreciar profundamente á la Asamblea y al pueblo de París, al ver que lo que causa todas estas disenciones, es el miedo de que el poder se escape

de manos de los Lameth y de La Fayette, y de que Dupont y Barnave no sean reelegidos?»

Alarmado Petion, con estos síntomas de intestinas discordias habló en un sentido conciliador en la tribuna de los Jacobinos. «Estais perdidos, dijo, si los miembros de la Asamblea nos abandonan, pasándose en masa á los Fuldenses. El imperio de la opinion se os escapará, y esas innumerables sociedades, cuyo espíritu dirigis en toda la Francia, romperán el lazo que las une con vosotros. Anticipaos á los golpes de vuestros enemigos, dirigid una alocucion á las sociedades afiliadas, y tranquilizarlas en cuanto á vuestras opiniones constitucionales. Decidlas que os calumnian y que estais muy lejos de ser facciosos; decidlas tambien que lejos de querer perturbar la tranquilidad pública, no tenéis otro objeto que el de evitar todos los disturbios con que nos amenaza la fuga del rey. Decidles, finalmente, que nos atenemos sobre este particular á la influencia imponente y rápida que vamos reconquistando en la opinion pública. Respeto á la Asamblea, fidelidad á la Constitucion, decision por la libertad y por la patria: he aqui nuestros principios.»

Esta alocucion dictada por una hipocresia hija del miedo, fué adoptada y enviada á todas las sociedades del reino.

A esta medida siguió un espurgo de la sociedad de los Jacobinos, no quedando mas que el núcleo primitivo y reorganizándose en seguida por votacion pública. Petion dirigió y presidió esta operacion.

Los Fuldenses por su parte, escribieron á las sociedades patrióticas de los departamentos, y las facciones tuvieron un momento de interregno. Las sociedades departamentales no tardaron mucho, sin embargo, en pronunciarse en masa, revolucionaria y casi unánimemente en favor de los jacobinos. «Union pura y sencilla con nuestros hermanos de París.» Tal fué el grito de todos los clubs, de los cuales seiscientos, enviaron sus actas

de adhesión á los Jacobinos. Los diez y ocho restantes, se pronunciaron por los Fuldenses. Las facciones concieron, como lo habia conocido la nacion, la necesidad que tenian de estar unidas. El cisma de la opinion quedó sofocado por el entusiasmo de la grandeza de su obra. Petion en una carta á sus comitentes dió cuenta de aquellas tentativas abortadas, de division entre los patriotas, y denunció á los disidentes con las siguientes palabras: «Tiembo por el pais. Los moderados tratan ya de reformar la Constitucion, y de volver al rey un poder apenas reconquistado todavia por el pueblo. El alma se entristece al considerar las siniestras intenciones de esos hombres. A mi empieza ya á faltarme el valor, y estoy muy próximo á abandonar el puesto en que vuestra confianza me ha colocado. ¡Oh patria mia! ¡Si tú te salvas yo exhalaré en paz mi último suspiro!»

De esta manera, hablaba Petion, que empezaba ya á ser el idolo del pueblo. No tenia este hombre, ni la audacia, ni el talento de Robespierre, pero le llevaba la ventaja de saberse cubrir con el vergonzoso velo de la hipocresia, cuando las situaciones podian tener un doble resultado. El pueblo le tenia por honrado, y su palabra tenia sobre las masas la autoridad que da la fama bien ó mal adquirida, de ser hombre de bien.

XVIII.

La coalición que denunciaba al pueblo era cierta. Barnave estaba de acuerdo con la corte, y Malouet, miembro elocuente y habil del lado derecho, tenia inteligencias con Barnave. Estos dos hombres unidos, hoy enemigos encarnizados ayer, habian concertado un plan de comun acuerdo, para modificar la Constitucion. Llegado era el momento de encuadrar en un solo tomo,

todas aquellas leyes dispersas votadas en medio de una revolucion que contaba treinta meses de existencia. Esperando en esta revision de las actas de la Asamblea, la parte orgánica de la que no lo era, no podia menos de suceder, que tuviesen que volverse á discutir todos ó casi todos los artículos de la Constitucion. Para corregirlos en sentido mas monárquico, era preciso aprovechar la nueva reaccion que la victoria de La Fayette habia producido. Lo que la pasion y la ira habia arrebatado de mas á las prerogativas de la corona, la razon y la reflexion podian devolvérselo. Los mismos hombres, que habian colocado el poder ejecutivo en manos de la Asamblea, confiaban ahora en arrancárselo, creyendo que nada habia imposible para su elocuencia y popularidad. Estos hombres, como todos los que han subido en alas del movimiento revolucionario, creian que les seria mucho mas fácil bajar, porque no reparaban que aquellas fuerzas de que tan enorgullecidos estaban no eran suyas propias, sino de aquella misma revolucion que les habia hecho subir á la altura en que se encontraban. Los sucesos iban á enseñarles muy pronto, que no hay fuerza suficiente contra las pasiones, cuando se ha cedido una vez á ellas. La fuerza de un hombre de Estado es su carácter, y una pequeña consideracion con las facciones, ó la concesion mas insignificante, son unos compromisos contraidos con ellas, de que no es fácil desprenderse. En cuanto uno ha consentido en servir las de instrumento, podrá llegar á ser su idolo ó su víctima; jamás conseguirá dominarlas como dueño y señor absoluto. Barnave iba á conocerlo demasiado tarde y los girondinos debian conocerlo despues. Malouet puso en conocimiento de los principales miembros del partido realistas, el plan que habia combinado con Barnave, que sustancialmente era como sigue: Malouet subiria á la tribuna, y en un discurso vehemente y razonado, atacaria todos los vicios de la Constitucion; demostraria al mis-

mo tiempo, que si la Asamblea no trataba de corregir estos vicios, antes de presentar la Constitución, para que fuese jurada por el rey y por el pueblo, estos no jurarian sino la anarquía. Los trescientos miembros del lado derecho, debían apoyar con sus aplausos las acusaciones del orador. Entonces Barnave se levantaría aparentemente irritado, pidiendo la palabra para contestar al preopinante, y en un discurso capcioso vengaría á la Constitución de las invectivas de Malouet, conviniendo sin embargo, en que aquella constitucion improvisada en el ardor del entusiasmo de una revolucion y bajo la influencia de azarasas circunstancias, podia tener algunas imperfecciones. Entonces debia proseguir su discurso diciendo, que la reflexion y la sabiduria de la Asamblea, podian remediar aquellos pequeños defectos, antes de separarse, y que entre otras mejoras de que aquella obra era susceptible, podrian retocarse dos ó tres artículos, en que las atribuciones de los poderes ejecutivo y legislativo no estaban bien definidas, concluyendo con que esto podia hacerse de suerte, que se restituyese al poder ejecutivo la independencia y accion indispensables á su existencia. Los amigos de Barnave, de Lameth y de Duport, y todos los demás miembros del lado izquierdo menos Robespierre, Petion, Buzot y los republicanos apoyarian estrepitosamente este discurso, y en seguida se nombraría una comision especial para revisar los artículos en cuestion. Esta comision terminaría su trabajo antes que finalizase aquella legislatura y los trescientos votos de Malouet unidos á los constitucionales que seguian á Barnave, constituirian una mayoría inmensa en favor de aquellas enmiendas que habian de restaurar la monarquía.

XIX.

Los miembros del lado derecho se negaron unánimemente á apoyar este plan. «Corregir la Constitución seria sancionar la revolucion. Unirse á los facciosos seria convertirse en facciosos. Restaurar la monarquía por mediacion de Barnave seria degradar al rey, hasta el estremo de hacerle estar reconocido á un faccioso. Sus esperanzas no eran tan insignificantes que no le quedase otro remedio á su partido que el de aceptar aquel ridiculo papel que le habian repartido en una comedia de revolucionarios asustados. Tampoco fundaban sus esperanzas en que el mal se remediase; al contrario, deseaban que se empeorase porque el mismo desórden volveria á traer el órden. El rey estaba en las Tullerías, pero la monarquía no estaba allí, estaba en Coblentza y sobre todos los tronos de Europa. Las monarquías eran solidarias y ellas sabrian restaurar el trono en Francia sin necesidad de ponerse de acuerdo con los que le habian derribado.»

Asi discurrían los miembros del lado derecho. Las pasiones y los resentimientos personales cerraban sus oídos á los sanos consejos de la moderacion y de la prudencia, y la monarquía caminaba á una inevitable catastrofe, empujada sistemáticamente tanto por sus enemigos como por sus mismos amigos. El plan abortó como era consiguiente. En tanto que el rey prisionero mantenía dobles y secretas inteligencias, ya con sus hermanos emigrados para enterarse de lo que podria prometerse de la energia de las potencias estrangeras, ya con Barnave para intentar atraer á su partido á la Asamblea, esta iba perdiendo su antiguo ascendiente, y el espíritu de la revolucion desertando de aquel recinto en que nada tenia que esperar, iba á animar los clubs y las municipalidades

mo tiempo, que si la Asamblea no trataba de corregir estos vicios, antes de presentar la Constitución, para que fuese jurada por el rey y por el pueblo, estos no jurarian sino la anarquía. Los trescientos miembros del lado derecho, debían apoyar con sus aplausos las acusaciones del orador. Entonces Barnave se levantaría aparentemente irritado, pidiendo la palabra para contestar al preopinante, y en un discurso capcioso vengaría á la Constitución de las invectivas de Malouet, conviniendo sin embargo, en que aquella constitucion improvisada en el ardor del entusiasmo de una revolucion y bajo la influencia de azarosas circunstancias, podia tener algunas imperfecciones. Entonces debia proseguir su discurso diciendo, que la reflexion y la sabiduria de la Asamblea, podian remediar aquellos pequeños defectos, antes de separarse, y que entre otras mejoras de que aquella obra era susceptible, podrian retocarse dos ó tres artículos, en que las atribuciones de los poderes ejecutivo y legislativo no estaban bien definidas, concluyendo con que esto podia hacerse de suerte, que se restituyese al poder ejecutivo la independencia y accion indispensables á su existencia. Los amigos de Barnave, de Lameth y de Duport, y todos los demás miembros del lado izquierdo menos Robespierre, Petion, Buzot y los republicanos apoyarian estrepitosamente este discurso, y en seguida se nombraría una comision especial para revisar los artículos en cuestion. Esta comision terminaría su trabajo antes que finalizase aquella legislatura y los trescientos votos de Malouet unidos á los constitucionales que seguian á Barnave, constituirian una mayoría inmensa en favor de aquellas enmiendas que habian de restaurar la monarquía.

XIX.

Los miembros del lado derecho se negaron unánimemente á apoyar este plan. «Corregir la Constitución seria sancionar la revolucion. Unirse á los facciosos seria convertirse en facciosos. Restaurar la monarquía por mediacion de Barnave seria degradar al rey, hasta el estremo de hacerle estar reconocido á un faccioso. Sus esperanzas no eran tan insignificantes que no le quedase otro remedio á su partido que el de aceptar aquel ridiculo papel que le habian repartido en una comedia de revolucionarios asustados. Tampoco fundaban sus esperanzas en que el mal se remediase; al contrario, deseaban que se empeorase porque el mismo desórden volveria á traer el órden. El rey estaba en las Tullerías, pero la monarquía no estaba allí, estaba en Coblentza y sobre todos los tronos de Europa. Las monarquías eran solidarias y ellas sabrian restaurar el trono en Francia sin necesidad de ponerse de acuerdo con los que le habian derribado.»

Asi discurrían los miembros del lado derecho. Las pasiones y los resentimientos personales cerraban sus oídos á los sanos consejos de la moderacion y de la prudencia, y la monarquía caminaba á una inevitable catastrofe, empujada sistemáticamente tanto por sus enemigos como por sus mismos amigos. El plan abortó como era consiguiente. En tanto que el rey prisionero mantenía dobles y secretas inteligencias, ya con sus hermanos emigrados para enterarse de lo que podria prometerse de la energia de las potencias extranjeras, ya con Barnave para intentar atraer á su partido á la Asamblea, esta iba perdiendo su antiguo ascendiente, y el espíritu de la revolucion desertando de aquel recinto en que nada tenia que esperar, iba á animar los clubs y las municipalidades

y á influir en las próximas elecciones. La Asamblea había ya cometido la falta de declarar á sus miembros no elegibles en la próxima legislatura.

Esta renuncia que había hecho de sí misma, y que tenía el aspecto de un heroísmo desinteresado, era en realidad el sacrificio de la patria, era en fin, el ostracismo de las notabilidades y el triunfo seguro de las medianías. Por rica que sea una nación en talentos y en virtudes nunca cuenta un número ilimitado de grandes ciudadanos. La naturaleza es muy avara en este punto. Muy difícil es encontrar reunidas las condiciones sociales que son necesarias para formar un hombre público. Inteligencia, luces, virtud, carácter independiente, bienes de fortuna, reputación bien adquirida y abnegación sublime, son cosas que raras veces concurren en un solo individuo. No se decapita impunemente á toda una sociedad. Las naciones son como el suelo que pisamos: despues que se ha quitado la tierra vegetal se encuentra la toba, y esta es estéril. La Asamblea constituyente había olvidado esta verdad, ó por mejor decir, su abdicación era muy parecida á una venganza. El partido realista habían votado la no reelección á fin de que la revolución dirigida por otras manos que las de Barnave diese en todos los excesos de la demagogia. El partido republicano había votado lo mismo por destruir á los constitucionales. Estos votaron en igual sentido por castigar la ingratitude del pueblo, y por hacer que les echasen de menos en vista de la gran diferencia que forzosamente había de haber entre ellos y sus sucesores. En resumen este voto fué hijo de todas las pasiones distintas que se agitaban dentro y fuera de la Asamblea, malas todas ellas, y que no podían producir sino la ruina de todos los partidos.

Solo el rey era el que no aprobaba esta medida porque presentaba el arrepentimiento de la Asamblea nacional y porque estaba de acuerdo con sus principales cau-

állos, y era depositario del secreto de muchas conciencias.

Una nación nueva, desconocida é impaciente, iba á presentárseles frente á frente en la nueva Asamblea, y tanto por lo que se traslucía en los periódicos, como por lo que se decía en los clubs y en las calles y plazas públicas, no le quedaba duda sobre quienes serian las personas en que el pueblo depositaría su confianza. El rey prefería tener enemigos conocidos, muchos de ellos fatigados ya de la lucha, y otros ganados á su favor, á hárselas con unos enemigos nuevos y fogosos que querían sobrepujar en exigencias á los que les habían precedido. A estos no les quedaba ya otra cosa que hacer que derribar el trono, y al rey no le quedaba nada que concederles sino su vida.

XX.

Los nombres de los principales candidatos para la nueva Asamblea se leían casi en todas las hojas volantes, y eran por Paris Brissot, Condorcet y Danton, y por los departamentos Vergniaud, de Guadet, d'Isnard, de Louvet, de Goussonné, que fueron despues los girondinos, así como los de Thuriot, Merlin, Carnot, Couthon, Danton y Saint-Just, que unidos despues á Robespierre fueron alternativamente sus instrumentos ó sus victimas.

Condorcet era un político tan intrépido en sus actos como atrevido en sus especulaciones. Su política era la consecuencia legitima de su filosofía, creía en la divinidad de la razón y en la omnipotencia de la inteligencia humana, dominada por la libertad.

Ese cielo, morada de todas las perfecciones ideales, en donde el hombre espera hallar delicias inefables, no existía para Condorcet, que creía que la tierra era su pa-

raiso. Su ciencia consistía en su virtud, y su dios era el espíritu humano. Le parecía que este espíritu, fertilizado por la ciencia, debía triunfar de todas las resistencias que le opusiese la materia y descubrir todas las potencias creadoras de la naturaleza para renovar la faz de la creación. Su política era hija de este sistema, cuyo principal dogma era adorar el porvenir y detestar lo pasado. Poseía el frío fanatismo de la lógica y la ira concentrada de la convicción. Discípulo de Voltaire, de d'Alambert y de Helvecio, pertenecía, como Bailly, á aquella generación intermedia de filósofos que habían despejado el camino á la revolución. Mas ambicioso que Bailly, no tenía la impasibilidad de éste, y aristócrata por su nacimiento, había desertado, como Mirabeau, á las filas del pueblo. Despreciado por la corte, la aborrecía con el odio de los desterrados, y se había hecho popular para hacer del pueblo el ejército de la filosofía. No quería la república sino en cuanto le servía para destruir las preocupaciones, y con tal de obtener el triunfo de las nuevas ideas hubiera adoptado de buena gana una monarquía constitucional. Este hombre era mas bien un adalid de la revolución que un hombre de anarquía; los aristócratas, al pasarse al partido del pueblo, van siempre acompañados de las ideas de orden y de superioridad que abrigan anteriormente y quieren regularizar el desorden y dirigir hasta las tempestades. Los verdaderos anarquistas son los que impacientes por haber obedecido siempre, se sienten al mismo tiempo incapaces de mandar; Condorcet redactaba desde 1789 la *Crónica de París*, periódico de doctrinas constitucionales, en el que se distinguía bajo las palpitaciones de la ira, la mano elegante y fría del filósofo. Si Condorcet hubiese estado dotado del calor y hubiese tenido su lenguaje el colorido que tenía el de Mirabeau, le hubiese igualado en la nueva Asamblea. Tenía la fé y la constancia de aquel, pero carecía del acento sonoro que resuena en las almas de

los demas al oír á los hombres que lo poseen. El club de electores de París, que se reunía en la Santa Capilla, quería elegir diputados á Condorcet y á Danton.

XXI.

Danton, que al principio de la revolución era un abogado oscuro de uno de los tribunales de París, había ido creciendo con ella, y había adquirido esa celebridad que concede fácilmente el pueblo á todo el que ve y oye por todas partes. Era este uno de esos hombres que parece que nacen del hervor de las revoluciones y que van nadando sobre el tumulto, hasta que son devorados por él. En Danton todo era atlético, brusco y vulgar como las masas, á las que debía agradar forzosamente, por la gran semejanza que con ellas tenía. Su elocuencia se parecía mucho á la explosión de las turbas, y su sonora voz, era muy semejante al rugido de la sublevación. Sus frases cortas y terminantes, eran tan concisas y ejecutivas como las voces militares de mando, y su ademán irresistible daba impulso á las reuniones de amotinados. Toda su política consistía entónces en su ambición, y sin principios fijos no quería de la democracia sino el desorden. Este hombre había hecho de ella su elemento, y se había lanzado resueltamente en sus brazos, menos por dominarla que por experimentar ese placer sensual que encuentra el hombre en el movimiento acelerado que le arrebató. Embriagábase con el vértigo revolucionario, como hubiera podido embriagarse con el vino, y resistía bien esta embriaguez. Conservaba siempre la superioridad de la calma, aun en medio de la confusión que creaba para dominarla. Conservando su sangre fría aun en medio de sus mayores arrebatos escitaba la hilaridad de los clubs, cuando mas furiosos estaban. Danton divertía

al pueblo y le apasionaba á un mismo tiempo. Satisfecho de este doble ascendiente que sobre él tenía, no pensaba siquiera en respetarle y no le hablaba de principios ni de virtud, sino de fuerza, único ídolo que él adoraba. Todos los medios eran buenos para él, que podía llamarse el hombre de Estado de las circunstancias, porque jugando con el movimiento, sin otro objeto que entretenerse con lo terrible que el mismo juego tenía en sí, miraba con indiferencia la única responsabilidad que de ello podía resultarle, que era el que una casualidad le hiciese perder la cabeza. Para semejantes hombres no podían menos de ser indiferentes el despotismo ó la libertad. El desprecio que hacia del pueblo debía inclinarle mas bien á la tiranía que á otra cosa. Cuando no se ve nada divino en los hombres, el mejor partido que puede sacarse de ellos, es sujetarlos, porque no se sirve bien sino á aquellos que se respeta. Danton estaba con el pueblo porque habia nacido en él, y porque le parecia que debia triunfar, pero le hubiese vendido sin el menor escrúpulo del mismo modo que le servia. La corte conocia el precio de sus convicciones, y él la amenazaba para que tuviese interés en comprarle, de suerte que sus mociones por revolucionarias que fuesen no eran mas que la subasta de su conciencia. Mezclábase el interés en todas las intrigas y no se alarmaba su probidad por las ofertas que se le hacian. Comprábanle los partidos todos los dias, y al dia siguiente estaba otra vez de venta. Mirabeau, La Fayette, Montmorin, Mr. de la Porte, intendente de la lista civil, y el duque de Orleans, sabian muy bien el secreto de su venalidad, porque todos le habian comprado alternativamente. El oro procedente de todas estas fuentes impuras, no le habia enriquecido, porque lo gastaba con la misma facilidad que lo adquiria. Cualquiera otro se hubiese avergonzado delante de los hombres que poseian el secreto de su venalidad, pero este les miraba cara á cara sin ruborizarse.

Danton era el punto céntrico de todos esos hombres que en los grandes sucesos no tratan sino de engrandecerse, pero con la diferencia de que aquellos tienen toda la bajeza del vicio y Danton era héroe hasta en sus mismas debilidades. Su inteligencia se aproximaba mucho al genio, la incredulidad que era la enfermedad de su alma, era tambien, á su modo de ver, la fuerza de su ambicion, y la cultivaba con esmero como elemento de su futura grandeza. Infundiáale desprecio todo el que era capaz de respetar alguna cosa, y semejante hombre no podia menos de tener un inmenso ascendiente sobre las masas. Agitábalas y haciálas subir hasta la superficie, dispuesto á embarcarse en cualquiera mar, aun cuando fuera de sangre.

XXII.

Brissot de Warville era otro de los candidatos por Paris. Este hombre fué el fundador del partido de los girondinos, y primer apóstol y mártir de la república. Preciso es por lo tanto que lo conozcamos á fondo. Brissot era hijo de un pastelero de Chartres, en donde habia hecho sus primeros estudios con su compatriota Petion. Literato aventurero habia empezado á usar el apellido de Warville que no era el suyo, á pesar de que la nobleza de un plebeyo consiste en no avergonzarse del apellido de su padre. Brissot no era escrupuloso en esta materia, por cuya razon se apoderó de uno de esos apellidos aristocráticos, contra los cuales iba á sublevarse dentro de poco proclamando la igualdad. Semejante en todo á Rousseau, menos en el talento, trató de hacer fortuna de mil maneras y se vió mucho mas miserable que aquel, antes de llegar á obtener nombradía. Los caracteres de los hombres, suelen degradarse con esa lucha que tienen que sostener para atender á su subsistencia, por el roce

que forzosamente han de tener con todo lo mas degradado y corrompido de las grandes ciudades. Rousseau habia paseado su indigencia y sus sueños á través de la naturaleza, cuyo espectáculo lo purifica todo y habia salido de esta lucha convertido en filósofo. Brissot habia arrastrado su miseria y su vanidad por las calles de Paris y de Londres, y por esas sentinas de infamia donde pululan los aventureros y los libelistas. De estos sitios habia salido hecho un intrigante.

Sin embargo, en medio de tantos vicios que habian hecho dudosa su probidad y sospechoso su nombre, alimentaba en el fondo de su alma tres virtudes capaces de sacarle de aquel envilecimiento que consistian en un amor tierno hácia una hermosa jóven con quien habia casado á disgusto de su familia, en la afición al trabajo y en un valor contra las adversidades de la vida que tuvo que desplegar mas tarde contra la muerte. Su filosofía era la de Rousseau, creía en Dios y tenia fé en la libertad, en la verdad y en la virtud. Habia en su alma un gran fondo de interés por la humanidad, virtud que en los filósofos reemplaza á la caridad cristiana; aborrecía la sociedad porque no hallaba en ella sitio en que colocarse; pero lo que mas aborrecía en ella eran sus preocupaciones y sus perpétuos engaños. Hubiera querido este hombre poderla rehacer no tanto en su beneficio como en provecho de la misma sociedad, y hubiera consentido gustoso en sepultarse entre sus ruinas con tal que estas ruinas hubiesen abierto campo al plan ideal que él se habia formado del gobierno de la razon. Brissot fué al principio uno de esos talentos mercenarios que escriben para quien les paga, y su pluma habia estado á disposicion de todos los ministros, particularmente á la de Turgot. Leyes criminales, teorías económicas, diplomacia, literatura, filosofía y hasta libelos, á todo se prestaba su pluma con tal de que le resultase alguna utilidad. Deseoso de hacerse con el apoyo de todos los hombres po-

deroso ó célebre, habia incensado á Voltaire y á Franklin lo mismo que á Marat. Conocido de madama de Genlis, la debia el haber entrado en relaciones con el duque de Orleans. Enviado á Londres por el ministro para desempeñar una comision de esas que nunca se dicen por no avergonzarse, se habia unido al redactor del *Correo de Europa*, periódico que se imprimia en francés en Inglaterra y cuyas ideas atrevidas y avanzadas causaban bastante inquietud á la corte de las Tullerías. Vendióse entonces á Swinton, propietario de aquel periódico, y le redactó en un sentido favorable á las miras de Vergennes. Allí conoció algunos libelistas y entre ellos á Morande. Estos escritores rechazados por la sociedad, se convierten á menudo en unos malvados de pluma, que viven á la vez con los escándalos del vicio y con el salario del espionaje. El contacto que tuvo Brissot con estos hombres, le contaminó y le hizo aparecer muchas veces como cómplice suyo. Esta mancha le acompañó toda su vida, y sus enemigos la hicieron resaltar, de suerte, que para borrarla tuvo que apelar á la estimacion pública. Vuelto á Francia cuando se manifestaron los primeros sintomas revolucionarios, habia espiado las fases sucesivas de la revolucion, con la ambicion inquieta de un hombre impaciente, y con la indecision del que no sabe por donde soplará el viento. Muchas veces se habia engañado y comprometido, por haberse decidido precipitadamente por ciertos hombres, cuyo poder parecia indestructible, y La Fayette fué uno de estos. Brissot siendo redactor del *Patriota Francés*, habia aventurado alguna vez ideas revolucionarias, y queriendo adular un porvenir que le parecia no estar muy distante, habia ido mas de prisa que las mismas facciones, lo cual habia merecido la desaprobacion de Robespierre.

«Mientras que yo me contentaba (dice éste) con defender los principios de la libertad sin mezclarme en ninguna otra cuestion estraña, ¿qué es lo que haciais

Brissot y Condorcet? Conocidos hasta entonces por vuestra gran moderacion y por vuestras relaciones con La Fayette, fuisteis mucho tiempo sectarios del club aristocrático del 89 cuando de repente salió de vuestras bocas la palabra *república*. Entonces esparcisteis un periódico titulado *El Republicano* y los espíritus empezaron á fermentar. La sola voz de república introduce la division entre los patriotas y da á nuestros enemigos el pretexto plausible que hacia mucho tiempo buscaban, de publicar que existe en Francia un partido que conspira contra la monarquía constitucional. Con este pretexto, se nos persigue y los ciudadanos pacíficos son degollados en el mismo altar de la patria. A nosotros, se nos señala con el título de los facciosos, y la revolucion retrocede medio siglo. En esta época se presenta Brissot en los Jacobinos donde jamás habia estado, á proponer la república, cuestion de que por prudencia nos habiamos abstenido de hablar en la Asamblea nacional. ¿Qué fatalidad ha conducido á Brissot, al seno de los Jacobinos? quiero conceder que no fuese esto sino una astucia ratera, ó tal vez una imprudencia hija de su ineptitud; pero hoy, que sus relaciones con La Fayette y con Narbonne no son ya un misterio; hoy que ya no oculta sus planes de innovaciones peligrosas, sepa que la nacion romperá al instante todas las tramas que tantos años les han costado urdir, á él y á otros intrigantes de segundo órden.»

Tal era el lenguaje de Robespierre, respecto á la candidatura de Brissot, y aunque la envidia tenia mucha parte en él, tampoco le faltaba justicia para espresarse en estos términos. La revolucion y la contrarevolucion le rechazaban y le deshonoraba al mismo tiempo. Los antiguos amigos que se habia adquirido en Londres, y sobre todos Morande que habia vuelto á Paris, valido de la impunidad de la época, revelaban en el *Argos* y en pasquines que ponian por las esquinas, las ocultas intrigas

y los escándalos de la vida literaria del que habia sido su asociado. Citaban infinidad de cartas auténticas, en las que Brissot habia mentido con el mayor descaro sobre su apellido, sobre la gerarquía social de su familia, y sobre los bienes de su padre, todo por captarse la confianza de Swinton y por darse importancia, por cuyos medios habia pegado varios petardos en Inglaterra. De todo esto tenian pruebas convincentes. Imputábanle además que so pretexto de fundar un liceo en Londres, aunque en realidad para apropiársela, habia sacado una suma considerable á un tal Desforges. No contentos con esto, demostraron hasta la evidencia que Brissot al salir de Inglaterra habia dejado en poder del citado Desforges ochenta cartas, por las que se probaba su infame participacion en el comercio de libelos que hacian sus amigos. Los periódicos que atacaban su candidatura, se apresuraron á denunciar todos estos escándalos, para hacer que perdiese la opinion en el concepto del público, y hasta se le acusó de haberse apropiado cierta soma que hacia ya mucho tiempo estaba olvidada en la caja de las *Hijas de Santo Tomás*, de cuyo distrito era presidente. Su justificacion ofreció bastante dificultad, pero á pesar de ser algo oscura fué suficiente para que el club de la calle de la Michodiére declarase su inocencia é integridad.

Otros periódicos, sin mezclarse en su vida privada, hablaron solamente de la política y tomaron su defensa, cifándose, sin embargo, á lamentarse de la calumnia. Su amigo Manuel, redactor de un periódico cínico, trató de consolarle en estos términos. «Las manchas de la calumnia, caen sobre los hombres políticos en la época de las elecciones, y siempre dejan algun vestigio sobre el que ha sido calumniado; pero para que triunfen los enemigos del pueblo, no hay medio mejor que el de degradar al que les combate sin temor. A mí mismo no me faltan votos, á pesar de mi chochez y de mi afición á la botella.

Dejad al padre Duchesne y nombrad á Brissot que vale mas que yo.» Marat en el *Amigo del pueblo* hablaba de Brissot en términos ambiguos. «Jamás (decía) he visto en Brissot un patriota franco. Bien sea por ambición, bien por bajeza, ello es que hasta aquí ha faltado á los deberes de un buen ciudadano. ¿Por qué ha tardado tanto en abandonar á ese general hipócrita? ¿Por qué ha comido hasta ahora en el mismo plato de La Fayette? ¡Pobre Brissot! Ahora eres víctima de la perfidia de un criado de palacio, y de un cobarde traidor, ¡como ha de ser! ten paciencia, pobre amigo mio, porque la suerte que ahora te cabe, es la que está reservada á todos los hombres tan indecisos como tú. Has disgustado á todo el mundo, y nunca serás nada. Si aun te queda algun sentimiento de dignidad, apresúrate á hacer que tu nombre sea borrado de la lista de candidatos para la próxima legislatura.»

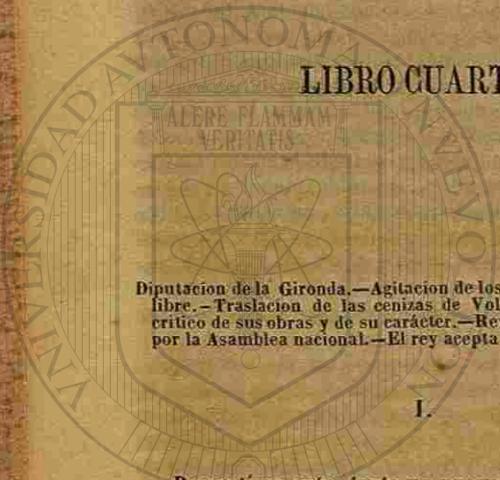
De este modo, y siendo objeto de bafa para ambos partidos, se presentaba por primera vez en la escena política este hombre, que hacia vanos esfuerzos por apartar de sí el desprecio que habian hecho recaer sobre su nombre las faltas de su juventud, para entrar en la austeridad de un nuevo é importante papel político, apareciendo como un hombre medio intrigante y medio virtuoso. Brissot, que habia de ser con el tiempo el centro de union de los girondinos, revelara ya entonces en su carácter todo lo que se desarrolló mas tarde en los destinos de su partido, porque reunia á la intriga del patriotismo la estoica serenidad del mártir. Entre los candidatos por París descollaba Pastoret, hijo del Mediodia, aunque prudente y astuto como los hombres del Norte, que bien quisto con todos los partidos, ofrecia garantías suficientes á la revolución, sin dejar por eso de manifestar una adhesión secreta al rey, que le mantenía en su confianza. Llevado de aquí para allá por el favor de estas dos opiniones, su talento le impulsaba á buscar fortuna, pero sin salirse jamás de los límites de la honradez. Los otros eran Lacc-

pede, Cerutti, Herault de Sechelles, y Gouvion, ayudante de campo de La Fayette. Las elecciones del departamento llamaron poco la atención, porque todas las notabilidades pertenecian á la Asamblea nacional; por consiguiente, el ostracismo que esta se habia impuesto dejaba el campo espedito á los talentos de segundo orden. Unos hombres desconocidos todavia no podian entusiasmar á nadie, y el público tenia fija la atención en los nombres que iban á desaparecer de la escena política. Un pais no adquiere nunca dos nombradías y la de Francia desaparecia con los miembros de la Asamblea que iba á disolverse, para que surgiese otra Francia enteramente distinta de la anterior.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



LIBRO CUARTO.

Diputación de la Gironda.—Agitación de los clubs.—Oradores al aire libre.—Traslación de las cenizas de Voltaire al Panteón.—Juicio crítico de sus obras y de su carácter.—Revisión de la Constitución por la Asamblea nacional.—El rey acepta la Constitución.

I.

Presentiase entre tanto un nuevo movimiento político por el lado de Mediodía y Burdeos estaba en fermentación. El departamento de la Gironda, acababa de crear de un golpe todo un partido político, con el nombramiento de sus doce diputados. Este departamento distante de París, iba á apoderarse de solo un golpe del imperio de la opinión y de la elocuencia. Los nombres oscuros hasta entonces de Ducos, de Guadet, de Granjeneuve, de Gensonné, y de Vergniaud, iban á hacerse célebres con las borrascosas desgracias de su patria. Estos hombres estaban destinados á imprimir en la revolución, indecisa todavía, un movimiento que habia de precipitarla en la república. ¿Por qué habia de venir este impulso del departamento de la Gironda y no de París? Arriesgado sería

hacer otra cosa que meras conjeturas sobre este particular. Sin embargo, era mas fácil que estallase el movimiento republicano en Burdeos que en París, en donde la presencia de la corte y la continua acción que sobre la población ejercia desde tiempos muy remotos, enervaba la independencia de los caracteres y la austeridad de los principios, que son las bases fundamentales del civismo. Los estados del Languedoc y los hábitos consiguientes á una provincia administrada por sí misma, debian predisponer á los habitantes de la Gironda, á tener un gobierno electivo y federativo.

Burdeos era un país parlamentario. Los parlamentos habian sostenido por todas partes el espíritu de resistencia, y aun habian creado muchas veces el espíritu de facción contra la corona. Burdeos era un pueblo comercial, que como todos los que se hallan en igual caso, amando la libertad por propio interés, concluyen por contraer el sentimiento de ella. Burdeos era una ciudad colonial y la grande escala de América en Francia. Las continuas relaciones entre su marina mercantil y los americanos, habian introducido en la Gironda un gran entusiasmo por las instituciones liberales. Era finalmente Burdeos un país, mas á propósito y mas espuesto á los rayos de la filosofía que el centro de la Francia; así es, que habia germinado allí sin ningun auxilio extraño, antes de germinar en París. Burdeos era la patria de Montaigne y de Montesquieu, primeros republicanos célebres del pensamiento francés. El uno habia sondeado libremente los dogmas religiosos; el otro, habia penetrado en lo mas recóndito de las instituciones políticas. El presidente Dupaty, habia fomentado allí despues el entusiasmo por la nueva filosofía. Era ademas Burdeos una tierra casi romana, en donde las tradiciones de la libertad y del foro romano se habian perpetuado en el parlamento. Existian aun allí ciertos vestigios de la antigüedad, y Burdeos era mas republicana aun en su elocuencia

que en su opinion. Descubriase aun en su patriotismo algo del énfasis latino, y era de esperar que la república naciese en donde habian nacido Montaigne y Montesquieu.

II.

El momento de las elecciones fué la señal de un encarnizado combate entre la prensa periódica. El método ordinario de distribuir los periódicos, no se consideró ya suficiente, por lo cual se encargó la direccion de la opinion pública, á una porcion de repartidores de nueva invencion, que gritando por las calles su contenido, hacian mayor la espendicion. Inventáronse ademas ciertos periódicos—carteles que se fijaban en las esquinas de las calles y plazas públicas, á fin de que el pueblo pudiese leerlos comodamente. Unos oradores nómadas inspirados ó pagados por los diferentes partidos estaban fijos allí para comentar aquellos escritos con todo el calor que da la pasion. Loustalot, en las *Revoluciones de Paris*, periódico fundado por Prudhomme y continuado despues por Chaumete y por Fabre-d'Eglantine; Marat, en el *Publicista* y en el *Amigo del pueblo*; Brissot, en el *Patriota francés*; Gorsas, en el *Correo de Versailles*; Condorcet, en la *Crónica de Paris*; Cerutti, en la *Hoja de la aldea*; Camilo Desmoulins en los *Discursos del Reverbero* y en las *Revoluciones de Brabante*; Freron en el *Orador del pueblo*. Hebert y Manuel, en el *Padre Duchesne*; Carra, en los *Anales patrióticos*; Fleydel, en el *Observador*; Lacroix, en el *Diario de los Jacobinos*; Fanchet, en la *Boca de Hierro*; Royon, en el *Amigo del rey*; Champcenez, y Rivarol, en las *Actas de los apóstoles*; y Suleau y Andrés Chelier, en varias hojas realistas ó moderadas, agitaban en todos sentidos el espíritu público, cuyo dominio se disputaban. Parecía que la antigua

tribuna de los romanos, se habia trasladado á la casa de cada ciudadano, y habia enseñado su lenguaje á todas las clases, aun á las menos ilustradas. La ira, los recelos, el odio, la envidia, el fanatismo, la credulidad, la injuria, la sed de sangre, los terrores pánicos, la locura, la razon, la revolucion, la fidelidad, la elocuencia y la ignorancia, cada una de estas cosas tenia su órgano en este desconcierto de todas las pasiones civiles. La ciudad se embriagaba todas las noches con los cálidos miasmas producidos por la fermentacion de tantas pasiones distintas, y nadie trabajaba. La única ocupacion del pueblo, era una vigilancia sin intermision sobre el trono y sobre las maquinaciones, reales ó ficticias, de la aristocracia, con lo que creía prevenirlas y salvar la patria. Los gritos de los revendedores de periódicos, las canciones patrióticas que cantaban los jacobinos al salir de los clubs, las reuniones tumultuosas, las convocatorias para las ceremonias cívicas y los terrores ficticios sobre falta de subsistencias, tenian á las masas de la ciudad y de los arrabales, en una continua agitacion. La opinion pública no dejaba dormir á nadie. La indiferencia hubiese parecido traicion, y era preciso ponerse furioso ó al menos fingirlo, para estar á la altura del espíritu público. Cada nueva circunstancia, aumentaba las pulsaciones de esta calentura, infiltrada por la prensa en todas las venas de la nacion. Su lenguaje participaba del delirio y se envilecía, hasta hacer uso de las mas cínicas palabras.

La prensa habia adoptado todos los refranes del populacho, su trivialidad, sus obscenidades y todas las demas palabrotas de que usa en sus conversaciones para manifestar su odio ó su sed de venganza. Danton, Hebert y Marat, fueron los primeros que adoptaron este tono, y que se sirvieron de un lenguaje soez para halagar á la plebe con la imitacion de sus vicios. Robespierre no se degradó nunca hasta este punto, porque no quería apoderarse del favor del pueblo adulándole en sus viles

instintos, sino tratando de convencer su razón. El fanatismo que le inspiraba con sus discursos, tenía al menos la decencia de los grandes pensamientos, y dominándole por el respeto, desdenaba captarse su benevolencia por una familiaridad baja é indecente. Cuanto mas ascendiente adquiría y cuanto mayor era la confianza que en él tenían las masas, tanto mas afectaba en sus palabras la elevación filosófica y el tono austero de un hombre de Estado. Conociáse en sus provocaciones, aun las mas radicales, que si trataba de renovar el órden social, no quería sin embargo corromper sus elementos, porque á su modo de ver existía una gran diferencia en emancipar el pueblo y degradarle.

III.

En esta misma época mandó la Asamblea nacional que las cenizas de Voltaire se trasladasen al Panteon. Así se vengaba la filosofía del anatema que habia caído sobre los restos mortales del innovador. El cuerpo de Voltaire habia sido llevado furtivamente y en la misma noche de su fallecimiento, á la iglesia de la abadía de Sellères, en Champaña, por un sobrino suyo. Cuando la nacion vendió aquella abadía, las ciudades de Troyes y Romill se disputaron la gloria de poseer y de honrar los huesos del gran hombre del siglo. París, en donde Voltaire habia exalado el último suspiro, reclamó sus derechos y pidió á la Asamblea que su cuerpo fuese depositado en el Panteon, que era la catedral de la filosofía. La Asamblea acogió gustosa esta idea como un homenaje tributado á la libertad, en la persona de uno de sus primeros y mas distinguidos caudillos. «El pueblo le debe su libertad, dijo Regnault de Saint-Jean d' Angely, al ilustrarle le ha hecho conocer su poder, porque solo

se logra encadenar á las naciones cuando se hallan envueltas en las densas tinieblas de la ignorancia. En cuanto la luz de la razón las descubre lo vergonzoso que es llevar pacientemente las cadenas, se ruborizan de llevarlas y las hacen pedazos.»

El 11 de julio la municipalidad y el consejo departamental, en traje de etiqueta, salieron hasta la barrera de Charenton á recibir el cuerpo de Voltaire. Interinamente fué depositado en el solar de la antigua Bastilla como un conquistador sobre sus trofeos, y el féretro se colocó sobre un pedestal, hecho con las piedras de los cimientos de aquel antiguo baluarte de la tiranía. Así triunfaba Voltaire, despues de muerto, de aquellas piedras que le habian guardado vivo. Sobre una de estas piedras habia una inscripcion concebida en estos términos: *Recibe en este sitio, en donde te encadenó el despotismo, los honores que te decreta tu patria.*

IV.

Al otro día, en medio de un sol abrasador, un pueblo inmenso iba acompañando el carro triunfal en que iban los restos mortales de Voltaire. Iba tirado el carro por doce caballos blancos, colocados á cuatro de frente, ricamente enjaezados con oro y flores entrelazadas en las erines, y conducidos por hombres vestidos con el antiguo traje que vemos en las medallas de los triunfadores. En este carro y sobre un lecho fúnebre iba el busto del filósofo. La Asamblea nacional y todas las demas autoridades precedían ó seguían el sarcófago. Las calles, las plazas, las ventanas, los tejados y hasta las ramas de los arboles, todo estaba cubierto de gente. Las miradas de todo el mundo se dirigían hácia el carro, porque la nueva idea conocía que su victoria era la que desfilaba de-

lante de ella y que la filosofía había quedado dueña del campo de batalla. Aunque todo este aparato era profano y teatral, leíase en todos los semblantes el recogimiento de la idea y el gozo interior de un triunfo intelectual. Abrían la marcha gruesos destacamentos de caballería, que parecía ponían sus armas al servicio de la inteligencia. Seguían las bandas de tambores con las cajas enlutadas; tocando marchas fúnebres, y á este ruido se unía el de las salvas de artillería hechas por las piezas que iban á retaguardia de toda la comitiva. Los alumnos de los colegios de París, las diferentes sociedades patrióticas, los batallones de la guardia nacional y los oficiales de la imprenta, así como los jornaleros que habían demolido la Bastilla, iban mezclados con el resto de la comitiva, llevando una imprenta ambulante, en la que se tiraban porción de himnos y de otras canciones en loor de Voltaire. Los jornaleros de que hemos hablado llevaban también parte de las cadenas, grillos, cerrojos y demas efectos que se habían hallado en los calabozos de las prisiones del Estado; finalmente, otros llevaban en hombros los bustos coronados de Voltaire, de Rousseau y de Mirabeau; y también iba sobre unas parihuelas el proceso verbal de los electores del 89, de aquella hegira de la insurrección.

Los ciudadanos del arrabal de San Antonio, llevaban también sobre otra parihuela, un plano en relieve de la Bastilla, y la bandera arrancada de uno de los torreones, acompañando á estos hombres una joven vestida de amazona, que había peleado á su lado en el sitio de aquella plaza. Veíanse por todas partes multitud de picas, en cuyas puntas iba el gorro frigio, y en una de ellas un letrero que decía: *de este hierro nació la libertad*.

Todos los actores y actrices de París seguían detrás del busto de aquel cuyas inspiraciones, habían interpretado por espacio de sesenta años. Los títulos de sus principales obras estaban escritos en las cuatro caras de una

pirámide que representaba su inmortalidad. La estatua de Voltaire, dorada y coronada de laurel, era llevada en hombros de unos ciudadanos vestidos con los trages propios de los pueblos y de las épocas cuyas costumbres había descrito.

En otra caja también dorada, iban los sesenta tomos de sus obras. Los miembros de los cuerpos científicos y los de las academias más famosas del reino, iban en torno de aquella arca de la filosofía, y un sin número de orquestas, ambulantes las unas, y establecidas las otras en ciertos puntos de la carrera, saludaban al filósofo con himnos nacionales, lo que hacía crecer el entusiasmo en los espectadores. La comitiva se paraba delante de los principales teatros, en donde se entonaban himnos en loor de Voltaire. En cuanto la comitiva llegó al muelle que lleva su nombre, se paró el carro, frente á la casa de Mr. de Villette, en donde aquel había muerto, y en la que estaba depositado su corazón.

La fachada principal del edificio estaba adornada con guirnaldas de flores y coronas de rosas, y leíase en ella esta inscripcion: *Su espíritu está en todas partes, y su corazón aquí*. Unas jóvenes coronadas de flores y vestidas de blanco, ocupaban las gradas de un anfiteatro, preparado al intento delante de la casa. Madama de Villette, que miraba á Voltaire como á un segundo padre, estaba en medio de ellas, radiante de hermosura, y atravesando por medio de aquella reunión de bellas, cubierta de lágrimas, depositó sobre la frente del grande hombre la más hermosa de las coronas: la del amor filial. Al mismo tiempo resonaron en medio de los aires de una música que tenía algo de religiosa, las estrofas compuestas por el poeta Chenier, hombre entusiasta por el filósofo cuando éste vivía, y que tributaba cierto culto á la memoria del gran genio despues que la muerte le había hecho enmudecer.

Madama de Villette y sus bellas acompañantes se in-

corporaron á la comitiva, precediendo al carro por aquellas calles sembradas de flores. El peristilo del teatro de San German, que estaba entonces en el arrabal, se habia transformado en un arco triunfal, viéndose en todas sus columnas un medallón con letras doradas y el título de los mejores dramas de Voltaire. Delante del teatro habia una estatua suya, en cuyo pedestal se leían estas palabras: *Compuso la Irene á los ochenta y tres años, y escribió el Edipo cuando solo contaba diez y siete.*

Esta lucida y numerosa comitiva no llegó al Panteón hasta las diez de la noche, y el feretro fué colocado entre los de Descartes y Mirabeau, en un lugar preferente destinado á aquel genio intermediario, entre la filosofía y la política, entre el pensamiento y la acción.

Esta apoteosis de la filosofía moderna en medio de los grandes sucesos que agitaban el espíritu público, demostraba suficientemente que la revolución se comprendía á sí misma y que era la inauguración de los dos grandes principios representados por aquel ataúd: inteligencia y libertad! La inteligencia era la que entraba triunfante sobre las ruinas de las preocupaciones de la cuna, en la ciudad de Luis XIV. La libertad tomaba posesión de la ciudad y del templo de Santa Genoveva. Los féretros de los dos cultos y de las dos épocas iban á estar en pugna hasta dentro de sus sepulcros. La filosofía, tímida hasta entonces, revelaba ya su último pensamiento. Hacer cambiar al siglo los objetos de su veneración.

V.

Voltaire, este genio escéptico de la nueva Francia, renuía admirablemente en sí en este momento las dolientes pasiones del pueblo. La de destruir y la de innovar. La del odio á las preocupaciones, y la del amor á las luces.

Voltaire era la verdadera bandera de destrucción. En talento, no el mayor, pero sí el más vasto de Francia, no ha sido juzgado hasta ahora sino por sus sectarios ó por sus detractores. La impiedad defricaba hasta sus mismos vicios, la superstición se cegaba hasta el extremo de anatematizar sus virtudes. Finalmente, cuando el despotismo volvió á entronizarse en Francia, conoció la precisión que tenia de desarraigar á Voltaire del espíritu nacional, para instalar de nuevo la tiranía. Napoleón pagó por espacio de muchos años una porción de periódicos y de escritores, cuyo único objeto era desacreditar y negar el genio de Voltaire. Aborrecía su nombre como la fuerza aborrece á la inteligencia, y no se contemplaba en completa seguridad en tanto que existiese el menor recuerdo de Voltaire. La tiranía cuenta como uno de sus primeros apoyos con las preocupaciones. La iglesia al restaurarse, tampoco podía consentir en que su nombre fuese glorioso para el pueblo, y si bien es cierto que tenia derecho para aborrecer á Voltaire, no le asistía ninguno para negar su talento. Voltaire ha sido sin disputa el más poderoso entre todos los escritores de la Europa moderna, porque ninguno ha producido tanta agitación en los ánimos, sin más fuerzas que las de su voluntad y las de su talento. Su pluma obró una revolución completa en el mundo antiguo, é hizo temblar, no solo al imperio de Carlo-Magno, sino al imperio casi europeo de la teocracia. Su genio no le constituía la fuerza sino la luz, y Dios que no le habia destinado para abarcar los objetos, le habia dotado de una claridad de entendimiento que parecia comunicarse á todos sus escritos. La razón, que no es sino una luz, debia empezar por hacer de él su númen, luego su apóstol, y finalmente su idolo.

Voltaire era hijo del estado llano, nació en una calle oscura del antiguo París, y en tanto que Luis XIV y Bossuet reinaban en Versalles, rodeados de las pompas del poder absoluto y del catolicismo, el Moisés de la impiedad iba creciendo y desarrollándose muy cerca de ellos sin que nadie sospechase lo que había de llegar á ser con el tiempo. De este modo juega con los hombres el destino, sin que nadie sospeche el prestigio que puede alcanzar el individuo que mas insignificante parece en la sociedad. Estaban en su mayor apogeo el trono y el altar, en aquella época en que rigiendo los destinos de la Francia el duque de Orleans, un vicio reemplazaba á otro vicio y la debilidad sustituía al orgullo. Los vicios de la corte eran dulces y fáciles, porque la corrupcion iba desarrollándose, y el desenfreno había ocupado el puesto de la austeridad monacal de los últimos años, dirigido por *Letellier* y madama de Maintenon. Voltaire, precoz en audacia y en talento, jugueteaba ya con las armas del pensamiento, que tan temible le habían de hacer en lo sucesivo, y el regente, que ni siquiera podía sospechar en ello el menor peligro, le dejaba escribir, contentándose con reprenderle severamente, por fórmula, su excesiva osadía, que no dejaba de causarle cierta complacencia, aun en el mismo momento en que la castigaba. La incredulidad de la época provenia mas bien del desarreglo de las costumbres que de un examen reflexivo sobre la independencia del pensamiento; mejor podia llamarse libertinage que consecuencia de las convicciones interiores. La irreligion de aquella época era viciosa, carácter que conservó siempre la de Voltaire. Valiéndose de la burla y despreciando las cosas mas sagradas, cosas que aun cuando se trate de destruirlas, deben

mirarse con respeto, fué como empezó Voltaire á darse á conocer. Así tuvieron origen la lijereza, la ironía, y aun el cinismo de que hizo gala en sus escritos y de palabra, aquel apóstol de la razon. El viage que hizo á Inglaterra le confirmó mas en sus instintos de incredulidad, porque así como en Francia no había conocido mas que libertinos de talento, en Londres creyó haber dado con los verdaderos filósofos. Apasionóse entonces por la razon como se apasiona el hombre por todo lo nuevo, y creyó desde luego en su entusiasmo, que había hecho un nuevo descubrimiento. En un carácter tan activo como el francés, aquel entusiasmo y aquel odio, no fueron una mera especulación, cual hubiese sucedido con un hijo del Norte. Apenas creyó que estaba convencido, cuando trató de persuadir á los demas, siendo toda su vida una accion continuada, dirigida hacia dos solos objetos: la abolicion de la teocracia y la tolerancia y libertad de cultos. A salir con este empeño consagró todo el talento con que Dios le había dotado, valiéndose de la mentira y de la astucia, con todo el cinismo y con toda la inmoralidad que le sugeria aquel mismo talento tan mal empleado. Para él eran buenas todas las armas, hasta aquellas que el respeto á Dios y á los hombres prohibe á los sábios; porque su virtud, su honor y hasta su gloria, las había comprometido con tal de adquirir la victoria que apetecía. Así es que el apostolado de la razon, fué muy semejante en sus formas á la profanacion de la piedad, y en vez de iluminar el templo lo asoló.

En cuanto se resolvió á declarar la guerra al cristianismo buscó auxiliares para dar cima á su empresa, razon por la cual se unió al rey de Prusia Federico II, conociendo que necesitaba el apoyo de los tronos para hacerse temible al sacerdocio. Federico, imbuido en las mismas máximas de filosofía, ateísta puro y que tenia en poco á todos los hombres, fué el Dionisio de este nuevo Platón. Luis XV, en cuyos intereses entraba conservar

sus relaciones de amistad con la Prusia, no se atrevió á meterse con un hombre á quien Federico llamaba amigo, por lo cual Voltaire se hizo mas audaz escudado con aquel cetro, y aparentando interesarse por los ironos le hizo entrever que lo que se proponia era emanciparlos de la dominacion de Roma. Consintió gustoso en que la libertad civil de los pueblos estuviese al arbitrio y bajo la dependencia de los reyes, con tal que estos le ayudasen en su conquista de la emancipacion de las conciencias, y no solo afectó defender el poder absoluto de los monarcas, sino que llevó su bajeza hasta el extremo de adorar sus debilidades y flaquezas. No solo halló disculpas á los vicios de Federico el Grande, sino que hizo que la filosofia se prosternase ante las mancebas de Luis XV. Parecido á aquella cortesana de Tebas que levantó una de las pirámides de Egipto con los tesoros que habia acumulado con su desarreglada conducta, Voltaire adoptó toda especie de prostituciones exigiendo solo como precio de sus complacencias que los que participaban de ellas fuesen otros tantos enemigos del Crucificado. Comprólos en efecto á millares en toda Europa, y muy particularmente en Francia. Acordábanse todavia los reyes de la dependencia en que vivian en la edad media, época en que los papas disponian de los tronos á su antojo, y en la que los monarcas no podian menos de ver con envidia y con un odio reconcentrado que el clero tenia tanto poder sobre los pueblos como ellos, y que validos de sus títulos de cardenales, de limosneros, de obispos ó de confesores, los sacerdotes eran los que realmente reinaban en las córtes. Los parlamentos, esa especie de clero civil, tan temible aun para los mismos soberanos, detestaban en su interior al clero, aunque exteriormente apoyaban y protegian la fé con sus decretos. La nobleza, guerrera, corrompida é ignorante, era partidaria de aquella incredulidad que iba á proporcionarla el sacudir impunemente el yugo de la moral. Finalmente,

la clase ilustrada de la nacion presentia que la insurreccion del pensamiento debia producir necesariamente la emancipacion del estado llano. Tales eran los elementos que debian influir en la revolucion de las ideas religiosas, y Voltaire se apoderó de ellos con toda la oportunidad que inspira la pasion y que á veces es de mucha mas utilidad que el genio, por muy superior que este sea. Guardóse muy bien de presentar la razon bajo las austeras formas de la filosofia á un siglo nuevo, ligero é irreflexivo, y se sirvió de la burla y de la ironia, formas mucho mas adecuadas á su intento que las otras. Si se hubiese propuesto hacer reflexionar á sus compatriotas nada hubiera conseguido; haciéndolos reir obtuvo un triunfo completo. Sus ataques á la religion nunca fueron á cara descubierta, porque á hacerlo así le hubiera sido muy difícil sustraerse al rigor de las leyes, y quizá no hubiera podido evitar la hoguera de Servet.

Este nuevo Esopo combatió la tirania bajo nombres supuestos, y ocultó el odio de su corazon en el drama, en la novela, en la historia, y hasta en cuentos jocosos y obscenos. Sus escritos fueron una alusion continuada contra todo lo existente, y prevalido de la gran ventaja de que sus enemigos no le comprendian, ocultaba la mano en cuanto les habia hecho una herida mortal. El combate de un hombre contra todo un sacerdocio, el de un individuo contra una institucion y el de una vida contra diez y ocho siglos necesitaba gran audacia en el que lo sostenia: Voltaire la tuvo.

VII.

Aquel atrevimiento con que un hombre solo luchaba contra todos, revelaba en él una fuerza incalculable de conviccion y un empeño decidido por el triunfo de la

nueva idea, porque es innegable que hay heroísmo en desafiar los respetos humanos, esa cobardía del entendimiento disfrazada bajo la forma de respeto al error. Voltaire desafió impávido los anatemas de la iglesia y el odio de los reyes, y comprometió la dignidad de su nombre, no solo durante su vida sino hasta después de su muerte. Resignose á sufrir largos destierros por no perder la libertad de combatir, y se apartó voluntariamente del trato de los hombres para que no le incomodasen en el desarrollo de sus pensamientos. Enfermo, con 80 años de edad y sintiéndose próximo á morir, hizo varias veces sus preparativos precipitadamente para irse á combatir y espirar lejos de su patria. La vena creadora de su espíritu no se resfrió un solo instante; elevó la sátira hasta donde nadie la habia elevado, y en medio de una chanza que duró tanto tiempo como su vida, se descubrió una gran fuerza de perseverancia y de convicción. Tal fué el carácter de este célebre filósofo, en quien la verborrosidad luminosa del pensamiento ocultó lo profundo de la idea; su constancia no ha sido suficientemente conocida, porque siempre la ha ocultado con la máscara de una risa burlona. Padecía riendo, y sin embargo, queria padecer ausente de su patria, separado de sus amigos, sin gloria, mancillado su nombre y maldecida su memoria. Todo lo aceptó sin mas miras que el triunfo de la independencia de la razon. No vale menos el sacrificio, por cambiar de causa, y esta fué su virtud á los ojos de la posteridad. Voltaire no fué la verdad, solo fué el precursor de ella. Faltóle una cosa muy necesaria; el amor de Dios. Su entendimiento le veia, pero aborrecia las formas que le habian prestado las antiguas edades, que era lo que ellas adoraban. Rasgaba colérico las nubes que impedían que la idea divina brillase pura entre los hombres, y su culto, mas bien era un odio contra el error, que un sentimiento de fé en la Divinidad. Voltaire no alimentaba en su alma aquel sentimiento re-

ligioso, aquel resumen sublime del pensamiento humano, aquella razon que se enciende con el entusiasmo para remontarse hasta la Divinidad como una llama, uniéndose á ella en la unidad de la creacion con el Creador. De aquí los resultados de su filosofia. Esta no creó ni moral, ni culto, ni caridad, y nada hizo sino descomponer y destruir. Consistiendo en una negacion fria, corrosiva y sarcástica, obraba como el veneno, helaba, mataba, pero no vivificaba jamás. Asi es, que no producía todo el efecto que debia producir ni aun contra aquellos errores que no eran sino la mala inteligencia de un pensamiento divino. Esta es la causa de que en vez de producir creyentes, solo lograrse hacer escépticos, de suerte que la reaccion cristiana fué pronta y general. Imposible era que dejase de suceder así; la impiedad barre el alma de los errores religiosos y sagrados, pero jamás llena el corazon del hombre; nunca esta será suficiente para destruir un culto, porque á una fe es preciso reemplazar otra fé. No es dado á la irreligion el destruir una creencia sobre la tierra, pues únicamente una religion que sea mas luminosa puede obtener un verdadero triunfo sobre la religion alterada reemplazándola. La tierra no puede quedar sin altares, y solo Dios es bastante fuerte contra Dios.

VIII.

El 5 de agosto de 1791, primer aniversario de la famosa noche del año anterior, en que se derrocó el régimen feudal, empezó la Asamblea nacional á revisar la Constitución: solemne é imponente era aquel acto de unos legisladores que iban á terminar su carrera pública sobre las ruinas que habian sembrado en su camino, y sobre las nuevas fundaciones que habian creado. ¡Qué distinta era la disposicion de sus ánimos en aquel momento, de

lo que fuera cuando dieron principio á su obra! Entonces la emprendieron con entusiasmo, y ahora iban á revisarla convencidos de la realidad y cubiertos de tristeza. Cuando se abrió la Asamblea nacional, se abrió entre las aclamaciones de un pueblo lleno de esperanzas, y al cerrarse oía bramir en torno suyo el tempestuoso huracan de las pasiones de todos los partidos. El rey estaba preso, los principes habian emigrado, el clero se hallaba en cisma, la nobleza escondida ó ausente, y el pueblo en completa revolucion. La popularidad de Necker habia caducado cuando se hallaba en el apogeo de su popularidad. Mirabeau habia muerto; Maury habia enmudecido, y Cazalés, Lally y Mounier abandonaban su obra. Dos años habian sido suficientes para destruir mas hombres y mas cosas que destruye una generacion en tiempos normales. Las voces de ochenta y nueve hombres inspirados por la filosofia y por la esperanza, ya no resonaban bajo aquellas bóvedas; los grandes hombres habian desaparecido, y los talentos de segundo orden se preparaban á combatir, aunque tímidos y desalentados, porque carecian de aquel genio que impulsa al pueblo á obrar, y tampoco tenían en sí mismos suficiente fuerza para resistirle. La sensibilidad habia hecho que Barnave recobrase todas sus virtudes, pero su arrepentimiento era ya tardío, y solo sirvió para hacerle conocer la enormidad de las faltas que habia cometido. En las revoluciones no es de ninguna utilidad el arrepentimiento; lo que se necesita son espiaçiones, y Barnave iba á empezar la suya, por no haberse querido unir con tiempo á Mirabeau para salvar la monarquia. Robespierre era á Barnave lo que éste habia sido al gran tribuno; pero Robespierre, mas poderoso que Barnave, no obraba movido de envidia, sino dirigido por una idea constante, resultado de una teoría implacable y severa. Barnave no habia contado nunca mas que con una faccion. Robespierre estaba apoyado por todo un pueblo.

IX.

Desde las primeras sesiones trató Barnave de atraer al partido de la Constitucion á los que las opiniones de Robespierre y de sus amigos habian separado de ella, y lo hizo con una delicadeza que descubria lo precario de su posición, á pesar de la fuerza de sus palabras. «Se ataca, dijo, el trabajo de la comision aunque no exista contra ella sino dos géneros de oposicion: primera, la de los hombres que constantemente se han declarado enemigos de toda innovacion; segunda, la de los enemigos de la igualdad, que detestan nuestra obra porque destruye la aristocracia. Otra clase hay hostil á la Constitucion, pero debe subdividirse en dos fracciones distintas. Pertenecen á la primera ciertos hombres, que por conviccion interior prefieren otro sistema de gobierno cuyas formas disimulan con mas ó menos maestria en sus discursos, porque trabajan constantemente por despojar á nuestra Constitucion monárquica de todo lo que puede entorpecer ó dilatar que se establezca la república. Convencido de que todo el que abrigue una opinion pura en politica tiene derecho de enunciarla no trato de atacar á estos hombres. Otros hay que enemigos de toda forma de gobierno, si hoy no nos combaten, no es porque prefieren este ó el otro, sino porque cuanto contribuye á fijar la marcha política del Estado y á cimentar el orden, así como cuanto tiende á que aparezcan bajo su verdadero punto de vista los hombres probos y los que no lo son, los honrados y los picaros les es odioso (prolongados aplausos en la mayoría del lado izquierdo). Estos son, señores, los que se han opuesto mas encarnizadamente á nuestros trabajos y los que han tratado de perpetuar la revolucion; porque están convencidos de que en cuanto la fijemos ya no les será dado es-

plotarla. Estos hombres han creído dominar la opinión pública con solo mudar los nombres de las cosas y con aparentar y hacer alarde de su patriotismo, habiendo logrado con esto y con cierta máscara de probidad y de pureza, con que hipócritamente se han cubierto, obtener los primeros y más elevados puestos del Estado. Algunos escritores, ajenos de todo sentimiento honrado, se han unido á ellos (repetidos aplausos impiden que se oiga al orador, y todas las miradas se fijan en Brissot y en Robespierre); si queréis que vuestra Constitución sea una verdad, si deseáis que la libertad de la nación lo sea también, pues hasta ahora no pasa de ser una esperanza (murmillos de descontento), dedicad á simplicar esa Constitución y conceded á todos los poderes creados por ella la fuerza de acción y de influencia necesarias para dar impulso á la máquina social, y para que la nación conserve la libertad que le habeis dado... Si la salvación de la patria os es cara, mirad con detención lo que vais á hacer. Fuera de este recinto toda desconfianza injusta, que solo puede ser provechosa á nuestros enemigos si llegan á convencerse de que esta Asamblea, contra cuya constancia y valor se han estrellado todas las maquinaciones de los partidos desde que el rey se fugó, está próxima á dividirse en fracciones, que es á lo que han aspirado esos hombres procurando con maña introducir entre nosotros una mutua desconfianza (nuevos aplausos). No dudeis, señores, que si esto se verificase, veríais renacer en el interior esos desórdenes de que estais tan hartos y cuyo término debía fijarse, fijando los límites de la revolución. En lo exterior volverían á reproducirse las locas intenciones que hasta ahora hemos rechazado con ventaja, porque nuestra unión nos hacia ser fuertes, y convenceos de que si sabemos seguir unidos como hasta aquí, nadie se atreverá á disputarnos la victoria. Si llegásemos ahora á dividirnos, toda tentativa podría tener probabilidad de buen éxito, porque ninguno de no-

sotros se fiaría del otro, y porque todos abrigaríamos injustas sospechas, con lo cual se haría imposible que pudiésemos ponernos de acuerdo para terminar dignamente la gran obra que hemos emprendido.» Barnave no pudo proseguir, porque los aplausos de la mayoría ahogaron su voz, y hubo un instante en que toda la Asamblea estuvo por el gobierno monárquico representativo.

X.

En la sesión del 23 de agosto se discutió el artículo de la Constitución, en que se decía que los individuos de la familia real no podían ejercer los derechos de ciudadanos. El duque de Orleans tomó la palabra para protestar contra este artículo, y declaró en medio de aplausos y murmullos, que si se adoptaba, le quedaba el derecho de optar entre el título de ciudadano francés y el que tenía eventualmente al trono, en cuyo caso renunciaría á este Sillery, amigo y confidente del príncipe, subió á la tribuna y combatió con elocuencia y habilidad, las conclusiones de la comisión. Lleno este discurso de alusiones directas á la situación en que se hallaba Orleans, fué el único acto ostensible de ambición intentado por el partido de aquel príncipe. Sillery dió principio á su discurso contestando directamente al de Barnave. «Señor, me permitido lamentarme, dijo, del abuso que veo hacen algunos oradores de su talento, valiéndose de un lenguaje extraño. Quiere hacérsenos creer que existen aquí facciosos, anarquistas y enemigos del orden, como si este no pudiese conservarse sino satisfaciendo las ambiciosas exigencias de ciertos y determinados partidos.... Se os propone que concedais á todos los individuos de la familia real el título de príncipes y que les despojeis de los derechos de ciudadanía. ¡Qué inconsecuencia y qué

ingratitude! Declarais como el mas bello de los títulos el de ciudadano francés, y proponéis al mismo tiempo que puede trocarse con el de príncipe, á pesar de que lo habeis suprimido como contrario á la igualdad. Algunos de los parientes del rey, que han permanecido en Francia, ¿no han mostrado constantemente el patriotismo mas puro? ¿No han hecho servicios distinguidos á la causa pública con el ejemplo y á costa de mil sacrificios? ¿No han renunciado voluntariamente á todos sus pomposos títulos, solo por obtener el de simples ciudadanos? ¿Y sois vosotros los que proponéis que se les despoje de él! ¿Qué es lo que sucedió cuando suprimisteis el título de príncipe? que varios individuos de la familia real han emigrado al extranjero, y se han ligado con los soberanos de otros países para combatir la patria, al paso que otros se han afiliado en nuestra bandera. Si el título de príncipe vuelve á restablecerse, se concede á los enemigos de la patria todo cuanto ambicionan, y se quita á aquellos parientes del rey, que se han declarado patriotas, todo cuanto aprecian. Si obráis de este modo, el triunfo y la recompensa son para los príncipes que están conspirando, y el castigo y los sacrificios para los que han hecho causa comun con el pueblo. Dicese que es peligrosa la admision de los miembros de la familia real en el cuerpo legislativo, y lo que se establece con esta hipótesis, es que en lo sucesivo sean todos los individuos de la familia real, de generacion en generacion, ó cortesanos vendidos ó facciosos. Sin embargo, ¿no es posible suponer que se hallen tambien entre ellos algunos patriotas? ¿Es á estos á los que tratais de humillar? ¿Quereis condenar á los parientes del rey á que aborrezcan la Constitucion, y á que conspiren constantemente contra una forma de gobierno que no les deja la eleccion de otros papeles que los de cortesanos ó conspiradores?... Mirad por el contrario todo lo que de ellos puede esperarse si llegan á inflamarse en amor patrio. Volved la vista hácia uno de los vástagos de esa

raza, cuyo destierro se os propone, y vereis, que apenas habia salido de la infancia, cuando tuvo la dicha de salvar las vidas de tres ciudadanos, á riesgo de perder la suya. La ciudad de Varennes le ha concedido una corona civica. ¡Desgraciado niño, será esta la última que recibirá tu raza!...» Este discurso fue interrumpido muchas veces por un sin número de aplausos, que no cesaron hasta mucho despues de haber dejado de hablar el orador, y que fueron una prueba de que habia ya algunas personas que abrigaban la idea de una dinastía revolucionaria, y que si no existia una faccion que pudiera llamarse de Orleans, existia ya el que habia de ser su jefe si llegaba á crearse. Robespierre, que era tan enemigo de una faccion dinástica como de la monarquia, notó sobresaltado estos sintomas de un nuevo poder que aparecia en lontananza. «Réparo, dijo, que nos ocupamos mucho de los individuos, y muy poco de los intereses nacionales: no es cierto que se trate de degradar á los parientes del rey. Tampoco se pretende que sean menos que los demas ciudadanos; lo que se quiere es separarlos del pueblo de un modo honorífico. ¿A qué conduce andar en busca de títulos para ellos? Los parientes del rey nunca pasarán de ser parientes del rey, y el esplendor del trono no consiste en estas denominaciones de la vanidad; no se puede declarar impunemente que hay una familia en Francia superior á todas las demas, porque en tal caso ella sola constituiria toda la nobleza de la nacion, y permaneceria entre nosotros como un germen de otra nueva aristocracia y como el fundamento indestructible de esa nobleza que hemos abolido para siempre.» La protesta de Robespierre fue acogida en medio de los mas estrepitosos murmullos, viéndose obligado á interrumpir su discurso y á dar una especie de satisfaccion. «Ya veo, dijo, que no nos es permitido profesar aqui, sin esponernos á ser calunniados, las mismas opiniones que nuestros adversarios sostuvieron los primeros en esta Asamblea.»

Todo el nudo de la situación consistía en saber si terminada la Constitución reconocería la nación en aquel código el derecho de revisarle y variarle. En esta ocasión Malouet, á pesar de hallarse solo y abandonado de todo su partido, hizo un esfuerzo desesperado por restaurar la dignidad real. Este discurso digno del genio de Mirabeau, era una acusación terrible contra los escesos del pueblo y contra las aberraciones de la Asamblea. La moderación templaba cuanto había en él de fuerte, y se distinguía en el orador el hombre de bien, y en el legislador el hombre de Estado. En sus palabras hay algo de la serenidad estóica de Catón, pero la elocuencia política está mas en el que escucha que en el que habla, y la voz no es nada sino halla un eco que la multiplique. Separado Malouet de los suyos y abandonado por Barnave, que le escuchaba suspirando, solo hablaba por satisfacer á su propia conciencia y sabia muy bien que no combatía por obtener la victoria, sino por salvar el principio. Este es su discurso: «Se os propone que determinéis la época y las condiciones del ejercicio de un nuevo poder constituyente. Se os propone que sufráis veinte y cinco años de desórdenes y de anarquía antes que tengáis derecho de poner remedio á estos males. Observad por lo pronto cuales son las circunstancias en que se os propone que impongáis silencio á las reclamaciones de la nación respecto á sus nuevas leyes, observad conmigo igualmente que cuando no conocéis todavía otra opinion que la de aquellos hombres cuyas pasiones é instintos se hallan favorecidos por la novedad, y cuando todas las demas pasiones contrarias están subyugadas por el terror ó por la fuerza, es cuando la Francia no se ha esplicado aun por otro órgano que el de sus clubs. ¿Qué es lo que se os ha dicho

desde esa tribuna cuando se ha tratado de suspender el ejercicio de la misma autoridad real? oídlo: *Hubiéramos debido empezar la revolucion dando este paso, pero desconocíamos nuestras fuerzas.* Según esto, vuestros sucesores no tratan mas que de medir sus fuerzas para atreverse á nuevas empresas.... Este es en efecto el peligro que hay en hacer marchar de frente una revolucion violenta y una Constitución libre. La primera se opera siempre en medio del tumulto de las pasiones y del estrépito de las armas, la segunda no puede consolidarse sino por medio de transacciones amistosas, entre los intereses antiguos y los modernos. (Murmillos, risas y gritos). Para efectuar una revolucion ni hay discusion previa, ni se cuentan los votos. Esto es siempre una tempestad en la que no hay otro medio que ó tomar rizos á las velas ó irse á pique. Pasada la tormenta, tanto los que la han sufrido como los que la han visto desde el puerto, gozan igualmente de un cielo sereno; el horizonte se despeja, y la atmosfera queda pura y en calma. Del mismo modo despues de una revolucion, si la Constitución es buena, reúne bajo una sola bandera á todos los ciudadanos. Se necesita que no haya un solo hombre en el reino cuya vida peligre si habla francamente de la Constitución, porque sin esta seguridad no hay voto libre, ni juicio, ni libertad completa, ni otra cosa mas que un poder dominante ó una tiranía popular, ó de otra clase, hasta tanto que se hayan separado completamente de la Constitución los movimientos revolucionarios. Mirad sino con cuanta alegría fueron acogidos esos principios de justicia, de moral y de libertad que habeis establecido y aun jurado repetidas veces, pero que han sido violados al momento con una audacia y un furor inauditos. ¿No reparais en la inconsecuencia que se halla en que el momento en que se proclama la mas santa y la mas libre de las constituciones sea precisamente aquel en que se cometan los mas horribros atentados contra la libertad, y contra la pro-

piedad? He dicho mal, ¡contra la humanidad y contra la conciencia! ¿Por qué no os espanta este contraste? Voy á deciroslo. Engañados vosotros mismos sobre el mecanismo de una sociedad política, habeis tratado de regenerarla sin pensar en disolverla, y habeis considerado como un obstáculo á vuestras miras el descontento de los unos, valiéndoos como medios de la exaltacion de los otros; no queriendo otra cosa que apartar de vosotros los obstáculos que se os ofrecian, lo que habeis hecho ha sido destruir los principios y enseñar al pueblo á que se atreva á todo. Habeis llamado en vuestro auxilio las pasiones populares, lo que ha sido tan absurdo como si hubieseis tratado de levantar un magnifico edificio empezando por minar sus cimientos. He dicho otras veces, y os lo repito ahora, que no hay otra constitucion libre y duradera fuera del despotismo, sino aquella que termina una revolucion, y que se propone, acepta y ejecuta, con formas tranquilas, libres y enteramente desemejantes á las que toman las revoluciones: todo cuanto se hace, todo cuanto se erige en medio del delirio de la pasion, y antes de haber llegado á ese estado de calma de que quiero hablaros, no es sino una quimera, bien sea que mande el pueblo, ó bien que obedezca, ya sea que se le quiera adular ó que se trate de engañarle. Yo exijo que la Constitucion sea adoptada, libre, pacífica y espontáneamente por el rey, y por la mayoría de la nacion. (Violentos murmullos). Sé que se llama voto nacional á todo lo que nosotros conocemos de proyectos de mensajes, de adhesiones, de juramentos, de agitacion, de amenazas y de violencias. (Esplosion de cólera). Asi es preciso terminar la revolucion, empezando por anular todas las disposiciones que la violan. Es preciso tambien concluir con esas comisiones inquisitoriales, y hacer que desaparezcan: la ley sobre emigrados, la persecucion de los sacerdotes, las prisiones arbitrarias, los procedimientos judiciales contra los acusados sin tener pruebas suficientes; el fana-

tismo y la dominacion de los clubs... pero ni aun esto es suficiente todavia; la licencia ha hecho estragos incalculables y la hez de la nacion, está en una fermentacion violenta. (Esplosion de indignacion general). ¿Seremos nosotros la única nacion del mundo que pretenda no tener heces? La horrorosa insubordinacion de las tropas, los disturbios en materias de religion, el descontento de nuestras colonias, cuyo eco resuena lúgubrementemente en nuestros puertos, todo esto se agitará por largo tiempo entre las convulsiones de la monarquia y el trastorno general del Estado, sino se pone un dique á la revolucion, reemplazándola con una constitucion sabia y justa al mismo tiempo, y sino se trata á toda costa de restablecer el orden en todas partes. Recordad la historia de la antigua Grecia, en que no terminada aun la primera revolucion continuó engendrando otras ciento por espacio de medio siglo; reparad en la Europa que tiene fijas sus miradas sobre vuestra debilidad y sobre vuestras perpetuas agitaciones, y que asi como sabrá respetaros si sabeis ser libres manteniendo el orden, se aprovechará de vuestros desórdenes para caer sobre vosotros si como hasta aqui, no sabeis hacer otra cosa que debilitaros vosotros mismos ó infundirla serios terrores con vuestra anarquia!... Malouet pidió en consecuencia que se sometiese la Constitucion al juicio del pueblo y á la libre aceptacion del rey.

XII.

Este magnifico discurso oido con impaciencia, no resonó en el seno de la Asamblea sino como un remordimiento que todos se apresuraron á olvidar. Mr. Dandré propuso diferir á treinta años la revision de la Constitucion, lo que combatió en breves palabras Mr. de La Fayette, y la Asamblea separándose de ambos pareceres

se contentó con invitar á la nacion á no hacer uso sino á los veinte y cinco años de su derecho á revisarla. «Ya hemos llegado al fin de nuestra penosa y larga tarea, dijo Robespierre, nos resta sin embargo, darla estabilidad y duracion. ¿Quién nos habla de subordinarla á la aceptacion del rey? No depende la suerte de la Constitucion del voto de Luis XVI, y yo no dudo que la aceptará con placer: le ofrecemos un imperio por patrimonio, todas las atribuciones del poder ejecutivo, y cuarenta millones para sus gastos particulares, y para ofrecérselo no esperamos que esté lejos de la capital, rodeado de funestos consejos, ofrezcámoselo en Paris. Digámosle: ahí tienes el trono mas poderoso del universo: ¿quieres aceptarlo? Las reuniones sospechosas, el plan de separar las tropas de las fronteras, las amenazas de vuestros enemigos esteriore, los manejos de los que nos espian, todo os advierte que es preciso tranquilizar á los ciudadanos apresurándose al restablecimiento de un orden de cosas que les haga confiar en el porvenir. Si aun se puede atacar nuestra Constitucion despues de haberla combatido dos veces, si se delibera cuando es necesario jurar, ¿qué nos queda que hacer? Volver á tomar, ó nuestros hierros ó nuestras armas.... Para constituir la nacion, hemos sido enviados, añadió mirando al lado donde se sentaban Barnave y los Lameth, y no para hacer la fortuna de algunos individuos, ni para asegurar el precio de la complacencia ó la traicion, favoreciendo á los intrigantes que se coligan con la corte.»

XIII.

El 3 de setiembre de 1791, fué presentada al rey, el acta constitucional. Thouret dió cuenta á la Asamblea nacional de aquella entrevista solemne, entre la vo-

luntad vencida de un monarca, y la voluntad victoriosa de su pueblo, en estos términos: «Nuestra diputacion salió de esta sala á las nueve de la noche, escoltada por una numerosa columna de honor, compuesta de infinidad de destacamentos de la guardia nacional y de la gendarmeria; y se dirigió á palacio marchando siempre por medio de un pueblo que la aplaudia. El rey acompañado de sus ministros y de una porcion de cortesanos, la recibió en la sala del Consejo. Yo dije al rey:—Señor, los representantes de la nacion vienen hoy á poner en manos de V. M. el acta constitucional que consagra los derechos imprescriptibles del pueblo francés, que da al trono su verdadera dignidad, y que regenera el gobierno del imperio.—El rey contestó en estos términos:—Recibo la Constitucion que me presenta la Asamblea nacional. Con la brevedad que sea compatible con el tiempo que exige su importante exámen, la daré parte de mi resolucion; estoy decidido á permanecer en Paris. El comandante de la guardia nacional parisiense, recibirá mis órdenes para el servicio de mi guardia.—El aire satisfecho que constantemente demostró el rey, unido á lo que hemos visto y oido, nos hace presagiar que la revolucion terminará con la promulgacion de la Constitucion.» La Asamblea y las tribunas aplaudieron repetidas veces. Este era uno de esos dias en que los buenos ciudadanos recobran su serenidad, y en que las facciones se retiran á la sombra para dejar brillar la esperanza pública en toda su pureza.

La Fayette levantó las consignas injuriosas que convertian las Tullerias en prision de sus moradores. El rey cesando en su cautiverio cesó tambien de ser la prenda de la nacion, y volvió á ser su gefe aparente. El rey dedicó algunos dias á examinar superficialmente la Constitucion, y el 13, de acuerdo con Barnave, dirigió á la Asamblea por conducto del ministro de Justicia, un mensaje concertado con aquel, en el que se esplicaba asi:

«Acepto, y haré ejecutar el acta constitucional que he examinado. Voy á hacer conocer los motivos de esta resolución. Desde el principio de mi reinado deseé la reforma de los abusos, y en todos mis actos me ha servido de regla la opinión pública. Ha concebido el proyecto de asegurar al pueblo su dicha, cimentándola en bases permanentes, y fijar ciertas trabas á mi misma autoridad: jamás me han abandonado estas intenciones, antes de que vuestra obra estuviese concluida, favorecí sus ensayos y lo hice de buena fé. Cuando la revolucion con sus desórdenes afligia mi corazón, esperaba con ansia el término de vuestros trabajos, seguro de que entonces la ley recobraría su fuerza volviendo á ser respetada, sin lo cual no puede tener libertad el pueblo, ni ser dichoso el rey. Mucho tiempo mantuve esta esperanza, y si cambié de resolución, fué en el momento en que ya nada tenia que esperar. Recuérdese el tiempo en que salí de Paris, tiempo en que los escritores y la audacia de los partidos nada respetaban: el desórden habia llegado á su colmo. Entonces si me hubiérais presentado la Constitucion, confieso que no hubiera creido deber aceptarla; hoy que habeis manifestado el deseo de restablecer el órden, que habeis revisado mucho artículos de ella, todo ha cambiado, y el voto del pueblo ya no es dudoso para mí: acepto, pues, la Constitucion bajo los mejores auspicios, y hasta renuncié libremente al concurso que yo habia reclamado en este trabajo, declarando que cuando renuncié á él, nadie mas que yo puede tener el derecho de reivindicarle. Conozco que la esperiencia hará hacer algunos mejoras en la Constitucion, que á mi modo de ver, son indispensables.

«Cuando yo haya desplegado los medios de gobierno que por ella se me conceden, ninguna reconvencion se me podrá dirigir, y la nacion se explicará por los medios que la Constitucion la ha reservado. (Aplausos). Aquellos emigrados á quienes el temor de las persecuciones tiene

fuera de su patria, podrán volver al seno de sus familias con seguridad. Estingamos los odios y demos al olvido lo pasado. (Las tribunas y la izquierda renuevan sus aclamaciones). Pongamos término á las acusaciones y persecuciones que los acontecimientos revolucionarios han ocasionado, estinguiéndolos en una reconciliacion general. No hablo de aquellos á quien su adhesion á mi persona les ha hecho ser el blanco del furor popular. ¿Podreis ver en ellos unos culpables?... En cuanto á aquellos cuyos excesos pudiera yo reputar por injurias personales, y que han atraido hácia sí el rigor de las leyes, quiero probarles que verdaderamente soy el rey de los franceses. Deseo jurar la Constitucion en el mismo sitio en que ha sido hecha, y mañana al medio día iré á la Asamblea nacional.»

La Asamblea conforme con la proposicion de La Fayette adoptó por unanimidad la amnistia general pedida por el rey. Una diputacion numerosa fué á llevarle el decreto, la reina estaba presente. «Allí teneis á mi muger y á mis hijos, dijo el rey á la diputacion, todos participan de mis sentimientos.» La reina que tenia necesidad de reconciliarse con la opinión pública, se adelantó y dijo: «Ved á mis hijos que como yo, acuden á tomar parte en los deseos del rey.» Estas palabras repetidas á la Asamblea, dispusieron los corazones al perdon que la magestad venia á implorar. Al dia siguiente el rey se presentó en la Asamblea, y por deferencia á un decreto reciente que suprimia las demas órdenes de caballeria, no llevaba otra condecoracion que la cruz de San Luis. Se colocó al lado del presidente y la Asamblea permaneció en pie. «Vengo, dijo el rey, á consagrar aqui solemnemente la aceptacion que he dado al acta constitucional; juro ser fiel á la nacion y á la ley, y emplear todo el poder que se me ha delegado para sostener la Constitucion y hacer ejecutar los decretos. ¡Ojala sea esta grande y memorable época la del restablecimiento de la paz, y ojala lle-

que á ser nuestra Constitucion la prenda de la felicidad del pueblo y de la prosperidad del imperio! Los aplausos unánimes de la sala y de las tribunas, afectuosos para el rey, aunque hijos de los sentimientos liberales de los que los tributaban, demostraron que la nacion conquistaba entusiasmada su Constitucion. El presidente respondió en estos términos: «La Francia era víctima de grandes abusos que triunfaban mucho tiempo ha de las buenas intenciones de nuestros mejores reyes. La Asamblea nacional, ha establecido las bases de la pública prosperidad, ha querido lo que la nacion quiere, y en adelante no serán ya estériles los votos de V. M. por la felicidad de los franceses. Nada le quedará que desear á la Asamblea en cuanto llegue el dia en que V. M. ponga el sello á su obra, jurando la Constitucion. Entonces la adhesion de los franceses os conferirá la corona, y lo que la asegura en vuestras sienas es la necesidad que tiene una nacion tan grande como esta, de que la sucesion al trono sea hereditaria. ¡Cuán sublime, señor, no será en la historia esta regeneracion que da ciudadanos á la Francia, patria á los franceses, y al rey un nuevo título de esplendor y de gloria, y una fuente perenne de felicidad!»

XIV.

La Asamblea en masa acompañó al rey hasta las Tullerías, no costándoles poca dificultad el atravesar por medio de un pueblo innumerable, que prorumpia en gritos de alegría. Las salvas de la artillería y las bandas militares, anunciaban á la Francia que la nacion y el rey, el trono y la libertad, se habian confundido en la nueva Constitucion, y que tras de tantos años de intestinas discordias, habia en fin aparecido el venturoso dia de su union. Estas aclamaciones del pueblo parisiense

se hicieron estensivas á todo el reino, y la Francia disfrutó algunos dias felices. La esperanza enterneció los corazones de los hombres, y les hizo volver á sus antiguos sentimientos de adhesion al monarca. Este príncipe y su familia, se veían obligados á asomarse con frecuencia á los balcones de palacio por condescender con los deseos de la multitud, que descosa de hacerles conocer cuan dulce es el amor de un pueblo, les victoreaba en cuanto se asomaban.

La promulgacion de la Constitucion parecia una fiesta religiosa, el campo de Marte estaba cubierto de batallones de la guardia nacional, y allí estaban tambien Baylli, corregidor de París, y todas las demas autoridades municipales y departamentales, asi como los demas funcionarios públicos, y finalmente todo el pueblo. Desde el altar de la patria se leyó el acta constitucional á toda la nacion, y esta lectura fué saludada por ciento y un cañonazos. La aceptacion del pueblo consistió en un grito unánime de *viva la nacion* proferido por trescientas mil bocas. Los ciudadanos se abrazaban mutuamente, cual si fuesen miembros de una sola familia, y por la noche volaron por el espacio infinidad de globos areostáticos, cubiertos de inscripciones alusivas al acto que se habia celebrado, semejantes á otros tantos correos salidos de los Campos Elíseos y encargados de llevar á aquellas elevadas regiones el testimonio del gozo de un pueblo, que no podia contenerlo dentro de su pecho, al verse regenerado. Los que iban en estos globos arrojaban al pueblo hojas impresas de distintos colores, en las que se leian los principales artículos de la Constitucion. Las iluminaciones fueron magnificas y las guirnaldas de fuego que corrian de un árbol á otro, desde la puerta de la Estrella hasta las Tullerías, formaban un torrente luminoso en cuyo alrededor se agrupaba todo el pueblo. De trecho en trecho habia varias orquestas cuyos sonoros ecos eran los de la gloria y de la alegría públicas. Mr de La Fa-

yette se paseaba á caballo por aquel sitio á la cabeza de su estado mayor, y parecia que su presencia colocaba los juramentos del pueblo y del rey bajo la salvaguardia del pueblo armado. A las once de la noche se presentaron allí en magníficos coches el rey, la reina y sus hijos, que rodeados inmediatamente por aquella inmensa turba popular, parecia que los estrechaba en su seno al mismo tiempo que gritaba ¡viva el rey! ¡viva la reina! ¡viva el delphin!

Estas muestras de entusiasmo y de respeto, y aquel sin número de sombreros arrojados por el aire era una compensacion de las humillaciones y ultrajes que habia sufrido la familia real, de aquel mismo pueblo y en aquel mismo sitio. Parecia que la nacion queria hacer desaparecer hasta la memoria de aquel funesto dia, y demostrar al rey, lo fácil que era calmar al pueblo y lo dulce que le seria reinar sobre hombres libres. La aceptacion de las leyes de la Asamblea constituyente por la nacion, fué la contraprueba de su obra. No fué legal, pero tuvo todo el valor de una aceptacion individual de las asambleas primarias y demostró que el voto del espíritu público estaba satisfecho. Lo que la Asamblea con su gran prudencia habia votado por reflexion, la nacion lo votó por aclamacion, y lo único que le faltaba al sentimiento público era la seguridad. Puede decirse que no trataba el pueblo de otra cosa que de deslumbrarse á sí mismo con el delirio de su felicidad compensando con las manifestaciones exteriores de su gozo lo que le faltaba de solidez y de duracion. Tomaba parte el rey de buena fé en este contento general, recordando lo mucho que habia sufrido en los tres últimos años; aparecia algunas veces á su vista un borrascoso porvenir, pero entonces trataba de hacerse ilusiones halagüeñas y de persuadirse que seria feliz en lo sucesivo. Trabajaba por adquirir la conviccion interior de que tal vez se habia equivocado anteriormente al juzgar del espíritu

tu del pueblo, y que ahora que se habia entregado á él, quizá este pueblo volveria á respetarle, porque veria en el rey su propio poder y su propia voluntad. Luis XVI con la hombría de bien propia de un corazon tan honrado y noble como el suyo, juraba ser fiel á la Constitucion y seguir amando á la nacion. La misma Maria Antonieta, volvió á entrar en palacio con disposiciones muy distintas: tanto, que dijo al rey: «Este pueblo no es el mismo,» y tomando entonces á su hijo en los brazos le enseñó á aquel inmenso pueblo que estaba apiñado en el terraplen de palacio como si tratase de cubrirse á los ojos de aquella multitud con el escudo de la inocencia y hacerla enteneceer, viendo en esta accion el interés de una madre cariñosa hacia un hijo querido.

A los pocos dias dió el rey una fiesta al pueblo de Paris, y queriendo que hasta los mas infelices experimentasen un dia de gozo, cuando todo el mundo parecia ser dichoso, mandó distribuir copiosas limosnas entre los pobres. Cantóse aquel dia un Te Deum en la catedral, cual si la promulgacion de la nueva ley hubiese sido una victoria para la nacion francesa, hasta que finalmente el 30 de setiembre fué el rey en persona á cerrar la Asamblea constituyente. Antes que S. M. entrase en el salon, Bailly y Pastoret felicitaron en nombre del departamento á la Asamblea constituyente por haber terminado su obra. «Legisladores, dijo Bailly, el poder de que habeis estado investidos hasta ahora no puede ser ya mayor: mañana, ya no sereis nada, por cuya razon no podeis juzgar que mis palabras sean hijas de un interés particular, ni que tenga al dirigirlas el objeto de adularos. Lo que da margen á mis justas alabanzas son vuestras mismas obras. ¡Ellas harán que seais benditos por una posteridad que para vosotros principia hoy!» Pastoret, añadió estas breves palabras, «La libertad se habia refugiado al otro lado de los mares ó en la escabrosidad de las montañas. Vosotros habeis levantado su aba-

tido trono. ¡El despotismo había ido borrando una á una todas las páginas del gran libro de la naturaleza; pero vosotros habeis restablecido el decálogo de los hombres libres!»

XV.

El rey entró en la Asamblea á las tres de la tarde, rodeado de todos sus ministros, y en cuanto se presentó allí, los repetidos gritos de ¡viva el rey! no le permitieron hablar en mucho tiempo. «Señores, dijo Luis XVI, con haber terminado la Constitucion habeis hecho que el dia de hoy sea el último de vuestras penosas tareas. Tal vez hubiera sido de desear que vuestras sesiones se prolongasen aun por cierto tiempo, para que lo tuviérais vosotros mismos de ensayar vuestra obra; pero al observar del modo que lo habeis hecho no me cabe duda que habeis querido mostrar la diferencia que debe haber entre las funciones de un cuerpo constituyente y los legisladores ordinarios. La fuerza que me habeis confiado la emplearé toda en consolidar la Constitucion y en hacer que sea acatada con el respeto y obediencia que se la deben. Con respecto á vosotros, señores, que habeis mostrado un celo infatigable en los improbos trabajos de vuestra larga y penosa carrera, aunque hayais terminado vuestra obra, todavia os queda por cumplir un deber sagrado cuando al volver al seno de vuestras familias os halleis dispersos por todo el reino. Este deber es el de ilustrar á vuestros conciudadanos sobre el espíritu de las leyes que habeis confeccionado, y dando ejemplo de vuestro amor al orden y de vuestra sumision á esas mismas leyes, procurar que en adelante no sea sino una la opinion de todos los franceses. Os ruego finalmente que al volver á vuestros hogares seais intérpretes de mis sentimientos cerca de vuestros conciudadanos, á quienes direis que el

rey será siempre su primero y mas fiel amigo, y que necesita verse amado de ellos, porque solo en ellos y por ellos puede ser feliz.»

El presidente contestó á S. M. con las siguientes palabras: «La Asamblea nacional, llegada al término de su carrera, goza ya en este momento del primer fruto de sus trabajos. Convencida de que el sistema de gobierno mas conveniente para la Francia es el que concilie las respetables prerogativas del trono con los derechos inalienables del pueblo, ha dado al Estado una Constitucion que ofrece iguales garantías al trono y á la libertad. Nuestros sucesores, que van á tener el terrible encargo de ser los depositarios de la salvacion del imperio, no desconocerán sus derechos ni traspasarán los límites constitucionales: pero vos, señor, sois el que lo habeis hecho casi todo, porque aceptando la Constitucion habeis terminado una revolucion.»

El rey salió de la Asamblea en medio de las mas vivas aclamaciones. Se dijo entonces que la Asamblea nacional deseaba con ansia disolverse por apartar de sí la responsabilidad de los acontecimientos ulteriores, que no se creía con fuerzas para dominar. Target, presidente de la Asamblea, en cuanto salió el rey la cerró con estas palabras: «La Asamblea constituyente declara que su mision está concluida, y que en este momento termina sus sesiones.» El pueblo que se agrupaba en torno del Pícadero, pesaroso de ver que la revolucion había abdicado en manos del rey, insultó conforme iban saliendo á todos los miembros que le eran conocidos, pertenecientes al lado derecho, hasta al mismo Barnave. Estos hombres recogieron desde el primer dia la ingratitud que tantas veces habian fomentado, y se separaron tristes y desalentados. El pueblo coronó con guirnaldas de hojas de encina á Robespierre y á Petion, y desenganchando los caballos de sus coches, se los llevó en triunfo. El poder de estos dos hombres y el entusiasmo que por ellos

tenian las masas, atestiguaba ya la impotencia del nuevo código y presagiaba su ruina. Un rey amnistiado volvía á entrar, sin ningún prestigio, en un palacio en que poco hacia se hallaba prisionero. Unos legisladores tímidos abdicaban en medio del tumulto, al mismo tiempo que dos tribunos triunfantes eran victoreados por el pueblo. Todo el porvenir se manifestaba ya con entera claridad para el hombre pensador, con solo reflexionar en estos hechos. La Asamblea constituyente, que habia comenzado por una insurreccion de principios, concluía con una sedicion. ¿Estaba la falta de todo esto en aquellos mismos principios ó era culpa de la Asamblea constituyente? Esto es lo que examinaremos mas adelante echando una mirada sobre todos los actos de la Asamblea. Dejemos para entonces este juicio por no interrumpir la narracion.

LIBRO QUINTO.

Estado de Europa.—Las potencias empiezan á comoverse.—El ejército de los príncipes en Coblenza.—Conferencias de Pilnitz.—Primeros rumores de guerra bien acogidos por los constitucionales, por los girondinos y por los jacobinos, á escepcion de Robespierre.—Madama de Staël.—Su retrato.—Influencia que tenia en el partido constitucional.—El conde Luis de Narbona.—Los constitucionales quieren atraer al duque de Brunswick á su partido.—Este se niega á ello.

I.

Trabajada la Francia por dos convulsiones distintas, apenas respiraba, y la revolucion vacilante, estaba aun entre detenerse en el punto á donde habia llegado, ó servirse de la Constitucion como de un escalon para llegar á la república. Empezaba la Europa á comoverse, ya que egoista y falta de prevision, no habia notado en los primeros síntomas revolucionarios de la Francia, que en París se estaba representando una especie de drama filosófico, cuyo escenario fué la Asamblea de los notables, la Constituyente y la reunion de los Estados generales; y los protagonistas, el genio popular representado por Mirabeau, y el de la aristocracia, personificado en Luis XVI

tenian las masas, atestiguaba ya la impotencia del nuevo código y presagiaba su ruina. Un rey amnistiado volvía á entrar, sin ningún prestigio, en un palacio en que poco hacia se hallaba prisionero. Unos legisladores tímidos abdicaban en medio del tumulto, al mismo tiempo que dos tribunos triunfantes eran victoreados por el pueblo. Todo el porvenir se manifestaba ya con entera claridad para el hombre pensador, con solo reflexionar en estos hechos. La Asamblea constituyente, que habia comenzado por una insurreccion de principios, concluía con una sedicion. ¿Estaba la falta de todo esto en aquellos mismos principios ó era culpa de la Asamblea constituyente? Esto es lo que examinaremos mas adelante echando una mirada sobre todos los actos de la Asamblea. Dejemos para entonces este juicio por no interrumpir la narracion.

LIBRO QUINTO.

Estado de Europa.—Las potencias empiezan á comoverse.—El ejército de los príncipes en Coblenza.—Conferencias de Pilnitz.—Primeros rumores de guerra bien acogidos por los constitucionales, por los girondinos y por los jacobinos, á escepcion de Robespierre.—Madama de Staël.—Su retrato.—Influencia que tenia en el partido constitucional.—El conde Luis de Narbona.—Los constitucionales quieren atraer al duque de Brunswick á su partido.—Este se niega á ello.

I.

Trabajada la Francia por dos convulsiones distintas, apenas respiraba, y la revolucion vacilante, estaba aun entre detenerse en el punto á donde habia llegado, ó servirse de la Constitucion como de un escalon para llegar á la república. Empezaba la Europa á comoverse, ya que egoista y falta de prevision, no habia notado en los primeros síntomas revolucionarios de la Francia, que en París se estaba representando una especie de drama filosófico, cuyo escenario fué la Asamblea de los notables, la Constituyente y la reunion de los Estados generales; y los protagonistas, el genio popular representado por Mirabeau, y el de la aristocracia, personificado en Luis XVI

y en el clero. Los soberanos de Europa, y sus ministros, no habian visto en este grande espectáculo, mas que la continuacion de aquella lucha á que ellos habian asistido y en la que se habian interesado secretamente, sostenida por una parte por Voltaire y Rousseau, y por la otra por los antiguos aristócratas y por los sacerdotes. Segun el modo de ver de aquellos monarcas, la revolucion no era otra cosa sino la filosofia del siglo, que de los salones se habia trasladado á las plazas públicas, y de las obras enciclopédicas, habia pasado á las bocas de los oradores de la Asamblea. Esta conmoción del mundo moral, oida por ellos desde lejos, presagiaba en París cierta cosa desconocida en los destinos europeos, pero esta misma agitacion seducia mas bien que inquietaba á los monarcas de las demas naciones. No notaban estos que las instituciones no son otra cosa que la manifestacion ostensible de las ideas, y que si habia un trastorno en las que tenia anteriormente el pueblo francés, arrastraria éste tras sí los tronos y las nacionalidades. Cuando el espíritu de Dios quiere una cosa, parece que todo el mundo la quiere tambien y que contribuye á su logro impulsado por una fuerza invisible. La Europa daba á los primeros actos de la revolucion francesa el tiempo necesario para que llegasen á conocimiento de todos los Estados europeos, y esto era mas de lo que necesitaba la revolucion para ir prosperando.

Cuando no se sofoca la primer chispa que se descubre, el incendio adquiere pronto unas proporciones colosales, y ya no es posible estinguirlo. El estado político y moral de Europa, eran favorables á la propagacion contagiosa de las nuevas ideas, razon por la cual el tiempo, los hombres y las cosas, estaban á merced de la Francia.

II.

Una larga paz habia sido causa de que los hombres viviesen en la molicie, y de que desconociesen aquellos antiguos odios entre las razas, tan opuestos á la comunicacion de sentimientos y á la nivelacion de ideas entre pueblos distintos. Desde el tratado de Westfalia, la Europa podia considerarse como una república compuesta de potencias perfectamente equilibradas, porque el equilibrio general, resultaba del contrapeso que se hacian unas á otras. Al primer golpe de vista se notaba la unidad y solidez de esta armazon europea, cuyas piezas, ofreciendo igual resistencia unas á otras, tambien se prestaban igual apoyo para la presion de todos aquellos estados.

La Alemania no era otra cosa que una confederacion presidida por el Austria, en la cual los emperadores eran los únicos gefes de aquel antiguo feudo de reyes, de duques y de electores. El poder de la casa de Austria era debido mas á sus posesiones personales que á la dignidad imperial. Los dos reinos de Hungría y de Bohemia, la Italia, el Tirol y los Países Bajos, la daban un ascendiente que el genio de Richelieu no habia podido impedir, aunque lo habia coartado en cuanto le habia sido posible. El Austria, potencia de resistencia, però no de impulso, habia hecho lo que era indispensable para sostenerse; però no habia obrado. Su principal fuerza, consiste en su posicion y en su inmovilidad. Esta nacion es un peñasco colocado en el centro de Alemania, cuyo principal poder consiste en su misma gravedad, lo que la hace ser el eje del equilibrio europeo. La dieta federativa enervaba todos sus designios, valiéndose de aquellas influencias diplomáticas que son indispensables en toda confederacion. Dos estados no conocidos hasta la

época de Luis XIV, acababan de surgir de repente al abrigo de la antiquísima rivalidad, entre las casas de Austria y de Borbon. Uno de estos estados era la Prusia, situada en el Norte de Alemania; el otro, era la Rusia, colocada en el Oriente. La política inglesa había avivado aquellos dos gérmenes de division, para crear en el continente nuevos elementos de combinaciones políticas, que diesen por resultado el que los intereses de la Gran Bretaña, se consolidasen cada vez mas.

III.

No había trascurrido todavía un siglo desde que un emperador de Austria había concedido el título de rey á un margrave de Brandeburgo, soberano subalterno, obedecido por dos millones de vasallos, y ya la Prusia contrabalanceaba en Alemania la autoridad de la casa de Austria. El genio maquiavélico de Federico el Grande era ya el de toda la Prusia, y aquella monarquía, compuesta de muchos estados pequeños incorporados á ella, merced á las victorias obtenidas por el rey filósofo, necesitaba aun mas guerras para engrandecerse, y éranle tambien necesarias las agitaciones y las intrigas para legitimarse. Era la Prusia un elemento disolvente, situado en el centro de la Confederación germánica. Cuidadosa la Inglaterra de mantener y fomentar aquellas divisiones se había servido del Austria, como de una palanca para lograr sus fines en Alemania. La Rusia, cuya doble ambicion premeditaba un golpe contra el Asia y otro contra Europa, había establecido su vanguardia en Occidente, y á manera de un campo avanzado se extendía hasta las orillas del Rhin. Esto era equivalente á amenazar con la punta de su espada el corazon de la Francia. Potencia esencialmente militar, su gobierno no era sino una

disciplina, y su pueblo su ejército. En cuanto á política, no tenia otra idea que la de colocarse al frente de los estados protestantes y ofrecer apoyo á todos los intereses y á todas las ambiciones ofendidas por la casa de Austria. El reino de Prusia era por su naturaleza una potencia revolucionaria.

La Rusia á quien la naturaleza había negado un suelo fértil y delicioso, había recibido de ella por otra parte una estension tan inmensa, que ocupaba la novena parte de la tierra, en donde se hallaban diseminados cuarenta millones de hombres, á quienes el genio militar, y el carácter rudo de Pedro el Grande, había obligado á unirse y á constituirse en nacion. Esta potencia, cuya estension parece fabulosa, fluctuaba aun en la indecision, sin saber si se inclinaria hácia la parte de Alemania ó hácia el imperio otomano. Era gobernada á la sazón por Catalina II, muger muy semejante á las grandes heroínas de la antigüedad, que á un gran talento y á una no vulgar belleza, unia grandes pasiones y grandes crímenes, cosas todas muy á propósito para infundir entre aquellos bárbaros un gran terror al cetro, casi adorado por ellos á causa de su crasa ignorancia. Cada paso que daba hácia el Asia, admiraba y sorprendia á la Europa, que veia en ella otra nueva Semíramis. Intimidada la Rusia, la Prusia y la Francia, con el renombre que aquella muger iba adquiriendo, celebraban sus victorias sobre los turcos, y las conquistas que hacia en el mar Negro, y parecia que no comprendian que aquella heroína destruía el equilibrio europeo y que en cuanto lograse dominar en Polonia y en Constantinopla, ya no habría obstáculo que la impidiese revolverse contra la Alemania y estender el otro brazo para abarcar así todo el Occidente.

IV.

Humillada la Inglaterra en su orgullo marítimo por la rivalidad de las brillantes escuadras francesas que recorrían los mares de la India, é irritada contra la Francia por el socorro que esta había prestado á la independencia de la América inglesa, acababa de celebrar una alianza secreta en 1788, con Holanda y Prusia, tratando de contrabalancear de esta suerte la celebrada entre Francia y Austria, y al mismo tiempo de intimidar á la Rusia, enmedio de sus invasiones contra los turcos. Todo el genio de la Inglaterra se hallaba reunido en un solo hombre, que era Mr. Pitt, el mayor político del siglo XVIII. Este sábio era hijo de lord Chatham y el único orador político de los tiempos modernos que puede compararse con Demosténes, sino es que le llevase ventajas. Mr. Pitt había nacido, por decirlo, así en el consejo de los reyes, se había educado en la tribuna de su país y estaba ya en el cuerpo diplomático á los veinte y tres años. En esta edad, en que el hombre no se ha desarrollado aun completamente, era ya Pitt el hombre mas grande de toda aquella aristocracia, que le confiaba su causa considerándole el mas digno entre todos sus miembros. Su talento y la admiracion que este escitó en todo el país le conquistaron apenas salido de la infancia la direccion de los negocios del Estado, en la que continuó casi sin interrupcion hasta la muerte, por la gran estension de sus miras políticas y por la energia de su carácter. En mas de una ocasion demostró este hombre, aun contra la misma Cámara de los comunes, lo que vale un hábil político apoyado en el verdadero espíritu nacional, y á lo que puede atreverse con buen éxito aun cuando se vea contrariado por todo un parlamento. Pitt violentó la opinion pública, y fué un déspota

constitucional si nos es permitido asociar estos dos nombres que pintan por sí solos su omnipotencia legal. La lucha que sostuvo contra la revolucion francesa, fué permanente durante los veinte y cinco años de su vida ministerial. Adoptó el papel de antagonista de la Francia, y murió vencido.

No era, sin embargo, la revolucion lo que aborrecia aquel hombre, sino á la Francia; y este odio no era á la libertad, porque él tambien tenia un corazón libre, sino á la destruccion del equilibrio europeo que una vez efectuada dejaba aislada la Inglaterra enmedio del Océano. Resentida esta nacion en aquel momento con sus colonias de América, porque habían sacudido el yugo; en guerra con las Indias; tibia en sus relaciones políticas con España, y abrigando un sordo rencor contra la Rusia, no contaba en el continente sino con la Prusia y el stathouder. Por consecuencia, estribaba toda su política en la observacion y en la contemporizacion, cual no podia menos de suceder.

V.

La España, debilitada en el reinado de Felipe III y de Fernando VI, había recobrado alguna fuerza interior y alguna dignidad en el exterior durante el largo reinado de Carlos III. Sus ministros Campomanes, Florida Blanca, y el conde de Aranda, habían luchado contra la supersticion, segunda naturaleza de los españoles (1). Los jesuitas, que reinaban bajo el nombre de los reyes, habían sido espulsados del reino por un golpe de Estado meditado en silencio, y ejecutado como una conspira-

(1) Los franceses nos aventajan mucho en esta materia aunque se creen tan despreocupados. (N. D. T)

cion. El pacto de familia concluido entre Carlos III y Luis XV en 1761, habia afianzado todos los tronos y todas las posesiones de las distintas ramificaciones de la casa de Borbon, pero el pacto de familia no habia podido preservar á esta dinastia compuesta de tantas ramas, contra la falta de savia, ni contra la decadencia moral de sus individuos, decadencia que fué causa de que reyes muy grandes tuviesen por sucesores unos principes asaz degenerados. Los Borbones, que en Nápoles se habian convertido en sátrapas, habian sucedido en España á una especie de frailes coronados. La corte del Escorial habia adoptado todas las formas y casi todas las costumbres de los monacales, de suerte, que aquel palacio se asemejaba mas á un convento que á la mansion de un monarca. Funesto era este sistema para la España, pais infortunado que adoraba el mal que cual lenta fiebre le iba consumiendo. Despues de haber estado sometido por tantos siglos al dominio de los califas se habia convertido en pingüe patrimonio de los papas. La milicia papal reinaba en la Península bajo todos los hábitos de las órdenes religiosas, y la fria é impassible teocracia hacia allí su última tentativa. Jamás habia adquirido el sacerdocio un dominio mas absoluto ni se habia posesionado tan completamente de una nacion; jamás habia logrado reducir á un pueblo á mas abyecto envilecimiento. La inquisicion era su gobierno, sus triunfos los actos de fé, y las corridas de toros y las procesiones sus fiestas nacionales. Si el dominio inquisitorial hubiese durado un poco mas en aquellas floridas comarcas la nacion española hubiera desaparecido de la lista de los pueblos civilizados. Carlos III, hombre verdaderamente sabio, habia hecho grandes esfuerzos para emancipar su gobierno, y al hacerlos habia sufrido su trono fuertes vaivenes. Concentradas sus buenas intenciones en él solo, habian sido impotentes y débiles, y se habia visto precisado á ir sacrificando uno á uno, á todos sus ministros á la venganza

de la supersticion. Florida Blanca y Aranda habian muerto en el destierro sin mas delito para sufrir el ostracismo, que el de haber servido fielmente á su pais. El honrado, aunque débil Carlos IV, ocupaba el trono de Castilla, y seguia las inspiraciones de una muger en cuya reputacion han caido algunas manchas, sin que sea nuestro intento decir si ha sido bien ó mal juzgada por sus contemporáneos. Esta señora, el confesor del rey, y un favorito, puede decirse que eran los verdaderos reyes de España, y que de las relaciones que se suponian entre Godoy y la reina, emanaba toda la politica de esta nacion. Todo se sacrificaba en el reino á la fortuna de este favorito. Nada importaba que la escuadra languidiese en unos puertos no concluidos aun, ni que la América española tratase de emanciparse; que la Italia se sujetase servilmente al Austria; que la casa de Borbon, luchase sin esperanza en Francia contra las nuevas ideas, ni que la inquisicion y los monacales lo ennegreciesen y lo devorasen todo en la Península, con tal que la reina fuese amada por Godoy, y que éste fuese engrandecido escandalosamente. El palacio de Aranjuez, era el sepulcro murallado de España, en donde no penetraba el espíritu vivificador, que agitaba á toda Europa.

VI.

Menor era todavía la importancia de la Italia dividida toda ella en pequeños estados, impotentes para reunirse en uno, y formar una verdadera nacionalidad. Nápoles no tenia vida propia, sujeto á la casa de España, y el yugo austriaco pesaba sobre Milan y Lombardia. El pueblo de los Césares habia desaparecido y Roma no era ya sino el centro y la capital de una idea religiosa. Roma era la Delfos de la edad moderna á donde cada ga-

binete acudia, á consultar los oráculos favorables á su causa, y los pagaba enriqueciendo así á los miembros del sacro colegio. La ciudad eterna, era el centro de la diplomacia, y todas las ambiciones mundanas acudían allí á rendirla vasallage para engrandecerse, de suerte que la corte romana podia poner en conmocion á toda la Europa católica, pero era impotente para gobernarla. Una aristocracia electiva de cardenales, rivales perpétuos unos de otros, y nombrados la mayor parte por las potencias extranjeras; una monarquía electiva cuya cabeza era un papa elegido siempre entre los más ancianos del consistorio, para que su muerte siguiese muy de cerca á su exaltacion á la tiara, he aquí el gobierno *temporal* de los estados romanos. Reunía en sí este gobierno, todos los vicios del absolutismo á todas las debilidades de la anarquía. Sus consecuencias eran las que debían ser necesariamente, á saber; la servidumbre en el Estado, la mendicidad en el gobierno, y una espantosa miseria en los pueblos. Roma se hallaba reducida á no ser mas que la gran municipalidad católica, y su gobierno una república de diplomáticos. Veíase allí en un templo enriquecido con los dones de toda la cristiandad, un soberano y unos embajadores; pero no se hallaba en ninguna parte ni pueblo, ni ejército. Lo único que restaba era una sombra veneranda de la monarquía universal, sueño dorado de los papas en los primeros siglos del catolicismo, y á cuya consecucion habian dirigido constantemente sus esfuerzos, pero de la cual no les habia quedado mas que la capital y la corte.

VII.

Venecia tocaba ya á su decadencia; pero la falta de vitalidad y el funebre silencio de su gobierno, no la de-

jaban percibir su caducidad. Este gobierno era una aristocracia soberana, basada en la corrupcion del pueblo; sostenida por las delaciones; sin otro nervio que el espionage, sin mas prestigio que el misterio, sin mas fuerza que el cadalso. Este gobierno se sostenia por el terror y por el deleite, régimen caprichoso y único en el mundo. La policia era una confusion completa de todos contra todos, y sus calabozos, llamados los *Plomos*, en donde se entraba de noche por el *Puente de los Suspiros*, eran semejantes al infierno, porque los que tenían la desgracia de entrar en ellos, no volvían á salir jamás. Las riquezas de Oriente, habian afluido á Venecia á la caída del bajo imperio, y esta ciudad habia llegado á ser el refugio de la civilizacion griega, pudiendo llamarse desde aquella época, la Constantinopla del Adriático. Las artes de Grecia en decadencia, habian emigrado allí desde la antigua Bizancio, y con ellas tambien todo su comercio. Sus maravillosos palacios batidos por las olas, estaban apiñados en un estrecho recinto, y esta ciudad era semejante á un navio anclado, en el cual se habia refugiado un pueblo poderoso, arrojado de su patria y cargado de inmensos tesoros. Venecia parecia inespugnable, pero ninguna influencia tenia sobre el resto de Italia.

VIII.

La república de Génova, mas borrascosa y mas popular que la anterior, subsistia en fuerza de su marina y de su comercio. Encerrada entre estériles montañas en un golfo sin litoral no era ya sino un pueblo de marineros. Sus palacios de mármol construidos en forma de anfiteatro sobre unas escarpadas orillas, miraban todos á la mar, que era su único territorio. Los retratos de los duces y la estatua de Andrés Doria la recordaban continua-

mente que sus riquezas y su gloria habían venido del otro lado de los mares y que únicamente en aquel elemento podía buscar otras nuevas. Sus murallas eran inespugnables y sus arsenales brillantes, pudiendo llamarse esta ciudad la ciudadela del comercio.

La Toscana, país dichoso, civilizado é ilustrado por los Médicis, modernos Pericles de la Italia, era sabia, agrícola é industriosa, pero absolutamente ignorante del arte militar. La casa de Austria la gobernaba por medio de sus archiduques, y aquellos príncipes del Norte transportados á los palacios edificadas por los Pitti y por los Cosmes adquirían muy pronto las costumbres dulces y elegantes de los toscanos. El clima voluptuoso y la serenidad risueña de las colinas de Florencia dulcificaba allí á la misma tiranía, y sus príncipes se convertían muy pronto en sensuales ó en sábios. Florencia, ciudad de Leon X y centro de la filosofía y de las artes, había transformado hasta la religión. El catolicismo tan duro en España, tan sombrío en el Norte, tan austero y literal en Francia y tan popular en Florencia y en Roma, se había convertido bajo el gobierno de los Médicis y bajo la influencia de los filósofos griegos, en una especie de teoría platónica y luminosa, cuyos dogmas no eran sino símbolos sagrados, y cuyas ceremonias no eran otra cosa que una voluptuosidad del alma y de los sentidos. Las iglesias de Florencia se asemejaban mas á museos del Crucificado que á unos templos. Numerosas colonias de artistas de todas clases, habían emigrado de Grecia á la entrada de Mahometo II en Constantinopla y se habían establecido en Florencia, en donde habían prosperado mucho. El pueblo, situado á orillas del Arno, era otra nueva Atenas muy poblada y que como la antigua estaba cubierta de templos, de pórticos y de estatuas.

Leopoldo, príncipe filósofo dedicado al estudio del gobierno de los hombres y á la práctica de las teorías de la nueva economía política, aguardaba allí el momento

en que debía subir al trono imperial de la casa de Austria. Su destino no debía dejarle allí por largo tiempo. Este príncipe era el moderno Germánico de la Alemania, y la filosofía no debía hacer otra cosa que enseñarle al mundo despues de habérselo prestado á la Italia por algunos años.

Los estados del Piamonte, cuyas fronteras penetraban bastante en Francia por los valles de los Alpes, y que por el otro lado llegaban hasta las murallas de Génova y hasta las posesiones austríacas, confinantes con el Pó, era gobernado por la casa de Saboya, una de las mas antiguas de Europa. Esta monarquía enteramente militar, tenía su campo atrincherado en Turin que era la capital. Las llanuras que ocupaba en Italia habían sido en todas épocas y debían continuar siendo en lo sucesivo, el campo de batalla entre austríacos y franceses. Sus posiciones eran las llaves de Italia.

Acostumbrado este pueblo á la guerra, necesitaba estar siempre armado para su propia defensa, ó para unirse como auxiliar á una de aquellas dos potencias, cuya rivalidad era la única garantía de su independencia. Constituía su fuerza el espíritu marcial de que estaba dotado, así como su debilidad consistía en tener la mitad de sus posesiones en Italia y la otra mitad en Francia. Toda la Saboya debe reputarse como enteramente francesa, tanto por su idioma como por su procedencia y costumbres. En todas las grandes conmociones del mundo, la Saboya debía desunirse de la Italia y caer por su propio peso hácia nuestro país. Son los Alpes una frontera demasiado necesaria á los dos pueblos para que puedan pertenecer esclusivamente á uno solo; si sus vertientes meridionales dan á la Italia, las septentrionales dan á Francia. Las nieves, el sol y las aguas han trazado así la division de los Alpes entre los dos pueblos. La política no prevalece largo tiempo ni impunemente contra la naturaleza. La casa de Saboya no es bastante

poderosa para mantener la neutralidad de los valles de los Alpes y de los caminos de Italia, y aunque puede engrandecerse en este país, no puede menos de estrellarse en Francia. Unida la corte de Turin á la casa de Francia por el doble matrimonio de los condes de Artois y de Provenza, hermanos de Luis XVI con dos princesas de Saboya, las relaciones entre estas dos potencias eran muy íntimas. La corte de Turin estaba, sin embargo, mas que ninguna otra de Italia bajo la influencia clerical, así es, que aborrecia por instinto todas las revoluciones, porque todas amenazaban su existencia. Tanto por espíritu religioso como por espíritu político y por sus relaciones de familia, debía ser la Saboya el primer foco de conspiracion contra la nacion francesa.

IX.

Otro existía en el Norte, que era la Suecia. Allí no era ni una servidumbre supersticiosa al catolicismo, ni un interés de familia ó de nacionalidad, lo que alimentaba los sentimientos hostiles del rey contra la revolucion, otro sentimiento mas noble era el que le impulsaba, y consistía en la gloria desinteresada de combatir por la causa de los tronos, y sobre todo por la de una reina cuyas desgracias y belleza habian cautivado y enternecido el corazon de Gustavo III. Era esta la última llamarada de aquel espíritu de caballería que ofrecía su espada á las mugeres desgraciadas, su socorro á las victimas y su apoyo al buen derecho de los débiles. Estinguido en el Mediodía, brillaba por última vez en el Norte, en el corazon de un rey. En la política de Gustavo III, habia algo del carácter aventurero de Carlos XII. La Suecia de los Wasa es el país de los héroes, pero cuando el heroísmo no guarda proporcion con el genio y los

recursos del que está dotado de él, se asemeja mucho á la demencia. Así es, que habia de uno y otro en los proyectos de Gustavo contra la Francia. Esta locura era, sin embargo, noble como su causa y grande como su valor. Gustavo estaba acostumbrado por las vicisitudes de su suerte, á tentar empresas atrevidas y desesperadas, que coronadas por un feliz éxito hasta entonces, hacian que no hallasen nada imposible. Este rey, habia hecho una revolucion en su reino, y habia desafiado él solo al coloso de Rusia: si Austria, Prusia y Turquía le hubiesen secundado, la Rusia hubiese hallado un obstáculo en el Norte. Abandonado por primera vez por sus tropas y prisionero en su tienda por sus generales sublevados, habia escapado de sus manos y se habia dirigido solo á buscar el apoyo de sus fieles soldados; su elocuencia y su magnanimidad habian hecho surgir de la tierra otro ejército nuevo; habia castigado á los traidores, reunido á los débiles bajo su bandera; y despues de terminar la guerra habia vuelto á Stokholmo á recibir los honores del triunfo de un pueblo entusiasmado. En otra ocasion viendo destrozado su país por la preponderancia anárquica de la nobleza, habia resuelto derribar la Constitucion desde el fondo de su palacio. Unido á este efecto con las demas clases del pueblo, se habia puesto espada en mano á la cabeza de las tropas, y reducido á prision al senado en la misma sala de las sesiones; habia destronado por decirlo así á la nobleza y conquistado al trono las prerrogativas de que carecia para defender y gobernar la patria con sola su espada, y sin que se vertiese ni una gota de sangre, habia convertido la Suecia en una monarquía en el corto periodo de tres dias. La confianza de Gustavo en su propia audacia, habia ido en aumento despues de este suceso, y el sentimiento monárquico se habia fortificado en él con todo el odio que tenía á los privilegios de la clase que acababa de derrocar de la altura en que se habia colocado á fuerza de concesiones

arrancadas á otros monarcas mas débiles. La causa de los reyes era la suya en cualquier pais en que los tronos se viesen amenazados.

Habia abrazado con ardor la de Luis XVI, y la paz que habia ajustado con Rusia, le permitia dirigir sus miras y sus tropas hácia Francia. Su genio militar le hacia soñar en una expedicion triunfante en las orillas del Sena, punto que él habia designado en su mente para conquistar gloria. En su juventud habia estado en París de incógnito, con el nombre de conde de Haga, y se habia hospedado en Versalles. Maria Antonieta se hallaba á la sazón en todo el esplendor de su belleza y en todo el brillo de su juventud, y Gustavó se la figuraba ahora en su imaginacion, humillada y cautiva en poder de un pueblo feroz. Liberar á esta señora, restablecer aquel trono y hacerse temer y bendecir en la capital, le parecia una de aquellas aventuras buscadas en otros tiempos por los reyes caballeros. Unicamente su erario, era el que se oponia á la ejecucion de este intento. Estaba negociando un empréstito con la corte de España, atraía hácia sí los emigrados franceses que tenían alguna nombradía como militares, pedía planos al marqués de Bouvillé y solicitaba de las cortes de Viena, de San Petersburgo y de Berlin, que se uniesen á él en esta cruzada de reyes, no exigiendo otra cosa de la Inglaterra que la mas estricta neutralidad. La Rusia le animaba en su empresa, y la misma Catalina creía que llegaba hasta ella la humillación en que se hallaba el trono en Francia. Negociaba la Rusia, contemporizaba el Austria, España temia, y la Inglaterra observaba. Cada nueva sacudida de la revolucion, hallaba á Europa indecisa, y sus estados monárquicos, vacilantes y faltos de buenos consejos y de oportunas resoluciones, ni sabian lo que debian temer, ni á lo que podian atreverse.

Este era el estado político de los gabinetes estrange-

ros con respecto á la Francia. Las disposiciones en que estaban los pueblos tocante á las nuevas ideas, eran muy diferentes.

Al movimiento intelectual y filosófico de París, respondia de rechazo otro movimiento europeo, y mas todavía americano. España dirigida por el conde de Aranda, adquiria las primeras luces del buen sentido general, y el gobierno habia empezado por espulsar á los jesuitas para salir con su intento. La nobleza española se ruborizaba al ver la oelocracia sagrada de sus monacales, y Voltaire tenia corresponsales en Cádiz y en Madrid. El contrabando del pensamiento era favorecido por los mismos que estaban encargados de evitarlo, y nuestros libros pasaban los Pirineos atravesando las nieves, de suerte que el fanatismo, acosado en su ultima guarida por las luces del siglo, conocia ya que su poder iba caducando en España. El mismo exceso de una tiranía sufrida por largo tiempo, predisponia allí los ánimos á la libertad.

En Italia y hasta en Roma, el sombrío catolicismo de la edad media se iba iluminando con los reflejos de las luces de la época, y hasta jugaba con las armas peligrosas que la filosofía iba á volver muy pronto contra él. No parecia sino que conociendo que empezaba á debilitarse, trataba de hacerse perdonar, por lo mucho que habia dominado solo, usando de mil condescendencias con los reyes y con el siglo. Benedicto XIV, Lambertini, admitia de Voltaire la dedicatoria del *Mahometano*. Los cardenales Passionei y Quirini, estaban en correspondencia con Ferney, y Roma recomendada en sus bulas la tolerancia con los disidentes, y la obediencia á los príncipes.

El papa, halagando el espíritu del siglo, desaprobaba y reformaba la compañía de Jesus. Clemente XIV, Ganganelli, abolia el orden de los jesuitas, confiscaba sus bienes, y encerraba á su general Rizzi en el castillo de San Angelo, que era la Bastilla de los papas. Severo única-

mente con los celadores exagerados de la fé, encantaba al mundo cristiano con su dulzura evangélica y con la gracia de su entendimiento; pero la chanza es la primera profanacion de los dogmas. La turba de estrangeros, sobre todo ingleses, á quienes su buena acogida atraía á Roma, hacia que penetrasen allí mezclados con el oro y la ciencia, la indiferencia y el escepticismo, que destruyeron las creencias antes de minar las instituciones.

Nápoles, cuya córte era muy corrompida, dejaba el fanatismo para el pueblo, y gobernada Florencia por un príncipe filósofo era la colonia en donde se hacían los experimentos de las doctrinas modernas. El poeta Alfieri hacia representar allí sus dramas revolucionarios, y sembraba á mansalva desde aquel baluarte de la libertad sus máximas contra la doble tiranía de los papas y de los reyes, haciendo representar sus obras en todos los teatros de Italia.

Milan, en donde ondeaba la bandera austriaca, encerraba en su recinto una república de poetas y de filósofos. Beccaria escribía allí con mas libertad que Montesquieu en Francia, y su obra de *Penas y delitos* era el acta de acusacion de todas las leyes de su país. Parini, Monti, Cesarotti, Pindemonte y Ugo-Foscolo, poetas jocosos, sérios ó heróicos, ridiculizaban á los tiranos, se burlaban de la cobardía de sus compatriotas, ó cantaban en odas patrióticas las virtudes de sus abuelos, y la próxima libertad de la patria. Solo Turin, adicto á la casa de Saboya, callaba y proscribía á Alfieri. El pensamiento, libre hacia ya mucho tiempo en Inglaterra, habia producido allí costumbres muy severas, y la aristocracia conocia que era asaz poderosa para no verse perseguida jamás. Los cultos eran tan independientes como las conciencias, y la religion dominante no era sino una institucion política, que comprometiendo al ciudadano dejaba al creyente obrar segun su libre albedrio. Hasta el gobierno era allí popular, con la diferencia de que el pueblo lo com-

ponían los mas distinguidos ciudadanos. La Cámara de los comunes se asemejaba mas á un senado de nobles, que á un foco democrático; pero este parlamento se hallaba en un recinto sonoro y abierto para todos, en donde se discutian en alta voz en presencia del trono, de la nacion y de Europa, las cuestiones mas atrevidas sobre gobiernos.

La dignidad real, honrada en la forma y condenada en la esencia á una impotente inacción, no hacia otra cosa que presidir aquellos debates y regularizar la victoria, de suerte que no era mas que una especie de consulado perpetuo. La voz de los grandes oradores que se disputaban el manejo de los negocios de la nacion, resonaba en toda Europa. La libertad toma su nivel en el mundo social como los rios en el lecho comun del Océano. Un pueblo solo no es libre impunemente, ni tampoco se subyuga impunemente á un pueblo aunque sea solo; todo se compara y todo se iguala al fin.

X.

La Inglaterra habia sido intelectualmente el modelo de las naciones y la envidia del universo pensador.

La naturaleza y sus instituciones la habian dado hombres dignos de sus leyes. Lord Chatham, tan pronto á la cabeza de la oposicion como á la del gobierno, habia engrandecido al parlamento, hasta elevarle á las proporciones de su carácter y de su palabra. Jamás la libertad áspera de un ciudadano ante un trono, jamás la autoridad legal de un gefe de gobierno ante un pueblo, habian hecho oír otra voz semejante á los ciudadanos reunidos. Este era el hombre público en toda la estension y grandeza de la palabra, el alma de una nacion personificada en un solo individuo, la inspiracion de la multitud en un

corazon de patriota. Su genio oratorio, como tambien su accion tenian algo de magnanimo, y este hombre poseia el heroismo de la palabra. El eco de los discursos de lord Chatham llegaba de rechazo á todos los puntos del continente. Las escenas borrascosas de las elecciones de Westminster removian en el fondo del pueblo el sentimiento terrible de si mismo, y aquel gusto de turbulencia que se advierte en toda grande reunion y que esta toma tan á menudo por un sintoma de verdadera libertad. Aquellas palabras de contrapeso al poder real, de responsabilidad ministerial, de leyes consentidas y de poder del pueblo, aplicadas en la actualidad por una constitucion, y en los tiempos pasados por la acusacion de Strafford, por el sepulcro de Sidney y sobre el cadalso de un rey, habian resonado como recuerdos antiguos, y como unas novedades enteramente desconocidas.

El drama inglés tenia por espectador al mundo; los grandes actores de aquella época eran: Pitt, moderador de aquellas tempestades, órgano intrépido del trono, del orden y de las leyes de su pais; Fox, tribuno precursor de la revolucion francesa, que propagaba sus doctrinas y que asimilándolas á las revoluciones de Inglaterra, hacia que fuesen respetadas y miradas como sagradas por el pueblo inglés; Burke, orador filósofo, de quien cada discurso era un tratado de elocuencia, verdadero Ciceron de la oposicion británica que muy pronto debia volverse contra los excesos de la revolucion francesa y maldecir la nueva religion en cuanto viese inmolada una víctima; finalmente, Sheridan, calavera elocuente, grato al pueblo por su lijereza y por sus vicios, que seducia á su pais en lugar de sublevarle. El calor de los debates sobre las guerras de América y de la India daba un vivo interés á las borrascas del parlamento.

La independencia de América, conquistada por un pueblo nuevo, las máximas republicanas en que fundaba su gobierno, el prestigio que iba unido á aquellos nom-

bres desconocidos hasta entonces, á quienes hacia mucho mas grandes la distancia que las victorias que obtenian, como Washington, Franklin y La Fayette, héroes en la imaginacion del pueblo; aquellos sueños de sencillez antigua, de costumbres primitivas y de libertad heroica y pastoral á la vez, que la moda y la ilusion del momento traian á Europa desde el otro lado del Atlántico, todo esto contribuia á fascinar el espíritu del continente y á imbuir en el ánimo de los pueblos el desprecio á las instituciones que les regian entusiasmándolos á favor de una renovacion social.

La Holanda era el taller de los innovadores, que al abrigo de una completa tolerancia religiosa, de una libertad casi republicana y de un contrabando tolerado, iban á imprimir allí todo lo que no podia recibir publicidad en Paris, en España, en Italia ó en Alemania. Desde la época de Descartes la filosofia independiente habia buscado un asilo en la Holanda. Baile habia popularizado allí el escepticismo, y aquel pais se habia convertido en la tierra sagrada de la insurreccion contra todos los abusos del poder, hasta que finalmente llegó á ser un foco perenne de conspiraciones contra los tronos. Todo el que queria emitir un pensamiento sospechoso, lanzar un dardo ú ocultar su nombre, se valia de las imprentas holandesas. Voltaire, Rousseau, Diderot, Helvecio, y hasta el mismo Mirabeau, habian ido á naturalizar sus escritos en aquel pais clásico de la publicidad. La máscara del anónimo con que se cubrian estos escritores en Amsterdam no engañaba á nadie, pero bastaba á su seguridad. Todo crimen del pensamiento era allí inviolable, y la Holanda era á un mismo tiempo el asilo y el arsenal de las nuevas ideas. Un comercio de libros activo é inmenso especulaba en aquel pais con los trastornos de las religiones y de los tronos. El prodigioso consumo de libros prohibidos que este comercio esparció por todo el mundo, probaba suficientemente la alteracion, cada dia

mayor, de las antiguas creencias en el espíritu de los pueblos.

XI.

En Alemania, país de la contemporización y de la paciencia, los espíritus, tan calmosos en la apariencia, tomaban parte con un ardor serio y reconcentrado en el movimiento general del espíritu europeo. El libre pensamiento adoptaba allí las formas de una conspiración universal envuelta en el misterio. La Alemania, sabia y amiga de la etiqueta, gustaba de dar á su insurrección todas las apariencias de la ciencia y de la tradición. Los adeptos á las nuevas ideas imitaban en sus conciliabulos las iniciaciones de los misterios egipcios y las evocaciones místicas de la edad media; allí se pensaba como se conspira en otros países, y la filosofía marchaba cubierta de simbolos y de figuras, sin que se quitase la venda que cubria sus ojos sino en las sociedades secretas de que eran escludidos todos los profanos. Los prestigios de la imaginación, tan poderosos sobre la naturaleza ideal y reflexiva de los alemanes, servian de cebo á las nuevas verdades.

Federico el Grande habia hecho de su córte el centro de la incredulidad religiosa, y al abrigo de su poder enteramente militar, se habia propagado con toda libertad el desprecio al cristianismo y á las instituciones monárquicas. Este príncipe materialista en nada estimaba la fuerza moral, porque las bayonetas eran, segun su modo de ver, el mejor derecho de los príncipes; la insurrección el mejor derecho de los pueblos, y las victorias ó las derrotas el mas incontestable derecho público. Su fortuna, siempre constante con él, habia sido cómplice de su inmoralidad, y habia recibido la recompensa de cada uno de sus vicios, porque estos vicios eran grandes. Al morir

habia legado su genio perverso á Berlin, ciudad corruptora de toda Alemania. Militares criados en la escuela de Federico, academias modeladas sobre el genio de Voltaire, colonias de judios enriquecidos con la guerra, y franceses refugiados, componian aquel pueblo en gran parte y dirigian el espíritu público, que ligero, escéptico, insolente y burlon, intimidaba al resto de Alemania. La debilidad del espíritu aleman data desde Federico II. Este rey fué el corruptor del imperio, conquistó la Alemania con ideas francesas y fué un héroe de decadencia.

Berlin continuaba del mismo modo despues de su muerte por esa impresion que dejan siempre los grandes hombres por mucho tiempo en el país en que han reinado. El reinado de Federico habia dado al menos un buen resultado, que era la tolerancia de cultos, nacida en Alemania del menosprecio en que Federico habia tenido á las religiones. A la sombra de esta tolerancia el espíritu filosófico habia organizado algunas sociedades secretas á imitación de la francmasoneria, en las que se habian iniciado los príncipes alemanes. Creian los que entraban en ellas dar pruebas de grandes espíritus con penetrar en aquellas tinieblas, que se reducian en el fondo á algunos principios generales de humanidad y de virtud sin aplicación inmediata á las instituciones civiles. Federico habia sido iniciado cuando era jóven por el mayor Bielfeld, y el emperador José II, innovador el mas atrevido de su época, entró tambien en ellas en Viena bajo el padrinazgo del baron de Born, gefe de los francmasones de Austria. Estas sociedades, que ninguna importancia política tenian en Inglaterra, donde la libertad conspiraba sin rebozo en la tribuna y en la prensa, la tenian muy grande en el continente, porque eran los conciliabulos secretos de la libertad del pensamiento, que escapándose de los libros pasaba á las plazas á ponerse en acción. Entre los iniciados y las instituciones establecidas la guerra era sorda, pero mortal.

mayor, de las antiguas creencias en el espíritu de los pueblos.

XI.

En Alemania, país de la contemporización y de la paciencia, los espíritus, tan calmosos en la apariencia, tomaban parte con un ardor serio y reconcentrado en el movimiento general del espíritu europeo. El libre pensamiento adoptaba allí las formas de una conspiración universal envuelta en el misterio. La Alemania, sabia y amiga de la etiqueta, gustaba de dar á su insurrección todas las apariencias de la ciencia y de la tradición. Los adeptos á las nuevas ideas imitaban en sus conciliabulos las iniciaciones de los misterios egipcios y las evocaciones místicas de la edad media; allí se pensaba como se conspira en otros países, y la filosofía marchaba cubierta de simbolos y de figuras, sin que se quitase la venda que cubria sus ojos sino en las sociedades secretas de que eran escludidos todos los profanos. Los prestigios de la imaginación, tan poderosos sobre la naturaleza ideal y reflexiva de los alemanes, servian de cebo á las nuevas verdades.

Federico el Grande habia hecho de su córte el centro de la incredulidad religiosa, y al abrigo de su poder enteramente militar, se habia propagado con toda libertad el desprecio al cristianismo y á las instituciones monárquicas. Este príncipe materialista en nada estimaba la fuerza moral, porque las bayonetas eran, segun su modo de ver, el mejor derecho de los príncipes; la insurrección el mejor derecho de los pueblos, y las victorias ó las derrotas el mas incontestable derecho público. Su fortuna, siempre constante con él, habia sido cómplice de su inmoralidad, y habia recibido la recompensa de cada uno de sus vicios, porque estos vicios eran grandes. Al morir

habia legado su genio perverso á Berlin, ciudad corruptora de toda Alemania. Militares criados en la escuela de Federico, academias modeladas sobre el genio de Voltaire, colonias de judios enriquecidos con la guerra, y franceses refugiados, componian aquel pueblo en gran parte y dirigian el espíritu público, que ligero, escéptico, insolente y burlon, intimidaba al resto de Alemania. La debilidad del espíritu alemán data desde Federico II. Este rey fué el corruptor del imperio, conquistó la Alemania con ideas francesas y fué un héroe de decadencia.

Berlin continuaba del mismo modo despues de su muerte por esa impresion que dejan siempre los grandes hombres por mucho tiempo en el país en que han reinado. El reinado de Federico habia dado al menos un buen resultado, que era la tolerancia de cultos, nacida en Alemania del menosprecio en que Federico habia tenido á las religiones. A la sombra de esta tolerancia el espíritu filosófico habia organizado algunas sociedades secretas á imitación de la francmasoneria, en las que se habian iniciado los príncipes alemanes. Creian los que entraban en ellas dar pruebas de grandes espíritus con penetrar en aquellas tinieblas, que se reducian en el fondo á algunos principios generales de humanidad y de virtud sin aplicación inmediata á las instituciones civiles. Federico habia sido iniciado cuando era jóven por el mayor Bielfeld, y el emperador José II, innovador el mas atrevido de su época, entró tambien en ellas en Viena bajo el padrinazgo del baron de Born, gefe de los francmasones de Austria. Estas sociedades, que ninguna importancia política tenian en Inglaterra, donde la libertad conspiraba sin rebozo en la tribuna y en la prensa, la tenian muy grande en el continente, porque eran los conciliabulos secretos de la libertad del pensamiento, que escapándose de los libros pasaba á las plazas á ponerse en acción. Entre los iniciados y las instituciones establecidas la guerra era sorda, pero mortal.

Sin duda que el objeto de los agentes ocultos de estas sociedades era crear un gobierno de la opinion del género humano para ponerle en oposicion con los gobiernos de las preocupaciones. Trataban estos hombres de reformar las sociedades religiosa, politica y civil, y empezando por apoderarse del espíritu de las clases ilustradas podian llamarse sus logias las catacumbas de un nuevo culto. La secta de los iluminados, fundada y dirigida por Weisshaupt, se propagaba en Alemania al par de la de los francmasones y los rosa-cruz. Los teósofos creaban por su parte los símbolos de perfeccion sobrenatural y atraian todas las almas sensibles y todas las imaginaciones ardientes hácia unos dogmas llenos de amor y de ideas de lo infinito. Los teósofos, los swenderborgios, discípulos del sublime, aunque oscuro, Swenderborg, nuevo San Martín de Alemania, pretendian perfeccionar el Evangelio y trasformar la humanidad. Una de sus doctrinas era no tratar de nada que tuviese relacion con la muerte y con los sentidos corporales. Todos estos dogmas despreciaban en igual grado las instituciones existentes y tendian con igual ardor á la renovacion de los espíritus y de las cosas. Estas sociedades eran democráticas, porque todas estaban inspiradas por el amor á los hombres, sin distincion de clases.

Casi era infinito el número de los que en ellas se afiliaban, y el prestigio, cual sucede siempre que nos dejamos arrebatar de un celo indiscreto, se unió fraudulentamente á la verdad, como si el error ó la mentira fuesen la liga inevitable de las verdades y hasta de las virtudes del espíritu humano. Evocáronse los siglos, se hizo aparecer á las sombras y se oyó hablar á los muertos. Las visiones fueron su último secreto, las apariciones el último milagro de aquellos sectarios, que alucinaron la complaciente imaginacion de los príncipes por medio de transiciones rápidas del terror al entusiasmo. La ciencia fantasmagórica, poco conocida entonces, sirvió de auxiliar

á estas seducciones. Muerto Federico II, su sucesor sufrió estas pruebas y fué subyugado por aquellos prestigios; de suerte que hasta los mismos reyes conspiraban contra los tronos. Los príncipes de Gotha dieron asilo á Weisshaupt. Augusto de Sajonia, el príncipe Fernando de Brunswick, el de Neuwied, los coadjutores, todos los soberanos, hasta los de los electorados eclesiásticos de las orillas del Rhin, los de Maguncia y de Colonia y el obispo de Constanza se señalaron por su ardor en favor de las doctrinas misteriosas de la francmasonería ó del iluminismo. Cagliostro admiraba á Strasburgo, y el cardenal de Rohan se arruinaba y se envilecia al mismo tiempo escuchándole como á un oráculo. Por todas partes aparecian señales semejantes á las que precedieron siempre á la caída de los grandes imperios, á la llegada de las nuevas ideas. La más infalible era la conmocion general de las imaginaciones, que una vez propagada hace temblar la humanidad entera.

Los grandes genios de Alemania ó Italia cantaban ya la nueva era en sus versos á los hijos de la Germania. Goethe, poeta esceptivo; Schiller, poeta republicano, y Klopstock, poeta sagrado, embriagaban con sus estrofas las universidades y los teatros; cada sacudida de París, resonaba como un eco reproducido por aquellos escritores en las orillas del Rhin. La poesia es el recuerdo y el presentimiento de las cosas; lo que ella celebra no ha muerto todavía, lo que canta existe ya, y la poesia cantaba entonces por todas partes las confusas, aunque apasionadas esperanzas de los pueblos, lo que era un augurio cierto del triunfo de estos, así como también una prueba de que su entusiasmo existía allí, puesto que hacia que se oyese su voz.

La ciencia, la poesia, la historia, la filosofia, el teatro, el misticismo, las artes y el genio europeo hajo todas las formas posibles, se habian pasado á la revolucion. No podia citarse un solo hombre de gloria en toda Euro-

pa, que perteneciese al partido de lo pasado, partido vencido ya, puesto que el espíritu humano se retiraba de él. A donde va el espíritu, allí va la vida, y únicamente las medianías son las que permanecen constantemente aferradas á antiguas instituciones. Descubriábase ciertas señales misteriosas en el horizonte general del porvenir, y ya fuese porque los pequeños viesen en ellas su salvación, ya porque los grandes creyesen descubrir en las mismas un abismo, ello es que todos se precipitaban en brazos de la novedad.

XII.

Tal era la disposición de los ánimos en Europa, cuando los hermanos de Luis XVI y los caballeros emigrados, se desparramaron por Saboya, Suiza, Italia y Alemania á pedir socorros á las potencias aristocráticas, contra la revolución. Desde las grandes emigraciones de los pueblos antiguos, que huían de las invasiones romanas, jamás se había visto un movimiento de terror y de perturbación, igual al que arrojaba ahora de su territorio á todo el clero y á toda la aristocracia de una nación. Esta doble emigración de ambas aristocracias, dejó un vacío inmenso en Francia: en primer lugar en los mismos escaños del trono, después en la corte, en los palacios, en las altas dignidades eclesiásticas, y finalmente, en las filas del ejército. Los oficiales, que eran todos nobles, emigraron en masa, y la marina siguió muy pronto su ejemplo, aunque esta no se afilió en las nuevas banderas. Esto no consistía en que ni el clero, ni la nobleza, ni los oficiales de mar y tierra, fuesen mas estrños que las demas clases al movimiento revolucionario de ideas que había sublevado la nación en 1789; al contrario, el movimiento había empezado por ellos y la

moderna filosofía había hecho sus primeros ensayos, y tenido sus primeros adeptos en las clases mas elevadas de la nación. En ellas se hallaba principalmente el pensamiento del siglo, pero no querian mas que una reforma y no una desorganización total de la sociedad. En cuanto notaron que la agitación moral de las ideas se convertía en insurrección popular, temblaron por sí mismas y se separaron del nuevo orden de cosas.

Las riendas del gobierno, arrancadas violentamente de manos del rey por Mirabeau y por La Fayette en el Juego de pelota; los atentados del 5 y 6 de octubre; la supresión sin compensación de los privilegios; la abolición de los títulos; la aristocracia entregada á la execración pública, saqueada, incendiados sus palacios, y hasta asesinada en muchas provincias; la religión despojada de sus bienes temporales y obligada á nacionalizarse por medio de un juramento constitucional; finalmente, la fuga del rey, su prisión en palacio, las amenazas de muerte que la prensa patriótica ó las tribunas de las sociedades populares vomitaban contra las aristocracias; las asonadas triunfantes en las ciudades; la defección de las guardias francesas en París, la de los suizos de Cha-leavieux y en Nancy; los excesos de la tropa sublevada en Caen y en Brest que habían quedado impunes; todas estas cosas, habían convertido en odio y en horror la buena acogida que había hallado en la nobleza en sus principios, el nuevo movimiento de ideas. Veía esta que el primer acto del pueblo, era degradar á las superioridades; así es que el espíritu del orden á que pertenecían, obligaba á los nobles á emigrar; el de cuerpo, impulsaba á hacerlo á los oficiales, y el espíritu cortesano se avergonzaba de permanecer en un suelo manchado con tantos ultrajes como se hacían continuamente á la dignidad real. Las mugeres, que tenían entonces grande influencia sobre la opinión de la Francia, y cuya imaginación lijera, sensible y tierna, adopta prontamente el

partido de las víctimas, estaban todas por el trono y por la aristocracia, y despreciaban á los que no iban al extranjero á buscar venganza. A su voz partian los jóvenes, y los que no lo hacian, no se atrevian á comparecer en público, porque las señoras les enviaban ruecas á sus casas como simbolo de su cobardía.

Ni era tan solo la vergüenza por las humillaciones sufridas, la que hacia engrosar las filas de la emigración con todos los nobles y oficiales del ejército, sino tambien la apariencia de un deber. La principal virtud de la nobleza francesa consistia en una fidelidad religiosa al trono, y su honor y su segunda y casi única religion, era morir por el rey. Un atentado cometido contra la persona del rey, era reputado por ellos casi como un deicidio, idea que la caballeria, código de las costumbres aristocráticas, habia propagado y conservado por toda Europa. Para la nobleza, la verdadera patria era el rey. Apagado un momento este sentimiento por las vergonzosas escenas de la regencia, por los escándalos de Luis XV, y por las máximas enérgicas de la filosofía de Rousseau, se habia avivado de nuevo en el corazon de los caballeros, al presenciarse el abatimiento y los peligros que amenazaban al rey y á la reina. La Asamblea nacional no era á sus ojos sino una horda de vasallos sublevados que tenian cautivo á su soberano. Hasta los actos mas espontáneos del rey les eran sospechosos, y bajo sus palabras constitucionales, entreveian otras enteramente contrarias. Segun su modo de ver, los ministros de Luis XVI no eran sino unos carceleros suyos, y entre los caballeros y el rey, existia cierta inteligencia secreta. Esta fiel camarilla de leales celebraba sus sesiones en medio del secreto en las habitaciones mas recónditas de las Tullerías, y el rey, tan pronto les aconsejaba como les prohibia la emigración. Sus órdenes variaban segun los dias y las circunstancias. Ya las daba un sentido constitucional y patriótico, cuando esperaba de hie-

na fé poder establecer y moderar la Constitución en lo interior; ya eran desesperadas y criminales, si así puede decirse, cuando le parecia que la salvacion de la reina y de sus hijos no podia venir sino de fuera del reino. Mientras escribia por conducto de su ministro de Negocios Extranjeros, llamando á sus hermanos y al principe de Condé para que viniesen á su lado, recordándoles los deberes de todo buen ciudadano respecto de su patria, el baron de Breteuil, que era su ministro confidencial cerca de aquellas mismas potencias, remitia al rey de Prusia cartas de su soberano, en donde se veia claramente el pensamiento secreto del rey. La que ponemos á continuacion, dirigida al rey de Prusia en 3 de diciembre de 1790, y hallada despues en el archivo de la chancilleria de Berlin, no permite dudar de la doble diplomacia del desventurado Luis XVI, dice así:

Señor y hermano mio:

«He sabido por Mr. de Moustier el interés que ha manifestado V. M. no solo hácia mi persona, sino igualmente por el bien de mi reino. Las buenas disposiciones de V. M. en mi favor, en todas las ocasiones en que pueden ser útiles al bien de mi pueblo, han escitado vivamente mi sensibilidad. Yo las reclamo con entera confianza en este momento en que á pesar de haber aceptado la nueva Constitución, los facciosos manifiestan á las claras su proyecto de concluir con lo poco que queda ya de monarquía. Acabo de dirigirme al emperador de Rusia, y á los reyes de España y Suecia, á los que he propuesto la idea de un congreso, compuesto de las principales potencias europeas y apoyado en una fuerza armada como única medida para contener á los facciosos, hallar los medios de establecer otro orden de cosas mas apetecible, é impedir que el mal que nos agobia, se propague á los demas estados de Europa. Espero que V. M. aprobará

mis ideas y que guardará un riguroso silencio sobre el paso que doy ahora. V. M. conoce muy bien, que las circunstancias particulares en que me hallo, me obligan á ser muy circunspecto, por cuya razon nadie mas está en el secreto que el baron de Breteuil, á quien V. M. podrá decir lo que guste sobre el particular, con entera confianza.»

XIII.

Esta carta unida á la de Luis XVI á Mr. de Bouillé, anunciándole que su cuñado el emperador Leopoldo iba á hacer marchar un cuerpo de ejército sobre Longwi para motivar una reunion de tropas francesas hácia aquella frontera, y favorecer de este modo la fuga del rey, son pruebas irrecusables de la inteligencia secreta que mantenía el rey, tanto con las potencias extranjeras, como con los gefes de la emigracion. Las memorias de los emigrados están llenas de estos indicios. La misma naturaleza de las cosas confirma su certeza. La causa de los reyes, de las aristocracias y de las instituciones eclesiásticas es solidaria. El emperador Leopoldo era hermano de la reina, y los peligros del rey eran comunes á todos los príncipes, porque el ejemplo de un pueblo triunfante era contagioso para todos los pueblos. Los emigrados eran amigos particulares del rey y partidarios decididos de la monarquía, así es que sin hablarse se entendían por la comunidad de pensamientos y de intereses. Además se servían de comunicaciones secretas, y las sospechas del pueblo en vez de ser quiméricas, eran el justo presentimiento de las maquinaciones de sus enemigos. La conspiracion de la corte con todas las demas, la de las aristocracias extranjeras con las del reino, la de los emigrados con sus parientes, y la del rey con sus hermanos, no tenía necesidad de verse escrita. El mismo Luis XVI, re-

volucionario el mas sincero de cuantos hombres han ocupado un trono, no abrigaba un pensamiento perverso de traicion, ni contra la revolucion ni contra su pueblo, al implorar el socorro ó la manifestacion armada de las potencias. La idea de hacer una llamada á las tropas extranjeras ó á las fuerzas de la emigracion, no existia en el fondo de su alma. Temia la intervencion de los enemigos de la Francia, desaprobaba la emigracion, y no dejaba de tener algun recelo de sus propios hermanos, que intrigaban por fuera tomando muchas veces su nombre, y la mayor parte de ellas contra la voluntad del rey. Repugnábale pasar á los ojos de la Europa por un príncipe que se hallaba bajo tutela, y cuyos ambiciosos hermanos usurpaban sus derechos apropiándose la defensa de su causa, y estipulando intereses que debian satisfacerse sin que hubiese intervenido al estipularlos. En Coblenza se hablaba sin rebozo de nombrar una regencia, para la cual se señalaba al conde de Provenza, que era el hermano que en el orden de primogenitura seguia á Luis XVI. Esta regencia concedida á un príncipe de la sangre por la emigracion mientras que el rey luchaba en Paris, humillaba profundamente á Luis XVI y á la reina. Esta usurpacion de los derechos de su soberanía, aunque se cubriese con los pretestos de adhesion y de ternura, les era quizá mas amarga que los ultrajes de la Asamblea y del pueblo. Los mas terribles enemigos para los príncipes son sus parientes mas inmediatos, y la emigracion en el caso de triunfar, no prometia al rey otra cosa que un trono disputado por el regente que lo habia levantado. El reconocimiento que forzosamente le debería en semejante caso, le parecia vergonzoso y no sabia si tendria mas motivos de temer que de esperar de los emigrados.

La reina en sus conversaciones particulares hablaba de ellos con mas amargura que confianza. El rey se lamentaba en voz alta de la desobediencia de sus hermanos, y desaconsejaba la fuga, á todos aquellos de sus

servidores que le consultaban sobre el particular. Estos consejos, sin embargo, variaban segun se presentaban las circunstancias. El rey, como todos los hombres colocados entre la esperanza y el temor, se doblaba ó se erguia, bajo el imperio de los sucesos. El hecho era culpable, la intencion no era criminal. No era el rey el que conspiraba, era el hombre, el marido, y el padre, que buscaba en el apoyo estrangero la salvacion de su muger y de sus hijos. No se hacia culpable sino cuando estaba desesperado. Las negociaciones se rompian y se renovaban sin cesar, lo que se decretaba hoy se revocaba mañana, y los agentes secretos de estas tramas, provistos de los poderes revocados, se servian todavia de ellos contra la voluntad del rey, para continuar dando pasos en su nombre. Las contraórdenes no se obedecian; el príncipe de Condé, el conde de Provenza, y el de Artois, cada uno tenia su cuerpo diplomático y su córte, y todos abusaban del nombre del rey, para hacer prevalecer su crédito y su política. De hay provienen las dificultades que se les ofrecen á los historiadores de aquella época, para poder conocer la mano del rey en todas estas tramas urdidas en su nombre, y para pronunciar sobre su completa inocencia, y sobre su convivencia con el estrangero. Luis no vendió á su pais, ni á su pueblo, pero no guardó el juramento que habia prestado á la Constitucion. Hombre honrado, pero perseguido como rey, creyó que unos juramentos arrancados por violencia, y eludidos por el temor, no podian hacerle cometer un perjurio aun cuando faltase á ellos, tanto mas, cuanto que diariamente estaban faltando todos á los que le habian prestado. Sin duda pensó que los excesos del pueblo, le autorizaban á faltar á la religion del juramento, y al honor de la palabra empeñada. Criado en el prestigio de su soberania personal, buscó de buena fé en medio de todos los partidos que se disputaban el imperio, en donde se hallaba la nacion, y no encontrándola en ninguna parte cre-

yó serle permitido el verla en su persona. Su crimen, si semejante palabra es aplicable á un príncipe como Luis XVI, no debe reputarse como hijo de su alma, sino como efecto de su educacion, y producido por su situacion particular, y por sus desgracias.

XIV.

El baron de Breteuil, antiguo ministro y embajador, hombre inaccesible á toda concesion, consejero fuerte y rigoroso, habia salido de Francia á principios de 1790, con poderes secretos del rey, y muy ámplios al mismo tiempo, que le acreditaban al lado de las potencias estrangeras. El solo era en lo esterior el ministerio completo de Luis XVI. Era ademas su ministro absoluto, porque una vez investido de la confianza ilimitada del rey, que no podia retirársela sin minar la existencia de su diplomacia oculta, era dueño de abusar de ella y de interpretar las intenciones de Luis XVI segun sus propias miras. Dícese que en efecto aquel diplomático abusó de ella, no por ambicion personal, sino por un exceso de celo por la salvacion, y por la dignidad de su amo. Sus negociaciones al lado de Catalina, de Gustavo, de Federico y de Leopoldo, fueron una incitacion constante á una cruzada contra la revolucion francesa.

El conde de Provenza, Luis XVIII, y el de Artois Carlos X, despues de haber hecho varias incursiones á las córtes del Mediodia y del Norte, se habian reunido en Coblentza. Luis Wenceslao, elector de Tréveris, tío de los príncipes por parte de madre, les hizo una acogida mas cordial que política. Coblentza se convirtió en el *París* de Alemania, en centro de la conspiracion contrarrevolucionaria y en cuartel general de la nobleza francesa, reunida en torno de sus gefes naturales, que eran

los hermanos del rey. Mientras que ellos tenían allí su corte ambulante y ataban los primeros cabos para la confederación de Pilnitz, el príncipe de Condé, más militar de corazón y de raza, organizaba allí los cuadros del ejército de los príncipes. Este ejército se componía de ocho ó diez mil oficiales y ningún soldado; era la cabeza del ejército separada del tronco. Nombres históricos, decisión acreditada, ardor de juventud, valor heroico, fidelidad, confianza en sus derechos, y una convicción íntima de obtener el triunfo, nada le faltaba al ejército de Coblenza, á no ser el conocimiento de su país y de su época. Si la nobleza francesa emigrada hubiese empleado en servir y en regularizar la revolución, la mitad de los esfuerzos y de las virtudes que desplegó para combatirla, aquella al cambiar las leyes, no hubiera destruido la monarquía. Pero jamás se debe exigir de las instituciones que comprendan lo que las reformas. El rey, los nobles y el clero no podían comprender una revolución que destruía la nobleza, el clero y el trono. Era preciso luchar, y no habiendo terreno en Francia en donde hacerlo, tomaron pie en el extranjero.

XV.

Mientras que el ejército de los príncipes se iba engrosando en Coblenza, la diplomacia contrarrevolucionaria tocaba al primer resultado de consideración que podía prometerse, según el estado en que se hallaba entonces la Europa. Abriéronse las conferencias de Pilnitz. El conde de Provenza, acababa de enviar al barón Roll á verse con el rey de Prusia y á pedirle tropas en nombre de Luis XVI y del restablecimiento del orden en Francia. El rey de Prusia, antes de decidirse quiso informarse sobre el estado de la Francia, de un hombre

que por sus talentos militares, y su adhesión á la monarquía poseía la confianza de las cortes extranjeras; este hombre era el marqués de Bouillé. Señaló para la entrevista el castillo de Pilnitz, y le rogó que le llevase un plan de operaciones de los ejércitos extranjeros, sobre las diferentes fronteras de Francia. El 24 de agosto, Federico Guillermo, acompañado de su hijo, de sus principales generales y de los ministros de su mayor confianza, llegó al castillo de Pilnitz, residencia ordinaria de la corte de Sajonia en el verano. El emperador había llegado allí antes.

El archiduque Francisco, que fué después Francisco II, el feld mariscal Lacy, el barón de Spielman y una corte numerosa rodeaban al emperador; los dos soberanos rivales en Alemania, parecía que habían olvidado su rivalidad por un momento, para no ocuparse más que de salvar todos los tronos. Esta fraternidad de la gran familia de los monarcas, prevaleció sobre cualquier otro sentimiento, y trataron más como hermanos que como soberanos. Su huésped, el elector de Sajonia, consagró esta conferencia con magníficas fiestas.

En medio de un banquete anunciaron la llegada inesperada del conde de Artois á Dresde. El rey de Prusia solicitó el permiso del emperador para que compareciese allí el príncipe francés. Concedióse este permiso, pero antes de admitir al conde de Artois á las conferencias oficiales, los dos monarcas se encerraron para hablar en secreto acompañados únicamente de sus amigos más íntimos.

El emperador estaba por la paz: la inercia del cuerpo germánico pesaba sobre sus resoluciones y sentía la dificultad de imprimir á esta federación vasalla del imperio, la unidad y la energía necesarias para atacar á la Francia en la furia de su revolución. Los generales, y el mismo mariscal de Lacy, vacilaban en vista de unas fronteras tenidas por inespugnables, y el emperador

temia por los Países Bajos y por la Italia. Las máximas francesas habían atravesado el Rhin y podían causar una explosión en los estados alemanes en el momento en que se pidiese á los príncipes y á los pueblos, que se levantasen contra la Francia, y la dieta popular podría tal vez mas que la de los soberanos. Unas medidas mistas y dilatorias producirían el mismo efecto de intimidación sobre el genio revolucionario sin ofrecer iguales peligros para la Alemania. ¿No era mas prudente formar una liga general de todas las potencias europeas y rodear la Francia de bayonetas, intimidando entonces al partido triunfador que volviese la libertad al rey, la dignidad al trono y la seguridad al continente? «Si la nación francesa se niega á ello, añadió el emperador, la amenazaremos, en un manifiesto, con una invasión general, y si esta se hace necesaria la aplastaremos, bajo la irresistible masa de todas las fuerzas de Europa reunidas.» Tales eran los consejos del genio contemporizador del imperio, que siempre aguarda á obrar por necesidad, que jamás se adelanta á ella, y que quiere asegurarlo todo sin arriesgar nada.

XVI.

El rey de Prusia, mas impaciente y mas amenazado que los otros, confesó francamente al emperador que el no creía en la eficacia de aquellas amenazas. «La prudencia, le dijo, es un arma insuficiente contra la audacia. Estar á la defensiva es indicar que se teme á la revolución. A esta es preciso atacarla desde la cuna. Dar tiempo á los principios franceses es darles fuerza; entrar en negociaciones con la insurrección popular es mostrar que se la teme y que se está dispuesto á tratar con ella. Es preciso sorprender á la Francia *in fraganti delicto*

de anarquía y no dar el manifiesto europeo hasta despues que las bayonetas hayan atravesado las fronteras y que triunfantes ya las armas hayan dado autoridad á las palabras.»

Al emperador parecia que le hacian fuerza estas palabras; insistió sin embargo sobre los peligros á que una invasión repentina espondrían á Luis XVI, y enseñó varias cartas de este príncipe; confió tambien al congreso que el marqués de Noailles y Mr. de Montmorin, embajador el uno de Francia en Viena, y ministro el otro de Negocios Estrangeros en París, ambos afechos al rey, hacían esperar á la corte de Viena el pronto restablecimiento del orden y de modificaciones á la Constitución francesa en sentido monárquico. Pidió que se suspendiese toda decision hasta el mes de setiembre, sin que esto obstase para que el tiempo que mediaba hasta entonces se emplease en hacer preparativos y en tener disponibles todos los recursos militares de las dos potencias.

La escena varió de aspecto al día siguiente, con la llegada del conde de Artois. Este jóven príncipe habia sido dotado por la naturaleza con todos los dones esteriore de un caballero. Hablaba á unos soberanos en nombre de los tronos, y al emperador en el de una hermana que iba á perder el suyo, y que se veía ultrajada por sus vasallos. Toda la emigración con sus desgracias, su nobleza y sus ilusiones, parecia haberse personificado en el conde de Artois. El marqués de Bouillé y Mr. de Calonne, es decir, los genios de la guerra y el de la intriga le habían seguido á aquellas conferencias. El conde de Artois obtuvo varias audiencias de los dos soberanos, en las que habló con energía y con respeto contra el sistema de contemporización del emperador. Logró poner en acción la lentitud germánica, y el emperador y el rey de Prusia autorizaron al baron de Spielman por Austria, al de Bischofswerder por Prusia y á Mr. de Calonne por Francia, á reunirse aquella misma noche y

á redactar de comun acuerdo un proyecto de declaración para presentarlo á la sancion de los monarcas.

El baron de Spielman, bajo la inspiracion directa del emperador, fué el redactor de este documento. Mr. de Calonne en nombre del conde de Artois combatió en vano ciertas reservas que desconcertaban la impaciencia de los emigrados. Al dia siguiente, á la vuelta de una escursion á Dresde, los dos soberanos, el conde de Artois, Mr. de Calonne, el mariscal de Laey y los dos negociadores se trasladaron al cuarto del emperador. Se leyó ó se discutió la declaración, se pesaron todas las razones, en pro y en contra, modificáronse algunas espresiones, y á propuesta de Mr. de Calonne y á instancias del conde de Artois, consintieron, el emperador y el rey de Prusia, en la insercion del último periodo de ella, en que la guerra se mostraba suspensa sobre la revolucion. He aqui esta pieza, que fué el anuncio de una guerra de veinte y dos años.

«Habiendo oído el emperador y el rey de Prusia los deseos y las representaciones de *Monsieur* y del señor conde de Artois, declaran mancomunadamente que miran la situacion en que se encuentra actualmente el rey de Francia, como objeto de comun interés para todos los soberanos de Europa. Ambos monarcas esperan que este interés no puede menos de ser reconocido por las potencias cuyo auxilio se reclama, y que por consiguiente no se negarán á emplear, en union con el emperador y el rey de Prusia, los medios mas eficaces, y en proporcion á las fuerzas de cada una de ellas, para poner al rey de Francia en estado de consolidar con completa libertad las bases á un gobierno monárquico, que sea tan conveniente á los derechos de los soberanos como al bienestar de los franceses. Entonces y en semejante caso, SS. MM. están decididos á obrar prontamente y de comun acuerdo con las fuerzas que sean necesarias para conseguir el comun objeto que se han propuesto. Entre tanto darán á

sus tropas las órdenes convenientes para que se hallen dispuestas á obrar en llegando la ocasion.»

Se ve claramente que esta declaración tímida y amenazadora á la vez, era demasiado para que se conservase la paz, y muy poco para encender la guerra. Semejantes palabras atizaban la revolucion en vez de sofocarla. Descubriase en ellas á un mismo tiempo la impaciencia de los emigrados, la resolucion del rey de Prusia, la vacilacion de las potencias, y la contempORIZACION del emperador. Era esto una especie de concesion á la fuerza, á la debilidad, á la guerra y á la paz, y se traslucia en aquel escrito el estado en que toda la Europa se hallaba. Era finalmente una manifestacion evidente de la incertidumbre y de la anarquía de los gabinetes.

XVII.

Despues de este acto tan imprudente como insuficiente los dos soberanos se separaron. Leopoldo fué á Praga á coronarse, y el rey de Prusia á Berlin á poner su ejército en pie de guerra. Triunfantes los emigrados por lo que habian obtenido, adquirieron nuevas fuerzas. Las córtes de Europa, á escepcion de la de Inglaterra, contestaron á las de Berlin y Viena de un modo equívoco, y el ruido que movió la declaración de Piltitz se apagó en cuanto llegó á Paris, en medio del bullicio y regocijos públicos que se daban entonces por la aceptacion de la Constitución. Leopoldo desde aquella conferencia buscaba con mas ansia cuantos pretextos podia para que se mantuviese la paz. Su ministro el principe de Kaunitz temia todas las sacudidas violentas que pudiesen desarreglar el antiguo mecanismo diplomático, cuyos resortes conocia perfectamente. Luis XVI le envió secretamente al conde de Fersen, para que le suplicase que no alarmara con el apa-

rato de las armas á la revolucion, que parecia dormirse en su triunfo.

Los príncipes emigrados obraban en distinto sentido y hacian resonar en todas las córtes las palabras dadas en beneficio de su causa en la declaracion de Pílnitz. Escribieron, pues, una carta á Luis XVI en la que protestaban públicamente contra el juramento que habia prestado á la Constitucion: juramento que segun decian en aquel escrito, habia sido arrancado á su debilidad, y al estado de cautiverio en que se hallaba. El rey de Prusia al recibir la circular del gabinete francés, en que se le notificaba oficialmente la aceptacion de la Constitucion por el rey, esclamó: «Ya veo asegurada la paz de Europa.» Las córtes de Viena y de Berlín aparentaron creer que todo estaba concluido en Francia, por aquellas mútuas concesiones entre el rey y la Asamblea, y se resignaron á ver abatido el trono de Luis XVI, con tal que la revolucion consintiese, aunque solo fuera en la apariencia, en dejarle dominar por el trono.

Rusia, España, Suecia y Cerdeña, no se sosegaron con tanta facilidad. Catalina II y Gustavo III, aquella por el sentimiento orgulloso de su poder, y este por sacrificarse generosamente por la causa de los reyes, convinieron en enviar un ejército en socorro de la monarquía, compuesto de cuarenta mil hombres, entre rusos y suecos. Este cuerpo de ejército, pagado con quince millones que habia de aprontar España, y mandado por Gustavo en persona, debia desembarcar en las costas de Francia, y dirigirse á París en tanto que las fuerzas del imperio, atravesaban el Rhin.

Estos atrevidos planes de las córtes del Norte, desagradaban á Leopoldo y al rey de Prusia, que echaban en cara á Catalina el haber faltado á sus promesas haciendo la paz con los turcos. ¿Podía el emperador llevar sus tropas hácia el Rhin, mientras tanto que aun duraban los combates entre rusos y otomanos sobre el Danubio, y ha-

llándose amenazadas las retaguardias de su imperio? Catalina y Gustavo no dejaban por eso de dar una proteccion decidida á la emigracion. Estos dos soberanos enviaron ministros plenipotenciarios al lado de los príncipes franceses que estaban en Coblentza, lo que equivalia á declarar tácitamente la caducidad de Luis XVI, y aun de la misma Francia, ó reconocer que el gobierno no se hallaba en París sino en Coblentza. Además hicieron entre sí un tratado de alianza ofensiva y defensiva en el interés comun del restablecimiento de la monarquía.

Deseando entonces Luis XVI de buena fé el desarme, envió á Coblentza al baron de Viomenil y al caballero de Coigny para que mandasen en su nombre á sus hermanos y al príncipe de Condé que disolviesen y desarmasen al ejército de los emigrados. Estas órdenes se recibieron como dadas por un rey que se hallaba preso, y fueron desobedecidas sin volver ninguna respuesta. La Prusia y el imperio manifestaron más deferencia á las intenciones del rey, y disolvieron el ejército de los príncipes, mandando castigar en sus estados los insultos hechos á la escarapela tricolor. Pero en el mismo momento en que el emperador daba estas pruebas del deseo que tenia de mantener la paz, la guerra iba á arrastrarle á su pesar. Lo que la sabiduría humana niega á las mas grandes causas se ve obligada á veces á concederlo á las mas pequeñas.

Tal fué la situacion de Leopoldo. El se habia negado á hacer la guerra para sostener los grandes intereses de la monarquía, y habia prescindido de los sentimientos sagrados de la sangre que se la exigia, pero iba á concederla á los intereses insignificantes de algunos príncipes del imperio posesionados en la Alsacia y en la Lorena, cuyos derechos personales violaba la nueva Constitucion francesa. Se habia negado á dar socorro á su hermana, é iba á concedérselo á algunos vasallos.

La influencia de la dieta y sus deberes personales,

como cabeza del imperio, le arrastraron á dar unos pasos que su resolucion personal no habia podido obtener. En su comunicacion de 3 de diciembre de 1791 anunció al gabinete de las Tullerías, la resolucion formal que habia adoptado de «dar socorro á los príncipes posesionados en Francia si no obtenian ser reintegrados completamente en todos los derechos que les pertenecian á tenor de los tratados.»

XVIII.

Este escrito amenazador, comunicado bajo mano á París, por el embajador de Francia en Viena, antes de recibirse oficialmente asustó al rey, y fué recibido con gozo por algunos de sus ministros, y por el partido político que le era menos hostil en la Asamblea. La guerra lo cortó todo, y estos hombres acogieron aquella comunicacion como una solucion á las graves dificultades en que se hallaban metidos y de las cuales no sabian como salir. Cuando no hay ya esperanza en el orden regular de los sucesos, la tenemos por lo general en lo que nos es desconocido. Pareciales á estos espíritus aventurados que la guerra debia ser un entorpecimiento para la fermentacion universal, un estorbo para la revolucion, y un medio seguro para que el rey volviese á apoderarse del poder al apoderarse del mando del ejército. Esperaban con esto poder cambiar el fanatismo por la libertad, en un fanatismo de gloria, y engañar al espíritu del siglo, embriagándole por medio de conquistas en vez de satisfacerle dándole nuevas instituciones.

Los diputados de la Gironda pertenecian á este partido, y Brissot les inspiraba. Halagados con el título de hombres de estado, que ellos aceptaban ya por vanidad, y que se les daba por ironía, querian justificar su pretension, con un golpe audaz que cambiase la escena y

que desconcertarse á un mismo tiempo al rey, al pueblo, y á la Europa. Estos hombres habian estudiado las máximas de Maquiavelo y miraban el desprecio de lo justo, como una prueba de genio. Poco les importaba la sangre del pueblo con tal que ellos pudiesen dar pábulo á su ambicion.

El partido jacobino, escepto Robespierre, pedia la guerra á voz en grito, y su fanatismo no le dejaba conocer su debilidad. Para estos hombres era la guerra un apostolado armado que iba á propagar su filosofia social por todo el universo, y se hacian la ilusion de que el primer cañonazo que se disparase en nombre de los derechos de la humanidad, iba á conmovier todos los tronos.

Otro tercer partido confiaba tambien en la guerra, que era el de los constitucionales moderados. Estos se prometian poder dar cierta energia al poder ejecutivo, por la necesidad que habria de reconcentrar la autoridad militar en manos del rey en el momento en que la nacionalidad se viese amenazada. Toda guerra estrañada la dictadura al partido que la hace, y ellos esperaban para sí y para el rey esta dictadura de la necesidad.

XIX.

Una muger jóven, pero ya influyente, prestaba á este último partido el prestigio de su juventud, de su genio, y de su pasion; llamábase esta madama de Staël. Era hija de Necker y habia respirado en una atmósfera enteramente política desde que vió la primera luz. La casa de su madre habia sido el cenáculo de la filosofia del siglo XVIII, y en sus salones Voltaire, Rousseau, Buffon, d' Alembert, Diderot, Raynal, Bernardino de Saint-Pierre y Condorcet, habian jugado con aquella

como cabeza del imperio, le arrastraron á dar unos pasos que su resolucion personal no habia podido obtener. En su comunicacion de 3 de diciembre de 1791 anunció al gabinete de las Tullerías, la resolucion formal que habia adoptado de «dar socorro á los príncipes posesionados en Francia si no obtenian ser reintegrados completamente en todos los derechos que les pertenecian á tenor de los tratados.»

XVIII.

Este escrito amenazador, comunicado bajo mano á París, por el embajador de Francia en Viena, antes de recibirse oficialmente asustó al rey, y fué recibido con gozo por algunos de sus ministros, y por el partido político que le era menos hostil en la Asamblea. La guerra lo cortó todo, y estos hombres acogieron aquella comunicacion como una solucion á las graves dificultades en que se hallaban metidos y de las cuales no sabian como salir. Cuando no hay ya esperanza en el orden regular de los sucesos, la tenemos por lo general en lo que nos es desconocido. Parecía á estos espíritus aventurados que la guerra debia ser un entorpecimiento para la fermentacion universal, un estorbo para la revolucion, y un medio seguro para que el rey volviese á apoderarse del poder al apoderarse del mando del ejército. Esperaban con esto poder cambiar el fanatismo por la libertad, en un fanatismo de gloria, y engañar al espíritu del siglo, embriagándole por medio de conquistas en vez de satisfacerle dándole nuevas instituciones.

Los diputados de la Gironda pertenecian á este partido, y Brissot les inspiraba. Halagados con el título de hombres de estado, que ellos aceptaban ya por vanidad, y que se les daba por ironía, querian justificar su pretension, con un golpe audaz que cambiase la escena y

que desconcertarse á un mismo tiempo al rey, al pueblo, y á la Europa. Estos hombres habian estudiado las máximas de Maquiavelo y miraban el desprecio de lo justo, como una prueba de genio. Poco les importaba la sangre del pueblo con tal que ellos pudiesen dar pábulo á su ambicion.

El partido jacobino, escepto Robespierre, pedia la guerra á voz en grito, y su fanatismo no le dejaba conocer su debilidad. Para estos hombres era la guerra un apostolado armado que iba á propagar su filosofia social por todo el universo, y se hacian la ilusion de que el primer cañonazo que se disparase en nombre de los derechos de la humanidad, iba á conmovier todos los tronos.

Otro tercer partido confiaba tambien en la guerra, que era el de los constitucionales moderados. Estos se prometian poder dar cierta energia al poder ejecutivo, por la necesidad que habria de reconcentrar la autoridad militar en manos del rey en el momento en que la nacionalidad se viese amenazada. Toda guerra estrañada la dictadura al partido que la hace, y ellos esperaban para sí y para el rey esta dictadura de la necesidad.

XIX.

Una muger jóven, pero ya influyente, prestaba á este último partido el prestigio de su juventud, de su genio, y de su pasion; llamábase esta madama de Staël. Era hija de Necker y habia respirado en una atmósfera enteramente política desde que vió la primera luz. La casa de su madre habia sido el cenáculo de la filosofia del siglo XVIII, y en sus salones Voltaire, Rousseau, Buffon, d' Alembert, Diderot, Raynal, Bernardino de Saint-Pierre y Condorcet, habian jugado con aquella

niña, y dado la primera dirección á sus pensamientos. Su cuna, había sido la de la revolución. La popularidad de su padre había acariciado sus labios, y había dejado en ella una sed de gloria que no se apagó jamás. Buscábala con avidez, hasta en medio de las borrascas populares, y á través de la calumnia y de la muerte. Su genio era grande, su alma pura, y su corazón apasionado. Hombre por la energía de su carácter, muger por su sexo y por su ternura, necesitaba para que quedase satisfecho su ideal de ambición, que el destino asociase para ella en un mismo papel, el genio, la gloria y el amor.

La naturaleza, la educación y la fortuna hacían que fuese posible en ella este triple sueño de la muger, del filósofo, y del héroe. Nacida en una república, criada en la corte, hija de ministro y muger de embajador, pertenecía al pueblo por su origen, á los literatos por su talento, y á la aristocracia por su clase; estos tres elementos de la revolución se confundían en ella, ó se combatían los unos á los otros. Su genio era como el coro de los antiguos, en que todas las principales voces del drama se confundían en una especie de concierto borrascoso. Pensador por la inspiración, tribuno por la elocuencia, muger por el atractivo, su belleza invisible á la multitud necesitaba de la inteligencia para ser comprendida y de la admiración para inspirar sentimiento. No era en ella lo mas notable la belleza del rostro y de las formas, sino la inspiración visible y la pasión que en ella se descubría. Su actitud, sus ademanes, el sonido de su voz y sus miradas, todo esto obedecía á su alma para dar mayor lustre á su persona. De sus negros ojos salían, á través de unas hermosísimas pestañas, ciertas chispas eléctricas de ternura y de orgullo. Veíase uno casi forzado á seguir su mirada, cuando la dirigía hácia el espacio, como si tratase de encontrar en él las inspiraciones que buscaba. Esta mirada franca y profunda como su alma, tenía tanta serenidad como brillo, y se sentía que

el resplandor de su genio no era sino la reverberación de un gran foco de ternura que abrigaba en su corazón. Así había un amor secreto en la admiración que escitaba, y en esta misma admiración, el amor era lo único que ella apreciaba, porque para ella no era otra cosa el amor sino una admiración muy viva. Los sucesos dan la madurez muy pronto. Las ideas y las cosas se habían sucedido en su vida con tal precipitación, que podía decirse que nunca había sido niña. A los veinte y dos años poseía toda la madurez del pensamiento, unida á la gracia y á la savia de los años juveniles. Escribía como Rousseau, y hablaba como Mirabeau. Capaz de concepciones atrevidas y de seguir cualquier designio que concibiese, podía contener á la vez en su seno un gran pensamiento y un gran sentimiento. Semejante á las mugeres de la antigua Roma, que en la decadencia de la república agitaban el mundo con el movimiento de sus corazones; ó que daban y quitaban el imperio concediendo ó negando su favor, esta quería que su pasión se confundiese en su política y que la elevación de su genio sirviera para elevar á aquel que ella preferiese. Su sexo la prohibía aquella acción directa que la plaza pública, la tribuna ó el ejército, no conceden sino á los hombres en los gobiernos de publicidad. Ella debía permanecer invisible en medio de los acontecimientos que quería dirigir. Ser el destino oculto de un grande hombre, obrar por su mano, hacer su suerte, brillar llevando su nombre, era la única ambición que le estaba permitida; ambición tierna que seduce á la muger, y que es suficiente al genio desinteresado. Ella no podía ser de un hombre político sino su conciencia y su inspiración; buscaba ansiosa á este hombre y su ilusión la hizo creer que había dado con él.

Había entonces en París un oficial general, joven, de ilustre raza, de belleza seductora y dotado de un espíritu gracioso, flexible y vivo. Aunque llevaba el nombre de una de las familias más acreditadas en la corte, cierta nubecilla eclipsaba todas estas cualidades, porque, según se decía, circulaba por sus venas sangre bastarda, aunque real, y su fisonomía recordaba involuntariamente la de Luis XV.

Acreditaba este rumor la ternura con que le querían las tías de Luis XVI, á cuya vista se había criado, manteniéndose luego á su lado, y habiendo ascendido por el favor que aquellas señoras le dispensaban, á los más distinguidos empleos del ejército y de la corte.

Este joven era el conde Luis de Narbona. Criado en semejante cuna, educado después en la corte, cortesano por nacimiento y mimado por aquellas manos femeninas, célebre tan sólo por su figura, por sus lijerizas y por sus salidas, no podía esperarse de semejante hombre ni la fe ardiente que precipita en el seno de las revoluciones, ni la energía estóica que son necesarias para llevarlas á cabo y dirigir las. Este noble joven creía sólo á medias en la libertad, y no veía en el pueblo sino un soberano, más exigente y más caprichoso que los otros, con el cual era preciso desplegar más habilidad para seducirle, y más política para manejarle. Sentía en sí toda la flexibilidad necesaria para desempeñar este papel, y tuvo la osadía suficiente para intentarlo. Sin grandes convicciones, pero dotado de ambición y de valor, las circunstancias no eran á su vista sino un drama como la Fronza, en que los más hábiles actores podían ensanchar sus esperanzas en proporción á los hechos que fuesen acaeciendo, y dirigirlos hasta su desenlace. Ignoraba que en las revo-

luciones no hay sino un actor principal: la pasión. El no la tenía. Baluceaba las palabras del dogma revolucionario; tomó el traje de la época; pero su alma era de otro temple que el que exigían las circunstancias.

El contraste que había entre aquella naturaleza y el papel que representaba, el ver aquel favorito de las cortes lanzado entre la multitud para servir á la nación, y el reparar en aquella elegancia aristocrática cubierta con la máscara del patriotismo del tribuno, fueron cosas por un momento del agrado del pueblo. Este aplaudió aquella transformación como una dificultad vencida, porque le halagaba contar entre sus filas á los grandes señores. En esto veía un testimonio auténtico de su poder, se sentía rey al verse rodeado de cortesanos y les perdonaba á estos su distinguido rango, en gracia de la complacencia que hacía él tenían. Madama de Staël se prendió tanto del corazón como del espíritu de Mr. de Narbona. Su enérgica y tierna imaginación, prestó al joven militar todo lo que ella le deseaba, porque no siendo sino un hombre brillante, activo y valiente, ella hizo de él un político y un héroe. Engrandecióle con todos sus sueños para que se pusiese á la altura de su ideal, le rodeó de un gran prestigio, le creó una nombradía, le señaló un papel que desempeñar, ó hizo de él el tipo vivo de su política. Desdenar la corte, seducir al pueblo, mandar el ejército, intimidar á Europa, arrastrar á la Asamblea por su elocuencia, servir á la libertad, salvar á la nación, y venir á ser, por sola su popularidad, el árbitro entre el trono y el pueblo, reconciliándolos en una constitución liberal y monárquica á la vez, tal era la perspectiva que ella se ofrecía para sí y para Mr. de Narbona.

Ella encendió su ambición con sus pensamientos. El se creyó capaz de aquella misión, puesto que ella la soñaba para él. El drama de la revolución se reconcentró en aquellas dos inteligencias, y su conju-

racion, fué por algun tiempo la única política de toda la Europa.

Madama de Staël, Mr. de Narbona, y el partido constitucional querian la guerra; pero querian una guerra parcial, y no una guerra desesperada, que removiendo la nacionalidad hasta en sus cimientos, llevaria tras sí el trono, y lanzaria á la Francia en la república. Por su influencia lograron renovar todo el personal de la diplomacia, que pertenecia esclusivamente á los emigrados ó al rey, y llenaron las cortes estrangeras de hombres de sus mismas ideas. Mr. de Marbois fué enviado cerca de la dieta de Ratisbona, Mr. Barthelemy á Suiza, Mr. de Talleyrand á Londres y Mr. de Segur á Berlin. La mision de Mr. de Talleyrand era hacer fraternizar el principio aristocrático de la Constitucion inglesa, con el principio democrático de la Constitucion francesa, que se creia poder equilibrar y moderar, estableciendo la alta cámara. Habia esperanza de interesar á los hombres políticos de la Gran Bretaña en una revolucion, que era una imitacion de la suya, y que despues de haber removido el pueblo, vendria á hacerse flexible en manos de una aristocracia inteligente. Esta mision era fácil si la revolucion se hubiese regularizado por espacio de algunos meses en Paris. Las ideas francesas tenian popularidad en Londres. La oposicion alli era revolucionaria, y Fox y Burke, que entonces eran amigos, apasionaban al pueblo en favor de la libertad del continente. Preciso es hacer justicia á la Inglaterra, confesando que el principio moral y popular, oculto en las bases de su Constitucion, no se ha desmentido jamás á sí mismo, combatiendo los esfuerzos que han hecho los demas pueblos por darse un gobierno libre. Esta nacion se ha asimilado á la libertad en todas partes.

La mision de Mr. de Segur en Berlin era mas delicada. Tratábase de apartar al rey de Prusia de una alianza con el emperador Leopoldo, alianza que aun no se creia enteramente ajustada, y de arrastrar al gabinete de Berlin á aliarse con la Francia revolucionaria. Esta alianza prometia á la Prusia unido á su seguridad en el Rhin todo el ascendiente de las ideas nuevas en Alemania; idea maquiavélica que debia ser del agrado del genio agitado del gran Federico. Este habia hecho de la Prusia la potencia corrosiva del imperio.

Mr. de Segur no quiso marchar sino despues de haber obtenido el asentimiento del rey y de la reina, para las tentativas pacificas de que iba encargado. Esta adhesion fué sincera y, sin embargo, todavia no habia llegado á Berlin Mr. de Segur, cuando una pretendida copia de las instrucciones que llevaba, salida de Paris, se halla en manos del rey de Prusia. Estas dos palabras, *seducir* y *sobornar*, eran el espíritu de ellas. El rey de Prusia, tenia favoritos y queridas. Mirabeau habia escrito ya en 1786: «no puede haber secretos en Berlin para el embajador de Francia, sino por falta de dinero ó de habilidad, aquel pais es avaro y pobre, y no hay ningun secreto de Estado que no pueda comprarse con tres mil luis». Mr. de Segur debia tratar antes de todo, de captarse la voluntad de las dos favoritas. Era una de ellas hija de Elias Enka, músico de la capilla del rey difunto. Hermosa y espiritual, habia llamado la atencion del rey á la edad de doce años, cuando no era mas que príncipe real. Desde esta edad tan tierna, la habia predestinado para que fuese el objeto de su amor, y la habia hecho educar, con todo el esmero y todo el lujo con que puede educarse una princesa. Habia viajado por Francia y

por Inglaterra, sabia todas las lenguas de Europa, y habia cultivado su talento natural con el trato de los literatos y de los artistas mas célebres de Alemania. Un casamiento fingido con Rietz, ayuda de cámara del rey, motivaba su residencia en la corte, y la permitia reunir a su lado lo mas selecto de Berlin, en hombres eminentes, políticos y literatos. Mimada por una precoz fortuna, y no cuidándose mucho de mantenerla, habia dejado que otras dos rivales la disputasen el corazon del rey. Una de ellas, que era la jóven condesa de Ingenheim, acababa de morir en la flor de sus años; la otra era la condesa de Lichteman, que habia tenido dos hijos del rey, y que se lisonjaba en vano de hacerle olvidar á la señora de Rietz.

El baron de Roll en nombre del conde de Artois, y el vizconde de Caraman en el de Luis XVI, se habian apoderado de todas las avenidas de aquel gabinete. El conde de Goltz embajador de Prusia en París, habia informado á su corte del objeto de la mision de Mr. de Segur. Susurrábase entre los círculos mejor informados, que aquel enviado llevaba consigo algunos millones destinados á pagar la debilidad ó la traicion del gabinete.

Las supuestas instrucciones llegaron á Berlin dos horas antes que Mr. de Segur. Estas revelaban al rey un plan completo de seducciones y de venalidades que el agente de Francia debia poner en práctica entre sus favoritos y sus queridas; su carácter, su ambicion, sus rivalidades, sus debilidades falsas ó verdaderas, y los medios de obrar é influir por medio de aquellas gentes sobre el espíritu del rey, estaban anotadas allí con toda la seguridad de la confidencia. Tambien se veia una tarifa para todas las conciencias y un premio para todas las perfidias. El ayudante de campo favorito del rey, Bischofwerder, entonces muy poderoso, debia ser tentado por ofertas irresistibles, y caso que su connivencia lle-

gara á descubrirse una magnífica posicion en Francia, habia de ponerle al abrigo de toda eventualidad.

Estas instrucciones se habia hecho que llegasen á manos de aquellos mismos, cuya fidelidad debieron ponerse á precio. Estos las entregaron al rey con la seguridad de unas conciencias odiosamente calumpniadas. El rey se ruborizó al ver el imperio que se atribuia al amor ó á la intriga en su política, y se indignó de que se tratase de corromper la fidelidad de sus servidores. Desde aquel instante toda negociacion fué ya imposible y Mr. de Segur fué recibido con una fria reserva, afectando Federico Guillermo no querer hablarle, sino en presencia de todos. Preguntó una vez, en voz alta delante de él al enviado del elector de Maguncia, que noticias tenia del príncipe de Condé. El enviado le respondió, que aquel príncipe, se aproximaba con su ejército á las fronteras de Francia. «Hace bien, dijo el rey, porque está muy próximo á entrar en ella.» Mr. de Segur, acostumbrado á salir bien en sus negociaciones, durante su larga permanencia en la corte de Catalina, cuyo intimo favor obtuvo, dicen que comprometió á la condesa de Ashkof y al príncipe Enrique de Prusia, en el partido de la paz. Todavía hizo mucho mas: instruido finalmente de la existencia de aquellas fingidas instrucciones, logró hacerse dar una copia de ellas, y demostrar su falsedad al rey Federico Guillermo. Esto mismo fué un lazo para su negociacion, y otras nuevas intrigas hicieron inútiles todos sus esfuerzos. El rey poniéndose de acuerdo con el emperador sobre la conducta que habian de seguir, afectó por algun tiempo inclinarse al partido de la Francia; se quejó de las exigencias de la emigracion, y acarició al embajador. Este creyó de buena fé en aquellas demostraciones, y tranquilizó al gabinete francés sobre las intenciones de la Prusia. La repentina desgracia de la condesa de Ashkof y el haber rechazado con injuria las ofertas de alianza hechas por la Francia, desconcertaron los

esfuerzos y trastornaron las esperanzas de Mr. de Segur, que pidió á Paris que se le volviese á llamar inmediatamente. Se dice, que su tristeza con este motivo llegó casi hasta la desesperacion, porque preveía las desgracias que iban á caer sobre su país, y la combustion en que iba á ballarse toda la Europa. Fué tanto lo que estos incidentes desagradables le impresionaron, que se dijo que habia atentado á su vida. Sin embargo, este rumor no tenia otro fundamento que el haberle acometido un accidente, en medio de un fuerte acceso de calentura, producida por la consideracion del abismo que no habia podido cerrar, y en el cual iban con efecto á precipitarse en union de la familia real, todas las esperanzas del partido constitucional.

XXII.

Este partido trató en esta misma época de conquistar á la Francia un soberano cuya fama valia tanto como un trono en la opinion de Europa. Era este el duque de Brunswick, discípulo de Federico el Grande, heredero presunto de su ciencia y de sus inspiraciones militares, y proclamado de antemano por la voz pública generalísimo en la futura guerra contra la Francia. Arrancar al emperador y al rey de Prusia este jefe de sus ejércitos, equivalía á arrancar á la Alemania la confianza y la victoria. El nombre del duque de Brunswick era un prestigio que cubría la Alemania con cierta especie de terror y de inviolabilidad. Madama de Staël y su partido intentaron lo que acabamos de decir, pero esta negociacion fué secreta y concertada únicamente entre madama de Staël, Mr. de Narbonne, Mr. de La Fayette y Mr. de Talleyrand. Mr. de Custine hijo del general de este nombre fué el elegido para transmitir al duque de Brun-

wich las palabras del partido constitucional. El jóven negociador era el mas á propósito para esta mision. Espiritual, seductor, instruido y fanático por la táctica prusiana y por el duque de Brunswick, cuyas lecciones iba á tomar en Berlin, inspiraba ya de antemano una gran confianza á aquel principe. Las ofertas del enviado se reducian al título de generalísimo de los ejércitos franceses, á una renta de tres millones anuales y á un establecimiento en Francia, equivalente á sus posesiones y al rango que ocupaba en el imperio. La carta que contenia estos compromisos estaba firmada por el ministro de la Guerra y por el mismo Luis XVI. Mr. de Custine salió para Brunswick en el mes de enero: en cuanto llegó, hizo entregar la carta al duque, pero trascurrieron cuatro días antes que pudiese verle; al quinto, fué admitido por fin á una audiencia particular. El duque expresó entonces á Mr. de Custine con militar franqueza el orgullo y el reconocimiento que le inspiraba el concepto que de él se tenia en Francia. «Sin embargo, añadió, mi sangre es de la Alemania y mi fé de la Prusia. Mi ambicion está satisfecha con ser la segunda persona de esta monarquía, que me ha adoptado. Yo no cambiaré una gloria aventurada en el teatro inconstante de las revoluciones, por la alta y sólida posicion que mi nacimiento, mi deber y alguna gloria adquirida me dan en mi país.» Al terminarse esta conversacion viendo Mr. de Custine la inflexibilidad del principe, manifestó su *ultimatum* é hizo brillar á los ojos del duque la eventualidad de apoderarse de la corona de Francia si esta llegaba á caer de la frente de Luis XVI y era recogida por las manos de un general victorioso. Esto pareció deslumbrar á Brunswick que despachó á Mr. de Custine sin quitarle enteramente la esperanza de acceder á lo que se solicitaba. El negociador, partió de nuevo triunfante. Sin embargo el duque, poco tiempo despues ya sea por doblez, ya por arrepentimiento ó prudencia respondió dando una nega-

tiva formal á aquellas dos proposiciones. Esta respuesta la dirigió el duque directamente á Luis XVI y no á su ministro, y aquel infortunado rey conoció así la última palabra del partido constitucional, y cuan vacilante estaba ya en su cabeza una corona, que se ofrecía en perspectiva á la ambición de un enemigo.



LIBRO SESTO.

Aspecto de las primeras sesiones de la Asamblea legislativa.—Se discute si debe haber ceremonial de apertura.—El rey se presenta en la Asamblea y es recibido con aplausos.—Dificultades de la Asamblea.—El clero, la emigración, la guerra.—Parte del clero se declara contra el juramento civil.—Discurso de Fauchet, sacerdote juramentado.—Respuesta de Torné, obispo constitucional de Bourges.—Ducós pide que se imprima este discurso.—Gensonné aconseja la tolerancia.—Isnard la combate y es aplaudido por los girondinos.—Decreto contra los sacerdotes no juramentados.—Discurso de Brissot contra las potencias y los emigrados.—Otro de Condorcet en el mismo sentido.—Vergniaud sube á la tribuna.—Su retrato.—Discurso del mismo.—Otro de Isnard.—Decreto contra los emigrados.—Estos dos decretos consternan al rey y á su consejo.—Carta de Andrés Chenier sobre la libertad de cultos.—Lucha de los periódicos jacobinos y girondinos contra los fuldenses.—La Fayette entrega el mando de la guardia nacional.—Bailly, corregidor de París, se retira al mismo tiempo.—Petion le sustituye.—Danton, como sustituto del procurador del distrito, empieza su fortuna popular.

Tales eran las disposiciones recíprocamente amenazadoras de la Francia y de la Europa, en el momento en que la Asamblea constituyente después de haber proclamado los nuevos principios dejaba á otros el encargo de defenderlos y aplicarlos á manera del legislador que se retira á descansar á su hogar para contemplar desde allí el modo con que se ejecutan las leyes confecciona-

tiva formal á aquellas dos proposiciones. Esta respuesta la dirigió el duque directamente á Luis XVI y no á su ministro, y aquel infortunado rey conoció así la última palabra del partido constitucional, y cuan vacilante estaba ya en su cabeza una corona, que se ofrecía en perspectiva á la ambición de un enemigo.



LIBRO SESTO.

Aspecto de las primeras sesiones de la Asamblea legislativa.—Se discute si debe haber ceremonial de apertura.—El rey se presenta en la Asamblea y es recibido con aplausos.—Dificultades de la Asamblea.—El clero, la emigración, la guerra.—Parte del clero se declara contra el juramento civil.—Discurso de Fauchet, sacerdote juramentado.—Respuesta de Torné, obispo constitucional de Bourges.—Ducós pide que se imprima este discurso.—Gensonné aconseja la tolerancia.—Isnard la combate y es aplaudido por los girondinos.—Decreto contra los sacerdotes no juramentados.—Discurso de Brissot contra las potencias y los emigrados.—Otro de Condorcet en el mismo sentido.—Vergniaud sube á la tribuna.—Su retrato.—Discurso del mismo.—Otro de Isnard.—Decreto contra los emigrados.—Estos dos decretos consternan al rey y á su consejo.—Carta de Andrés Chenier sobre la libertad de cultos.—Lucha de los periódicos jacobinos y girondinos contra los fuldenses.—La Fayette entrega el mando de la guardia nacional.—Bailly, corregidor de París, se retira al mismo tiempo.—Petion le sustituye.—Danton, como sustituto del procurador del distrito, empieza su fortuna popular.

Tales eran las disposiciones recíprocamente amenazadoras de la Francia y de la Europa, en el momento en que la Asamblea constituyente después de haber proclamado los nuevos principios dejaba á otros el encargo de defenderlos y aplicarlos á manera del legislador que se retira á descansar á su hogar para contemplar desde allí el modo con que se ejecutan las leyes confecciona-

das por él. El gran pensamiento de la Francia abdicaba, por decirlo así, con la Asamblea constituyente. El gobierno pasaba de unas manos hábiles á otras inesperadas ó apasionadas por un nuevo pueblo. Desde el 29 de setiembre al 1.º de octubre hubo una especie de cambio de reinado y la Asamblea legislativa se halló aquel día frente á frente de un rey sin autoridad y por encima de un pueblo sin moderación. Desde la sesión preparatoria se conoció ya la oscilación desordenada de un poder sin tradición y sin contrapeso que busca su aplomo en su propia sabiduría, y que fluctuante entre el insulto y el arrepentimiento, se hiere á sí mismo con el arma que han colocado en sus manos.

II.

Una inmensa multitud habia acudido á estas primeras sesiones. El aspecto exterior de la Asamblea, habia cambiado completamente; todas las canas que antes la honraban habian desaparecido, y cualquiera hubiese dicho que la Francia se habia rejuvenecido en sola una noche. La expresion de las fisonomias, los rasgos, los ademanes, los trages y la actitud de los miembros de la Asamblea no eran ya los mismos. Aquella altivez de la nobleza francesa tan marcada en sus miradas como en sus maneras; aquella dignidad del clero y de la magistratura y aquella gravedad austera de los primeros diputados del estado llano habian sido reemplazadas de repente por los representantes de un pueblo nuevo, cuya confusión y turbulencia anunciaban en ellas la invasion del poder, mas bien que el hábito y la posesion de gobernar. Habia, sobre todo, gran porcion de diputados jóvenes, de modo, que cuando el presidente de edad, trató de formar la mesa provisional, halló que habia sesenta diputa-

dos que aun no habian cumplido veinte y seis años, los cuales se agruparon en derredor de la tribuna, disputándose el cargo de secretarios de la Asamblea. La poca edad de la mayor parte de los representantes de la nacion, inquietó á unos y regocijó á otros. Si por una parte unos representantes tan jóvenes no ofrecian aquella madurez y aquella autoridad que da el tiempo y la experiencia, y que tan buscadas eran por los legisladores de los tiempos antiguos para los que habian de tomar parte en los consejos de los pueblos, habia por otro lado en aquel renacimiento repentino de la representacion nacional, una especie de sintoma del renacimiento completo de las instituciones. Conociase que aquella nueva generacion habia roto con todas las tradiciones y con todas las preocupaciones del antiguo orden de cosas, su misma edad era una garantía contraria á la que se exige en los pueblos sólidamente establecidos, en los que se requiere en los legisladores cierta edad y cierta esperiencia que son una garantía de su vida pasada. A estos se les pedian garantías para el porvenir, su misma inesperienza era un mérito, y su juventud el mejor juramento que podian prestar. En tiempos pacíficos se necesitan hombres ya maduros para gobernar, en épocas de revolucion no se quiere sino jóvenes.

Apenas estaba constituida la Asamblea, cuando el doble espíritu que iba á disputarse sus actos, es decir, el monárquico y el republicano, se entregaron bajo un pretesto frívolo á una lucha pueril en la apariencia, seria en el fondo, y en la que alternativamente fueron vencidos y vencedores los unos y los otros, en dos dias consecutivos.

La diputacion que habia ido á anunciar al rey que la Asamblea se hallaba constituida, dió cuenta de su mision por conducto del diputado Ducastel, presidente de aquella comision. «Hemos vacilado, dijo, con respecto á las formas del lenguaje que debiamos usar para hablar al rey,

porque hemos temido herir la dignidad nacional, ó la de S. M. Asi es, que hemos convenido en decirle: Señor: la Asamblea se halla constituida, y nos ha comisionado para que informemos de ello á V. M. Con este intento nos hemos dirigido á las Tullerías, y allí nos ha dicho el ministro de Justicia, que el rey no podrá recibirnos hasta la una de la tarde. Nosotros hemos pensado, que la salvacion de la causa pública exigia que fuésemos admitidos inmediatamente, por lo cual hemos insistido sobre el particular. El rey nos ha hecho decir entonces que nos recibiria á las nueve. Cuatro pasos antes de llegar al rey, le he saludado y he dicho las palabras que habiamos convenido. Entonces el rey me ha preguntado, como se llamaban mis colegas, y yo le he dicho que no lo sabia. Ibamos ya á retirarnos, cuando S. M. nos ha detenido diciéndonos: «No podré veros hasta el viernes.»

Una agitacion sorda que reinaba en los bancos de la Asamblea estalló de repente al oír estas últimas palabras. «Pido, dijo un diputado, que no vuelva á darse al rey el título de magestad.—Pido, dijo otro, que se suprima ese título de señor, con el cual se reconoce la soberanía de aquel á quien se le da.—Pido, dijo Becquet, que no seamos como autómatas, que estemos sentados ó de pie, cuando le de al rey la gana de estar de pie ó de sentarse.»

Couthon habló por primera vez, y empezó su discurso por una amenaza á la dignidad real. «Aquí no hay ya otra magestad, dijo, que la de la ley y la del pueblo; no dejemos otro título al rey, que el de rey de los franceses. ¡Mandad que se saque de hay ese sillón escandaloso, ese asiento dorado que se le puso la última vez que compareció en esta sala; que se tenga por honrado con sentarse en el simple sillón del presidente de un gran pueblo, y que todo el ceremonial entre él y nosotros respire la mas completa igualdad; mantengámonos de pie y descubiertos cuando el esté descubierta y en pie, pero permanezcamos

sentados y cubiertos, cuando él se siente y se cubra.— El pueblo, dijo Chalot, os ha enviado aquí para que hagais que se respete su dignidad. ¿Permitireis que el rey os diga vendré á las tres? ¿Vosotros podeis levantar la sesión cuando querais sin aguardarle!»

Decretóse entonces que cada uno podia sentarse y cubrirse delante del rey si le acomodaba hacerlo. «Este artículo, observó Garran de Couthon puede producir una especie de confusion en la Asamblea. Dejando á todos la libertad de obrar como quiera, se da motivo para que unos manifiesten á las claras su altivez, al paso que otros darán muestras de una especie de idolatría hácia la persona del rey.—Tanto mejor, dijo una voz, si hay adulares, es preciso conocerlos.» Tambien se decretó que no habria mas que una mesa, y en ella dos sillones iguales, colocados en una misma línea, uno para el presidente y otro para el rey, y finalmente, que no se le daria á este otro título que el de rey de los franceses.

III.

Estos decretos humillaron al rey, consternaron á los constitucionales y agitaron al pueblo. Se habia esperado poder restablecer la armonía entre los poderes y esta se veia rota desde el primer dia. La Constitución empezaba por tropezar al dar el primer paso, y esta caducidad de sus títulos, parecia un abatimiento mayor para la autoridad real, que la caducidad de su poder absoluto. «¿No hemos conservado un rey, decian algunos, sino para entregarle á los ultrajes y á la irrisión de los representantes del pueblo? ¿Una nación que no se respeta á sí misma en su jefe hereditario, irá á respetarse en unos representantes que ha elegido ella misma? ¿Semejantes ultrajes son á propósito para que el trono acepte gustoso la liber-

tad? ¿Se logrará que el rey quiera de corazón la Constitución, y que concorra lealmente á sostener los derechos del pueblo, y á salvar á la nación, cuando se empieza por sembrar en su corazón unos resentimientos de esta naturaleza? Si el poder ejecutivo es una realidad necesaria, preciso es respetarle en la persona del rey. Si no es mas que una sombra, tambien debe honrarse en la misma.» Reunióse el consejo de ministros, y el rey declaró con amargura, que no se creía condenado por la Constitución, á ir á entregar en su persona la magestad real á los ultrajes de la Asamblea, por lo cual haría abrir el Cuerpo legislativo por los ministros.

Españida esta noticia por París, produjo una reaccion súbita en favor del rey. La Asamblea vacitante todavía, la sintió de rechazo y conoció que se le iba la popularidad que había tratado de buscar, por lo cual cedió. «¿Qué ha resultado del decreto de ayer?» dijo el diputado Vosgien al abrirse la sesion del 6 de octubre «Una nueva esperanza para los enemigos del bien público, la agitación del pueblo, la baja de los fondos, y una inquietud general. Volvamos al representante hereditario del pueblo lo que le pertenece en nuestro respeto, y no le hagamos creer que va á ser el juguete de cada nueva legislatura que se abra. Ya es tiempo de que echemos el áncora de la Constitución.»

Vergniaud, orador todavía desconocido del partido de la Gironda, descubrió desde sus primeras palabras aquel carácter audaz é indeciso que fué el tipo constante de su política. Su palabra fluctuaba como su alma, y empezando por hablar en pro de un partido, concluyó hablando en favor del otro. «Parece que estamos de acuerdo, dijo, en que si el decreto es de reglamento interior puede ejecutarse inmediatamente: ahora para mí, es evidente que solo es de reglamento interior, puesto que no hay ninguna relacion de autoridad entre el Cuerpo legislativo y el rey. No se trata pues, sino de unas simples consideracio-

nes que se reclaman en favor de la dignidad real. Yo no sé por qué hay quien desee que se restablezcan esos títulos de *señor* y de *magestad*, que nos recuerdan los tiempos feudales. El rey debe honrarse con el nombre de rey de los franceses. Yo pregunto ahora si el rey os ha pedido un decreto para arreglar el ceremonial de su casa, cuando recibe en ella á vuestras diputaciones. Sin embargo, si os he de decir francamente mi parecer, yo pienso, que si el rey por consideracion á la Asamblea, se mantiene en pie y descubierto, la Asamblea debe hacer lo mismo, por consideracion al rey.»

Herauld de Sechelles pidió que se revocase el decreto. Champion, diputado del Jura, echó en cara á sus colegas que empleasen tan mal el tiempo desde las primeras sesiones, ocupándose en unos debates tan pueriles. «No temo, dijo, la idolatría del pueblo por un sillón dorado, pero si temo una lucha entre dos poderes. Vosotros no quereis que vuelvan á usarse los títulos de *señor* y de *magestad*, y hasta pretendeis que no se den aplausos al rey, como si fuese posible prohibir al pueblo que le manifieste su reconocimiento siempre que el rey lo haya merecido. No nos deshonremos, señores, por una ingratitud culpable hácia la Asamblea nacional que ha conservado al rey aquellas señales de respeto. ¡Los fundadores de la libertad no han sido unos esclavos! Antes de fijar las prerogativas de la dignidad real han establecido los derechos del pueblo. La nación es la que se honra en la persona de su representante hereditario, y ella es la que despues de haber creado la dignidad real, la ha revestido de un brillo que remonta hasta su origen y que resalta de lleno sobre ella.»

Ducastel, presidente de la comision enviada al rey, habló en el mismo sentido, pero habiéndose servido por inadvertencia de la palabra *soberano* al hablar del rey, y habiendo añadido, que el poder legislativo residia en éste y en la Asamblea, esta blasfemia política produjo

una terrible borrasca en el salon. Toda palabra mal sonante parecia una intencion contrarrevolucionaria, porque estaba aun tan inmediato el régimen abolido, que se temia volver á él á cada paso. El pueblo ere un liberto de ayer que se sobresaltaba al ruido mas insignificante de las cadenas. Sin embargo, el decreto que heria la magestad real fué revocado. Esta retractacion fué acogida con alegría por los realistas y por la guardia nacional. Los constitucionales vieron en ella un vaticinio de una nueva armonia entre los poderes del Estado, y el rey el triunfo de una fidelidad mal estinguida, pero que cualquiera tentativa de ultraje contra su persona avivaba de nuevo en los corazones.

Todos se engañaban. Esto no era mas que un movimiento de generosidad que habia reemplazado á otro de aspereza. Era, en fin, la indecision de un pueblo que no se atreve á destruir de golpe, lo que ha adorado por mucho tiempo.

Entretanto los realistas abusaban en sus periódicos de esta tendencia á la moderacion. «La revolucion es cobarde, decian, porque conoce su debilidad, y este sentimiento es ya para ella una derrota anticipada. ¡Ved los dos *mentis*, que se ha dado á sí misma en dos dias consecutivos! Cualquiera autoridad que empieza á ablandarse está perdida, á menos que tenga el arte de saber disfrazar su retirada, de retroceder á paso lento é insensible y de hacer que se olviden sus leyes antes que retractarlas. La obediencia no conoce sino dos resortes: el respeto y el temor. Los dos se han roto á la vez con esa retrogradacion brusca y violenta de la Asamblea. ¿Puede respetarse ó temerse á un poder que se dobla ante el espanto producido por su misma audacia? La Asamblea ha abdicado en el solo hecho de no haber llevado á cabo lo que habia osado intentar. Toda revolucion que no adelanta retrocede, y el rey ha quedado vencedor sin haber combatido.»

El partido revolucionario reunido por la noche en los Jacobinos lamentaba su derrota y acusaba y acriminaba á todo el mundo. ¡Ved, decian sus oradores, lo que se ha minado en sola una noche! ¡Ved la victoria producida por la corrupcion y por el miedo! Se ha visto á los miembros de la antigua asamblea que mezclados con los nuevos diputados han ido soplándoles al oido todas esas condescendencias que les deshonoran. Repartidos por la noche despues de la sesion entre los grupos que se habian formado delante del Palacio Real, han sembrado en ellos la alarma. Han hablado de la posibilidad de que el rey vuelva á fugarse, han vaticinado la turbacion y la anarquia, y han hecho temer á ese pueblo de París que prefiere su bienestar particular á las libertades públicas, que ha desaparecido la confianza, que los fondos publicos han bajado y continuarán bajando considerablemente, y que el numerario será cada dia mas escaso. ¿Ha resistido jamás esa raza venal á semejantes argumentos?

El espíritu de París se manifestaba á las claras al dia siguiente en la actitud y en los discursos de la Asamblea. «Al abrirse la sesion, dice un jacobino, yo me coloqué entre los diputados que hablaban de los medios que podrian emplearse para hacer revocar el decreto. Yo les dije, que habiéndose dado el dia antes casi por unanimidad, parecia imposible poder contar con una vuelta tan súbita y tan escandalosa de opinion. Estamos seguros de la mayoría, me respondieron. Entonces me marché de allí y fui á sentarme en otra parte donde oí hablar en el mismo sentido. Aburrido de oir respirar á todos de una misma manera, fui á refugiarme á aquella parte del salon que ha sido por tanto tiempo el santuario del patriotismo, pero allí tambien hallé la misma apostasia que en todas partes, porque todos se habian vendido aquella noche. La prueba de que este trabajo de corrupcion se habia llevado á cabo antes de deliberar, es que todos os oradores que han hablado en contra de los decretos,

tenian en la mano sus discursos escritos. ¿De dónde procede esa sorpresa de los patriotas? ¿Los miembros puros de la legislatura no se conocen unos á otros? ¿No se han encontrado ni se han hablado hasta ahora? Cierito es que vosotros les habeis abierto las puertas, y que ellos han entrado aquí para examinar vuestro continente y sondear vuestras fuerzas, pero todavía no se han afiliado, ni han mamado aun, frecuentando vuestro trato y acostumbrándose á vuestros discursos, aquella confianza y aquel patriotismo que son la segunda alma de un ciudadano. El pueblo, que despues de tantas agitaciones deseaba el descanso, que le faltaba trabajo, dinero y pan, intimidado además por la aproximacion del invierno, vió con indiferencia la tentativa y la retractacion de la Asamblea, y dejó maltratar impunemente á los diputados que habian sostenido los decretos. Goupilleau, Conthon, Basire y Chabot, fueron maltratados en el seno mismo de la Asamblea, por los oficiales de la guardia nacional. «Andad con cuidado, les decian aquellos soldados del pueblo ganados por el trono, nosotros no queremos que la revolucion dé ni un paso mas.—Ya os conocemos y os seguiremos la pista, y si os descuidais, haremos que prohibis nuestras bayonetas.» Los diputados ultrajados, secundados por Barrere, fueron á denunciar aquellas injurias al club de los Jacobinos, pero fuera de aquel recinto nadie se conmovió al oirlas, ni obtuvieron otra cosa que escitar alguna indignacion estéril.

IV.

Tranquilizado el rey al ver el nuevo giro que iba tomando el espíritu público, se presentó el 7 en la Asamblea. En cuanto entró fué saludado con una nube de aplausos, unos dados al rey, y otros dados en el rey á la

Constitucion. Este código inspiraba entonces un fanatismo verdadero á esa masa inerte que juzga de las cosas por las palabras, y que cree imperecedero todo lo que la ley proclama como sagrado. No se contentaron solo con gritar ¡viva el rey! sino que añadieron tambien ¡viva S. M.! Las aclamaciones de una parte del pueblo, vengaban las ofensas de la otra y hacian revivir aquellos títulos, que se habian querido suprimir con un decreto. Hasta se aplaudió la reinstalacion del sillón real al lado del presidente, pareciéndoles á los realistas que aquel sillón era un trono en que la nacion volvía á sentar á la monarquía. El rey habló en pie y descubierto. Su discurso fué el mas á propósito para tranquilizar los ánimos y enervar los corazones. Si no respiraba entusiasmo, dejaba ver al menos la buena fé del que lo decia.

«Para que nuestros trabajos, dijo, produzcan todo el bien que de ellos debe esperarse, es preciso que entre el Cuerpo legislativo y el rey, reine una constante armonia y una inalterable confianza. Los enemigos de nuestro reposo trabajarán sin descanso por desunirnos. Pero unámonos por amor á la patria, y seamos inseparables en trabajar por los intereses públicos. De este modo el poder obrará sin obstáculo, la administracion no se verá atormentada por vanos temores, y las propiedades y las creencias de cada uno serán protegidas con la mas estricta igualdad. A nadie le quedará ya pretexto para vivir lejos de un país en que las leyes estarán en todo su vigor, y en donde todos los derechos serán igualmente respetados.» Esta alusion á los emigrados, y esta llamada indirecta á los hermanos del rey, infundieron una gran alegría en todos los que se hallaban allí presentes, y les hicieron concebir mil halagüeñas esperanzas.

El presidente Pastoret, constitucional moderado, hombre que era grato al rey y al pueblo, porque al conocimiento de las doctrinas del poder, reunia la habilidad del diplomático, y el lenguaje del hombre constitu-

cional, contestó en estos términos: «Señor, vuestra presencia en medio de nosotros, es otro nuevo juramento que prestais á la patria. Los derechos del pueblo estaban olvidados, y todos los poderes se hallaban confundidos. Ha nacido una nueva Constitución, y con ella la libertad francesa. Vos debéis quererla como ciudadano, como rey debéis sostenerla y defenderla. Lejos de debilitar vuestro poder, lo asegura y os da por amigos á los que en otros tiempos se llamaban vasallos vuestros. Vos necesitáis ser amado de los franceses, según deciais pocos días ha en este templo de la patria. Nosotros también necesitamos ser amados de vos. La Constitución os ha hecho el primer monarca del mundo, vuestro amor hacia ella colocará á V. M. en el número de los reyes más queridos. Fuertes por nuestra unión, experimentaremos bien pronto su saludable influencia. Purificar la legislación, reanimar el crédito público y comprimir la anarquía, tal es nuestro deber, tales nuestros votos y tales los vuestros, señor: las bendiciones de los franceses serán nuestra recompensa.

Los sucesos de este día volvieron á abrir los corazones del rey y de la reina á la esperanza, porque creyeron haber vuelto á encontrar su pueblo. La revolución también creyó haber encontrado á su rey. Los recuerdos de Varennes parecieron sepultados para siempre en el olvido. La popularidad tomó uno de aquellos giros fugaces, parecidos al sople benéfico de un viento que purifica la atmósfera por un momento, y que engañó aun á los mismos que habían aprendido á desconfiar de ella. La familia real quiso no obstante disfrutar de los goces que este cambio le proporcionaba, ó por mejor decir, quiso que disfrutasen de ellos, el Delfín y Madama: Estos dos niños no conocían del pueblo sino su ira, y no habían visto la nación sino al través de las bayonetas del 6 de octubre, bajo los harapos, en los motines, ó en el polvo del camino, al volver de Varennes. El rey que-

ría que lo viesen en medio de la calma y del amor, porque educaba á su hijo para que amase á aquel pueblo y no para que vengase las ofensas que de él había recibido. En su suplicio diario lo que más le atormentaba no eran sus propias humillaciones, sino la ingratitud del pueblo. Le era aun más duro el que la nación desconociese el amor que él la profesaba, que el verse perseguido por ella; y un momento solo en que la opinión pública le hiciese justicia, bastaba para hacerle olvidar dos años de continuados ultrajes. Aquella noche fué el rey al teatro Italiano, con la reina, con madama Isabel, y con sus hijos. Las esperanzas del día, sus palabras de por la mañana, sus facciones llenas de bondad y de confianza, la belleza de las dos princesas y la sencilla gracia de los niños, produjeron en los espectadores una de esas impresiones en que se halla mezclada la compasión con el respeto, y en las que el entusiasmo ablanda el corazón hasta el enternecimiento. El teatro resonó con repetidos aplausos, entre los que se distinguían algunos sollozos, y los ojos de todos los circunstantes, vueltos hacia el palco real, parecían querer ofrecer al rey y su familia una muda reparación de tantos insultos. La multitud no resiste jamás al aspecto de los niños, porque en toda multitud se encuentran madres. El Delfín, niño encantador, estaba sentado en las rodillas de la reina, ya bsorto al ver accionar á los actores, repetía sencillamente á su madre los gestos que les veía hacer como para que comprendiese la pieza. Esta calma indiferente de la inocencia entre dos tempestades, estos juegos de un niño al pie de un trono que debía convertirse tan pronto en un patíbulo, aquella expansión del corazón de la reina cerrado por tanto tiempo á todo gozo y á toda seguridad, todo esto hacia asomar las lágrimas á los ojos de los espectadores, y el mismo rey las derramó en abundancia. Hay momentos en las revoluciones, en que la turba más irritada se vuelve dulce y misericordiosa; esto sucede cuando deja hablar á

la naturaleza, y hace enmudecer á la política; cuando en vez de tener el sentimiento de pueblo, tiene solo el de hombre. Paris tuvo uno de estos momentos, pero fué de corta duracion.

V.

La Asamblea estaba deseosa de apoderarse cuanto antes de la pasion pública, que un eternecimiento pasagero la arrebatava. Ruborizabase ya de su moderacion de un día, y trataba de sembrar nuevas sospechas entre el trono y la nacion. Un partido numeroso de su seno queria llevar las cosas al estremo, y apurar la situacion hasta hacerla estallar. Necesitaba este partido mucha agitacion, y la calma no convenia á sus intentos. Habia en él ambiciones elevadas, como los talentos de los que las poseian, ardientes como su juventud, impacientes, como su sed de brillar en la situacion. La Asamblea constituyente, compuesta de hombres maduros, de cierta posicion en el Estado y de alguna distincion en la gerarquía social, no habia tenido otra ambicion, que la de las ideas de libertad y de gloria; la nueva Asamblea ambicionaba el ruido, la fortuna y el poder. Compuesta de hombres oscuros, pobres y desconocidos, aspiraba á conquistar lo que le faltaba.

Este último partido, del cual era Brissot el publicista, Petion la popularidad, Vergniaud el genio, y los girondinos el cuerpo, se presentaba en la escena con la audacia y la unidad de una conjuracion. Era el paisanage triunfante, envidioso, inquieto y eloquente, ó la aristocracia del talento, queriendo conquistar y explotar para sí sola la libertad, el poder y el pueblo. La Asamblea se componia en partes desiguales, de tres elementos: los constitucionales, partido de la libertad aristocrática y

de la monarquia moderada; los girondinos, partido de movimiento continuo, hasta que la revolucion viniese á parar á sus manos. Los jacobinos, partido del pueblo y de la filosofía en accion; significaba el primero transaccion y transicion; el segundo audacia é intriga; el tercero fanatismo y decision. De estos dos últimos partidos no era el jacobino el mas hostil al rey. Una vez destruidas la aristocracia, y el clero no le repugnaba el trono á este partido; poseia en alto grado el instinto de la unidad del poder, y no fué él quien primero pidió la guerra, ni el que pronunció la primera palabra de república, lo que si fué el primero en pronunciar, y eso con bastante frecuencia, fué la voz dictadura; la palabra república, pertenece á Brissot y á los girondinos. Si estos á su advenimiento á la Asamblea, se hubiesen unido al partido constitucional para salvar la Constitucion modificandola, y no induciendo á la revolucion á declarar la guerra, hubieran salvado su partido y dominado al trono. La hombría de bien de que carecia su gefe, faltó tambien en la conducta que siguieron, y la intriga los arruinó arrastrándolos en pos de sí. Ellos se constituyeron en agitadores de una Asamblea, cuyos hombres de Estado debian haber sido, y no teniendo la fé de la república, aparentaron tener la conviccion de ella. En las revoluciones, los papeles sinceros son los únicos papeles hábiles. Es muy hermoso morir víctima de su fé, pero es muy triste perecer engañado por la ambicion.

VI.

Tres causas de turbacion agitaban los espíritus en el momento en que la Asamblea se encargaba de los negocios: el clero, la emigracion y una guerra inminente.

La Asamblea constituyente habia cometido una gran

falta deteniéndose á medio camino en la reforma del clero francés. El mismo Mirabeau habia cedido en esta cuestion. La revolucion no era en el fondo sino la insurreccion legitima de la libertad politica contra el despotismo, y de la libertad religiosa contra el dominio legal del catolicismo, convertido en Francia en una especie de institucion politica. La Constitucion habia emancipado al ciudadano, era preciso emancipar al fiel, y arrancar las conciencias al Estado, para devolverlas á ellas mismas, á la razon individual y á Dios. Esto es lo que queria la filosofia, que no es mas que la expresion racional del genio.

Los filósofos de la Asamblea constituyente retrocedieron ante las dificultades de esta obra; en lugar de una emancipacion, hicieron una transaccion con el poder del clero, que consistia en las influencias terribles de la corte de Roma y los hábitos inveterados del pueblo. Se contentaron con aliojar el lazo que unia al Estado con la iglesia, y su deber era romperle. El trono estaba encadenado al altar, y ellos quisieron encadenar el altar al trono, lo cual no era mas que hacer mudar de sitio á la tiranía, haciendo oprimir la conciencia por la ley, en vez de hacer oprimir á la ley por la conciencia.

La Constitucion civil del clero, fué la expresion de esta falsa situacion reciproca. El clero fué despojado de aquellas dotaciones en bienes inalienables que diezaban la propiedad y la poblacion en Francia. Se le quitaron sus beneficios, sus abadías y sus diezmos, que eran los feudos del altar, señalándose en cambio una dotacion que debia gravitar sobre los presupuestos, como condicion de este pacto que dejaba al clero funcionario una existencia, una influencia y un personal poderoso de ministros del culto pagados por el Estado, y solo se le exigió que prestase juramento á la Constitucion. Contenia esta ciertos artículos que atentaban á la supremacia espiritual, y á los privilegios administrativos de la corte de

Roma. El catolicismo se alarmó al ver esto, y protestó. Las conciencias padecieron mucho con esta protesta, y la revolucion, que hasta entonces habia sido exclusivamente politica, se convirtió en cismática en el concepto de una gran parte del clero y de los fieles. Tanto los obispos como los sacerdotes, se dividieron en opinion, y unos prestaron el juramento civil que les garantizaba su existencia, y los otros se negaron á hacerlo, ó se retractaron despues de haberlo prestado. De aqui, la turbacion en los espíritus, la agitacion en las conciencias y la division en los templos. La mayor parte de las parroquias tuvieron dos ministros del culto: el uno un sacerdote constitucional asalariado y protegido por el gobierno; el otro un refractario que se llegaba á prestar el juramento, y que privado de sus temporalidades, y arrojado de la iglesia, levantaba altar contra altar, en alguna capilla clandestina, ó en medio del campo. Estos dos ministros de un mismo culto, se excomulgaban reciprocamente: el uno en nombre de la Constitucion, el otro en el del papa y en el de la iglesia. La poblacion se unia á cualquiera de los dos, no por iguales partes si no segun el espíritu mas ó menos revolucionario de la provincia. En las ciudades y en los paises afectos al nuevo sistema, el culto constitucional se ejercia casi exclusivamente. En los campos y en los departamentos adictos á las tradiciones de sus mayores, el sacerdote no juramentado se convertia en un tribuno sagrado, que desde el pie del altar, ó desde lo alto del púlpito, agitaba al pueblo y le inspiraba con el horror al sacerdocio constitucional y cismático el odio al gobierno que lo protegía. Esto no era todavia, ni la persecucion, ni la guerra civil, pero eran preludios ciertos de ambas cosas.

El rey habia firmado con repugnancia, y como forzado, la Constitucion civil del clero; pero esto lo habia hecho únicamente como rey, reservándose en esta materia su libertad individual y la fé de su conciencia. Luis

era cristiano católico, en toda la sencillez del Evangelio y en toda la humildad de la obediencia, con respecto á la iglesia; las reconvenciones que se le habian hecho de Roma por haber ratificado con su debilidad el cisma en Francia, desgarraban su conciencia y agitaban continuamente su espíritu. No habia dejado de negociar oficial ó secretamente con el papa, para obtener de la cabeza de la iglesia ó una indulgente concesion á las necesidades de la religion en Francia, ó una prudente temporizacion. Solo á este precio podia volver á hallar la paz de su alma. Roma no habia podido concederle sino su compasion. Unas bulas fulminantes circulaban entre los sacerdotes no juramentados en las que se anatematizaba á las principales cabezas de los pueblos y únicamente se detenian al pie del trono. El rey temblaba, sin embargo, creyendo verlas caer de un momento á otro sobre su cabeza.

Conocia por otra parte que la revolucion no le perdonaria el que la sacrificase á sus escrúpulos religiosos. Colocado entre las amenazas del cielo y las del pueblo, trataba de diferir con todas sus fuerzas las condenaciones de Roma y las resoluciones de la Asamblea. La Constituyente habia comprendido esta ansiedad de la conciencia del rey y los peligros de la persecucion. Así es que habia dado tiempo al rey y longanimidad á las conciencias, y no habia tocado á la fé del simple fiel. Todo el mundo tenia libertad para orar con el sacerdote que mejor le pareciese. El rey era el primero que habia hecho uso de esta libertad cerrando su capilla de las Tuillerias al clero constitucional, y la eleccion de su confesor indicaba suficientemente la eleccion de su conciencia. El hombre protestaba en él contra las necesidades políticas á que tenia que satisfacer como rey. Los girondinos querian obligarle á pronunciarse. Si accedia á lo que estos solicitaban perdía en su dignidad, y si se resistía perdía lo poco que le quedaba de popularidad.

Obligarle á decidirse era un beneficio para los girondinos.

La pasion pública servia á sus intentos. Los disturbios religiosos empezaron á tomar un carácter político. En la antigua Bretaña miraba el pueblo con horror á los sacerdotes juramentados, cuyas oraciones se tenian por maldiciones, y todo el mundo huía de estar en contacto con ellos, manteniendo los sacerdotes refractarios todo el pueblo á su obediencia. Veíanse reuniones de muchos miles de almas que seguian el domingo á su antiguo pastor, y que iban á buscar, en capillas distantes á veces dos y tres leguas de los pueblos, ó en ermitas situadas en la cima de los montes, un santuario que no se hallase profanado por las ceremonias del culto constitucional. En Caen habia corrido la sangre en la misma catedral, en donde el sacerdote refractario disputaba el altar al sacerdote juramentado. Iguales desórdenes amenazaban á todo el reino, porque todos los rebaños se hallaban divididos y en todos habia dos pastores. Del odio se pasó al insulto, y de aqui debia pasarse bien pronto al derramamiento de sangre. Una mitad del pueblo, inquieta por su fé, se decidió por la aristocracia, porque creia que conservándose esta se conservaria tambien el culto venerando que habia recibido de sus mayores. La Asamblea podia muy bien perder por esta causa el elemento popular que la habia hecho triunfar del trono, y era preciso proveer á este inesperado peligro.

Dos solos medios habia de extinguir este incendio desde sus principios: ó una libertad de conciencias sostenida fuertemente por el poder ejecutivo, ó una persecucion contra los ministros del antiguo culto. Indecisa la Asamblea, fluctuaba entre estos dos partidos. Por fin se abrió una discusion sobre este particular con presencia de un informe de Gallois y de Gensonné, enviados como comisarios civiles á los departamentos del Oeste para que estudiasen allí el espíritu del pueblo y las causas

que le hacian agitarse. Fauchet, sacerdote juramentado y célebre predicador, que fué despues obispo constitucional de Calvados, fué el primero que tomó la palabra. Era este uno de aquellos hombres que bajo el hábito eclesiástico ocultan un corazón de filósofos. Estos hombres, innovadores por espíritu y sacerdotes por su estado, sintiendo la contradiccion profunda que hay entre su opinion y su carácter, creían que una religion nacional y un cristianismo revolucionario era el único medio que les quedaba de conciliar sus intereses con su política. Su fé, enteramente académica, no era mas que una comodidad religiosa. Querian estos hombres trasformar insensiblemente el catolicismo en un código de moral, en que el dogma no fuese mas que un símbolo que contuviese verdades santas para el pueblo, y que despojado paulatinamente de las funciones sagradas hiciese pasar insensiblemente el espíritu humano á un deísmo simbólico, cuyo único templo sería el púlpito y cuyo Cristo no sería mas que un Platon divinizado. Fauchet tenía el espíritu atrevido de un sectario y la intrepidez de un hombre de revolucion.

VII.

«Si nos acusa, dijo, de que queremos perseguir, es una calumnia y no existe semejante persecucion. El fanatismo tiene avidez por ello, la verdadera religion la rechaza, la filosofia la mira con horror, guardémonos de encarcelar á los refractarios, de desterrarlos y aun de removerlos. Que piensen, que digan y que escriban cuanto quieran contra nosotros. A sus pensamientos opondremos los nuestros, á sus errores nuestras verdades, á su odio nuestra caridad; y el tiempo hará lo demás. Pero mientras llega nuestro infalible triunfo, es preciso hallar un medio eficaz y pronto para impedirles que subleven

los espíritus débiles y que prediquen la contrarrevolucion. ¡La contrarrevolucion! Esta no es una religion, señores. El fanatismo no es compatible con la libertad. Ved á sus ministros que quisieran nadar en la sangre de sus compatriotas; estas son sus mismas espresiones. En comparacion de estos sacerdotes, los ateos, son unos ángeles. (Aplausos). Sin embargo, vuelvo á repetir que los toleremos, pero que no les paguemos para que destruyan la patria. La única medida á que debemos ceñirnos es á suprimir toda pensión sobre el tesoro á los sacerdotes no juramentados. Nada se les debe que no sea á título de servir á la iglesia. ¿Qué servicio es el que prestan? Invocan la ruina de nuestras leyes, en lo cual dicen que siguen lo que les dicta su conciencia. ¿Debemos pagar unas conciencias que se arrojan á los mayores crímenes contra la nacion? La nacion los tolera, ¿no es cierto? Invocan estos hombres en su favor el artículo de la Constitución en que dice: Los sueldos de los ministros del culto católico, forman parte de la deuda nacional. ¿Son ellos ministros del culto católico? ¿Reconoce el Estado otro catolicismo que el suyo? ¡Si quieren practicar otro, libres son de hacerlo ellos y sus sectarios! La nacion permite todos los cultos, pero no paga mas que uno. Gran fortuna sería para ella el ahorrarse treinta millones de renta que paga tontamente á sus mas implacables enemigos. ¿De qué sirven esas falanges de sacerdotes que han abjurado su ministerio, de qué esas legiones de canónigos y de monges, esas cohortes de abades, de priores y de beneficiados de toda especie, que no siendo notables en otros tiempos sino por su inutilidad, sus intrigas y su vida licenciosa, no lo son hoy sino por su furor, por sus continuas infamaciones y por su cólera implacable contra la revolucion? ¿Por qué hemos de pagar este ejército de la esclavitud con los fondos de la nacion? ¿Qué es lo que hacen para que se les pague? Predican la emigracion, esportan el numerario y fomentan las conjuraciones inte-

que le hacian agitarse. Fauchet, sacerdote juramentado y célebre predicador, que fué despues obispo constitucional de Calvados, fué el primero que tomó la palabra. Era este uno de aquellos hombres que bajo el hábito eclesiástico ocultan un corazón de filósofos. Estos hombres, innovadores por espíritu y sacerdotes por su estado, sintiendo la contradiccion profunda que hay entre su opinion y su carácter, creían que una religion nacional y un cristianismo revolucionario era el único medio que les quedaba de conciliar sus intereses con su política. Su fé, enteramente académica, no era mas que una comodidad religiosa. Querian estos hombres trasformar insensiblemente el catolicismo en un código de moral, en que el dogma no fuese mas que un símbolo que contuviese verdades santas para el pueblo, y que despojado paulatinamente de las funciones sagradas hiciese pasar insensiblemente el espíritu humano á un deísmo simbólico, cuyo único templo sería el púlpito y cuyo Cristo no sería mas que un Platon divinizado. Fauchet tenía el espíritu atrevido de un sectario y la intrepidez de un hombre de revolucion.

VII.

«Si nos acusa, dijo, de que queremos perseguir, es una calumnia y no existe semejante persecucion. El fanatismo tiene avidez por ello, la verdadera religion la rechaza, la filosofia la mira con horror, guardémonos de encarcelar á los refractarios, de desterrarlos y aun de removerlos. Que piensen, que digan y que escriban cuanto quieran contra nosotros. A sus pensamientos opondremos los nuestros, á sus errores nuestras verdades, á su odio nuestra caridad; y el tiempo hará lo demás. Pero mientras llega nuestro infalible triunfo, es preciso hallar un medio eficaz y pronto para impedirles que subleven

los espíritus débiles y que prediquen la contrarrevolucion. ¡La contrarrevolucion! Esta no es una religion, señores. El fanatismo no es compatible con la libertad. Ved á sus ministros que quisieran nadar en la sangre de sus compatriotas; estas son sus mismas espresiones. En comparacion de estos sacerdotes, los ateos, son unos ángeles. (Aplausos). Sin embargo, vuelvo á repetir que los toleremos, pero que no les paguemos para que destruyan la patria. La única medida á que debemos ceñirnos es á suprimir toda pensión sobre el tesoro á los sacerdotes no juramentados. Nada se les debe que no sea á título de servir á la iglesia. ¿Qué servicio es el que prestan? Invocan la ruina de nuestras leyes, en lo cual dicen que siguen lo que les dicta su conciencia. ¿Debemos pagar unas conciencias que se arrojan á los mayores crímenes contra la nacion? La nacion los tolera, ¿no es cierto? Invocan estos hombres en su favor el artículo de la Constitución en que dice: Los sueldos de los ministros del culto católico, forman parte de la deuda nacional. ¿Son ellos ministros del culto católico? ¿Reconoce el Estado otro catolicismo que el suyo? ¡Si quieren practicar otro, libres son de hacerlo ellos y sus sectarios! La nacion permite todos los cultos, pero no paga mas que uno. Gran fortuna sería para ella el ahorrarse treinta millones de renta que paga tontamente á sus mas implacables enemigos. ¿De qué sirven esas falanges de sacerdotes que han abjurado su ministerio, de qué esas legiones de canónigos y de monges, esas cohortes de abades, de priores y de beneficiados de toda especie, que no siendo notables en otros tiempos sino por su inutilidad, sus intrigas y su vida licenciosa, no lo son hoy sino por su furor, por sus continuas infamaciones y por su cólera implacable contra la revolucion? ¿Por qué hemos de pagar este ejército de la esclavitud con los fondos de la nacion? ¿Qué es lo que hacen para que se les pague? Predican la emigracion, esportan el numerario y fomentan las conjuraciones inte-

riores yesteriores contra nosotros. ¡Id, les dicen á los nobles, continuad vuestros ataques con el estrangero, y nade todo en sangre con tal que nosotros recobremos nuestros privilegios. He aquí su iglesia! Si el infierno tuviese una sobre la tierra este es el lenguaje que usaria. ¿Quién será suficientemente osado para decir que debemos darles subsidios?»

Torné, obispo constitucional de Bourges, respondió á este discurso como hubiese respondido Fenelon á Bossuet. Demostró que en lo que acababa de decir su adversario habia tambien mucho fanatismo y crueldad. «Se os proponen remedios violentos para unos males que la ira no puede menos de envenenar, y se trata de que condeneis á morir de hambre á una gran parte de nuestros hermanos no juramentados. Los errores simplemente religiosos deben ser estraños al legislador. Los sacerdotes no son culpables, están alucinados y cuando el ojo de la ley cae sobre los errores de la conciencia los empeora en vez de mejorarlos; el mejor medio de curarlos es el no verlos. Castigar con el hambre unos errores simples é inocentes seria un oprobio en legislacion y un horror en moral. El legislador deja á Dios el cuidado de vengar su gloria si la cree violada por un culto indecoroso. ¿Quisiérais establecer una nueva inquisicion en nombre de la tolerancia; inquisicion, que ni aun tendria como la otra la excusa del fanatismo? ¿Y qué, señores, transformarais en proscripores arbitrarios á los fundadores de la libertad? ¿Juzgareis, desterrareis y encarcelareis en masa á unos hombres entre los cuales si hay algunos culpables, hay todavia muchos inocentes? ¿No son ya los crímenes individuales, y se hace uno culpable solo por su categoría? Pero aun cuando todos fuesen igualmente culpables, ¿tendriais la crueldad, de herir á la vez esa multitud de cabezas cuando en casos análogos, los despotas mas crueles se han contentado con diezmarlas? ¿Que os resta, pues, que hacer? Una sola cosa, ser conse-

secuentes, y fundar por la tolerancia la libertad práctica, la existencia pacífica de los diferentes cultos. ¿Por qué no gozarian nuestros cofrades de la facultad de adorar á nuestro lado al mismo Dios que nosotros, en tanto que en las mismas ciudades en que les negariamos el derecho de celebrar los santos misterios, permitiriamos á los paganos que celebrasen los de Isis y de Osiris, al mahometano que invocase á su profeta y al rabino que ofreciese sus holocaustos? ¿Hasta donde, me direis, ha de ir á parar esa estraña tolerancia? Tambien yo os diré: ¿hasta donde llevareis vosotros la arbitrariedad y la persecucion? Cuando la ley haya arreglado las relaciones entre los actos civiles del nacimiento, del matrimonio y de los entierros, y los actos religiosos por los cuales los consagra el cristianismo, cuando la ley permita el mismo sacrificio sobre los dos altares, ¿por qué inconsecuencia no habia de permitir esta que corriese tambien allí la virtud de los mismos sacramentos? Estos templos, se me dirá, serán los conciliábulos de los facciosos. Si, lo serán en efecto si son clandestinos, como los perseguidores quisieran hacerlos; pero si estos templos permanecen abiertos y libres, el ojo de la ley penetrara allí como en todas partes no para vigilar la fé, sino al crimen, caso que llegase á verificarse. ¿Qué es pues lo que teméis? El porvenir es vuestro y esa clase de sacerdotes no juramentados se extinguirá por si misma. Cualquier culto pagado por los individuos particulares y no por el Estado, tiende á debilitarse constantemente, ó al menos las facciones que anima en un principio la divinidad de las creencias se dulcifican y se reconcilian con la libertad. Ved sino la Alemania, mirad esa Virginia en donde unos cultos opuestos se prestan mutuamente los templos y en donde las diferentes sectas fraternizan en un mismo patriotismo. He hay á lo que debemos aspirar, estos son los principios en que debemos inbuir gradualmente al pueblo. La luz, debe ser el gran precursor de la ley. Deje-

mos para el despotismo el que prepare á sus esclavos por medio de la ignorancia á recibir de rodillas sus mandatos.»

VIII.

Ducós, jóven generoso del partido girandino, en quien el entusiasmo de la honradez, podia mas que todas las tendencias de partido, pidió que se imprimiese este discurso. Los aplausos y los murmullos sofocaron su voz, y dieron una prueba de la indecision, y de la parcialidad de los espíritus. Fauchet, volvió á tomar la palabra en la siguiente sesion, y demostró la conexon que habia entre los disturbios civiles, y las contiendas religiosas. «Los sacerdotes, dijo, son unos tiranos destronados, que tienen aun en la direccion de las conciencias, los hilos mal rotos de su poder. Son una faccion irritada y no desarmada, y por consiguiente la mas peligrosa de todas las facciones.»

Gensonné habló como hombre de Estado, y aconsejó la tolerancia con los sacerdotes concienzudos y pacíficos al mismo tiempo, así como una represion severa pero legal, contra los que fuesen perturbadores. Durante esta discusion, los correos que llegaban de los departamentos, traían cada día noticias de nuevos desórdenes. Los sacerdotes constitucionales eran insultados, arrojados de los pueblos, y aun asesinados al mismo pie de los altares. Las iglesias rurales, mandadas cerrar por órden de la Asamblea nacional, se abrían á hachazos, y los sacerdotes refractarios volvían á apoderarse de ellas, impulsados y conducidos allí por el fanatismo del pueblo. Tres ciudades estaban sitiadas y á punto de ser incendiadas por los habitantes de las campiñas, y la guerra civil, amenazadora ya, parecia preludiar la contrarrevolucion. «¡He ahí, exclamó Isnard, á donde os condu-

cen la tolerancia y la impunidad que se os predicant!»

Isnard, diputado por la Provenza, era hijo de un perfumista de Grasse: su padre le habia educado para que siguiese la carrera literaria, en vez de dedicarle al comercio, y el habia estudiado la politica, en la antigüedad griega y romana. Tenia un alma de Graco, y en su corazon, y en el acento de su voz, habia todo el valor de aquel. Muy jóven todavía, hervía su elocuencia como su sangre, y su palabra no era sino el fuego de la pasion, al que daba colorido una imaginacion ardiente como los paisés del Mediodía. Su lenguaje era tan seguido como las pulsaciones rápidas de la impaciencia, y en sus arranques se veía personificado todo el entusiasmo revolucionario. La Asamblea le seguía jadeando, y llegaba á ponerse furiosa como él, antes de haberse convencido ni haber reflexionado en lo que aquel hombre iba diciendo. Sus discursos eran unas magníficas odas, que poëtizaban toda la discusion, y que producían un entusiasmo muy semejante á una convulsion. Sus gestos y ademanes, eran mas propios del tripode que de la tribuna, y era el Danton de la Gironda, así como Vergniaud debía ser su Mirabeau.

IX.

Esta era la primera vez que se levantaba en la Asamblea: «Si, dijo, he hay adonde os conduce la impunidad. Siempre es ella la fuente de los grandes crímenes, y hoy en día es la sola causa de la desorganizacion social, en que nos hallamos sumergidos. Los sistemas de tolerancia que se os han propuesto, serán muy buenos para tiempos normales. ¿Pero debe tolerarse á los que no quieren tolerar ni la Constitución ni las leyes? ¿No conoceréis los peligros de la tolerancia, sino cuando se haya convertido la Francia en un lago de sangre? Ya es tiempo de que

todo se someta á la voluntad de la nacion, y de que tiras, diademas ó incensarios cedan al fin al imperio de la ley. Los hechos que acaban de esponerse no son sino el preludio de lo que va á suceder por todo el reino. Considerad las circunstancias de estos disturbios, y vereis que son efecto de un sistema desorganizador, contemporáneo de la Constitucion. Este sistema ha nacido allí (soñala al lado derecho) y se ha sancionado en la corte de Roma. No es al verdadero fanatismo al que tenemos que quitar la máscara, sino á una refinada hipocresia. Los sacerdotes son unos perturbadores privilegiados, que deben ser castigados con penas mas severas que los simples particulares. La religion es un instrumento omnipotente. El sacerdote, dice Montesquieu, coge al hombre en la cuna, y le acompaña hasta el sepulcro. ¿Hay por qué admirarse de que tenga tanto dominio sobre el espíritu del pueblo, ni de que sea preciso hacer leyes para que so pretexto de religion no vaya á turbar el reposo público? ¿Pero que ley puede ser esa? Yo sostengo, que no hay sino una eficaz; desterrarlos del reino. (Grandes aplausos en las tribunas) ¿No veis que es preciso separar al sacerdote faccioso del pueblo á quien estravia, y enviar esos apestados á los lazaretos de Italia y de Roma? Me dicen que esta medida es demasiado severa. ¡Pues qué, estais ciegos y sordos, con respecto á lo que está pasando! ¿Ignorais que un sacerdote puede haceros mas daño, que todos vnestros enemigos juntos? A esto me diran que no se debe perseguir á nadie; y yo contesto que castigar no es perseguir. Tambien diré á los que repiten lo que yo he oido decir aqui al abate Maury, á saber: que nada es mas peligroso que el hacer mártires: que este peligro existiria efectivamente, siuviéseis que herir á hombres fanáticos de buena fé, ó á unos verdaderos santos que pensasen que el cadalso era la escala para subir al cielo. Aqui no estamos en ese caso, por que si existen sacerdotes que reprueban de buena fé la

Constitucion, estos no son los que perturban el orden público. Los que incitan al desorden son unos hombres que no lloran por la religion, sino por los privilegios que han perdido: á estos es, á los que se debe castigar sin compasion, y no temais que vayan á aumentar el ejército de los emigrados, porque sabido es que el sacerdote es tan vengativo como cobarde; que no conoce otra arma que la de la supersticion, y que acostumbrado á combatir en la arena misteriosa de la confesion, es nulo en cualquier otro campo de batalla. Los rayos del Vaticano se apagarán en el escudo de la libertad, los enemigos de vuestra regeneracion, no se cansarán de cometer crímenes mientras que les dejeis los medios de cometerlos. Es preciso que los venzáis ó que ellos os venzan. Cualquiera que no ve esto es ciego. Abrid la historia, y vereis á los ingleses sostener una guerra desastrosa por espacio de cincuenta años por defender su revolucion. Vereis en Holanda correr la sangre á torrentes en la guerra contra Felipe de España. Cuando en nuestros dias han querido ser libres los habitantes de Filadelfia, ¿no habeis visto en seguida encendida la guerra en ambos mundos? Vosotros habeis sido testigos de las recientes desgracias de Brabante. ¿Creeis acaso que vuestra revolucion que ha arrancado el cetro al despotismo, sus privilegios á la aristocracia, á la nobleza su orgullo, y al clero su fanatismo, ereis, vuelvo á repetir, que una revolucion que ha cegado tantas minas de oro, explotadas antiguamente por los sacerdotes, roto tantos hábitos y abatido tantas teorías, vaya ahora á perdonaros? ¡No, no! Esta revolucion necesita un desenlace, y yo digo que sin provocarle, es preciso marchar hácia él con intrepidez. Cuanto mas tardeis, mas difícil será vuestro triunfo, y mas sangre os costará. (Murmillos en un lado del salon).

¡Pero no veis, continuó Isnard, que todos los contrarrevolucionarios se sostienen y no os dejan otro partido que el de vencerlos! Mas vale teuerlos, que combatir

cuando todavía hay ardor en los ciudadanos, y cuando se acuerdan de los peligros que han corrido, que dejar que el patriotismo se resfrie. ¿No es cierto que ya no somos los mismos que éramos el primer año de la libertad? (Una parte de la sala aplaude, la otra se levanta.) Entonces si el fanatismo hubiese levantado la cabeza, la ley la hubiera derribado! Vuestra política debe ser forzar á la victoria á que se pronuncie. Reducir al último extremo á vuestros enemigos que luego volveréis á atraerlos por el temor ó los someteréis con la cuchilla. En las grandes circunstancias, la prudencia es una debilidad. Sobre todo, donde no debe haber misericordia es en castigar las sublevaciones, porque es preciso aniquilarlas desde el momento en que aparecen. Si se las deja reunirse y hacerse partidarios, entonces se esparcen por todo el imperio como un torrente que nada es capaz de contener. Así es como obra el despotismo, y he aquí como un solo individuo, mantiene bajo su yugo á todo un pueblo. ¡Si Luis XVI hubiese empleado estos grandes medios, cuando la revolución no existía todavía sino en el pensamiento, nosotros no estaríamos aquí! Este rigor que es un crimen en un déspota, es una virtud en una nación. Los legisladores que retroceden ante estos medios extremos, son cobardes y culpables, porque cuando se trata de alentar á la libertad política, perdonar el crimen es hacerse cómplice en él (nuevos aplausos) semejante rigor hará correr la sangre, ya lo sé, ¿pero si no usais de él, no correrá todavía mucho más? ¿La guerra civil no es por sí sola un gran desastre? Cortad el miembro gangrenado para salvar el resto del cuerpo. La indulgencia es un lazo que se os tiende, y vosotros os hallareis abandonados por la nación por no haberos atrevido á sostenerla, y por no haber sabido defenderla. Vuestros enemigos no os aborrecerán menos por eso, vuestros amigos perderán la confianza que en vosotros tenían. ¡La ley es mi Dios, no tengo otro! ¡El bien público es mi culto! Ya habeis herido á

los emigrados, dad ahora un decreto contra los sacerdotes que perturban el orden, y habeis conquistado diez millones de brazos. Mi decreto está reducido á dos palabras: Sujeta á todo francés, sacerdote ó no sacerdote al juramento cívico, y decidid que todo hombre que no firme, sea privado de cualquier sueldo ó pension que obtenga. En sana política puede mandarse que salga del reino, todo el que no firme el contrato social. ¿Qué necesidad hay de pruebas contra el sacerdote? Con solo que haya quejas por parte de los ciudadanos con quienes habita, que sea espulsado al instante. En cuanto á aquellos contra quienes pronuncie el código penal otras penas mas severas que el destierro, no hay sino una medida que aplicarles: *¡la muerte!*

X.

Este discurso que llevaba el patriotismo hasta la impiedad, y que hacia de la salvacion pública una especie de Dios implacable, al que era preciso sacrificarlo todo, hasta al mismo inocente, escitó un entusiasmo frenético en las filas del partido girondino, y una severa indignacion en las del moderado. «Pedir la impresion de semejante discurso, dijo Lecoz, obispo constitucional, es pedir la impresion del código del ateísmo. Es imposible que una sociedad exista si no tiene una moral fija, que provenga de la idea de un Dios.» Las risas y los murmullos acogieron esta religiosa protesta. El decreto contra los sacerdotes presentado por Francisco de Neufchateau y adoptado por la comision de legislacion estaba redactado en estos términos. «Todo eclesiástico no juramentado está obligado á presentarse en el término de ocho dias, ante la municipalidad del pueblo donde resida y á prestar allí el juramento cívico.

«Los que se nieguen á ello, no podrán en adelante, percibir sueldo ni pension del tesoro público.

«Todos los años se hará una masa de estas pensiones de que habrán sido privados los eclesiásticos. Esta suma, se repartirá entre los ochenta y tres departamentos para emplearla en dar trabajo á los que no lo tengan y en socorrer á los indigentes impedidos que no puedan trabajar.

«Estos sacerdotes por el solo hecho de negarse á prestar el juramento serán reputados ademas como sospechosos, y se ejercerá sobre ellos una vigilancia particular.

«En consecuencia, podrá alejarseles de sus domicilios y señalárseles otros. Si se niegan á este cambio de domicilio, serán encarecelados.

«Las iglesias destinadas al culto pagado por el Estado, no podrán servir para ningún otro culto. Los ciudadanos podrán alquilar las demas iglesias ó capillas, y practicar allí el culto que mejor les convenga. Esta facultad no se estiende á los sacerdotes no juramentados y sospechosos de sedición.»

XI.

Este decreto que creaba un fanatismo mayor que el que trataba de sofocar, y que distribuía la libertad de cultos, no como un derecho, sino como un favor, entristeció los corazones de los fieles, movió la revolucion de La Vendée y promovió la persecucion por todas partes. Suspenso como un arma terrible, sobre la conciencia del rey fuele remitido para su aceptación.

Los girondinos se regocijaron de tener así al desgraciado principe entre la ley y su fé: si aceptaba el decreto, era un cismático, si se negaba á ello, era traidor á la

nacion. Triunfantes con esta victoria, trataron en seguida de conseguir otra. Despues de haber forzado la mano del monarca á herir en la religion de su conciencia, quisieron forzarle á herir á la nobleza y á sus propios hermanos. Entonces suscitaron la cuestion de los emigrados, pero el rey y los ministros se les habian adelantado. Luis XVI despues de haber aceptado la Constitucion, habie renunciado formalmente á toda conjuracion interior y exterior para recobrar su poder. La omnipotencia de la opinion le habia convencido de la vanidad de todos los planes que se le presentaban para vencerla. La calma momentanea de los espíritus despues de tantas sacudidas, la acogida que se le habia hecho en la Asamblea, en el Campo de Marte, y en el teatro, la libertad y los honores que se le habian vuelto dentro de su palacio, le habian persuadido de que si la Constitucion tenia hombres fanáticos por ella, el trono no tenia implacables enemigos en su reino. Creia que la Constitucion tenia muchas disposiciones que podian ejecutarse, y algunas otras que eran impracticables. El gobierno que se le imponia, le parecia, por decirlo así, que era un experimento filosófico que la nacion queria hacer con su rey. Solo no reparaba en una cosa, á saber: que los experimentos de los pueblos son unas verdaderas catástrofes. Un rey que acepta condiciones imposibles de gobierno, acepta de antemano el trastorno de su trono. La abdicacion reflexionada y voluntaria, es más régia que esa abdicacion de cada dia, que va degradando poco á poco su poder. Un rey salva con la firmeza de su carácter sino la vida, á lo menos la dignidad. Sienta mejor á la magestad real, bajar voluntariamente del trono, que verse precipitada de él. Desde el momento en que el que se sienta en el solio, no tiene libertad para obrar como rey, el trono es la cosa mas insignificante que hay en la nacion. Sea de esto lo que fuere, el rey manifestó francamente á sus ministros la intencion que te-

nia de ejecutar con lealtad la Constitución, y de asociarse sin ninguna reserva ni segunda intencion á las voluntades y á los destinos de la nacion. La misma reina, por uno de esos movimientos fugaces é imprevistos del corazon de las mugeres, se arrojó con la confianza de la desesperacion en el partido constitucional. «Vamos, le dijo á Mr. Bertrand de Molleville, ministro y confidente del rey: ¡ánimo! yo espero que con tener un poco de paciencia y de firmeza en lo sucesivo, todavía no está todo perdido.»

El ministro de Marina escribió por orden del rey á los comandantes de los puertos, una carta circular, firmada por el mismo Luis XVI. «Estoy informado, decia el monarca, de que las emigraciones van en aumento en el cuerpo de marina. ¿Cómo es posible que los oficiales de un cuerpo, cuya gloria me ha sido siempre tan cara, y que tantas pruebas de adhesion me tiene dadas en todas épocas, se estravien hasta el punto de perder de vista lo que deben á la patria y á mi, y hasta lo que se deben á si mismos? Este partido estremo, no hubiese sido tan chocante hace algun tiempo, cuando la anarquía estaba en todo su auge, y que no se veia el término de ella, pero hoy, que la nacion quiere volver al orden y á la sumision á las leyes, ¿cómo es posible que tantos generosos y fieles marinos traten de separarse de su rey? Decidles que permanezcan donde la patria les llama; la ejecucion exacta de la Constitución es hoy el medio mas seguro de apreciar sus ventajas, y de conocer lo que falta á su perfeccion. Vuestro rey es el que os pide que permanezcáis en vuestro puesto, como él permanece en el suyo. Vosotros que hubiérais mirado como un crimen el resistiros á sus órdenes, no dejareis ahora de atender á sus ruegos.»

A los oficiales generales y á los comandantes de las tropas de tierra les escribió en estos términos: «Al aceptar la Constitución he prometido mantenerla en el interior y defenderla contra los enemigos exteriores; este acto

solemne debe desterrar toda incertidumbre. Desde hoy en adelante, la ley y el rey son una misma cosa, y el que sea enemigo de aquella se hace enemigo del rey. Yo no puedo mirar como sinceramente adictos á mi persona á los que abandonan su patria en el momento en que ella necesita mas sus servicios; solo me son adictos los que siguen mi ejemplo y se confederan conmigo para la salvacion pública, haciendo inseparable su suerte del destino del imperio.»

Finalmente, mandó al ministro de Negocios Estrangeros que redactase la siguiente proclama dirigida á los franceses emigrados. «Informado decia, de que una gran porcion de franceses se retiran á paises estrangeros, no puedo ver sin afectarme extraordinariamente una emigracion tan considerable. Aunque la ley permita á todos los ciudadanos salir libremente del reino, debo ilustrarles sobre sus deberes y sobre los pesares que ellos se preparan, si creen darme con esto una prueba de afecto. ¡Desengañense de una vez! Mis verdaderos amigos son los que se reunen á mi para hacer ejecutar las leyes y restablecer el orden y la paz en el reino. Cuando he aceptado la Constitución, he querido hacer cesar las discordias civiles; yo debia creer que todos los franceses secundarian mis designios. Sin embargo, en estos dias es cuando las emigraciones van en aumento, y cuando algunos se alejan de Francia, á causa de los desórdenes que han amenazado sus propiedades y sus vidas. ¿No han de tenerse en cuenta las circunstancias? ¿No he tenido yo mismo mis disgustos? ¿Y cuando yo los olvido hay quien pueda acordarse de sus peligros? ¿Cómo se cimentará el orden, si los que están interesados en ello le abandonan abandonándose ellos mismos? Volved al seno de vuestra patria, venid á dar á las leyes el apoyo de los buenos ciudadanos. Pensad en los disgustos que causaria vuestra obstinacion en el corazon del rey, disgustos que serian para él mas penosos que todos los que ha sufrido hasta aquí.»

La Asamblea no se equivocó en el juicio que hizo de estas manifestaciones. En ellas vió una intencion oculta de eludir otras medidas mas severas, y quiso forzar al rey á que las adoptase: diremos mas, la nacion lo queria lo mismo que aquella, y la salvacion pública exigia que se hubiese hecho así.

XII.

Mirabeau habia tratado la cuestion de la emigracion en la Asamblea constituyente, mas bien como filósofo, que como hombre político, y habia negado al legislador el derecho de hacer leyes contra la emigracion. Se engañaba. Siempre que una teoria está en contradiccion con la salvacion de la sociedad, es porque aquella teoria es falsa; porque la sociedad es la verdad suprema.

Sin duda en tiempos comunes el hombre no debe estar aprisionado por la ley, dentro de las fronteras de su pais, ya que no lo está por la naturaleza; y bajo este aspecto las leyes contra la emigracion no deben ser sino escepcionales. ¿Pero por serlo se seguirá que estas leyes son injustas? Seguramente que no. El peligro público tiene leyes propias, tan necesarias y tan justas como las de los tiempos tranquilos. El estado de guerra y el de paz, son muy diferentes. Si cerrais vuestras fronteras á los estrangeros podeis cerrarlas con mas razon á vuestros ciudadanos. Legalmente se declara una ciudad en estado de sitio en caso de sediccion; con mas razon, puede declararse una nacion en estado de sitio cuando á un peligro exterior se añade una conjuracion intestina. ¿Por qué absurdo abuso de la libertad, se veria forzado un Estado á tolerar en el estrangero las reuniones de ciudadanos armados en su contra, cuando no las toleraria en su pais? Y si estas reuniones son culpables en lo exterior,

¿por qué le ha de ser prohibido al Estado cerrar los caminos por donde van los emigrados á efectuar esas reuniones criminales? Una nacion se defiende de sus enemigos exteriores con las armas, y de los interiores con las leyes. Obrar de otra manera seria consagrar fuera de la patria, la inviolabilidad de las conspiraciones que se castigarían dentro de ella, lo cual equivaldria á proclamar la legitimidad de la guerra civil, con tal que esta se complicase con una guerra estrangera y que cubriese la sediccion con la traicion. Semejantes máximas arruinan la nacionalidad de todo un pueblo para proteger un abuso de libertad en algunos ciudadanos. La Asamblea constituyente cometió el yerro de sancionarlas. Si esta hubiese proclamado desde un principio leyes represivas de la emigracion en tiempo de disturbios, de revolucion y de guerra imminente, hubiera proclamado una verdad nacional y prevenido uno de los mayores peligros y una de las principales causas de los excesos de la revolucion. La cuestion no iba á tratarse en el dia con razones, sino con pasiones. La imprudencia de la Asamblea constituyente habia dejado esta arma peligrosa en manos de los partidos y estos iban á volverla contra el rey.

XIII.

Brissot, el inspirador de la Gironda, el hombre dogmático de un partido que tenia necesidad de ideas y de gefe, subió á la tribuna en medio de los anticipados aplausos que señalaban ya su importancia en la nueva Asamblea. Este pidió la guerra como ley la mas eficaz, para remediar el mal de que se trataba.

«Si se quiere, dijo, contener la emigracion es preciso ante todo castigar á los grandes criminales que establecen en los paises estrangeros el foco de la contrarevolu-

cion. Hay que distinguir tres clases de emigrados: los hermanos del rey, indignos por este solo hecho de titularse tales; los funcionarios públicos, que desertan de sus puestos, y finalmente, los simples ciudadanos, arrastrados á emigrar por imitacion, por debilidad, ó por miedo. Los primeros son dignos de odio y de castigo; debéis tener compasion y ser indulgentes con los demas como podian temeros los ciudadanos, cuando la impunidad de sus gefes les asegurase la suya? ¿Teneis acaso dos pesos y dos medidas? ¿Qué deben pensar los emigrados cuando ven á un príncipe que despues de haber derrochado cuarenta millones en diez años recibe todavía nuevos millones de la Asamblea nacional para pagar su lujo y sus deudas....

«Dividid los intereses de los sublevados asustando á los principales culpables. Continuamente se ha entretenido á los patriotas con paliativos contra la emigracion; los partidarios de la corte se han burlado así de la credulidad del pueblo, y vosotros mismos habeis visto á Mirabeau poniendo aquellas leyes en ridiculo, cuando os decia que nunca las llevaria á ejecucion por que jamás llegaria un rey á constituirse en acusador de su propia familia. Tres años de esperanzas inútiles, una vida errante y desgraciada, abortadas todas sus conspiraciones y desechas sus intrigas. Todas estas derrotas no han sido suficientes para corregir á los emigrados, cuyo corazon está corrompido desde la cuna. Si quereis contener esta revolucion herid al otro lado del Rhin, pero no en Francia: con semejantes medidas fué como impidieron los ingleses que Jacobo II derrocasse su libertad. No se entretuvieron estos en hacer leyes contra la emigracion, sino que mandaron á los soberanos estrangeros que arrojasen de sus estados á los príncipes ingleses. (Aplausos). Desde un principio se habia conocido aquí la necesidad de esta medida. Los ministros os hablaron de consideraciones de Estado y de razones de familia; estas consideraciones, estas debi-

lidades, eran un crimen contra la libertad. El rey de un pueblo libre no tiene familia. Por última vez, no choqueis sino con los gefes; que no vuelva á decirse: esos descontentos son bien fuertes, y esos veinte y cinco millones de hombres son bien débiles puestos que les guardan tantas consideraciones.

«A las potencias estrangeras es á las que debéis dirigir principalmente vuestras prescripciones y vuestras amenazas. Ya es tiempo de que mostreis á la Europa lo que sois, y de que la pidáis cuenta de los ultrajes que de ella habeis recibido. Yo sostengo que es preciso forzar á las potencias á que nos respondan. De dos cosas ha de resultar precisamente una, ó bien que acaten nuestra Constitucion, ó bien que se declaren contra ella. En el primer caso las que favorecen actualmente á los emigrados se verán forzadas á espulsarlos de su territorio; en el segundo, ya no teneis que titubear, y os hallareis en el caso de ser vosotros los que ataqueis á las potencias que osen amenazaros. En el último siglo, cuando España y Portugal dieron asilo á Jacobo II, la Inglaterra atacó á las dos potencias. No temais nada, la imágen de la libertad á la manera de la cabeza de Medusa asustará á nuestros enemigos; estos temen verse abandonados de sus soldados, y he aquí por que prefieren el partido de la espectacion al de una intervencion armada. La Constitucion inglesa y una libertad aristocrática serán las bases de las reformas que ellos os propongan, pero seriais indignos de toda especie de libertad, si aceptaseis la vuestra de manos de vuestros enemigos. El pueblo inglés ama vuestra revolucion. El emperador teme la fuerza de vuestras armas. En cuanto á la emperatriz de Rusia cuya aversion á la Constitucion francesa es bien conocida, teniendo Catalina alguna semejanza con Isabel, no debe esperar otro éxito mejor que el que tuvo aquella contra la Holanda. Apenas se subyuga á unos esclavos á mil quinientas leguas; á los hombres libres, no se les somete á

cierta distancia. Me desdeño de hablar de los demas principes, porque no son dignos de ser contados con seriedad en el número de vuestros enemigos. Creo, pues que la Francia, debe elevar sus esperanzas y su actitud. No cabe duda en que habeis declarado á la Europa, que no tratreis de emprender conquistas, pero teneis derecho para decirlo: ¡Escoge entre un puñado de rebeldes y una nacion!»

XIV.

Este discurso, aunque contradictorio en varias de sus partes, denotaba en Brissot la intencion de aceptar tres papeles en uno solo y de captarse á la vez los tres partidos en que se dividia la Asamblea. En sus principios filosóficos afectaba el lenguaje de la moderacion y repetia los axiomas de Mirabeau contra las leyes relativas á la espatriacion. En su ataque á los principes dejaba al rey al descubierto y le esponia á las sospechas del pueblo. Finalmente, en su denunciacion de la diplomacia seguida por los ministros, impulsaba á una guerra violenta y mostraba con esto la energia de un patriota unida á la prevision de un hombre de Estado; porque no se le ocultaban los recelos que en caso de guerra concebiria la nacion contra la corte, y sabia que el primer acto de la guerra seria declarar al rey traidor á la patria.

Este discurso colocó á Brissot á la cabeza de los conspiradores de la Asamblea. Llevaba este hombre á la Gironda, jóven é inesperta todavía, su reputacion como escritor, como publicista, y como hombre ejercitado ya desde mucho tiempo antes en el manejo de las facciones. La audacia de aquella nueva politica halagaba su impaciencia y la austeridad del lenguaje le hacia creer en la profundidad de los designios del nuevo partido.

Condorcet, amigo de Brissot, y devorado como él por una ambicion nada esculpida, subió despues de él á la tribuna y no hizo sino comentar el discurso de su amigo. Concluyó como Brissot, que debía intimarse á las potencias que se pronunciasen en pro ó en contra de la Constitucion, y pidió ademas que se renovase todo el cuerpo diplomático.

A nadie podia ocultársele que los dos oradores estaban de acuerdo. Conociase tambien que un partido ya organizado se posesionaba de la tribuna y trataba de dominar en la Asamblea. Brissot era el conspirador de este partido, Condorcet su filósofo y Vergniaud su orador. Este último subió á la tribuna, rodeado del prestigio de su maravillosa elocuencia, de la que ya se tenia conocimiento mucho antes de haberle oido. Las miradas de la Asamblea, las disposiciones favorables de las tribunas y el silencio que habia en todos los bancos anunciaban suficientemente que aquel era uno de esos grandes actores del drama de las revoluciones, que no se presentan en la escena sino para embriagarse de popularidad, para ser aplaudidos y luego morir.

XV.

Vergniaud, abogado de Burdeos y nacido en Limoges, tenia entonces treinta y tres años. El movimiento revolucionario le habia arrasado desde muy jóven, y en sus facciones magestuosas y tranquilas se distinguia el sentimiento de su poder. La facilidad, esta gracia esclusiva del genio, hacia que todo fuese flexible en él, talento, caracter y actitud. Cierta dejadez que en él se advertia anunciaba que se olvidaba fácilmente de sí mismo, seguro de volverse á encontrar con toda su fuerza en el momento en que tuviese necesidad de recogerse. Su fren-

te era despejada, su mirada firme, su palabra grave, y en su boca se advertía cierta tristeza; los pensamientos severos de la antigüedad se descubrían en su rostro unidos á la sonrisa é indolencia de la juventud. Se familiariza uno fácilmente con él cuando estaba al pie de la tribuna, pero en cuanto subía á ella se le miraba con admiración y respeto. Su primera mirada, la primer palabra que pronunciaba establecía una distancia inmensa entre el hombre y el orador. Era un instrumento de entusiasmo cuyo verdadero valor no se conocía sino cuando estaba inspirado. Esta inspiración, comunicada á los demás por el conducto de una voz grave y por el medio de una facundia inagotable, se había nutrido con los recuerdos mas puros de la antigua tribuna. Sus frases tenían las imágenes y la armonía de los mas hermosos versos. Si no hubiese sido el orador de la democracia, hubiese sido su filósofo y su poeta. Su genio enteramente popular le prohibía, sin embargo, descender al lenguaje del pueblo, aun cuando le adulaba, porque no había en él sino pasiones tan nobles y sublimes como las palabras con que las espresaba. Adoraba la revolución como á una filosofía sublime que debía ennoblecer á la nación entera, sin hacer otras víctimas que las preocupaciones y las tiranías. Este hombre tenía doctrinas, pero no conocía los odios ni la sed de gloria y de ambición. Parecía que el poder era una carga demasiado efectiva y demasiado vulgar para pretenderlo. Desdeñábase por su carácter, y no aspiraba á él por sus ideas. La gloria y la posteridad eran los dos únicos términos de su pensamiento. No subía á la tribuna sino para verlas desde mayor altura; mas tarde no vió sino á ellas desde lo alto del cadalso y se lanzó en el porvenir joven, bello, inmortal en la memoria de la Francia, con todo su entusiasmo y con algunas manchas lavadas despues con su generosa sangre. Tal era el hombre que la naturaleza había dado por jefe á los girondinos. El no se dignó serlo aunque tuvie-

se el alma y las miras de un hombre de Estado; demasiado indolente para ser jefe de un partido, y demasiado grande para ser la segunda persona de él, se contentó con ser sencillamente Vergniaud. Mas glorioso que útil para sus amigos, no quiso conducirlos, pero los inmortalizó.

Pintaremos mas detalladamente esta gran figura en el momento en que su talento lo coloque á mejores luces. ¡Hay circunstancias, dice, en las que los derechos naturales del hombre pueden permitir á una nación, que tome medidas contra sus emigrados? Vergniaud se pronuncia contra aquellos pretendidos derechos naturales, y reconoce como superior á todos los del individuo el de la sociedad, que todos los resume en sí y los domina del mismo modo que el todo domina la parte. Limita la libertad política al derecho que tiene el ciudadano de hacerlo todo, con tal que no perjudique á la patria, pero no da mas estension á aquella libertad. Sin duda que el hombre puede usar materialmente de este derecho de renunciar á la patria donde ha nacido, y á la cual se debe como el miembro se debe al cuerpo, pero esta abdicación es una traición que rompe todo pacto entre la nación y él. La nación no debe ya protección ni á su propiedad, ni á su persona. Despues de haber destruido según estos principios la pueril distinción entre el emigrado funcionario y los simples emigrados, demuestra que toda sociedad decae si se niega á sí misma el derecho de contener á los que se la desertan en los días del peligro. Dándole el universo por patria, ella le quita la que le ha visto nacer. ¿Pero qué sucederá si el emigrado cesando de ser un fugitivo se convierte en enemigo, y si unido á otros que piensen como él se halla la nación rodeada de conspiradores? ¿Cómo! ¿Será permitido el ataque á los emigrados, y se prohibirá la defensa á los buenos ciudadanos?

«Se halla la Francia en este caso, tiene algo que temer, prosigue, de esos hombres que van á emplear el odio de las cortes estrangeras contra nosotros? No ciertamente; pronto se verá á esos soberbios mendigos que van á recibir los rublos de Catalina y los millones de la Holanda, espíar en una vergonzosa miseria los crímenes de su orgullo. Por otra parte, los reyes estrangeros vacilan en provocarnos; saben que no hay Pirineos para el espíritu filosófico que nos ha inspirado la libertad; se estremecen de que sus soldados pongan el pie en una tierra abrasada con este fuego sagrado; tiemblan que un día de batalla se reconozcan los hombres libres de todos los climas y hagan de dos ejércitos prontos á combatir, un pueblo de hermanos reunidos contra sus tiranos. Mas si al fin es preciso medir las fuerzas, acordémonos que un millar de griegos combatiendo por la libertad, triunfaron de un millon de persas!

«Nos dicen: los emigrados no abrigan ninguna mala intencion contra su patria: esto no es mas que un viage. ¿Dónde están las pruebas legales de los hechos que los acriminan? Cuándo las produzeais será justo que castiguis á los culpados... Oh, vosotros que usais ese lenguaje, ¿por qué no estabais en el senado romano cuando Ciceron denunció á Catilina para pedirle tambien la prueba legal de su acusacion? Me imagino que el célebre orador hubiese quedado confuso al oiros, y mientras hubiese buscado las pruebas Roma hubiese sido saqueada y Catilina y vosotros hubiéseis reinado sobre ruinas. ¡Pruebas legales, decís! ¿Habeis reflexionado en la sangre que os costaria el obtenerlas? No, no. Anticipémonos á nuestros enemigos; desembaracemos la nacion de ese continuo zumbido de insectos ávidos de su

sangre que la inquietan y la fatigan. ¿Pero cuales son las medidas que debemos tomar? En primer lugar apoderarnos de los bienes de los ausentes. Esta medida, direis que es muy pequeña, y ¿qué importa su pequenez ó su grandeza cuando de lo que aqui se trata es de adoptar una medida de rigurosa justicia? En cuanto á los oficiales desertores, su suerte está oserita en el código penal: ¡la infamia y la muerte! Los príncipes franceses son todavia mas culpables. La intimidacion que se os propone dirigirlos para que vuelvan á entrar en su patria, no es suficiente ni á vuestro honor, ni á vuestra seguridad. Sus atentados son cosa bien probada, y es preciso que ellos tiemblen ante vosotros, ó que vosotros tembleis delante de ellos. ¡Escoged! Se habla del dolor profundo que causará en el corazon del rey cualquier medida que se tome contra ellos. ¡Bruto sacrificio unos hijos criminales á su patria! El corazon de Luis XVI no sufrirá una prueba tan dura. Si esos príncipes, malos hermanos y peores ciudadanos se niegan á escuchar sus consejos, que no se acuerde de que son hermanos suyos, y que se dirija al corazon de los franceses que le indemnizarán completamente de semejante pérdida. (Aplausos).

Pastoret, que habló despues, citó aquellas célebres palabras de Montesquieu: *llega un tiempo en que es preciso echar un velo sobre la libertad, como el que se echa sobre las estátuas de los dioses*. Vigilar siempre y no temer jamás debe ser la conducta de un pueblo libre. Pastoret propuso medidas de represion, pero moderadas y progresivas, contra los ausentes.

Isnard declaró que las medidas propuestas hasta entonces satisfacian á la prudencia, pero no á la justicia y

«¿Se halla la Francia en este caso, tiene algo que temer, prosigue, de esos hombres que van á emplear el odio de las cortes extranjeras contra nosotros? No ciertamente; pronto se verá á esos soberbios mendigos que van á recibir los rublos de Catalina y los millones de la Holanda, espíar en una vergonzosa miseria los crímenes de su orgullo. Por otra parte, los reyes extranjeros vacilan en provocarnos; saben que no hay Pirineos para el espíritu filosófico que nos ha inspirado la libertad; se estremecen de que sus soldados pongan el pie en una tierra abrasada con este fuego sagrado; tiemblan que un día de batalla se reconozcan los hombres libres de todos los climas y hagan de dos ejércitos prontos á combatir, un pueblo de hermanos reunidos contra sus tiranos. Mas si al fin es preciso medir las fuerzas, acordémonos que un millar de griegos combatiendo por la libertad, triunfaron de un millon de persas!

«Nos dicen: los emigrados no abrigan ninguna mala intencion contra su patria: esto no es mas que un viage. ¿Dónde están las pruebas legales de los hechos que los acriminan? Cuándo las produzeais será justo que castiguis á los culpados... Oh, vosotros que usais ese lenguaje, ¿por qué no estabais en el senado romano cuando Ciceron denunció á Catilina para pedirle tambien la prueba legal de su acusacion? Me imagino que el célebre orador hubiese quedado confuso al oiros, y mientras hubiese buscado las pruebas Roma hubiese sido saqueada y Catilina y vosotros hubiéseis reinado sobre ruinas. ¡Pruebas legales, decís! ¿Habeis reflexionado en la sangre que os costaria el obtenerlas? No, no. Anticipémonos á nuestros enemigos; desembaracemos la nacion de ese continuo zumbido de insectos ávidos de su

sangre que la inquietan y la fatigan. ¿Pero cuales son las medidas que debemos tomar? En primer lugar apoderarnos de los bienes de los ausentes. Esta medida, direis que es muy pequeña, y ¿qué importa su pequenez ó su grandeza cuando de lo que aqui se trata es de adoptar una medida de rigurosa justicia? En cuanto á los oficiales desertores, su suerte está oserita en el código penal: ¡la infamia y la muerte! Los príncipes franceses son todavia mas culpables. La intimidacion que se os propone dirigirlos para que vuelvan á entrar en su patria, no es suficiente ni á vuestro honor, ni á vuestra seguridad. Sus atentados son cosa bien probada, y es preciso que ellos tiemblen ante vosotros, ó que vosotros tembleis delante de ellos. ¡Escoged! Se habla del dolor profundo que causará en el corazon del rey cualquier medida que se tome contra ellos. ¡Bruto sacrificio unos hijos criminales á su patria! El corazon de Luis XVI no sufrirá una prueba tan dura. Si esos príncipes, malos hermanos y peores ciudadanos se niegan á escuchar sus consejos, que no se acuerde de que son hermanos suyos, y que se dirija al corazon de los franceses que le indemnizarán completamente de semejante pérdida. (Aplausos).

Pastoret, que habló despues, citó aquellas célebres palabras de Montesquieu: *llega un tiempo en que es preciso echar un velo sobre la libertad, como el que se echa sobre las estátuas de los dioses.* Vigilar siempre y no temer jamás debe ser la conducta de un pueblo libre. Pastoret propuso medidas de represion, pero moderadas y progresivas, contra los ausentes.

Isnard declaró que las medidas propuestas hasta entonces satisfacian á la prudencia, pero no á la justicia y

á la venganza que una nacion ultrajada se debía á sí misma, «Si me dejáseis decir la verdad, añadió, os diria que si nosotros no castigamos á todos esos gefes de los rebeldes, no es porque no sintamos en el fondo de nuestro corazon que son verdaderamente culpados; sino porque son principes, y por mas que hayamos destruido la nobleza y las distinciones que da el nacimiento, esos vanos fantasmas, llenan aun de espanto nuestras almas. ¡Ah! ya es tiempo de que ese gran nivel de igualdad que ha pasado sobre la Francia, tome finalmente su aplomo. Hasta entonces no se creará en la igualdad. Temed conducir al pueblo con este espectáculo de impunidad á cometer los mas graves excesos. La ira del pueblo no es muchas veces sino un apéndice al silencio de las leyes. Es preciso que la ley penetre en el palacio de los grandes como en la choza del pobre, y que tan inexorable como la muerte, no distinga rangos ni condiciones al caer sobre las cabezas de los culpables. Se trata de adormeceros, pero yo os digo que la nacion debe vigilar sin cesar. El despotismo y la aristocracia no duermen, y si las naciones dormitan un solo instante, cuando se despiertan se hallan cargadas de cadenas. Si el fuego del cielo estuviere en poder de los mortales, deberian emplearlo en reducir á cenizas á los que atentan contra la libertad de los pueblos. Asi es, que jamás perdonaron estos á los que conspiraron contra ella. Cuando los galos escalaban el Capitolio, Manlio se despertó, voló á la brecha, y salvó la republica: acusado despues Manlio de haber conspirado contra la libertad publica, tuvo que comparecer ante los tribunales. Presento allí los brazaletes, los venablos, doce coronas cívicas, treinta despojos de enemigos vencidos, y su pecho acibillado de heridas; al mismo tiempo recordó que habia salvado á Roma: la respuesta que obtuvo á todo esto fué el ser precipitado por la misma roca, por donde él habia precipitado á los galos. ¡Ved ahí, señores, lo que es un pueblo verdaderamente libre!

Nosotros despues del dia de la conquista de nuestra libertad, no hemos cesado de perdonar á nuestros patricios sus complots contra nosotros. Tampoco hemos dejado de recompensar sus ruindades enviándoles carros cargados de oro. En cuanto á mí, si hubiese votado semejantes dones me moriria de remordimiento. El pueblo nos mira y nos juzga; de este primer decreto depende la suerte de nuestros trabajos. Si somos débiles, perderemos la confianza pública, si somos enérgicos, nuestros enemigos quedarán desconcertados. No mancheis la santidad del juramento consintiendo que lo pronuncien unas bocas sedientas de nuestra sangre. ¡Nuestros enemigos jurarán con una mano, y con la otra afilarán sus espadas para clavarlas en nuestros corazones!»

Todos estos discursos violentos, producian en la Asamblea y en las tribunas esa exaltacion de la pasion pública que se manifiesta esteriormente por un prolongado palmoteo. Presentábase ya que la única política seria en adelante la ira de la nacion, que la época de la filosofía habia pasado ya para la tribuna, y que la Asamblea no tardaria en dejar á un lado los principios para echar mano á las armas. Los girondinos, que no hubiesen querido lanzar á Isnard tan lejos, conocieron que era preciso seguirle hasta donde le siguiese la popularidad. En vano trató Condorcet de defender su proyecto de decreto dilatorio. La Asamblea de acuerdo con el informe de Ducastel, adoptó el decreto de la comision de legislacion. Sus principales disposiciones se reducian á pedir que los franceses que estaban reunidos al otro lado de las fronteras, fuesen declarados desde aquel momento como sospechosos de conjuracion contra la Francia, y como conspiradores sino volvian á entrar en su patria antes del 1.º de enero de 1792, y consiguientemente castigados con la última pena; que á los principes franceses hermanos del rey, se les impusiese la misma pena como simples emigrados sino obedecian la intimacion que se les hacia, y

que sus bienes fuesen confiscados desde el momento; finalmente, que á los oficiales de mar y tierra que abandonasen sus puestos sin permiso, ó sin previa dimision aceptada, se les asimilase á los desertores y fuesen castigados con pena de muerte.

XVIII.

Estos dos decretos, alligieron el ánimo del rey y consternaron á todos los miembros de su consejo. La Constitución le daba derechos para suspenderlos, usando del *veto real*; pero suspender los efectos de la ira del pueblo contra los enemigos armados de la revolucion era llamarla sobre si. Los girondinos fomentaban artificiosamente aquellos elementos de discordia entre la Asamblea y el rey. Estos hombres esperaron impacientes que la negativa del rey á sancionar aquellos decretos llevase la irritacion del pueblo al último extremo, y forzase al rey á huir de nuevo ó á entregarse en sus manos.

El espíritu mas monárquico de la Asamblea constituyente reinaba todavía en el directorio del departamento de Paris. Desmeuniers, Baumetz, Talleyrand-Périgord y Larochehoucauld, eran sus principales miembros. Estos, redactaron una peticion dirigida al rey, suplicándole que rehusase su sancion al decreto contra los sacerdotes no juramentados. Esta peticion en que se trataba con altivez á la Asamblea legislativa, abundaba en verdaderos principios de gobierno en materia religiosa. Toda ella se reasumia en este axioma, que es ó debe ser el código de las conciencias: puesto que ninguna religion es una ley, que tampoco ninguna religion sea un crimen.

XIX.

Un jóven escritor cuyo nombre ya célebre, debía conquistarle mas tarde la palma del martirio político. Andres Chenier, considerando la cuestion desde las alturas de la filosofia, publicó sobre el mismo asunto una carta digna de pasar á la posteridad. Es peculiar al genio no dejarse alucinar por las preocupaciones del momento. Ve aquel desde una altura demasiado elevada para que los errores del vulgo le oculten el brillo permanente de la verdad. Hay desde un principio en sus juicios la imparcialidad del porvenir.

«Todos los que han conservado, dice Chenier, la libertad de su razon, y todos aquellos en quienes el patriotismo no es un violento deseo de dominar, ven con mucho disgusto que las disensiones de los sacerdotes hayan podido ocupar los primeros momentos de la Asamblea nacional. Seria ya tiempo de que el espíritu público se ilustrase sobre esta materia. La misma Asamblea constituyente se ha equivocado sobre este particular. Ella trató de hacer una Constitucion civil de la religion, es decir, que tuvo la idea de formar un clero despues de haber destruido otro. ¿Qué importa que una religion difiera de otra? ¿Le toca á la Asamblea nacional reunir las sectas que estan divididas y juzgar sus diferencias? ¿Los políticos, son acaso teólogos?... Nosotros no nos veremos libres de la influencia de esos hombres sino cuando la Asamblea nacional haya mantenido á todos y á cada uno la libertad completa de seguir, ó de inventar la religion que le acomode. Cuando cada uno pague el culto que quiera seguir y no pague otros, y cuando la imparcialidad de los tribunales en semejante materia, castigue con entera igualdad á los perseguidores ó á los sediciosos de todos los cultos ... Los miembros de la Asamblea nacio-

nal dicen, que el pueblo francés no está aun suficientemente maduro para recibir esta doctrina. Es preciso responderles: puede que eso sea así; pero á vosotros toca el madurarnos con vuestras palabras, con vuestros actos, y con vuestras leyes. Los sacerdotes no perturban los Estados cuando nadie piensa en ellos. Acordémonos que diez y ocho siglos han visto á todas las sectas cristianas desgarradas y ensangrentadas por las ineptias teológicas y por las enemistades sacerdotales, concluir siempre por apoderarse del poder.»

Esta carta pasó desapercibida por los partidos que se disputaban la conciencia del pueblo; pero la petición del directorio de París, en que se pedía el *veto* real contra los decretos de la Asamblea, promovió otras peticiones violentas en sentido contrario. Vióse entonces comparecer por primera vez en la barra de la Asamblea á Legendre, carnicero de París. Este vociferó allí en lenguaje oratorio las imprecaciones del pueblo contra sus enemigos y contra los traidores coronados. Legendre cubría con pomposas palabras la trivialidad de su discurso. De esta mezcla de sentimientos vulgares con las ambiciosas espresiones de la tribuna, nació aquel idioma caprichoso en el que los harapos del pensamiento unidos al oropel de las palabras hacían que la elocuencia popular de la época se asemejase al hijo indigente de un advenedizo. El populacho estaba enorgullecido de robar su lenguaje á la aristocracia hasta para combatirla, pero al robárselo lo ensuciaba. «Representantes, decía Legendre, mandad que el águila de la victoria y la de la fama estiendan sus alas sobre vuestras cabezas y sobre las nuestras; decid á los ministros: nosotros amamos al pueblo; ¡empiece ya vuestro suplicio! ¡Los tiranos van á morir!»

Camilo Desmoulins, que, como ya hemos dicho, era el Aristófanes de la revolución, se servía de la sonora voz del abate Fauchet para hacerse oír. Camilo Desmoulins era el Voltaire de las calles; el que escitaba las pasiones populares valiéndose del sarcasmo. «Representantes, decía, los aplausos del pueblo son su lista civil; la inviolabilidad del rey es una cosa eminentemente justa, porque el rey debe por naturaleza estar siempre en oposición con la voluntad general, y con nuestros intereses. No se cae voluntariamente de un puesto tan elevado. Tomemos ejemplo en Dios, cuyos mandamientos no son jamás imposibles; no exijamos del antes titulado soberano, un amor imposible hácia la soberanía nacional, y balleemos muy sencillo, que imponga el *veto* á los mejores decretos que hagamos. Pero que los magistrados del pueblo, que el directorio de París, que los hombres que hace cuatro meses hicieron fusilar en el Campo de Marte á los ciudadanos signatarios de una petición individual contra un decreto que todavía no se había dado, inunden el imperio con otra que indudablemente no es sino la primera hoja del gran registro de la contrarrevolución, y una suscripción á la guerra civil enviada por esos hombres para que la firmen todos los fanáticos, todos los esclavos y todos los ladrones de los ochenta y cuatro departamentos, á cuya cabeza están los nombres ejemplares de los miembros del directorio de París; ¡padres de la patria!... hay en ese escrito tal complicación de ingratitud, de bellaquería, de prevaricación y perversidad, de filosofía hipócrita y de pérdida moderación, que nos reunimos desde luego á vosotros para sostener los decretos. ¡Continuad, fieles mandatarios como habeis empezado! Y si hay obstinación en no que-

rer salvar la patria, no somos solos, seremos suficientes á salvarla. Porque en fin, el *veto* tiene su término como todas las cosas, y ya hemos visto que no ha sido suficiente para impedir la toma de la Bastilla.

«Nosotros tenemos la medida exacta del civismo de nuestro directorio desde que le hemos visto volver á abrir por medio de una proclama incendiaria, no las cátedras evangélicas á los sacerdotes, sino unas tribunas de sedición á unos conjurados con sotana. Su petición es un escrito que tiende á envilecer los poderes constituidos, y una escitación á la guerra civil y al trastorno de la Constitución. Ciertamente que no somos nosotros los admiradores del gobierno representativo, sobre el cual pensamos lo mismo que Juan Jacobo Rousseau; pero si no estamos por ciertos artículos, estamos aun mucho menos por la guerra civil. ¡Cuántos motivos tenemos de acusación! La prevaricación de esos hombres es evidente. ¡Heridles! Pero si la cabeza dormita, ¿cómo obrará el brazo? ¡No levanteis ese brazo, no levanteis ya la maza nacional para aplastar esos insectos! ¡Un Varnier, un de Latre! ¡Caton y Ciceron formaron causa á Catego ó á Catilina? A los gefes es á quien se debe perseguir. ¡Heridles en la cabeza!»

Esta verbosidad irónica y audaz aplaudida menos por el palmoteo que por las risas que escitaba, encantó á las tribunas. Decretóse que se enviara el proceso verbal de la sesion á todos los departamentos. Esto equivalía á elevar legislativamente el libelo á la dignidad de acto público, y á distribuir la injuria completamente confeccionada á los ciudadanos, para que ellos no tuviesen que hacer otra cosa que arrojarla á los poderes públicos.

El rey tembló ante el libelista, y conoció por aquel primer ensayo de escarnio á sus prerogativas, que la Constitución se quebraría en su mano cada vez que se atreviese á servirse de ella.

Al día siguiente el partido constitucional mas en número que en la sesion anterior, suspendió la remesa á los departamentos del discurso de Fauchet. Brissot manifestó su indignacion por esto en el *Patriota Francés*. Allí era y en los Jacobinos donde mejor que en la tribuna, se daba el santo á todo el partido y se hablaba sin rebozo del pensamiento republicano. Brissot no tenia las proporciones de un orador; su espíritu obstinado, sectario y dogmático era mas á propósito para conspirar que para obrar, y aunque el fuego de su alma era grande, estaba muy reconcentrado y no arrojaba los resplandores ni las llamas que encienden el entusiasmo, y que producen una explosion de ideas. Puede decirse que era la lámpara de la Gironda, pero no su antorcha.

XXI.

Los jacobinos muy reducidos en número porque muchos de sus principales miembros habian sido elegidos diputados en la Asamblea legislativa, fluctuaron algun tiempo como un ejército licenciado despues de la victoria. El club de los Fuldenses, compuesto de los restos del partido constitucional en la Asamblea constituyente, se esforzaba por volver á apoderarse de la direccion del espíritu público. Asustábales el pueblo, y estaban convencidos de que una Asamblea única sin nada que contrabalancease su poder, absorberia inevitablemente lo poco que quedaba ya del trono, por consiguiente, este partido queria dos Cámaras y una Constitución que equilibrase los dos poderes legislativo y ejecutivo. Barnave que se afiliaba en este partido acompañado de su arrepentimiento se habia quedado en Paris y tenia varias conferencias secretas con Luis XVI. Sus consejos, lo mismo que los de Mirabeau en sus últimos dias, no podian ser otra cosa sino

vanos remordimientos. La revolución se había adelantado á aquellos hombres y ni siquiera les veía. Sin embargo, aun conservaban un resto de influencia sobre los cuerpos constituidos de París, y sobre las resoluciones del rey. Este príncipe no podía figurarse que unos hombres tan poderosos ayer contra él se hallasen ya sin fuerza suficiente para serle útiles. En ellos consistía su última esperanza contra los nuevos enemigos que veía surgir en los girondinos.

La guardia nacional, el directorio del departamento de París, y hasta su mismo corregidor Bailly con todos los hombres interesados en mantener el orden los sostenían todavía. Este partido era el de todos los arrepentimientos y el de todos los terrores. Mr. de La Fayette, madama de Staël y Mr. de Narbona estaban en secreta inteligencia con los Faldenses. Una parte de la prensa era suya. Estos periódicos popularizaban á Mr. de Narbona para quien querían el ministerio de la Guerra. Los periódicos girondinos amotinaban ya al pueblo contra este partido. Brissot sembraba contra ellos las sospechas y las calumnias, y los designaba al odio del populacho. «Contadles, decía, y examinad sus nombres que son los que les denuncian. Estos hombres no son otra cosa que los restos de la aristocracia destronada, que quieren resucitar una nobleza constitucional y establecer otra cámara legislativa que sea un senado de nobles, implorando para conseguir su intento la intervencion armada de las potencias extranjeras. Están vendidos al palacio de las Tullerías, y tambien se venden un gran número de miembros de la Asamblea. Entre esos hombres no hay ninguno de genio ni de resolución. Sus talentos los constituye la traicion, y todo su genio consiste en la intriga.»

Así era como los girondinos y los jacobinos, confundidos entonces, preparaban los molinos que al poco tiempo habían de dispersar aquel club.

Mientras que los girondinos obraban así, los realistas puros no dejaban de escitar al desorden en sus hojas volantes para hallar, según decían, el remedio en el mismo mal. Así se les veía exaltar á los jacobinos contra los faldenses y prodigar á manos llenas el ridículo y la injuria á los hombres del partido constitucional que trataban de salvar un resto de monarquía. Lo que ellos detestaban mas, era el buen éxito de la revolución. Su doctrina de poder absoluto, recibía un *menis* menos humillante para ellos del trastorno absoluto del imperio y del trono que de una monarquía constitucional que preservase á la vez al rey y á la libertad. Desde que la aristocracia estaba desposeída del poder, su única ambicion y su táctica predilecta era verle caer en manos de los mayores malvados, é impotente para levantarse por su propia fuerza, encargaba al desorden el cuidado de levantarla. Desde el primero hasta el último día de la revolución, este partido no tuvo otro instinto, así es que se perdió él mismo, perdiendo á la monarquía. Impulsó el odio de la revolución hasta hacerle llegar á la perversidad, y si no tomó parte directa en los crímenes que aquella cometió, al menos fué cómplice de ellos por el deseo. No hubo un escoso del pueblo que no fuese una esperanza para sus enemigos, y esta política de la desesperacion era tan ciega y tan criminal como ella.

XXII.

Vióse por esta época un ejemplar de lo que acaba de decirse. La Fayette entregó el mando de la guardia nacional al consejo general del comun.

En esta sesion obtuvo aun la última muestra del favor público, y despues que el general salió de la sala de sesiones, se trató sobre el testimonio de reconocimiento que

debía darle la ciudad de Paris. El general dirigió una alocucion, despidiéndose del ejército civico, en la que aparentaba creer que la Constitucion que acababa de promulgarse, cerraba la era de la revolucion, y le volvía, como á Washington, el papel de simple ciudadano de un pais libre y pacificado. «Los días de la revolucion, decia en aquel escrito, abren el paso á los de una organizacion regular, á causa de la libertad y de la prosperidad que aquella garantiza. Yo debo ahora devolver á mi patria todo cuanto me ha entregado de fuerza y de influencia para defenderla durante las convulsiones que la han agitado: esta es mi única ambicion. Guardaos, sin embargo de creer, añadía al concluir, que se hayan destruido los despotismos de todas clases.» Entonces señalaba algunos de los excesos y de los peligros en que podia caer la libertad al dar los primeros pasos.

Esta alocucion fué acogida con un resto de entusiasmo mas fingido que sincero, por la guardia nacional. Esta quiso ejecutar el último acto de fuerza contra las facciones, haciendo ostentacion de adherirse á los pensamientos de su general. Se le votó una espada hecha con el hierro de los cerrojos de la Bastilla, y una estatua en mármol de Washington. La Fayette se apresuró á gozar de aquel triunfo prematuro. Este hombre deponia la dictadura en el momento en que precisamente era mas necesaria á su pais. Vuelto á sus tierras de Auvernia, recibió allí la diputacion de la guardia nacional que le llevó el proceso verbal de la deliberacion. «Vosotros, les dijo, me habeis vuelto á los sitios que me han visto nacer, y de los que no volveré á salir sino para defender ó consolidar nuestra libertad naciente, si hubiese alguno que osase atacarla.»

Los juicios de los diferentes partidos siguieron al general en su retiro. «Ahora, decia el periódico de la revolucion, que el héroe de los dos mundos ha terminado su papel en Paris, será conveniente averiguar, si el ge-

neral ha hecho mas mal que bien á la revolucion. Para resolver esta cuestion, busquemos al hombre en sus actos: se verá desde luego al fundador de la libertad americana, no atreverse en Europa á acceder al voto del pueblo, sino despues de haber pedido permiso al rey para hacerlo: se le verá palidecer el 5 de octubre al ver al ejército parisiense dirigiéndose á Versalles, y se le verá tambien contemporizando con el pueblo y con el rey: le veremos en esta ocasion diciendo al ejército: Yo os entrego al rey; y al rey, yo os entrego mi ejército: veráse tambien volver á entrar en Paris trayendo tras si y maniatados á unos valientes ciudadanos, cuyo gran crimen consistía en haber querido hacer con el torreón de Vincennes lo que se habia hecho con la Bastilla. Se le verá igualmente al día siguiente de la escena de los puñales dar cordialmente la mano á aquellos mismos á quienes habia denunciado el día anterior á la indignacion pública. Vésele hoy finalmente abandonar el campo en virtud de un decreto solicitado por él mismo bajo mano, y eclipsarse por un momento en la Auvernia, para volver á aparecer sobre nuestras fronteras. Sin embargo, tambien nos ha hecho servicios que es preciso reconocer. Nosotros le debemos el haber conducido á nuestros guardias nacionales á las ceremonias cívicas y religiosas, á los ejercicios matinales de los Campos Eliseos, á los juramentos patrióticos, y á las comidas dadas por las corporaciones. ¡Despidámonos de él! ¡La Fayette! Nosotros necesitábamos para consumir la revolucion mas grande que haya intentado jamás un pueblo, un gefe cuyo caracter estuviere al nivel del mismo suceso, y nosotros te aceptamos; los músculos flexibles de tu fisonomia, tus estadados discursos, tus axiomas meditados por largo tiempo, todos estos productos del arte, desaprobados por la naturaleza, parecieron sospechosos á los patriotas que veian claras las cosas. Los mas decididos de estos siguieron tus pasos, te arrancaron la máscara y esclama-

ron: ¡Ciudadanos, este héroe no es mas que un cortesano, este sabio no es sino un charlatan! En efecto, merced á tus cuidados, la revolucion no puede hacer ya daño al despotismo: tú has limado los dientes del leon. El pueblo no es ya temible, por causa de los que son sus conductores, que han vuelto á apoderarse del látigo y de la espuela, en tanto que tú te marchas. ¡Lleven coronas cívicas sobre el camino que vas á pasar, mientras nosotros nos quedamos aquí, pero ¡en donde hallaremos un Brotó!»

XXIII.

Bailly, corregidor de París, se retiraba también á la sazón, abandonado por aquella opinion cuyo ídolo habia sido, y cuya víctima empezaba ya á ser. Pero este filósofo, apreciaba mas el bien hecho al pueblo, que el favor de éste. Mas ambicioso de servirle que de gobernarle, manifestaba ya contra las calumnias de sus enemigos la impasibilidad heroica que desplegó mas tarde contra la muerte.

La voz del filósofo se perdió entre el tumulto de las próximas elecciones municipales. Dos hombres se disputaban los sufragios para corregidor de París. A medida que la autoridad real disminuía, y que la de la Constitución se aniquilaba en medio de los disturbios que agitaban el reino, el corregidor de París podía convertirse en el verdadero dictador de la capital.

Aquellos dos hombres eran La Fayette y Petion. El primero, candidato del partido constitucional, y de los ciudadanos de la guardia nacional, y el segundo de los girondinos y de los jacobinos á la vez. El partido realista, pronunciándose en pró ó en contra de cualquiera de estos dos hombres, era el árbitro de la eleccion. El

rey no tenía ya la influencia del gobierno que habia dejado que se le escapase de las manos, pero tenía aun la influencia oculta de la corrupcion, sobre los intrigantes de los diferentes partidos. Una parte considerable de los veinte y cinco millones que se le habian señalado, la empleaban Mr. de Laporte, intendente de la lista civil, y Mrs. Bertrand de Molleville y de Montmorin, ministros suyos, en comprar votos en las elecciones, en hacer mociones en los clubs, y en pagar los aplausos ó los silbidos de las tribunas de la Asamblea. Estos subsidios secretos que habian empezado en tiempo de Mirabeau, se estendian ya hasta las gentes mas despreciables de las facciones. Con ellos se pagaba la prensa realista, y de ellos participaban también los oradores y periodistas que manifestaban aparentemente tener mas odio á la corte. Muchas de las falsas maniobras aconsejadas al pueblo por los que le adulaban no reconocian otro origen que este. Puede decirse que existia entonces en Francia un ministerio de corrupcion administrado por la perfidia.

Muchos hombres sacaron de allí grandes recursos pecuniarios, so pretexto de servir á la corte, de apaeiguar al pueblo ó de venderle; dominados despues por el temor de que fuese descubierta su traicion, la cubrian con otra mayor, volviendo contra el rey las mismas mociones que éste habia pagado. Danton fué uno de estos. Algunas veces mirando por la conservacion del orden, y sin otro objeto que el de evitar males, daba el rey ciertas sumas mensuales para que se distribuyesen útilmente, ya entre los individuos de la guardia nacional, ya entre los mas indigentes de los barrios de París, en que se temia que tuviese lugar alguna insurreccion. Mr. de La Fayette y Petion, recibieron mas de una vez socorros de esta naturaleza de parte del rey, para distribuirlos del modo que acabamos de decir. Este príncipe podia muy bien, valiéndose de semejante medio, dirigir la eleccion de corregidor de París, y uniéndose al partido constitucional

hacer que recayese el nombramiento en Mr. de La Fayette.

Este hombre era uno de los primeros autores de aquella revolucion que habia derribado el trono. Su nombre figuraba en todas las humillaciones de la corte, en todos los resentimientos de la reina y en todos los terrores del rey. Al principio habia sido aquel general, su terror, luego su protector y últimamente su carcelero. ¿Podía ser en adelante su esperanza? El destino de corregidor de París, ese poder colosal, civil y popular, despues de aquella dictadura armada que habia ejercido en la capital, ¿no podía ser para Mr. de La Fayette otro nuevo escalon que le elevase á una altura superior al trono, para que desde allí arrojase al rey y á la Constitucion á un oscuro rincon?

Aquel hombre de ideas tan liberales en teoria, tenia buenas intenciones; queria mas bien dominar que reinar; ¿pero podía uno fiarse en sus buenas intenciones cuando tantas veces parecia haber prescindido de ellas? ¿No abrigaba en su corazon aquellas mismas intenciones cuando habia usurpado el mando de esa milicia civil? ¿No habia derribado la Bastilla con los guardias franceses insurreccionados? ¿No era el mismo que habia marchado á Versalles á la cabeza del populacho de París? ¿El que habia forzado el palacio el 6 de octubre, y finalmente el que habia arrestado al rey y á su familia en Varennes, teniéndolos despues prisioneros en las Tullerías? ¿Resistiria este hombre al pueblo, caso que éste le exigiese aun mas? ¿Se detendría á la mitad del papel del Washington francés, cuando ya parecia haber pasado mas adelante? Sin embargo, el corazon del hombre es de tal suerte, que prefiere entregarse en manos de los que le pierden á buscar su salvacion en manos de aquellos que le han rebajado. La Fayette, rebajaba mucho al rey y todavia mas á la reina. Una independencía respetuosa era la espresion habitual del rostro de La Fayette en pre-

sencia de María Antonieta. Se leia en la actitud del general, se conocia en sus palabras y se traslucia en el acento con que las pronunciaba, la inflexibilidad del ciudadano, bajo las formas frias y elegantes del hombre de corte. La reina preferia al legitimo faccioso para el destino que se disputaba, y lo decia sin rebozo en sus conversaciones particulares. «Mr. de La Fayette, decia, no quiere ser corregidor de París sino para convertirse muy pronto en *corregidor de palacio*; Petion es jacobino republicano, pero es un tonto incapaz de ser jamás jefe de un partido, y este será un corregidor nulo. Por otra parte, es posible que el interés que sabe que tomamos en que sea nombrado, le obligue á declararse por el rey.»

Petion era hijo de un procurador de una de las baillías de Chartres. Compatriota de Brissot, habia recibido la misma instruccion que aquel, y ambos profesaban la misma filosofia y abrigaban los mismos odios, pudiendo decirse que no tenian entre los dos sino un solo espíritu. La revolucion, que habia sido el bello ideal de su juventud, les habia llamado en el mismo dia á la escena política, pero para desempeñar en ella papeles diferentes. Brissot, escritor, aventurero, político y periodista, era el hombre de las ideas; Petion era el hombre del trabajo material. Habia en su figura, en su carácter y en su talento aquella medianía solemne que conviene y encanta á la multitud, y al menos era hombre íntegro, virtud que aprecia el pueblo sobre todas las demas en los que manejan los negocios públicos.

Llamado por sus conciudadanos á la Asamblea nacional se habia creado un nombre, mas por sus esfuerzos que por los buenos resultados que habia obtenido. Rival afortunado de Robespierre, y amigo suyo en aquella época, habian formado los dos aquel partido, casi desaperecido en un principio, que profesaba la democracia pura y la filosofia de Rousseau, mientras que Cazales, Mirabeau

y Maury; es decir, la nobleza, el clero y la clase media se disputaban el gobierno.

El despotismo de una clase les parecía tan odioso á Petion y á Robespierre como el de un rey. El triunfo del estado llano les importaba poco mientras no triunfase el pueblo entero, es decir, la humanidad en la acepción mas lata de la palabra. La tarea que se habian impuesto consistia, no en el triunfo de una clase sobre otra, sino en la victoria y en la organizacion de un principio divino y absoluto: la humanidad. Esta doctrina, seguida únicamente por ellos, hizo que fuesen débiles en los primeros dias de la revolucion; mas tarde, fué la que los vigorizó. Petion empezaba ya á recoger el fruto de ella.

Habíase insinuado insensiblemente por sus doctrinas y por sus discursos en la confianza del pueblo de Paris; pertenecia á los literatos por el cultivo de su espíritu, y al partido de Orleans por su estrecha amistad con madama de Genlis, favorita del príncipe y aya de sus hijos. Se hablaba de él en algunas partes como de un sábio que queria introducir la filosofia en la misma Constitucion, y en otras, como de un conspirador astuto que queria minar el trono, ó hacer subir á él, con el duque de Orleans, los intereses y la dinastía del pueblo. Esta doble reputacion le era igualmente provechosa. Los hombres honrados le inscribian en sus candidaturas como á hombre honrado; los facciosos, como faccioso. La córte no se dignaba temerle, no viendo en él sino un inocente utopista, y le miraba con aquella indulgencia con que miran todas las córtes á los hombres de despreciativa fé política; además, Petion la libertaba de La Fayette, y para ella, el cambiar de enemigos equivalia á poder respirar por algun tiempo con mas libertad.

Estos tres elementos hicieron triunfar á Petion por una inmensa mayoría, y fué nombrado corregidor de Paris por mas de seis mil votos. La Fayette solo pudo obtener tres mil. Desde el fondo de su retiro momentáneo pudo

medir por la diferencia entre sus votos y los de Petion la decadencia de su fortuna. La Fayette representaba la ciudad y Petion representaba la nacion, los ciudadanos armados acababan de salir de los negocios con el primero; el pueblo tomaba parte en ellos acompañado del segundo. La revolucion marcaba con un nombre propio el nuevo paso que habia dado.

Apenas electo, fué Petion á triunfar á los Jacobinos; los patriotas lo cogieron y lo subieron en brazos á la tribuna. El anciano Dusault, que la ocupaba entonces, dijo algunas palabras en honor de Petion mezcladas de sollozos: «Yo miro á Petion, dijo, como si fuese hijo mio, ¡Sin duda que esta es mucha osadía!» Petion enternecido, se arrojó en los brazos del anciano. Las tribunas aplaudieron y todo el mundo se echó á llorar.

Los demas nombramientos fueron todos en el mismo sentido: Manuel fué nombrado procurador del comun, y Danton sustituto: este fué el primer escalon de su fortaleza popular; hay sin embargo, una gran diferencia entre el nombramiento de este último y el de Petion: éste se lo debió á la estimacion pública, Danton lo debió enteramente á la intriga. Fué nombrado á pesar de su mala reputacion, porque el pueblo disimula con frecuencia los vicios de que saca alguna utilidad.

El nombramiento de Petion para el corregimiento de Paris, daba á los girondinos un punto de apoyo fijo en la capital; Paris, se escapaba de las manos del rey, como se le habia escapado la Asamblea. La obra de la Asamblea constituyente habia venido á tierra en tres meses. Las ruedas de la máquina se rompian antes de funcionar y todo presagiaba un choque inmediato entre el poder ejecutivo y el de la Asamblea. ¿De dónde procedia esta descomposicion tan pronta? Tiempo es ya de que echemos una mirada sobre aquella obra de la Asamblea constituyente y sobre sus autores.



LIBRO SÉTIMO.

Ojeada rápida sobre la Asamblea constituyente.—Su composición.—Juicio sobre la declaración de los derechos del hombre.—Concurrencia de la Asamblea constituyente á una obra universal.—Exámen razonado de esta obra.—Situación en que ponía al trasto.—Impotencia de este en tiempos de crisis.—Necesidad de una república transitoria.—Consideraciones generales.

I.

La Asamblea constituyente habia abdicado en medio de una desecha borrasca.

Esta Asamblea habia sido la reunion mas imponente de hombres que se hubiese visto, no solo en Francia sino en todo el mundo. En efecto, este fué el concilio ecuménico de la razon y de la filosofía moderna. Parecía que la naturaleza habia creado espresamente y que las diferentes órdenes de la sociedad habian tenido de reserva para esta obra los genios, los caracteres y hasta los vicios mas á propósito para dar á este foco de las luces de la época, la grandeza, el brillo y el movimiento de un incendio destinado á consumir los restos de una sociedad antigua, así como los mas capaces de iluminar á otra nueva. Hallábase en ella sábios como Bailly y Mounier; pensadores como Sieyès; facciosos, como Barna-

vé; hombres de Estado como Talleyrand; hombres épocas como Mirabeau, y hombres de principios como Robespierre. Todas las causas estaban personificadas allí por lo mejor de cada partido. Las víctimas tambien eran ilustres, y Cazales, Malouet y Maury cantaban en tristes y elocuentes endechas las caídas sucesivas del trono, de la aristocracia y del clero. Este foco activo del pensamiento del siglo fué alimentado mientras duró, por el viento impetuoso de las tempestades políticas. Mientras se deliberaba en la Asamblea, el pueblo se agitaba por fuera y llamaba á sus puertas, como si quisiese arrojarla de aquel recinto y tomar posesion de aquellos bancos. Los veinte y seis meses que tuvo de duracion, no fueron otra cosa que una no interrumpida sedicion. Apenas se habia hundido una institucion en la tribuna, cuando la nacion la barria para dejar sitio á la nueva institucion. La ira del pueblo no era sino impaciencia por vencer los obstáculos que se le presentaban, y su delirio no era otra cosa sino su razon apasionada. Hasta en sus furioses siempre era una verdad la que le agitaba. Los tribunales no le cegaban sino deslumbrándole. El carácter único de aquella Asamblea, fué su pasion por un ideal que se sentia forzada á llevar á cabo por un poder invencible. Distinguiase por un continuado acto de fé en la razon y la justicia, por un santo furor del bien que la poseia y que la hacia sacrificarse á su misma obra, como aquel estatuario, que viendo que iba á apagarse su horno de fundicion por falta de combustible, arrojó en él todos sus muches y hasta su cama y las de sus hijos, consintiendo perecer antes de dejar perecer su obra.

Por esta razon la revolucion que hizo la Asamblea constituyente, ha venido á ser una fecha del espíritu humano, y no simplemente un suceso de la historia de un pueblo. Los hombres de esta Asamblea no eran franceses, eran los hombres de todas las naciones, se les des-

conoce y se les achica cuando no se ve en ellos sino sacerdotes aristócratas, plebeyos, vasallos fieles ó demagogos. Eran, y ellos mismos conocian que lo eran, otra cosa mejor que esta, eran los obreros de Dios, llamados por él á restaurar la razon social de la humanidad, y para asentar el derecho y la justicia en todo el universo. Ninguno de ellos, escepto los que eran opuestos á la revolucion, limitaba sus pensamientos á sola la Francia.

La declaracion de los derechos del hombre lo prueba así. Aquella era el decálogo del género humano escrito en todas las lenguas. La revolucion moderna llamaba á los gentiles, lo mismo que á los judíos, á participar de la luz y del reinado de la fraternidad.

H.

Así es que no hubo ninguno que no proclamase la paz entre los pueblos. Mirabeau, La Fayette y hasta el mismo Robespierre, borraron la guerra del simbolo que presentaban á la nacion. Los facciosos y los ambiciosos fueron los que la pidieron mas tarde, y no los grandes revolucionarios. Cuando estalló la guerra, la revolucion habia degenerado. La Asamblea constituyente se hubiera guardado muy bien de colocar en las fronteras de Francia los límites de las verdades y de encerrar el alma simpática de la revolucion francesa en un estrecho patriotismo. La patria de sus dogmas era el globo. La Francia no era mas que el taller en donde se trabajaba para todos los pueblos. Respetuosa é indiferente en la cuestion de los territorios nacionales, desde que habia se prohibió las conquistas. Ella no se reservaba mas que la propiedad, ó por mejor decir, la invencion de las verdades generales que ponía de manifiesto. Universal como la humanidad, no tuvo el egoismo de aislarse; quiso

dar y no quitar; quiso tambien difundirse por el derecho y no por la fuerza. Esencialmente espiritualista, no afectó otro imperio hácia la Francia que el imperio voluntario de la imitacion sobre el espíritu humano.

Su obra era prodigiosa, sus medios nulos; todo cuanto el entusiasmo la inspira lo emprende la Asamblea y lo acaba sin rey, sin jefe militar, sin dictador, sin ejército y sin otra fuerza que la conviccion. Sola en medio de un pueblo asombrado, de un ejército disuelto, de una aristocracia emigrada, de un clero despojado, de una corte hostil, de una ciudad sediciosa y de la Europa armada, hizo lo que habia resuelto. ¡Tan cierto es que la voluntad es el verdadero poder de un pueblo, y la verdad el irresistible auxiliar de los hombres que se agitan por ella! Si en algun tiempo la inspiracion fué visible en el profeta ó en el legislador antiguo, puede decirse que la Asamblea constituyente tuvo dos años de inspiracion continua. La Francia fué la inspirada de la civilizacion.

III.

Examinemos su obra. El principio del poder cambió enteramente de sitio. El trono habia concluido por creer que el depósito del poder le pertenecia en propiedad. Este habia pedido á la religion que consagrarse su usurpacion á los ojos de los pueblos, diciéndoles que el poder provenia de Dios y que no respondia sino á Dios. La larga sucesion de las razas coronadas por derecho de herencia, habia hecho creer que existía un derecho esclusivo de reinar en la sangre de las razas reales. El gobierno en vez de ser una funcion se habia convertido en una posesion, y el rey en amo en lugar de ser jefe.

Desquiciado este principio, se desquició todo. El pueblo se convirtió en nacion, y el rey en magistrado

coronado. La feudalidad, esa especie de trono subalterno, en simple propiedad. El clero, que habia tenido instituciones y propiedades inviolables, no era ya sino un cuerpo pagado por el Estado para un servicio sagrado. De esto á que ya no recibiese sino un salario voluntario por un servicio individual, no mediaba gran distancia. La magistratura dejó de ser hereditaria, solo la quedó la inamovilidad para asegurar su independencia. Esta era una escepcion del principio de las funciones revocables y una semi-soberanía de la justicia; pero era principalmente un paso hácia la verdad. El poder legislativo era distinto del poder ejecutivo. La nacion, en una asamblea libremente elegida, decretaba su voluntad. El rey, hereditario é irresponsable, la ejecutaba. Asi todo el mecanismo de la Constitución consistia en un pueblo, un rey y un ministro. Mas el rey era irresponsable, y por consiguiente pasivo, y el dejarle era evidentemente una concesion hecha á la costumbre ó una ficcion respetuosa de la dignidad real suprimida.

IV.

El rey no era ya poder, porque poder es querer. No era funcionario, porque el funcionario obra y responde. El rey no respondia. No era sino una magestuosa inutilidad de la Constitución. Destruídas las funciones, se dejaba el funcionario. No tenia el rey sino una sola atribucion, y era el *veto suspensivo*, que consistia en el derecho de suspender por tres años la ejecucion de los decretos de la Asamblea. Este era un obstáculo legal, pero impotente, contra la voluntad de la nacion. Conócese muy bien que la Asamblea constituyente, convencida de lo superfluo que era un trono en un gobierno nacional, no habia colocado al rey á la cabeza de su institucion

sino para apartar de alli á los ambiciosos y para que el reino no se llamase república. El solo papel de semejante rey era impedir que apareciese la verdad, y brillar á los ojos de un pueblo acostumbrado al cetro. Esta ficcion ó esta inconsecuencia le costaba al pueblo treinta millones anuales de lista civil, una corte, continuas sospechas y una corrupcion inevitable ejercida por aquella corte sobre los órganos de la nacion. Hé aqui el verdadero vicio de la Constitución de 1791: el no haber sido consecuente. La dignidad real estorbaba á la Constitución, y todo lo que estorba perjudica. Pero el motivo de esta inconsecuencia no era tanto un error de su razon como una compasion respetuosa por un antiguo prestigio, y una generosa ternura por una raza coronada hacia tanto tiempo. Si la familia de los Borbones se hubiese estinguido en setiembre de 1791, bien puede asegurarse que la Asamblea constituyente no hubiese improvisado un rey.

V.

Sin embargo, la dignidad real del 91, poco diferente de la actual, podia funcionar un siglo lo mismo que un dia. El error de todos los historiadores está en atribuir á los vicios de la Constitución la poca duracion de la obra de la Asamblea constituyente. Desde luego el objeto de aquella obra no era esencialmente el perpetuar aquel mecanismo de un trono inútil, concedido por mera complacencia á un pueblo cuyos movimientos no arreglaba. La obra de la Asamblea constituyente era la regeneracion de las ideas y del gobierno, el cambio del poder, la restitucion de los derechos, la abolicion de todas las esclavitudes, hasta la del espíritu, la emancipacion de las conciencias y la creacion de la administracion; esta obra dura y durará tanto como el nombre de

la Francia. El vicio de la institucion de 1791 no estaba en tal ó cual disposicion. No pereció porque el veto del rey fuese suspensivo en vez de ser absoluto, tampoco pereció por haber quitado al rey el derecho de firmar la paz ó de declarar la guerra, ni menos porque no colocase el poder legislativo sino en sola una cámara en vez de dividirlo en dos; estos pretendidos vicios se hallan en otras muchas constituciones, y sin embargo, duran. La restriccion del poder real no era el mayor peligro para el trono del 91: era mas bien su salvacion, si hubiese sido posible que se salvase.

VI.

Cuanto mas poder se hubiese dado al rey y mas accion al principio monárquico, tanto mas pronto hubiesen caido uno y otro; porque se hubiera concebido mas odio y mas desconfianza contra ellos. Con establecer dos cámaras en vez de una tampoco se hubiera conseguido nada, porque esas divisiones del poder no tienen valor sino cuando están consagradas por el uso. Esto no sucede sino cuando son la representacion de fuerzas reales existentes en la nacion. Una revolucion que no se habia contenido ante las verjas del palacio de Versailles ¿hubiera respetado aquella distincion metafisica del poder en dos naturalezas?

Por otra parte ¿en dónde estaban, ó en donde estarían hoy todavía los elementos constitutivos de dos cámaras en una nacion cuya revolucion, no era sino una convulsion hácia la unidad? Si la segunda cámara es democrática y vitalicia, no es otra cosa sino la democracia en dos personas, pero sin mas que un espíritu, y no puede servir sino para detener el impulso ó romper la unidad de la voluntad pública. Si es hereditaria y aristocrática,

supone una aristocracia preexistente y aceptada en la nacion. ¿Dónde estaba esta aristocracia en 1791? ¿Dónde está en el día? Un historiador moderno dice: «En la nobleza, en la aceptacion de las desigualdades sociales.» Pero la revolucion acababa de hacerse contra la nobleza y para nivelar las desigualdades sociales hereditarias.

Esto hubiera equivalido á pedir á la revolucion que se hiciese ella misma la contrarevolucion. Por otra parte estas pretendidas divisiones del poder, son siempre mas ficciones; el poder nunca está dividido realmente. Siempre está aquí ó allá, y todo entero porque no es divisible. Es como la voluntad *una*, ó no existe. Si hay dos cámaras se encuentra en una de las dos; la otra la sigue ó tiene que disolverse. Si hay una cámara y un rey, está en el rey ó en la cámara. En el rey, si este subyuga á la Asamblea por la fuerza, ó la compra por el soborno; en la cámara, si esta agita el espíritu público, é intimida á la corte y al ejército por la influencia de la palabra, y por la superioridad de la opinion. Los que no ven esto, se pagan de palabras vacias. En el llamado balance del poder hay siempre un peso que puede mas; el equilibrio es una quimera. Si existiese, nunca produciria sino la inmovilidad.

VII.

La Asamblea constituyente habia hecho una obra buena, sabia y tan duradera como lo son las instituciones de un pueblo que trabaja en un siglo de transicion. La Constitucion del 91 habia escrito todas las verdades del tiempo, y redactado toda la razon humana en su época. Todo era verdadero en su obra, excepto el trono; no cometió mas que un yerro, que fué hacer á la monarquía depositaria de su código.

Hemos visto ya que esta misma falta fué un exceso de deferencia. Ella retrocedió ante la idea de despojar del trono á la familia de sus reyes; ella tuvo la superstición de lo pasado, sin tener la fé de ello, y quiso conciliar la república y la monarquía. Lo que era una virtud en las intenciones, fué un error en los resultados; porque es un error en política, intentar lo imposible. Luis XVI era el único hombre en la nación á quien no podía confiarse el trono constitucional, puesto que á él era á quien se le acababa de desposeer de la monarquía absoluta; la Constitución era la dignidad real, dividida con el pueblo, y hacia pocos días que él la poseía toda entera. Para cualquiera otro el trono constitucional hubiese sido un rico presente; para él era solo una injuria. Luis XVI hubiese sido capaz de aquella abnegación del poder supremo que constituye los héroes del desinterés (él lo era); los partidos desposeídos cuyo jefe natural era, no eran capaces de aquella abnegación. Puede esperarse un acto sublime de desinterés de un hombre virtuoso, de un partido en masa, jamás. Los partidos nunca son magnánimos; jamás abdicar, se les estirpa. Los actos heroicos proceden del corazón y los partidos no lo tienen; lo que tienen son intereses y ambiciones. Una corporación es el egoísmo inmortal.

Clero, nobleza, córte, magistratura, abusos, mentiras, orgullos, y todas las injusticias de la monarquía, se personificaban á pesar de Luis XVI en el rey. Degradados en él, debían querer resucitar con él. La nación que poseía el sentimiento de aquella alianza fatal entre el rey y la contrarrevolución, no podía confiar en él, aunque venerase al hombre, y debía ver en el monarca un cómplice de todas las conjuraciones que contra ellas se armasen. Los advenedizos de la libertad son tan susceptibles como los advenedizos de la fortuna. Las sospechas debían surgir tarde ó temprano, estas debían producir las injurias; las injurias debían engendrar los resentimientos,

mentos, estos, las facciones, y las facciones, los choques y los trastornos, el entusiasmo pasajero del pueblo y las concesiones sinceras del rey, nada podían remediar. Las posiciones eran falsas por ambas partes.

Si hubiese habido en la Asamblea constituyente, mas hombres políticos que filósofos aquella hubiera conocido que un estado intermediario era imposible bajo la tutela de un rey semi-destronado. No se entrega á los vencidos la guardia y la administración de los países conquistados. Obrar como ella obraba, era empujar fatalmente al rey hácia la traición, ó hácia el cadalso. Un partido absoluto es el único partido seguro en las crisis. El genio está en saber coger aquellos partidos estremos en su hora. Digámoslo con osadía, la historia al cabo de mucho tiempo llegará á decirlo como nosotros. Hubo un momento en que la Asamblea constituyente tuvo el derecho de elegir entre la monarquía y la república, y en que ella debió escoger esta última. Allí estaba la salvación de la revolución y su legitimidad. Al carecer de resolución para decidirse por una de las dos cosas, careció también de la prudencia que le era entonces indispensable.

VIII.

Pero se nos dice con Barnave, la Francia es monárquica tanto por su posición geográfica como por su carácter, y en cuanto se quiere variar un sistema de gobierno por otro, se promueve un debate en los espíritus entre la monarquía y la república. Entendámonos.

La geografía no es de ningún partido; Roma y Cartago, no tenían fronteras, Génova y Venecia no tenían territorio. No es el suelo el que determina la naturaleza de las constituciones de los pueblos, sino el tiempo. La objeción geográfica de Barnave cayó un año después

ante los prodigios de la Francia en 1792. Ella ha mostrado que una república no carecía de unidad y de centralización para defender una nacionalidad continental. Las olas y las montañas son las fronteras de los débiles; los hombres son las fronteras de los pueblos. Dejemos pues la geografía; no son geógrafos los que escriben las constituciones sociales, sino los hombres de Estado.

Pero las naciones tienen dos grandes instintos que les revelan la forma que tienen que tomar, según la hora de vida nacional á que han llegado: el instinto de su conservación y el de su aumento. Obrar ó descansar, andar ó sentarse son dos actos enteramente diferentes que necesitan que el hombre tome posturas diametralmente opuestas. Lo mismo sucede en las naciones. La monarquía ó la república corresponden exactamente en un pueblo á las necesidades de estos dos Estados opuestos: el reposo ó la acción. Entendemos aquí estas dos palabras en su acepción mas absoluta; porque lo mismo hay reposo en las repúblicas, que acción en las monarquías.

¿Se trata de conservarse, de reproducirse y de desenvolverse en esta especie de vegetación lenta é insensible que tienen los pueblos, lo mismo que los grandes vegetales? ¿Se trata de mantenerse en armonía con el centro europeo, de guardar sus leyes y sus costumbres, de preservar sus tradiciones, de perpetuar las opiniones y los cultos, de garantizar las propiedades y el bienestar, de evitar los disturbios, las agitaciones y las facciones? La monarquía es evidentemente mas propia para esta función, que ninguna otra clase de sociedad. Ella protege en las clases bajas, la seguridad que quiere para sí misma, y es el orden por egoísmo y por esencia. El orden es su vida, la tradición su dogma, la nación su herencia, la religión su aliada, y las aristocracias sus barreras contra las invasiones del pueblo. Es preciso que ella conserve todo esto si no quiere perecer. Es el gobier-

no de la prudencia porque es en el que hay mayor responsabilidad. El imperio es el dote del monarca. El trono es en todas partes una prenda de inmovilidad. Cuando uno está colocado á tan grande altura temetodo movimiento, porque siempre tiene que perder y es muy espuesto que caiga.

Cuando una nación tiene su asiento en un terreno suficiente, sus leyes consolidadas, sus intereses fijos, sus creencias consagradas, su culto en vigor, sus clases sociales graduadas y organizada su administración, es monárquica á despecho de los mares, de los rios y de las montañas. Esta nación abdica y encarga á la monarquía que prevea, que quiera, y que obre por ella. Este es el mas perfecto de los gobiernos para esta función. Es conocido bajo los dos nombres de la misma sociedad: *unidad y herencia*.

IX.

Por el contrario, ¿Se halla un pueblo en una de esas épocas en que le es preciso obrar en toda la intensidad de sus fuerzas, para verificar dentro ó fuera de él una de esas transformaciones orgánicas que les son tan necesarias á los pueblos como la corriente á los rios y la explosión á las fuerzas comprimidas? La república es la forma forzosa y fatal de una nación en semejante momento. A una acción repentina, irresistible y convulsiva del cuerpo social, preciso es contenerla con los brazos y con la voluntad de todos. El pueblo se convierte en turba y se dirige sin orden ni concierto al peligro. Solo él puede bastar á la crisis. ¿Que otro brazo que el de todo el pueblo podría remover lo que él tiene que remover, desquiciar lo que él quiere sacar de quicio, é instalar lo que él quiere fundar? La monarquía rompería mil veces su cetro si tal intentase. Para ello, se necesita una palanca capaz de le-

vantar treinta millones de voluntades y esta palanca solo la posee la nacion que es a la vez, fuerza motriz, punto de apoyo y palanca.

X.

Entonces no puede pedirse a la ley que obre contra la ley, ni al orden, ni a la tradicion que obren contra la tradicion y contra el orden establecido. Esto seria pedir fuerza a la debilidad y vida al suicidio. Por otra parte en vano seria pedir al gobierno monárquico que verificase estos cambios, en que frecuentemente perece todo, y el rey antes que todo lo demas. Semejante accion es el contrasentido de la monarquía. ¿Cómo podria esta quererle?

Pedir a un rey que destruya una religion que le consagra, que despoje de sus bienes a un clero que los posee con el mismo título divino que él posee la corona, que derribe una aristocracia que es el escalon mas inmediato a su trono, que trastorne las gerarquias sociales de que él es el complemento, y que mine las leyes de las cuales él es la principal, es lo mismo que pedir a las bóvedas de un edificio que minen sus cimientos. El rey no podria ni querria hacerlo, porque conoce que destruyendo todo lo que le sirve de apoyo, su caída es inevitable; y que haciéndolo juega su dinastia y su trono. El rey es responsable por su raza, prudente por naturaleza, y condescendiente por necesidad. Es preciso que complazca, que contemple, que lleve con paciencia, y que transija con todos los intereses constituidos. El es el rey del culto, de la aristocracia, de las leyes, de las costumbres, de los abusos y de las mentiras del imperio. Los vicios mismos de la Constitución forman parte de su fuerza; amenazarlos es perderse. Puede aborrecerlos pero no atacarlos.

XI.

En semejantes crisis, solo la república es suficiente. Las naciones lo conocen y se precipitan en ella buscando su salvacion. La voluntad pública se convierte en gobierno, y esta aparta los tímidos, busca los audaces, llama a todo el mundo para llevar a cabo su obra, y ensaya, emplea, ó rechaza todas las fuerzas, todas las decisiones, y todos los heroismos. Sucede en esto lo mismo que sucederia en un buque en que todos se apoderasen del timon. La mano mas pronta ó la mas firme se apodera de él hasta tanto que otro mas atrevido se la arranca, pero todos gobiernan en el sentido de todos. Consideraciones privadas, timideces de la situacion, y diferencias de rango, todo desaparece. Allí nadie tiene responsabilidad: hoy en el poder, mañana en el destierro ó en el cadalso. Todo es cosa del dia, allí no se conoce el dia siguiente. La resistencia es inútil ante el formidable empuje del movimiento, y todo cede ante el poder del pueblo. Los resentimientos de las clases abolidas, los de los cultos desposeidos, los de las propiedades diezmadadas, los de los abusos estirpados, y los de las aristocracias humilladas, no pueden levantar la voz en medio del espantoso estruendo del hundimiento de las instituciones antiguas. ¿A quién se ha de hacer cargo? La nacion responde de todo a todos, y nadie tiene que pedirla cuentas. Ella no sobrevive a si misma, desafía las recriminaciones y las venganzas, es absoluta como un elemento, anónima como la fatalidad; termina su obra, y cuando la ha concluido dice: descáñsemos y volvamos a adoptar la monarquía.

XII.

Semejante forma de acción es la república: ella sola es la que conviene en las épocas de fuertes transformaciones y de trastornos. Es el gobierno de la pasión de las crisis, y de las revoluciones. Mientras que estas no están terminadas, el instinto del pueblo es siempre á la república, porque conoce que cualquiera mano que no sea la suya, es demasiado débil para imprimir el impulso que entonces necesitan las cosas. El pueblo desconfía y tiene razón, en un poder irresponsable, perpétuo y hereditario, para que haga lo que exigen las épocas de creación, y quiere hacer sus negocios por sí misma. Su dictadura le parece indispensable para salvar la nación. Ahora, ¿qué otra cosa es la república sino la dictadura organizada del pueblo? El no puede consignar sus poderes, sino después de haber pasado todas las crisis, y cuando la obra revolucionaria está consolidada completamente, y sin sufrir ninguna especie de contradicción. Entonces puede volver á escoger la monarquía, y decir-la de nuevo: ¡reina en nombre de las ideas que yo te he creado!

XIII.

La Asamblea constituyente fué, pues, ciega y débil, en no dar á la revolución, como instrumento natural, la república. Mirabeau, Bailly, La Fayette, Barnave, Sieyès, Talleyrand y Lameth, obraron en esto como filósofos, y no como grandes políticos. Los sucesos lo han probado. Ellos creyeron terminada la revolución en cuanto estuvo escrita, y á la monarquía convertida en cuanto hubo jurado la Constitución. La revolución no estaba si-

no empezada, y el juramento del trono á la revolución era tan vano como el de la revolución al trono. Estos dos elementos no podían asimilarse sino después de un siglo de intervalo. Este intervalo era la república. Un pueblo no pasa en un día, ni tampoco en cincuenta años, desde la acción revolucionaria al reposo monárquico. Por haberlo olvidado cuando era menester acordarse de ellas, es por lo que la crisis ha sido tan terrible y por lo que nos agita todavía. Si la revolución que se persigue siempre hubiese tenido su gobierno propio y natural, que es la república, esta república hubiese sido menos tumultuosa y menos inquieta que nuestras cinco tentativas de monarquía. La naturaleza de los tiempos en que hemos vivido protesta contra la forma tradicional del poder. A una época de movimiento, un gobierno de movimiento: ¡He aquí la ley!

XIV.

Dícese que la Asamblea nacional no tenía derecho para hacerlo; que había jurado la monarquía y reconocido á Luis XVI y que no podía destronarle sin cometer un crimen. La objeción es pueril, si viene de aquellos hombres que no creen en la posesión de los pueblos por las dinastías. La Asamblea constituyente habría proclamado desde su origen el derecho inalienable de los pueblos, y la legitimidad de las insurrecciones necesarias. El juramento del Juego de Pelota lo fué solo de desobediencia al rey y fidelidad á la nación. La Asamblea había proclamado en seguida á Luis XVI por rey de los franceses. Si ella reconocía en sí el poder necesario para proclamarle rey, con esto mismo se reconocía también el derecho de proclamarle simple ciudadano. La caducidad por causa de utilidad nacional y de utilidad para el gé-

nero humano, es evidente que estaba en sus principios. ¿Qué hizo, sin embargo? Dejó rey á Luis XVI, ó por mejor decir, volvió á hacerle rey, no por respeto á la institucion, sino por compasion hacia su persona, y por ternura hacia una augusta decadencia. He aqui la verdad. Temió el sacrilegio y se precipitó en la anarquía. Esto era clemente, bello, generoso; Luis XVI merecia bien del pueblo. ¿Quién puede censurar tan magnánima condescendencia? Antes de la marcha del rey á Varennes, el derecho absoluto de la nacion no fué sino una ficcion abstracta, un *summun jus* de la Asamblea. La dignidad real de Luis XVI continuó siendo el hecho respetable y respetado. Por última vez, esto estaba bien.

XV.

Pero llegó un momento y este momento fué aquel en que el rey fugitivo, y saliendo de la capital para protestar contra la voluntad nacional, yendo á buscar el apoyo y la intervencion armada del estrangero, la Asamblea volvió á entrar legítimamente en el derecho riguroso de disponer del poder vendido ó desertado. Tres partidos se la ofrecian: declarar la caducidad y proclamar el gobierno republicano; proclamar la suspension accidental del trono, y gobernar en su nombre, mientras duraba su eclipse moral, ó finalmente, restaurar al instante el trono.

La Asamblea escogió lo peor. Temió ser dura y fué cruel; porque conservando al rey el rango supremo, le condenó al suplicio de la ira y del desden de su pueblo. Le coronó de sospechas y de ultrajes. Le clavó en el trono para que este fuera el instrumento de su tortura, y finalmente el de su muerte.

De los otros dos partidos que podia haber elegido, el

primero era el mas lógico y el mas absoluto. ¡Proclamar la caducidad y la republica!

Si la republica se hubiese restablecido entonces legalmente por la Asamblea en uso de su derecho y de su fuerza, hubiera sido una republica diferente de la otra, que fué pérdida y atrocamente arrancada nueve meses despues por la insurreccion del 10 de agosto. Hubiera tenido sin duda las agitaciones inseparables del establecimiento de un nuevo orden de cosas, y no se hubiera libertado de los desórdenes inevitables en un país de movimiento, apasionado por la grandeza misma de sus peligros; pero hubiera nacido de una ley, de un derecho y de una deliberacion y de ser hija de una sedicion, de una insurreccion y de una violencia. Esto solo cambiaba las condiciones siniestras de su existencia y de su porvenir, porque aunque debia precisamente ser bulliciosa, podia sin embargo permanecer pura.

Ved como hubiera cambiado todo, por el solo hecho de haberla proclamado legalmente y despues haberlo reflexionado bien. El 10 de agosto, no hubiera tenido lugar; las perfidias y la tirania del comun de Paris, la matanza de los guardias, el asalto de palacio, la fuga del rey á refugiarse en la Asamblea, los ultrajes de que se le cubrió, y finalmente su prision en el Temple, nada hubiese sucedido de todo esto. La republica no hubiese muerto á un rey, á una reina á un niño inocente, y á una princesa virtuosa. Entonces no hubiera habido los asesinatos de setiembre, ese *San Bartolomé* del pueblo, que imprime mancha indeleble en la bandera de la libertad. Esta no hubiera recibido el bautismo con la sangre de trescientas mil victimas, ni hubiese puesto en manos del tribunal revolucionario el hacha del pueblo, con la cual sacrificó toda una generacion para dar cabida á una idea. Tampoco hubiera tenido el 31 de mayo.

Los girondinos hubieran llegado puros al poder, y

hubieran tenido mucha mas fuerza para combatir la demagogia. La república instalada á sangre fría hubiera intimidado de otro modo á la Europa, que un motin legitimado por los asesinatos. La guerra podia haberse evitado, ó si esto no se hubiese conseguido, al menos hubiese sido mas unánime y mas triunfante. Nuestros generales no hubiesen sido asesinados por sus soldados á los gritos de traicion. El espíritu de los pueblos no hubiese combatido con nosotros, y el error de nuestras jornadas de agosto, setiembre y enero no hubiera hecho que se desclasen de nuestras banderas los pueblos que nuestras doctrinas habian atraído á ellas. He aqui como un solo cambio en el origen de la república, hubiese cambiado la suerte de la revolucion.

XVI.

Mas si las costumbres de la Francia repugnaban todavía al vigor de esta resolución, y si la Asamblea temía que fuese precoz el establecimiento de la república, quedábala aun el tercer partido: proclamar la caducidad temporal del trono por espacio de diez años, tener el rey de reserva y gobernar republicanamente en su nombre, hasta consolidar la Constitución de un modo sólido y permanente. Este partido lo salvaba todo, hasta á los ojos de los débiles: el respeto al trono, la vida del rey, los dias de la familia real, el derecho del pueblo y la inocencia de la revolucion. Era este partido á la vez firme, tranquilo, eficaz, y legítimo. Era una dictadura, tal como la han entendido todos los pueblos, en los dias criticos de su existencia; pero en vez de ser la dictadura corta, fugaz, inquieta y ambiciosa de uno solo, hubiese sido la dictadura de la nacion misma, gobernándose por la Asamblea nacional. La nacion separaba reyerente-

mente al trono por espacio de diez años para hacer una obra superior á las fuerzas de su rey. Hecha la obra, apagados los resentimientos, recobrados los antiguos hábitos, vigorizadas las leyes, cubiertas las fronteras, secularizado el clero, y sometida la aristocracia, no habia inconveniente en que cesase la dictadura. El rey ó su dinastía podia volver á subir sin peligro á un trono del cual se habrian rechazado todas las grandes borrascas, esta república verdadera, hubiera vuelto á adoptar el nombre de monarquía constitucional, sin tener que hacer el menor cambio. Hubiera vuelto á colocar la estatua de la dignidad real en la cúspide, cuando el pedestal hubiese estado consolidado. Semejante acto hubiese sido el consulado del pueblo: bien superior al de aquel hombre que debia concluir por asolar la Europa, y por cometer la doble usurpacion de la revolucion y del trono.

Si al espirar aquella dictadura nacional, bien gobernada la nacion, hubiese hallado peligroso ó inútil el restablecimiento del trono, nadie la hubiese impedido decir: lo que he tomado, como dictadura, lo conservo como gobierno definitivo. Proclamo la república francesa como el único gobierno suficiente á la energia de una época renovadora; porque la república es la dictadura perpétua y constituida del pueblo. ¿De qué me sirve un trono? Yo me quedo en pie. ¿Esta es la actitud de un pueblo que obra!

En resumen, la Asamblea constituyente, cuyo pensamiento alumbra al globo, y cuya audacia trasforma en dos años un imperio; no cometió sino un yerro al acabar su obra: este fué el reposarse. Debía perpetuarse y abdicó. Una nacion que abdica despues de dos años de reinar y que abdica sobre un monton de ruinas, lega el cetro á la anarquía. El rey no podia ya reinar, la nacion no quiso hacerlo, y las facciones reinaron. La revolucion pereció, no por haber querido demasiado, sino por no

haber osado lo suficiente. ¡Tan cierto es que la timidez de las naciones no es menos funesta que la debilidad de los reyes, y que un pueblo que no sabe tomar y guardar todo lo que le pertenece, trabaja á la vez en favor de la tiranía y de la anarquía! La Asamblea se atrevió á todo, excepto á reinar. ¡El reinado de la revolucion no podia llamarse sino república! La Asamblea dejó este nombre á las facciones y esta forma al Terror. Esta fué su falta. Ella la espió, pero la espionacion de aquella falta no ha concluido todavía para la Francia.

LIBRO OCTAVO.

El rey trata de afirmarse.—Medios de que se vale.—Primeras reuniones de los patriotas republicanos.—Madama Roland es el centro de estas reuniones.—Su retrato.—Su vida.—Su casamiento.—La Platiere.—Descripcion.—Mr. y Mad. Roland en Paris.—Relaciones de estos con los hombres del partido popular.

I.

Mientras el rey aislado en la cumbre del poder constitucional, trataba de buscar su aplomo, ya por medio de negociaciones peligrosas con los estrangeros, ya probando todos los medios imaginables del soborno en lo interior del reino: otros hombres, á quienes no se distinguia entonces sino bajo la denominacion comun de patriotas, y que mas tarde se dividieron en jacobinos y girondinos, empezaban ya á reunirse y á formar el núcleo de la opinion republicana. Estos hombres eran Petion, Robespierre, Brissot, Buzot, Vergniaud, Guadet, Gensonné, Carra, Louvet, Ducos, Fonfrede, Duperrét, Sillery, Genlio y otros varios, cuyos nombres han quedado olvidados.

haber osado lo suficiente. ¡Tan cierto es que la timidez de las naciones no es menos funesta que la debilidad de los reyes, y que un pueblo que no sabe tomar y guardar todo lo que le pertenece, trabaja á la vez en favor de la tiranía y de la anarquía! La Asamblea se atrevió á todo, excepto á reinar. ¡El reinado de la revolucion no podia llamarse sino república! La Asamblea dejó este nombre á las facciones y esta forma al Terror. Esta fué su falta. Ella la espió, pero la espionacion de aquella falta no ha concluido todavía para la Francia.

LIBRO OCTAVO.

El rey trata de afirmarse.—Medios de que se vale.—Primeras reuniones de los patriotas republicanos.—Madama Roland es el centro de estas reuniones.—Su retrato.—Su vida.—Su casamiento.—La Platiere.—Descripcion.—Mr. y Mad. Roland en Paris.—Relaciones de estos con los hombres del partido popular.

I.

Mientras el rey aislado en la cumbre del poder constitucional, trataba de buscar su aplomo, ya por medio de negociaciones peligrosas con los estrangeros, ya probando todos los medios imaginables del soborno en lo interior del reino: otros hombres, á quienes no se distinguia entonces sino bajo la denominacion comun de patriotas, y que mas tarde se dividieron en jacobinos y girondinos, empezaban ya á reunirse y á formar el núcleo de la opinion republicana. Estos hombres eran Petion, Robespierre, Brissot, Buzot, Vergniaud, Guadet, Gensonné, Carra, Louvet, Ducos, Fonfrede, Duperrét, Sillery, Genlio y otros varios, cuyos nombres han quedado olvidados.

El hogar de una jóven, hija de un grabador del Ma-lecon de los plateros, fué el centro de la reunion de todas estas notabilidades revolucionarias. Allí fué donde se encontraron la *Girona* y la *Montaña*, partidos á cual mas respetables en la revolucion; allí donde se unieron para volver á dividirse, y allí finalmente, en donde despues de haber conquistado juntos el poder y haber derribado la monarquía, desgarraron con sus disensiones el seno de la patria y mataron la libertad al matarse ellos entre sí.

No eran ni la ambicion, ni los bienes de fortuna, ni la celebridad, los motivos que habian tenido estos corifeos de la libertad para preferir la casa de Mr. Roland á cualquier otra. La identidad de opinion era lo único que les habia impulsado hácia una muger, que no tenia entonces ni lujo, ni crédito, ni un nombre conocido del público. Llevábales allí ese culto interior que los talentos privilegiados quieren tributar tanto en público como en secreto, ó una filosofía nueva, que promete hacer la felicidad de los hombres; iban por fin á aquel sitio, movidos por la atraccion invisible de una misma fé, y por la necesidad que tenian de unir sus almas, antes de asociarse unos á otros para empezar á obrar. Hasta tanto que los pensamientos comunes entre hombres políticos, han hallado un centro en donde fecundarse y organizarse por un mútuo contacto, nada puede realizarse. Las revoluciones no son sino unas ideas, la comunidad de estas es la que forma á los partidos.

El alma pura de una muger ardentemente apasionado por las nuevas ideas, era el centro á donde debian converger todos los rayos de la nueva verdad, para avivarse allí al abrigo de su corazón, y para encender la hoguera en donde habian de poseer todas las antiguas instituciones políticas. Los hombres poseen el genio de la verdad; solo las mugeres obtienen el sentimiento apasionado de ellas. Se necesita que haya un cierto fondo

de amor en todas las creaciones, pues parece que la verdad tiene dos sexos como la naturaleza. En el origen de todas las cosas notables, se halla siempre una muger; preciso era pues que la revolucion tuviese tambien la suya. La filosofía encontró lo que buscaba con tener en su partido á madama Roland.

El historiador, arrastrado por el movimiento de los sucesos que va describiendo, debe sin embargo detenerse ante esta severa é interesante figura, así como los transeúntes se detuvieron á contemplar sus sublimes facciones, y su vestido blanco, sobre la fatal carreta que conducía al suplicio á millares de víctimas. Para comprender á esta muger, es preciso seguirla desde el taller de su padre hasta el cadalso. La muger es la que mas contribuye á depositar el germen de la virtud en nuestros corazones; en la vida privada, es en donde existe casi siempre el secreto de la vida pública.

II.

Madama Roland, que á la sazón era jóven, bella, y de un talento brillante, habia nacido en esa clase en que las familias apenas emancipadas del trabajo corporal, son una especie de seres anfibios, medio proletarios, medio acomodados, que conservando aun en sus costumbres las virtudes y la sencillez del pueblo, empiezan ya á participar por otro lado de las luces de la sociedad. Cuando caen las aristocracias, las naciones se regeneran. Allí está la sávia que anima á los pueblos. Allí era donde habia nacido Juan Jacobo Rousseau, tipo viril de madama Roland. Habíase casado esta algunos años antes con un hombre de costumbres austeras, y ya tenia un hijo en la época de que vamos tratando. Aun se conserva un retrato de cuando madama Roland era niña, en el cual está

con un libro en una mano y un buril en la otra. Este retrato es la definición simbólica de la convicción social en que había nacido aquella señora, es decir, en el punto intermedio entre el trabajo material y el del pensamiento.

Su padre, Graciano Filipon, era grabador y pintor en esmaltes. A estos dos oficios unia la profesion de comerciante en joyeria. Este hombre aspiraba á salir de la modesta esfera en que la suerte le habia colocado, y queriendo hacer siempre mas de lo que le permitian sus fuerzas, era una especie de aventurero industrial, que arruinaba á cada paso su mediana fortuna, por quererla estender mas de lo que era razonable, hasta ponerla á la altura de sus sueños de ambicion. Adoraba este hombre á su hija, y la destinaba en su imaginacion á una posicion de las mas ventajosas, para lo cual le hacia dar una educacion tan esmerada como la de las mas grandes señoras, educacion que por otra parte estaba en proporcion con los dones de que la habia dotado la naturaleza con mano prodiga. Nadie ignora las privaciones y los disgustos que suelen proporcionar á las familias, los hombres que tienen un genio parecido al del padre de madama Roland.

Iba creciendo la jóven en aquella atmosfera de lujo aparente y de penuria efectiva. Dotada de un juicio prematuro, conocia aquel desarreglo, y se refugiaba en el buen sentido de su madre, contra las ilusiones de su padre y contra los presentimientos del porvenir.

Su madre, Margarita Bimont, era tambien muy hermosa, y su alma muy superior á la clase en que la habia tocado nacer. Una virtud angelical, y la resignacion que á ella es consiguiente, la libertaban á la vez de la ambicion y de la desesperacion. Madre de siete niños, de los cuales ninguno habia nacido vivo; todo su amor le habia reconcentrado en aquella hija, única que se habia libertado de la fatal suerte de sus hermanos. El amor de

esta muger hácia su hija, era muy racional, porque manteniendo en un justo equilibrio su corazon y su inteligencia, su imaginacion y su razon; la educaba como debian hacerlo todas las madres. Parecia que preveia de antemano el destino de aquella niña, porque en todo cuanto la enseñaba, habia cierta parte de aquella fortaleza que hace los héroes y los mártires. La naturaleza se prestaba admirablemente á ello. Esta habia dotado á la niña de un entendimiento mayor que su hermosura. La belleza de sus primeros años, descrita por ella misma en sus memorias, estaba muy lejos de haber adquirido aun el carácter de energia, de melancolia y de magestad, que la dieron mas tarde un amor contenido, unos pensamientos varoniles, y un cúmulo de desgracia.

Su estatura era regular, y su aptitud modesta y decente; sus cabellos negros y sus ojos de un azul un poco pardo, con una mirada tan viva como su alma, y que pasaba con rapidez de la ternura á la energia; su boca era un poco grande. Sus dientes de un esmalte brillante, su barba redonda, dando todas estas cosas á su cara ovalada, aquella gracia voluptuosa y femenil, sin la cual ni aun la mayor belleza puede producir el amor. Su voz era sonora, salida del pecho, que se modulaba profundamente, siguiendo los movimientos del corazon, con precioso, porque el sonido de la voz, que es en la muger la comunicacion de sus emociones, es en el orador el vehiculo de la persuasion: bajo estos dos aspectos la naturaleza debia haberla concedido el encanto de la voz y así lo habia hecho. Tal era esta jóven á la edad de diez y ocho años, época que aun permanecia en la oscuridad, y permaneció aun en ella por largo tiempo, como para preparar su alma al martirio y para que adquiriese mas fortaleza y mas generosidad.

III.

Su entendimiento brillaba con un resplandor precoz, muy parecido á la inspiracion. Esta muger aspiraba, por decirlo así, á los conocimientos mas difíciles, y lo que se enseña en su edad y á las de su sexo no era suficiente para ella. La educacion varonil de los hombres tenia un gran atractivo, y era como una especie de juego para aquella muger cuyo carácter era de hombre. Su espíritu necesitaba jugar con los instrumentos del pensamiento, como por via de ejercicio. Religion, historia, filosofia, música, pintura, baile, ciencias exactas, quimica, lenguas extranjeras y sabias, todo lo aprendia sin poder saciar su deseo de aprender mas. Esta muger iba formando su pensamiento con todas las luces que la oscura condicion de su padre permitia penetrar hasta su taller. Escondia furtivamente los libros que los aprendices llevaban, y que se dejaban olvidados espresamente alli para que ella los leyese. Asi llegaron á sus manos las obras de Voltaire, de Rousseau y de los filósofos ingleses. Sin embargo, su lectura favorita era el Plutarco. «Jamás olvidaré, dice, la cuaresma de 1763, en cuya época llevaba todos los días este libro á la iglesia como si fuese un devocionario: desde aquel momento datan las impresiones y las ideas que me hicieron republicana, sin que yo soñase siquiera entonces en el porvenir.» Después de Plutarco, Fenelon fué quien halló mas simpatias en aquel corazon, y despues de este, el Tasso y los demas poetas. El heroismo, la virtud y el amor, debian derramarse de estos tres vasos reunidos en el alma de una muger destinada á la triple palpitacion de las grandes impresiones producidas por aquellas obras. En medio del fuego de su alma permanecía fria su razon, y sin mancha su pureza.

Apenas confiesa en sus escritos una que otra ligera emocion del corazon y de los sentidos. «Cuando leia ciertos libros, dice, detrás del biombo que tapaba la puerta de mi cuarto, en la misma sala donde vivia mi padre, mi respiracion era fuerte, y sentia un ardor repentino que me subia á la cara, conociendo que si hubiese hablado en aquel momento, mi voz alterada hubiese descubierto mi agitacion. En aquellos momentos, era yo Eucaris para Telémaco, y Herminia para Tancredo; pero aunque enteramente trasformada en ellas, no pensaba en ser nada yo misma con respecto á nadie. Nada buscaba yo á mi alrededor que se pareciese á lo que aquellas amaban, y cuanto en mí pasaba, no era mas que un sueño, que no dejaba en mí al despertar ninguna impresion de lo que tanto me habia preocupado. Acuérdomme, sin embargo, de haber experimentado cierta connoccion á la vista de un pintor jóven llamado Taboral que venia con frecuencia á mi casa.

Tenia este veinte años, su voz era muy sonora, su figura interesante, y siempre que yo le hablaba se ponía encarnado como si fuese una niña. Cuando le oia hablar en el taller de mi padre, siempre se me ofrecia entrar alli á buscar un lapiz ó cualquiera otra cosa, pero como su presencia me embarazaba tanto como agradable me era, volvía á salirme mas de prisa aun de lo que habia entrado, si bien latiendo mi corazon con tanta violencia, y apoderándose de mí un temblor tan extraordinario, que me veia precisada á retirarme á mi cuarto para ocultar mi connoccion.

Aunque su madre era una persona muy piadosa no habia prohibido á su hija la lectura de aquellas obras. Esta muger llena de buen sentido, y de tolerancia, queria inspirarla la religion y no mandársela, y por esto la entregaba con confianza á su razon y no queria ni comprimir ni hacer que se agotase la savia que debia fructificar en adelante, en aquel corazon. Una religion servil

y no voluntaria, la parecía una degradacion y una esclavitud que Dios no podia aceptar, como un tributo digno de él. El alma pensativa de su hija se inclinaba naturalmente hácia aquellos grandes objetos de felicidad y de desdicha eterna, y se engolfaba mas profundamente que cualquiera otra en el insondable pielago de lo infinito. El sentimiento empezó á abrirse en ella por el amor á Dios. El sublime delirio de sus contemplaciones piadosas embellecia los primeros años de su adolescencia, resignó los siguientes á la filosofia, y parecia que debía reservarla para siempre de las borrascas de las pasiones. Su devocion fué ardiente y la hizo aspirar al claustro y soñar en el martirio. Entrada en un convento se tuvo por dichosa allí un cuanto tiempo, entregando su pensamiento al misticismo, y su corazon á esas primeras amistades de la vida, cuyo recuerdo no se borra jamás. La regularidad monótona de aquella vida, iba adormeciendo dulcemente é insensiblemente la actividad de sus meditaciones. En las horas de recreo en vez de ir á jugar con sus compañeras, se retiraba bajo alguno de los árboles del jardín, para leer y dar rienda suelta á su imaginacion con entera libertad. Apasionada y sensible como Rousseau, por la belleza de los campos y de los prados, y por el balsámico aroma de las plantas, admiraba la mano de Dios y la besaba y la bendecía en sus obras. Preparada de este modo por la impresion que habia hecho en ella el aspecto de la risueña naturaleza, llenábase su alma de un gozo interior y se veía como forzada á ir á adorar en la iglesia al autor de tan encantadoras bellezas. Allí los sonidos magestuosos del órgano acompañados de las voces melodiosas de las jóvenes esposas de Jesucristo, acababan por extasiarla y la arrancaban por decirlo así de este mundo engañoso, para elevarla á otra de santos y deliciosos goees. Hay en la religion católica todas las fascinaciones místicas capaces de arrebatar los sentidos, y todas las delicias que pueden satisfacer la imagina-

cion. Durante su permanencia en el convento una jóven tomó el velo, y al ver á la postulante en la reja del coro cubierta con su velo blanco y coronada de rosas; al oír los cánticos suaves y tranquilos que la acompañaban al separarse de este mundo para tomar el vuelo hácia el cielo, y al considerar aquella belleza tapada con el paño mortuorio, el corazon de madama Roland palpitaba con violencia, y era tal la impresion de la jóven artista al contemplar aquella ceremonia tierna, que las lágrimas inundaban su rostro. Su destino la ofrecia en esta ocasion la imágen de los grandes sacrificios, y ella presentaba en sí de antemano el valor heroico que se necesita para llevarlos á cabo.

IV.

El encanto y el hábito de aquellas sensaciones religiosas, jamás se borraron de su alma. La filosofia que mas adelante fué su único culto disipó su fé, pero siempre dejó vivas aquellas primeras impresiones. No podia asistir sin hallar un grande atractivo y sin tener un profundo respeto hácia las ceremonias de un culto, cuyos misterios habia repudiado su razon. El espectáculo de tantos seres débiles reunidos para adorar é implorar el auxilio del padre de los hombres heria vivamente su pensamiento, y la solemne armonía de la música religiosa la elevaba hasta el cielo. Siempre era mas dichosa y mejor al salir de los templos cristianos que cuando habia entrado, porque todos los recuerdos de la infancia reflejan y se estienden hasta sobre la vida mas agitada.

Aquel gusto apasionado por lo infinito y aquel sentimiento piadoso de la naturaleza, continuaron dominando en ella despues que volvió á la casa de su padre. «La situacion de la casa de mis padres, dice, no es á propósi-

to para gozar en ella de la calma solitaria del convento. Situada, sin embargo, en un terreno muy espacioso, ofrecía aun á mi vista una gran porcion de objetos capaces de ocupar mi romántica imaginacion. ¡Cuántas veces desde la ventana de mi cuarto, que daba al Norte, he contemplado con emocion los inmensos desiertos del cielo y su soberbia bóveda azulada, espléndidamente dibujada á lo lejos desde la salida del sol, basta su postura, en cuya hora he admirado aquella masa refulgente que se escondía á mi vista entre cortinas de púrpura, detrás de los árboles de los campos Eliseos! Nunca dejaba yo de emplear algunos momentos en ver ponerse el sol de un hermoso día, y muchas veces este simple y magnífico espectáculo de la naturaleza, hacia correr dulces lágrimas por mis mejillas, en tanto que mi corazón rebosando en un sentimiento imposible de expresar, dichoso por sus latidos y lleno de reconocimiento por existir, ofrecía al Ser de los seres un homenaje puro y digno de él.» ¡Ay de mí! Cuando ella escribía estas líneas, no veía ya sino el horizonte estrecho del cielo de París y el recuerdo de aquellas brillantes tardes, fué el único que iluminó como una ilusión fugitiva las paredes de su calabozo, al poco tiempo de haberlas escrito.

V.

Pero entonces aun vivía dichosa entre su tía Angélica y su madre, en lo que ella llama el hermoso barrio de la isla de San Luis.

En aquellos muelles tirados á cordel, y en aquellas tranquilas orillas, se paseaba las tardes de verano contemplando el curso gracioso del río y las verdes campiñas que se divisaban á lo lejos. Por la mañana movidas de un santo y religioso celo atravesaba el muelle para

ir á oír misa, sin encontrar en aquel desierto camino nada que la distrajesse de su recogimiento piadoso. Su padre que la permitía dedicarse á los estudios sublimes y que estaba loco con los adelantos de su hija, quiso no obstante, iniciarla en su arte haciendo que empezase á grabar. Aprendió, pues, á manejar el buril y salió con esto, como con todo lo demás que se había propuesto. La única recompensa de su trabajo, eran algunos objetos de tocador, ó cualquiera otra cosa de las que tanto aprecian las jóvenes para su adorno, como un brazaletes, una sortija, ú otra cosa por el estilo. Segun confiesa, estas fruslerías tenían para ella un valor inestimable.

Mas este gusto natural á su sexo y á su edad no la hacia desdeñar las ocupaciones mas humildes de la casa. Despues de haber comparecido el domingo en la iglesia y en paseo, vestida con la mayor elegancia, no se ruborizaba entre semana de ir á la plaza con un vestido sencillo de percal, acompañando á su madre. Muchas veces salía tambien sola á comprar cualquiera otra cosa, que se le hubiese olvidado llevar á su madre por insignificante que fuese. Aunque estas pequenezes que se ofrecen en todas las casas la contrariasen un poco porque la hacian descender de la elevacion adonde la habia conducido la lectura de Plutarco, así como del cielo de sus ensueños, las desempeñaba con tanta gracia que nada se traslucía en su rostro del disgusto que semejantes ocupaciones la ocasionaban. Esta futura Eloisa del siglo XVIII que leía las obras mas sublimes, que explicaba los círculos de la esfera celeste, que sabia manejar el lapiz y el buril, y en cuya alma rodaban ya los pensamientos mas atrevidos, y los mas apasionados sentimientos, se veía muchas veces forzada á preparar las comidas en el modesto hogar de la casa de su padre. Esta mezcla de estudios graves, de ejercicios elegantes, y de faenas caseras, mandadas hacer por orden de su prudente é instruida madre, parecían destinadas á preparar-

la desde muy temprano á las vicisitudes de su fortuna y mas tarde contribuyeron mucho á que supiera sobrellevarlas con paciencia. Pareciase entonces en esto á Rousseau cuando arreglaba la leñera de madama de Warens, con la misma mano que debía escribir el *Contrato social* ó á *Philopomena* cortando leña en los bosques.

VI.

Desde la oscuridad de aquella vida retirada, distinguia algunas veces el mundo superior que brillaba por cima de ella, y los fugaces relámpagos que la hacian descubrir la alta sociedad, ofendian mas su vista de lo que la deslumbraban. El orgullo de aquel mundo aristocrático, que la veía sin reparar en ella, agobiaba su alma y una sociedad en que no ocupaba un rango, le parecia mal organizada, menos por un sentimiento de envidia que por el de la justicia que se sublevaba en su interior contra las distinciones del nacimiento.

Los seres superiores tienen su sitio destinado por Dios en la sociedad, y todo lo que les aparta de él les parece una usurpacion. Hallan que aquella trastorna á menudo el orden establecido por la naturaleza y se vengan de ella, mirándola con el mas profundo desprecio. De aquí nace el odio del genio, contra el poder. Aquel sueña en un orden de cosas en que los rangos estuviessen designados como un premio de la virtud y se ágría al ver que casi siempre se conceden al nacimiento, por un favor ciego del destino, los primeros puestos de la sociedad. Hay pocas almas grandes que no sientan al nacer los rigores de la fortuna y que al ver que esta no les es propia, dejen de sublevarse interiormente contra la sociedad en general. Otras hay, que movidas por miras mas altas, se resignan con la humilde condicion en

que Dios las ha colocado. Servir humildemente al mundo es mas hermoso que dominarles, pero este es el colmo de la virtud. La religion conduce á él en un dia, la filosofia no puede hacerlo sino al cabo de una larga vida y despues de experimentar muchas desgracias y á veces hasta la muerte. Hay dias en que el destino mas apetecible del mundo es el cadalso.

VII.

Vendo un dia la jóven en compañía de su abuela á una casa de las de la alta aristocracia, de la cual sus humildes parientes no eran por decirlo así, sino unos *libertos*, la contrarió dolorosamente el tono altanero aunque un tanto cariñoso con que á las dos las trataron. «Mi ahívez, dice, se sorprendió al oír hablar de aquella manera; mi sangre hirvió con mas fuerza que de ordinario y sentí que se me subía á la cabeza. Yo no me preguntaba entonces por qué razon estaba la señora de la casa sentada en un magnífico sofá mientras mi abuela y yo permaneciamos en pie, pero tenia ese sentimiento que conduce á la reflexion; y vi gustosa terminarse la entrevista, con lo cual quedó aliviado mi corazon del grave peso que le oprimia.»

En otra ocasion la llevaron á pasar ocho dias á Versailles, en el palacio de aquellos reyes cuyo trono debia minar un dia. Alojada en las boardillas en el cuarto de una criada de una de las damas de palacio, vió de cerca aquel lujo régio que ella creia pagado por la miseria de los pueblos, y notó muy minuciosamente aquella grandeza de los reyes elevada sobre el servilismo de los artesanos. Los tronos de los reyes, las cacerías, los paseos y demas diversiones de la corte no ofrecian á sus ojos sino toda la vanidad de tan estériles pompas. Aque-

llas supersticiones del poder, repugnaron á un alma empapada en las filosóficas ideas de verdad, de libertad y de antigua virtud. Los oscuros nombres de los parientes que la llevaban á presenciar este espectáculo, así como los humildes trages de que iban vestidos, eran causa de que la mirasen los cortesanos sin usar con ella la menor atención y sin dirigirla otras palabras que algunas que indicaban mas protección que respeto á su sexo y á su hermosura. El sentimiento íntimo de su juventud y de su mérito físico, pesaba sobre su corazón al ver que aquellos dotes pasaban desapercibidos por unos palaciegos, cuyo único Dios era el favor y cuyo solo culto era la mas rigurosa etiqueta. La filosofía, la altivez natural, la imaginación y la rigidez de su alma, se hallaban igualmente heridas en aquella régia mansion. «Prefería dice, las estatuas de los jardines á los brillantes personajes que veía en palacio.» Preguntándola su madre, si se divertía y si estaba contenta de haber hecho aquel viaje la respondió: «Estoy contenta, con tal que nos marchemos pronto, porque si permanecemos aquí unos dias mas, aborreceré tanto á estas gentes, que no sabré ya que hacer del odio que me inspiran. ¿Pues qué mal te han hecho? la contestó su madre. Me hacen conocer lo injustos que son y reparar en cuan absurdo es todo lo que estoy viendo.» Al ver aquel esplendor del despotismo de Luis XIV y la grande corrupción de su corte, no hacia sino pensar en Atenas sin acordarse de la muerte de Sócrates, del destierro de Aristides, ni de la sentencia de Foción. «No preveía, dice amargamente al hablar de esto, que el destino me reservase para ser testigo presencial de unos crímenes parecidos á aquellos de que fueron víctimas unos hombres tan grandes, y á participar de la gloria de sus martirios, despues de haber profesado sus principios.»

De este modo la imaginación, el carácter y los estudios de aquella muger, la preparaban sin que ella lo supiese

á ser una ardiente republicana. Solo la religion tan poderosa entonces sobre ella, hubiera podido contenerla en aquella resignacion heroica que somete el pensamiento á las órdenes de Dios. Pero la filosofía vino á ser su fé y esta filosofía formó parte de su política. La emancipacion de los pueblos se unió estrechamente en su pensamiento á la emancipacion de las ideas. Ella creyó trabajar en favor de la humanidad contribuyendo á derribar los tronos y servir á Dios al mismo tiempo que trabajaba por derribar sus altares.

Tal es la confesion ingénuu que hace ella misma del cambio repentino que hubo en sus ideas.

VIII.

Esta interesante jóven tenia numerosos pretendientes á su mano. Su padre queria casarla sin salir de su clase porque apreciaba sobremanera el comercio mirándole como la fuente de todas las riquezas. Su hija lo despreciaba porque á su vista solo era el comercio la fuente de la avaricia, por cuya razon la repugnaban todos los que á él se dedicaban. Quería encontrar un marido cuyas ideas y sentimientos estuviesen en armonia con los suyos, y solo deseaba hallar un alma simpática y no un hombre dotado únicamente de los bienes de fortuna. Hablando de esto se espresa del modo siguiente. «Acostumbrada desde mi niñez á tratar con los grandes hombres de todas las épocas, familiarizada con las altas ideas y con los grandes ejemplos, no me habia servido el haber vivido con Platon y con todos los filósofos, poetas y políticos de la antigüedad sino para unirme á un comerciante que nada verá, juzgará ni sentirá á la manera que yo veo, juzgo y siento.

La que esto decia, acababa de ser pedida á sus pa-

dres, por un rico carnicero vecino suyo. Ella se negó abiertamente á este enlace diciendo á su padre. «Yo no descenderé jamás del mundo de mis nobles quimeras. Lo que yo quiero no es tener un estado, sino amar y ser amada de uno que merezca el título de hombre. Preferiría morir soltera á unir mi alma á la de un ser que no fuese capaz de comprenderla.

Privada de su cariñosa madre, arrebatada por una muerte prematura, enteramente sola en la casa paterna, donde empezaba ya á entrar el desórden á causa de otros nuevos amores de su padre, la melancolia iba ganando terreno en su alma, aunque no logró dominarla. Reconcentraba mas, dentro de sí misma, para reunir todas sus fuerzas contra el aislamiento y el infortunio, y la lectura de la *Éloisa* de Rousseau, que entonces la presaron, hizo sobre su corazón una impresion igual á la que Plutarco habia hecho en su entendimiento. Plutarco la habia puesto de manifiesto la libertad. Rousseau la hizo sonar en la felicidad. El primero la habia fortificado; el segundo la enternecía. Esperimentó la necesidad de esplayar su alma, y la tristeza fué desde entonces su musa favorita y severa. Empezó á escribir por consolarse, hablando de sus propios pensamientos, y sin ninguna intencion de llegar á ser escritora adquirió con aquellos ejercicios solitarios la elocuencia que la sirvió en lo sucesivo para animar é inflamar el pecho de sus amigos por las máximas de la libertad.

IX.

Esta muger paciente y resuelta á la vez á sufrir cuanto pudiera sobrevenirle, dió por fin con el hombre antiguo en quien tantas veces habia soñado su imaginacion. Este hombre era Roland de la Platiere.

Una de sus compañeras de infancia, casada en Amiens, ciudad en donde Roland estaba de inspector de una fábrica, fué la que se lo recomendó en una carta concebida en estos términos: «Recibirás esta por el filósofo de quien te he hablado algunas veces. Se llama Mr. Roland, y es un hombre ilustrado; al cual no puede echársele en cara otra cosa que su culto hácia los antiguos, el desprecio en que tiene á su siglo, y el alto concepto que ha formado de sí mismo. ... Este retrato, dice madama Roland, era muy exacto. Cuando se me presentó ví un hombre de mas de cuarenta años, alto, descuidado en su modo de vestir y altanero como todos los hombres acostumbrados á vivir aislados. Sus modales eran sencillos y sueltos, y sin tener la elegancia de las gentes del gran tono, participaban de la educacion del hombre bien nacido, de la gravedad del filósofo. Sumamente delgado, de color bastante pálido, y casi calvo, sus facciones, aunque regulares, eran poco seductoras. Una sonrisa graciosa y una viva espresion en el resto del semblante, le hacian aparecer como otra figura distinta cuando se animaba hablando ó escuchando. Su voz era varonil, su hablar cortado y breve, como el de un hombre á quien faltase el aliento; sus discursos, llenos de cosas, porque su cabeza estaba llena de ideas, ocupaban mas el espíritu de lo que halagaban el oido. Su discusion era algunas veces picante, pero sin armonía. Es un don muy raro y muy poderoso sobre los sentidos este encanto de la voz; no consiste solamente en la cualidad del sonido, resulta tambien de aquella delicadeza de sensibilidad que hace variar la espresion modificando el acento.» Esto equivale á decir que Mr. Roland carecia de estas dotes.

Roland era hijo de una honrada familia cuyos individuos habían sido magistrados desde mucho tiempo y que tenían además pretensiones de nobleza. Por ser el quinto entre sus hermanos se le había destinado á la carrera eclesiástica. Este estado le repugnaba, por lo cual se escapó de la casa de sus padres á los diez y nueve años y fué á refugiarse á Nantes. Admitido en casa de un armador se disponia para hacer el viage á las Indias, pero una enfermedad repentina le impidió embarcarse. Uno de sus parientes, inspector también de una fábrica en Rouen, le colocó en ella. Animada esta administración por el espíritu de Torgot, estaba en contacto con todas las ciencias por los procedimientos de las artes, y con los mas altos procedimientos de gobierno por la economía política. Hallábase poblada de filósofos entre los cuales se distinguió Roland. El gobierno le envió á Italia para que estudiase allí la marcha y los progresos del comercio.

Alejóse con sentimiento de su jóven amiga y la escribía con regularidad sobre materias científicas destinando aquella correspondencia á servir de notas á una obra que se proponía escribir sobre la Italia, cartas en las cuales, se descubría el sentimiento á través de la ciencia; pero que se asemejaban mas á los estudios de un filósofo que á las conversaciones de un amante.

A su vuelta madama Roland, volvió á ver en este hombre un amigo; su edad, su madurez, sus buenas costumbres y su hábito de trabajar se lo hicieron considerar como un sábio que no existía sino para la razon. En la unión que meditaban y que se parecía menos al amor que á las antiguas asociaciones de los tiempos de Sócrates y de Platon, el uno buscaba un discípulo, mas bien que una

muger y la otra un maestro mas bien que un marido. Mr. Roland se volvió á Amiens y desde allí escribió pidiendo la mano de madama Roland. Su padre se la negó rotundamente. Temia este hombre que el que quería ser su yerno fuese un censor de las operaciones del padre y un tirano de la hija. Informada ésta de aquella negativa por su mismo padre, se indignó y se retiró á un convento, sin sacar otra cosa de su casa que la ropa que llevaba puesta. Allí vivió con mucha estrechez, y se dedicó esclusivamente al estudio fortificando por este medio su corazón, y preparándole para hacer frente á su adverso destino. *Se venga tratando de merecer la felicidad que se la negaba.* Por las tardes recibía á uno de sus amigos y de día paseaba una hora por el jardín, adquiriendo de esta suerte aquella fortaleza que le hace á uno resistir á su mala suerte, y aquella melancolia que entenece el alma y la hace alimentarse con su propia sensibilidad. Distráida con un estudio no interrumpido, pudo pasar menos mal los largos meses de invierno de su cautiverio voluntario.

Otro sentimiento amargo envenenaba interiormente hasta el mismo sacrificio que estaba haciendo. Conocía que no era correspondida porque se figuraba que Mr. Roland, al saber su resolución habría corrido al convento para sacarla de él, pero el tiempo trascurría y no solo no se presentaba Roland, sino que apenas escribía. Por fin apareció al cabo de seis meses. Este hombre volvió á inflamarse de nuevo á la vista de su amiga cautiva detrás de unas rejas, y se determinó á ofrecerle su mano que ella aceptó sin dificultad. Sin embargo tantos cálculos, tanta vacilación y tanta frialdad habían quitado á la jóven reclusa la poca ilusión que aun podía tener, y todos sus sentimientos hacia Roland se reducían á una grande estimación y nada mas. Puede decirse que se sacrificó mas bien que entregarse. Parecióle muy hermoso inmortalarse por hacer la felicidad de un hombre de bien: pero

llevó á cabo este sacrificio con la fria calma de la razon y sin que hubiese el mas minimo entusiasmo por parte del corazon. Su casamiento fué en ella un acto de virtud del cual gozó, no porque fuese dulce, sino porque la pareció sublime.

Aquí volvemos á encontrar á la discípula apasionada de Rousseau. El casamiento de madama de Roland es una imitacion perfecta del de Eloisa con Mr. de Volmar. La amargura de la realidad no tardó en manifestarse bajo el heroismo de su sacrificio. «A fuerza, dice, de ocuparme en la felicidad del hombre á quien me uní, noté que faltaba algo á la mia. No he dejado un solo instante de ver en mi marido uno de los hombres mas apreciables que existen, y al cual, podia honrarme de pertenecer; pero he conocido muchas veces que no había entre nosotros paridad y que el ascendiente de un carácter dominante unido al que le daba á mi marido el tener veinte años mas que yo, hacia que estuviere demás, una de estas dos superioridades. Si viviamos en la soledad pasaba yo algunas horas penosas. Si frecuentábamos la sociedad era yo amada de muchos y notaba que podría suceder que alguno me interesase demasiado. En vista de esto me decidí á asociarme enteramente á mi marido en el trabajo, y me hice su copista y su corrector de pruebas, desempeñando esta tarea que yo misma me había impuesto con una humildad que no era propia de un espíritu tan libre y tan ejercitado como el mio. Pero esta humildad era hija solo del corazon. Respetaba tanto á mi marido que me complacia en suponer siempre que era superior á mi; temia tanto verle enfadado, y él era tan adicto á sus opiniones que no tuve valor para contradecirle hasta al cabo de muchos años. A estos trabajos literarios se me agregaban las faenas caseras, y habiendo notado que no convenian á su delicada salud todos los alimentos, cuidaba de no darle sino los que eran saludables para él, cuatro años vivimos juntos en Amiens y allí

llegué á ser madre y nodriza á un mismo tiempo. Trabajábamos juntos en la *Nueva Enciclopedia* y no dejábamos estos estudios sino para dar algun paseo por fuera de la ciudad.»

Roland, hombre de carácter despótico, habia exigido á su muger desde el momento en que se casó que no se tratase con las compañeras de colegio que vivian en Amiens, porque era celoso y no queria que su muger quisiese á nadie mas que á él. En esto traspasaba los límites de la razon, porque una union tan austera como la del matrimonio necesita esplayarse de cuando en cuando en el seno de la amistad.

Esta tiranía de un sentimiento esclusivo no era compensada por el amor, porque Roland era demasiado exigente con su muger á la cual trataba mas bien como trataba un rígido preceptor á un discípulo, que como debe hacerlo un marido con su esposa. Si esta no vacilaba en la pureza de sus sentimientos, era porque conocia lo grande del sacrificio y porque gozaba en cumplir con sus deberes, á la manera que goza el estóico con el dolor que sufre.

XI.

Al cabo de algunos años obtuvo Roland pasar con el mismo empleo á Lyon su patria. Vivía el invierno en la ciudad, y el resto del año lo pasaba en el campo al lado de su madre, muger respetable por su edad, pero insufrible en su trato. Madama Roland, que estaba todavía en la flor de su juventud se hallaba martirizada entre una suegra implacable, un cuñado rebelde, y un marido dominante. Aun al amor mas apasionado le hubiese sido duro soportar esta amarga situacion; madama Roland para dulcificarla, no contaba sino con el sentimiento del deber, con su filosofía, con un trabajo asiduo, y con las

caricias de su hijo. Esto la fué suficiente para trasformar aquel austero retiro en una morada encantadora, de armonía y de paz. Da gusto seguirla en esta soledad en que su alma se preparaba para la lucha, así como se complacé uno en seguir á Juan J. Rousseau en sus primeros años.

XII.

Hay al pie de las montañas del Beaujolais en la larga holla del Sena frente á los Alpes, una cadena de colinas pequeñas amontonadas á manera de olas areniscas, en las que el labrador laborioso de aquellas comarcas ha plantado multitud de viñas que forman entre sí en su base valles oblicuos, y estrechas y tortuosas barranadas á cuyos lados se ven unos pequeños prados siempre verdes. En los prados corre continuamente el agua que se filtra de las montañas, y están cubiertas de sauces, de abedules, y de chopos. Los flancos y las cimas de estas colinas, no producen sino algunos melocotones silvestres, y grandes nogales que se hallan ordinariamente á las puertas de las casas de campo. En la pendiente de una de estas colinas areniscas está la *Platiere*, casa de un solo piso y de muy poco fondo, llena de ventanillas regulares y cuyo tejado es casi llano. Súhese á ella por cinco escalones de piedra, á cuyos lados hay una barandilla de hierro grotescamente trabajado. En el patio están los pajares, las bodegas y el lagar, y detrás un huerto pequerito lleno de árboles frutales y de claveles. Hé aquí la descripción de este sitio. La vista tiene sin embargo donde esplayarse, bien se dirija hácia las montañas de Beaujeu, bien hácia las cimas de los Alpes cubiertas perpétuamente de nieve.

Tal fué por espacio de cinco años el horizonte que se ofreció á la vista de aquella jóven que pudo contem-

plar á su sabor toda la magnificencia que allí despliega la naturaleza, y por la que ella había anhelado tanto siendo jóven, cuando todo lo que podía ver por encima de los tejados de Paris se reducía á alguna perspectiva confusa de los bosques de la corona.

En la *Platiere* pasaba esta muger su vida entre los cuidados de la casa, el cultivo de su entendimiento y en hacer obras de caridad que es el verdadero cultivo del corazón. Adorada por aquellas sencillas gentes cuya Providencia fué, destinaba para aliviar su miseria lo poco que le sobraba, y se valía de sus conocimientos en medicina, para curarles en sus enfermedades. Muchas veces iban á buscarla de tres y cuatro leguas para que fuese á visitar á un enfermo y su casa estaba llena, los domingos, de aldeanos curados ya, ó convalecientes que iban allí á darla las gracias y á ofrecerla en prueba de su agradecimiento, castañas, queso ó manzanas. Ella admitía estos cortos obsequios y gozaba interiormente al ver que el pueblo de los campos, era justo, sensible y agradecido. Ella se figuraba que el pueblo desnaturalizado de las grandes capitales se parecería á este, pero la enseñaron en lo sucesivo que aquellos mares de hombres tan tranquilos entonces, tienen tempestades mas terribles que las del Océano; que las instituciones son tan necesarias á la sociedad, como el alveo á las aguas; y que la fuerza es tan indispensable como la justicia, para el gobierno de los pueblos.

XIII.

La hora de la revolución del 89 había sonado ya, y había ido á sorprenderla en el silencio de aquel retiro. Ebría de filosofía, apasionada por el ideal de la humanidad, y adoradora de la libertad antigua, se inflamó por

caricias de su hijo. Esto la fué suficiente para trasformar aquel austero retiro en una morada encantadora, de armonía y de paz. Da gusto seguirla en esta soledad en que su alma se preparaba para la lucha, así como se complacé uno en seguir á Juan J. Rousseau en sus primeros años.

XII.

Hay al pie de las montañas del Beaujolais en la larga holla del Sena frente á los Alpes, una cadena de colinas pequeñas amontonadas á manera de olas areniscas, en las que el labrador laborioso de aquellas comarcas ha plantado multitud de viñas que forman entre sí en su base valles oblicuos, y estrechas y tortuosas barranadas á cuyos lados se ven unos pequeños prados siempre verdes. En los prados corre continuamente el agua que se filtra de las montañas, y están cubiertas de sauces, de abedules, y de chopos. Los flancos y las cimas de estas colinas, no producen sino algunos melocotones silvestres, y grandes nogales que se hallan ordinariamente á las puertas de las casas de campo. En la pendiente de una de estas colinas areniscas está la *Platiere*, casa de un solo piso y de muy poco fondo, llena de ventanillas regulares y cuyo tejado es casi llano. Súhese á ella por cinco escalones de piedra, á cuyos lados hay una barandilla de hierro grotescamente trabajado. En el patio están los pajares, las bodegas y el lagar, y detrás un huerto pequerito lleno de árboles frutales y de claveles. Hé aquí la descripción de este sitio. La vista tiene sin embargo donde esplayarse, bien se dirija hácia las montañas de Beaujeu, bien hácia las cimas de los Alpes cubiertas perpétuamente de nieve.

Tal fué por espacio de cinco años el horizonte que se ofreció á la vista de aquella jóven que pudo contem-

plar á su sabor toda la magnificencia que allí despliega la naturaleza, y por la que ella había anhelado tanto siendo jóven, cuando todo lo que podía ver por encima de los tejados de Paris se reducía á alguna perspectiva confusa de los bosques de la corona.

En la *Platiere* pasaba esta muger su vida entre los cuidados de la casa, el cultivo de su entendimiento y en hacer obras de caridad que es el verdadero cultivo del corazón. Adorada por aquellas sencillas gentes cuya Providencia fué, destinaba para aliviar su miseria lo poco que le sobraba, y se valía de sus conocimientos en medicina, para curarles en sus enfermedades. Muchas veces iban á buscarla de tres y cuatro leguas para que fuese á visitar á un enfermo y su casa estaba llena, los domingos, de aldeanos curados ya, ó convalecientes que iban allí á darla las gracias y á ofrecerla en prueba de su agradecimiento, castañas, queso ó manzanas. Ella admitía estos cortos obsequios y gozaba interiormente al ver que el pueblo de los campos, era justo, sensible y agradecido. Ella se figuraba que el pueblo desnaturalizado de las grandes capitales se parecería á este, pero la enseñaron en lo sucesivo que aquellos mares de hombres tan tranquilos entonces, tienen tempestades mas terribles que las del Océano; que las instituciones son tan necesarias á la sociedad, como el alveo á las aguas; y que la fuerza es tan indispensable como la justicia, para el gobierno de los pueblos.

XIII.

La hora de la revolución del 89 había sonado ya, y había ido á sorprenderla en el silencio de aquel retiro. Ebría de filosofía, apasionada por el ideal de la humanidad, y adoradora de la libertad antigua, se inflamó por

las nuevas ideas en cuanto prendió la primera chispa en su corazón, y creyó de buena fe que aquella revolución era una especie de parto sin dolores, que iba á regenerar la especie humana, á destruir la miseria de las clases desgraciadas, y á renovar la faz del mundo. Hasta en la piedad de las almas grandes se halla una gran dosis de imaginación. La ilusión generosa de la Francia en esta época, estaba en proporción con la grande obra que le tocaba llevar á cabo. Si ella no hubiese esperado tanto, no se hubiese atrevido á nada. Su fe en una regeneración social fué la que constituyó su fuerza.

Desde aquel día, sintió madama Roland un fuego interior que no debía apagarse sino con su sangre. Todo el amor inerte que dormitaba en su alma, se convirtió en pasión y en entusiasmo por la humanidad. Su sensibilidad demasiado ardiente para solo un hombre, se esparció sobre todo un pueblo. Esta muger amó la revolución, como hubiera podido amar á un hombre, y supo comunicar esta llama á su marido y á todos sus amigos. Toda su pasión contenida por tanto tiempo, se manifestó en sus opiniones. Vengóse de un destino que la negaba la dicha para sí propia, sacrificándose por la de todos los demas. Si hubiese sido dichosa y se hubiese visto amada, nunca hubiera pasado de ser una muger reducida al aislamiento; y desgraciada, se convirtió en jefe de un partido.

XIV.

Las opiniones de los dos esposos sublevaron en un principio contra ellos á toda la aristocracia del comercio de Lyon, ciudad íntegra y pura, pero ciudad tambien de dinero, en donde todo se calcula, y en donde las ideas tienen el peso y la inmovilidad de los intereses. Tienen las ideas una corriente irresistible que arrastra tras sí

hasta las poblaciones mas estacionarias. Lyon se vió arrastrada y sumergida por las opiniones de la época. Mr. Roland fué elegido municipal inmediatamente, y se pronuncio á favor del nuevo orden de cosas con toda la rigidez de sus principios, y con toda la energía que bebía en el alma de su muger. Temido por los débiles y adorado por los impacientes su nombre fué una injuria en un principio y despues se convirtió en una bandera. El favor público le vengó de los ultrages de los ricos. El Consejo municipal le comisionó entonces para ir á París á defender ante las comisiones de la Asamblea constituyente, los intereses comerciales de Lyon.

La intimidad de Roland con los filósofos y con los economistas que formaban el partido práctico de la filosofía; sus relaciones forzosas con los miembros influyentes de la Asamblea; sus gustos literarios y sobre todo el encanto y la seducción que atraen y mantienen naturalmente á los hombres eminentes al lado de una muger hermosa, elocuente y apasionada, convirtieron muy pronto la casa de madama Roland en un foco de la revolución poco brillante aun, pero muy ardiente. Los nombres de los que allí se reunieron desde el primer día revelan ya las opiniones extremas. Para semejantes hombres la Constitución de 1791 no era sino una especie de *alto* para proseguir la marcha con nuevo ardor.

El 20 de febrero de 1791 volvió madama Roland á entrar en París de donde habia salido cinco años antes jóven, desconocida, y sin nombre, y adonde volvía ahora como una llama para animar á todo un partido, fundar la república, reinar un momento, y morir en seguida. Ella tenía en su alma un presentimiento confuso del destino fatal que la aguardaba. El genio y la voluntad conocen sus fuerzas, sienten antes que los demas, y profetizan su misión. Madama Roland parecia arrastrada de antemano por la suya hácia el centro de acción. Al día siguiente de su llegada se presentó ya en las sesiones de la Asam-

blea. Allí vió al poderoso Mirabeau, al sorprendente Cazalés, al audaz Maury, al astuto Lameth y al impávido Barnave. Notó con el despecho del odio en la actitud y en el lenguaje de los miembros del lado derecho, aquella superioridad que dan la costumbre del dominio y la confianza en el respeto de las masas; en los del lado izquierdo reparó con sentimiento profundo la inferioridad de los modales y un gran fondo de insolencia mezclado con unos conocimientos muy mezquinos. De este modo la antigua aristocracia sobrevivía en la sangre, y se vengaba hasta después de su derrota, de la democracia que aunque la había subyugado todavía la tenía envidia. La igualdad existe en las leyes mucho tiempo antes de establecerse entre las razas. La naturaleza es aristocrática; es preciso tener una larga práctica de la independencia para dar á los pueblos republicanos el noble continente y la dignidad civilizada del ciudadano. En las revoluciones hasta en el mismo vencedor se percibe por mucho tiempo el *advenedizo* de la libertad. Las mugeres tienen un tacto delicado para distinguir estos matices. Madama Roland los comprendió; pero lejos de dejarse seducir por aquella superioridad de la aristocracia, se indignó mas y sintió que su odio iba en aumento contra un partido al cual se le podía abatir, pero era imposible humillarlo.

XV.

Entonces fué cuando los esposos Roland, se unieron estrechamente con algunos de los mas fervientes partidarios de las ideas revolucionarias. No eran estos los que mas figuraban por el favor del pueblo, ni por lo brillante de sus talentos, sino los que parecia que amaban la revolucion por sí misma, y que se sacrificaban con un sublime desinterés, no por sus propios adelantos sino en

beneficio, y por los progresos de la humanidad. Brissot fué uno de los primeros que frecuentaron la casa de Roland. Mucho tiempo hacia que sus dueños estaban en correspondencia con él, sobre asuntos de economía política, y sobre los grandes problemas de la libertad. Sus ideas habian fraternizado, y habiendo ido robusteciéndose á un mismo tiempo, y aunque unidas de antemano estas tres personas por todas las fibras de unos corazones revolucionarios, Brissot no era conocido aun personalmente de los dos esposos. Aquel hombre cuya vida aventurada y cuya infatigable polémica tenían mucha analogía con la juventud de Mirabeau, habia adquirido ya cierta celebridad entre los periodistas y en los clubs. Madama Roland le aguardaba respetuosa, y tenía mucha curiosidad de verle para juzgar si las facciones de su rostro, correspondían á la fisonomía de su abuso. Ella creía que la naturaleza se revelaba en todas las formas y que la inteligencia y la virtud modelaban el exterior del hombre, del mismo modo que el estatuario imprime en el barro las formas palpables de su concepcion. La primera entrevista la desengañó, pero no se disminuyó por eso el respeto que tenía á Brissot. Carecia este de aquella dignidad de actitud y de aquella gravedad de carácter que parece el reflejo de la dignidad de la vida, y de la gravedad de las doctrinas. Notábase algo en el hombre político que recordaba el libelista. Su ligereza chocaba á madama Roland y hasta su alegría la parecia una profanacion de las ideas austeras de que aquel hombre era órgano. El espíritu revolucionario suficiente para apasionar su estilo, no lo era para lograr que aquella pasión se trasluciese en su rostro. Aquella muger no hallaba en él, bastante odio contra los enemigos del pueblo. Parecia que el alma móvil de Brissot no era suficientemente fuerte para llegar hasta el sentimiento del sacrificio. Su actividad estendida á todos los objetos, le daba la apariencia de un artista de ideas, mas bien que

de un apóstol de la libertad. Pasaba también por ser un gran intrigante.

Brissot presentó en casa de madama Roland á su amigo y condiscipulo Petion, miembro ya de la Asamblea constituyente y que se habia distinguido por sus discursos en dos ó tres ocasiones. Era fama que Brissot le inspiraba. Buzot y Robespierre, miembros igualmente de la Asamblea fueron también presentados en casa de la célebre republicana. Buzot cuya belleza triste y cuya intrepidez y elocuencia debían andando el tiempo agitar el corazón y escitar la admiración de madama Roland; Robespierre á quien la inquietud de su alma y el fanatismo de sus odios, arrojaban ya desde entonces como un fermento de agitación en todos los conciliábulos en donde se conspiraba en nombre del pueblo. También acudían allí algunos otros cuyos nombres daremos á conocer á su tiempo en los fastos de este nuevo partido. Brissot, Petion, Buzot y Robespierre convinieron en reunirse cuatro veces por semana en aquella casa.

XVI.

El objeto de estas reuniones era conferenciar en secreto sobre las debilidades de la Asamblea constituyente, sobre los lazos que la aristocracia armaba á la revolución, y sobre el impulso que debía darse á las opiniones muy debilitadas ya, por ver si se podia acabar de consolidar el triunfo. Escogieron estos hombres para sus conciliábulos la casa de madama Roland por estar situada casi en el centro de todas las de los miembros que debían acudir allí. Aquí, como en la conspiración de Hasmodio era una muger la que estaba con la antorcha en la mano para alumbrar á los conspiradores.

De esta suerte madama Roland se hallaba colocada

desde los primeros dias de su llegada á Paris en el centro del movimiento. Su mano invisible tocaba los primeros hilos de una trama que enredada y confusa todavía, debía desarrollarse en lo sucesivo por los mas grandes acontecimientos. El papel que la tocó desempeñar era el único que podia permitirse á su sexo y halagaba á la vez su orgullo mugeril y su pasión política. Ella supo salir con él con una modestia que hubiese sido una obra maestra de habilidad á no haber sido en ella un simple don de la naturaleza. Sentada al lado de un velador, fuera del círculo que aquellos hombres formaban, trabajaba en sus labores ó escribia escuchando con una indiferencia aparente las discusiones de sus amigos. Muchas veces estaba tentada por tomar parte en ellas pero se mordía los labios para reprimirse. Lo largo y difuso de aquellos consejos sin resultado inspiraban un hastio secreto en aquella alma enérgica y activa. La acción se evaporaba en palabras inútiles y el tiempo pasaba llevándose consigo la ocasión oportuna, que nunca vuelve á presentarse.

Bien pronto las victorias de la Asamblea constituyente enervaron á los vencedores. Los gefes de esta Asamblea retrocedieron ante su propia obra, y pactaron con la aristocracia y con el trono para conceder al rey la revisión de la Constitución en un sentido mas monárquico. Los diputados que se reunían en casa de madama Roland se desanimaron con esto y cada uno tiró por su lado. Únicamente permanecieron en su puesto aquel corto número de hombres decididos é inflexibles que se sacrifican por un principio sin que influya en este sacrificio lo bueno ó malo que pueda sobrevenir, y que se unen á las causas desesperadas con mayor fuerza, á medida que la fortuna les va siendo mas adversa. Buzot, Petion y Robespierre, fueron de este número.

Hay para la historia una curiosidad siniestra en ver la primer impresion que hizo en madama Roland el hombre que calentado en su seno y conspirando entonces con ella, habia de derribar un dia el poder de sus amigos, sacrificarlos en masa y enviarla á ella al cadalso. Ningun sentimiento de aversion advirtió á aquella muger en la época de que tratamos de que conspiraba su propia muerte al conspirar en favor de Robespierre. Si alguna vez tuvo cierto terror vago sobre este particular, al momento se desvaneció y fué reemplazado por una especie de compasion muy parecida al desden. Se le figuraba que Robespierre era un hombre honrado, y en favor de sus principios le perdonaba su mal lenguaje y su fastidioso desembarazo. Robespierre, como todo hombre que tiene una idea fija solo respiraba fastidio. Sin embargo, habia notado aquella muger que siempre estaba recogido dentro de sí mismo, que no se franqueaba, que escuchaba todos los pareceres antes de emitir el suyo, pero que al emitirlo no se dignaba nunca motivarlo. Parecido á todos los genios dominantes, su conviccion le parecia una razon suficiente. El dia siguiente subia á la tribuna, y aprovechándose, para adquirir fama, de las confidencias intimas del dia anterior, adelantaba la hora de la accion concertada con sus amigos, y descubria de este modo el plan que se proponian. Se le reconvenia por esto en casa de madama Roland, pero él se escusaba siempre, achacándolo á su demastada ligereza. Estas faltas se atribuian por todos los demas, á su juventud y á la impaciencia de su amor propio. Persuadida madama Roland de que aquel jóven amaba apasionadamente la libertad, tomaba su reserva por timidez, y no veia en sus traiciones sino un gran fondo de independenciam. La causa

comun lo tapaba todo. La parcialidad trasforma los peores indicios en favor ó en indulgencia. «Defiende los principios con calor y tenacidad, dice, y tiene valor para defenderlassolo, en esta ocasion en que el número de los defensores del pueblo, se ha disminuido considerablemente. La corte le aborrece, luego nosotros debemos amarle. Yo estimo á Robespierre por sola esta razon y así se lo manifesto; por su parte, él aun cuando no asiste con frecuencia á nuestra reunion nocturna, viene de cuando en cuando á comer á mi casa. Me chocó mucho el terror que manifestó el dia de la fuga del rey. Por la noche dijo en casa de Petion, que la familia real, no habia adoptado aquel partido sin dejar preparada en Paris una manzana de patriotas parecida á la célebre de la noche de San Bartolomé y que él contaba ser asesinado antes de veinte y cuatro horas. Petion, Buzot y Roland, opinaban por el contrario, que la fuga del rey equivalia á una abdicacion y que era preciso aprovecharse de ella para preparar los espiritus á la república. Robespierre, sonriéndose y royéndose las uñas como tenia de costumbre, preguntaba qué era república.

Aquel dia fué cuando Brissot, Condorcet, Du mont de Geneve y Duchatelet convinieron en escribir el periódico titulado el *Republicano*. En esto se ve que la idea de la república nació en la cuna de los girondinos, antes que en el alma de Robespierre, y que el 10 de agosto, no fué un accidente si no un complot.

En esta misma época madama Roland por salvar la vida de Robespierre, se habia entregado sin reserva á uno de esos primeros movimientos que revelan una amistad á toda prueba, y que dejan huellas hasta en la memoria de los mas ingratos. Despues de la jornada del Campo de Marte, acusado Robespierre de haber conspirado en union de los redactores de la célebre peticion de caducidad, y viéndose amenazado como faccioso por la guardia nacional, tuvo que ocultarse. Madama Roland

acompañada de su marido, fué á buscarle á las once de la noche al sitio en que se había ocultado, para ofrecerle un asilo mas seguro en su propia casa. Robespierre no estaba ya en aquel sitio, y madama Roland se fué desde allí á casa de Buzot su comun amigo, y le instó vivamente á que fuese á los Fuldenses, en donde entonces ejercia bastante influencia, á disculpar á Robespierre, antes de que se lanzase contra él el decreto de acusacion.

Buzot titubeó un momento, pero al cabo se decidió. «Haré, dijo, todo cuanto esté de mi parte por salvar á ese desgraciado jóven, aunque estoy muy lejos de opinar como ciertas personas con respecto á él. Piensa demasiado en si para amar la libertad; pero la sirve, y esto me basta: iré allí á defenderle.» De esta suerte tres víctimas futuras de Robespierre conspiraban aquella noche y sin que él lo supiese, por la salvacion del mismo hombre que andando el tiempo habia de conducirlos al cadalso. El destino es un misterio de donde surgen las mas estrañas coincidencias, y que no arma menos lazos á los hombres por sus virtudes que por sus crímenes. La muerte está en todas partes, pero sea cual fuere la suerte del hombre, solo la virtud es la que no tiene remordimiento jamás, ni se arrepiente de haber obrado segun prescribe el deber. En los calabozos de la consejeria, madama Roland recordó con placer aquella noche. Si Robespierre se acordó tambien de ella cuando llegó al poder, este recuerdo debió ser mas helado en su corazon que el hacha del verdugo.

LIBRO NOVENO.

Recomposicion de los hombres y de los negocios.—Robespierre se crea una tribuna en los jacobinos.—Roland, conducido al poder por sus amigos.—Mr. de Narbona, ministro de la Guerra.—El rey fluctua entre los partidos.—Entusiasmo general por la guerra.—Solo Robespierre resiste á este entusiasmo y le combate.

I.

Despues de la disolucion de la Asamblea constituyente y terminada ya la mision de Roland, éste y su esposa abandonaron Paris. Aquella muger que salia del centro de las facciones y de los negocios en que tanta parte habia tenido, volvió á la *Platiere* á entregarse de nuevo á los cuidados de su casa de campo; pero estos ya no la eran agradables despues de haber participado de la embriaguez de la revolucion. El movimiento general la arrastraba, á pesar de la distancia que la separaba del centro de él, y mantenía una correspondencia seguida con Buzot y con Robespierre, la de este último era seca y meramente política, la de Buzot, tierna y patética á la vez. Su espíritu, su alma, y su corazon, todo llamaba á

acompañada de su marido, fué á buscarle á las once de la noche al sitio en que se había ocultado, para ofrecerle un asilo mas seguro en su propia casa. Robespierre no estaba ya en aquel sitio, y madama Roland se fué desde allí á casa de Buzot su comun amigo, y le instó vivamente á que fuese á los Fuldenses, en donde entonces ejercia bastante influencia, á disculpar á Robespierre, antes de que se lanzase contra él el decreto de acusacion.

Buzot titubeó un momento, pero al cabo se decidió. «Haré, dijo, todo cuanto esté de mi parte por salvar á ese desgraciado jóven, aunque estoy muy lejos de opinar como ciertas personas con respecto á él. Piensa demasiado en si para amar la libertad; pero la sirve y esto me basta: iré allí á defenderle.» De esta suerte tres víctimas futuras de Robespierre conspiraban aquella noche y sin que él lo supiese, por la salvacion del mismo hombre que andando el tiempo habia de conducirlos al cadalso. El destino es un misterio de donde surgen las mas estrañas coincidencias, y que no arma menos lazos á los hombres por sus virtudes que por sus crímenes. La muerte está en todas partes, pero sea cual fuere la suerte del hombre, solo la virtud es la que no tiene remordimiento jamás, ni se arrepiente de haber obrado segun prescribe el deber. En los calabozos de la consejeria, madama Roland recordó con placer aquella noche. Si Robespierre se acordó tambien de ella cuando llegó al poder, este recuerdo debió ser mas helado en su corazon que el hacha del verdugo.

LIBRO NOVENO.

Recomposicion de los hombres y de los negocios.—Robespierre se crea una tribuna en los jacobinos.—Roland, conducido al poder por sus amigos.—Mr. de Narbona, ministro de la Guerra.—El rey fluctua entre los partidos.—Entusiasmo general por la guerra.—Solo Robespierre resiste á este entusiasmo y le combate.

I.

Despues de la disolucion de la Asamblea constituyente y terminada ya la mision de Roland, éste y su esposa abandonaron Paris. Aquella muger que salia del centro de las facciones y de los negocios en que tanta parte habia tenido, volvió á la *Platiere* á entregarse de nuevo á los cuidados de su casa de campo; pero estos ya no la eran agradables despues de haber participado de la embriaguez de la revolucion. El movimiento general la arrastraba, á pesar de la distancia que la separaba del centro de él, y mantenia una correspondencia seguida con Buzot y con Robespierre, la de este último era seca y meramente política, la de Buzot, tierna y patética á la vez. Su espíritu, su alma, y su corazon, todo llamaba á

madama Roland á Paris. Entre ella y su marido hubo una disension imparcial en la apariencia, para decidir si debian enterrarse en la soledad de los campos, ó volverse á la capital. Pero la ambicion del uno, y el alma de la otra, habian resuelto la cuestion de antemano sin que ellos lo supieran. El pretexto mas fútil bastó á su impaciencia y en el mes de diciembre se hallaban instalados de nuevo en Paris. Por entonces fué cuando sus amigos empezaron á estar en candelero. Petion acababa de ser nombrado corregidor y se creaba una república en el seno de la municipalidad, Robespierre, excluido de la Asamblea legislativa, por la ley que prohibia que los miembros de la constituyente fuesen reelegidos, se creaba tambien una tribuna, en los Jacobinos; Brissot reemplazaba á Buzot en la nueva Asamblea, y su fama, como publicista y como hombre político, reunió en torno de sus doctrinas á los jóvenes girondinos. Estos, llegaban de su departamento con el ardor propio de su edad y con el impulso de otra segunda ola revolucionaria.

A su llegada se alistaron en los cuadros que Robespierre, Buzot, Laclós, Dan'on y Brissot, tenian ya organizados.

Roland, amigo de todos aquellos hombres, pero que figuraba en segunda línea y entre sombras, habia adquirido una de esas reputaciones sordas que son tanto mas poderosas sobre la opinion, cuanto menos brillan esteriormente. Hablábase de él como una virtud de los tiempos antiguos, envuelta bajo la sencillez de un hombre de los campos. Bajo la capa de su silencio se le achacaba la grandeza del pensamiento, y bajo la cubierta del misterio se presentaba en él el oráculo. El esplendor y el genio de su muger, hacian que se fijasen en él todas las miradas, y hasta su misma mediania, única potencia de la virtud para naturalizar la envidia, le servia admirablemente. Como nadie le temia, todo el mundo le ponía de manifiesto: Petion para cubrirse, Robespierre para

minarle, Brissot para colocar su mala reputacion al abrigo de una probidad proverbial, Buzot, Vergniaud, Loubet-Gensonne y los girondinos por respeto á su ciencia y por verse arrastrados involuntariamente hácia madama Roland; la misma córte por confianza en su honradez y porque no se alarmaba con su influencia. Este hombre caminaba al poder sin poner nada de su parte, ayudado por el favor de un partido, por el prestigio de lo desconocido sobre la opinion, por el desden de sus enemigos y por el talento de su muger.

II.

El rey se habia prometido un cuanto tiempo, que la ira de la revolucion se mitigaria con el triunfo. Aquellos actos violentos, y aquellas oscilaciones borrascosas entre la insolencia y el arrepentimiento, con las cuales se habia señalado la nueva Asamblea al tiempo de su instalacion, le habian desengañado dolorosamente. Atónito el ministerio á vista de tanta audacia, temblaba, y confesaba en el consejo su insuficiencia. El rey estaba por conservar á unos hombres que tantas pruebas habian dado de adhesion á su persona. Algunos de ellos, confidentes y cómplices suyos, servian al rey y á la reina, bien por medio de relaciones con los emigrados, bien intrigando en lo interior.

Mr. de Montmorin, hombre de disposicion pero que no era apropiado para las dificultades de la época, se habia retirado del ministerio. Los dos hombres de mas nota que habian permanecido en él, eran Mr. de Lessart, ministro de Negocios estrangeros, y Mr. Bertrand de Molleville, ministro de Marina. Colocado Mr. de Lessart por su posicion, entre una Asamblea impaciente, una emigracion armada, un rey indeciso y la Europa amenazadora por

complemento, no podía dejar de sucumbir, á pesar de sus buenas intenciones. Su plan era evitar la guerra á su país por medio de negociaciones y contemporizando cuanto fuese posible; suspender el aparato hostil de las potencias, presentar al rey á la Asamblea intimidada como el único árbitro, y el solo negociador de la paz entre su pueblo y el extranjero. Así esperaba evitar ó cuando menos diferir por algun tiempo, el último choque entre la Asamblea y el trono, y restablecer la autoridad ordinaria del rey manteniendo la paz. Las disposiciones personales del emperador Leopoldo secundaban maravillosamente este pensamiento, que no tenia contra sí sino á la fatalidad que impulsa á los hombres y á las cosas al desenlace mas inesperado.

Los girondinos, y Brissot con especialidad, le asediaban con sus acusaciones, porque veían en él el hombre que mas podía retardar su triunfo. Sacrificándole, sacrificaban todo un sistema, su prensa y sus discursos lo designaban al furor del pueblo, y los partidarios de la guerra le habían destinado á ser su víctima. Este hombre no hacia traición, pero para aquellos furiosos negociar era sinónimo de ser traidor. El rey que sabia que su conducta era irrepreensible, y que se asociaba á él en todos sus planes, se negaba á sacrificarle á sus enemigos, sin lograr con esto otra cosa, que acumular mas resentimientos contra el ministro.

Mr. de Molleville, era enemigo oculto de la Constitución. Este aconsejaba al rey que se sirviese de la hipocresía, cubriéndose con la letra, para matar el espíritu de la ley, marchando por caminos subterráneos á una catástrofe violenta de la cual segun él decía, debía salir triunfante la causa monárquica. Creyendo en el poder de la intriga, mas que en el de la opinión, buscando en todas partes traidores á la causa popular, pagando el espionaje, sobornando todas las conciencias, no creyendo en la incorruptibilidad de nadie, manteniendo inteli-

gencias secretas con los mas rabiosos demagogos, pagando á peso de oro las mociones mas incendiarias á fin de despolarizar la revolucion haciéndola cometer los mayores excesos, y atestando las tribunas de la Asamblea de agentes suyos, que cubriesen de silbidos ó de aplausos los discursos de los oradores, creándose de este modo en las tribunas un pueblo fingido y una falsa opinion. Este hombre, queria servirse de medios muy pequeños para obtener cosas muy grandes, contando con que es tan facil enganar á una nacion, como lo es enganar á un individuo. El rey á quien era muy adicto, le queria como depositario de sus penas y como confidente de sus relaciones con el extranjero, y de sus negociaciones con los partidos, con las cuales le servia de hábil mediador. Mr. de Molleville se mantenía así en equilibrio apoyado en el favor íntimo del rey, y en sus intrigas con los revolucionarios. Este hombre, sabia hablar el lenguaje constitucional y era el depositario de los secretos de muchas conciencias que se le habían vendido. El rey por complacer á la opinion, nombró ministro de la Guerra á Mr. de Narbonne, para colocarle entre estos dos hombres. Madame de Staël y el partido constitucional, se acercaron á los girondinos para sostenerle en el ministerio. Condorcet fué el mediador entre estos dos partidos. La esposa de éste, muger de una belleza estremada, se unió á madama de Staël para favorecer al jóven ministro. La una le prestó el brillo de su genio, la otra la influencia de sus encantos. Estas dos mugeres parecia que habían confundido sus sentimientos en una adhesion comun, hacia el hombre á quien ambas preferían. Su mútua rivalidad se sacrificó en este caso á su ambicion.

III.

El punto de contacto del partido girondino con el constitucional en esta especie de fusion, cuya prenda fué

la elevacion de Mr. de Narbona, era la pasion de aquellos dos partidos por la guerra. El partido constitucional la queria para libertar á la nacion de la anarquia interior y arrojar fuera de ella los gérmenes de agitacion que amenazaban al trono. El partido girondino, la deseaba para precipitar los ánimos á adoptar un partido estremo. Este partido se prometia que los peligros en que se veria la patria, le darian fuerza para sacudir de sí el trono, y para dar á luz el régimen republicano.

Bajo estos auspicios se encargó de la cartera de la guerra, Mr. de Narbona. Este tambien estaba por la guerra, pero no la queria para derribar un trono á cuya sombra habia nacido, sino para remover y deslumbrar la nacion, para probar fortuna por medio de un golpe desesperado; y para volver á poner á la cabeza del pueblo armado la alta aristocracia militar de la nacion: componiase aquella de La Fayette, Biron, Rochambeau, Los Lameth, Dillon, Custines y el mismo Narbona. Si la suerte era favorable á las banderas francesas, victorioso el ejército bajo el mando de los gefes constitucionales, dominaria á los jacobinos, afianzaria la monarquia reformada y sostendria el establecimiento de las dos camaras. Si la Francia era derrotada, no cabia duda en que tambien sucumbirian el trono y la aristocracia, pero valia mas perecer noblemente en una lucha nacional entre la Francia y sus enemigos, que estar temblando continuamente para venir á perecer al cabo bajo las picas de los jacobinos. Era esta una política caballeresca y arriesgada que agradaba á los jóvenes por el heroismo que en ella habia, y á las mugeres por el prestigio. Percibiase en ella la sávia del valor francés, y Mr. de Narbona era su campeón en el consejo. Sus colegas Lessal y Bertrand de Molleville, veian en aquel hombre un obstáculo perenne para todos sus planes. El rey fluctuaba como siempre, sin acabar de decidirse; ya adelantando, ya retrocediendo, y en esta indecision se veia á cada instante

sorprendido por algun nuevo acontecimiento. Esta falsa posición le tenia siempre en la imposibilidad de poder resistir un choque, y de impulsar por sí mismo la marcha de las cosas.

Ademas de estos consejeros oficiales, consultaba el rey á los antiguos constituyentes Lamet, Duport, y Barnave. Este último habia permanecido en Paris algunos meses despues de la disolucion de la Asamblea, y trataba de indemnizar por medio de una adhesion sincera á la monarquia, los males que la habia ocasionado en un principio. Su espíritu habia medido la rápida pendiente á donde le habia precipitado el amor del aura popular. A este hombre le sucedió lo que á Mirabeau, á saber: que cuando quiso detenerse era ya demasiado tarde para hacerlo. Entonces se vió asediado por los terrores y por los mas agudos remordimientos. Si su intrépido corazón no temblaba por lo que á él pudiera sucederle, su ternura en favor de la reina y de toda la familia real, le inclinaba á dar al rey unos consejos en los cuales no habia sino una falta: la de que no era posible seguirlos.

Estos conciliábulos que se celebraban en casa de Adriano Duport, amigo de Barnave y oráculo de aquel partido, no servian sino para producir mayor confusion en el ánimo indeciso y vacilante del rey. La Fayette y sus amigos eran tambien entonces del mismo parecer, y La Fayette que el dia anterior dirigia aun despóticamente la opinion pública no podia persuadirse de que su época habia pasado. La guardia nacional que le era adicta creia aun en su omnipotencia política. Todos estos hombres y todos estos partidos, prestaban un secreto apoyo á Mr. de Narbona. Cortesano á los ojos de la corte, aristócrata á los de la nobleza, militar á los del ejército, popular á los del pueblo, y seductor á los de las mugeres, era el ministro universal de la esperanza pública. Solo los girondinos tenian una segunda intencion en el favor aparente que le dispensaban, que era la de engrande-

cerle para poderle precipitar desde mas alto. Mr. de Narbona, no era para ellos sino el instrumento precioso é indispensable que debia preparar su advenimiento al poder.

IV.

Apenas entró en el consejo el jóven ministro, cuando en la discusion de los negocios, y en las relaciones entre el ministerio y la Asamblea, se conoció la actividad, la gracia, la franqueza de su carácter. Su osadía la hizo atreverse á ensayar un sistema de confianza con la Asamblea, que quedó atónita al ver su abandono. Aquellos hombres suspicaces y austeros que hasta entonces no habian visto sino lazos, tendidos con mas ó menos destreza en todo los discursos que habian oído á los ministros, se dejaban seducir por el encanto que habia en los de este. No les habló nunca el lenguaje frío y oficial de la diplomacia, sino el idioma franco y cordial del patriota. Llevaba su cartera á la tribuna y aceptando generosamente la responsabilidad de todos sus actos, desenvolvía allí los dogmas mas queridos del pueblo, haciendo gala de profesarlos él mismo. Entregóse á discrecion, consiguiendo con esto que el arrojo impetuoso de su alma se comunicase aun á los hombres menos fáciles de seducir. La nacion gozaba al contemplar un aristócrata á quien sentaba tambien su traje, y que profesaba los mismos principios y tenia las mismas pasiones que ella. El ardor de su patriotismo no dejó que se resfriase aquel movimiento, que confundía en él al rey y al pueblo. Este hombre hizo prodigios de actividad en el corto tiempo de su administracion. Recorrió y puso en estado de defensa las plazas fuertes, creó ejércitos, arengó á las tropas, impidió la emigracion de la nobleza en nombre del pe-

ligro comun, nombró generales y volvió á poner en juego á La Fayette, á Rochambeau y á Luckner. Un ardor patriótico cuyo principal autor era él, se apoderó de toda la Francia. Haciendo del trono el centro nacional de la defensa del pais, logró que el rey fuese querido por la mayor parte de los franceses. Los partidos se reconciliaron en el entusiasmo de la patria. Su elocuencia era enteramente militar y tan rápida, brillante y sonora como el manejo de las armas. La efusion del corazón constituía su carácter. Ponia su alma de manifiesto ante los ojos de sus adversarios y esta confianza cautivaba á todo el mundo.

El día que fué nombrado ministro, en vez de anunciar su nombramiento dirigiendo una comunicacion oficial al presidente de la Asamblea, se presentó allí y pidió en seguida la palabra. «Vengo, dijo, á ofrecer un profundo respeto al poder popular de que estais revestidos; una firme adhesion á la Constitucion que he jurado; y un amor denodado por la igualdad y por la libertad: si, por la igualdad que aunque no tenga ya adversarios, no deja por eso de tener necesidad de celosos defensores.» A los dos dias atrajo en su favor toda la Asamblea al hablar de la responsabilidad de los ministros. «Acepto, dijo, la definicion que acaba de darse de la situacion de los ministros, diciendo que la responsabilidad quiere decir *la muerte*. No escaseeis las amenazas con respecto á nosotros, ni trateis de disminuirnos los peligros. Gargadnos sobre todo de trabas personales, pero al mismo tiempo, dadnos los medios necesarios para que hagamos que marche la Constitucion. En cuanto á mi, aprovecho esta ocasion para rogar encarecidamente á los miembros de la Asamblea, que me informen de todo cuanto crean que puede ser útil al bien público en mi administracion. Nuestros intereses y nuestros enemigos son unos mismos. Lo que debe llevarse á ejecucion no es la letra de la Constitucion sino su espíritu... ¡No hay

que contentarse solo con cumplir con el deber, lo que necesitamos principalmente es salir bien con nuestra empresa! Vosotros vereis que el ministro está convencido de que no puede salvarse la libertad por otro medio, que con vosotros, y por vosotros. Dejad por un momento de desconfiar en nosotros. No nos condeneis hasta que lo hayamos merecido; entre tanto, dadnos con confianza los medios de poder servirlos.»

Semejantes palabras, hacían impresion aun en los ánimos mas prevenidos. Se votó la impresion de este discurso y su remision á los departamentos. Para cimentar esta reconciliacion entre el rey y la nacion, Mr. de Narbona se presentó en las comisiones de la Asamblea, las comunicó sus planes, disintió con ellas las medidas que se proponia adoptar, é inclinó los espíritus con solo este paso, á interesarse en sus resoluciones.

Esta mancomunidad de gobierno era el verdadero espíritu de la Constitucion. Los demas ministros no veían en ella sino una humillacion al poder ejecutivo, y una abdicacion de la dignidad real. Mr. de Narbona, creta por el contrario que era el solo medio de reconquistar el espíritu de la nacion á favor del rey. La opinion habia disminuido las prerogativas del trono; solo ella podia reintegrarle en ellas y consolidarlo. Obrando de este modo, consiguió Mr. de Narbona hacerse un ministro enteramente popular y arrastrar tras si la opinion pública.

Cuando el emperador hizo comunicar al rey un mensaje alarmante respecto á la seguridad de las fronteras, el rey pasó personalmente á la Asamblea para enterarla de las disposiciones enérgicas que pensaba tomar. En cuanto salió Luis XVI del congreso, volvió á entrar Mr. de Narbona, y subió á la tribuna. «Voy á marchar inmediatamente, dijo, á recorrer nuestras fronteras y á inspeccionar por mi mismo lo que pasa, no porque crea fundada la desconfianza que tiene el soldado en la oficialidad, sino por que espero disiparla hablando á unos y

otros, en nombre de la patria y del rey. Diré á los oficiales, que las antiguas preocupaciones y un amor al trono, llevado mas allá de lo conveniente y justo, han podido hacer excusable su conducta por un cuanto tiempo; pero que la palabra traicion no está en el diccionario de las naciones que conocen el honor. A los soldados les diré: Vuestros oficiales continúan en las filas de la nacion, y están ligados á la revolucion por el juramento y por el honor. La salvacion del Estado depende de la disciplina de su ejército. Desde aqui, voy á entregar mi cartera al ministro de negocios estrangeros, y es tal mi confianza, y tal la que debe tener la nacion en su patriotismo, que desde ahora me constituyo responsable de todas las órdenes que dé en mi nombre durante mi ausencia.» Mr. de Narbona se mostró con este discurso tan hábil como magnánimo. El conocia interiormente que el crédito que tenía en la nacion, era suficiente para cubrir la impopularidad de su colega Lessart denunciado ya por los girondinos, y de este modo se situaba entre éstos y su víctima. La Asamblea se veía arrastrada por este hombre singular. Obtuvo pues veinte millones para los primeros aprestos, y el baston de mariscal de Francia para el anciano Luckner. La prensa y hasta los mismos clubs le aplaudieron. La decision general por la guerra, podia mas que cualquier otro resentimiento.

Solo un hombre resistía en los jacobinos este entusiasmo universal, y este hombre era Robespierre. Hasta entonces no habia sido este sino un mantenedor de ciertas ideas, un agitador subalterno, infatigable é intrépido, pero de escasa importancia entre tantos grandes nombres. Desde aquel día se convirtió en un hombre de estado. Sintió su fuerza interior, apoyó esta fuerza en un principio, y se atrevió á combatir solo ahogando por la paz. Se sacrificó sin reparar en el número de sus adversarios, y con ejercitarla, adquirió mucha mas fuerza de la que anteriormente tenía.

La cuestion de paz ó de guerra, se agitaba en los gabinetes de los príncipes amenazados por la revolucion. En los consejos de Luis XVI; en los conciliábulos de los partidos, en la Asamblea, en los jacobinos, y en la prensa periodística. El momento era decisivo. Era también evidente que las negociaciones entre el emperador Leopoldo y la Francia con motivo de las grandes reuniones de emigrados en los estados dependientes del imperio, torzaban ya á su término, y que antes de mucho tiempo, ó el emperador daría una satisfaccion á la Francia, disipando aquellas reuniones, ó esta le declararía la guerra, y con semejante declaracion atraería sobre sí las hostilidades de todos sus enemigos á la vez. Esto era un desafío en el cual la Francia arrojaba el guante á toda la Europa. Ya hemos visto que estaban por la guerra los hombres de estado, los revolucionarios, los constitucionales, los aristócratas y los jacobinos. La guerra era para todo el mundo una apelacion á la suerte; impaciente la Francia, queria que la derrota ó la victoria se pronunciasen por ella. La victoria la parecia la única salida posible á sus dificultades interiores; la derrota tampoco la asustaba. Croía en ella, y sin embargo, desafiaba á la muerte. Robespierre pensaba de otra manera muy distinta.

Este comprendió dos cosas: primera, que la guerra era un crimen gratuito con el pueblo; segunda, que aun cuando terminase felizmente perdería á la democracia. Robespierre consideraba la revolucion como la aplicacion rigurosa de los principios de la filosofia política á las sociedades. Criado, convencido y apasionado por Juan Jacobo Rousseau, el *Contrato social* era su evangelio; la guerra hecha con la sangre de los pueblos, era á sus ojos lo que será siempre á los de todo sábio, una matanza en masa, para satisfacer la ambicion de unos pocos, y solo gloriosa en el caso de ser defensiva. Robespierre no creía que la Francia se hallase en un apuro tan grande, que no pudiese salvarse por otro medio que el de abrir

aquella vena de la humanidad de donde saldría la sangre á torrentes. Convencido de la omnipotencia de las nuevas ideas cuya fé y fanatismo abrigaba en su alma, inaccesible á toda clase de intriga, no temía que algunos príncipes fugitivos y algunos miles de aristócratas emigrados, pudiesen imponer leyes á una nacion cuyo primer suspiro de libertad habia sido bastante fuerte para levantar el trono en peso, y con él á la nobleza y el clero. Tampoco pensaba que las potencias europeas desunidas ó indecisas, osasen declarar la guerra mientras no fuesen atacadas, á una nacion que proclamaba la paz. Robespierre tenia una conviccion íntima de que los ejércitos europeos serian derrotados si la perversidad de sus respectivos gabinetes llegaba hasta el extremo de intentar aquella cruzada contra la razon humana; porque creía que habia una fuerza invencible en la justicia de cualquiera causa; que el derecho aumentaba la energia de un pueblo; que su desesperacion equivalia á un buen ejército; y que Dios y los hombres estaban por el pueblo.

Pensaba además que si era del deber de la Francia el propagar á los demás pueblos las luces y los beneficios de la razon y de la libertad, el destello natural y tranquilo de la revolucion francesa sobre el resto del mundo, seria un medio de propagacion mas infalible que el de las bayonetas, que la revolucion debia ser una doctrina y no una monarquía universal fundada con la punta de la espada; y que no se debía coaligar el patriotismo de las naciones contra sus dogmas. El imperio de sus nuevas maximas estaba en las almas segun su modo de ver, y la fuerza de las ideas revolucionarias consistia en su misma luz.

Pero aun comprendió mas: comprendió, que la guerra ofensiva perdería inevitablemente á la revolucion y aniquilaría aquella república prematura de que se hablaban los girondinos, pero que él no acertaba á definir

bien todavía. Si la guerra es desgraciada, se decia aquel hombre interiormente, la Europa sofocará sin esfuerzo bajo el peso de sus ejércitos, el primer germen de ese nuevo gobierno que aunque tendrá algunos mártires que sabrán morir confesándolo, no tendrá un país donde poder renacer. Si la suerte de la guerra nos es ventajosa, el espíritu militar cómplice perenne del espíritu aristocrático, el honor, que es la religión que une al soldado al trono, y la disciplina, que es el despotismo de la gloria, ocuparán el puesto de las virtudes varoniles á que el ejercicio de la Constitución habria acostumbrado al pueblo; y este pueblo se lo perdonará todo hasta la misma esclavitud á los que le hayan salvado. El reconocimiento de una nación hácia los gefes que hayan conducido sus hijos á la victoria, es un lazo en que caen siempre los pueblos. Ellos mismos doblarán voluntariamente la cerviz para que les impongan el yugo, y sus virtudes cívicas palidecerán ante el brillo de las hazañas militares. O el ejército volverá á escudar el antiguo trono; y la Francia tendrá un Monk; ó el ejército coronará al general que tenga mas suerte, y entonces la libertad tendrá un Cromwel. En las dos hipótesis la revolución se le escapa al pueblo, y cae á merced de un soldado. Luego, salvarla de la guerra es libertarla de un lazo que se la tiende. Estas reflexiones acabaron de decidirle. Todavía no habia violencia en sus pensamientos, pero veia de lejos y veia con mucha exactitud y prevision.

Este fué el origen de su rompimiento con los girondinos. La justicia de estos era la política, y en la guerra les parecia que la habia. Con justicia ó sin ella, ellos la querian y trataban de hacerla servir de instrumento para derribar el trono, y procurar su propio engrandecimiento. Todo el mundo puede ver en esta contienda si las faltas primeras estuvieron en los demócratas ó en los hombres esencialmente ambiciosos. Este combate encarnizado que debia concluir por la muerte de ambos partidos

se abrió el 12 de diciembre en la sesión nocturna del club de los Jacobinos.

V.

«He meditado seis meses, ó por mejor decir, desde el primer día de la revolución, dice Brissot que era el alma de la Gironda sobre el partido que voy á sostener. Por la fuerza del raciocinio y por la de los hechos, he llegado á tener la convicción de que un pueblo que ha conquistado su libertad despues de diez siglos de esclavitud, tiene necesidad de guerra. La necesita para consolidar la libertad y para purgar la Constitución de los restos del despotismo, nosotros la necesitamos ahora, para hacer desaparecer á todos los hombres que pueden corromperla. Ya que tenéis fuerza para castigar á los rebeldes y para intimidar al mundo, tened tambien la audacia que para uno y otro se requiere. Los emigrados persisten en su rebelion y los soberanos extranjeros se obstinan en sostenerles. ¿Puede vacilarse en atacar á los unos y á los otros? Nuestro honor, nuestro crédito público y la necesidad de movilizar y de consolidar la revolución, nos imponen el deber de hacerlo así. La Francia quedaria deshonrada si supiese la insolente sublevación de algunos facciosos, y los ultrajes que un déspota no sufriria impunemente ni quince dias. ¿Qué quereis que piensen de nosotros? No, es preciso que nos vengamos ó que nos resolvamos á ser el oprobio de las naciones. Es indispensable que tomemos una justa venganza destruyendo esas hordas de bandidos ó que consintamos en ver perpetuarse las facciones, las conjuraciones y los miembros, y en tolerar la audacia cada dia mas insolente de nuestros aristócratas. Estos fundan sus esperanzas en el ejército de Coblenza, y tienen puesta en él toda su confianza. ¿Quereis acabar de un golpe con la aris-

toeracia? ¡Destruid á Coblentza! El gefe de la nacion se verá obligado á reinar por la Constitucion, con nosotros y por nosotros.»

Estas palabras del hombre de Estado de la Gironda hallaban eco en todos los corazones, no solo en el club de los Jacobinos sino en los puntos mas distantes del reino. Los aplausos frenéticos de las tribunas no eran sino la manifestacion de la impaciencia universal de todos los partidos, por obtener un desenlace á aquella crisis. Necesitaba Robespierre tener un alma de bronce para ir á un mismo tiempo contra sus amigos, contra sus enemigos y contra el sentimiento nacional. Esta lucha de una idea contra todas las pasiones, duró algunas semanas sin cansarle. Las grandes convicciones son infatigables, y Robespierre luchó solo, por espacio de un mes, contra todo el resto de la Francia. Sus mismos amigos hablaban con respeto de esta obstinada resistencia. Si no tenían valor para seguirle, se avergonzaban de tributarle los merecidos elogios á que la firmeza de su carácter le hacia acreedor en esta ocasion. Su elocuencia seca, verbosa y dialéctica en un principio, se fué elevando con ejercitarla tanto. Los periódicos reproducian todos los discursos de aquel hombre. «¡A ti, oh pueblo, que no tienes medios para hacerte con los discursos de Robespierre, prometo yo dártelos íntegros!» decia el *Orador del pueblo*, diario de los jacobinos. «Guarda bien las preciosas hojas que van á seguir á esta, en las que hallaras los discursos que te he dicho. Estos son obras maestras de elocuencia, que deben quedar archivadas perpetuamente en todas las familias, para enseñar á los que vengan despues de nosotros, que Robespierre ha existido para la felicidad pública; y para salvar la libertad.»

Despues de haber agotado todos los argumentos que la filosofia, la política y el patriotismo podian suministrar, contra una guerra ofensiva, comenzada bajo la ins-

piracion de los girondinos, fomentada á la sordina por los ministros, conducida por los generales aristocráticos y sospechosa al pueblo, subió Robespierre por última vez á la tribuna, en la noche del 13 de febrero para contestar á Brissot, y reasumió, en una oracion tan hábil, como patética, todo cuanto llevaba dicho anteriormente,

VI.

«¡Si, me habeis vencido! Me paso á vuestro partido, dijo con voz turbada, y pido tambien la guerra: ¡Qué digo! la pido mas terrible y mas irreconciliable que vosotros; yo no la quiero, como acto de sabiduria, de razon, ni de política, sino como último recurso de la desesperacion. La pido con una condicion, que sin duda tambien quereis vosotros, porque no me figuro, que los que han abogado por la guerra hayan querido engañarnos; la pido á muerte, heroica, y tal en fin como el genio de la libertad la declararia á todos los despolismos, tal como el pueblo de la revolucion la haria conducido por sus gefes naturales, y no como la desean quizá ciertos soldados intrigantes, ciertos ministros y ciertos generales ambiciosos, que aunque patriotas no pueden menos de infundir graves sospechas.

«¡Pues bien, franceses! ¡Vosotros, hombres del 14 de julio, que supisteis conquistar la libertad sin guías y sin gefes, venid, venid pues; formemos ese ejército que, segun vosotros decis, ha de conquistar el universo! Pero ¿dónde está el general que defensor imperturbable de los derechos del pueblo y enemigo nato de los tiranos, no respire jamás el aire emponzoñado de las córtes, y cuya virtud esté comprobada por el odio y por la desgracia en que está en aquellas; aquel general, cuyas manos puras no se hayan tenido en nuestra sangre, y que sean dig-

nas de llevar delante de nosotros la bandera de la libertad? ¿Dónde está ese nuevo Catón, ese tercer Bruto, ese héroe todavía desconocido? ¿Si alguno hay que se reconozca en los rasgos que cabo de trazar, que venga! Nosotros vamos á colocarle á nuestra cabeza.... Pero ¿en dónde está? ¿Dónde están aquellos soldados del 14 de julio, que depusieron ante el pueblo las armas que les habia entregado el despotismo? ¿Soldados de Chateaufieux! ¿En dónde estais? ¡Venid á secundar nuestros esfuerzos! Pero sería mas fácil arrancar su presa á la muerte, que sus victimas al despotismo. ¡Ciudadanos que habeis tomado la Bastilla, venid! ¡La libertad os llama y os hará la honrosa justicia de colocaros en primera fila!... ¡No respondet! ¡La miseria, la ingratitud y el odio de los aristócratas, los han dispersado! ¡Y vosotros, ciudadanos sacrificados en el Campo de Marte en el mismo acto de una confederacion patriótica, no estareis ya con nosotros! ¡Ah! ¿qué habian hecho esas mugeres y esos pobres niños que se revuelcan en su propia sangre? ¡Oh Dios, cuántas victimas! ¡Siempre del pueblo! ¡Siempre entre los patriotas mas puros! ¡Y los conspiradores poderosos respiran y triunfan! ¡Venid al menos vosotros, guardias nacionales, que os habeis consagrado mas especialmente á la defensa de nuestras fronteras en esta guerra con que la perfidia nos amenaza! ¡Venid! Pero ¿qué es esto? Todavía no estais armados. ¿Cómo! ¿Después de dos años que hace que estais pidiendo las armas, no os las han dado aun? ¿Qué digo! ¿Se os han negado hasta los uniformes, y estais condenados á andar errantes de departamento en departamento, siendo objeto del desprecio de los ministros y de la risa de los patricios, que os pasan revista para gozarse en vuestra miseria! No importa. Venid y pelearemos desnudos como los americanos.

«Pero aguardaremos para derribar los tronos á recibir las órdenes del ministerio de la Guerra? ¿Esperaremos para hacerlo la de la corte? ¿Nos mandaran esos

mismos patricios, esos eternos favoritos del despotismo en la guerra que vamos á emprender, contra los aristócratas y los reyes! No. ¡Marchemos solos! ¡pero qué es esto! Los mismos defensores de la guerra me detienen; ved ahí al señor Brissot que me dice, que es preciso que el señor conde de Narbona conduzca todo este negocio, que es preciso tambien que marchemos mandados por el señor marqués de La Fayette; y que solo al poder ejecutivo pertenece conducir la nacion á la victoria y á la libertad. ¡Ah, ciudadanos! Estas palabras han roto todo el encanto! ¡Adios victoria, adios independencia de los pueblos! ¡Si alguna vez caen los tronos de la Europa, no serán semejantes manos las que los derriben! España será aun por algun tiempo lo que ha sido hasta el dia. Leopoldo continuará siendo el tirano de Alemania y de Italia y no veremos tan pronto á Catón ni á Ciceron reemplazando en el cónclave á los papas y á los cardenales. Lo digo con franqueza, la guerra tal como yo la concebí y como acabo de proponérsela es irrealizable. Y si la guerra que debemos aceptar es la de la corte, la de los ministros, la de los patricios llamados malamente patriotas, ó la de los intrigantes, ¡ah! en semejante caso lejos de creer en la libertad del mundo, no creo ni aun en la vuestra. Lo mejor que podemos hacer es defenderla contra la perfidia de los enemigos interiores que os están meciendo para que os durmais, con esas heroicas ilusiones.

Voy á reasumirme triste y friamente. He probado que la libertad no tenia enemigo mas temible que la guerra; he probado que ésta aconsejada por hombres sospechosos, no era en manos del poder ejecutivo, sino un medio de destruir la Constitucion, y de acelerar el desenlace de una trama urdida contra la revolucion. Favorecer estos planes bajo cualquier pretexto, es asociarse á los traidores. Todo el patriotismo del mundo, todos los lugares comunes que quieren llamarse políticos no cam-

bían nada á la naturaleza de las cosas. Predicar como lo hace el señor Brissot y sus amigos la confianza que debemos tener en el poder ejecutivo, é implorar el favor del público hacia los generales, es desarmar á la revolución y desposeer á la nación de la poca vigilancia y energía que aun le resta. En la horrible situación adonde nos han conducido el despotismo, la ligereza, la intriga, la traicion y la ceguera general; yo no me aconsejo sino de mi corazón y de mi conciencia; yo no tengo consideraciones sino con la verdad, ni soy condescendiente sino con mi patria. Bien sé que algunos patriotas, censuran la franqueza con que presento el cuadro afflictivo de nuestra situación. No desconozco esta falta. ¿La verdad, no es bastante culpable solo por ser verdad? ¡Ah! con tal que el sueño sea dulce ¡qué importa el despertarse al ruido de las cadenas de la patria y en medio de la calma de la esclavitud! no turbemos, pues, la quietud de esos dichosos patriotas. No, pero que sepan que sin vértigo y sin miedo podemos medir toda la profundidad del abismo en que nos hallamos metidos. Enarbolemos la divisa del Palatino de Posnania: *prefero las borrascas de la libertad á la calma de la esclavitud*. Si el momento de la emancipacion no hubiese llegado todavía, nosotros tendríamos paciencia para aguardarle. Si la generacion presente no estuviese destinada sino á agitarse en el lodo inmundo en que la ha sumergido el despotismo, si el teatro de nuestra revolucion no debe presentar á las ojos del mundo sino una lucha continuada entre la perfidia y la debilidad, entre el egoismo y la ambicion, la nueva generacion empezará á purificar esta tierra manchada con tantos vicios. Ella nos traerá, no la paz del despotismo, ni las estériles agitaciones de la intriga, sino el fuego y el acero para incendiar los tronos y para esterminar á los tiranos. ¡Posteridad mas dichosa que nosotros; tú no nos eres desconocida? ¡Por tí desafiamos las borrascas y los lazos que nos tiende la tiranía! ¡Des-

alentados muchas veces por los obstáculos que nos cercan, concémos la necesidad de lanzarnos hácia tí! ¡Tú serás la que acabe nuestra obra, guarda tan solo en tu memoria los nombres de los mártires de la libertad! Percibiase en estos acentos el eco del alma de Rousseau.

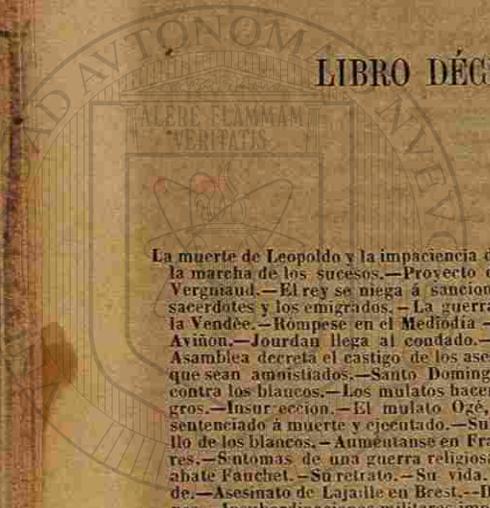
VII.

Louvet, amigo de Brissot, comprendió la fuerza del discurso de Robespierre, y subió á la tribuna para ver de convencer al hombre que contenía solo á toda la Gironda. Robespierre le dijo apostrofándole directamente, vos solo tenéis suspensa la opinion pública. Sin duda que este exceso de gloria estaba reservado para vos; vuestros discursos pertenecen á la posteridad. Ella vendrá á juzgar entre vos y yo. Pero en fin, vos os atraéis una gran responsabilidad persistiendo en nuestra opinion. Sois responsable no solo ante nuestros contemporáneos, sino tambien ante las generaciones venideras. Si, la posteridad vendrá á colocarse entre vos y yo por mas indigno que me considere por mi parte de este honor. Ella dirá: en la Asamblea constituyente, compareció un hombre inaccesible á todas las pasiones, uno de los defensores mas grandes del pueblo. Era preciso estimar y amar en él sus virtudes; era tambien preciso admirar su valor, era adorado por el pueblo, á quien habia servido constantemente, y lo que vale mucho mas es, que era digno de semejante adoracion. Abrióse de repente un precipicio. Distráido aquel hombre por las muchas cosas á que tenia que atender, creyó ver el peligro en donde no le habia, y no le vió en donde existia en realidad. Habia allí otro hombre oscuro, pero cuya atencion no estaba fija sino en el momento presente; ilustrado este hombre por otros ciudadanos, descubrió aquel peligro y no pudo decidirse

á permanecer silencioso; entonces se dirigió á Robespierre y quiso hacérselo tocar con el dedo. Robespierre volvió la cabeza á otro lado, y retiró su mano. El desconocido persistió y salvó el país....»

Sonrióse Robespierre con el desden de la incredulidad al oír estas palabras. Las súplicas de Louvet y los conjuros de las tribunas no le dejaron tomar la iniciativa en la sesión del día siguiente. Brissot volvió á entablar la cuestión de la guerra. «Suplico al señor Robespierre, dijo al concluir, que termine una lucha tan escandalosa y de la que nadie saca ventajas sino los enemigos del bien público.» «Grande ha sido mi sorpresa, exclamó Robespierre, al ver esta mañana en el periódico redactado por el señor Brissot, un pomposo elogio del señor de La Fayette. Declaro solemnemente, contestó Brissot, que no tengo ningún conocimiento de la carta inserta en el *Patriota francés*. Tanto mejor, repuso Robespierre, me encanta ver que el señor Brissot no es cómplice de semejantes apologías.» Las palabras se iban envenenando á medida que se envenenaban los corazones. El anciano Dusaulx medió en esta contienda apelando á la concordia que debía reinar entre patriotas y conjurándoles á que se abrazasen. Así lo hicieron. «Acabo de cumplir un deber fraternal que ha satisfecho mi corazón, exclamó entonces Robespierre. Todavía me queda otra deuda más sagrada que satisfacer á la patria. Todo afecto personal debe ceder ante los intereses sagrados de la libertad y de la humanidad. Yo podré fácilmente conciliarlos aquí con las consideraciones que he prometido tener á todos los que los sirven. He abrazado al señor Brissot, pero persisto en combatirlo; ¡que nuestra paz no repose sobre otra base que la del patriotismo y la virtud!» El aislamiento mismo de Robespierre probaba su fuerza é influía cada día más sobre los espíritus indecisos. Los periódicos empezaban ya á ablandarse en su favor. Marat atacaba á Brissot con sus invectivas.

tivas. Camilo Desmoulins, en unos pasquines improvisados, descubrió la vergonzosa asociación de Brissot y Morande, el deshonrado libelista de Londres. El mismo Danton, adorador ciego de la fortuna, temiendo engañarse, estaba vacilante entre los girondinos y Robespierre. Estuvo callado mucho tiempo; al fin pronunció un discurso lleno de voces sonoras, pero en el cual se conocía, bajo el énfasis de las palabras la vacilación de las convicciones y el embarazo en que se hallaba su espíritu.



LIBRO DÉCIMO.

La muerte de Leopoldo y la impaciencia de los girondinos precipitan la marcha de los sucesos.—Proyecto de mensaje presentado por Vergniaud.—El rey se niega á sancionar los decretos contra los sacerdotes y los emigrados.—La guerra civil se va preparando en la Vendée.—Rompese en el Mediodía.—Asesinato de Lescurer en Avignon.—Jourdan llega al condado.—Asesinatos de Avignon.—La Asamblea decreta el castigo de los asesinos.—Los jacobinos hacen que sean amistiados.—Santo Domingo.—Reaccion de los negros contra los blancos.—Los mulatos hacen causa comun con los negros.—Insurreccion.—El mulato Ogé, jefe de la insurreccion, es sentenciado á muerte y ejecutado.—Sublevacion general.—Degüello de los blancos.—Aumentanse en Francia los desórdenes interiores.—Síntomas de una guerra religiosa.—Alborotos de Caen.—El abate Panchet.—Su retrato.—Su vida.—Reaccion realista en Mende.—Asesinato de Lajaille en Brest.—Desórdenes en las guarniciones.—Insubordinaciones militares impunes.—Los suizos de Chateaufieux.

I.

En tanto que pasaban estas cosas en los Jacobinos, los periódicos, ecos permanentes de los clubs, sembraban por todas partes en el pueblo las mismas ansiedades y la misma indecision. La diplomacia sorda del gabinete de las Tullerías y la del emperador Leopoldo trataban en vano de dilatar el desenlace de esta crisis, é iban á quedar burladas por la impaciencia de los girondinos y

por la muerte del emperador. Este príncipe filósofo iba á descender al sepulcro llevandose consigo todos los deseos de conciliacion y todas las esperanzas de paz. El solo contenia toda la Alemania. Mr. de Narbona burlaba con demostraciones públicas las negociaciones secretas de su colega Mr. de Lessart, para contemporizar y para hacer que todas las disensiones entre la Francia y el resto de la Europa se terminasen en un congreso.

El comité diplomático de la Asamblea, impulsado por Narbona y lleno de girondinos, proponia ya resoluciones decisivas. Este comité establecido por la Asamblea constituyente y dominado por el elevado pensamiento de Mirabeau interpelaba á los ministros sobre todas las relaciones exteriores. Corrido así el velo de la diplomacia, rotas las negociaciones, y siendo imposibles las transacciones y las combinaciones, los gabinetes europeos eran citados continuamente en la tribuna francesa. Los girondinos, principales agitadores de aquel comité en la época de que tratamos, no tenian ni las luces ni la reserva necesarias para manejar sin romperlos los hilos de una diplomacia complicada. Un discurso era para ellos de mas estima que una negociacion. Poco les importaba el ruido que podia hacer su palabra en los gabinetes extranjeros, con tal que sonase bien en el salon de sesiones y en las tribunas. Por otra parte querian la guerra, y se hallaban hombres de Estado con solo romper de un golpe la paz de la Europa. Estraños á la política, se reputaban hábiles porque no tenian escrúpulos. Afectando la indiferencia de Maquiavelo, ellos se figuraban tener ya su profundidad.

Una comunicacion del emperador Leopoldo de fecha 21 de diciembre, dió pretexto para una esplosion en la Asamblea. «Los soberanos reunidos de comun acuerdo, decia el emperador, para mantener la tranquilidad pública y para sostener el honor y la seguridad de las coronas...» Estas últimas palabras conmueven todos los

espíritus y ya no se trata sino de descifrar su verdadero sentido. ¿Cómo es, dicen, que el emperador, cuñado y aliado de Luis XVI le habla ahora por primera vez de este concierto formado entre los soberanos? ¿Y contra quien puede ser esto á no ser contra la revolucion! ¿Cómo los ministros y los embajadores de la revolucion habian ignorado hasta ahora que existiese? Si lo habian sabido, ¿por qué se lo habian ocultado á la nacion? ¿Luego habia una doble diplomacia que trabajaba en contra de la otra? ¿Luego el comité austriaco no era un sueño de los facciosos? ¿Luego habia en la diplomacia oficial impericia ó traicion, ó quizá ambas cosas á la vez? Hablábase del congreso proyectado y los miembros de la Asamblea se preguntaban si era posible que fuese otro su objeto que el de imponer modificaciones á la Constitucion francesa. Aquellos hombres se indignaban con solo pensar que hubiese que suprimir ni una sola letra de la Constitucion para acceder á las exigencias de la Europa monárquica.

II.

En medio de esta agitacion de los espíritus fué cuando Gensonné, individuo del comité diplomático, presentó en nombre de aquel un informe sobre el estado de nuestras relaciones con el emperador. Gensonné, Guadet y Vergniaud, compatriotas y amigos, fueron nombrados diputados en un mismo dia, y luego formaron aquel triunvirato de talento, de opinion y de elocuencia que despues se llamó la Gironda. Una dialéctica obstinada y una ironia áspera y mordaz eran los dos caracteres distintivos del talento de Gensonné. Sus pasiones revolucionarias eran fuertes, pero razonadas.

Antes de entrar en la Asamblea habia ido comisionado en union de aquel Dumouriez que luego se hizo tan

célebre, á estudiar el espíritu de las poblaciones de los departamentos del Oeste, para ver que medidas podrian adoptarse para la pacificacion de aquellas comarcas agitados por las contiendas religiosas. Su informe luminoso y digno, propendia á la tolerancia y á la libertad, esos dos grandes tópicos de las conciencias. Ahora se hallaba decidido, como todos los girondinos, á llevar la revolucion hasta su forma estrema y definitiva, que es la república. Sin embargo, no estaba impaciente por derribar el trono constitucional, con tal que el gobierno estuviese en manos de su partido.

Ligado por amistad al ministro Narbona, sus detractores le han acusado de haberse vendido á él. No hay motivo ninguno que legitime semejante sospecha. Si el alma de los girondinos no estaba exenta de ambiciones y de intrigas, sus manos fueron siempre puras y la corrupcion no tuvo entrada en su corazon. Gensonné en su informe en nombre de la comision se proponia á sí mismo dos cuestiones: primera, ¿cual era nuestra situacion con respecto al emperador? Segunda, su último oficio debia ser mirado como una hostilidad, y en tal caso, ¿era preciso acelerar atacándole, el instante de un rompimiento inevitable?

Nuestra situacion respecto al emperador se respondia, es el interés francés sacrificado á la casa de Austria, nuestro dinero y nuestra sangre prodigados por ella, y nuestras alianzas interrumpidas. ¿Y qué pruebas de correspondencia se nos ha dado? Voy á deciroslo, nuestra revolucion ha sido insultada, nuestra escarapela profanada, las reuniones de emigrados han hallado proteccion en todos los estados dependientes del imperio, y finalmente segun confiesa el mismo emperador está de acuerdo con otras potencias para venir contra nosotros. Cuando desde el seno del Luxemburgo nos amenazan nuestros príncipes con una invasion inminente, jactándose de que están apoyados por las potencias, el Austria calla

y sanciona con su silencio las amenazas de nuestros enemigos. Cierzo es que de cuando en cuando afecta condeñar las manifestaciones que son hostiles á la Francia; pero estas reconvencciones convenidas, no son sino una hipocresía de paz. La escarapela blanca y el uniforme contrarevolucionario, se llevan sin ningun rebozo en los estados austriacos, y en tanto nuestros colores nacionales no están permitidos allí.

Cuando el rey ha amenazado al elector de Tréveris diciendo que iria á dispersar aquellas reuniones que nos amenazaban, el emperador ha mandado al general Bender que fuese á socorrer al elector. Aun es esto poco: en la conferencia de Pilnitz, el emperador declara en union del rey de Prusia, que ambas potencias se entenderán con las demas córtes de Europa tocante á los negocios de Francia, y que en caso de guerra se auxiliarán reciprocamente. Asi queda demostrado que el emperador ha violado el tratado de 1756, contratando alianzas sin saberlo la Francia: queda tambien demostrado que él mismo se ha constituido en centro y motor principal de un sistema anti francés. ¿Cual puede ser su objeto como no sea intimidarnos y dominarnos para atraernos insensiblemente á un congreso, en el que se nos obligue á admitir modificaciones vergonzosas, en las nuevas instituciones que nos habemos dado?

Quizá esta idea habrá nacido en el seno de la Francia, quizá algunas inteligencias secretas hacen esperar al emperador que no se alterará la paz bajo semejantes condiciones. Se empaña: el momento en que el fuego de la libertad abraza los corazones de veinte y cuatro millones de almas, no es el mas á propósito para que los franceses consientan en una capitulacion, á la cual preferiran la muerte. Nuestra situacion es tal, que la guerra que en tiempos normales es uno de los azotes mas terribles de la humanidad, hoy en nuestro pais es hasta útil para el bien público. Esta crisis saludable elevará al

pueblo á la altura de su destino, le volverá su euergía primitiva, restablecerá nuestro crédito y sofocará todo germen de disension intestina. En una situacion analoga el gran Federico no rompió la liga formada por la córte de Viena, sino adelantándose á tomar la iniciativa. Nuestra comision diplomática os propone que aceleréis los preparativos de guerra: un congreso seria vergonzoso; la guerra es necesaria, la opinion pública la provoca, la salvacion pública la ordena.

El informante concluia pidiendo al emperador esplicaciones claras y terminantes, y que en el caso de que estas esplicaciones no llegasen antes del 10 de febrero se considerase aquella negativa como una hostilidad.

III.

Apenas acabó su lectura cuando Guadet que presidia aquel dia la Asamblea, subió á la tribuna para comear el informe de su colega y amigo. Guadet, hijo de San Emilion, pueblo de las inmediaciones de Burdeos, era ya un abogado célebre antes de llegar á la edad en que los hombres suelen adquirir nombradía. Aguardado impacientemente por la tribuna política, llegó en fin á la Asamblea legislativa. Discipulo de Brissot, menos profundo, tan valiente y mas elocuente que él, unido intimamente á Gensonné y á Vergniaud, todos de una misma edad, de un mismo pais y de las mismas pasiones, dotado de un alma enérgica y de una palabra seductora, tan propio para resistir á los movimientos de una asamblea popular, como para precipitarla hácia un desenlace definitivo, manifestaba todos estos dones de la inteligencia en una de esas fisonomias meridionales, en las cuales se enciende la pasion con el mismo fuego del discurso.

«Acaba de hablarse de un congreso, dijo, ¡qué infa-

me complot es el que se arma contra nosotros, y hasta cuando sufriremos que se nos fatigue con esas maniobras y se nos ultraje con esas amenazas! Han pensado bien esos hombres en lo que traman! La sola idea de la posibilidad de una capitulación de la libertad, podría llevar hasta el crimen á los descontentos, y antes que todo es preciso evitar los crímenes. Enseñemos, pues, á todos esos príncipes, que la nación está resuelta á mantener íntegra su Constitución ó á perecer en masa con ella. En una palabra, ¡señalemos de antemano su sitio á los traidores y que este sitio sea el cadalso! Propongo que se decrete ahora mismo que la nación mira como traidores, infames á la patria y culpables del crimen de lesa nación, á todos los agentes del poder ejecutivo, á todos los franceses (varias voces, *á todo legislador*) que tomen parte directa ó indirectamente en un congreso cuyo objeto sería, obtener una modificación en la Constitución ó mediar entre la Francia y los rebeldes.»

A estas palabras la Asamblea se levantó cual si fuese un solo hombre. Todos los diputados estendieron el brazo derecho con la mano abierta, en la actitud de quien va á prestar un juramento. Las tribunas unieron sus aplausos á los de la sala, y el decreto se votó.

Mr. de Lessart á quien el gesto y las reticencias de Guadet parecían haber designado como víctima á las sospechas del pueblo, no quiso cargar sobre sí el enorme peso de aquellas terribles alusiones. «Se ha hablado, dijo, de los agentes políticos del poder ejecutivo, yo debo declarar que no reconozco en nadie el derecho, ni sé que nadie pueda estar autorizado á sospechar con fundamento de su fidelidad. En cuanto á mí me contentaré con repetir las palabras de uno de mis colegas en el ministerio, palabras que yo adopto como si fuesen mías.» ¡La Constitución ó la muerte! Mientras que Gensonné y Guadet sublevaban la Asamblea en esta escena concertada antes, Vergniaud sublevaba la multitud con la proclama

dirigida al pueblo francés, y repartida con profusión entre las masas. Los girondinos calcaban á Mirabeau. Acordábanse del efecto que habia producido dos años antes el proyecto de message dirigido al rey para que licenciase las tropas.

«¡Franceses! dice Vergniaud. La guerra con todo su formidable aparato amenaza vuestras fronteras. Se habla de un complot contra la libertad. Vuestros ejércitos se reunen, y grandes movimientos agitan el imperio. Unos sacerdotes sediciosos preparan en el secreto de las conciencias y hasta en los mismos pulpitos una sublevación general contra la Constitución. Las leyes marciales eran necesarias. Desde entonces nos habian parecido justas... pero no habiamos logrado sino hacer brillar un momento la cuchilla á los ojos de la rebelion. El rey se ha negado á sancionar nuestros decretos. Los príncipes de Alemania hacen de su territorio una guarida de conspiradores perpétuos contra vosotros. Ellos protegen las maquinaciones de los emigrados, y les dan asilo, oro, armas, caballos, y municiones. ¡Llevar todo esto con paciencia es suicidarnos! ¡Ah! No cabe duda que habeis renunciado á las conquistas, pero no habeis prometido sufrir pacientemente tan insolentes provocaciones. Vosotros habeis sacudido el yugo de vuestros tiranos y ciertamente que no lo habeis hecho para ir á doblar la rodilla ante los déspotas extranjeros. Con todo debeis estar muy alerta porque os hallais rodeados de lazos; se trata de conducirnos por medio del disgusto ó del cansancio á un estado de languidez que enerve vuestro valor. Bien pronto quizá se tratará de darle una direccion siniestra y de estraviaros. Se trata ademas de separaros de nosotros; para ello se sigue el plan de calumniar á la Asamblea nacional y de acriminar á la revolucion. ¡Evitad con cuidado esos pánicos terrores! Rechazad con indignacion á esos impostores que, cubriéndose con un celo hipócrita al mismo tiempo que afectan ser amantes de la

Constitucion, no cesan de hablaros de *Monarquía*. ¡La *Monarquía* para ellos, es la contrarrevolucion! ¡La *Monarquía* es la *nobleza*! ¡La contrarrevolucion quiere decir, el diezmo, la feudalidad, la Bastilla, los grillos y los verdugos para castigar los sublimes impulsos de la libertad! ¡Quiere decir igualmente, los satélites extranjeros en lo interior del Estado; la bancarrota que devore vuestros asignados, vuestra fortuna privada y la riqueza nacional. Los furiosos del fanatismo, los de la venganza, los asesinos, el saqueo, el incendio, y finalmente el despotismo y la muerte disputándose, entre arroyos de sangre y sobre montones de cadáveres, el imperio de vuestra desgraciada patria! ¡*Nobleza* quiere decir dos clases distintas de hombres: la una para la grandeza y la opulencia, la otra destinada á sufrir la miseria y la bajeza! La primera, dispuesta á apoyar la tiranía; la segunda, sin otro porvenir que la mas dura esclavitud! ¡*Nobleza, ah!* Esta sola palabra es una injuria para la especie humana.

«Y sin embargo, por asegurar el éxito de estas conspiraciones se pone toda la Europa en movimiento contra vosotros. ¡Pues bien! es preciso destruir estas esperanzas criminales, por medio de una declaracion solemne. Si, los representantes de la Francia, libres, y unidos íntimamente á la Constitucion, se verán sepultados bajo sus ruínas, antes que se logre, hacerles acceder á una capitulacion indigna de ellos y de vosotros. ¡Reunios! ¡tranquilizaos! Se trata de sublevar las naciones contra vosotros; pero no se sublevará sino á los principes. El corazon de los pueblos es vuestro. Vosotros abrazais su causa al defender la vuestra. Tened odio á la guerra, esta es el mayor crimen que pueden cometer los hombres y el azote mas terrible de la humanidad; pero toda vez que se os fuerza á ella, seguid el curso de vuestros destinos. ¡Quién es capaz de preveer hasta donde llegará el castigo de los tiranos, que os obligan á tomar las armas!»

De este modo aquellos tres votos conjurados, se unian para lanzar á la nacion en la guerra.

IV.

Las últimas palabras de este escrito presentaban con bastante claridad al pueblo la perspectiva de una república universal. No eran menos ardientes los constitucionales en dirigir las ideas de la nacion hácia el mismo fin, es decir, hácia la guerra. Mr. de Narbona al volver de su rapido viage, tranquilizó á la Asamblea tanto sobre el estado del ejército, como sobre el de las plazas fortificadas. En su discurso alabó á todo el mundo. Presentó á la patria al jóven Mateo de Montmoreney, hombre el mas hermoso de Francia, como de un carácter mas noble todavía que su nombre, y como el simbolo de la aristocracia, sacrificándose á la libertad. Afirmó que el ejército no se separaba, en su adhesion á la patria, á la Asamblea del rey. Elogiaba sobre todo á los gefes de las tropas; nombró para mandar el ejército del Norte á Rochambeau, á Belhier, para Metz, á Biron para Lille y á Luckner y La Fayette para el Rhin. Habló de los planes de campaña concertados entre estos generales, segun orden que para ello habian recibido del rey. Enumeró los guardias nacionales que estaban dispuestos á formar la segunda línea del ejército activo y solicitó que se les armase inmediatamente. Pintó á aquellos voluntarios como hombres que daban al ejército el carácter mas imponente, á saber: el de la fuerza y el de la voluntad nacional. Respondió de los oficiales que habian prestado juramento á la Constitucion y trató de vindicar á los que no habian querido hacerlo de la nota de traidores, y animó á la Asamblea á no desconfiar en los dudosos: «la desconfianza, dijo, es en estos tiempos borrascosos el mas natural,

pero tambien el mas peligroso de los sentimientos. La confianza compromete. Le importa mucho á un pueblo manifestar que no puede tener sino amigos. » Despues de esto, dió cuenta de las fuerzas que tenia la nacion, que consistian en ciento veinte mil infantes y veinte mil caballos, todos dispuestos á entrar en campaña inmediatamente.

Este informe apoyado por Brissot en su periódico, alabado y aplaudido por los girondinos en la Asamblea, no dejó ya ningún pretexto á los que querian diferir la lucha. La Francia conocia sus fuerzas en el exceso de su ira, y nada podia ya contenerla. La impopularidad del rey iba en aumento, y su indecision irritaba cada día mas los ánimos. Dos veces habia detenido ya con el *veto* los efectos de las enérgicas medidas decretadas por la Asamblea. Las dos cosas sobre que habia recaído aquel, eran el decreto contra los emigrados y el que conminaba á los sacerdotes no juramentados. Estos dos *vetos*, de los que el uno le era inspirado por su honor y el otro por su conciencia, eran dos armas terribles que la Constitucion habia puesto en su mano, y de las cuales no le era posible usar sin herirse. Los girondinos se vengaban de su resistencia, imponiéndole la guerra contra sus hermanos, los príncipes, y contra el emperador, á quien suponian cómplice suyo.

Los libelistas y los periodistas jacobinos presentaban continuamente al pueblo los dos *vetos*, como otras tantas traiciones. Las turbaciones de la Vendée se achacaban á complicidad secreta entre el rey y un clero rebelde. En vano el departamento de Paris, compuesto de hombres que respetaban las conciencias tales como Mr. de Talleyrand, Mr. de La Rochefoucauld y Mr. de Beaumet, presentaron al rey una peticion en la cual los verdaderos principios de libertad protestaban contra lo arbitrario de la inquisicion revolucionaria de una multitud de contrapeticiones que llegaban de todos los departamentos.

Mucho tiempo hacia que el estado del reino estaba en armonia con el de Paris. En los departamentos no se veia otra cosa que alborotos, disturbios, denuncias y motines. Todos los correos traian noticias de nuevos escándalos, de nuevas peticiones sediciosas, de nuevos motines y de nuevos asesinatos. Los clubs establecian otros tantos centros de resistencia á la Constitucion, cuantos cantones habia en el imperio.

La guerra civil que se preparaba en La Vendée, se abrió por los asesinados de Aviñon.

V.

Esta ciudad y el condado, reunidos á la Francia por el último decreto de la Asamblea constituyente, habian quedado desde aquella época en un estado el mas favorable á la anarquía. Los partidarios del gobierno papal y los de la reunion á la Francia, luchaban allí en una alternativa de esperanza y de temor, que prolongaba y envenenaba cada día mas los odios que reciprocamente se tenian. El rey, por un escrúpulo religioso, habia emprendido por largo tiempo la ejecucion del decreto de reunion. Temeroso de usurpar á la iglesia sus dominios tardaba en decidirse, y estas dilaciones impolíticas daban lugar á los crímenes.

La Francia estaba representada en Aviñon por unos mediadores. La autoridad provisional de estas, estaba apoyada por un destacamento de tropas de línea. El poder reposaba en la dictadura de la municipalidad. La poblacion agitada y apasionada se dividia en dos partidos, el uno francés ó revolucionario; el otro opuesto á la reunion á la Francia, y á la revolucion. El fanatismo religioso de uno de estos partidos, y el entusiasmo exagerado del otro por la libertad, les inducian á cometer los

mismos crímenes. El ardor de la sangre, la sed de venganza particular y el fuego del clima, avivaban mas las pasiones civiles de todos. Las violencias de las repúblicas italianas debían volverse á reproducir en las costumbres de esta colonia italiana, de esta sucursal de Roma situada á orillas del Ródano. Cuanto mas pequeños son los estados, tanto mas atroces son en ellos las guerras civiles. Las opiniones encontradas se convierten en odios personales; las batallas allí no son sino asesinatos. Aviñon preluaba ya los que iba á cometer en masa empezando por alguno que otro parcial.

El 16 de octubre empezó á notarse una agitacion sor-da, y á formarse multitud de grupos compuestos en su mayoría de gentes del pueblo, enemigas de la revolucion. Las paredes de las iglesias se hallaron desde muy temprano cubiertas de pasquines, incitando al pueblo á sublevarse contra la autoridad provisional del ayuntamiento. Contábase una porcion de milagros ridiculos con los que se trataba de persuadir al vulgo ignorante, que el cielo reclamaba pronta venganza de los atentados cometidos contra la religion. Uno de los que corrian mas acreditados era, que una imágen de la Virgen, por la que el pueblo tenia gran veneracion y que estaba en la iglesia de los Franciscanos, se habia puesto encarnada al ver las profanaciones de su templo, y habia derramado lágrimas de dolor y de indignacion. Criado el pueblo en estas supersticiones bajo el gobierno papal, se habia dirigido en masa á los Franciscanos para vengar la causa de su Soberana Patrona. Animado por las exortaciones de los fanáticos, y confiado en la intervencion divina, el tropel salió de los Franciscanos y aumentándose por instantes, marchó desde allí á las murallas, volvió los cañones hácia la ciudad y se diseminó por las calles pidiendo la caída del gobierno. El desgraciado Lescuyer, notario de Aviñon y secretario del ayuntamiento fué designado particularmente al furor de aquellos hordas, que

arrancándole violentamente de su casa, le llevaron arrastrando desde ella hasta el altar de los Franciscanos, donde le sacrificaron á palos y á sablazos, dejándole como víctima espitatoria á los pies de la imágen ofendida. La guardia nacional y un destacamento que salió del fuerte con dos piezas de artilleria, dispersaron el pueblo y recogieron el cadáver de Lescuyer. Pero las cárceles de la ciudad habian sido forzadas, y los malvados que estaban en ellas se unieron á los amotinados, dispuestos á secundarlos en sus asesinatos. Eran de temer unas horribles represalias, y sin embargo, los mediadores ausentes de la ciudad se dormían en medio del peligro, ó hacian como que no lo veían. Es indudable que habia inteligencias secretas entre los agitadores de los clubs de París y los revolucionarios de Aviñon.

VI.

Uno de estos hombres-hienas que parece que olfatean la sangre y que presagian el crimen, llegaba entonces á Aviñon procedente de Versalles. Llamábase este hombre Jourdan, pero debe cuidarse de no confundirle con otro revolucionario del mismo nombre hijo de Aviñon. El que ahora nos ocupa, habia nacido en aquellas áridas y calcinadas montañas del Mediodia, en donde hasta los mismos animales son mas feroces que en otras partes. Este hombre habia sido alternativamente carnicero, herrador, contrabandista en las gargantas que separa la Saboya de la Francia, soldado, desertor, mozo de caballos, y finalmente tabernero en uno de los arrabales de París, y en estos oficios y ocupaciones habia adquirido todos los vicios de la mas hedionda hez del populacho. Los primeros asesinatos cometidos por el pueblo en las calles de París, habian puesto de manifiesto que la verdadera pasion

de este hombre era la del asesinato. Despues de cometido éste y para hacerle todavía mas deshonroso, se presentaba en el sitio de la carniceria á despedazar las víctimas, de lo cual se vanagloriaba. Este mónstruo puede decirse que era un verdadero carnicero de hombres. El era el que habia introducido sus manos en el pecho y arrancado de allí los corazones de Mrs. Foulon y Berthier. El, el que habia cortado la cabeza á los dos guardias de corps, Varicourt y Huttes, el 6 de octubre en Versalles; el que habia vuelto á París con ellas, puestas en una pica y el que echaba en cara al pueblo que se hubiese contentado con tan poco, y que le hubiese hecho venir para no cortar mas que dos cabezas. Este malvado contaba poder saciar mejor su sed de sangre en Aviñon, y por eso se trasladó allí.

Habia en dicha ciudad un cuerpo de voluntarios conocidos bajo el nombre de ejército de Vaucluse, formado de la hez de aquellas comarcas, y mandado por un tal Patrix. Asesinado éste por sus soldados, cuyos excesos queria moderar, Jourdan fué nombrado para reemplazarle por derecho de sedicion y de maldad. Aquellos mal llamados soldados, á quienes se echaba en cara sus atropellos y asesinatos, semejantes á los pillos de Belgica y á los *sans-culotes* de París, tenían el insulto á gloria y ellos mismos se titulaban los valientes bandidos de Aviñon. Colocado Jourdan á la cabeza de aquella canalla, asoló é incendió el Condado, situó á Carpentras, y finalmente fué rechazado con pérdida de quinientos hombres, replegándose á Aviñon, que aun estaba preocupado y estremecido con el recuerdo del asesinato de Lescuyer. Jourdan se presentó entonces á ofrecer su brazo y el de sus soldados á la venganza del partido francés. En la jornada del 20 de agosto, Jourdan y sus soldados cerraron las puertas de la ciudad, se esparcieron por las calles, rodearon las casas de los que eran señalados como enemigos de la revolucion, y arrancaron de ellas á la fuer-

za, sin distincion de sexo ni de edad, á cuantos las habitaban, encerrándolos en seguida en Palacio. Llegada la noche, los asesinos derriban las puertas y sacrifican á aquellas victimas desarmadas y suplicantes, sirviéndose de barras de hierro para llevar á cabo esta atrocidad. En vano aquella multitud de hombres, de mugeres y de niños reclama auxilio dando horribles y lamentables gritos. La ciudad oye el ruido de la matanza, pero no se atreve á dar socorro á sus hermanos, porque el mismo horror del crimen hiela la sangre en las venas de todos los ciudadanos. Los asesinos preludian la muerte de las mugeres por medio de irrisiones y de indecencias que la hacen mas horrorosa, y el asesinato de estas infelices empieza por martirizar su pudor. La risa, las lágrimas, el vicio, la sangre, la lujuria y la muerte se confunden en aquella horrorosa escena. Cuando no queda nada que matar se mutilan los cadáveres y se barre la sangre en los patios para hacerla salir por las letrinas de Palacio. Los restos mutilados se llevan al pozo de la nieve, se tapia éste, y así se pone en él el sello de la venganza popular. Jourdan y sus satélites ofrecen el homenaje de esta noche á los mediadores franceses y á la Asamblea nacional. Los malvados de París admiran y encomian el hecho de aquellos caribes. La Asamblea se estremece de indignacion, recibe aquel crimen como un ultraje, y el presidente se desmaya al leer la relacion de lo que habia pasado en la funesta noche de Aviñon. Decrétase en seguida la prision de Jourdan y de sus cómplices, pero aquel logra evadirse. Perseguido por los franceses se mete á escape en el rio Sorgue. Un soldado lanza su caballo tras él, le alcanza en mitad del rio, se echa el fusil á la cara para concluir con él, pero no sale el tiro. Sin embargo, se logra cogerle, se le ata inmediatamente, y el suplicio le aguarda. Entonces los jacobinos imponen á los girondinos la amnistia de los asesinatos de Aviñon. Jourdan, seguro de la impunidad y enorgullecido de su crimen, vuelve á

comparecer allí para sacrificar á los que le habian denunciado.

La Asamblea se estremece por un momento á la vista de aquella sangre, pero despues se apresura á volver la cabeza á otro lado por no verla. La impaciencia que tenia por reinar sola, no la daba lugar para tener compasion. Habia por otra parte entre los girondinos y los jacobinos una emulacion y una rivalidad por colocarse á la cabeza de la revolucion que hacian temer á cada uno de los partidos que el otro se le adelantase y llegase á obtener el mando supremo antes que él. Ni los cadáveres eran ya suficientes para contener el impetu de cada uno de estos partidos, y un llanto muy prolongado, por justo que fuese el motivo que lo causaba, hubiera podido pasar por debilidad.

VII.

Las victimas iban aumentándose cada día, y los desastres se sucedian sin interrupcion. Parecia que el imperio iba á desplomarse y caer sobre sus moradores. La rica colonia francesa de Santo Domingo nadaba en sangre, y la Francia recibió el castigo de su egoismo. La Asamblea habia proclamado la libertad de los negros, pero esto lo habia hecho solo por ser consecuente en sus principios, mas la esclavitud subsistia de hecho, á pesar de haberse abolido de derecho. Mas de trescientos mil esclavos hacian el servicio de animales de carga, en beneficio de algunos miles de colonos, y estos infelices eran comprados, vueltos á vender, y muchas veces mutilados cual si fuesen de una especie distinta de la nuestra. Por especulacion estaban fuera de la ley política y religiosa. Nada poseian en propiedad, y les estaba prohibido casarse, privándoles de este modo del goce de ser

padres y de verse respetados, cuando menos en el seno de sus familias. Degradándoles del estado de hombres, se conservaba el derecho de tratarlos como brutos. Si favorecidos por la codicia de algunos amos llegaba á celebrarse uno que otro casamiento entre estos hombres, cuyo único delito es ser de distinto color que nosotros, los hijos que naciaian de esta union venian ya al mundo marcados con el sello de la esclavitud, y pertenecian al dueño de sus desgraciados progenitores, ó á cualquiera que quisiese comprarlos, porque rompiendo sin el menor escrúpulo los santos lazos de la naturaleza se les separaba de los que les habian dado el ser, como se hace con los animales para venderlos públicamente. Asi se destruian los eslabones con que Dios ha formado la cadena de la humanidad, sin que esperimentasen el menor remordimiento los perpetradores de tan horroroso atentado contra la naturaleza.

Este crimen en masa y este embrutecimiento sistemático no carecia de apologistas. Negábanse sus facultades humanas á los negros, haciendo de ellos una raza intermedia entre el espíritu y la carne, y se llamaba tutela necesaria y conveniente el infame abuso de fuerza que se ejercia sobre aquella raza inerte y servil. A los tiranos no les han faltado nunca sofistas que apoyen su tiranía. Por otra parte, los hombres compasivos con sus semejantes que como Gregoire, Rainal, Barnave, Brissot, Condorcet y La Fayette habian abrazado la causa de la humanidad, y formando la *Sociedad de los amigos de los negros*, lanzaban sus principios sobre las colonias, mas bien como una venganza que como un acto de justicia. Estos principios estallaban sin preparacion y sin ninguna especie de prevision en aquella colonia, en donde la verdad y la justicia no hallaban otro medio de revindicar sus derechos que el de la insurreccion. La filosofia proclama los principios, la política los administra; los amigos de los negros se habian contentado con procla-

marlos. La Francia no tenia valor para desposeer á sus colonos de lo que hasta entonces se habia considerado como una propiedad, y carecia de la grandeza de ánimo suficiente para indemnizarlos de aquella pérdida. La nacion habia conquistado la libertad para ella sola, y debería, como todavia difiere en el momento actual, la reparacion del crimen de la esclavitud en sus colonias. ¿Debia admirarse de que los esclavos tratasen de hacerse justicia por sus propias manos, ni de que una libertad inútilmente proclamada en Paris se convirtiese en una insurreccion en Santo Domingo? Toda iniquidad consentida por una sociedad libre en beneficio de los opresores, se convierte en cuchilla que ella misma pone en manos de los oprimidos. El derecho es la mas peligrosa de cuantas armas se conocen. ¡Desgraciado del que la pone á disposicion de sus enemigos!

VIII.

En Santo Domingo se hallaba la prueba convincente de lo que acabamos de decir: cincuenta mil esclavos negros se habian sublevado en una noche instigados y mandados por mulatos ú hombres de color. Estos hombres, raza intermedia procedente de la union entre negros y blancos no eran esclavos, pero tampoco eran ciudadanos. Eran una especie de libertos que participaban de los defectos y de las virtudes de las dos razas. Tenian el orgullo de los blancos y la degradacion de los negros: raza vacilante que pronunciándose alternativamente por los unos ó por los esclavos, debia producir aquellas terribles oscilaciones que conducen inevitablemente al trastorno y á la ruina completa de la sociedad. Los mulatos, que tambien poseian esclavos, habian empezado por hacer causa comun con los colonos, y por oponerse con mas

tenacidad que ellos á la emancipacion de los negros. Hallándose mas inmediatos á la esclavitud, defendian con mas ardor la parte que les habia cabido de tiranía. Asi es el hombre; nadie es mas propenso á abusar de su derecho que el que acaba de conquistarlo, y no hay peores tiranos que los esclavos, ni hombres mas orgullosos que los advenedizos.

Los hombres de color tenian todos los vicios de los advenedizos de la libertad. Mas cuando notaron que los negros los despreciaban porque eran mestizos; que la revolucion no habia borrado los matices de la piel y las preocupaciones injuriosas que se tenian contra los hombres de su color; cuando vieron que de nada les servia reclamar el ejercicio de los derechos civicos que los colonos les disputaban, pasaron con la lijereza y con el ardor de su carácter de un partido al otro, é hicieron causa comun con la raza oprimida. La costumbre del mando, sus bienes, sus conocimientos, su energia y su audacia les llamaban á ser los gefes naturales de los negros. Fraternalizaban con estos y tenian mucha popularidad entre ellos á causa del mismo color de que no hacia mucho tiempo habian tenido que avergonzarse entre los blancos. Los mulatos fomentaron en secreto el germen de la insurreccion en los conciliábulos nocturnos de los esclavos, y estableciendo al mismo tiempo una correspondencia secreta con los amigos de los negros que residian en Paris. La primer arma de que se sirvieron los mulatos para conseguir su intento fué esparcir con profusion en los ingenios de azúcar los discursos y demaséritos que enseñaban desde Paris sus deberes á los colonos y revelaban derechos imprescriptibles á los esclavos. Comentados estos derechos por la venganza fueron bien pronto el catecismo de las miserables habitaciones de los negros. Los blancos temblaron y el terror les hizo cometer violencias. La sangre del mulato Ogé y de sus cómplices, derramada por Mr. Blanchelande, gobernador

y presidente del consejo colonial de Santo Domingo, sembró la desesperacion é incitó á la sublevacion en todas partes.

IX.

Ogé, comisionado en París por los hombres de color para hacer valer sus derechos cerca de la Asamblea constituyente, habia contraido relaciones con Brissot, con Raynal y con Gregoire, y se habia afiliado en la sociedad de los amigos de los negros. Desde allí pasó á Inglaterra, en donde conoció y se hizo amigo del piadoso y filantrópico Clarkson. Estos dos hombres planteaban entonces la causa de la emancipacion de los negros y eran los primeros apóstoles de aquella religion de la humanidad, que no cree poder elevar hacia Dios unas manos puras en tanto que exista en aquellas manos un cabo de la cadena que tiene á una raza humana en la esclavitud y en la degradacion. El trato con aquellos hombres de bien dilató el alma de Ogé. Este habia venido á Europa solo para defender los intereses de los mulatos, pero en cuanto se vió en París abrazó la causa santa y liberal de todos los negros y se sacrificó enteramente por la libertad de todos sus hermanos. Volvió segunda vez á Francia, en donde entabló relaciones con Barnave. Entonces suplicó á la comision de la Asamblea constituyente que aplicase los principios liberales á las colonias y que no consintiese en que se hiciese una escepcion de la ley divina permitiendo que continuasen divididos los hombres de aquellos países en tiranos y en esclavos. Inquieto é indignado en vista de la indecision de la comision, que retiraba con una mano lo que habia dado con la otra, declaró que sino era suficiente para que se le atendiese la justicia de su causa, recurriria á la fuerza para sostenerla. Barnave habia dicho: *¡Perezcan las co-*

lonias antes que un principio! Los hombres del 14 de julio no tenían derecho de condenar en el corazon de Ogé la insurreccion, que era el único titulo con que ellos mismos se habian hecho independientes. Es de presumir que los votos secretos de los amigos de los negros acompañaron á Ogé, que volvió á salir para Santo Domingo. Cuando llegó allí halló los derechos de los hombres de color y los principios de la libertad de los negros mas disputados y mas profanados que nunca. Enarbó al ver esto el estandarte de la insurreccion, pero bajo las formas y los derechos de la legalidad. Puesto á la cabeza de un grupo de doscientos hombres de color, reclamó que se promulgasen en las colonias los decretos de la Asamblea nacional, cosa que hasta entonces se habia dilatado por una arbitrariedad criminal. Tambien escribió al comandante militar del Cabo en los términos siguientes: «Exigimos la publicacion de la ley que nos hace ciudadanos libres. Si os oponéis á ello nos trasladaremos á Léogane, en donde nombraremos nuestros electores y rechazaremos la fuerza con la fuerza. El orgullo de los colonos se resiente de tener que sentarse á nuestro lado. ¿Se ha consultado el orgullo de los nobles y del clero para proclamar la igualdad de los ciudadanos franceses?». El gobierno respondió á esta elocuente intimacion enviando tropas á disipar aquella reunion. Ogé las rechazó.

X.

Numerosas fuerzas lograron por fin dispersar á los mulatos despues de una resistencia heroica por parte de estos. Ogé pudo escaparse y se refugió en la parte española de la isla. Púsose precio á su cabeza, y Mr. de Blanchelande, le hizo un crimen en su proclama de haber querido revindicar los derechos de la naturaleza en

nombre de una Asamblea que acababa de proclamar los derechos del ciudadano. Solicitose del gobierno español la estradicion de aquel moderno Espartaco, tan peligroso para la seguridad de los blancos de ambos paises. Los españoles lo entregaron, y fué juzgado en el Cabo. La causa duró mas de dos meses llevándose en esto la mira de apoderarse á la vez de todos los hilos de la trama de la independenciam, para poder de este modo hacer un castigo ejemplar que atemorizase á todos los que tratasen en lo sucesivo de reproducir otras tentativas semejantes á esta. Impacientes los blancos al ver esta lentitud se amotinaron y pidieron á voz en grito la cabeza de Ogé. El tribunal le sentenció á muerte por un crimen que en la madre patria constituia la gloria de La Fayette y de Mirabeau.

Sufrió el tormento en el calabozo. Todos los derechos de su raza reasumidos y perseguidos en la persona de aquel infeliz, le dieron una elevacion de alma en aquel trance, muy superior á la fuerza de los martirios con que le acosaban sus verdugos. «Renunciad, les dijo con una impassibilidad asombrosa, renunciad á la esperanza de arrancarme el nombre de uno solo de mis cómplices. Estos se hallan en todas partes en donde haya un hombre de corazon que se subleve contra los opresores de la humanidad.» Desde aquel momento no pronunció sino dos palabras que resonaban cual agudo remordimiento en los oidos de sus perseguidores: *libertad, igualdad*. Marchó sereno al suplicio y al llegar á él, oyó indignada la sentenciam que le condenaba á la muerte lenta é añafe de los mas viles malvados. «¡Cómo, esclamá, vosotros me confundís con los criminales porque he querido restituir á mis semejantes los derechos y el título de hombres, título y derechos que yo siento en mí mismo! ¡Pues bien, aqui teneis mi sangre, pero no faltará quien la vengue!» Pereció en la rueda, y su cuerpo mutilado, quedó espuesto á orillas de un camino. Esta muer-

te heroica resonó hasta en la Asamblea nacional y escitó sentimientos opuestos. «Esa muerte, dijo Malouet, es bien merecida, Ogé es un criminal y un asesino.—Si Ogé es culpable, le respondió Gregoire, todos nosotros lo somos; si hay justicia en que perezca en el cadalso el que ha reclamado la libertad para sus hermanos, es preciso que suban á él todos los franceses que se nos parecen.»

XI.

La sangre de Ogé hervia á la sordina en el corazon de todos los mulatos. Estos juraron vengarla. Podia contarse con los negros como con un ejército siempre dispuesto á la matanza. Los hombres de color les dieron la señal para principiarla. En sola una noche sesenta mil esclavos armados de antorchas y de los instrumentos que les servian para el trabajo, incendiaron todas las habitaciones de sus amos en un radio de seis leguas alrededor del Cabo. Todos los blancos asi hombres como mugeres, niños y ancianos fueron degollados sin que escapase nada al furor por tanto tiempo comprimido de los negros. Aquello era la destruccion total de una raza por otra. Las cabezas ensangrentadas de los blancos puestas en las puntas de las cañas de azúcar, sirven de bandera para conducir aquellas hordas, no al combate, sino á la carniceria. Una sola noche es suficiente para vengar los ultrajes que los negros han recibido de los blancos por espacio de tantos siglos. Rivaliza entre los dos colores una emulacion de crueldad y los negros no contentos con imitar los suplicios que se han ejercido por tanto tiempo contra ellos, aun inventan otros nuevos. Si algunos esclavos generosos y fieles se colocan entre sus antiguos amos ó la muerte, son sacrificados sin piedad como aquellos. El reconocimiento y la compasion son

nombre de una Asamblea que acababa de proclamar los derechos del ciudadano. Solicitose del gobierno español la estradicion de aquel moderno Espartaco, tan peligroso para la seguridad de los blancos de ambos paises. Los españoles lo entregaron, y fué juzgado en el Cabo. La causa duró mas de dos meses llevándose en esto la mira de apoderarse á la vez de todos los hilos de la trama de la independenciam, para poder de este modo hacer un castigo ejemplar que atemorizase á todos los que tratasen en lo sucesivo de reproducir otras tentativas semejantes á esta. Impacientes los blancos al ver esta lentitud se amotinaron y pidieron á voz en grito la cabeza de Ogé. El tribunal le sentenció á muerte por un crimen que en la madre patria constituia la gloria de La Fayette y de Mirabeau.

Sufrió el tormento en el calabozo. Todos los derechos de su raza reasumidos y perseguidos en la persona de aquel infeliz, le dieron una elevacion de alma en aquel trance, muy superior á la fuerza de los martirios con que le acosaban sus verdugos. «Renunciad, les dijo con una impassibilidad asombrosa, renunciad á la esperanza de arrancarme el nombre de uno solo de mis cómplices. Estos se hallan en todas partes en donde haya un hombre de corazon que se subleve contra los opresores de la humanidad.» Desde aquel momento no pronunció sino dos palabras que resonaban cual agudo remordimiento en los oidos de sus perseguidores: *libertad, igualdad*. Marchó sereno al suplicio y al llegar á él, oyó indignada la sentenciam que le condenaba á la muerte lenta é añafe de los mas viles malvados. «¡Cómo, esclamá, vosotros me confundís con los criminales porque he querido restituir á mis semejantes los derechos y el título de hombres, título y derechos que yo siento en mí mismo! ¡Pues bien, aqui teneis mi sangre, pero no faltará quien la vengue!» Pereció en la rueda, y su cuerpo mutilado, quedó espuesto á orillas de un camino. Esta muer-

te heroica resonó hasta en la Asamblea nacional y escitó sentimientos opuestos. «Esa muerte, dijo Malouet, es bien merecida, Ogé es un criminal y un asesino.—Si Ogé es culpable, le respondió Gregoire, todos nosotros lo somos; si hay justicia en que perezca en el cadalso el que ha reclamado la libertad para sus hermanos, es preciso que suban á él todos los franceses que se nos parecen.»

XI.

La sangre de Ogé hervia á la sordina en el corazon de todos los mulatos. Estos juraron vengarla. Podia contarse con los negros como con un ejército siempre dispuesto á la matanza. Los hombres de color les dieron la señal para principiarla. En sola una noche sesenta mil esclavos armados de antorchas y de los instrumentos que les servian para el trabajo, incendiaron todas las habitaciones de sus amos en un radio de seis leguas alrededor del Cabo. Todos los blancos asi hombres como mugeres, niños y ancianos fueron degollados sin que escapase nada al furor por tanto tiempo comprimido de los negros. Aquello era la destruccion total de una raza por otra. Las cabezas ensangrentadas de los blancos puestas en las puntas de las cañas de azúcar, sirven de bandera para conducir aquellas hordas, no al combate, sino á la carniceria. Una sola noche es suficiente para vengar los ultrajes que los negros han recibido de los blancos por espacio de tantos siglos. Rivaliza entre los dos colores una emulacion de crueldad y los negros no contentos con imitar los suplicios que se han ejercido por tanto tiempo contra ellos, aun inventan otros nuevos. Si algunos esclavos generosos y fieles se colocan entre sus antiguos amos ó la muerte, son sacrificados sin piedad como aquellos. El reconocimiento y la compasion son

virtudes que la guerra civil no conoce ya. El color es una sentencia de muerte sin distincion de personas. La guerra es entre las razas y no entre los hombres. ¡Es preciso que la una perezca para que viva la otra! Puesto que la justicia no ha podido hacer oír su voz entre ellas, solo la muerte puede ponerlas en acuerdo. Todo perdón concedido á un blanco, es una traicion que el negro pagará con su vida. Los negros ya no tienen corazon, ya no son un pueblo, ya han dejado de ser hombres, ya no son sino un elemento destructor que pasa sobre la tierra asolándolo todo.

En pocas horas, ochocientas habitaciones con sus ingenios de azúcar ó de café, que representan entre todas un capital inmenso, quedan completamente destruidas. Los molinos, los almacenes, los utensilios y hasta la misma planta que les recuerda su esclavitud y su trabajo forzado, todo es presa de las llamas. Toda la llanura en cuanto la vista alcanza está cubierta de humo, de cenizas y de incendios. Amontonados los cadáveres de los blancos á manera de horribos trofeos, compuestos de troncos, de cabezas, de brazos y demas miembros de hombres, de mugeres y de niños asesinados, marcan el sitio de las suntuosas habitaciones en donde reinaban el día anterior. ¡Tal era el desquite que tomaba la esclavitud: los reveses que sufren los tiranos siempre son horribles!

Advertidos á tiempo los blancos de la insurreccion, por la generosa indiscrecion de los negros, ó protegidos en su fuga por la espesura de los bosques, ó por la oscuridad de la noche se habian refugiado en el Cabo. Escondidos otros con sus mugeres y niños en algunas cuevas, recibian provisiones de algunos esclavos fieles, que iban á evárselas arriesgando para ello su vida.

El ejército de los negros iba engrosando bajo las murallas del Cabo, en donde se disciplinaron resguardados por un campo fortificado. Ciertos auxiliares invisibles les

enviaron fusiles y cañones. Unos acusaban á los ingleses, otros á los españoles, y otros á los amigos de los negros de esta complicidad con los insurrectos. Estas sospechas eran absurdas. Los españoles estaban en paz con la Francia y la sublevacion de los negros era tan perjudicial para ellos como para nosotros. Los ingleses poseian un número triple de esclavos que la Francia. Si el principio de la insurreccion exaltado por el triunfo, se hubiese propagado entre ellos, hubiese arruinado infaliblemente sus establecimientos, y comprometido la vida de sus colonos. Nadie era culpable de lo que estaba pasando sino la misma libertad, que no se oprime impunemente en una parte tan considerable de la especie humana. Esta sublevacion hallaba simpatias hasta en el mismo corazon de los franceses.

La debilidad de las resoluciones de la Asamblea al recibir la noticia de aquella catástrofe lo probó asi. Monsieur Bertrand de Molleville, ministro de Marina, mandó que se enviasen inmediatamente seis mil hombres á reforzar la guarnicion de Santo Domingo. Brissot atacó aquellas medidas represivas, en un discurso en el que no temia cargar toda la odiosidad del crimen sobre las victimas, ni acusar al gobierno de complicidad con la aristocracia de las colonias. «¿Por qué estrana fatalidad coinciden estas noticias con el momento en que la emigracion va en aumento, en que los rebeldes reunidos sobre nuestras fronteras, nos anuncian una explosion próxima? Finalmente ¿en qué consiste que cuando mas apurados nos vemos vengan las colonias á aumentar nuestra angustia, amenazándonos por medio de una diputacion ilegal con sustraerse al dominio de la metrópoli? ¿No puede ser esto una ramificacion de un gran plan combinado por la traicion? La repugnancia de los numerosos amigos de los negros, en tomar medidas enérgicas en favor de los colonos, la indiferencia del partido revolucionario hácia aquellos países que por hallarse

tan distantes del nuestro, debilitaban en cierto modo la compasion hácia ellos, y finalmente el movimiento interior que se llevaba tras sí los espíritus y las cosas, borraron bien pronto las impresiones que produjo aquella horrosa matanza, y dejaron que se formase y engrandeciese en Santo Domingo el genio de la independencia de los negros, que aparecía ya en lontananza en la persona de un pobre esclavo anciano llamado Santos Louverture.

XII.

Los desórdenes interiores iban en aumento en todas partes; la libertad religiosa, que era el voto de la Asamblea constituyente, y la gran conquista de la revolucion no podia establecerse sin luchar entre un culto desposeido y un cisma nuevo que se disputaban mutuamente el dominio de las creencias. El partido contrarrevolucionario se unía en todas partes al clero, porque ambos tenian los mismos enemigos y conspiraban contra una misma causa. Desde que se habia desposeido á los sacerdotes no juramentados, una parte del pueblo, sobre todo la de los campos, estaba unida á ellos. La persecucion es tan odiosa para el espíritu público, que hasta la apariencia de ella indigna á los hombres de corazon generoso. El espíritu humano se inclina ordinariamente á creer que la justicia está siempre de parte de los proscritos. Los sacerdotes no estaban perseguidos todavía, pero ya se les habia humillado. La irritacion sorda, sostenida y fomentada por el clero, ha sido mas funesta á la revolucion que todas las conspiraciones de los aristócratas emigrados. La conciencia es el punto mas sensible del hombre. La conspiracion mas implacable es la que proviene de haber atacado una creencia, ó de haber inquietado el espíritu de un pueblo, poniéndole trabas en el ejercicio de

su religion. Haciendo visible la mano de Dios en las de los sacerdotes, es como la aristocracia logró sublevar la Vendée. Frecuentes y sangrientos síntomas revelaban ya en el Oeste y en Normandía, el fuego oculto de la guerra religiosa.

El mas temible de estos síntomas se manifestó en Caen. El abate Fauchet era obispo constitucional de Calvados. La celebridad de su nombre, el patriotismo exaltado de sus opiniones, el brillo de su fama revolucionaria, y finalmente, su palabra y sus escritos, sembrados con profusion por toda su diócesis, hacian que la agitacion fuese mayor en Calvados, que en todo el resto de la Francia.

Fauchet, á quien la conformidad de opiniones, la honradez de sus pasiones renovadoras, y hasta las ilusiones de su imaginacion, debian asociar en adelante á los actos y al suplicio de los girondinos, habia nacido en Dornes, pueblo de la antigua provincia del Lihernés. Abrazó el estado eclesiástico, y entró en la comunidad de sacerdotes de San Roque en Paris, siendo por algun tiempo preceptor de los hijos del marqués de Choiseul, hermano de aquel famoso duque del mismo nombre, que fué el último ministro de la escuela de Richelieu y de Mazarino. Sus grandes dotes oratorias, hicieron que brillase muy pronto en el púlpito. Contribuyeron estas igualmente á que se le nombrase predicador del rey, abad de Monfort y vicario general de Bourges. Segun se ve marchaba rapidamente hácia las primeras dignidades eclesiásticas, pero habia respirado ya el espíritu de su siglo, y esto le detuvo por un poco de tiempo en su carrera. Este eclesiástico no era un destructor, sino un reformador de la iglesia en cuyo seno habia nacido. Su obra, titulada *De la iglesia nacional*, confirma el respeto que profesaba en el fondo á la fé cristiana, así como descubre su gran audacia para trasformar la disciplina de la iglesia. Aquella fé filosófica bastante semejante al plato-

nismo cristiano que reinaba en Italia en tiempo de los Médicis, y aun en el palacio de los papas en el de Leon X, traspiraba en todos sus sermones. El clero se alarmó al oír que las máximas del siglo se proclamasen dentro del mismo santuario, y Fauchet fué suspenso y borrado de la lista de los predicadores del reino.

La revolucion iba á indemnizarle de este desaire abriéndole su tribuna. En cuanto estalló se precipitó en ella á la manera que la imaginacion se precipita en la esperanza y desde un principio, peleó en su defensa con todas sus fuerzas y con cuantas armas estaban á su alcance. Fauchet removió el pueblo en las Asambleas primarias y en las secciones: con la voz y con el gesto, empujó las masas sublevadas hasta conducir las bajo del cañon de la Bastilla. Viósele con el sable en la mano guiar y llegar el primero entre los que iban al asalto. Tres veces marchó espuesto al fuego del cañon á la cabeza de la diputacion que acababa de intimar al gobernador que evitase el derramamiento de sangre de los ciudadanos y que depositase las armas. Su celo revolucionario no se manchó con la sangre ni con el crimen. Contentábase con inflamar el ánimo del pueblo por la libertad, persuadido de que era una virtud. La naturaleza le había dotado para desempeñar estos dos papeles, y en su fisonomía se advertian, la grandeza y la magestad, comunes al gran sacerdote y al héroe. Su esterior prevenia y arrebatava á la multitud. Era de elevada estatura, de figura ovalada y de ojos y cabellos negros, lo cual hacia resaltar la palidez de su rostro. Su imponente á la par que modesta actitud infundia respeto y simpatía solo con verle. Su voz clara, conmovida y sonora; su gesto magestuoso y sus espresiones un tanto místicas escitaban en su auditorio tanta admiracion como recogimiento. Tan propio para la tribuna como para el púlpito, los salones de las Asambleas electorales y las naves de las catedrales, eran asaz estrechos para el inmenso pueblo que acudia á

oirle. Al verle se figuraba uno ver un San Bernardo revolucionario predicando la caridad política, ó la cruzada de la razon.

Sus costumbres no eran ni severas, ni hipócritas. Confesaba él mismo, que amaba á una muger con un afecto legitimo y puro; esta era madama Carron que á todas partes le seguia, tanto á las iglesias como á los clubs. «Se me ha calumniado con respecto á esta muger, dijo en una ocasion, desde entonces me he unido mas á ella, y sin embargo, me he conservado puro. Vosotros habeis visto á esta muger de alma mas bella que su rostro á quien conozco hace diez años, y cada dia me parece mas digna de ser amada. Ella daria su vida por mi y yo haria otro tanto por ella, pero nunca sacrificaria mi deber al amor que la profeso. Digan lo que quieran los aristocratas en sus atroces libelos, yo continuaré yendo todos los dias á casa de aquella señora á la hora de comer para gozar á su lado de los encantos de una amistad pura. ¡Dicen que viene á oírme predicar! Si, no os escandaliceis por eso, porque no hay nadie que sepa como ella, con cuanta sinceridad creo yo en las verdades que profeso. ¡Se critica tambien que asista á las reuniones de la casa de ayuntamiento! ¡Si, asiste allí, porque está convencida de que el patriotismo es una segunda religion, y de que la hipocresia no tiene cabida en mi alma bajo ningún concepto, porque toda mi vida está consagrada á Dios, á la patria y á la amistad!...»

Indignados los sacerdotes que habian permanecido fieles al oír esto, le respondian por conducto del abate Valmeron: «¡Qué escándalo!... ¿Cómo os atreveis á sostener que sois casto, cuando vos mismo confesais tener las inclinaciones mas desarregladas y cuando habeis arrancado esa muger del lecho conyugal, y de sus deberes como madre, arrastrando en pos de vos á esa insensata para mostrarla á todo el mundo, haciendo alarde de una cosa de que deberiais avergonzaros? Por otra parte ¿cuál

es vuestra comitiva, caballero? Una turba de bandidos y de mugeres perdidas. Digno pastor de ese vil populacho, él celebra vuestra visita pastoral con las únicas fiestas que pueden ser agradables; y vuestro paso por los pueblos se señala por todos los escesos del latrocinio y del vicio. » Estas sangrientas reconvenções hallaron eco en los departamentos é inflamaron los ánimos. Los sacerdotes juramentados disputaban el altar á sus contrarios y viceversa. Por el ministerio de lo Interior acababa de expedirse una orden autorizando á los sacerdotes no juramentados para celebrar el santo sacrificio en las iglesias á que antes habian pertenecido. Los sacerdotes constitucionales obedientes á la ley les franqueaban los templos y les daban los ornamentos para la celebracion, pero el pueblo, fiel á sus antiguos pastores, escarnece y amenaza á los nuevos. Entre los dos cleros habia habido ya mas de una lucha sangrienta dentro de la misma casa de Dios. Una de las mas terribles, acaeció en Caen el viernes 4 de diciembre en la parroquia de San Juan, en ocasion de presentarse á decir misa el cura que habia en ella. La iglesia estaba llena de católicos, lo cual irritó extraordinariamente á los constitucionales é infundió grande ánimo en sus contrarios. Los partidarios del antiguo cura pidieron y cantaron en seguida un *Te Deum* en accion de gracias por haber vuelto á ver en el templo á su legítimo pastor. Alentado éste por aquella demostracion de adhesion y cariño anunció á los fieles que al dia siguiente volveria á la misma hora á decirles misa. ¡Paciencia, añadió, seamos prudentes y todo irá perfectamente!

Advertido el ayuntamiento de lo que habia pasado mandó decir al cura que se abstuviese de ir al otro dia á la iglesia á celebrar como lo habia anunciado. Conformóse el cura con aquella intimacion, pero el pueblo que no tenia conocimiento de lo que habia pasado entre él y la municipalidad habia acudido á la iglesia, y viendo

que aquel no comparecia, empezó á pedir á gritos el *Te Deum* y el sacerdote prometidos. Muchos caballeros de las inmediaciones y gran número de aristócratas de la poblacion habian acudido á la iglesia llevando armas ellos y sus criados debajo de las capas. Empezaron estos por insultar á unos granaderos, y un oficial de la guardia nacional les reconvinó por aquellos insultos. « ¡ Vos venis aquí á buscar lo que no tardareis en hallar, le dijeron los aristócratas, nosotros somos los mas fuertes, y sino os marchais voluntariamente os arrojaremos de la iglesia á viva fuerza. » Apenas dichas estas palabras, todos los jóvenes se lanzaron sobre la guardia nacional para desarmarla. Trábase el combate, brillan las bayonetas y los pistoletazos resuenan bajo aquellas bóvedas, al mismo tiempo que los combatientes se cargan á sablazos. Acuden á la iglesia las compañías de cazadores y granaderos, la hacen evacuar, y persiguen los grupos, que continúan defendiéndose á tiros por las calles. Algunos muertos y heridos son el resultado de esta triste jornada. Restablécese la calma y se hacen hasta ochenta y cuatro prisiones. Sobre uno de los detenidos se halla un plan de contrarrevolucion, la cual debia efectuarse al dia siguiente. Este plan se remite á Paris, y entre tanto que viene de allí una resolucion, se prohíbe á los sacerdotes no juramentados que vuelvan á celebrar en las iglesias de Caen, interin decide la Asamblea nacional lo que debe hacerse. Esta oye indignada la relacion de aquellas reyertas, suscitadas por los enemigos de la Constitucion y por los fautores del *fanatismo* y de la aristocracia. « No nos queda otro partido, dijo Cambon, que el de convocar al supremo tribunal nacional y remitir allí á los culpables. » Aguardóse no obstante á deliberar sobre esta proposicion hasta que se recibiesen todas las piezas relativas á los alborotos de Caen.

Gensoigné, anuncia otros disturbios del mismo jaez acaecidos en la Veudée. Las montañas del medio de la

Francia, mal sujetas aun despues de la dispersion reciente del campo de Jalés, primer acto de la contrarrevolucion armada, se agitaban impulsadas por el clero y la nobleza. Los habitantes de las montañas tienen mas apego á sus antiguas costumbres que los de las llanuras, y parecen tan propios para resistir á toda idea nueva, como lo son las breñas en donde han nacido, para resistir á las invasiones extranjeras. Parece que el aspecto de aquellas murallas naturales infunde una gran confianza en su fuerza, á los hombres que se han criado al pie de ellas, y que aquella imagen material de la inmovilidad de las cosas, les impide dejarse arrebatar fácilmente por el torrente impetuoso de los cambios.

Estos montañeses profesaban á sus nobles una adhesion voluntaria y tradicional, muy semejante á la que tienen los árabes por sus cheikes, y los escoceses por los gefes de sus clans. Este respeto y esta adhesion constituian el honor nacional de aquellas agrestes comarcas. La religion, mucho mas ferviente en el Mediodía que en el resto de la Francia, era para aquellas poblaciones una libertad sagrada, contra la cual atentaba la revolucion en nombre de la libertad política. Para aquellos hombres el libre ejercicio de su religion, era preferible á la libertad que les concedia los derechos de ciudadanía. Por esta razon, las nuevas instituciones les eran odiosas: los sacerdotes fieles mantenian aquel odio, y le hacian aparecer como un celo santo entre aquellas sencillas gentes. Los nobles sostenian el espíritu realista, escitando la compasion en el ánimo de aquellos pobres paisanos, poniéndoles cada día de manifiesto las desgracias del rey y de su familia, exagerando en las relaciones que de ellas les hacian los ultrajes recibidos por S. M., que por otra parte eran suficiente por sí solos para enterneecer aquellos leales corazones.

Mende, ciudad pequeña oculta en el fondo de los valles y situada á igual distancia de las llanuras del

Mediodía que de las del Leonésado, era el foco del espíritu contrarrevolucionario. Confundidos el pueblo y la nobleza en una sola clase, por la mediania de las fortunas, por la familiaridad de las costumbres, y por los frecuentes enlaces de unas familias con otras, no habia entre estas dos clases aquellas envidias y aquellos odios intestinos, que tanto favorecian á la revolucion en otras partes. Ni los paisanos eran envidiosos, ni los nobles coñocian el orgullo. Sucedia aquí como en España, único pueblo en donde la nobleza no tienen otra preeminencia sobre los plebeyos, que la que le daría el derecho de primogenitura en una misma sangre, si nos es permitido decirlo así. Es muy cierto que estas poblaciones habian depuesto las armas despues de la insurreccion verificada el año anterior en el campo de Jalés. Sin embargo, los corazones no estaban aun desarmados, ni dispuestos á deponer sus odios con la misma facilidad con que habian depuesto los azares. Aguardaban aquellas provincias con ansiedad el momento favorable para insurreccionarse en masa contra la capital, y los insultos hechos al rey por el populacho, así como los que la Asamblea legislativa prodigaba á la religion, hacian que las malas disposiciones de aquellos pueblos contra el gobierno, llegasen hasta el fanatismo. La escarapela tricolor, signo de infidelidad á Dios y al rey, hacia muchos meses que ya nadie la llevaba; enarbolábase allí la bandera blanca con cierta afectacion como un recuerdo y una esperanza en la vuelta de aquel orden de cosas, á que todo el mundo era adicto, aunque las circunstancias hiciesen que todos fuesen tambien reservados.

El directorio del departamento, compuesto en su mayoría de forasteros, quiso hacer respetar allí el signo constitucional, y para lograrlo, envió á pedir tropa que le apoyase. El ayuntamiento al saberlo celebró una sesion, en la que resolvió oponerse á la peticion del directorio; al mismo tiempo envió una circular á los demas

ayuntamientos de los pueblos inmediatos, invitándoles á hacer causa comun con él, y á oponerse todos reunidos al envío de tropas á aquellas comarcas. Estos accedieron á lo que se les proponia. Entretanto iba aproximándose ya la tropa enviada desde Lion, en conformidad á lo solicitado por el directorio. En cuanto llegó esta noticia á oídos del ayuntamiento, disolvió la antigua guardia nacional, en cuyas filas habia alguno que otro partidario de la libertad, y creó otra nueva, á la cual la dió por oficiales los nobles y los realistas mas exaltados de todos aquellos contornos. Apoyado en esta fuerza, hizo el ayuntamiento que el directorio le entregase las armas y municiones que tenia en su poder.

En esta disposición se hallaba la ciudad de Mende cuando llegó allí la tropa. La guardia nacional contestó al grito de ¡Viva la nacion! dado por las tropas, con el de ¡Viva el rey!... y siguiendo á aquellas hasta la plaza principal del pueblo, juró en presencia de los defensores de la Constitucion no reconocer ni obedecer sino al rey. Terminado este acto de valor, los guardias nacionales se pusieron á recorrer las calles de la ciudad en grupos de ocho ó diez hombres insultando á los soldados en cualquiera parte en donde los encontraban. El resultado fué, tirar unos y otros de los sables como era natural, y empezar el derramamiento de sangre. Perseguida la tropa se reúne y toma las armas. Dueño el ayuntamiento del directorio al cual guardaba como en rehenes, le obliga á que mande orden á las tropas para que se retiren á sus cuarteles. El jefe de la fuerza del ejército, obedece esta orden sin poner el menor reparo. Envalentonada la guardia nacional con este triunfo, fuerza por la noche al directorio á que dé orden á las tropas para que evacúen inmediatamente la ciudad y el departamento. Entonces forma en batalla en la plaza, y á cada instante ve aumentarse sus filas con los guardias nacionales que van llegando sucesivamente de todas las poblaciones inmedia-

tas, armados de escopetas, de hoces y de rejas de arado. La tropa conoce que va á ser sacrificada irremisiblemente, si no se aprovecha de las sombras de la noche para efectuar su retirada, y desocupa inmediatamente la ciudad, en medio de los gritos de victoria de los realistas. El día siguiente fué una no interrumpida fiesta en la cual los realistas de la ciudad y los del campo, celebraron el triunfo que habian obtenido fraternizando juntos. Todos los signos de la revolucion fueron insultados, hizose escarnio en público de la Constitucion, saqueóse completamente la sala en que celebraban sus sesiones los jacobinos, incendiáronse las casas de los principales miembros de aquel odioso club, y se prendió á algunos de ellos; sin embargo la venganza no pasó mas adelante. Contenido el pueblo por los nobles y por el clero, no derramó ni una sola gota de sangre de sus enemigos.

XIII.

En tanto que la libertad se veía amenazada y humillada del modo que acabamos de ver en el Mediodía, en el Oeste tenía sus manos en la sangre de innumerables victimas. Uno de los focos mas ardientes del jacobinismo era Brest. Su inmediación á la Vendée la hacia temer una contrarevolucion siempre amenazadora: la presencia de la escuadra, mandada aun por unos oficiales reputados por aristócratas, una poblacion flotante de estrangeros, de aventureros y de marineros, accesible por sus vicios y por la clase de gentes de que se componia á toda especie de corrupcion, y siempre dispuesta á cometer los crímenes mas atroces: todas estas causas reunidas hacian que aquella ciudad fuese la mas inquieta, y que estuviere en mayor agitación que ninguna otra del reino. Los clubs no cesaban de incitar á los marinos á que se insur-

reccionasen contra sus oficiales. Los revolucionarios desconfiaban de la marina, cuerpo al cual por su independencia no es tan fácil comprometerle á tomar parte en los movimientos populares como al ejército de tierra. La corte podía disponer de la marina como mejor la conviniere y volver sus cañones contra la Constitución. El espíritu de disciplina, el aristocrático y el colonial, todos eran igualmente contrarios á los nuevos principios. Así es, que hacia ya mucho tiempo que todos los esfuerzos de los jacobinos, tendian constantemente á introducir el desorden y procurar la desorganizacion de la escuadra. El nombramiento de Mr. de Lajaille para el mando de uno de los buques destinados á ir á socorrer á Santo Domingo, aumentó las sospechas que tenia el pueblo de Brest de la fidelidad de los oficiales de marina, y fué causa de que estallase la insurreccion. Los clubs designaron á aquel valiente marino como un traidor, que iba á efectuar la contrarevolucion en las colonias. Asaltado en el momento de su embarque por un grupo de unas tres mil personas, vióse muy pronto cubierto de heridas, y arrastrado en seguida por las calles, pudo librar su vida, merced á la heroica desicion de un hombre del pueblo que le escudó con su cuerpo, y le arrancó de manos de sus asesinos, dando tiempo á que llegue un destacamento de la guardia civil que sacó á entrambos de las garras de la muerte. Mr. de Lajaille fué llevado á la cárcel para satisfacer de este modo el furor del populacho. Inútil fué que el rey mandase una orden á la municipalidad de Brest para que dispusiese que aquel inocente oficial, volviese á desempeñar sus funciones; inútil, la peticion del ministro de Justicia para que se castigase á aquel asesinato cometido en medio del día á presencia de toda la ciudad; inútil tambien el haber descendido un sable y una medalla de oro, al generoso Lanvergent, que era el ciudadano que habia salvado los días de Lajaille; el temor de otra nueva insurreccion mas ter-

rible que la anterior, aseguraba la impunidad de los criminales y retenia en la prision al inocente. En visperas de una guerra inminente, los oficiales de marina asaltados á bordo por la insurreccion, y en los puertos por el asesinato, tenían tanto que temer del pueblo y de las tripulaciones de los buques, como de sus mismos enemigos.

XIV.

Procuraban fomentar iguales discordias en todas las guarniciones entre los oficiales y la tropa. La insubordinacion de esta era á los ojos de los clubs la virtud principal del ejército. Los oficiales se veian amenazados continuamente por las conspiraciones de los regimientos. Las ciudades fortificadas eran un teatro continuo de sublevaciones militares que siempre terminaban por la impunidad del soldado, y por la prision ó por la emigracion forzada de los oficiales. La Asamblea, juez supremo ó parcial, daba constantemente la razon á la indisciplina. No pudiendo refrenar al pueblo, le halagaba en sus excesos. En Perpiñan se vió otro ejemplo de lo que vamos diciendo.

En la noche del 6 de diciembre los oficiales del regimiento de Cambresis que estaba de guarnicion en aquel punto, fueron en corporacion á casa de Mr. de Chollet, comandante general del distrito, á instarle á que se retirase á la ciudadela, porque estaban informados de que se tramaba una conspiracion en los regimientos en la que á llevarse á cabo, podia peligrar su vida. Vencido por las instancias de la oficialidad, consintió el general en trasladarse á la ciudadela. Los oficiales se presentaron entonces en los cuarteles é infirmaron á la tropa la orden de trasladarse con ellos inmediatamente á dicha fortaleza. Los soldados contestaron que no obedecerian otra voz

que la de Mr. Desbordes, cuyo patriotismo les inspiraba la mas completa confianza. Este llegó en aquel mismo instante y leyó á la tropa la orden del general, pero en su acento, en la expresion de su semblante y en su mirada, conoció aquella, que su teniente coronel, protestaba tacitamente contra la orden que la ley de la disciplina le obligaba á comunicar. Los soldados comprendieron perfectamente aquel lenguaje mudo. En seguida empezaron á gritar, diciendo que no querian salir del cuartel porque estaban destinados allí por el ayuntamiento. La guardia nacional se unió á los soldados, y juntos empezaron á patrullar por la ciudad. Los oficiales se encerraron todos en la ciudadela. Entonces empieza el fuego desde las murallas, y el teniente coronel Desbordes, á la cabeza del regimiento y acompañado de la gendarmería y de la guardia nacional, sube á la ciudadela y se apodera de ella. Los oficiales de Cambresis quedan prisioneros, solo uno logra escaparse, y éste, desesperado por lo que habia sucedido, se levanta la tapa de los sesos, muy cerca ya de la frontera de España. Estiéndose en seguida el acta de acusacion contra el desgraciado general Chollet y cincuenta oficiales mas, los cuales son remitidos al tribunal nacional de Orleans. Estos denodados guerreros fueron otras tantas victimas predestinadas desde aquella noche á la matanza de Versalles.

XV.

Derramábase sangre en abundancia por todas partes. Las mociones patrióticas, las denuncias contra los generales, y mil insinuaciones pérfidas contra la fidelidad de los oficiales, era la orden del dia que recibia el ejército, de los habitantes de las ciudades. El alma del oficial estaba llena de terror; en el corazon del soldado se abri-

gaba la mas suspicaz desconfianza. El plan combinado entre girondinos y jacobinos reunidos, consistia en desorganizar aquellas fuerzas tan adictas antes al rey, y en reemplazar los antiguos oficiales, todos ellos nobles, con jóvenes de la clase plebeya, lo cual equivalia á poner el ejército á la disposicion de lo que entonces se llamaba nacion. Entretanto, le entregaban á la sedicion y á la anarquia. Mas viendo aquellos dos partidos que la desorganizacion del ejército no era aun tan rápida como ellos se habian prometido, quisieron reasumir en un solo acto la corrupcion sistemática del ejército, la ruina completa de la disciplina, y el triunfo legal de la insurreccion.

Ya hemos visto la parte que tomó el regimiento suizo de Chateauvieux en la famosa insurreccion de Nancy, en los últimos dias de la Asamblea constituyente, que habia sido preciso enviar allí todo un ejército, mandado por Mr. de Bouillé para sofocar la sublevacion armada de varios regimientos que amenazaban á la Francia con la tirania de una soldadesca desenfrenada. Este general, á la cabeza de un cuerpo de tropas escogidas que habia tomado en Metz, y de algunos batallones de la guardia nacional, habia circunvalado á Nancy, y despues de un ataque encarnizado en las mismas puertas de la ciudad, habia logrado por fin desarmar á los sediciosos. Este modo tan vigoroso de restablecer el orden habia sido aplaudido entonces por todos los partidos y habia cubierto de gloria al general, y de vergüenza á los soldados amotinados. La Suiza en sus capitulaciones con la Francia, se habia reservado el derecho de juzgar á los soldados de su nacion, segun las leyes federativas. Este pais, esencialmente militar, habia hecho juzgar militarmente al regimiento de Chateauvieux. Los veinte y cuatro soldados motores del alboroto fueron condenados á muerte y ejecutados inmediatamente en espacion de la sangre vertida por ellos y de la fidelidad violada. Los

demas fueron diezmos y cuarenta y uno enviados á las galeras de Brest. La amnistia concedida por el rey á todos los crímenes políticos que se habian cometido durante las discordias civiles no podia aplicárseles de derecho á estos soldados estrangeros. El derecho de perdonar no compete sino al que tiene el de castigar. Sentenciados aquellos soldados por la jurisdiccion helvética, ni el rey ni la justicia podian invalidar aquel juicio ni anular sus efectos. El rey, á instancias de la Asamblea, habia pedido, sin embargo, aunque en vano, á la confederacion suiza que concediese el perdon á aquellos infelices.

Esta infructuosa negociacion, sirvió de testo á los jacobinos y la Asamblea nacional contra Mr. de Montmorin. En vano trató éste de justificarse, alegando la imposibilidad de obtener semejante amnistia de la Suiza, precisamente en una época en que agitado tambien aquel país, trataba de restablecer la subordinacion por medio de unas leyes draconianas. «Con que nos veremos forzados, decian Collot de Herbois y Guadet, á servir de carceleros de ese pueblo feroz! ¿Se envilecerá la Francia hasta el punto de castigar en sus puertos á esos héroes que han hecho triunfar al pueblo de la aristocracia de los oficiales, y dado su sangre por ese mismo pueblo, en vez de vendérsela al despotismo!»

Pastoret, miembro influyente del partido moderado, y que nada hacia, segun se decia, sin consultarlo con el rey, apoyó á Guadet con la mira de popularizar al principe por medio de un acto que fuese bien recibido de todo el mundo, y la Asamblea nacional votó que los soldados de Chateaufieux, fuesen puestos en libertad. El rey dilató un cuanto tiempo el sancionar aquel decreto por evitar que los cantones se resintiesen en vista de aquella violenta usurpacion de sus derechos; al ver ésta dilacion los jacobinos volvieron á prorumpir en amenazas contra la córte, y contra los ministros. «Ha llegado el momento,

esclamaba Manuel, en que es preciso que muera un hombre por la salvacion de todos los demas. ¡Este hombre debe ser un ministro! Todos ellos me parecen tan culpables, que creo firmemente que la Asamblea nacional no debia tener el menor remordimiento aun cuando mandase que todos ellos sorteasen entre si para enviar al patibulo uno solo.» ¡A todos! ¡A todos! gritaban las tribunas.

En el momento de mayor efervescencia subió Collot de Herbois á la tribuna y anunció en medio de las mas estrepitosas aclamaciones, que el dia antes habia sancionado el rey el decreto en que se mandaba poner á los suizos en libertad, y que no tardaria muchos dias en presentar á sus hermanos aquellas víctimas de la disciplina.

En efecto, los suizos de Chateaufieux que estaban en las galeras de Brest, venian ya marchando hácia París. Su marcha fué un triunfo continuado, y los jacobinos de París les preparaban otro mas brillante aun. En vano los fuldenses y los constitucionales protestaban enérgicamente por medio de Andres Chenier, moderno Tyrteo de la moderacion y del buen sentido, y por boca de Dupont de Nemours y del poeta Roucher, contra la ovacion que se queria tributar á los asesinos del general Desilles; Collot de Herbois, Robespierre, los jacobinos, los franciscanos y hasta el comun de París persistian tenaces en la idea de aquel triunfo, que segun ellos decian, debia servir para cubrir de oprobio á la córte y al general La Fayette. La débil interposicion de Petion, que parecia querer moderar el escándalo, no hacia sino aumentarlo. Este hombre era el mas á propósito para arrastrar al pueblo á los mayores hechos. Su aparente virtud solo servia para encubrir todas las violencias, y para adornar con una apariencia de legalidad los atentados que no se atrevia á castigar. Si se hubiese tratado de personificar la anarquía, para introducirla en la ma-

nicipalidad de París, difícilmente se hubiera hallado otro hombre mas adecuado que Petion para desempeñar semejante encargo. Sus correcciones paternales al pueblo, eran otras tantas promesas de impunidad. La fuerza siempre llegaba tarde para castigar; siempre había una excusa preparada para disculpar la sedición, y jamás faltaba una amnistia para el crimen. El pueblo veía en su magistrado un cómplice de sus excesos, y un esclavo de sus caprichos. Si el pueblo apreciaba algo en él, era la libertad que tenía para mirarle con el mas alto desprecio.

XVI.

«La fiesta que se está preparando para recibir á esos soldados, escribia Chenier, quieren decir que es hija del entusiasmo general. Confieso desde luego que yo no veo ese decantado entusiasmo. Unicamente veo un corto número de hombres que se agitan, mientras todos los demas están consternados ó permanecen indiferentes. Dicen que el honor nacional está interesado en esta reparación, pero á mi me cuesta mucho trabajo el entenderlo así; porque á mi modo de ver, en este negocio no hay sino dos caminos en que escoger: ó los guardias nacionales de Metz que apaciguaron la sedición de Nancy son unos enemigos de la causa pública, ó los soldados de Chateaufieux son unos asesinos. Aquí no hay término medio. Ahora, ¿en qué interesa al honor de París el festejar á los asesinos de nuestros hermanos? Hay tambien otros políticos profundos que dicen: Esta fiesta humillará á los que han querido cargar á la nación de cadenas. ¡Cómo!... ¡Para humillar á lo que ellos llaman un mal gobierno, es preciso inventar unas extravagancias capaces de destruir toda especie de autoridad! ¡Es indispensable recompensar á los que se revelen contra las leyes

y coronar á unos satélites estrangeros por haber fusilado en un motin á una porcion de ciudadanos franceses! ¡Dicen que se cubrirán con un velo todas las estatuas que hay en las plazas por donde han de pasar esos hombres! ¡Ah! ¡Si esta odiosa orgia llega á verificarse, harán bien en cubrir con un crespon fúnebre, no las imágenes de los déspotas, sino los rostros de los hombres de bien! ¡Lo que deben hacer, tanto la juventud, como todos los guardias nacionales del reino, es vestirse de riguroso luto en un dia, en que el degüello de sus hermanos se convierte entre nosotros en un titulo de gloria para unos soldados sublevados y estrangeros ademas! ¡A quién debe tapársele los ojos es al ejército para que no vea el premio que se da aquí á la indisciplina y á la sublevación militar! ¡La Asamblea nacional, el rey, los empleados, y la nación entera, son los que deben taparse la cara para no ser testigos silenciosos ó condescendientes de un ultraje hecho á toda autoridad constituida y tambien á toda la Francia! ¡Lo que mas interesa cubrir es el libro de la ley, cuando se tributan los honores cívicos á unos hombres que han desgarrado sus páginas á bayonetazos! ¡Ciudadanos de París, hombres honrados á pesar de vuestra debilidad!... ¿No hay uno entre todos vosotros que preguntando á su conciencia y á su buen sentido, no conozca cuan grave es la injuria que se le hace á él á sus hijos, á sus hermanos, y á la patria, ultrajando con hechos tan escandalosos á las leyes, á los que las ejecutan, y á los que mueren por defenderlas? ¡Cómo no os avergonzais de que un puñado de hombres que parecen muchos, porque están unidos y porque gritan, os impongan su voluntad diciendo que es la vuestra, y divirtiendo vuestra pueril curiosidad por medio de indignos espectáculos! En cualquiera ciudad que se respetase á sí misma, una fiesta de semejante naturaleza no hallaria otro eco que un silencio parecido al del sepulcro. No se verian en ella sino plazas y calles desiertas, casas cerra-

das, ventanas donde nadie se asomase, y unido todo esto al desprecio de los que se la encontrasen por casualidad en la calle; haria conocer por lo menos á la posteridad, la parte que habian tomado los hombres de bien en esta bacanal escandalosa é indecente.»

XVII.

Collot de Herbois, respondió á este escrito insultando á Chenier y á Roucher. Este último le devolvió el insulto recordando á Collot de Herbois las caidas que habia dado en su carrera dramática y todos sus contratiempos como histrion. «Este personaje de comedia, decia, que desde las tablas del teatro ha saltado á la tribuna de los Jacobinos, se ha echado sobre mí, como si quisiese pegarme con los remos que le han traído los suizos de galeras!»

Los pasquines en pro ó en contra de la fiesta, eran innumerables, sobre todo en las paredes del Palacio Real adonde acudían alternativamente á desgarrarlos grupos de jóvenes ó de jacobinos. Dupont de Nemours, amigo y maestro de Mirabeau, olvidando por un momento la calma filosófica en que vivía, escribió una carta á Petion en la cual la conciencia del hombre de bien desafiaba heroicamente la popularidad del tribuno. «Cuando el peligro es grande, decia, el hombre honrado está en el deber de señalárselo á los magistrados, sobre todo si son ellos mismos los que le promueven. Habeis faltado á la verdad cuando habeis dicho que esos soldados habian sido útiles á la revolucion el 14 de julio y que no habian querido batirse contra el pueblo de Paris. Esto es absolutamente falso. Lo que es muy cierto es, que ellos son los que han asesinado á los guardias nacionales de Nancy. Vos habeis tenido la audacia de llamar patriotas

á unos hombres que tienen la insolencia de mandar al Cuerpo legislativo, que envíe una diputacion á la fiesta inventada para honrar á esos rebeldes; estos hombres son los que vos elegís por amigos, y con los que vais á comer secretamente á la Rapeé, y en tanto el general de la guardia nacional de Paris, se ve obligado á andar galopando dos ó tres horas por las calles de la ciudad, para recibir vuestras órdenes, y no puede dar con vos en ninguna parte. En vano tratáis de ocultar vuestra turbacion bajo frases pomposas y vacias de sentido. En vano tratáis de ocultar bajo la apariencia de una fiesta celebrada en obsequio de la libertad, esa fiesta que vais á dar en honor de unos miserables asesinos. Estos subterfugios son ya conocidos de todo el mundo. La cosa urge; ya no engañareis ni á las secciones, ni al ejército, ni á los ochenta y tres departamentos. Los que os conducen como á un niño, tienen la intencion de entregar Paris á diez mil picas, á las que debe abrirseles la barra de la Asamblea el mismo dia en que la guardia nacional sea desarmada. Los hombres á quien han de entregarse aquellas picas van llegando á Paris todos los dias, y cada veinte y cuatro horas entran en la ciudad de mil, á mil quinientos de estos bandidos. Interin llega la hora del saqueo andan pidiendo limosna, y son como los cuervos á quienes el olor de la carne atrae al campo de batalla. No lo he dicho todo; hasta están nombrados los generales que han de mandar este horroroso ejército. Los amigos de Jourdan, impacientes al ver que la amnistia no le libertaba tan pronto como ellos apetecían, han forzado la cárcel de Aviñon y le han puesto en libertad. Ya se le ha recibido en triunfo en algunas ciudades del Mediodia, á la manera que va á recibirse aqui á los suizos de Chateauvieux. Mañana mismo llega á Paris. El domingo asistirá á la fiesta con sus compañeros, con los dos Mainvielle, con Pégtaivin y con todos los demas malvados que á sangre fria han asesinado en una noche sesenta y ocho personas

das, ventanas donde nadie se asomase, y unido todo esto al desprecio de los que se la encontrasen por casualidad en la calle; haria conocer por lo menos á la posteridad, la parte que habian tomado los hombres de bien en esta bacanal escandalosa é indecente.»

XVII.

Collot de Herbois, respondió á este escrito insultando á Chenier y á Roucher. Este último le devolvió el insulto recordando á Collot de Herbois las caidas que habia dado en su carrera dramática y todos sus contratiempos como histrion. «Este personaje de comedia, decia, que desde las tablas del teatro ha saltado á la tribuna de los Jacobinos, se ha echado sobre mí, como si quisiese pegarme con los remos que le han traído los suizos de galeras!»

Los pasquines en pro ó en contra de la fiesta, eran innumerables, sobre todo en las paredes del Palacio Real adonde acudían alternativamente á desgarrarlos grupos de jóvenes ó de jacobinos. Dupont de Nemours, amigo y maestro de Mirabeau, olvidando por un momento la calma filosófica en que vivía, escribió una carta á Petion en la cual la conciencia del hombre de bien desafiaba heroicamente la popularidad del tribuno. «Cuando el peligro es grande, decia, el hombre honrado está en el deber de señalárselo á los magistrados, sobre todo si son ellos mismos los que le promueven. Habeis faltado á la verdad cuando habeis dicho que esos soldados habian sido útiles á la revolucion el 14 de julio y que no habian querido batirse contra el pueblo de Paris. Esto es absolutamente falso. Lo que es muy cierto es, que ellos son los que han asesinado á los guardias nacionales de Nancy. Vos habeis tenido la audacia de llamar patriotas

á unos hombres que tienen la insolencia de mandar al Cuerpo legislativo, que envíe una diputacion á la fiesta inventada para honrar á esos rebeldes; estos hombres son los que vos elegís por amigos, y con los que vais á comer secretamente á la Rapeé, y en tanto el general de la guardia nacional de Paris, se ve obligado á andar galopando dos ó tres horas por las calles de la ciudad, para recibir vuestras órdenes, y no puede dar con vos en ninguna parte. En vano tratáis de ocultar vuestra turbacion bajo frases pomposas y vacias de sentido. En vano tratáis de ocultar bajo la apariencia de una fiesta celebrada en obsequio de la libertad, esa fiesta que vais á dar en honor de unos miserables asesinos. Estos subterfugios son ya conocidos de todo el mundo. La cosa urge; ya no engañareis ni á las secciones, ni al ejército, ni á los ochenta y tres departamentos. Los que os conducen como á un niño, tienen la intencion de entregar Paris á diez mil picas, á las que debe abrirseles la barra de la Asamblea el mismo dia en que la guardia nacional sea desarmada. Los hombres á quien han de entregarse aquellas picas van llegando á Paris todos los dias, y cada veinte y cuatro horas entran en la ciudad de mil, á mil quinientos de estos bandidos. Interin llega la hora del saqueo andan pidiendo limosna, y son como los cuervos á quienes el olor de la carne atrae al campo de batalla. No lo he dicho todo; hasta están nombrados los generales que han de mandar este horroroso ejército. Los amigos de Jourdan, impacientes al ver que la amnistia no le libertaba tan pronto como ellos apetecían, han forzado la cárcel de Aviñon y le han puesto en libertad. Ya se le ha recibido en triunfo en algunas ciudades del Mediodia, á la manera que va á recibirse aqui á los suizos de Chateauvieux. Mañana mismo llega á Paris. El domingo asistirá á la fiesta con sus compañeros, con los dos Mainvielle, con Pégtaivin y con todos los demas malvados que á sangre fria han asesinado en una noche sesenta y ocho personas

indefensas, violando las mugeres antes de degollarlas. ¡Catilina! ¡Cetego! ¡Corred! ¡Los soldados de Sila están dentro de la ciudad, y el mismo cónsul trata de desarmar á los romanos! ¡La medida está tan llena, que se vierte!»

Petion contestó justificándose, pero su defensa fué tan miserable, que bajo la multitud de excusas que aglomera en su escrito para vindicarse se descubren su debilidad y connivencia. En estos momentos sube Robespierre á la tribuna de los Jacobinos y esclama: «Vosotros no remontais á la verdadera causa de los obstáculos que se suscitan á la expansion de los sentimientos del pueblo. ¿Contra quien creéis que habeis de luchar? ¿Contra la aristocracia? No. ¿Contra la corte? Tampoco. Con quien tenéis que habéroselas es con un general destinado por la corte hace mucho tiempo, para ejecutar grandes cosas contra el pueblo. ¡No es la guardia nacional la que ve con inquietud los preparativos que estais haciendo, sino el genio de La Fayette que conspira en el estado mayor, en el directorio de Paris, y en toda la capital; este es el que estravia á una multitud de buenos ciudadanos que á no ser por él, estarían seguramente con nosotros! La Fayette, es el mas peligroso entre todos los enemigos que tiene la libertad, porque se cubre con la máscara del patriotismo; él es, quien despues de haber hecho todo el mal que le ha sido posible en la Asamblea constituyente, ha fingido que se retiraba á sus tierras, pero al poco tiempo ha vuelto á Paris á intrigar con motivo de estar vacante el destino de corregidor; mas no creáis que haya venido á intrigar por obtenerle; no, ha venido por renunciarle; con lo cual ha hecho creer á los tontos en su desinterés. El es, el que llegó á obtener el mando de los ejércitos franceses para que los volviese contra la revolución, en cuanto se presentó coyuntura de poder hacerlo. Los guardias nacionales de Metz estaban tan inocentes como los de Paris; ellos no pudieron menos de ser

patriotas: La Fayette fué quien los engañó sirviéndose para ello de Bouillé, cómplice y pariente suyo. ¿Pero, podremos escribir en las banderas de aquella fiesta, *solo Bouillé es el culpable?* ¿Quién es el que quiso sofocar el atentado de Nancy y cubrirle con un velo impenetrable? ¿Quién el que pide coronas cívicas para los asesinos de los soldados de Chateauvieux? La Fayette. ¿Quién me impide á mi hablar? La Fayette. ¿Quiénes son los que me dirigen unas miradas centelleantes y amenazadoras? La Fayette y sus cómplices.» (Aplausos generales.)

XVIII.

Los preparativos de aquella fiesta dieron lugar á otra escena mas interesante y tierna en la Asamblea constituyente. Al abrirse la sesión se pidió que los cuarenta soldados de Chateauvieux fuesen admitidos en el salon de las sesiones. Mr. de Jaucourt se opuso á ello. «Si estos soldados, dijo, no se presentan aquí sino para manifestar su reconocimiento, consiento en que sean introducidos á la barra; pero pido que despues que se les haya oido no se les permita permanecer allí durante la sesión. (Un murmullo general y los gritos de ¡abajo! que salían de las tribunas interrumpen al orador.) Una amnistía, prosiguió, no es ni un triunfo ni una corona cívica. ¡Vosotros no podeis deshonorar los manes de Desilles ni los de aquellos generosos ciudadanos que han muerto á manos de esos mismos soldados, peleando en defensa de las leyes! Vosotros no debeis hacer que se parta de dolor el corazón de los hombres que han tomado parte en aquel acontecimiento, de los cuales hay alguno entre vosotros, y no podeis menos de confesar que conceder el triunfo que se solicita equivale á insultarlos sin que os hayan dado otro motivo para ello que el haber cumplido con su deber.

Permitid á un militar que fué á aquella expedicion con su regimiento que os haga presente el efecto que produciria vuestra decision en el ejército. (Nuevos murmullos). Este, no vera en vuestra conducta sino una proteccion directa, concedida gratuitamente á la insubordinacion. Los honores que tratáis de dar á estos soldados darán á entender que no los miráis como unos amnistiados que han sido ya castigados suficientemente sino como á unas victimas inocentes.» El tumulto que produce este discurso en la Asamblea obliga al orador á bajar de la tribuna.

Otro de los miembros de la asamblea en cuyo rostro se descubre la mas dolorosa emocion le reemplaza inmediatamente. Este es Mr. de Gouvion jóven oficial de alguna celebridad, y del que ya hemos hablado en las primeras páginas de esta historia. Al verle vestido de riguroso luto y al reparar en la profunda tristeza de que su rostro estaba cubierto, todo el mundo toma interés por él, y al tumultuoso alboroto que reina entonces en la sala, sucede el mas profundo silencio. Su voz trémula indica el dolor que le agobia, y espresa al mismo tiempo la indignacion de que aquel dolor va acompañado.

«Señores, dice, yo tenia un hermano buen patriota, el cual, por la estimá en que le tenían sus conciudadanos, fué sucesivamente comandante de la guardia nacional y miembro del consejo departamental. Siempre dispuesto á sacrificarse por la revolucion y por la ley, vióse requerido en nombre de ambas á marchar á Nancy con los valientes guardias nacionales, y marchó gustoso á cumplir con lo que exigía de él el deber. En la refriega que allí se armó cayó atravesado de cinco bayonetazos, dados por esos mismos hombres que..... no quiero nombrar con el título que se merecen. Ahora pregunto: ¿estoy condenado á ver con serenidad que se presenten aquí los asesinos de mi pobre hermano?—¿Pues bien salies!...» (gritó una voz implacable). Las tribunas aplauden este

grito mas frio y mas cruel que el puñal del asesino. ¡Abajo! ¡Abajo! empiezan á gritar desde todas ellas. La indignacion sostiene á Mr. de Gouvion contra el desprecio que le infunden aquellas voces. «¿Quién es, esclama, el cobarde que se esconde para insultar el dolor de un hermano?—Aquí nadie se esconde (dice un diputado levantándose). Yo soy el que he dicho que salgais afuera sino queréis permanecer aquí.» Este diputado se llamaba Chaudieu. Las tribunas aplauden frenéticamente á aquel hombre desnaturalizado, y no parece sino que entre toda aquella multitud no hay uno solo que tenga corazon, y que todos han prescindido de los sentimientos mas sagrados de la naturaleza. Sin embargo, Mr. de Gouvion estaba sostenido por otro sentimiento mas fuerte que el furor de un pueblo. ¡Este sentimiento era el de la desesperacion! La fuerza que esta le da le hace proseguir su discurso. «He aplaudido como hombre la clemencia de la Asamblea nacional al romper las cadenas de esos infelices soldados, á los que quizá se les haya estraviado. (Nuevos murmullos). ¡Ni los decretos de la Asamblea, ni las órdenes del rey, ni la voz de sus gefes, ni los gritos de la patria, han tenido poder sobre ellos. ¡Sin provocacion por parte de los guardias nacionales de los dos departamentos, han hecho fuego sobre los franceses! ¡Mi pobre hermano ha caido victima voluntaria de su obediencia á vuestras órdenes! No, jamás seré yo quien vea marchitar impávido la memoria de aquellos beneméritos guardias nacionales, con los honores que habeis concedido á los que los sacrificaron villanamente.» Couthon, jóven jacobino que estaba sentado ordinariamente cerca de Robespierre en el club, y que no apartaba sus ojos de los de aquel hombre como si quisiese beber en ellos sus estóicas inspiraciones, se levantó para contestar á Gouvion pero lo hizo sin insultarle. «¿Quién es, dijo, el que esclavo de las preocupaciones, se atreverá á deshonestar á unos hombres que la ley ha declarado inocentes?

¡Quién, el que no haga callar su dolor personal, ante los intereses y el triunfo de la libertad! Sin embargo, la voz de Gouviou había herido la fibra de la justicia oculta en el fondo de los corazones y había escitado en ellos aquella emoción natural que les hace palpar todavía, aun bajo la insensibilidad de las opiniones. Dos veces intima el presidente á la Asamblea que es preciso pasar á la votación, para ver si debe concederse á aquellos soldados el honor de asistir á la sesión, y dos veces son tantos los votos en pro como en contra de la proposición. Los secretarios, únicos jueces en estas materias, titubean, hasta que al fin, despues de dos escrutinios, publican que la mayoría está por que se admita á los suizos. La minoría protesta, y la votación queda nula. Entonces se pide que la votación sea nominal. En esta queda decidido que se les admita por una mayoría insignificante. Inmediatamente entran en la Asamblea, en medio de los estrepitosos aplausos de las tribunas. El desdichado Gouviou se sale por otra puerta en cuanto los ve dentro de la sala, con el rostro cubierto de vergüenza, y con la imaginación llena de ideas de muerte. Jura que jamás volverá á entrar en una Asamblea en que se fuerza á uno de sus miembros á ver y á felicitar á los asesinos de un hermano suyo, é inmediatamente se dirige al ministerio de la Guerra á pedir que se le destine al ejército del Norte, á donde va sin otro designio que el de buscar la muerte. ¡Sus deseos se cumplen al cabo de poco tiempo!

XIX.

Los soldados entran en el salón, y Collot de Herbois los presenta á la admiración de las tribunas. Los guardias nacionales de Versailles que han venido acompañándolos hasta la Asamblea, desfilan por la sala á tambor

batiente y en medio de tumultuosos gritos de ¡Viva la nación! Varios grupos de ciudadanos y de mugeres, ellas con banderas tricolores y ellos con picas, les siguen; despues los miembros de las sociedades populares de París, presentan al presidente las banderas de honor dadas á los suizos por los departamentos que aquellos *trunfadores* acaban de atravesar. Los hombres del 14 de julio por conducto de Gonchon, célebre agitador del arrabal de San Antonio, anuncian que este arrabal ha mandado fabricar diez mil picas para defender la libertad y la patria. Esta ovación legal ofrecida por los girondinos y los jacobinos á unos soldados indisciplinados, autorizaban al pueblo de París á ofrecerles el triunfo del escándalo.

París no era ya un pueblo entusiasta por la libertad, sino un gran foco de anarquía y de desorden; la jornada del 15 de abril reunia en sí los símbolos de ambas cosas. La sublevación armada, ofrecida como un ejemplo digno de imitación; unos soldados insubordinados obteniendo los honores del triunfo; una galera colosal, instrumento del suplicio y de la vergüenza de los *trunfadores*, ofrecida como emblema; unas mugeres perdidas y unas jóvenes reclutadas entre las mas miserables prostitutas, llevando en sus manos y besando á cada paso los restos de las cadenas de aquellos galeotes; cuarenta trofeos en que estaban escritos los nombres de estos, coronados con otras tantas coronas cívicas por haber asesinado á unos ciudadanos honrados; los bustos de Voltaire, de Rousseau, de Franklin, de Sidney y de los mas virtuosos patriotas, así como los de los mas esclarecidos filósofos, confundidos con los bustos soeces é innobles de aquellos sediciosos y profanados solo por este impuro contacto; aquellos mismos soldados, atónitos y quizás avergonzados de su gloria, marchando en medio de un grupo de guardias franceses amotinados, nueva glorificación del abandono de las banderas y de la indiscipli-

na militar; la marcha cerrada por un carro triunfal imitando la proa de una galera, y sobre aquel carro la estatua de la libertad, armada ya de antemano con la maza de setiembre y coronada con el gorro encarnado. Simbólico tomado de la Frigia para unos y de los presidios para los otros; el libro de la Constitución abierto y llevado en procesion en esta fiesta como para escarnecerle haciéndole asistir á presenciar los obsequios que se tributaban á los que se habian armado contra la ley; las grandes bandas de ciudadanos y ciudadanas, las picas de los arrabales, la ausencia de las bayonetas cívicas, las vociferaciones continuas y siempre amenazadoras, las músicas de los teatros, los himnos demagógicos, las ridículas estaciones ante la Bastilla, en la casa de la ciudad y en el Campo de Marte delante del altar de la patria; los inmensos y desordenados círculos en que agarrados de las manos bailaban multitud de hombres y mugeres dando vueltas alrededor de la galera triunfal, al compás de la *Carmagnole*, cancion cínica y detestable; los abrazos mas bien obscenos que patrióticos entre hombres y mugeres, que se precipitaban como unos frenéticos los unos sobre los otros en el acto de abrazarse; y por colmo del envilecimiento Petion y todos los magistrados de Paris asistiendo en corporacion á esta fiesta y autorizando y sancionando con su presencia aquel insulto hecho á las leyes por su debilidad ó complicidad en él. ¡Tal fué aquella fiesta denigrante, copia de la del 14 de julio y parodia vergonzosa de una insurrección que habia preludiado á una revolucion! La Francia se avergonzó al ver esto, los buenos ciudadanos se consternaron, la guardia nacional empezó á temer las picas, la ciudad cobró miedo á los arrabales, y el ejército recibió allí la orden de desorganizarse completamente.

La indignacion de los constitucionales estalló en un himno irónico, compuesto por Andrés Chenier, en el que el jóven poeta vengaba las leyes y proscribia su cabeza,

designándola desde aquel dia al hacha del verdugo. Una de las estrofas decia así:

*¡Salve, triunfo divino! ¡Entra en nuestras murallas!
¡Vuelvenos esos soldados, convertidos en héroes por haber
derramado la sangre de Desilles, y por haber asesinado
á nuestros mejores ciudadanos!*

ANIL
MA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS

te regimiento cuando se le intimó que saliese de la ciudad, los marseleses marcharon sobre Aix, así como los parisienses habían marchado sobre Versalles en las jornadas de octubre. En su violencia arrastraron en pos de sí á los nacionales, que eran los que debían haberla contenido; rodearon entonces á los suizos, les hicieron depouer las armas y los arrojaron vergonzosamente llevándoselos por delante. La guardia nacional, fuerza esencialmente revolucionaria, porque como pueblo participa de las opiniones, de los sentimientos y de las pasiones que está llamada á contener como guardia cívica, seguía por todas partes, bien fuese por debilidad ó por cualquiera otra causa, las inconstantes impresiones de la multitud. Esto no podía menos de suceder así, porque ¿cómo unos hombres que en los clubs acababan de aprobar, de aplaudir y aun quizá de incitar á la sedición, habían de cambiar de corazón y de papel al salir de ellos tomando las armas contra los sediciosos? Así es que cuando no eran cómplices al menos permanecían mudos espectadores de las insurrecciones. La escasez de géneros coloniales, la carestía de los granos y los rigores de un invierno cruel, todo contribuía á agitar al pueblo cada día mas; los agitadores se servían de todas estas calamidades de la época para convertirlas en otros tantos objetos de acusación y de rencor contra la dignidad real.

LIBRO ONCE.

El triunfo de la indisciplina y del asesinato halla eco fuera de París.—Impotencia del gobierno.—Rigor del invierno.—Carestía de granos.—Hácese responsable al gobierno de todas estas calamidades.—La acusación de monopolio equivale á una sentencia de muerte.—Asesinato de Simoneau, corregidor de Etampes.—El duque de Orleans trata de introducirse con el rey.—Su retrato.—Sus desgracias.—Sus viages.—Madama de Genlis se encarga de la educación de los hijos de este príncipe.—Partido orleanista.—Fracasa la reconciliación intentada entre el duque de Orleans y el rey.—El duque de Orleans se pasa á los jacobinos.—Aprestos hostiles del emperador.—La Francia se decide por la guerra.

I.

Los triunfos de la indisciplina y del asesinato hallaron eco en todas partes, manifestándose sus consecuencias en la insubordinación de la tropa, en la desobediencia de los guardias nacionales y en las sublevaciones de los pueblos. Mientras en París se daban fiestas á los suizos de Chateauvieux, el populacho de Marsella exigía con violencia la espulsión del regimiento suizo de Ernest, que estaba de guarnición en Aix, so pretexto de que aquella tropa favorecía á la aristocracia y amenazaba la seguridad de la Provenza. En vista de la negativa de es-

II.

Al gobierno, impotente y desarmado, se le había hecho responsable de las severidades de la naturaleza. Unos emisarios ocultos y unas bandas de hombres armados, recorrian las ciudades y los pueblos en donde se celebraban mercados, esparciendo en ellos rumores alarmantes, é incitando á los paisanos á que pusiesen precio

al trigo y á la harina y designando á los que comerciaban en granos con el nombre de monopolizadores. La acusación de este crimen era una sentencia de muerte contra el infeliz de quien con razon ó sin ella, se sospechaba haberlo cometido. El temor de verse acusado como autor del hambre que sufría el pueblo, paralizaba todas las especulaciones comerciales y contribuía mucho mas que una penuria real; á la escasez de granos que se advertía en los mercados. Desde el momento en que se oculta un género, este se hace raro. Los almacenes de trigo eran un crimen en el concepto de los consumidores de pan. El alcalde de Etampes, Simoneau, hombre íntegro y magistrado intrépido, fué víctima de las sospechas del pueblo. Etampes era uno de los grandes mercados de donde se proveía París. Era por consiguiente muy importante conservar allí la libertad de comercio y la afluencia de los harinas. Un grupo compuesto de hombres y mugeres de los pueblos inmediatos, reunido al toque de rebato, marchó sobre el pueblo un día de mercado, precedidos de tambores y armado con fusiles y con instrumentos de labranza para tasar los granos, tomárselos á viva fuerza á los propietarios, partírselos y esterminar segun ellos decían, á los monopolizadores, entre los cuales señalaban á Simoneau. La guardia nacional se escondía, cuando sucedían lances parecidos al que vamos á describir. Cien hombres del regimiento de caballería, núm. 18.º destacados en Etampes, era la única fuerza de que el alcalde podía disponer. El oficial que los mandaba respondía de sus soldados, como *de sí mismo*. Después de haber hablado mucho con los sediciosos para atraerlos á la razon, viendo Simoneau, que este medio no era suficiente, subió á la casa de ayuntamiento, mandó desplegar la bandera encarnada, proclamó la ley marcial y marchó contra los sublevados rodeado de los concejales, y seguido de la tropa. Al llegar á la plaza, la turba le rodeó y se interpuso entre él y el destacamento.

Los soldados abandonaron al alcalde y ni siquiera des-enyainaron sus sables para defenderle. En vano les intimó en nombre de la ley, y en el del honor militar, que socorriesen á un magistrado contra sus asesinos; en vano cogía la brida de uno de los caballos que se hallaban mas cerca de él, gritando al mismo tiempo: *¡A mí, amigos míos!* Cubierto de heridas causadas por los muchos palos y culatazos que le dieron, cayó casi exanimado teniendo todavía agarradas las riendas del caballo en que iba el cobarde jinete cuyo auxilio imploraba. Este, para poder desasirse del alcalde le cortó el brazo de un sablazo y le dejó espuesto á los insultos del pueblo. *¡Simoneau había espirado!* Dueños los malvados del cadáver se encarnizaron en sus restos palpitantes aun, y discutieron sobre si debían cortarle la cabeza ó no. Los gefes de los amotinados, hicieron deslilar entonces aquella horda sanguinaria por encima del cuerpo del alcalde, empapando sus pies en aquella sangre. Después salieron de la ciudad batiendo marcha, y fueron á embriagarse, á pasar la noche en las tabernas de los arrabales. La tasación de los granos, motivo aparente de aquella sedición fué olvidada con la embriaguez del triunfo. No hubo saqueo, bien porque la sed de sangre satisfecha hiciese olvidar al pueblo el hambre, bien porque semejante hambre no fuese sino un pretesto para cometer asesinatos.

III.

Mientras todo se venia abajo cerea y lejos del trono, un hombre célebre por la gran parte que se le atribuía en la ruina general trató de reconciliarse con el rey. Este era Luis-Felipe-José, duque de Orleans, primer príncipe de la sangre. No me atrevo á juzgar á este príncipe sobre el cual no ha pronunciado la historia hasta

aquí, ni se ha atrevido á designar el lugar que le corresponde en todos estos sucesos. Enigma para sí mismo, ha continuado siendo un enigma para la posteridad. El verdadero móvil de este enigma ¿fué la ambicion ó el patriotismo? ¿fué debilidad ó el espíritu de sedicion? Los hechos lo dirán.

La opinion pública tiene sus preocupaciones. Asombrada por la inmensidad de la obra que lleva á cabo, aturdida por decirlo así con la rapidez del movimiento que arrastra tras sí todas las cosas, no puede creer que un conjunto de causas naturales, combinadas por la Providencia con el advenimiento de ciertas ideas que se apoderan del espíritu humano, y auxiliadas por la coincidencia de las épocas pueda producir por sí solo conmociones tan terribles. Ella busca en las causas sobrenaturales y hasta llega á achacar á la fatalidad unos sucesos que no puede comprender. Ella se complace en imaginar que hay en todo esto una causa oculta que obra misteriosamente, y que tiene poder suficiente para hacer surgir de un sitio ignorado de todos, los hombres y los acontecimientos. En una palabra, ella toma toda revolucion por una conjuracion, y si se encuentra en el principio ó en el medio de las grandes crisis con un hombre importante, á cuyos intereses particulares pueda atribuirse una gran influencia en aquellos sucesos, no titubea en suponerle autor de todos ellos, ni en atribuirle la parte principal en el nuevo cambio que se verifica, así como tambien toda la grandeza ó pequenez de la idea que trata de ponerse en planta, de suerte, que dichoso ó desgraciado, inocente ó culpable, ó le cubre de gloria ó carga sobre él toda la responsabilidad de los hechos, cubriendo de oprobio su nombre y su memoria. Tal fué por espacio de cincuenta años la suerte del duque de Orleans.

IV.

Es una tradicion histórica en los pueblos desde las mas remota antigüedad, que el trono desgasta las razas reales y que mientras las ramas primogénitas se enervan con la posesion del imperio, las que las siguen se fortifican y engrandecen por la ambicion que tienen de elevarse, y porque mas inmediatas al pueblo respiran un aire menos corrompido que el de las córtes. Así, en tanto que el derecho da el poder á los primogénitos, los pueblos conceden la popularidad á los hijos segundos de los reyes.

Este fenómeno de una familia mas fuerte y mas popular que la reinante, creciendo al lado del trono y afectando á la vista de la nacion una rivalidad peligrosa con aquel, se verificaba desde la muerte de Luis XIV en la casa de Orleans. Si esta situacion equívoca daba á los principes de esta familia algunas virtudes, dábales tambien vicios tan grandes como aquellas. Mas inteligentes y mas ambiciosos que los hijos del rey eran tambien mas activos. La sujecion misma en que les tenia la política de la casa reinante condenaba su pensamiento ó su valor á la inaccion y les forzaba á gastar en los desórdenes ó en la molición las facultades naturales y los inmensos bienes de los cuales no les era permitido hacer otro uso. Demasiado grandes para ciudadanos, y demasiado peligrosos para colocarlos á la cabeza de los ejércitos, ó de los negocios del Estado, no hallaban un puesto que les conviniese, ni en el pueblo ni en la corte; así es que trataban de conquistarlo en la opinion del pueblo.

El regente, hombre superior, degradado por lo subalterno de su papel y por lo mucho que este duró, habia sido el ejemplo mas palpable de las virtudes y vicios de la sangre de Orleans. Habia perdido el mando del ejér-

cito de Italia por el desastre de Turin, cuya falta, sin embargo, no debía recaer sobre él. Mas tarde había sido llamado de España por haber intentado, favorecido por sus victorias, de suplantar allí á Felipe V. Después del regente, algunos de aquellos principes, dotados como él de un valor y de un talento naturales, habían intentado la gloria de las grandes acciones de sus primeros años. Antes de tiempo habían vuelto á sumergirse en la oscuridad, y se habían entregado sin freno á todos los placeres, ó por el contrario, se habían dedicado únicamente á ejercicios piadosos. Pero en cuanto había brillado por cualquier motivo el nombre de alguno de los Orleans, se había tenido cuidado de condenarle á la oscuridad. Estos principes debían necesariamente transmitirle con sus tradiciones de familia, la impaciencia por que se verificase un cambio en el gobierno que les permitiese ser verdaderamente grandes. Luis Felipe José, duque de Orleans, había nacido precisamente en una época en que su rango, su fortuna y su carácter debían arrojarle en medio de la corriente de las nuevas ideas, que sus pasiones de familia le mandaban favorecer, y una vez arrastrado por ella, le era imposible detenerse ya en otra parte que no fuese el trono ó el cadalso. Este principe tenía veinte años cuando se presentaron los primeros síntomas de la revolución.

Era robusto, como lo son los de su raza. Su estatura esbelta, su aptitud firme, su rostro risueño, su mirada brillante, sus miembros muy flexibles por haberse dedicado desde muy niño á ejercitar las fuerzas corporales y manejar con destreza un caballo, ejercicio que es el pedestal de los principes. Familiar en su trato, aunque sin bajeza; de elocucion fácil, valiente, liberal hasta la prodigalidad para alentar las artes; esta especie de disipacion que no era sino el lujo de la edad, le designaba ya desde muy jóven á ser el ídolo del pueblo. Su favor le embriagaba y fué estinguendo poco á poco su buen sen-

tido natural. El amor del pueblo le pareció una venganza del olvido humillante en que le dejaba la corte. Este principe desafiaba en su interior al rey de Versalles, porque conocía que él era el rey de París.

Se había casado con una princesa de una raza amada también del pueblo, hija del duque de Penthièvre; hermosa, amable y virtuosa, llevó en dote á su marido andando el tiempo además de la inmensa fortuna de su padre, la clientela de consideracion, de favor público, y de respeto general que había en Francia por su casa. El primer acto político del duque de Orleans, fué una resistencia osada á la voluntad de la corte en la época del destierro de los parlamentos. Desterrado él también á su castillo de Villers-Cotterets, acompañóle allí el interés que tenía el pueblo por él. Los aplausos de la Francia le hicieron dulce la desgracia en que había caído en la corte. Creyó comprender lo que era el papel de ciudadano en un país libre, y aspiró á él, olvidando con demasiada facilidad en medio de la atmósfera de adulacion que le rodeaba, que no solamente se llega á ser grande ciudadano complaciendo al pueblo, sino que es necesario saber servirle, defenderle y muchas veces también resistirle.

Vuelto á París, quiso reunir el prestigio de la gloria de las armas á las coronas cívicas con que ya se decoraba su nombre. Solicitó entonces de la corte la dignidad de gran almirante de Francia, que le pertenecía desde la muerte de su suegro el duque de Penthièvre. Su petición fué deshechada. Entonces se embarcó como simple voluntario á bordo de la escuadra mandada por el conde de Orvilliers, y se encontró en el combate naval de Duessant el 27 de julio de 1778. Las consecuencias de aquel combate en que la victoria quedó indecisa por una falsa maniobra, fueron imputados á la debilidad del duque de Orleans, que segun decían, había impedido que se persiguiese al enemigo con toda la actividad

que hubiera podido hacerse. Estos rumores deshonrosos inventados y propagados por el odio que la corte le tenía, agriaron los resentimientos del joven príncipe, pero no pudieron hacer dudar de su valor.

Las pruebas que dió de él, le llevaron hasta poner en practica ciertos caprichos indignos de su rango. Uno de estos, fué el lanzarse en Saint Cloud en el primer globo que ha llevado viajeros por el espacio. La calumnia no le abandonó en este viaje aerostático y muy pronto esparció el rumor de que habia agujereado el globo con la punta de su espada para forzar á sus compañeros de viago á bajar á tierra cuanto antes. Entáblase entre la corte y él una lucha no interrumpida, audaz por una parte y denigrante por otra. El rey le trataba, sin embargo, con la indulgencia con que trata siempre la virtud las lijerizas de la juventud. El conde de Artois le escogia por compañero perpétuo de sus galanteos. La reina que amaba al conde de Artois, temia que su cuñado se contagiase con un trato tan frecuente é íntimo con el duque de Orleans, que entonces no pensaba en otra cosa que en satisfacer sus pasiones amorosas, entregándose á la mas torpe disolucion. Maria Antonieta, temia á la vez en aquel joven príncipe, al favorito del pueblo y al corruptor del conde de Artois. Ella hizo que el rey comprase el castillo casi regió de Saint Cloud, palacio preferido por el duque de Orleans para hacer de él su morada. Multitud de insinuaciones infames contra sus costumbres, circulaban sin cesar bajo un carácter mas confidencial entre todos los señores de la corte. Se le acusó de haber hecho envenenar, valiéndose para ello de las gentes de su servicio, á su cuñado el príncipe de Lamballe, debilitándole antes en continuas orgias, con la mira de heredar él solo los inmensos bienes de la casa de Penthièvre. Este crimen no era sino una invencion gratuita del odio que la corte le profesaba.

Perseguido así por la animosidad de esta, vióse

obligado el duque á aislarse cada dia mas. En sus frecuentes viages á Inglaterra, contrajo amistad con el príncipe de Gales, heredero del trono, que tenia por amigos á todos los que eran enemigos de su padre, y que jugando con la sedicion, y deshonrándose contrayendo deudas y haciendo gala de los mayores escándalos, llevaba mucho mas allá de lo que es permitido á la juventud, aquellas pasiones que tienen los príncipes por los caballos, por el lujo de la mesa, por el juego y por las mugeres. Sonriéndose aquel príncipe al oír los discursos tribunicios de Fox, de Sheridan y de Burke, preludiaba el ejercicio del poder real con toda la audacia de un hijo desobediente y un ciudadano faccioso.

De este modo adquirió el duque de Orleans el gusto por la libertad en la vida licenciosa que llevó en Londres. Acompañáronle á su vuelta á Francia el hábito de insolentarse con la corte, el gusto por las agitaciones populares, el desprecio de su rango y la familiaridad con el pueblo. Desterró de su casa la etiqueta, y vivió desde entonces como un particular, usando en público y en secreto aquel sencillo traje que quitando á la nobleza francesa su uniforme, y acercando todas las condiciones, destruía ya entre los ciudadanos la diferencia que hacia anteriormente que se conociese en el modo de vestir la clase á que uno pertenecía en la sociedad.

Dedicado esclusivamente el duque á restablecer su fortuna, bastante en decadencia á la sazón, edificó el *Palacio real*. Convirtió los nobles y espaciosos jardines de su antiguo palacio en un lujoso mercado, destinado de dia al tráfico comercial, y por las noches á toda especie de juegos y disoluciones. Verdadera sentina de vicios edificada en el centro de la capital, y obra de especulacion que las antiguas costumbres no perdonaron jamás á este príncipe, fué convirtiendo poco á poco aquel soberbio edificio en el foro de los ociosos del pueblo parisiense para trasformarse muy en breve en cuna de la re-

volucion. Esta marchaba á pasos agigantados. El príncipe la esperaba sumido en la ociosidad, como si la libertad no fuese sino una favorita mas. Entretanto, el odio manifesto que todo el mundo sabia que profesaba á la corte, habia hecho, como es muy natural, que todos los que deseaban el trastorno de sus antiguas instituciones rodeasen á este príncipe. El Palacio real fué el centro elegante de una conspiracion que se celebraba á puertas abiertas para reformar el gobierno. La filosofia del siglo se hallaba allí reunida á la política y á la literatura, y aquel palacio era el de la opinion. Buffon iba constantemente á pasar en él las últimas noches de su vida; Rousseau recibia á lo lejos el único culto que su altiva susceptibilidad podia recibir de los príncipes; Franklin y los republicanos de América, Gibbon y los oradores de la oposicion inglesa, Grimm y los filósofos alemanes, Diderot, Sieyes, Sillery Laclós, Suard, Florian, Raynal, La Harpe y finalmente, todos los hombres pensadores y todos los escritores que presentian el nuevo espíritu se encontraban allí reunidos con los artistas y sábios mas célebres de la época. El mismo Voltaire, proscrito de Versalles por los respetos humanos de una corte que adoraba su genio, fué tambien á parar á él en su último viaje. El príncipe le presentó sus hijos, de los cuales reina uno en Francia en el día. El filósofo moribundo los bendijo como á los de Franklin, en nombre de la razon y de la libertad.

V.

Esto no es decir que aquel príncipe gustase apasionadamente de las letras ni se dedicase á cultivar el pensamiento: se habia dedicado demasiado á los gozes materiales para que pudiese ser sensible á las delicias de la intelgencia; pero el sentimiento revolucionario le

aconsejaba instintivamente que reuniese todas las fuerzas que pudiesen servirle en su día para contribuir al triunfo de la libertad. Cansado inmediatamente de la belleza y de la virtud de la duquesa de Orleans, se enamoró de una señorita hermosa, espiritual, é insinuante, que tampoco logró fijar su corazón, pero sí dominar su inconstancia y dirigir su espíritu. Esta muger seductora entonces, célebre despues, era la señorita de Crest, condesa de Sillery-Genlis, hija del marqués de Saint-Aubin, caballero pobre de Charolais. Su madre, jóven y hermosa todavia, la habia llevado á París, á casa de Mr. de la Popelinier, célebre banquero, anciano ya, con quien aquella muger estaba en relaciones. Educaba pues á su hija, incierta aun de la suerte que el destierro la preparaba, y sin saber si seria como tantas otras mugeres á quienes la naturaleza ha prodigado el talento y la hermosura, pero que careciendo de lo necesario para subsistir, son una especie de aventureras de la sociedad, algunas veces elevadas, pero por lo general envilecidas por ella.

Los maestros mas célebres educaban á aquella jóven, en tanto que su madre la formaba únicamente para la ambicion. La condicion subalterna de aquella muger en casa de su opulento protector, no impedia que su hija recibiese la mas brillante educacion. A los diez y seis años su hermosura precoz y su talento musical, hacian que se la admitiese en los salones mas elegantes, en donde su madre la presentaba como una celebridad equívoca entre el teatro y el gran mundo. Artista en el concepto de los unos, era mirada como una señorita distinguida por los otros; pero á todos los seducia, y hasta los viejos olvidaban que lo eran cuando se hallaban á su lado. Mr. de Buffon, la llamaba *hija*. Su parentesco con madama de Montesson, viuda del duque de Orleans, hacia que viese con frecuencia al jóven príncipe. El conde de Sillery-Genlis se apasionó de ella, y á pesar de la oposicion de

su familia, la tomó por esposa. Amigo y confidente del duque de Orleans, obtuvo el conde que su muger fuese empleada en la servidumbre de la duquesa de Orleans. El tiempo y su talento hicieron todo lo demas. El duque se unió á ella por el doble atractivo de su estremada belleza y por la admiracion que le causaba la superioridad de su inteligencia, de suerte que cada una de estas dos cosas consolidaba el dominio que una sola era suficiente para ejercer sobre el corazon del principe.

Las quejas de la duquesa al ver este nuevo ultraje no hicieron sino cambiar la inclinacion del duque en obstinacion. Quedó completamente subyugado y quiso honrarse con aquel sentimiento haciéndolo público, si bien tratando de disfrazarlo so pretexto de la educacion de sus hijos. La condesa de Genlis aspiraba á la vez á la ambicion de las cortes y á la gloria de las letras. Escribía, pues, con elegancia aquellas obras triviales que entretienen la ociosidad de las mugeres, estraviando su corazon en unos amores imaginarios. Las novelas, que son para el Occidente lo que el opio para los orientales, se habian convertido en una necesidad, y en un acontecimiento de que se hablaba en todos los salones. Madama de Genlis, tenia una gracia particular para esta especie de composiciones, en las que valiéndose de cierta hipocresia de austeridad, hablaba con decencia del amor; ademas afectaba una universalidad de conocimientos científicos que hacia se olvidase el sexo de la autora al ver en ella una ilustracion que recordaba aquellas célebres mugeres de Italia que esplicaban filosofia cubriéndose el rostro con un velo.

El duque de Orleans, innovador en todo, creyó haber hallado en aquella muger el Mentor de sus hijos. En consecuencia la nombró Ayo de aquellos niños. Irritada la duquesa protestó contra aquel escándalo; la corte se burló del duque, y el público quedó aturdido al ver una cosa tan singular. La opinion, que cede final-

mente al que no la teme, murmuró en un principio, enmudeció despues, y concluyó por dar la razon á Orleans: los discípulos de esta muger, sino supieron ser principes, aprendieron al menos á ser hombres. Madama de Genlis atraía al Palacio real á todos los dictadores de la opinion, de suerte que el primer club de Francia se celebraba en las habitaciones del primer principe de la sangre. El amor á las letras cubria esteriormente aquellos conciliábulos, á la manera que la locura del primer Bruto sirvió para cubrir su venganza. Quizá el duque no era un conspirador, pero ello es cierto, que desde entonces hubo un partido llamado de Orleans. Sieyes, oráculo misterioso de la revolucion, que parecia que la llevaba en su frente pensativa, y que la abrigaba silencioso en su seno; el duque de Lauzun, que desertando de las confidencias de Trianon se habia pasado á los conciliábulos del Palacio real; Laclós, jóven oficial de artilleria, autor de una novela obscena, capaz en un caso de necesidad de elevar la intriga novelesca hasta la conjuracion política; Sillery, indispuesto con su casta, enemigo irreconciliable de la corte, ambicioso, descontento, y sin confiar ni esperar nada, sino de lo desconocido; finalmente, otra porcion de hombres mas oscuros, pero no menos activos, que eran una especie de escalones invisibles para bajar desde los salones del principe á las profundidades del pueblo; todas estas gentes, sirviendo unos de cabeza y otros de brazos á la ambicion del duque, asistian diariamente á estas reuniones. Sin duda que ni unos ni otros sabian aun con certeza el verdadero objeto de ellas, pero todos se colocaban en la cima de la pendiente para desde allí dejarse llevar por la fortuna. Lo maravilloso de ese prestigio de las masas que es á la imaginacion lo que á la razon el cálculo, no faltaba en el partido de Orleans. Las profecias, presentimientos populares del destino; los prodigios domésticos admitidos por la credulidad interesada de los numerosos clien-

tes de aquella casa, anunciaban que uno de sus príncipes subiría muy pronto al trono de Francia. Estos rumores corrían entre el pueblo, bien por sí mismos, bien por las hábiles insinuaciones de los partidarios de la casa de Orleans. Cuando se convocaron los Estados generales, el duque se pronunció abiertamente por las reformas más populares, encargando al abate Sieyes que redactase las instrucciones á que habían de atenerse los electores de los dominitos del príncipe. Este intrigó además para obtener el título, y ejercer las funciones de ciudadano. Elegido diputado de la nobleza por París, por Crespy y por Villers Cotterêts, optó por Crespy porque los electores de aquella bailía eran más patriotas. En la procesion de los Estados generales, en lugar de ir entre los príncipes, como le correspondía, fué á colocarse en medio de los diputados. Esta abdicacion de su dignidad, á pesar de ser el más inmediato al trono y esta pública preferencia que daba á su dignidad de ciudadano le valió los aplausos de toda la nacion.

VI.

El favor del pueblo hacía Orleans era tal, que si él hubiese sido un duque de Guisa, y Luis XVI Enrique III, los Estados generales habiesen terminado como los de Blois por un asesinato, ó por una usurpacion. Reunido al estado llano para conquistar la igualdad y ganarse la amistad y la preferencia de la nacion sobre todos los nobles, prestó el juramento del Juego de pelota. Colocóse detrás de Mirabeau en aquella ocasion, solo por desobedecer al rey. Nombrado presidente de la Asamblea nacional renunció á este honor para cedérselo á un simple ciudadano. El día en que la destitucion de Necker puso de manifiesto los proyectos hostiles de la

corte, dia en que el pueblo de Paris nombró por aclamacion los que habian de ser sus gefes y sus defensores, el nombre del duque de Orleans fué el primero que salió de todas las bocas, y la Francia tomó en el jardín de su palacio los colores de su librea destinándolos á ser en adelante la escarapela nacional. A la voz de Camilo Desmoulins, que fué quien dió el grito de alarma en el Palacio real, se formaron los grupos guiados por Legendre y por Freron. Estos pasearon los bustos del duque de Orleans y el de Necker, los cubrieron con un velo negro y ellos con la cabeza descubierta, atravesaron silenciosos por medio de los ciudadanos. Corrió la sangre, el cadáver de uno de los que llevaban los bustos, al cual habia muerto la tropa, sirvió de estandarte al pueblo. De este modo el duque de Orleans se halló comprometido por su palacio, por su nombre y por su imagen en el primer combate y en el primer asesinato de la revolucion. Esto fué lo suficiente para que se creyese que su mano era la que movia todos aquellos resortes y que él era el autor de cuanto estaba sucediendo. Sea por falta de audacia, sea porque no tuviese ambicion, lo cierto es que jamás tomó la actitud del papel que la opinion le señalaba. Su objeto entonces no pareció ser otro que el de conquistar una constitucion para su pais, y el título de patriota para sí. O respetó ó desdeñó el trono; cualquiera de estos dos sentimientos le hace grande á los ojos de la historia. Todo el mundo era de su partido excepto él.

Los hombres imparciales honraron su moderacion y los revolucionarios se avergonzaron de ver su falta de carácter. Mirabeau que buscaba un pretendiente en quien pudiese personificar la revolucion, habia tenido varias entrevistas secretas con el duque de Orleans, en las cuales habia procurado sondear su ambicion para juzgar si seria de tal naturaleza que le hiciese aspirar á ocupar el trono sin reparar en los medios. Aquel grande hombre

se había retirado descontento, y había descubierto su decepcion usando al hablar del príncipe ciertas palabras que le eran bastante injuriosas. Lo que Mirabeau necesitaba era un conspirador, pero no halló mas que un patriota. Lo que el despreciaba en el duque, no era la meditación de un crimen, sino el que se negase á ser su cómplice, porque nunca había pensado hallar en Orleans tantos escrupulos. Vengóse de él llamando á aquel desinteres, la *bajeza de un ambicioso*.

La Fayette acusaba al príncipe de fomentar unos disturbios que algunas veces no podia el general contener. Se pretendia por algunos haber visto al duque de Orleans igualmente que á Mirabeau, mezclados entre los grupos de hombres y mugeres y señalándoles con el dedo el palacio. Mirabeau se defendió de esta calumnia con la sonrisa del desprecio. El duque de Orleans demostró mas seriamente su inocencia. El doble asesinato del rey y de la reina, dejaba todavía viva la monarquía, las leyes del reino, y los príncipes herederos de la corona. Orleans no podia subir al trono, sino pasando por encima de cinco cadáveres colocados por la naturaleza entre su ambicion y él. Estos crímenes en vez de servirle de escalon para lograr su intento caso que hubiese querido ser rey, no le hubiesen conducido sino á la execración de la nación, y hubiesen causado hasta á los mismos asesinos. Además, el duque probaba con numerosos é irrecusables testimonios, que no había ido á Versalles ni el 4 ni el 5 de octubre; que al salir de aquel punto el 3 despues de la sesion de la Asamblea nacional se había vuelto á París; que había pasado el día 4 en su palacio y en los jardines de Mousseaux; que el 5 había vuelto á salir para este último punto, y que habiéndose roto su cabriolé en el arrabal, había continuado su camino á pie por los Campos Eliseos; que había pasado el día en Passy con sus hijos y con madama de Genlis; que había cenado en Mousseaux con esta, y se había vuelto á dormir á París; que hasta el 6 por la ma-

ñana no había tenido conocimiento de los sucesos del día anterior, pero que en cuanto los supo, había marchado en direccion á Versalles, habiendo sido detenido su coche en el puente de Sevres por las turbas que llevaban las cabezas de los guardias del rey. Si esta conducta no era la que debía observar un príncipe de la sangre, obligado á volar en socorro de su rey y á colocarse al pie del trono entre el soberano amenazado y el pueblo, tampoco era la de un usurpador audaz que trata de aprovechar la ocasion de una revolucion y que presenta á lo menos al pueblo un crimen enteramente consumado.

La táctica de este príncipe consistió en estar á la expectativa, ya porque él no quisiese recibir la corona sino de la fatalidad de los sucesos, y sin alargar siquiera la mano para cogerla, ya porque hubiese en él mas indiferencia que ambicion hacia aquel rango supremo, ya porque no quisiese colocar su trono como un obstáculo en medio del camino de la libertad, ya finalmente porque aspirase sinceramente á la república, y porque tuviese en mayor estima el simple titulo de primer ciudadano de una nacion libre, que el pomposo de rey.

VII.

No obstante, poco despues de aquella época La Fayette quiso romper las relaciones que había entre Orleans y Mirabeau. El general trató de alejar á toda costa á aquel príncipe de la escena política y de forzarle moralmente á que se desterrase él mismo á Londres, haciéndole entrever la posibilidad de que se le formase causa por crimen de lesa magestad. Hizo que el rey y la reina le ayudasen en este plan, alarmándoles con la relacion de los complots en que estaba mezclado el príncipe, y haciendo que viesen en él un competidor al trono. La

Fayette decía un día á la reina, que aquel príncipe era el único hombre de quien pudiese sospecharse una ambicion tan desmesurada. «Caballero, le respondió la reina mirándole con cierta espresion de incredulidad, ¿es necesario ser príncipe para aspirar á la corona?—A lo menos señora, replicó el general, yo no conozco otro hombre sino al duque de Orleans que tenga semejantes intenciones.» La Fayette tenia un concepto demasiado elevado de la ambicion de Orleans.

VIII.

Desalentada Mirabeau al ver en este hombre tanta indecision y tantos escrúpulos, y hallándole siempre por cima ó por bajo del crimen, le rechazó de sí y trató de entablar relaciones con La Fayette. Este, aunque no tenia á su disposicion sino la fuerza armada, conocia que Mirabeau tenia suficiente fuerza moral, y se sonrió en vista de la idea de un domvirato que les aseguraba el imperio. En París y en Passy tuvieron estos dos rivales varias entrevistas secretas. La Fayette rechazando toda idea de usurpacion en beneficio de un príncipe, declaró terminantemente á Mirabeau que si queria que los dos se entendiesen, era preciso ante todo renunciar á cuanto fuese ó pudiese ser en perjuicio de la reina. «Pues bien, general, respondió Mirabeau, ya que así lo queréis, que viva! Una reina humillada, puede ser útil, pero una reina degollada, no sirve sino para componer una mala tragedia.» Esta salida atroz en que se trataba en tono de chanza si habia de derramarse ó no la sangre de una muger, llegó mas tarde á conocimiento de la reina, pero se la perdonó á Mirabeau y no impidió que entrase en relaciones con el gran orador. Sin embargo, aquella palabra dejó sin duda cierta impresion sangrienta en el co-

razon de aquella princesa, que desde entonces debió ya conocer lo que podia temer en lo sucesivo.

Seguro La Fayette del asentimiento del rey y de la reina, y apoyado en la indignacion de la guardia nacional que empezaba ya á cansarse de los facciosos, se atrevió á tomar con aquel príncipe el tono de un dictador y á pronunciar contra él un destierro arbitrario, cubierto bajo las apariencias de una mision aceptada espontáneamente. Suplicó por tercera persona al duque de Orleans que le concediese una cita en casa de la marquesa de Coigny, muger noble y espiritual, adicta á La Fayette y á cuya casa iba alguna que otra vez el duque. Despues de una conversacion que solo las paredes oyeron, pero cuyo contenido pudo adivinarse por los resultados; conversacion á la que Mirabeau llamaba *muy imperiosa por una parte y muy resignada por la otra*, se convino en que el duque de Orleans saliese inmediatamente para Londres.

Los amigos del príncipe le hicieron variar de resolucion aquella misma noche, y así se lo escribió á La Fayette. Este le dió otra cita, en la que le intimó que mantuviese su palabra y que partiese en el término de veinte y cuatro horas, conduciéndole en seguida al cuarto del rey. Allí aceptó el príncipe la mision ficticia y prometió no omitir nada en Inglaterra para destruir los complotos de los fautores de los disturbios del reino. «Vos estais mas interesado en ello, que ningun otro, le dijo La Fayette en presencia del rey, porque nadie está mas comprometido que vos.» Instruido Mirabeau de la violencia ejercida por La Fayette sobre el espíritu del duque ofreció á éste sus servicios y trató de seducirle por última vez presentándole la posibilidad en que se hallaba de apoderarse del rango supremo. Para esto habia ya concebido el plan del discurso que habia de pronunciar al día siguiente en la Asamblea. En él denunciaria como una conspiracion del despotismo aquel golpe de Estado

contra un solo ciudadano, en cuya libertad se atentaba contra la de todos los demas. «Esta violacion de la inviolabilidad de los representantes de la nacion en el destierro de un príncipe de la sangre, mostraria á La Fayette como sirviéndose de la mano del rey para herir á sus rivales de popularidad, y para cubrir su insolente dictadura con la sancion veneranda del gefe de la nacion, cabeza al mismo tiempo de la familia real.» Mirabeau no dudaba que se sublevaria la Asamblea contra una tentativa tan odiosa, y prometió á los amigos del duque de Orleans que se verifcaria uno de aquellos cambios rápidos de opinion que elevan al hombre á una altura mayor, que aquella de donde ha caido. Estas palabras, sostenidas por las súplicas de Laclós, de Sillery y de Lauzun, hicieron vacilar por segunda vez al príncipe en su resolucion. Conoció éste, que era vergonzoso aquel destierro voluntario, en el cual no habia visto anteriormente sino magnanimidad. En consecuencia, volvió á escribir al amanecer diciendo que no marcharia.

La Fayette, le hizo llamar entonces á casa del ministro de Negocios estrangeros. Allí el príncipe se dejó vencer otra vez, y escribió á la Asamblea destruyendo de antemano todo el efecto de la denuncia de Mirabeau. «Mis enemigos pretenden, dijo el duque á La Fayette, que os jactais de tener contra mi pruebas de complicidad en los atentados del 5 de octubre.—Mis enemigos si que son los que lo dicen, respondió La Fayette, si yo tuviese pruebas contra vos, ya os hubiese hecho prender. No las tengo, no, lo que hago es buscarlas.» El duque de Orleans marchó. Nueve meses habian trascurrido desde su vuelta. La Asamblea constituyente habia dejado la Constitucion que acababa de votar, bajo la tutela de la anarquía, y sin nadie que fuese capaz de defenderla. El reino, se hallaba en el mayor desorden, los primeros actos de la Asamblea legislativa anunciaban la vacilacion de un pueblo que hace alto sobre una pen-

diente escarpada, pero que está decidido á bajar por ella, hasta llegar al valle.

IX.

Los girondinos, adelantándose desde el primer paso al partido de Barnave y los Lameth, indicaban su intento de empujar la Francia sin prepararla, hasta la república. El duque de Orleans, á quien su larga permanencia en Inglaterra habia proporcionado tiempo suficiente para reflexionar lejos de las facciones, sintió hervir en sus venas la sangre de los Borbones. No dejó por esto de ser patriota; pero comprendió muy bien que la salvacion de la patria, cuando se veia amenazada de una guerra inminente, no consistia en la destruccion del poder ejecutivo. Tambien debió despertarse en su corazon cierta compasion al ver lo mucho que sufrían el rey y la reina, pues por mas que los odiase no se habian estinguido en él aun todos los sentimientos generosos. Hallábase ya suficientemente vengado con los acontecimientos de octubre, con la humillacion del rey ante la Asamblea, con los insultos cotidianos del populacho á Maria Antonieta, y con las terribles noches que pasaba aquella familia, cuyo palacio no podia ya llamarse sino una prision; quizá temia tambien que la revolucion fuese ingrata con él, y llegase á tratarle del mismo modo que estaba tratando á sus mas inmediatos parientes.

El duque habia salido para Inglaterra contra su voluntad, pero habia permanecido allí, porque habia llegado á persuadirse de que su nombre era un pretexto, del cual se servian para todas las agitaciones de Paris. Laclós, habia ido varias veces á Londres á tentar de nuevo la ambicion del desterrado y á echarle en cara su condescendencia con La Fayette; condescendencia que la Francia tomaba por cobardía. El orgullo del príncipe se

habia sublevado en vista de esta idea y amenazaba con que se volveria á Paris.

Las representaciones de Mr. de La Luzerne, ministro plenipotenciario de Francia en Londres, las de Mr. de Boinville, ayudante de campo de La Fayette, y finalmente su propia prevision, habian prevalecido sobre las instigaciones de Laclós. Hay una prueba de esto en una carta de Mr. de La Luzerne, hallada en la *Alacena de hierro*, entre los papeles reservados del rey. «Declaro, dice Mr. de La Luzerne, que he presentado al señor duque de Orleans á Mr. de Boinville, ayudante de campo de Mr. de La Fayette; que este oficial ha hecho presente al duque de Orleans que no convenia que se presentase en Paris en estos momentos, porque no faltarían algunos hombres mal intencionados que se servirían de su nombre para promover disturbios y alborotos, no solo en la capital, sino quizá en todo el reino, por cuya razon le suplicaba que retardase su vuelta á Paris. El señor duque de Orleans, que no quiere dar el mas mínimo pretexto para que se turbe la tranquilidad pública valiéndose de su nombre, ha consentido gustoso en acceder á lo que se le suplicaba.»

X.

Por fin partió, y en cuanto llegó á Francia trató de que se le emplease en la marina, pero cuantos pasos dió fueron inútiles. Así las cosas, Mr. Bertrand de Molleville le envió el nombramiento de almirante cuando menos lo esperaba el duque. En cuanto lo recibió fué á dar las gracias al ministro y le dijo: «Que tenia á gran dicha la gracia que el rey acababa de concederle, porque le proporcionaba ocasion de dar á conocer á aquel principe, que le habian calumniado vilmente los que le habian atribuido unos sentimientos de los que estaba muy distante. Soy muy desgraciado, prosiguió, se han servido

de mi nombre para imputarme unos horrores de que todo el mundo me ha creído culpable, porque he desdeñado justificarme. Pronto se verá si mi conducta confirma lo que estoy diciendo.»

El aire de franqueza y de lealtad y el tono espresivo con que hablaba el duque afectaron al ministro, que estaba muy prevenido contra él y que hasta entonces le habia tenido por culpable. Preguntó éste al principe si tendria inconveniente en hablar al rey aquel mismo lenguaje, con lo cual daria consuelo á su corazon porque él temia transmitir á S. M. las palabras que acababa de oír, conociendo que no podria darlas toda la significativa energía que tenían en sí. El duque acogió alborozado la idea de ver al rey si éste se dignaba recibirle. Manifestó su intencion de ir al dia siguiente á palacio, y advertido el rey de esta novedad por su ministro le aguardó impaciente, permaneciendo los dos encerrados en el cuarto del rey por largo rato.

Un escrito autógrafa redactado por el duque de Orleans, en un principio para justificar su memoria ante sus hijos y ante sus amigos, va á iniciarnos en los misterios de esta conversion reservada. «Los demócratas exaltados dice, han pensado que yo queria establecer la república en Francia, los ambiciosos han creído que prevalido yo de mi popularidad, queria forzar al rey á que me entregase la direccion del reino; finalmente, los patriotas virtuosos han visto en mí la misma virtud que ellos tienen y han pensado que yo me sacrificaba sin reserva por la causa pública. Los unos me han hecho peor, y los otros mucho mejor de lo que soy efectivamente. Hasta ahora yo no he hecho otra cosa que seguir los impulsos de mi voluntad, que me inclina hácia las ideas liberales. He creído ver la imágen de la libertad en los parlamentos, que cuando menos tienen su lenguaje y sus formas. Así es, que yo he abrazado este fantasma de representacion, y me he sacrificado hasta tres veces por los parlamentos.

habia sublevado en vista de esta idea y amenazaba con que se volveria á Paris.

Las representaciones de Mr. de La Luzerne, ministro plenipotenciario de Francia en Londres, las de Mr. de Boinville, ayudante de campo de La Fayette, y finalmente su propia prevision, habian prevalecido sobre las instigaciones de Laclós. Hay una prueba de esto en una carta de Mr. de La Luzerne, hallada en la *Alacena de hierro*, entre los papeles reservados del rey. «Declaro, dice Mr. de La Luzerne, que he presentado al señor duque de Orleans á Mr. de Boinville, ayudante de campo de Mr. de La Fayette; que este oficial ha hecho presente al duque de Orleans que no convenia que se presentase en Paris en estos momentos, porque no faltarían algunos hombres mal intencionados que se servirían de su nombre para promover disturbios y alborotos, no solo en la capital, sino quizá en todo el reino, por cuya razon le suplicaba que retardase su vuelta á Paris. El señor duque de Orleans, que no quiere dar el mas mínimo pretesto para que se turbe la tranquilidad pública valiéndose de su nombre, ha consentido gustoso en acceder á lo que se le suplicaba.»

X.

Por fin partió, y en cuanto llegó á Francia trató de que se le emplease en la marina, pero cuantos pasos dió fueron inútiles. Así las cosas, Mr. Bertrand de Molleville le envió el nombramiento de almirante cuando menos lo esperaba el duque. En cuanto lo recibió fué á dar las gracias al ministro y le dijo: «Que tenia á gran dicha la gracia que el rey acababa de concederle, porque le proporcionaba ocasion de dar á conocer á aquel principe, que le habian calumniado vilmente los que le habian atribuido unos sentimientos de los que estaba muy distante. Soy muy desgraciado, prosiguió, se han servido

de mi nombre para imputarme unos horrores de que todo el mundo me ha creído culpable, porque he desdeñado justificarme. Pronto se verá si mi conducta confirma lo que estoy diciendo.»

El aire de franqueza y de lealtad y el tono espresivo con que hablaba el duque afectaron al ministro, que estaba muy prevenido contra él y que hasta entonces le habia tenido por culpable. Preguntó éste al principe si tendria inconveniente en hablar al rey aquel mismo lenguaje, con lo cual daria consuelo á su corazon porque él temia transmitir á S. M. las palabras que acababa de oír, conociendo que no podria darlas toda la significativa energía que tenían en sí. El duque acogió alborozado la idea de ver al rey si éste se dignaba recibirle. Manifestó su intencion de ir al dia siguiente á palacio, y advertido el rey de esta novedad por su ministro le aguardó impaciente, permaneciendo los dos encerrados en el cuarto del rey por largo rato.

Un escrito autógrafa redactado por el duque de Orleans, en un principio para justificar su memoria ante sus hijos y ante sus amigos, va á iniciarnos en los misterios de esta conversion reservada. «Los demócratas exaltados dice, han pensado que yo queria establecer la república en Francia, los ambiciosos han creído que prevalido yo de mi popularidad, queria forzar al rey á que me entregase la direccion del reino; finalmente, los patriotas virtuosos han visto en mí la misma virtud que ellos tienen y han pensado que yo me sacrificaba sin reserva por la causa pública. Los unos me han hecho peor, y los otros mucho mejor de lo que soy efectivamente. Hasta ahora yo no he hecho otra cosa que seguir los impulsos de mi voluntad, que me inclina hácia las ideas liberales. He creído ver la imágen de la libertad en los parlamentos, que cuando menos tienen su lenguaje y sus formas. Así es, que yo he abrazado este fantasma de representacion, y me he sacrificado hasta tres veces por los parlamentos.

Las dos primeras por conviccion, la tercera por no desmentirme á mi mismo. Habia estado ya largo tiempo en Inglaterra, y habia visto allí la verdadera libertad. Por esta razon, no dudé en los Estados generales que la Francia quisiese conquistarla. En cuanto pude entrever que la Francia tendria ciudadanos, quise yo ser tambien uno de ellos. En esto consistió el que sin reflexionar detenidamente sobre lo que hacia sacrificase un rango y unos privilegios que me separaban de la nacion. Nada me costó este sacrificio. Aspiraba á ser diputado, y lo fui: me afité en el partido del estado llano, no por espíritu de faccion, sino por justicia. Segun mi modo de ver, desde aquel momento era ya imposible impedir que la revolucion se llevase á cabo. Varias personas de las que rodeaban al rey pensaron de una manera muy diferente. Entonces se reunieron tropas, y estas cercaron la Asamblea nacional. Paris se creyó amenazado y se sublevó; los guardias franceses que vivian entre el pueblo, le siguieron. Esparcióse al ver esto el rumor de que yo habia sobornado aquel regimiento, pero voy á decir francamente mi opinion sobre este particular. Si los guardias franceses se hubiesen portado de otro modo, es cuando yo hubiese creído que les habian sobornado, porque el haberse manifestado hostiles al pueblo de Paris, hubiese sido una cosa contra naturaleza. ¿Se dirá que mi busto y el de Necker, fueron paseados por las calles públicamente? ¿Y por qué? Porque aquel ministro de la esperanza pública era adorado de la nacion, y porque mi nombre se hallaba en las listas de los diputados de la Asamblea, que, segun se decia, habian de ser arrestados con aquel ministro por las tropas que se habian llamado á Versalles. En medio de unos acontecimientos tan favorables para un faccioso, ¿qué es lo que yo hice para aprovecharme de ellos? Me oculté y traté sin afectacion de evitar que el pueblo me viese; no aprobé los excesos cometidos por él, y me retiré á pasar la noche á mi posesion de Mous-

seaux; al dia siguiente me fui sin ningun acompañamiento á la Asamblea nacional de Versalles. En el momento dichoso en que el rey se decidió á echarse en brazos de la Asamblea, me negué á ser uno de los miembros de la diputacion que iba á llevar esta noticia á la capital. Esto lo hice, por que temia que me tributasen un homenaje, que solo al rey era debido. La misma conducta observé en las jornadas de octubre, en cuyos dias me ausenté para no añadir un elemento mas á la fermentacion en que se hallaba el pueblo, y hasta que se restableció la calma no volví á aparecer. En Sevres me hallé con unos grupos de asesinos que llevaban los cabezas de los guardias del rey, y uno de ellos arrojándose sobre mis caballos disparó un tiro al postillon, de suerte que yo, pretendido gefe de aquellos hombres, estuve á pique de ser victima suya. Debo mi salvacion únicamente á unos cuantos guardias nacionales de un puesto inmediato al sitio en donde me sucedió esto, que me escoltaron hasta Versalles, á donde en cuanto llegué, subí á palacio, conteniendo antes y haciendo callar al inmenso pueblo que estaba en el palacio de los ministros. Yo fui uno de los que tuvieron parte en el decreto por el cual se declaró la Asamblea inseparable de la persona del rey. Entonces sin embargo, Mr. de La Fayette me pidió una cita y me manifestó en nombre de S. M., lo mucho que deseaba verme salir de Paris para quitar todo pretexto plausible á las agitaciones populares. Seguro en adelante del triunfo de la revolucion y no temiendo ya por ella sino los disturbios con que se querria tal vez entorpecer su marcha, obedecí sin titubear, no poniendo otra condicion que el que se me permitiese pedir permiso á la Asamblea nacional para efectuar mi viage. La Asamblea me lo concedió y yo marché inmediatamente. Conmovido el pueblo de Bolonia por una intriga que puede muy bien achacárseme, pero á la cual me mostré absolutamente extraño puesto que no accedí á sus deseos, quiso dete-

nerme allí á la fuerza, oponiéndose á que me embarcase. Confieso que me enternecí, pero no cedi á aquella violencia del favor del pueblo, y le hice entrar en su deber. Este viage y mi ausencia, hicieron que se abusase de una porcion de cosas enteramente inocentes para imputar los mas odiosos atentados cuando yo no podia refutarlos por mi mismo. Segun se decia, yo habia querido forzar á el rey á huir de Versalles con el delfin; pero Versalles no es toda la Francia. El rey se hubiese encontrado con su ejército y con la nacion, fuera de aquella ciudad, y el único resultado de mi ambicion, hubiese sido la guerra civil y la dictadura militar de que se hubiera investido el rey necesariamente. Ademas de esto, quedaba el conde de Provenza, heredero natural del trono abandonado. Siendo este popular como lo era, y habiendo pertenecido conmigo al partido del pueblo, cuanto yo hubiese hecho no hubiese sido mas que trabajar en beneficio suyo. No es esto todo. Aun quedaba el conde de Artois en el extranjero, y este y sus hijos, que estaban mas cerca del trono que yo, se hallaban en completa seguridad y libres de que les alcanzasen los puñales que se pretendia estaban pagados por mi para atravesar sus pechos. ¡Qué serie de locuras, de absurdos y de crímenes inútiles! El pueblo francés no ha cambiado de sentimientos ni de caracter al efectuar su revolucion! Yo me persuado que el conde de Artois, á quien quiero mucho, hará la prueba de ello; yo me complazco en creer que acercándose de nuevo á un rey que él quiere y de quien es amado con ternura, y á un pueblo á cuyo amor le dan tantos derechos sus relevantes prendas, volverá en dias mas tranquilos á gozar de la parte que le cabe en el amor que la nacion mas sensible y mas amante, ha profesado siempre á los nietos de *Enrique IV.*»

Estas razones ú otras semejantes mezcladas sin duda, con la manifestacion del arrepentimiento y con aquellas acciones mudas que tienen mucha mas fuerza que las palabras en ocasiones tan solemnes, convencieron sino el ánimo, al menos el corazon del rey. Este escusó, perdonó y esperó. «Cree, como vos, dijo enternecido á su ministro, que el duque de Orleans, vuelve de buena fé, y que hará todo cuanto de él dependa por reparar los males que ha hecho, en los cuales puede ser muy bien que no tenga tanta parte como habiamos creído.»

El príncipe habia salido del cuarto del rey reconciliado consigo, y mas resuelto que nunca á no tolerar que su nombre sirviese de pretexto á los facciosos. Poco trabajo le habia costado sacrificar su ambicion porque no la tenia, en cuanto á su popularidad le habia abandonado ella misma, para ir á echarse en los brazos de ciertas personas de una categoria muy inferior á la de Orleans. Este, no tenia ya en adelante otro sitio en donde estuviere seguro y honrado que la Constitucion y la inmediatecion al trono. Su corazon le conducia allí lo mismo que su deber, y admiraba mas al hombre en Luis XVI que al rey. La adulacion y los resentimientos de córte echaron á perder tan buenas disposiciones.

El domingo siguiente á esta reconciliacion, el duque de Orleans se presentó á ofrecer sus respetos al rey y á la reina en la córte. Una multitud de cortesanos llenaba los patios, las escaleras y las antesalas y salones de las Tullerías; algunos confiando todavia en que les fuese favorable la fortuna, otros llamados de las provincias por su desdichado amo para sufrir con él el infortunio, única recompensa que podia prometerse la fidelidad á la sazon. La inesperada aparicion del duque de Orleans cu-

ya reconciliacion con el rey no se habia traslucido aun, cubrió los semblantes de todas aquellas gentes de admiracion y de horror. Un murmullo continuado de indignacion corrió por aquellos grupos al verle, y aunque se separaron para abrirle paso manifestaron todos en sus rostros lo mucho que les repugnaba tan odioso contacto. En vano trató de hallar una sonrisa cariñosa ó una señal de respeto entre todas aquellas gentes. Al ir á entrar en el cuarto del rey, los cortesanos y los guardias volviéndole la espalda se apiñaron con afectacion en las puertas, por lo cual viendo que le era imposible entrar allí sin mover un escándalo, se dirigió al cuarto de la reina. La mesa estaba puesta. ¡Cuidado con lo que coméis! exclamaron varias voces, como si quisiesen indicar que el duque era un envenenador. Indignado éste se ruborizó, poniéndose pálido en seguida como un difunto, y atribuyó al odio que la reina le tenia, los insultos de que acababa de ser víctima. Inmediatamente bajó las escaleras para salir de palacio, pero allí le aguardaban nuevos ultrajes llegando la insolencia hasta el extremo de escupir desde lo alto del tramo superior de la escalera, sobre sus vestidos y sobre su cabeza. Los puñales no le hubieran causado heridas tan crueles como estos asesinatos del desprecio. Con las mejores disposiciones habia entrado en palacio, pero salió de él convertido en enemigo implacable y convencido de que ya no tenia otro sitio en donde refugiarse del furor de la corte que las últimas filas de la democracia. Precipitose en ellas con resolucion deseoso de hallar allí la seguridad ó la venganza.

El rey y la reina supieron bien pronto los insultos que habia recibido el duque, y á pesar de que ellos no habian mandado que se le hiciesen, tampoco trataron de repararlos ni de darle la debida satisfaccion de ellos. Quizá, se alegraron interiormente de la ira imprudente de aquellos palaciegos, que tanto habian humillado á

sus enemigos. La reina concedia sus favores con lijereza y era imprudente en sus odios. El rey era bondadoso, pero le faltaba gracia para hacerse querer. Una palabra de Enrique IV hubiese bastado para castigar como merecian á aquellos atrevidos, y para atraer al príncipe á sus pies: Luis XVI no supo decirlo, ¡el resentimiento fué aumentándose en medio del silencio, y el destino se cumplió!

XII.

El duque de Orleans, unido á los girondinos por sus relaciones con Pétion y con Brissot, se separó de ellos aquel mismo dia, para pasarse á los jacobinos. Abrió las puertas de su palacio á Danton y á Barrere, y ya no se le volvió á encontrar sino en los partidos extremos, á los cuales siguió por todas partes en silencio sin vacilar ni retroceder un solo dia. ¿Cual fué el resultado? ¡La república, el regicidio y la muerte!

XIII.

La alarma que inspiraban á la nacion los preparativos hostiles del emperador, y la desconfianza que imbuían los girondinos en todos sus discursos contra la corte y sus ministros, agitaban cada dia mas la capital. El partido de la Gironda, respondia con el grito de guerra y de traicion á cada nueva comunicacion del ministro de Negocios estrangeros. Fauchet le denunció. Brissot, exclamó: ¡Cayó la máscara! Nuestro enemigo nos es ya conocido. La pretendida vulneracion de los derechos de los príncipes posesionados en Alsacia, cuya causa finge

abrazar el emperador, no es sino un pretexto para desahogar su odio; los mismos emigrados no son otra cosa que unos meros instrumentos. ¡Despreciémosles! Al supremo tribunal nacional toca hacernos justicia con respecto á esos príncipes mendicantes. Los electores del imperio tampoco son dignos de vuestra cólera. El miedo les hace ponerse de rodillas ante vosotros, y un pueblo libre no hiere á sus enemigos, cuando los ve en una posición tan humillante. ¡Herid en la cabeza; la cabeza es el emperador!»

El ardor de Brissot se comunicó á toda la Asamblea. Este hombre, político hábil y consejero profundo de su partido, no tenía sin embargo, una de aquellas voces sonoras que elevan el acento de una opinión hasta la proporción de la voz de todo un pueblo. Solo Vergniaud estaba dotado de un alma en donde se reasumía la pasión, y resonaba la elocuencia de todo un partido. Este hombre se elevaba por medio de consideraciones históricas, hasta las escenas de los tiempos antiguos que tenían mas analogía con las que se estaban verificando, y daba á sus palabras el trono y la solemnidad de todas las épocas.

«Nuestra revolución, dijo en esta sesión, ha alarmado todos los tronos. Ella es la que ha dado el ejemplo de la destrucción del despotismo que los sostiene. Los reyes aborrecen nuestra Constitución, porque hace libres á los hombres, y porque ellos quieren reinar sobre esclavos. Este odio se manifiesta á las claras en el emperador por las medidas que toma para inquietarnos, protegiendo á nuestros enemigos, y alentando á los franceses rebeldes á las leyes de su patria. No hay que hacerse la ilusión de creer, que este odio se estinga; lo que es necesario es impedirle que obre. El genio vigila en nuestras fronteras, defendidas, menos por nuestras tropas de línea y por nuestros guardias nacionales, que por el entusiasmo de la libertad. ¡La libertad! Esta es objeto de una guerra ocul-

la y vergonzosa, que se la está haciendo desde que apareció. ¿En qué consiste esta guerra? Tres ejércitos de reptiles y de insectos venenosos se agitan y se arrastran en vuestro propio seno. El uno se compone de libelistas y de calumniadores pagados; estos se esfuerzan en armar los dos poderes, uno contra otro, inspirándoles mutuas desconfianzas. Otro ejército tan peligroso sin duda como el anterior, es el de los sacerdotes sediciosos que ven que su dios se les escapa, que se hundan su poder y su prestigio, y que para conservar su imperio, recurren á una venganza que la religion prohíbe, y prescriben como virtudes los crímenes mas atroces. El tercero es el de esos banqueros avaros y codiciosos agiotistas, que no pueden enriquecerse sino causando nuestra ruina; la prosperidad nacional seria la muerte de sus especulaciones egoistas, y nuestra muerte seria la única cosa que á ellos pudiese darles vida. Estos hombres se asemejan á aquellos animales carnívoros que esperan el fin de los combates para ir á devorar los cadáveres que han quedado en el campo de batalla. (Aplausos). Estas gentes saben que vuestros preparativos de defensa son incompletos, y cuentan con el descrédito en que está vuestro tesoro y con la escasez de numerario. También cuentan con el cansancio de esos ciudadanos que han abandonado á sus mugeres y á sus hijos por volar á las fronteras, y que las abandonarían mientras que los millones repartidos subrepticamente en lo interior, suscitarán insurrecciones en que armado el pueblo por el delirio, destruiría por sus mismas manos sus derechos, creyendo defenderlos. Cuando el emperador vea las cosas en el estado que acabo de pintaros, avanzará con un ejército formidable para imponeros las cadenas. He aquí la guerra que se os hace y se os quiere hacer en lo sucesivo. (Grandes aplausos).

«El pueblo ha jurado mantener la Constitución por que ve en ella su dicha y su libertad; pero si vosotros le

dejais en una inacion agitada, que gaste sus fuerzas y agote todos nuestros recursos el dia en que el pueblo se halle en este estado de abatimiento ¿no será tambien el último de nuestra Constitucion? El estado á que se nos ha reducido es muy parecido al que acabo de poner á vuestra vista y no puede conducirnos sino al oprobio ó á la muerte. (Vivos aplausos). ¡A las armas, ciudadanos! ¡A las armas hombres libres! Defended vuestra libertad, asegurad la esperanza que tiene el género humano de conquistarla, y de no hacerla así sabed que no merecis ni aun que se tenga compasion de vuestras desgracias. (Nuevos aplausos).

«Nosotros no tenemos otros aliados que la justicia eterna, cuyos derechos defendemos: ¿Nos está prohibido por esto el buscar otros y el interesar las potencias que se vean amenazadas como nosotros por la rotura del equilibrio europeo? Sin duda que no. Declarad al emperador que desde este momento quedan rotos los tratados. (Prolongados bravos). El mismo emperador nos ha dado el ejemplo rompiéndolos. Si aun duda en atacaros es porque no está dispuesto. Pero ya ha caido la mascara que le cubria. ¡Felicitaos! La Europa tiene la vista fija en vosotros: enseñadla en fin lo que vale la Asamblea nacional de Francia! Si vosotros mostrais la dignidad que conviene á los representantes de un gran pueblo obtendreis sus aplausos, su estimacion y su apoyo. Si manifestais debilidad, si dejais pasar la ocasion que la Providencia os ofrece de libertaros de una situacion tan embarazosa, temed el envilecimiento que os preparan el odio de Europa, el de la Francia, el de vuestro siglo y el de la posteridad. (Aplausos).

«Haced todavía mas: exigid que los colores nacionales sean respetados al otro lado del Rhin; exigid tambien que se disperse á vuestros emigrados. Bien sé que podria pedir que se les hiciese volver á una patria á quien ultrajan para castigarles. ¡Pero no! Si ellos ansian derra-

mar nuestra sangre, ¡no nos mostremos nosotros deseosos de verter la suya! Su crimen consiste en haber querido arruinar su patria ¡pues bien! que anden errantes y vagabundos por todo el globo y que su castigo sea no hallar patria en ninguna parte. (Aplausos). ¡Si el emperador tarda en responder á vuestra intimacion, considérese esta dilacion como una negativa; si se niega á esplicarse, considérese esto tambien como una declaracion de guerra! Atacad ahora que teneis ocasion de hacerlo. Si Federico hubiese, contemporizado en la guerra de Sajonia, el rey de Prusia seria en este momento marqués de Brandeburgo. El fué el que atacó, y la Prusia disputa hoy al Austria su influencia en los destinos de Alemania, influencia que se ha escapado de vuestras manos.

«Hasta aqui vosotros no os habeis determinado á hacer las cosas sino á medias, y puede aplicarse á vuestras medidas el lenguaje que usaba Demostenes con los atenienses, en unas circunstancias parecidas á estas. Vosotros, les decia, os portais con los macedonios como los bárbaros que combaten en nuestros juegos con respecto á sus adversarios; cuando se ven heridos en el brazo acuden á defender el brazo, si son heridos en la cabeza acuden á defender aquella parte despues que han sido heridos en ella, pero nunca piensan en parar de antemano los golpes. Si Felipe arma, vosotros armais tambien, si desarma, deponéis las armas. En cuanto ataca á uno de vuestros aliados, en seguida enviais un ejército numeroso para protegerlo; si acomete una de vuestras ciudades entonces enviais un numeroso ejército para que la defienda, si desarma o'ra vez, vosotros tambien desarmais de nuevo, sin pensar en los medios de anticiparos á trastornar sus proyectos ambiciosos, ni en ponerlos al abrigo de sus ataques. De este modo estais siempre á las órdenes de vuestro enemigo, que es el que verdaderamente manda en vuestros ejércitos.

«Voy tambien á deciros de que modo os manejaís con

respecto á los emigrados. Cuando ois decir que están en Coblenta, un sin número de ciudadanos vuelan allí á batirse con ellos. Si se reúnen en las orillas del Rin, vosotros guarnecéis el camino que han de seguir con dos cuerpos de ejército. Si las potencias inmediatas á vuestras fronteras les conceden asilo, entonces os proponéis ir á atacarlos. Si ois decir por el contrario que se han internado en el Norte de Alemania, al momento deponéis las armas. Si aquellos hombres vuelven á ofenderos de nuevo, vosotros volveis tambien á indignaros, pero en cuanto os hacen la mas insignificante oferta, volveis tambien á deponer las armas. De esta suerte los emigrados y los gabinetes que los sostienen, son vuestros gefes y los que disponen como les acomoda de vosotros, de vuestros consejos, de vuestros tesoros y de vuestros ejércitos. (Aplausos). Ved vosotros mismos, si este humillante papel es digno de un pueblo tan grande como el nuestro.

«Voy á terminar con una idea que se me ocurre ahora mismo. Páreceme que los males de las generaciones preteritas vienen presurosos á este templo para exhortaros en nombre de todos los males que la esclavitud les ha hecho sufrir, que preservéis de ellos á las generaciones futuras, cuyo destino está en vuestras manos. ¡Atended á sus súplicas y sed otra Providencia para las edades futuras! ¡Asociaos á la Justicia eterna que protege á los pueblos! Si así lo haceis, merecereis bien de vuestra patria y de todo el género humano.»

Los prolongados aplausos que siguieron á este discurso, manifestaron la emoción que había producido en todos los corazones. Vergniaud, á imitación de los oradores de la antigüedad, en vez de enervar su elocuencia con las combinaciones de la política que solo habla al espíritu, la empapaba en el fuego de un alma patética. El pueblo no entiende sino aquello que siente, y no hay mejores oradores para él, que los que le conmueven. La emoción es la convicción de las masas. Vergniaud la sen-

tia en sí y sabía comunicarla á la multitud. La conciencia de trabajar por la felicidad del género humano, y la perspectiva del reconocimiento de los siglos venideros, daban á la Francia un noble orgullo que la hacia entusiasmarse por la causa de la libertad. El carácter distintivo de este orador, consistía en saber elevar casi siempre la revolucion á la altura de un apostolado, en estender su patriotismo á toda la humanidad y en no apasionar ni atraer hácia sí al pueblo, sino valiéndose de sus virtudes. Semejantes palabras producian un efecto tan grande en todo el imperio, que el rey y el ministerio no podian resistirlo.

XIV.

Ya hemos dicho en otra parte, que Vergniaud y sus amigos tenían inteligencias en el consejo. Mr. de Narbona y los girondinos se veían y concertaban de comun acuerdo lo que debía hacerse en los salones de madama de Staël, llamados entonces el Campo de la revolucion. El abate Fauchet, denunciador de Mr. de Lessart, habia en las mociones marciales que allí se hacian, todo el ardor que le animaba para derribar á aquel ministro. Este, amortiguando en cuanto le era posible las amenazas de la corte de Viena y la indignacion de la Asamblea, habia cuanto estaba en su mano por ganar tiempo y ver si podia lograr que se decidiesen las cosas con mas calma. Su leal adhesión á Luis XVI y su gran prevision le hacian ver en la guerra, no la restauracion, sino una sacudida violenta del trono. En este choque entre Europa y Francia, necesariamente tenia que ser el rey el primero que sufriese, y forzosamente habia de quedar muy mal parado del golpe. La hombría de bien y el afecto de Mr. de Lessart á su amo, hacian en él las veces del genio. Como que este hombre era un obstáculo para los tres

partidos que querían la guerra, era preciso separarle á toda costa del lado del rey, con lo cual se lograba impedir que volviese á aconsejarle. Lessart podía cubrirse, ya retirándose espontáneamente, ya cediendo á la impaciencia de la Asamblea. No quiso hacer ni lo uno ni lo otro. Instruido de la terrible responsabilidad que pesaba sobre su cabeza, y no ignorando que esta responsabilidad era la muerte, hizo, sin embargo, frente á todo heroicamente con el solo objeto de dar algunos días mas al rey para que pudiese entrar en negociaciones. ¡Estos días estaban contados!

LIBRO DOCE.

Muerte de Leopoldo.—Destitucion de Mr. de Narbonne.—Asesinato de Gustavo, rey de Suecia.—Gabinete de Luis XVI.—Todos los partidos se reúnen para derribarle.—Brissot llega á ser el hombre político de la Gironda.—Ministerio girondino.—Dumouriez, ministro de la Guerra.—Roland, ministro del Interior.

I.

Leopoldo, aquel príncipe pacífico y filósofo que hubiese sido revolucionario á no haber sido emperador, había probado todos los medios posibles para diferir el choque entre los dos grandes principios. No pedía á la Francia sino unas concesiones aceptables para poder neutralizar así el arrojó de la Prusia, de la Alemania y de la Rusia. El príncipe de Kaúnitz, ministro suyo, escribía continuamente á Mr. de Lessart en este sentido. Las comunicaciones confidenciales que recibía el rey del marqués de Noailles, embajador suyo en Viena, respiraban también un espíritu conciliador. Lo único que quería Leopoldo era, que restablecido el orden en Francia y

partidos que querían la guerra, era preciso separarle á toda costa del lado del rey, con lo cual se lograba impedir que volviese á aconsejarle. Lessart podía cubrirse, ya retirándose espontáneamente, ya cediendo á la impaciencia de la Asamblea. No quiso hacer ni lo uno ni lo otro. Instruido de la terrible responsabilidad que pesaba sobre su cabeza, y no ignorando que esta responsabilidad era la muerte, hizo, sin embargo, frente á todo heroicamente con el solo objeto de dar algunos días mas al rey para que pudiese entrar en negociaciones. ¡Estos días estaban contados!

LIBRO DOCE.

Muerte de Leopoldo.—Destitucion de Mr. de Narbonne.—Asesinato de Gustavo, rey de Suecia.—Gabinete de Luis XVI.—Todos los partidos se reúnen para derribarle.—Brissot llega á ser el hombre político de la Gironda.—Ministerio girondino.—Dumouriez, ministro de la Guerra.—Roland, ministro del Interior.

I.

Leopoldo, aquel príncipe pacífico y filósofo que hubiese sido revolucionario á no haber sido emperador, había probado todos los medios posibles para diferir el choque entre los dos grandes principios. No pedía á la Francia sino unas concesiones aceptables para poder neutralizar así el arrojó de la Prusia, de la Alemania y de la Rusia. El príncipe de Kaúnitz, ministro suyo, escribía continuamente á Mr. de Lessart en este sentido. Las comunicaciones confidenciales que recibía el rey del marqués de Noailles, embajador suyo en Viena, respiraban también un espíritu conciliador. Lo único que quería Leopoldo era, que restablecido el orden en Francia y

puesta en práctica la Constitución por el poder ejecutivo con todo vigor, diesen garantías á las potencias monárquicas. Pero las últimas sesiones de la Asamblea, los armamentos dispuestos por Mr. de Narbona, las acusaciones de Brissot, el vehemente discurso de Vergniaud, los aplausos que éste había obtenido, cansaron ya su paciencia, y á su pesar, se decidió por lo que tanto había dilatado. «Los franceses, dijo un día en su reunion, quieren la guerra, pues bien, la tendrán, y verán que el pacífico Leopoldo sabe ser un guerrero, cuando el interés de sus pueblos lo exige.»

Los consejos de ministros se repitieron en Viena con mucha frecuencia, presididos por el emperador.

La Rusia acababa de firmar la paz con el imperio otomano y estaba en disposición si quería de declararse por la Francia. Suecia avivaba la ira de los príncipes; Prusia cedía á los consejos de Leopoldo; Inglaterra observaba, pero no ponía trabas á nadie, porque la lucha del continente debía aumentar su importancia. Decidióse poner los ejércitos al pie de guerra, y el 7 de febrero de 1792 se firmó en Berlin el tratado definitivo de alianza entre Austria y Prusia. «Hoy, escribía Leopoldo á Federico Guillermo, la Francia es la que amenaza, la que arma y la que provoca. La Europa también debe armarse.» El partido de la guerra triunfaba en Alemania. «Es una felicidad, decía el elector de Maguncia al marqués de Bonillé, que los franceses sean los agresores. Sin esto nunca hubiéramos tenido la guerra.» Aunque decidida esta en el consejo, Leopoldo esperaba todavía. En una nota oficial que el príncipe de Kaunitz remitió al marqués de Noailles para que se la comunicase al rey, este príncipe propendía aun á la conciliación. Mr. de Lessart, respondió confidencialmente á estas últimas proposiciones, y tuvo la lealtad de comunicar su respuesta á la comisión diplomática de la Asamblea, compuesta de girondinos. En este escrito, el ministro palaba las re-

convenciones dirigidas á la Asamblea por el emperador, y parecía mas bien disculpar á la Francia que justificarla. Confesaba, sin embargo, que había habido algunos disturbios en el reino, y algunos excesos en los clubs y por parte de la prensa; atribuía estos desórdenes á la fermentación producida por las grandes reuniones de emigrados y á la inesperecia de un pueblo que hace los primeros ensayos de su Constitución, y que se hiere él mismo manejando un arma que no conoce bien todavía.

«La indiferencia y el desprecio, decía, son las únicas armas con que debe combatirse este azote. ¿Podría rebajarse la Europa hasta el extremo de acriminar á toda la nación francesa, porque oculta en su seno algunos declamadores, y algunos folletistas, y hasta á hacerles á estos el honor de responderles á cañonazos?»

En una comunicacion dirigida por el príncipe de Kaunitz á todos los gabinetes estrangeros, se hallaban las siguientes palabras: «Los últimos sucesos nos dan algunas esperanzas; parece que la mayoría de la nación francesa, reflexionando en los males que ella misma se busca, vuelve á principios mas moderados y tiende á devolver al trono la dignidad y la autoridad, que son la esencia del gobierno monárquico.» La Asamblea guardó el silencio de la sospecha. Esta sospecha se avivó, al oír la lectura de las notas y contranotas diplomáticas que habían mediado entre el gabinete de las Tullerías y el de Viena. Mas apenas bajó Mr. de Lessart de la tribuna y se levantó la sesión, cuando los eufemismos de la desconfianza se convirtieron en un clamor sordo y unánime de indignación.

II.

Los jacobinos prurupieron en amenazas contra el ministro y contra la corte. Segun ellos, había coniven-

cia entre las Tullerías y el gabinete de Viena, y en Francia era donde se combinaban todos los planes contrarrevolucionarios. Pretendían además que tanto el ministro como el rey pertenecían al llamado *comité austriaco*, y que era tal su perfidia, que comunicándose reservadamente con la corte de Austria, la dictaban el lenguaje que debía usar con la Francia, para intimidarla. Las memorias de Hardenberg, ministro de Prusia, publicadas después, prueban que estas acusaciones no eran enteramente un sueño de los demagogos, y que las dos cortes, aun cuando fuese con la buena intención de mantener la paz, se esforzaban en combinar su lenguaje. Declaróse que había lugar al acta de acusación de Mr. de Lessart, y Brissot, presidente de la comisión diplomática, y el hombre de la guerra, se encargó de probar los pretendidos crímenes del ex-ministro.

El partido constitucional abandonó villanamente á Mr. de Lessart al odio de los jacobinos. Este partido no abrigaba la menor sospecha respecto al acusado, pero tenía que vengar en él cierto agravio. El rey acababa de separar repentinamente á Mr. de Narbona, rival de Mr. de Lessart en el consejo. Mr. de Narbona, sintiéndose amenazado se había hecho escribir por La Fayette una carta en que éste le instaba en nombre del ejército á permanecer en su puesto mientras que el peligro de la patria lo exigiese así. Este paso dado con conocimiento de Mr. de Narbona, le pareció al rey una opresión insolente ejercida sobre su libertad personal y sobre la Constitución. La popularidad de Mr. de Narbona iba en disminución y la audacia de los girondinos en aumento. La Asamblea empezaba á trocar los aplausos que anteriormente le había prodigado en violentos murmullos en cuanto le veía subir á la tribuna: no hacía aun muchos días que se le había hecho bajar de ella vergonzosamente por haber herido la susceptibilidad plebeya, invocando el apoyo de los miembros *mas distinguidos* de la Asamblea. La aris-

tocracia de su rango se divisaba aun por debajo de su uniforme. El pueblo quería hombres tan duros como él en el consejo. Mr. de Narbona colocado entre el rey ofendido y las desconfianzas de los girondinos no pudo evitar su caída. El rey le destituyó y fue á servir al ejército que él mismo había organizado.

Sus amigos no ocultaron su resentimiento. Madame de Staël vio desvanecerse con la caída de aquel hombre su bello ideal y trastornarse todos sus planes de ambición, pero no la abandonó la esperanza de reconquistarle la confianza del rey, unida á un gran papel político. Antes había querido hacer de él un Mirabeau, y ahora soñaba en que fuese un Monk. Desde aquel día concibió la idea de arrancar al rey de manos de los jacobinos y de los girondinos y de hacerle arrebatado por Mr. de Narbona y por los constitucionales para colocarle en el centro del ejército, y obligarle á que destruyendo los partidos estremos, pudiese fundar aquel gobierno ideal que era su sueño dorado, y que consistía en una libertad aristocrática. Mujer de gran talento reunía en sí todas las preocupaciones de su nacimiento; plebeya de la corte, colocada entre el trono y el pueblo, necesitaba de los patricios. El primer golpe dirigido á Mr. de Lessart, salió de la mano de un hombre que frecuentaba la casa de Staël.

III.

Pero otro golpe inesperado y todavía mas terrible alcanzó á Mr. de Lessart el mismo día en que se le entregaba en manos de sus enemigos, como acabamos de referir. Recibióse en París la noticia inesperada de la muerte del emperador Leopoldo. Con la vida de este príncipe desaparecían las esperanzas de paz, porque se llevaba consigo toda su gran prudencia y sabiduría. ¿Quién

era capaz de saber qué especie de política iba á salir de su sepulcro? La agitación de los espíritus produjo un terror general y este se cambió en odio hacia el desgraciado ministro de Luis XVI. Lessart no había sabido, según decían, ni aprovecharse de las disposiciones pacíficas de Leopoldo durante su vida, ni evitar las hostilidades de los que iban á sucederle en la dirección de Alemania. Todo parecía volverse contra él, y hasta la fatalidad y la muerte, se le habían convertido en objetos de acusación.

El imperio estaba próximo á romper las hostilidades cuando falleció el emperador. Desde Basilea hasta el Escalda se hallaban escalonados doscientos mil hombres. El duque de Brunswick, héroe y esperanza de la liga, se hallaba en Berlín aconsejando al rey de Prusia, y esperando las últimas órdenes. Bischoffwerder, general y confidente del rey de Prusia, acababa de llegar á Viena para concertar con el emperador la hora y el punto en donde debían dispararse los primeros tiros. En cuanto llegó, el príncipe de Kaunitz le anunció con las lágrimas en los ojos la enfermedad repentina del emperador. Leopoldo gozaba la mejor salud el día 27 en que dió audiencia al embajador turco, y el 28 estaba ya en la agonía. Hincháronsele las entrañas, y unos vómitos convulsivos que se seguían casi sin interrupción le partían el pecho y el estómago. Los médicos vacilau viendo aquellos síntomas tan alarmantes, y aunque turbados mandan que se le sangre inmediatamente; este remedio hace que se sosiegue un poco, pero enerva la fuerza vital de un príncipe gastado por los excesos. Duérmese un instante, y los ministros y los médicos se salen de la cámara imperial para dejarle descansar; despiértase al cabo de pocos minutos, y presa de nuevas convulsiones espira en los brazos de la emperatriz que acaba de acudir al saber la novedad, sin otro testigo de su muerte que uno de sus ayudas de cámara llamado Bruetti.

La noticia de la muerte del emperador, tanto mas funesta cuanto mas impensada, se esparció en un momento por la ciudad, y sorprendió al imperio cuando se hallaba precisamente en una gran crisis. Mezclábanse en todos los ánimos un terror pánico sobre el destino de Alemania á una gran compasión hacia la emperatriz y sus hijos. En palacio reinaban una confusión y una consternación inesplicables: los ministros no sabían como se les había escapado el poder, y los grandes personajes de la corte, sin aguardar siquiera á que les pudiesen el carruaje, corrían aturdidos por las calles, en dirección á palacio; en el alcázar imperial no se oía otra cosa que sollozos y gritos de dolor. En este momento la viuda de Leopoldo, sin haber tenido siquiera tiempo para vestirse de luto, se presentó ante aquella corte desprovista, rodeada de sus hijos, y les condujo ante el nuevo rey de los romanos, hijo primogénito de Leopoldo, donde se arrodilló, reclamando su protección en favor de aquellos huérfanos. Francisco I, uniendo sus sollozos á los de su madre y hermanos, entre los cuales había uno que no tenía mas que cuatro años, levantó á la emperatriz, besó á los niños y les prometió que sería para ellos un segundo padre.

IV.

Aunque esta catástrofe pareciese inesplicable para los facultativos, los hombres políticos sospecharon que en ella se encerraba algún misterio, y el pueblo, menos cauto, habló sin empacho de envenenamiento; estos rumores no han sido confirmados ni desmentidos por el tiempo. La opinión mas probable es que el príncipe, ávido de placeres, había tratado de escitar en demasía su naturaleza haciendo un uso excesivo de ciertas drogas que componía él mismo, y que su pasión por las mugeres

rés le hacían necesarias, cuando sus fuerzas físicas no respondían al ardor insaciable de su imaginación. Su médico de cámara, Lagusius que había asistido a la autopsia del cadáver, afirmaba que había sido envenenado. ¿Quién pudo envenenarlo? Los jacobinos y los emigrados se echaban en cara mutuamente este crimen: aquellos pudieran haberlo cometido por deshacerse del gefe armado del imperio, y para introducir con su muerte la anarquía en la federación alemana, cuyo lazo era el emperador; estos hubieran podido herir en Leopoldo al príncipe filósofo que entraba en pactos con la Francia y que retardaba la guerra. También se decía que había sido envenenado por una mujer desconocida en el último baile de máscaras. Contábase que esta, favorecida por su disfraz, le había ofrecido un dulce que contenía el veneno, y en él le había regalado la muerte. Otros acusaban á la bella florentina doña Livia, querida suya, ó instrumento según la opinión de estos, del fanatismo de algunos sacerdotes. Todas estas anécdotas no son sino unas quimeras inventadas por la sorpresa y dolor; los pueblos no quieren ver nada natural en los sucesos que como este tiene tan gran influencia sobre su destino. Pero los crímenes colectivos son raros, las opiniones los desean, pero no los cometen por sí mismos. Nadie acepta por todos la exaeración de una maldad que no aprovecha sino al partido. El crimen es personal como la ambición ó la venganza; alrededor de Leopoldo no había ni una ni otra, y únicamente lo que podía haber era algunos celos ó algunas envidias mugeriles. Sus relaciones con el bello sexo eran muchas y muy fugaces para que pudiesen encender en el alma de sus queridas una de esas pasiones que se sirven del puñal ó del veneno. Trataba á la vez con doña Livia, á quien había traído consigo de Toscana, y que era conocida en Europa bajo el nombre de la hermosa Italiana; con Prokache, jóven polaca; con la encantadora condesa de Walkens-

tein y con otras muchas de inferior condición. La condesa hacia ya algun tiempo que era su querida favorita y acababa de regalarla un millon en billetes de banco; habia llegado hasta á presentarla á la emperatriz, que le perdonaba sus debilidades con tal que no concediese su confianza política sino á ella. La pasión de Leopoldo por las mugeres era un verdadero delirio; y sería preciso remontarse á las épocas mas vergonzosas del imperio romano para hallar en el corazón de los emperadores unos escándalos comparables con los de este hombre. Su gabinete parecia un lugar infame ó un museo de obscenidad. Después desu muerte, se hallaron en él una porción de telas preciosas, de sortijas, de abanicos, de joyas de todas clases, y hasta cien libras de colorete y pomadas, destinado todo esto á reparar el desorden de los rostros de las mugeres que allí entraban, para que nadie notase su desaliño al salir. La emperatriz se ruborizó al ver aquellas pruebas convincentes de la disolución de su marido, y cuando se inventariaron en presencia del emperador no pudo menos de decirle: «Hijo mio, ante tu vista tienes una triste prueba de los desórdenes de tu padre y de mis largas aflicciones; no te acuerdes sino de mí perdon y de sus virtudes. Imita sus grandes cualidades, pero guárdate de caer en los vicios en que ha caído tu padre, siquiera para que no haya quien tenga que ruborizarse al penetrar en los secretos de tu vida privada.»

Leopoldo era mas digno de aprecio como príncipe que como hombre. Habia ensayado un gobierno filosófico en Toscana, y aquel dichoso pais bendice todavía su memoria. Su genio no era á propósito para la dirección de un imperio mas vasto. La lucha que la revolución francesa le proponía, le obligó á tomar el mando de Alemania, pero lo desempeñó con demasiada blandura, oponiendo los paliativos de la diplomacia al ardor de las nuevas ideas, lo que equivalió á asegurar el triunfo

de la revolucion, dándola tiempo de consolidarse. A esta no se la podia vencer sino por sorpresa, y ahogándola en su cuna. El genio de los pueblos era su agente y su cómplice, y su popularidad cada dia mayor, constituia su fuerza, y era su verdadero ejército. Sus ideas le reclutaban los príncipes, los pueblos, y los gabinetes; Leopoldo hubiera querido contribuir á ella por su parte, pero el genio de las revoluciones consiste en conquistar todo lo que se opone á sus principios. Los de Leopoldo podian conciliarse muy bien con la revolucion; pero su poder como árbitro de Alemania, no podia conciliarse con el poder conquistador de la Francia. Tenia que representar dos papeles, lo que hacia que su posicion fuese falsa. Murió en la ocasion mas oportuna para su gloria, y con su muerte se paralizó la Alemania, y se amortiguó el arroyo impetuoso de los franceses. Al desaparecer de entre estas dos cosas les dejaba dos principios que debian chocar mutuamente y que necesariamente debian producir la guerra.

V.

Fermentando ya las opiniones con la muerte de Leopoldo recibieron otro golpe con la noticia del trágico fin del rey de Suecia asesinado el 16 de setiembre, en un baile de máscaras. La parca iba haciendo presa uno á uno en todos los enemigos de Francia. Los jacobinos veian su propia obra en aquellas catástrofes, y se gloraban de ello por conducto de sus mas desenfundados demagogos; pero estos hombres proclamaban unos crímenes en los que no tenian otra parte que el deseo de que se verificasen.

Gustavo, héroe de la contrarevolucion, y caballero de la aristocracia, fué victima de sus nobles, cuando se dis-

ponia á salir para la expedicion que meditaba contra la Francia, despues de haber reunido la dieta para asegurar la tranquilidad del reino durante su ausencia. Su energia habia reprimido á los descontentos, á pesar de habersele anunciado como á César, que los *idus* de marzo le serian funestos. Hacia ya tiempo que habia indicios de que se urdia una trama contra él, y el rumor de que iba á ser asesinado se habia esparcido por toda Alemania antes que el asesinato se verificase. Semejantes rumores son el presentimiento de los crímenes que se meditan, porque siempre los conspiradores dejan traslucir parte de los planes que tienen entre manos y aunque esta luz sea muy débil, hay en ella claridad suficiente para ver ciertos sucesos antes que sucedan.

Advertido el rey de Suecia por sus numerosos amigos de lo que se intentaba y suplicándole estos, que anduviese con cuidado, les respondió como César, que era menos doloroso recibir el golpe, que estar temiéndole continuamente, y que si él tuviese que dar oídos á todas las advertencias de este género, no se atreveria ni á beber un vaso de agua. Así desafiaba este príncipe á la muerte entregándose á su pueblo sin tomar la menor precaucion.

Los conjurados habian hecho ya varias tentativas inútiles mientras duró la dieta, pero la casualidad habia salvado siempre al rey. Despues que volvió de Estocolmo acostumbraba á ir solo á su palacio de Haga, distante una legua de la capital. En una de las oscuras tardes del invierno, tres asesinos se habian dirigido á las inmediaciones de aquel palacio, provistos de buenas armas de fuego y habian estado espiondo al rey con intencion de dispararle á boca de jarro. El cuarto de S. M. estaba en el piso bajo, y las muchas luces que habia en la pieza de la libreria, dejaban ver perfectamente la victima á aquellos tres malvados. Gustavo volvió de cazar, se desnudó, se sentó en un sillón, y se durmió á muy pocos pa-

sos de donde estaban sus asesinos. Ya fuese que algun ruido le alarmase, ya que el contraste solemne que ofrecía el sueño de un príncipe, que dormía sin la menor desconfianza teniendo tan cerca la muerte, enterneciese las almas de aquellos hombres, ello es que por esta vez no llevaron adelante su intento, ni este hecho llegó á saberse, hasta que ellos lo revelaron en sus declaraciones, despues de haberse cometido el asesinato. Ya estaban decididos á renunciar á su proyecto, desanimados por una especie de intervencion divina y cansados de no haber podido llevar á cabo su idea en tanto tiempo, cuando una ocasion fatal vino á tentarles con mas fuerza y á decidirles definitivamente á ejecutar el asesinato.

VI.

En el teatro de la Opera se daba aquella noche un baile de máscaras al que debía asistir al rey. Los conjurados resolvieron aprovecharse del bullicio de aquella fiesta y de la impunidad que les ofrecía el llevar la cara tapada, para dar el golpe, sin que fuese fácil descubrir los agresores. El rey cenó con tres ó cuatro de sus favoritos antes de ir al baile, y estando cenando recibió una carta que leyó riéndose de su contenido, y que arrojó despues sobre la mesa. El autor anónimo de esta carta, le decía que ni era amigo suyo, ni aprobaba su política, pero que como enemigo leal, se creía en el deber de advertirle que estaba próximo á ser asesinado, y que le aconsejaba que no fuese al baile, así como tambien que si estaba resuelto á ir, desconfiase de los grupos que se le acercasen, porque estos grupos debían ser el preludio y la señal del golpe que se le iba á dar. Para que el rey creyese las advertencias que se le hacían en este escrito, le daba su autor minuciosa cuenta

del traje que llevaba, de sus gestos, de sus movimientos, y hasta de la postura que había tomado en el sillón la noche que se había dormido tranquilamente en su palacio de Haga, creyendo hacerlo sin testigos. Semejantes detalles hubieran debido chocar é intimidar al príncipe. Su alma intrépida le hizo despreciar, no la advertencia, sino la muerte: levantóse en seguida de la mesa, y se fué al baile.

VII.

Aun no había acabado de dar la primera vuelta á la sala, cuando se vió rodeado como se le había predicho, por un grupo de máscaras que se interpuso entre él y los oficiales que le acompañaban. En este momento una mano invisible, le asió por detrás un pistoletazo. El tiro dió en la cadera izquierda del rey, y éste cayó en los brazos del conde de Armsfeld, favorito suyo. El ruido del tiro, el humo de la pólvora, y los gritos de ¡fuego! que se oyeron por todas partes, unido todo esto á la confusion que produjo el ver caer al rey, y la precipitacion verdadera ó falsa de las personas que corrían presurosas á levantarle, favoreció la desaparicion de los asesinos; la pistola quedó en el suelo. Gustavo no perdió un momento su presencia de ánimo, y mandó inmediatamente que se cerrasen las puertas de la sala, y que se obligase á todo el mundo á quitarse la careta. El rey fué conducido en seguida por sus guardias á un cuartito inmediato, donde se le hizo la primera cura, y en donde recibió á algunos enviados estrangeros, á quienes habló con la serenidad de un alma fuerte. Ni aun sus grandes dolores fueron suficientes á inspirarle sentimientos de venganza, y generoso hasta en sus últimos momentos, preguntó con inquietud si se había cogido al asesino. Respondiéndole entonces que todavía no se ha-

bia podido dar con él, dijo: «¡Quiera Dios que no se le encuentre!»

Mientras que se daban al rey los primeros auxilios, y se le trasportaba á palacio, los guardias que estaban en las puertas iban haciendo que se quitasen la careta todos los concurrentes, á quienes interrogaban tomando sus nombres y registrándolos escrupulosamente. Nada sospechoso pudo descubrirse en este minucioso registro. Cuatro de los principales conjurados, hombres de la alta aristocracia, habian logrado escurrirse de la sala, en aquella primera confusion que produjo el ruido del tiro. De los nueve confidentes ó cómplices del crimen, ocho habian salido sin infundir la menor sospecha, y el último permanecia aun en la sala afectando una tranquilidad que parecia el mas seguro garante de su inocencia. Por fin salió, y al quitarse la careta ante un empleado de policia, le dijo mirándole cara á cara con la mayor calma y desfachatez: Se me figura, caballero, que á mi no se me tendrá por sospechoso.» Este hombre era el asesino.

Se le dejó pasar; no habia otros indicios del crimen que el crimen mismo, una pistola y un cuchillo-puñal, que se hallaron debajo de unas flores en el suelo. El arma fué la que descubrió al asesino. Un armero de Estocolmo reconoció la pistola, y declaró habérsela vendido pocos dias antes á un caballero sueco antiguo, oficial de guardias, llamado Ankarstroem. Inmediatamente fueron á prenderle, y le hallaron en su casa, sin que pensase ni en disculparse ni huir; así es que reconoció el arma y no negó el crimen. Segun dijo, lo habia cometido por habérselo formado causa injustamente, aunque el rey le habia indultado en ella de la pena capital, y porque cansado de vivir, queria ilustrar su nombre, ó parecer siendo útil á su patria. En caso de haber salido bien, contaba con que se le recompensaria en proporecion al gran servicio que creia haberla hecho. Malvado hasta en la misma confesion del crimen, cargaba sobre sí toda la

gloria ó todo el oprobio que de él podia resultar, negando que hubiese habido conjuracion ni complicidad de ninguna especie, y disfrazando la trama con la máscara del fanatismo.

El remordimiento dobló, sin embargo, su constancia al cabo de algunos dias, y le hizo manifestar todo el complot, nombrar á los culpados y confesar lo que le habian pagado por el atentado que acababa de cometer. El precio consistia en una considerable cantidad. Concebido este plan seis meses antes, habia fracasado tres veces por efecto de la casualidad, en la dieta de Telje, en Estocolmo y en Haga. Muerto el rey debian ser sacrificados igualmente á la venganza del Senado y á la restauracion de la aristocracia, todos los favoritos del monarca y todos los hombres influyentes del gobierno. Sus cabezas puestas en las puntas de unas picas, debian ser paseadas por todas las calles de la capital á imitacion de lo que sucedia en las conmociones populares de Paris. El duque de Sudermania, hermano del rey, debia ser tambien sacrificado. De este modo entregado el jóven rey en manos de los conjurados les serviria de instrumento pasivo para restablecer la antigua constitucion y para legitimar su atentado. Pertenecian los principales cómplices á las familias mas distinguidas de Suecia; la vergüenza de haber perdido parte de su poder, habia envilecido su ambicion hasta llegar á hacerla criminal. Eran estos, el conde de Ribbing, el de Horn, el baron de Ehrensverld y el coronel Lilienhorn, comandante de los guardias, á quien el rey habia sacado de la miseria, para elevarle á los primeros grados de la milicia y de palacio. Este confesó su ingratitude y su crimen, diciendo que le habia inducido á cometerle la ambicion de obtener el mando de la guardia nacional de Estocolmo. El papel que hacia La Fayette en Paris le habia parecido el bello ideal del ciudadano soldado, y no habia podido resistir á la tentacion. Medio comprometido en el complot, habia tratado

de que no llegase á efecto, pero sin separarse de él enteramente. Este hombre fué el autor del anónimo de que hemos hablado anteriormente, y parecia que una mano invisible le impulsaba á cometer el crimen, y otra, á avisar á su victima, como si de este modo, tratase de evitar los remordimientos que habian de acosarle despues que se hubiese llevado á cabo.

El día fatal del asesinato, lo habia pasado en el mismo cuarto del rey, le habia visto leer su carta y le habia acompañado al baile. Este hombre, enigma del crimen y asesinato misericordioso, tenia un alma cuyos sentimientos no es fácil esplicar al considerarle indeciso entre su ansia por derramar la sangre de su rey, y el deseo de evitar que se derramase la de su bienhechor.

VIII.

Gustavo tardó bastante en morir, y veia acercarse ó alejarse el momento fatal con igual indiferencia y resignacion en ambos casos: en su lecho de muerte recibió á sus cortesanos, habló con todos sus amigos, se reconcilió con aquellos enemigos declarados de su gobierno que no ocultaban la oposicion que le hacian, pero que tampoco llevaban su resentimiento hasta el asesinato. «Estoy consolado en medio de lo que acaba de sucederme, dijo el rey al conde de Brahe, persona distinguida de la corte y cabeza de los descontentos, al ver que la muerte me hace encontrar en vos un antiguo amigo.»

Hasta que espiró veló constantemente sobre los intereses de su reino. Nombró regente al duque de Sudermania, instituyó el consejo de regencia, y á su amigo Armsfeld le hizo gobernador militar de Estocolmo, medidas con las cuales rodeó al joven rey, que solo conta-

ba trece años, de todos aquellos sugetos que podian contribuir eficazmente á que su minoria no fuese borrascosa. Preparó así el paso de un reinado á otro y arregló las cosas de manera, que su muerte no fuese un acontecimiento funesto si no para él. «Mi hijo, escribia poco antes de morir, no entrará en su mayoría de edad hasta los diez y ocho años, pero yo espero que sea rey á los diez y seis.» Con estas palabras presagiaba á su sucesor tanto valor y un genio tan precoz como el que le habia hecho reinar á él antes de tener la edad. A su confesor le dijo: «No creo llevar grandes méritos ante el tribunal de Dios, pero al menos llevo el íntimo convencimiento de no haber hecho daño á nadie voluntariamente.» Al poco rato pidió que le dejasen descansar para restaurar sus fuerzas y poderse despedir de su familia; antes de dormirse lo hizo de su amigo Bengensiern, y en seguida se durmió para no volver á despertar.

El príncipe real fué proclamado rey y subió al trono aquel mismo día. El pueblo, á quien Gustavo habia libertado del yugo del Senado, juró espontáneamente defender las instituciones dadas por el padre en la persona del hijo. El rey habia empleado tan bien los últimos días que el Señor le habia concedido, que nada pereció de lo que él habia establecido, de suerte que parecia que su sombra continuaba reinando en Suecia.

Este príncipe no tenia nada grande sino el alma, ni habia en su cuerpo otra belleza que la de sus ojos. De baja estatura, cargado de hombros, mal configurado de caderas, de nariz larga y boca muy grande, tenia, sin embargo, tanta gracia, y habia tanta viveza en su rostro, que eran suficientes á cubrir todas aquellas imperfecciones de la naturaleza y á hacer de él uno de los hombres mas seductores de su reino: en sus ojos y en todo el resto de sus facciones se veian marcadas la inteligencia y la bondad unidas á un valor que podia llamarse heroico. Solo con mirarle se distinguia en él el hombre de talen-

to, se admiraba el rey y se adivinaba el héroe. Instruido, literato y elocuente, aplicaba todos estos dones al buen gobierno de su Estado, y á los que había vencido por su valor, los conquistaba nuevamente con su generosidad y les encantaba con sus palabras. Sus defectos consistían en el lujo, y en la inclinacion decidida por los placeres voluptuosos que tan fácilmente se perdonan en los héroes, aunque la historia con su inflexible imparcialidad se vea obligada á publicarlos. Gustavo tenia todos los vicios de Alejandro, de César y de Enrique IV. Para parecerse enteramente á estos grandes hombres, no le faltó sino ser tan afortunado como ellos.

Cuando aun era casi niño, se sustrajo á la tutela de la aristocracia, y emancipando el trono emancipó también al pueblo. Puesto á la cabeza de un ejército reclutado sin tener recursos con que sostenerle, aunque disciplinado por el entusiasmo que supo inspirarle, invadió la Finlandia rusa y amenazó á San Petersburgo. Detenido en medio de sus victorias por una insurreccion de los oficiales y encerrado en su tienda por los guardias, logró no obstante escaparse de sus manos, y corrió á socorrer otro punto de su reino invadido por los daneses. Vencedor de estos encarnizados enemigos de la Suecia, el reconocimiento de la nacion le habia devuelto su ejército arrepentido ya de lo que habia hecho, y la única venganza que de él tomó fué conducirlo de nuevo á la victoria.

Gustavo habia salvado su reino en el esterior, y en el interior lo habia pacificado: desinteresado bajo todos aspectos y sin mas ambicion que la de adquirir gloria, su sueño dorado era vengar la causa abandonada de Luis XVI, y arrancar de manos de sus enemigos á una reina á quien adoraba desde lejos. Hasta este sueño era digno de un héroe; solo cometió una falta. Su genio fué mas vasto que su imperio, y cuando el heroismo no está en proporcion de los medios que se pueden desplegar

para probarle el que lo tiene, aparece mas como un aventurero que como un héroe á los ojos de sus contemporáneos, razon por la cual sus elevados designios son tenidos por quimeras. Pero la historia no juzga como la fortuna; el corazon es el que hace al héroe mas que el buen éxito de sus empresas; este carácter romántico y aventurero del genio de Gustavo, aunque no se viese coronado de una gloria que tanto ansiaba, no por eso dejó de manifestar la grandeza de su alma á pesar de la pequeñez de sus medios. Su muerte hizo prorumpir en gritos de alegría á los jacobinos, que deificaron á Ankarstroem; pero esta misma alegría dió á conocer que el desprecio con que habian mirado anteriormente al rey de Suecia, diciendo que era un enemigo poco temible para la revolucion, habia sido mas aparente que verdadero.

IX.

Removidos estos dos obstáculos, nada contenia ya á la Francia y á la Europa, sino el débil gabinete de Luis XVI. La impaciencia de la nacion, la ambicion de los girondinos, y el resentimiento de los constitucionales heridos en la persona de Mr. de Narbona, todas estas cosas reunidas, sirvieron para derribar el gabinete: Brissot, Vergniaud, Guadet, Condorcet, Gensonné, Pétion, sus amigos en la Asamblea, el conciliábulo de madama Roland y sus santones en los Jacobinos, fluctuaban entre dos partidos iguales para ellos, á saber, derrocar el poder ó subir á él. Brissot les aconsejó que se decidiesen por lo último. Mas versado en la política que los oradores jóvenes de la Gironda no podia comprender este hombre una rebelion sin gobierno. La anarquía á su modo de ver era tan contraria á la libertad como la monarquía. Quanto mas grandes fuesen los sucesos tanto

mas necesario les era apoderarse de su direccion. El poder desarmado se hallaba á su alcance y era preciso cogerle: una vez que lo tuviesen en sus manos harian de él una monarquía ó una república segun se lo aconsejasen la fortuna ó la voluntad del pueblo. Dispuestos á hacer todo aquello que pudiese conducir á que ellos reinasen en nombre del rey ó del pueblo, estos hombres que acababan de salir de la oscuridad, seducidos por la facilidad con que habian hecho su fortuna, seguan el carro de esta inconstante diosa y se entregaban enteramente en sus brazos. Los hombres que se elevan con facilidad, fácilmente tambien se desvanecen confiados en que la suerte no puede ya volver á serles adversa.

Sin embargo, descubriose desde luego una profunda política en el consejo secreto de los girondinos al ver los nombres que habian presentado al rey para que eligiese entre ellos el nuevo ministerio. Brissot manifestó en esto la paciencia de una ambicion consumada. Inspiró esta misma prudencia á Vergniaud, á Petion, á Guadet, á Gensonné y á todos los hombres eminentes de su partido, con los cuales se mantuvo en la penumbra, si bien inmediato al poder. Fuera del ministerio sondeó la opinion pública valiéndose de unos agentes secundarios, á los cuales podia desmentir y aun sacrificar en caso necesario, quedándose él de reserva unido á las principales cabezas del partido, ya para apoyar, ya para derribar aquel débil ministerio de transicion, si el pueblo adoptaba medidas mas enérgicas y decisivas. Brissot y los suyos estaban decididos á dirigirlo todo y aun á ser los que mandasen en realidad, de suerte que eran una especie de despotas sobre los cuales no podia recaer ninguna responsabilidad. Reconociase en esta táctica de los girondinos la verdadera escuela de Maquiavelo. Además, absteniéndose de ser miembros del primer gabinete les quedaba toda su popularidad, y conservaban á la Asamblea y á los Jacobinos aquellos poderosos votos que

hubiesen sido nulós para el partido, á ocupar ellos las sillas ministeriales. Esta popularidad les era absolutamente necesaria para luchar contra Robespierre que les seguia los pasos, y que se hubiese encontrado al frente y único gefe de la opinion si ellos hubiesen abandonado el fuerte. Tomando parte en los negocios, afectaban hácia aquel rival un desprecio que no tenían en realidad, porque él solo contrarestaba la influencia que tenían todos juntos en los Jacobinos. Las vociferaciones de Billaud-Varennes, de Danton, de Collot de Herbois, no les alarmaron; el silencio de Robespierre les causaba la mayor inquietud. Ellos le habian vencido en la cuestion de la guerra, pero la oposicion estoica de aquel hombre singular no le habia desacreditado con el pueblo, á pesar de estar la nacion tan entusiasmada por la guerra. Este hombre adquiria mayor fuerza en el mismo hecho de haberse aislado, y la inspiracion de una conciencia solitaria é incorruptible tenia mas fuerza que el impulso de todo un partido. Los que no aprobaban su modo de pensar no dejaban por eso de admirarle, y él se habia apartado á un lado para dejar pasar la guerra. Sin embargo, la opinion tenia siempre fija la vista en él, como si un instinto secreto revelase al pueblo que en solo aquel hombre habia todo un porvenir. Cuando él andaba todos le seguan, y cuando se paraba, le aguardaban: de suerte que los girondinos estaban condenados por prudencia á desconfiar de aquel hombre y á permanecer en la Asamblea entre su ministerio y él.

Tomadas estas precauciones buscaron en derredor de sí á ciertos hombres nulós por sí mismos, pero pertenecientes á su partido y que podian servirles para ministros, porque necesitaban instrumentos y no hombres capaces de dominarlos. Lo que ellos querian en fin era hallar unos sujetos unidos á su fortuna á quienes pudiesen volver, segun les acomodase, contra el rey ó contra los jacobinos, y á quienes pudiesen engrandecer sin temor ó

precipitar sin remordimientos. Buscáronlos, pues, en la oscuridad y creyeron haberlos hallado en las personas de Clavière, Roland, Dumouriez, Lacoste y Duranton. No se engañaron sino en uno de ellos. Dumouriez se halló que era un genio, oculto bajo el traje de un aventurero.

X.

Distribuidos así los papeles y avisada madama Roland de la próxima elevacion de su marido, los girondinos atacaron al ministerio en la persona de Mr. de Lessart en la sesion del 10 de marzo. Brissot leyó el acta de acusacion contra el ministro, en la cual hábil y pérfidamente redactada, se calificaban las apariencias como hechos y las conjeturas como pruebas, cargando sobre el presunto acusado todo el odio y criminalidad de una traicion. El orador propone entonces que se estienda el decreto de acusacion contra el ministro de Negocios estrangeros. Parte de los individuos de la Asamblea callan y otros aplauden; algunos de ellos piden que la Asamblea tome tiempo para reflexionar, y al menos afectan la imparcialidad de la justicia. «¡Daos prisa, dice Isnard, quizá huye el traidor mientras vosotros deliberais. — Yo he sido juez mucho tiempo, dice Boulanger, y jamás he sentenciado á pena capital con tanta precipitacion.» Vergniaud, que ve á la Asamblea indecisa, se lanza dos veces á la tribuna para combatir las escusas y la contemporizacion del lado derecho. Becquet, cuya sangre fria es igual á su valor, trata de dar otro giro al asunto y pide que el acta de acusacion pase á la comision diplomática. Vergniaud, temiendo que se deje escapar esta ocasion favorable para su partido, vuelve á subir á la tribuna y dice: «No, no se necesitan pruebas para dar un decreto de acusacion, las presunciones bastan. No hay nin-

guño de nosotros en quien no hayan producido la mas viva indignacion la bajeza y la perfidia que se descubren en todos los actos del ministro. ¿No es él quien ha guardado en su cartera por espacio de dos meses el decreto en donde se manda reunir Aviñon á la Francia? ¿La sangre derramada en aquella ciudad y los cadáveres mutilados de tantas victimas no están pidiendo venganza? Desde esta tribuna estoy viendo el palacio en donde unos consejeros pérfidos engañan al rey que la Constitucion nos da; forjan los yerros con que quieren encadenarnos y urden las tramas que deben entregarnos á la casa de Austria. (Prolongados aplausos). Ha llegado el día de poner término á tan insolente audacia y de acabar de una vez con los conspiradores. El espanto y el terror han salido muchas veces de ese famoso palacio en nombre del despotismo; que vuelvan hoy á entrar en él en nombre de la ley (nuevos aplausos); que penetren en todos los corazones de los que allí habitan, y que sepan que la Constitucion no promete la inviolabilidad sino al rey; que la ley alcanzará á todos los culpables y que no habrá una sola cabeza convencida de ser criminal que pueda libertarse de su cuchilla.»

Esta alusion á la reina, á quien se acusaba de dirigir el *Comité austriaco*; estas palabras amenazadoras dirigidas al rey resonaron en su gabinete y le forzaron á firmar el nombramiento del ministerio girondino. Era esta una hábil manobra de aquel partido cubierta en la tribuna bajo las apariencias de una indignacion fingida y de una improvisacion que habia sido muy estudiada; era ademas la primera señal dada por los girondinos á los hombres del 20 de junio y del 10 de agosto. El acta de acusacion obtuvo el apetecido resultado y Lessart fué enviado ante el tribunal de Orleans, que lo entregó mas tarde á los asesinos de Versalles. Aquel hombre pudo escaparse, pero como su fuga hubiera perjudicado al rey supo colocarse generosamente entre éste y la muerte, que

sufrió sin haber cometido otro delito que ser amante de su rey.

Luis XVI conoció que no había ya sino un paso entre la abdicacion y él, y que este paso consistia en escoger un ministerio entre sus enemigos y en interesarles en el poder entregándolo en sus manos. Cedió á las circunstancias, adoptó el ministerio que se le proponia y pidió á los girondinos que le diesen otro. Estos ya habían tratado de ello en sus conciliabulos y habían hecho proposiciones á Roland en febrero anterior. «La corte, le habían dicho, no está dista de tomar ministros jacobinos: en esto obra por perfidia y no por afecto al partido. La confianza que deposité en ellos no será sino un lazo que les tienda. Ella quisiera hombres de carácter violento para imputarles los excesos del pueblo y los desórdenes que se cometan en todo el reino; es preciso burlar tan péfidas esperanzas y darla patriotas en quienes reunido á la firmeza de carácter haya un gran fondo de prudencia. Se ha pensado en vos como uno de ellos.»

XI.

Roland, cuya presuncion le hacia creer que el dejarle en la oscuridad era desconocer su mérito, se sonrió al ver que el poder se le presentaba sin saber cómo y que iba á vengarle en su ancianidad del desden con que él se figuraba que había sido mirado hasta entonces. Brissot había ido á su casa el 21 del mismo mes, y repitiendo á madama Roland las palabras que acabamos de referir había exigido de ella que hiciese consentir á su marido en lo que se le había propuesto. Esta muger ambiciosa de poder y de gloria, deseaba con ardor que su marido tuviese ocasion de brillar, y la que se le ofrecia era demasiado favorable para dejarla escapar. Asi es que res-

pondió á Brissot como una persona á quien no sorprendia lo que estaba oyendo por haber adivinado ya que tenia que suceder. «La carga, dijo, es muy pesada, pero las fuerzas de Roland son grandes, y todavía se aumentarán con la confianza de poder ser útil á la libertad y á la patria.»

Hecha esta elección, se fijaron los girondinos en Lacoste, comisario ordenador de marina, burócrata de limitados alcances, pero hombre de bien y de corazón recto que no figuraba en las facciones por la candidez de su alma. Introducido en el consejo para que vigilase al rey, su bello carácter hizo que se convirtiese en amigo suyo en vez de ser un espía de sus acciones. Duranton, abogado de Burdeos, fué el destinado para ministro de Justicia. Los girondinos, de quienes era conocido, se cubrieron con su honradez para que no hubiese dificultad en nombrarle ministro, y contaron con su condescendencia y con la debilidad de su carácter para sacar de él todo el partido que quisiesen. Brissot destinó para ministro de Hacienda á Claviere, economista ginebrino, expulsado de su país, pariente y amigo de aquel, avezado á la intriga y émulo de Necker, adiestrado y engrandecido por Mirabeau con el intento de oponerle como rival á aquel ministro que le era tan odioso. Por lo demás este hombre no era ni republicano ni monárquico, y solo buscaba en la revolución un papel que le produjese ventajas positivas. En su alma no se abrigaba ningún género de escrúpulo, y se hallaba al nivel de todas las situaciones y á la altura de todos los partidos. Los girondinos, hombres enteramente nuevos en el manejo de los negocios, necesitaban valerse para desempeñar los ministerios de Guerra y de Hacienda de hombres que no fuesen sino unos instrumentos que ellos pudiesen manejar á su antojo. Claviere se hallaba en este caso. En Guerra contaban con Grave, que había sucedido en el ministerio á Mr. de Narbona, y que tenia relaciones públicas de afinidad con

sufrió sin haber cometido otro delito que ser amante de su rey.

Luis XVI conoció que no había ya sino un paso entre la abdicacion y él, y que este paso consistia en escoger un ministerio entre sus enemigos y en interesarles en el poder entregándolo en sus manos. Cedió á las circunstancias, adoptó el ministerio que se le proponia y pidió á los girondinos que le diesen otro. Estos ya habían tratado de ello en sus conciliabulos y habían hecho proposiciones á Roland en febrero anterior. «La corte, le habían dicho, no está dista de tomar ministros jacobinos: en esto obra por perfidia y no por afecto al partido. La confianza que deposité en ellos no será sino un lazo que les tienda. Ella quisiera hombres de carácter violento para imputarles los excesos del pueblo y los desórdenes que se cometan en todo el reino; es preciso burlar tan péfidas esperanzas y darla patriotas en quienes reunido á la firmeza de carácter haya un gran fondo de prudencia. Se ha pensado en vos como uno de ellos.»

XI.

Roland, cuya presuncion le hacia creer que el dejarle en la oscuridad era desconocer su mérito, se sonrió al ver que el poder se le presentaba sin saber cómo y que iba á vengarle en su ancianidad del desden con que él se figuraba que había sido mirado hasta entonces. Brissot había ido á su casa el 21 del mismo mes, y repitiendo á madama Roland las palabras que acabamos de referir había exigido de ella que hiciese consentir á su marido en lo que se le había propuesto. Esta muger ambiciosa de poder y de gloria, deseaba con ardor que su marido tuviese ocasion de brillar, y la que se le ofrecia era demasiado favorable para dejarla escapar. Asi es que res-

pondió á Brissot como una persona á quien no sorprendia lo que estaba oyendo por haber adivinado ya que tenia que suceder. «La carga, dijo, es muy pesada, pero las fuerzas de Roland son grandes, y todavía se aumentarán con la confianza de poder ser útil á la libertad y á la patria.»

Hecha esta elección, se fijaron los girondinos en Lacoste, comisario ordenador de marina, burócrata de limitados alcances, pero hombre de bien y de corazón recto que no figuraba en las facciones por la candidez de su alma. Introducido en el consejo para que vigilase al rey, su bello carácter hizo que se convirtiese en amigo suyo en vez de ser un espía de sus acciones. Duranton, abogado de Burdeos, fué el destinado para ministro de Justicia. Los girondinos, de quienes era conocido, se cubrieron con su honradez para que no hubiese dificultad en nombrarle ministro, y contaron con su condescendencia y con la debilidad de su carácter para sacar de él todo el partido que quisiesen. Brissot destinó para ministro de Hacienda á Claviere, economista ginebrino, expulsado de su país, pariente y amigo de aquel, avezado á la intriga y émulo de Necker, adiestrado y engrandecido por Mirabeau con el intento de oponerle como rival á aquel ministro que le era tan odioso. Por lo demás este hombre no era ni republicano ni monárquico, y solo buscaba en la revolución un papel que le produjese ventajas positivas. En su alma no se abrigaba ningún género de escrúpulo, y se hallaba al nivel de todas las situaciones y á la altura de todos los partidos. Los girondinos, hombres enteramente nuevos en el manejo de los negocios, necesitaban valerse para desempeñar los ministerios de Guerra y de Hacienda de hombres que no fuesen sino unos instrumentos que ellos pudiesen manejar á su antojo. Claviere se hallaba en este caso. En Guerra contaban con Grave, que había sucedido en el ministerio á Mr. de Narbona, y que tenia relaciones públicas de afinidad con

los girondinos. Este hombre adicto á la Constitucion y al rey, se esforzaba por unir los girondinos al trono y esperaba conseguirlo y salvar á la vez la Constitucion y el rey, confiado en su amistad con Gensonné, con Vergniaud, con Guadet, con Brissot, y hasta con el mismo Danton. Como jóven tenia todas las ilusiones propias de aquella edad; como constitucional obraba con toda la sinceridad de su conviccion, pero débil y enfermizo, era mas á propósito para concebir que para ejecutar, y no puede considerársele sino como á uno de aquellos hombres, que son útiles en ciertas y determinadas circunstancias, pero que no son capaces de impedir que las cosas pasen mas adelante del término que ellos se han propuesto.

El principal ministro entre todos los elegidos, y en cuyas manos iba á verse la suerte de la patria y á reasumirse toda la política de los girondinos, era el que habia reemplazado al desdichado Lessart en el ministerio de Negocios estrangeros. El negocio mas urgente para el partido de la Gironda era romper con la Europa; necesitaba para esto un hombre que dominase al rey, que burlase las tramas secretas de la corte, que conociese los misterios de los gabinetes europeos, y que dotado de habilidad y resolucion supiese forzar á un mismo tiempo á nuestros enemigos á declarar la guerra, á los amigos dudosos á que permaneciesen neutrales, y á los partidarios secretos de la Francia á que se aliasen con ella. Los girondinos buscaban por todas partes un hombre que reuniese las condiciones apetecidas, y no tardaron en dar con él.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

LIBRO PRIMERO.

Págs.

- Introduccion.—Muerte de Mirabeau.—Su retrato.
—Situacion de la Asamblea nacional en 1791.—
Aparicion de la idea democrática.—Punto de
partida de la revolucion.—Partidos.—Gefes
principales.—Retratos de Luis XVI y de Maria
Antonieta.—Malouet, Clermont Tonnerre, el abate
Maury, Cazales, Barnave, los dos Lameth,
Robespierre, Duport, Petion.—Sociedades po-
pulares.—Retrato de La Fayette. 5

LIBRO SEGUNDO.

- La Asamblea nacional trata de disolverse.—Au-
mento de periódicos.—Negociaciones de los
hermanos del rey en el extranjero.—Proyectos
de evasion del rey y de la familia real.—Fuga
del rey.—Es conocido en Chalons y en Saint-
Menehoul.—Es detenido en Varennes y condu-
cido á Paris.—Pónenle preso en las Tullerías. 62

los girondinos. Este hombre adicto á la Constitucion y al rey, se esforzaba por unir los girondinos al trono y esperaba conseguirlo y salvar á la vez la Constitucion y el rey, confiado en su amistad con Gensonné, con Vergniaud, con Guadet, con Brissot, y hasta con el mismo Danton. Como jóven tenia todas las ilusiones propias de aquella edad; como constitucional obraba con toda la sinceridad de su conviccion, pero débil y enfermizo, era mas á propósito para concebir que para ejecutar, y no puede considerársele sino como á uno de aquellos hombres, que son útiles en ciertas y determinadas circunstancias, pero que no son capaces de impedir que las cosas pasen mas adelante del término que ellos se han propuesto.

El principal ministro entre todos los elegidos, y en cuyas manos iba á verse la suerte de la patria y á reasumirse toda la política de los girondinos, era el que habia reemplazado al desdichado Lessart en el ministerio de Negocios estrangeros. El negocio mas urgente para el partido de la Gironda era romper con la Europa; necesitaba para esto un hombre que dominase al rey, que burlase las tramas secretas de la corte, que conociese los misterios de los gabinetes europeos, y que dotado de habilidad y resolucion supiese forzar á un mismo tiempo á nuestros enemigos á declarar la guerra, á los amigos dudosos á que permaneciesen neutrales, y á los partidarios secretos de la Francia á que se aliasen con ella. Los girondinos buscaban por todas partes un hombre que reuniese las condiciones apetecidas, y no tardaron en dar con él.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

LIBRO PRIMERO.

Págs.

- Introduccion.—Muerte de Mirabeau.—Su retrato.
—Situacion de la Asamblea nacional en 1791.—
Aparicion de la idea democrática.—Punto de
partida de la revolucion.—Partidos.—Gefes
principales.—Retratos de Luis XVI y de Maria
Antonieta.—Malouet, Clermont Tonnerre, el abate
Maury, Cazales, Barnave, los dos Lameth,
Robespierre, Duport, Petion.—Sociedades po-
pulares.—Retrato de La Fayette. 5

LIBRO SEGUNDO.

- La Asamblea nacional trata de disolverse.—Au-
mento de periódicos.—Negociaciones de los
hermanos del rey en el extranjero.—Proyectos
de evasion del rey y de la familia real.—Fuga
del rey.—Es conocido en Chalons y en Saint-
Menehoul.—Es detenido en Varennes y condu-
cido á Paris.—Pónenle preso en las Tullerías. 62

LIBRO TERCERO.

Aclitud de la Asamblea nacional.—Barnave se pasa al partido monárquico con Duport y los Lameth.—El lado derecho resuelve no mezclarse en nada en la Asamblea.—Discútese en la misma la evasión del rey.—La inviolabilidad de este es reconocida.—Los clubs y la prensa precipitan la marcha de la revolución.—Hombres influyentes del periodismo: Loustalot, Camilo Desmoulins, Marat, Brissot.—Empieza el pueblo á pedir la abolición del trono y el establecimiento de la república.—Petición del Campo de Marte.—La Fayette y Bailly rechazan á los facciosos á viva fuerza. Debilidad de la Asamblea.—Retratos de Condorcet, de Danton y de Brissot. 142

LIBRO CUARTO.

Diputación de la Gironda.—Agitación de los clubs.—Oradores al aire libre.—Traslacion de las cenizas de Voltaire al Panteon.—Juicio critico de sus obras y de su carácter.—Revisión de la Constitución por la Asamblea nacional.—El rey acepta la Constitución. 202

LIBRO QUINTO.

Estado de Europa.—Las potencias empiezan á comoverse.—El ejército de los príncipes en Coblenza.—Conferencias de Pilnitz.—Primeros rumores de guerra bien acogidos por los constitucionales, por los girondinos y por los jacobinos.

nos, á escepcion de Robespierre.—Madama de Staël.—Su retrato.—Influencia que tenía en el partido constitucional.—El conde Luis de Narbona.—Los constitucionales quieren atraer al duque de Brunswick á su partido.—Este se niega á ello. 239

LIBRO SESTO.

Aspecto de las primeras sesiones de la Asamblea legislativa.—Se discute si debe haber ceremonial de apertura.—El rey se presenta en la Asamblea y es recibido con aplausos.—Dificultades de la Asamblea.—El clero, la emigracion, la guerra.—Parte del clero se declara contra el juramento civil.—Discurso de Fauchet, sacerdote juramentado.—Respuesta de Torné, obispo constitucional de Bourges.—Ducós pide que se imprima este discurso.—Gensonné aconseja la tolerancia.—Isnard la combate y es aplaudido por los girondinos.—Decreto contra los sacerdotes no juramentados.—Discurso de Brissot contra las potencias y los emigrados.—Otro de Condorcet en el mismo sentido.—Vergniaud sube á la tribuna.—Su retrato.—Discurso del mismo.—Otro de Isnard.—Decreto contra los emigrados.—Estos dos decretos consternan al rey y á su consejo.—Carta de Andrés Chenier sobre la libertad de cultos.—Lucha de los periódicos jacobinos y girondinos contra los fuldenses.—La Fayette entrega el mando de la guardia nacional.—Bailly, corregidor de Paris, se retira al mismo tiempo.—Petion le sustituye.—Danton, como sustituto del procurador del distrito, empieza su fortuna popular. 293

LIBRO SÉTIMO.

Ojeada rápida sobre la Asamblea constituyente.— Su composición.—Juicio sobre la declaración de los derechos del hombre.—Concurso de la Asamblea constituyente á una obra universal.—Exámen razonado de esta obra.—Situación en que ponía al trono.—Impotencia de este en tiempos de crisis.—Necesidad de una república transitoria.—Consideraciones generales. 354

LIBRO OCTAVO.

El rey trata de afirmarse.—Medios de que se vale.—Primeras reuniones de los patriotas republicanos.—Madama Roland es el centro de estas reuniones.—Su retrato.—Su vida.—Su casamiento.—La Platiere.—Descripción.—Mr. y Mad. Roland en París.—Relaciones de estos con los hombres del partido popular. 375

LIBRO NOVENO.

Recomposición de los hombres y de los negocios.—Robespierre se crea una tribuna en los Jacobinos.—Roland, conducido al poder por sus amigos.—Mr. de Narbona, ministro de la Guerra.—El rey fluctua entre los partidos.—Entusiasmo general por la guerra.—Solo Robespierre resiste á este entusiasmo y le combate. 407

LIBRO DÉCIMO.

La muerte de Leopoldo y la impaciencia de los girondinos precipitan la marcha de los sucesos.

—Proyecto de message presentado por Vergniaud.—El rey se niega á sancionar los decretos contra los sacerdotes y los emigrados.—La guerra civil se va preparando en la Vendée.—Rómese en el Mediodía.—Asesinato de Lescuyer en Aviñon.—Jourdan llega al condado.—Asesinatos de Aviñon.—La Asamblea decreta el castigo de los asesinos.—Los jacobinos hacen que sean amnistiados.—Santo Domingo.—Reacción de los negros contra los blancos.—Los mulatos hacen causa comun con los negros.—Insurrección.—El mulato Ogé, jefe de la insurrección, es sentenciado á muerte y ejecutado.—Sublevación general.—Degüello de los blancos.—Aumentanse en Francia los desórdenes interiores.—Síntomas de una guerra religiosa.—Alborotos de Caen.—El abate Fauchet.—Su retrato.—Su vida.—Reacción realista en Mende.—Asesinato de Lajaille en Brest.—Desórdenes en las guarniciones.—Insubordinaciones militares impunes.—Los suizos de Chateauxvieux. 430

LIBRO ONCE.

El triunfo de la indisciplina y del asesinato halla eco fuera de París.—Impotencia del gobierno.—Rigor del invierno.—Carestía de granos.—Hácese responsable al gobierno de todas estas calamidades.—La acusación de monopolio equivale á una sentencia de muerte.—Asesinato de Simoneau, corregidor de Etampes.—El duque de Orleans trata de introducirse con el rey.—Su retrato.—Sus desgracias.—Sus viages.—Madama de Genlis se encarga de la educación de los hijos de este príncipe.—Partido orleanista.—Fra-

casa la reconciliacion intentada entre el duque de Orleans y el rey.—El duque de Orleans se pasa á los jacobinos.—Aprestos hostiles del emperador.—La Francia se decide por la guerra. 484

LIBRO DOCE.

Muerte de Leopoldo.—Destitucion de Mr. de Narbonne.—Asesinato de Gustavo, rey de Suecia.—Gabinete de Luis XVI.—Todos los partidos se reunen para derribarle.—Brissot llega á ser el hombre político de la Gironda.—Ministerio girondino.—Dumouriez, ministro de la Guerra.—Roland, ministro del Interior. 521

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



